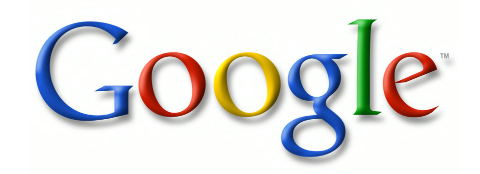
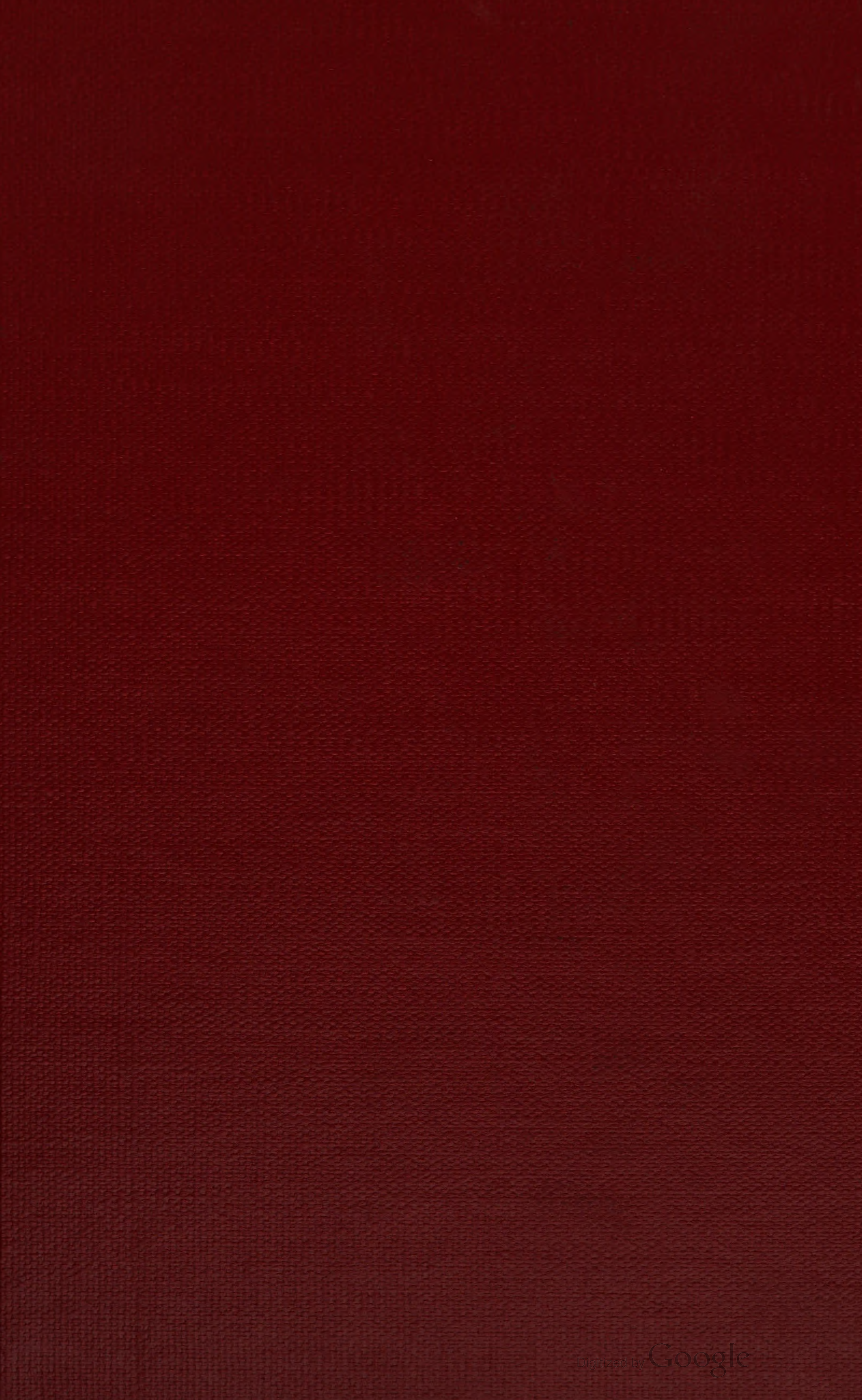
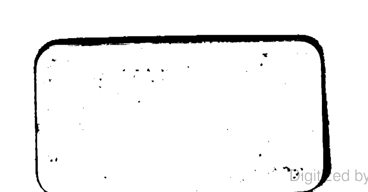






COLECCION

DE

HISTORIADORES DE CHILE

Y DOCUMENTOS RELATIVOS

A LA

HISTORIA NACIONAL.

COLECCION

DE

HISTORIADORES DE CHILE

Y DOCUMENTOS RELATIVOS

A LA

HISTORIA NACIONAL.

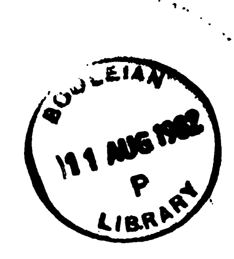
(TOMO IV.)

HISTORIA MILITAR, CIVIL Y SAGRADA DE CHILE,
POR MIGUEL DE OLIVARES.

VISTA JENERAL DE LAS CONTINUADAS GUERRAS: DIFICIL CONQUISTA DEL GRAN REINO PROVINCIAS DE CHILE, POR LUIS TRIBALDOS DE TOLEDO.



SANTIAGO,
IMPRENTA DEL FERROCARRIL, Calle de la Bandera, núm. 39.
1864


BODLEIAN
11 AUG 1962
P
LIBRARY

ADVERTENCIA.

El padre jesuita Miguel de Olivares, autor de la presente *Historia militar, civil y sagrada del reino de Chile,* fué natural de la ciudad de Chillan, se distinguió como misionero y como escritor, y compuso a mediados del siglo XVIII, dos obras históricas de bastante importancia. En el presente volúmen damos a luz la ménos interesante de ellas. En otro tomo de esta *Coleccion* publicarémos la *Historia de la provincia de la Compañía de Jesus de Chile,* que se puede considerar su obra capital por el gran cúmulo de noticias que contiene no solo referentes a dicha órden sino concernientes a la instruccion pública. Entónces insertarémos una biografía del autor que tenemos preparada.

El padre Olivares dividió su historia civil de Chile en dos partes, la primera de las cuales es la única que conocemos, y es la que ahora damos a luz. El abate don Juan Ignacio Molina la tuvo a la vista cuando compuso su *Compendio de la Historia civil del reino de Chile*; pero declara que no pudo proporcionarse el manuscrito de la segunda parte de dicha obra que, segun él, se hallaba en el Perú.

El manuscrito que nos ha servido para esta edicion es una copia del siglo pasado algo imperfecta no solo por la dificultad de entender la letra en ciertos pasajes, sino por algunas supresiones. Este manuscrito fué propiedad de don José María de Alava y Urbina, literato de Sevilla que ha reunido una preciosa coleccion de libros impresos y manuscritos, y que lo obsequió al gobierno de Chile para la biblioteca nacional de Santiago. No habiendo otra copia mas correcta, nos hemos visto precisados a hacer la presente edicion por la que posee la biblioteca. Forma ésta solo la primera parte de la obra del padre Olivares; pero considerando perdida la segunda, hemos creido necesario salvar del olvido la única parte que se conoce.

Nada dirémos acerca del mérito literario e histórico de esta obra. En

ella hallará el lector estudioso algunas noticias de importancia; pero su valor seria mucho mas considerable si existiera la segunda parte. En la biografía del padre Olivares que publicarémos a la cabeza de la otra historia que compuso, hallará el lector algunas indicaciones para apreciar los trabajos de este historiador.

FE DE ERRATAS

DE LA

HISTORIA MILITAR, CIVIL Y SAGRADA DE CHILE POR EL PADRE OLIVARES.

PAJ.	LIN.	DICE.	DEBE LEERSE.
3	20	en el primero i segundo progreso del	en el progreso del primero, segundo i tercero
7	15	pero tan	pero no tan
10	20	de caer	de no caer
14	16	22 grados	24 grados
»	17	34 grados	32 grados
»	18	660	640
»	35	35 grados	31 grados
21	36	Cico	Cicero
24	11	Funuvian	Tunuyan
28	29	22 pesos	22000 pesos
111	11	8000	80000
138	24	1561	1761.
191	46	embarcado en muchedumbre	embarazados en su muchedumbre
225	5	15047	11047
229	38	1563	1569
232	33	el padre frai Pedro: el padre visitado	al padre frai Pedro: el padre visitador
324	26	212 duo	212000 ducados
831	20	pena no merecida	pena merecida
333	1	por muerte	por merced
343	12	confirmó el permiso	confirmó el privilejio por premio de la piedad
365	29	Santiago por mucho	Santiago no será por mucho

DEDICATORIA.

A la emperatriz de cielo y tierra, de ánjeles y hombres, María Santísima madre de Dios, bajo del título de Madre Santísima de la Luz.

SEÑORA:

El ofrecer en vuestras aras la historia de la conquista y pacificacion de Chile, no solo es interes del autor sino derecho vuestro. Se interesa el autor en esta ofrenda, porque las obras cuanto mas pequeñas y desvalidas han menester protectores tanto mas grandes. Y es derecho vuestro que se os ofrezca, porque todo lo que ella contiene, ya de guerras hechas por ejércitos de la milicia humana para propagar el imperio temporal que tiene conexion con el aumento de la santa Iglesia: ya de empresas sagradas de los soldados de Cristo, que miran mas peculiarmente al fin de poner a los piés del Redentor las jentes que rescató con su sangre. Todo se efectuó a vuestras espensas: y tuvo buen principio y feliz éxito con vuestros auspicios, y como son los cuidados mas propios de vuestra real grandeza, disminuir y acabar el imperio del príncipe de las tinieblas, y acrecentar el de vuestro hijo que es rei de los corazones, y por eso determinásteis daros a conocer bajo del título augusto de Madre Santísima de la Luz, y quisisteis ser retratada sacando una alma con la mano diestra de la boca del abismo: y con vuestro precioso hijo a la siniestra, que recibia de un ánjel los corazones humanos: así habeis inspirado en estos felices tiempos el medio mas poderoso de conseguirlo, que es la devocion cordial con esta vuestra advocacion.

Porque, aunque es verdad que en todos vuestros reales títulos y apelaciones, sois benignísima libertadora del hombre cautivo, poderosísima exterminadora del reino del demonio y felisísima amplificadora del de Cristo, con todo eso a ninguna advocacion le compete tan propiamente

la gloria de estos triunfos, como a la de Madre Santísima de la Luz. Es el pecado un letargo en que duerme el pecador tan profunda como infelizmente y aun a los que duermen suelen despertar los ruidos; es esto violento, y su efecto de poca dura, porque en quedando en silencio, vuelven a su sueño. No hace dispertar así la luz; porque introduciéndose blandamente por los ojos causa tan suave, pero eficaz impresion en el alma, que pone al mas dormido en estado de perfecta vijilia. Esto que hace la luz corporal, se vé hecho mucho mas bien por vuestra luz benignísima, o divina aurora, que amigablemente se introduce por los ojos y dulcemente se introduce en los corazones de los que estan sepultados en su infidelidad o su pecado, y dichosamente les nace a los que estan sentados en las tinieblas y sombras de la muerte. Por eso, vuestro precioso hijo se llamó vida y luz de los hombres *in ipso vita erat, et vita erat. Lux hominum:* Porque como luz hace que huya medroso el príncipe de las tinieblas, y que se retiren fujitivas las sombras: y como vida es muerte de la muerte; todo esto es muerte, digo, beneficio inestimable que debemos reconocer de vos que nos comunicásteis esta luz, como vos misma quisísteis significarlo para nuestro reconocimiento *ego feci ut oriretur Lumen indeficiens.*

Indeficiente se llama la luz que nos disteis en darnos vuestro hijo; no solo porque es esencialmente luz, y no puede faltar en sí absolutamente, sino que de tal suerte nos lo disteis que es luz indeficiente, respecto de nosotros; y no puede dejar de alumbrarnos en todo tiempo.

Esta entiendo ser la causa de que os comparecen los ánjeles en pluma del mas sábio de los hombres a la aurora, a la luz y al sol *quae est ita que progreditur quasi Aurora consurxens pulcra ut luna electa ut sol.* Con lo cual, como considera un devoto vuestro, dieron a entender que sois luz de todos tiempos; porque el sol alumbra de dia, la luna de noche, y la aurora en el confin de noche y de dia, *luna lucet in nocte, aurora in indiluculo, sol in die,* y que esta noche, crepúsculo y dia claro, no es sino la culpa, la penitencia y la gracia. *Nox autem est culpa, diluculum penitentia.* Luz gracia, de lo cual se colije para gloria vuestra, y para nuestra confianza que alumbrais como luna a los que estan en la mañana de la conversion, y como sol a los que llegaron al dia claro de la gracia: dice Santiago que toda dádiva buena y todo don perfecto, baja a nosotros de Dios, padre de las lumbres: *omnes datum optimum, et omne donum perfectum desursum est descendens a Patre Luminum.* Y como vos sois Señora, la mas alta semejanza de Dios, y el arcadus por donde mana hasta nosotros el raudal de sus beneficios, por eso quiso daros tan noble apelacion, para que entendiésemos que despues de Dios padre de las luces, sois la Madre Santísima de la Luz, de quien nos viene todo don perfecto y toda dádiva buena, en que se entienden los bienes del alma que son los únicos que pueden llamarse buenos y perfectos. En este sentido que es mui verdadero, se verifica que todo cuanto en esta historia se escribe, de conversion de jentilidad, de reforma, de costumbres, y de virtudes heroicas, de empresas sagradas de

vuestros siervos, que han hecho como hijos de la luz, todo se debe a la vuestra, y que esta historia de la conquista y pacificacion de Chile, con título no impropio podia bien llamarse historia de los beneficios de la Madre Santísima de la Luz. Este es el derecho que teneis para que se os ofrezca, y habiendo en vuestra benignidad sobrado motivo para no despreciarla por pequeña. Hai en vuestra beneficencia igual causa para ampararla. Esto os suplica el mas indigno esclavo vuestro, M. O.

R. P. M. Miguel de Olivares.

APROBACION DE FR. PEDRO ANJEL ESPIÑEIRA (1).

Como aquella jente septentrional situada (segun Olao) a los 80 grados de altura, que impaciente en las tinieblas que ocasiona en aquel pais la larga falta de luz solar, madruga a hacerle festiva salva, luego que por el oriente descubre sus resplandores, así yo, padre reverendísimo, impaciente en la larga noche que en este pais ocasiona la falta de la luz histórica, al descubrir por el horizonte de ese jesuítico suelo los resplandores que me comunica en los diez y siete cuadernos con que V. R.^{ma} empieza, no puedo ménos que madrugar a hacerle festiva salva, aunque conozca *que no por mucho madrugar amanezca mas temprano.*

He aquí, P. R.^{mo}, lo que yo deseaba ver mucho, y esperaba de este reino con impaciencia la luz copiosa, de una jeneral seguida y completa historia tan puntual, injenua, verídica y exacta, cual se la propone en su prólogo, y nos demuestra V. R.^{ma} en el primero y segundo progreso del tercer libro que he visto con tanto provecho como gusto; porque todo lo dá sazonado, lo útil con lo dulce.

Alumbre de esta luz, no ménos que del cielo de Chile, crédito de la fructuosidad y jugo de los olivares de su suelo, veran todos los que tienen ojos, de ver el seguro modo de caminar a mayores progresos, alumbrados de tan prácticas máximas para no tropezar en sus juicios y pasos; y aun aquellos de ménos hábil potencia que por enfermedad o flaqueza no saben arrostrar de la luz los detalles, no le seran a los de esta ingratos por lo que tienen de apacibles, saludables y circunspectos, sin dolo, sin hedor, sin humos, al fin como destellos de luz, procedidos de no vulgar, sino derramado óleo, o uncion del universo.

No pretendo por esto abrogarme el universal ni particular juicio que toca de censor al oficio. Levantarme fuera vanamente ántes que

(1) Hemos querido publicar íntegra esta aprobacion, no porque creamos que posea mérito alguno, sino como una prueba de la estimacion que merecia de sus contemporaneos la obra del padre Olivares. Fr. Pedro A. Espiñeira, relijioso franciscano, fué elevado al rango de obispo de Concepcion.



la luz, contra lo que ella misma nos dicta. No: no entré con ese espíritu a leer estos pliegos, ni se me presentan a ese fin; y así lo que mas oportunamente puedo decir de lo que mi especulacion alcanzó y alcanza es: *que así es.*

Describe V. R.ma a este reino, su clima, sus cualidades, y las de sus naturales, su fertilidad y abundancia, su gobierno y providencia: *así es.* Historia la conquista, sus efectos y sus atrazos: *así es.* Advierte V. R.ma (y quien no) la impunidad de los delitos que tanto los multiplica y lloramos (et nunquam satis), no solo para con los estraños, sino para con los domésticos de la fé por la cohartacion de facultades, para la final ejecucion de penas, capaces de inspirar el terror, que obra la jeneral salud: *así es.* Así lo veo; así lo siento; y que solo con un padron o elencho de los que en cada partido de estos, es público mantenerse a cuenta de él; pues nada tienen ni ganan de particular se pudiera llamar así al polo, y juntar no pequeño cuerpo, capaz de ser aventurado por oficiales espertos y valerosos como cortes a compeler a los bárbaros, a aquella civilidad y situacion que prerrequiere, la mejor lei y razon, sin que en el caso de pérdida resultase alguna a nuestro partido, ántes sí mucha ganancia.

Prosigue V. R.ma con la conquista y sus sucesos, rebeliones, alzamientos, sitios, pérdidas y fracasos, progresos y claros atrazos de nuestras armas y relijion, para quienes se puede decir: vió nuestra especulacion en Biobio en non plus ultra: así es; así lo veo; así lo siento.

Propone V. R.ma los medios prácticos, únicos y sólidos para lograr los deseados fines, desvaneciendo aquel antiguo temor acreditado y estendido mas que por las fuerzas del indio (a quien no falta quien ensalce vilmente), por la aprehension y cualidad de los inmediatos sucesores de aquellos españoles medios sacados para esta conquista de las oficinas del Cusco y Quito: *así es; así lo veo; así lo siento;* y medito que el proyecto debia practicarse poco a poco, *mancha quechi* con sagacidad, vijilia y órden, proporcionando la fuerza al terreno para su entero cultivo, atento lo presente y futuro, pronta y segura en todo caso la retaguardia, o retroceso, que en lo que hasta poco há eche ménos en esta conquista: siendo en ella inevitable y cierto el proloquio, que *quien mucho abarca poco aprieta.* Capaz fué un rei de Macedonia, como sabe mui bien V. R.ma de conquistar el mundo; pero ni el vuestro fué capaz de mantenerlo. Dividióle Alejandro, porque conoció lo árduo de la empresa. En mi sentir es mas difícil conservar que adquirir; aunque esto sea mas glorioso. *Quien adquirió mucho* (dice un político moderno), *pudo dejar con su fortuna infeliz al sucesor, fiando a sus hombros desproporciones.* A Roma la destruyó su grandeza, y a Chile la alta ambicion o inconsiderada inmoderacion, de quien en su conquista no ponia términos al adquirir; siéndole aun mui dificultoso el conservar; por eso no merece disculpa, como no la mereció, aun de Cristo con mejor derecho, Marta en su solicitud: *turbaris ergo plurima.* Claro está, que hablo del famoso Pedro de Valdivia.

Finalmente, continúa V. R.ma historiando los varios acaecimientos de la guerra, entrada y elojio de las relijiones por medio de sus alumnos ilustres. Reflecciona, ilustra, ensalza, discierne y enseña relijiosamente con crítica grande y juiciosa, dice mucho y bien; y lo que yo siento es no poder apresurar su natural curso a este luciente fósforo en comun beneficio y crédito de mis mayores esperanzas mas encendidas que satisfechas. Convertiré mi deseo a ese oriente jesuítico, a ese cielo estrellado, a ese monte luminoso, monte olivete, o de olivares, a ese monte de Dios, monte pingüe, monte alto, monte dichoso, monte en el cual bien plació a Dios habitar, y con aquellas divinas palabras con que quiso la superior luz honrarnos, pondré honroso silencio a las mias en esta forma: Así, así, padre mio reverendo, se esplique: así corra, así luzca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos: amen. De este apostólico noviter electo colejio, Seminario de propaganda—fide de minoristas de San Ildefonso de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, o Chillan y abril 23 de 1762.—R.mo P. Mtro. B. L. M. de Vtra. R.ma.

Su menor mas rendido siervo y capellan.

Frai Pedro Anjel Espiñeira.

AL LECTOR.

Es costumbre tan recibida de todos y observada sin interrupcion, poner los que escriben prefaciones a la frente de sus libros, que pudieran alegar los lectores a favor suyo el derecho de prescripcion, para que los escritores no se atrevan a hablarles sin saludarlos primero y sin prevenir disculpas a los desaciertos de la pluma, lo cual si siempre ha sido preciso, mucho mas es al presente, cuando el que escribe ha de tener por juez a un siglo tan erudito y en gran parte delicado y descontentadizo, cuya crítica se ordena a cavilar sobre lo que a cada uno le parece que entiende; pero la piedra del escándalo es el estilo, en que todos querrian votar y aun dar preceptos, porque si usa el autor del mediano, lo tienen por bajeza, si del alto por afectacion; si es ceñido, le tachan la falta de amenidad; si es vario, lo culpan de confusion; si deja por decir algo, lo tienen por neglijencia; si lo dice todo, por prolijidad; y así puedo asegurarle al lector, que la causa de dar a luz este trabajo, no ha sido mi osadia que no me bastara para vencer los justos temores de mi propia insuficiencia y la ajena severidad; sino que ha sido la mas justa que se puede pensar; pues me ha puesto la pluma en la mano la relijiosa evidencia: ni otra ménos poderosa pudiera escusar a mi ignorancia, de la nota de arrojada. Sé las insuperables dificultades que se han de vencer, difícil empeño aun en las plumas de mas elevado vuelo,

para llegar al acierto en este jénero de estudio: sé que de innumerables historias que han presentado sus autores al público, rarísimas, han merecido la comun aprobacion; pocas han alcanzado la opinion de una medianía, y las mas han sido recibidas con desprecio, y a veces con indignacion. Sé tambien que son tan diversos los caprichos, y tan enorme la vanidad de los que se abrogan la facultad de jueces de las obras ajenas y tan pocos los que pueden discernir entre lo bueno y lo malo, que cualquier autor de juicio, si halla dificultad en agradar a los sábios y de buen gusto, mucho mayor le ha de parecer el contentar a los ignorantes, y que lo tienen extragado; y aunque se indigne de que quieran dar reglas de la mas perfecta elocuencia los que no saben el significado obvio de las voces mas vulgares, y de que blasfemen todo lo que ignoran, con todo eso no se puede despreciar el sobresejo de los tales, que aunque sepan poco, hacen número, y dan por muchos autoridad a su partido, en especial para aquellos que no pesan los votos, sino que los cuentan. Sé últimamente *quam sit mihi curta supelex*: y que siendo muchos los caminos de errar, es único el del acierto. Pero así como te dije poco ha lector, que solo escribo por obediencia, así protesto ahora, que mas quisiera que la posteridad (si acaso llega a ella este trabajo) me diera ántes el título de buen obediente, que de buen historiador. Ya con esto te he informado de la causa de escribir esta historia. Falta que hablarte del designio de ella, y para cumplir con el uso, del método, estilo y verdad que he de observar en escribirla. El designio es vindicar del olvido y del silencio los principios y progresos de la conquista espiritual y temporal del reino de Chile, y los personajes que han representado papeles principales en lo militar, civil y eclesiástico. Se apropiaran la mayor parte los negocios seculares de batallas, sitios, victorias nuestras o ajenas, conquistas, sucesos prósperos o adversos, como que requieren mas lienzo para pintarse bien, y darles su debida estension. Entraran en segundo lugar a conocer los incansables y fructuosos trabajos, los loables y fervorosos ejemplos, la contínua y feliz enseñanza y las santas vidas y preciosas muertes de muchos de la compañía, héroes tan dignos de la voz de la fama, como los mas esclarecidos de los primitivos tiempos de la iglesia. De todo lo cual habia defraudado a la memoria y a la imitacion, no la decidia de muchos habilísimos sujetos de ella, sino el parecérles mal colocado en el ócio de escribir el tiempo que podia emprenderse en el afan de cultivar. Estas seran las dos principales materias de esta historia; pero no las únicas, porque tambien haremos mencion en tiempo y lugar de otros varones eclesiásticos que emplearon incansablemente los brazos y animosamente los pechos en cultivar la viña del Señor, y en tirar las apostólicas redes; y así me prometo que el lector hallará alguna amenidad en esta historia, a lo ménos por lo vario de las cosas que menciona.

El método de esta obra me esforzaré a que sea el que debe ser, que ni alguno puede ejecutarme por mas, ni yo prometerlo; será bueno si fuere claro, pues no es otro el buen método de una historia que poner

los sucesos en aquella colocacion y lugar en que tengan mas luz: para esto será menester evitar el desórden que es causa de la confusion; pues así como esta gran máquina de las cosas, ántes de estar sus partes separadas y puestas en su debido lugar, no era mundo sino cáos, y como los miembros de un hombre confundidos y colocados indebidamente no son hombres, sino monstruos; de la misma suerte o una historia que perturbase los principios, medios y fines, no la llamaría historia, sino confusion. Aun aquellos poetas que han tenido por valentía de su injenio y artificio de su invencion dar principio a su canto por algunos de los acaecimientos medios de la materia de su poema, se han visto, no obstante, precisados a introducir algun interlocutor, que con oportuna ocasion comenzase la narracion desde el principio pareciéndoles, que era una reprensible perversion no seguir con el injénio la órden natural de los tiempos y acaecimientos; por eso habré de seguir la cronolojía de los años; pero tan escrupulosamente que no me tome a veces la libertad de hacer escursion al tiempo de adelante, difiriendo entretanto algunos sucesos del de atras. Esto sucederá por necesidad, principalmente en los elojios de algunos ilustres varones y en otros miembros principales de la historia, que por ocupar algunos años su estension será menester seguirlos con la pluma en todos ellos, para que la copia salga parecida al orijinal. Es la historia imájen o representacion de lo que se propone referir, y representaría mal, si habiendo sucedido un caso subsiguiente, ella lo hiciese ver partido y desmembrado; porque entónces perdería el lector la luz, y el suceso su dignidad.

El estilo no quisiera decir cual he de seguir; pues tal cual sea, se ha de ver; pero puedo protestarle, juicioso lector, que estoi tan mal con los afeites esquisitos, que los detesto hasta en la elocusion, y no se puede negar que estos adornos pueriles del lenguaje, quitan en gran parte su autoridad a las cosas y desminuyen la fé de los lectores, que supondrán que el escritor quitó de dilijencia en inquirir los acaecimientos, cuanto añadió de cuidado en el modo de decirlos; y así mas querré que mi estilo parezca deslucido, que no afectado: bien querria que fuese el propio y característico de la historia; esto es, exacto sin prolijidad, corriente sin bajeza, majestuoso sin fausto, sublime sin altaneria, valiente sin dureza, grave sin sequedad, copioso sin redundancia, lleno sin hinchazon, claro por la propiedad, enérjico por la significacion, adornado por las sentencias, doctrinal por las reflecciones. Quiero decir con esto, que desearia seguir, aunque de mui léjos, el vuelo peregrino de la pluma del padre Faminio de Estrada; pues, aunque todas las historias son maestras de la vida, la de este incomparable talento, es maestra de la vida y de la historia. Pero a mí bástame saber estimar a un baron que quitó a todos la esperanza de alcanzarlo, que vuela tan alto, que solo el divisarlo, es señal de mucha perspicacia, y el gustar mucho de él, es prueba de grande aprovechamiento, como Quintiliano dijo de Ciceron. Mas aunque tenga este deseo y conocimiento de mi poquedad, no me abatiré a la usurpacion de

las frases ajenas, ni me sujetaré a la cadena de la servil imitacion. Ni podré ser reprendido justamente, aunque se eche a veces ménos la dignidad, y ponga en mí narracion; porque como ésta se ha de estender a materias mui diversas, será preciso apropiar a la calidad de ellas, el carácter del estilo. No es difícil ser elocuente en las cosas magníficas. Los arcanos profundos de la política, los acuerdos gravísimos de los consejos, la prudente conducta de los capitanes, el ardor y braveza de los soldados, son materias en cuya esplicacion se vienen a la mano las mejores frases, y en que cualquiera es elegante. Vereis a un vulgar historiador describir una batalla, y en ella, al valiente lo hace leon, al tímido liebre, al astuto raposa, al escuadron firme, denso globo de acero, y a la manga de alcabuceros, nube preñada de rayos, las cuales todas son locuciones figuradas y de mucho primor; y veis aquí al tal pequeño historiador igual en la alteza de decir al divino poeta, que llamo a los dos Scipiones, dos rayos de la guerra. Pero este modo de hablar que en los sucesos militares es mui obvio, en los relijiosos o eclesiásticos no es posible, porque como las acciones de esta clase carecen de estruendo y pompa, no llaman la fantasía de aquellas especies grandiosas que, vertidas por la pluma, comunican a la elocucion su misma grandeza, y porque de las cosas espirituales, como tenemos pocos conceptos, así para ellas carecemos de voces. A mas que el tal estilo en esta materia, fuera de no ser posible, no es propio; porque ¿qué pareceria pintar a la humildad con frases hinchadas. A la quietud de la oracion con voces de estruendo y al describir la maceracion del cuerpo solicitan en eso mismo las delicias del oido y la lisonja de la imajinacion? Y como dijo aquel poeta, que la cena de Tieste, se desdeña de ser dicha con versos plebeyos; así la virtud que es modestísima, se avergüenza de vestirse de hábito profano. Por eso bastante hará el que trata estas cosas, si dice las menudas sin abatimiento, las comunes sin vulgaridad, y las semejantes sin repeticion, y si guarda en todo propiedad, que es aquel decoro que tiene el maestro de la elocuencia por la calidad mas precisa de la oracion. Fuera de esta disculpa que he propuesto por parte de la materia, tengo otra por parte del ejercicio de mi vida que ha sido desde el año de 44 hasta el presente de 58 el de misionero entre indios, cuyos idiomas bien se deja entender que no solo menguarán la copia y deslucirán la elegancia, si alguna pudiera haber, sino que corromperán en gran parte la pureza del castellano, como sucede a aquellos rios, que por caminar por muchas tierras cojen el sabor de algunas de ellas, y que mezclados con el mar, aprenden amargura sus cristales; pues son mui pocos los que como el rio Alfa aun entre las salobres hondas del mar, mantiene dulces sus corrientes. Por eso de los dos idiomas latino y materno, de que tuve arbitrio de mis superiores para elejir, cojí el nuestro, dejando el ajeno por la confianza de haber retenido mas y confundido ménos las lenguas bárbaras con la que mamé, y por esponer ménos a la censura la animosidad de pasar repentinamente de hablar en indio a escribir en latin. La verdad es tan

principal parte de la historia, que es su espíritu y vida; sin ella, lo que se escribe será una fábula, un buen o mal tejido de fixiones; pero no será historia, porque siendo esta virtud necesarísima en todas las acciones que tienen relacion a otro tercero, y en todos los negocios públicos o privados de la vida, pues sin ella, no merecen ascenso las noticias, no tienen seguridad las promesas, ni firmeza los pactos. Con todo es mas precisa en las relaciones históricas, porque los tratos humanos sin verdad, serán al fin tratos, aunque malos, y en ellos el engaño es contra uno; mas la historia sin verdad deja de serlo, y con ella se engaña al mundo, y si me hicieres la merced de creerme sobre mi palabra, me animaré a protestarte que la mendicidad es vicio para cuyo vencimiento he habido menester poco conato porque ha hallado suma resistencia en mi jénio. Ni yo sé que tentacion puedan tener de seducir al público y escribir virtudes y milagros soñados, los que tratan cosas sagradas; pues la verdad es panejírico de sí misma, y la mentira nunca será agradable elojio a los que habitan el reino de la verdad. Los que escriben acciones militares aun pueden ser inducidos a referir sucesos falsos o exajerados, ya sea por la parcialidad con un partido, ya por la adversion con el otro, o finalmente por lisonjear servilmente a los lectores de su nacion fomentando sus vanidades y preocupaciones. Mas por lo que mira a lo que yo escribiere de las guerras de este reino, estan mui léjos de mi ánimo los motivos siniestros y los afectos de ódio o amor a alguna de las partes: y la adulacion es vicio tan vil aun en un mundano, que seria sumamente torpe y absurdo en un relijioso; y así abandonando los panejíricos fabulosos o encarecidos que se hacen a contemplacion de los jénios leves y demasiado amantes de si propios y engañados de la fama de su nacion, pretendo con el mayor anhelo en reverencia de mi estado y de los hombres de buen juicio trasmitir a los venideros la verdad incorrupta, no cuidando de la honra que me darán o negarán por verídico, sino de la que deberán darme. Bien sé que los que mas obligan su fé, son los que mas suelen violarla; pero en mí no tiene lugar este riesgo, o esta hipocrecía, porque ¿con qué cara pudiera yo referir las cosas de diferente suerte de la que pasaron, cuando estan prontos para redargüirme de falso innumerables testigos, que por naturales de este reino tienen noticia cierta y han visto y palpado las cosas de que escribo? Mas, acaso faltaré a la verdad por ignorarla. En algunas cosas confieso que puede suceder, pero en las mas ni en muchas, lo niego, porque difícilmente (lo digo sin arrogancia) se hallará autor alguno de historias, que haya tenido mas medios que yo para acertar con el punto de lo cierto. Tres medios hai para arribar a este verdadero conocimiento, y poder formar recto juicio de las cosas, que son: la esperiencia, la tradicion y los libros; y nada de esto pienso que puedo envidiar. La esperiencia propia o conocimiento esperimental del pais y jentes de que uno escribe, aunque no sea total, sino de algunas cosas, sirve en gran manera para raciocinar, e inferir si las cosas que se refieren son cooherentes o discrepantes de lo que uno sabe de

antemano. Por falta de este conocimiento se han desviado enormemente de la verdad en puntos históricos y jeográficos autores aun de buena nota, que han escrito de la América sin haberla visto; como un autor aleman que escribió que en la ruina de la Concepcion del año de 1730 murieron ochenta mil personas. ¡Desproporcion horrible! cuando todo su vecindario nunca ha pasado de siete mil almas, y la falsedad enorme pues no llegaron a ocho las personas muertas: lo aseguramos con la seguridad de haberlo visto. Otro autor frances afirma sériamente haber en la América casas enteras de plata maciza, espresion solo digna de las fixiones de la Insula Barataria. Autor español y de profesion jeógrafo hubo que imprimió con la mayor seguridad no haber en Chile sino un rio, cuando lo riegan mas de cincuenta grandes. Mas de admirar es que otro autor español moderno que estuvo en la América y en la Concepcion, se atreviese a imprimir que el rio Biobio desagüa *en* la bahía de dicha ciudad ¡estraña equivocacion! pues se sepulta en el mar siete leguas distante de esta bahía para el lado del sur. Vése manifiestamente que confundió a Biobio con Andalien, esto es, a un jigante con un pigmeo, y que le ocupaban el cuidado otros negocios mas de su agrado, pues con la misma enormidad se alucinó en otras cosas que refiere en su viaje de la mar del sur, y así es manifiesto que solo el que se ha criado en el pais de que escribe, y lo ha visto una y muchas veces, puede tenerse por algo seguro de caer en semejantes alucinamientos, y errores tan exhorbitantes. La tradicion es otro adminículo de la historia, de tanta autoridad que en las cosas eclesiásticas en que se requiere mayor, creemos muchas cosas firmemente y las guardamos firmemente solo en fuerza de la tradicion, lo que es conforme a lo que dijo San Pablo a los de Tesalónica: guardad las tradiciones que de mi habeis recibido; y aunque muchos teólogos morales hablan en este punto de la costumbre, otros de mejor sentir tienen esto por equivocacion, y aseguran que la costumbre no obliga por sí, sino porque ella es intérprete de una lei no escrita, sino intimada a boca, y pasada de mano en mano, por tradicion de padres a hijos, y así el no comer laticinios en cuaresma, el consagrar en pan y vino, el proferir todas las palabras consuetas en la consagracion del cáliz; el mezclar en el mismo cáliz agua con vino, el no omitir las formas establecidas de los sacramentos, sustituyendo otras semejantes, el permitir la confesion de los mortales ántes de la asuncion de la eucaristía son preceptos que aunque ahora esten estudiados por cánones y concilios ántes de eso estaban recibidos por obligatorios, solo en fuerza de la tradicion; y como en este reino hai tan universal tradicion de la conquista y principales acaecimientos de ella, quien está criado en el, y tiene algun discernimiento para apartar el grano de la paja, y no dejarse llevar de rumorcillos, tiene mucho andado para la intelijencia de la verdad. De libros y papeles impresos y manuscritos que tratan de la conquista de este reino, tengo los que bastan para quitarme el anhelo de solicitar mas; suponiendo que aunque haya algunos otros, no han de decir cosas

nuevas o diferentes de los que yo tengo y son los siguientes impresos. La historia del padre Alonso de Ovalle, la Araucana de don Alonsó de Ercilla, el compendio historial de don Melchor Jufré del Aguila, la historial jeneral de Antonio de Herrera, la relacion del viaje a la mar del sur de Monsieur Fresier, el viaje de don Jorje Juan y don Antonio de Ulloa, la historia latina de la provincia del Paraguai por el padre Nicolas Techo, en que trata muchas cosas de la de Chile por haber estado en algun tiempo unidas ambas provincias, y la historia particular del gobierno de don Francisco Laso, por Santiago Tesillo. Pero de manuscritos es mayor la copia: tengo la relacion del obispado de Santiago, y su jurisdiccion hecha de real órden por el tesorero don José Fernandez Campino, de la conquista del padre Diego Rosalès los dos libros últimos que hablan de la espiritual, habiéndose perdido con gran daño las que trataban de la temporal (1), la historia de la conquista de don Pedro Figueroa (2), el Cautiverio feliz de don Francisco de Bascuñan (3) en que dá noticia puntual de parte de las guerras de Chile y costumbres de los indios, los manuscritos de este asunto y de barones ilustres de esta provincia del padre frai Juan Bernardo Vel, y junto con esto inmunerables cartas annuas, y edificantes memorias de visitadores, provinciales y otros sujetos dignos de todo crédito por su sabiduría, bondad y dilijencia. Y así no tengo yo que echar ménos en esta parte, y el lector podrá desear en mi la perseverancia en leer y discernimiento para graduar las noticias, y darles ni mayor ni menor asiento del que merecen. Mas como yo protesto cumplir lo que está de mi parte y cabe en mi facultad, así pido de justicia que traigan los lectores un ánimo cándido, recto y reposado para no condenarme precipitadamente; no queriendo por esto disminuirles la libertad de argüirme con razon, o correjirme con claridad, y ojalá conociera yo mis yerros (que no dudo son muchos) por medio de algun amigo advertido y desapasionado, en tiempo que hubiera lugar a retractacion que no me faltaria docilidad para sujetarme gustosamente a su censura.

PROTESTA DEL AUTOR.

Habiendo nuestro santísimo padre Urbano VIII, a 15 de marzo de 1625 en la santa congregacion de la santa romana y universal inquisicion, espedido un decreto, y confirmádole a 5 de julio de 1634, en el

---

(1) La obra del padre Rosales, que el autor consideraba perdida, existe completa e inédita en Valencia, en la biblioteca de don Pedro Salva, donde la examiné prolijamente en 1860.—(El E.)

(2) Publicada en el 2.° tomo de esta Coleccion.

(3) Forma el tomo 3.° de esta Coleccion.



cual manda que, no se admitan elojios de santos o beatificados absolutamente que caigan sobre la persona, aunque si los que caen sobre las costumbres y opinion, insistiendo en este decreto, protesto que lo que dijere en esta historia de virtudes heroicas, milagros, revelaciones, profecias, y otros favores espirituales de Dios solo quiero que tenga el crédito que de sí lleva la dilijencia y fé humana: sin prevenir el juicio de la Sede Apostólica, a la cual sujeto lo que dijere y sintiere, como rendísimo y obedientísimo hijo de ella, ni que todo lo que dijere, o parte de ello sea recibido en otro sentido de aquel en que dicha Santa Sede quiere que se reciban.

HISTORIA MILITAR,

CIVIL Y SAGRADA

DE LO ACAECIDO EN LA CONQUISTA Y PACIFICACION DEL REINO DE CHILE,

**desde la primera entrada de los españoles,
hasta la mitad del siglo décimo octavo de nuestra Redencion,**

ESCRIBIALA EL PADRE MAESTRO

MIGUEL DE OLIVARES DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

NATURAL DEL REINO DE CHILE,

QUE EN NOMBRE DE SU PROVINCIA LA DEDICA, OFRECE Y CONSAGRA A LA VIRJEN PURISIMA Y MADRE DE DIOS, BAJO LA ADVOCACION DE LA MADRE SANTISIMA DE LA LUZ.

LIBRO PRIMERO.

El argumento de este libro es la descripcion natural y política del reino de Chile, en que se trata de su estension, de sus cordilleras, de sus rios, climas y fertilidades, sus ganados y minas, de sus particulares animales, aves, pejes y vejetales, de sus habitadores, cuanto a su gobierno, relijion y costumbres, y calidades, y de sus poblaciones y gobierno español, y misiones de la compañía de Jesus.

CAPITULO I.

Estension del reino de Chile.

De la manera que los actos de entendimiento dependen de las especies de la imajinacion, así puntualmente la claridad de la historia se deriba de la luz de la jeografía, porque como no podemos formar conceptos espirituales sin que se orijinen de aquellas especies corpóreas que la filosofía llama fantásmas, de la misma suerte no podemos arribar al pleno conocimiento de los sucesos sin que a este conocimiento preceda como a basa el del lugar en que ellos pasaron; y así ha sido estatuto tan indispensable y universalmente observado de los historiadores poner a la vista del lector un como diseño de los paises, que los sujetos de la historia ilustraron con sus hechos, que Polibio, autor célebre, queriendo escribir la historia romana, como por ser griego de nacion no tenia noticia esperimental de toda la Europa, que fué el prin-

cipal teatro de las acciones heroicas de esta victoriosa nacion, peregrinó para ella; y Salustio, autor romano, caminó con el mismo intento el Africa para escribir la guerra de Yugurta: uno y otro con el propósito de adquirir para sí mas luces pue poder comunicar a sus lectores, y darles un plan cabal de aquellas rejiones en que pasaron aquellos hechos, que pretendian trasmitir a los venideros. Por eso yo, movido de la razon y costumbre, tengo por necesario representar la estension del reino de Chile, al cual ilustraron con sus batallas y conquistas, las victoriosas armas de nuestros católicos reyes; el cual tambien fué el terreno feliz que los obreros de la compañía y otros eclesiásticos de igual celo, fertilizaron con su sudor, para que les rindiese palmas.

Este reino que Pedro de Valdivia comenzó a conquistar para la monarquía de España el año de 1541, en calidad de subalterno, y lugar teniente jeneral de Francisco de Pizarro, está situado en la América meridional y en último término de ella. Su estension a lo largo comienza desde el cerro de San-Benito en la altura de 22 grados de latitud austral (y es deslinde entre el último término de Chile y Atacama, primera provincia del Perú por esta parte) hasta el Cabo de Hornos, que está en la altura de 56 grados, y así tiene de largo 34 grados, que regulados por 20 leguas, suman 660; y es la lonjitud de este reino norte sur entre las costas del mar Pacífico y la cordillera real de los Andes. Su latitud, no haciendo ahora mencion de la provincia de Cuyo, es de 30 a 40 leguas, desde las dichas playas del occidente hasta la gran sierra dicha, que cae al oriente, la cual corre por todo el Perú mas de mil quinientas leguas, hasta que en Magallanes se esconde en el mar, para continuarse, segun opinion de algunos, con otros desmensurados montes del mundo, sirviendo como de huesos de este jigante cuerpo, o como de ligazon de este soberbio edificio.

Mas aunque a este reino parece que el autor de la naturaleza lo dividió de otras provincias del mismo continente con la inmensa valla de sus trabados montes, como que quiso señalarlo tanto en los límites como en las calidades, con todo la jurisdiccion que tiene en él, el dominio español se alarga hasta las ciudades de la provincia de Cuyo, que son tres la de Mendoza que dista de Santiago, capital de este reino, ochenta leguas, y está en la altura de 33 grados; la de San-Juan, que se aparta de Mendoza 40 leguas hácia el norte, y está en 35 grados, 30 minutos; y la de San-Luis de la punta distante de Mendoza hácia el oriente cien leguas, y que está con ella en un paralelo. El deslinde de dicha provincia de Cuyo es como se sigue: por la parte del norte comenzando desde el pié de la cordillera se estiende el valle de Jacharí, fértil y hermoso cuanto cabe en la esterilidad de aquella tierra, y habitado de varias familias de indios y mestizos; que aunque sujetos al rei nuestro señor, ocupan diversas chosas colocadas en separados parajes y al arbitrio de su antojo. De Jacharí tirando el rumbo para el oriente, se encuentra el valle hermoso, el cerro llamado Olape, en que hai varias vetas de metales de plata; pero de tan poca lei que no tienen atractivo

para la codicia; y el paraje llamado Quini que se une con una sierra, que prosigue deslindando la jurisdiccion de la Punta que toca a Chile, de la del Tucuman hasta llegar a la Punta del Agua. De aquí caminando por el mismo rumbo cosa de 6 u 8 leguas, se encuentra la sierra de Córdoba, llamada vulgarmente Come Chingoles, que se estiende por algunas leguas hasta llegar al arroyo de los Falas, el cual así mismo, como dicha sierra sirve para distinguir las jurisdicciones de dicho arroyo, siguiendo la demarcacion, se vá a la Punilla, y de aquí mirando para el sur a una sierra, que los naturales llaman Tandil, rica de minerales de oro, aunque no trabajados, por estar en tierras de indios no sujetos. La demas tierra hasta la magallánica, está casi incógnita, y es poca su noticia.

Son adyacentes a este reino varias islas de bastante ámbito, la de Juan-Fernandez en frente de Valparaiso, en que de órden de S. M. fundó una villa y fabricó una buena fortaleza el Exmo. señor don Domingo Ortiz de Rosas: es mandada por un gobernador y defendida por numerosa guarnicion y buena artillería. La de la Quiriquina tres leguas de la Concepcion; la de Santa-María otras tantas de Arauco, la de la Mocha a una vista de la Imperial, y todas tres, aunque de buen temple y hermosas, estan vacias de habitadores y ganados para que no sirvan de receptáculo a los enemigos de mar. Las del archipiélago de Chiloé que llegan a 150° estan al abrigo de una mayor que todas, y mide 80 leguas. Los habitadores españoles e indios mantienen comunicacion diaria de unas a otras, en pequeñas embarcaciones que llaman piraguas. Desde Chiloé hasta el estrecho, aunque hai una inmensidad de islas, no se han establecido en ellas los españoles, no porque a sus proas animosas pueda detener la braveza hinchada de sus mares, ni arredrar su tolerancia la intemperie de su clima, como porque no se hallan en dichas islas aquellos efectos preciosos que suelen en otros paises alhagar con dulzura y solicitar con eficacia a la avaricia. Mas los indios chonos y caucaes a quíenes la ignorancia de la opulencia y el regalo hace tolerable la habitacion de paises tan pobres, están en ellas haciéndoles grata mansion la inesplicable dulzura con que acaricia a todos el patrio suelo y el mirar los ámbos elementos tan como suyos, que si en la tierra son hombres parecen en el mar delfines. De éste sacan emulando con facilidad increible el nado de los peces, los mas regalados de ellos, y variedad esquisita de todo marisco para su abundante alimento: viven felices y a su juicio ricos con tan pequeña posesion de los bienes de la tierra: en tanto grado, es cierto, que la felicidad solo está en la satisfaccion de la naturaleza y que el contentamiento del ánimo no consiste en acrecentar riqueza sino en disminuir codicia. Hai en las costas del mar chileno muchos y buenos puertos; de los cuales, dejando al silencio los que no tienen frecuente uso y por eso son de ménos nombre, merece mas consideracion el de Valparaiso 25 leguas de las ciudad capital, que es el mas frecuentado de naves del Perú, llegando a él en cada un año mas de 20, y de muchos efectos que traen,

son los mas para el regalo, y los ménos para la necesidad; mas los que llevan son jéneros tan necesarios que pasarian incómodamente y con gravísima necesidad sin ellos. En el Perú, la carga anual que llevan se reputa por ciento y veinte y cinco mil fanegas de trigo, quince a diez y seis mil quintales de sebo, diez mil cordovanes, cuatro mil zuelas, doscientos quintales de hilo acarreto, un mil quintales de jarcia, de cobre en barra o labrado, quinientos quintales doce mil libras de almendra, cuatrocientos zurrones de cocos y de otras menudencias y frutos de menor cuantía, como azafran, ramí, anis, orégano, cominos, lentejas, frejoles, guindas secas, nueces se computan de ocho a novecientos zurrones o piezas. El puerto de la Concepcion es el de mas hermosa bahía y de mas seguridad y defensa contra los vientos que aquí son tempestuosos. Mantenia comercio con Lima, cuyos intereses llegaron a la cuarta parte de los que se trafican por Valparaiso. El de Valdivia es el mas fuerte: y si ayudara el arte a la naturaleza, fuera del todo inespugnable: tiene cuatro castillos en oportunos parajes, con artillería muchos, y mui buena. No se saca de aquí otro efecto que alguna madera, pero era mui electa para las dos capitales del Perú y Chile. Tambien el puerto de Chacao es de segura estacion para las naves. Su entrada es peligrosa por angosta y de frecuentes bajíos; pero esta misma incomodidad es su natural defensa; y no le falta alguna guarnicion de soldados mandada inmediatamente por el gobernador de la provincia. Los puertos de Coquimbo, Copiapó y Huasco, no tienen otra particular recomendacion que la de su capacidad y fondo.

CAPITULO II.

De la cordillera de Chile, y particularidades de ella.

Todos los que han dado noticias de este reino en relaciones impresas o manuscritas han hecho mencion de esta cordillera, y es ciertamente digna de que no se pase en silencio; porque dado que haya en el resto del mundo otros montes de mas soberbia elevacion, dejándoles a salvo las glorias de este exceso si es verdadero, con todo es cosa fuera de duda que en la estension, ningunas sierras del orbe se pueden comparar con la de Chile cuya lonjitud desde Quito hasta Magallanes, pasa de mil quinientas leguas, y la latitud en partes llega a 40, en partes a 50. Escriben algunos que esta cordillera se divide en dos ramas mui prolongadas por un valle contínuo interpuesto, en el cual se asegura hai un camino hecho a mano artificiosamente de novecientas leguas de largo desde Pasco a Chile, y 25 piés de ancho: obra de los incas, quienes se dice, habian mandado levantar en él varias casas de jornada a jornada para comodidad de los caminantes; pero como en la cordillera de Chile no hai cosas de estas, sino sendas angostas y precipicios peligrosos, se transita con grave trabajo y susto, por los que van o vienen de la provincia de Cuyo. Da paso la cordillera por varias partes; pero el mas

frecuentado es el que llaman de Santa-Rosa, por donde el camino que llaman de la ciudad de Santiago a la de Mendoza es de esta suerte: se comienza a subir desde el correjimiento de Aconcagua por la obra que hace el rio de este nombre, llevando a este rio que está en diforme profundidad, a mano izquierda, y a la derecha unos altísimos montes tajados en peña viva. El camino va siempre subiendo por sendero tan angosto que no cabe sino una caballería con su jinete, o una mula con su carga: acrecentándose el peligro de la elevacion y angostura con el tajo, en partes del todo perpendicular, y en partes poco ménos del borde de la senda que mira al rio, en el cual ha de caer inevitablemente el que discrepare para perecer sin remedio; y así este camino no es capaz de trajinarse sino en mulas bien herradas: los caballos porque no clavan tan bien la uña, no son de provecho para estos malos pasos; por caminos de igual estrechura, se caminan algunas leguas, siempre costeando el rio, hasta que éste se pasa por un puente en que hai estable una guardia de soldados para estorbar la introduccion de jéneros prohibidos. Pasado dicho puente se desvia el caminante algun tanto del rio, comenzando a llevarlo a mano derecha, y aunque el cuerpo siempre prosigue sintiendo la fatiga de la aspereza de cuestas y rivasos, se alivia y recrea el ánimo con mirar no tan evidente y de ménos horrenda apariencia los riesgos, y con hallar tantos y tan hermosos arroyos que refrijeran la sed con su frialdad, alegran la vista con sus cristales, y entretienen la imajinacion con el vario admirable bullicio de sus corrientes, que caminan ya rectas, ya oblícuas, ya lentas, ya presurosas, segun la direccion del terreno, con tanto primor y esmero de la naturaleza, que no bastara a imitarle el artificio, ni a finjirlo la fantasía. Unos arroyos corren, otros saltan, y algunos vuelan, pues cayendo de farellones mui encumbrados, y hallando fallo el espacio intermedio, se dejan ir hasta la tierra por el aire, y cuando este sopla con alguna violencia, parte y divide las aguas, ya en gotas gruesas como perlas, ya en menudísimas como alforjar, impeliéndolas acá y acullá a las partes contrapuestas del viento: asímismo disminuyen en gran parte la pena del camino las mesetas que ocurren de trecho a trecho tan artificiosas como hechas a mano, y tan hermosas como obras de la naturaleza, adornadas de la frescura y verdor de las yerbas, variedad y fragancia de las flores. Caminando en esta conformidad se llega al paraje del Juncal, a quien da el nombre la juncia, que lo viste; aquí hai otra guardia de soldados con su cabo; y está al pié de la mas elevada cumbre de toda la cordillera. Esta cumbre domina a toda ella, y franquea libre la vista por la parte del oriente a las ciudades de la provincia de Cuyo, y al inmenso piélago de sus campañas; y por el occidente al reino de Chile y mar del sur. La dicha cumbre se repecha y baja en pocas horas, aunque con crecida molestia, pero sin riesgo de consideracion; y de la otra banda se encuentran al pié de la bajada las famosas cuevas que son como unos rústicos edificios que fabricó la amante providencia del criador en peñas vivas, cavadas en forma de chosas, y sirven no

3

solo en la estacion ardiente para evitar los soles que reververan en aquellos cajones, sino tambien en tiempos frios para salvar la vida cuando sorprende a los caminantes alguna tempestad de nieve, pues moririan sin remedio yertos a no abrigarse en aquellas rústicas bóbedas, en donde aguardan sitiados, hasta que el sol liquidando la nieve, dá el paso franco. Pasado este paraje, se prosigue el camino tomando el rio de Mendoza, que por cerca de aquí nace a mano derecha, el cual por espacio como de una jornada, va a una vista hasta que el camino se convierte en senda estrecha entre dicho rio y unos ágrios y empinados riscos, que vuelven al caminante a la fatiga y al susto, hasta que se llega al valle de Uspallata, estendido y ameno: calidades que le granjean mayor estima con la comparacion de las recientes esperiencias de lo pasado. De una y otra banda de este mas empinado cerro a la cordillera, esto es, a la parte de oriente y occidente, se ven en los valles por donde se camina varias casas, de las cuales no se puede conjeturar otra cosa, sino que las hayan hecho los indios del Perú por órden de sus monarcas, o de sus jeneralísimos, para dar a los jefes o subalternos de las tropas que pasaban a Chile defensa contra las nieves o abrigo contra los aires delgados y frios que se dejan sentir en tanta elevacion, por las noches aun en los meses mas calientes. Estan dichas casas comunmente en distancias proporcionadas a las marchas de un ejército, aunque no en todas se observa esta regularidad, porque a las veces se encuentran algunas a la legua y aun poco ménos de las otras, y se puede creer del formidable poder de aquellos príncipes, que lo tenian aun sus criados para fabricar edificios con el fin de pasar una noche con alivio y ostentacion. Son los edificios en paredes y techo de piedra, ni labrada ni unida con mezcla, sino acomodada por la artificiosa prolijidad de buscar las caras para la parte esterior, y los ajustes para la interior, segun ofrecia su misma configuracion; y así han durado estos edificios algunos centenares de años en tierra de tantos terremotos, y sin haber quien cuide de reparar sus ruinas que es cosa mui para admirar. Suele haber en cada paraje muchas juntas, y siempre descuella alguna de ellas en la altura y excede en la capacidad a las demas como destinada al parecer para honroso y cómodo hospedaje de los jefes y de sus numerosas familias. Las mas de ellas estan del todo arruinadas; en algunas se mantiene en pié gran parte del muro, y en mui raras alguna pequeña porcion de la techumbre. Rústicas máquinas, que por ser en parajes tan yermos, excitan la curiosidad a su inspeccion y detienen gustosamente al caminante, aliviando el tédio de la fatiga y riesgo, con darle materia para que filosofe a su modo, sobre la causa eficiente y final de unos monumentos, a los cuales hace raros el sitio y la forma, y venerables la antigüedad. Y porque estamos cerca de la mas alta cumbre de la soberbia máquina de esta famosa cordillera, daremos razon de otra particularidad que está mui cerca, que son sus volcanes. Se cuentan por todos 16, el primero junto a Copiapó, hácia el trópico de Capicornio; el último hácia el Cabo de Hornos, mirando al polo

antártico; pero el de la Villa-Rica presenta a la vista mui agradable espectáculo por la corpulencia y elevacion de su monte. Este que desde una basa inmensa de perfecto círculo se vá elevando en figura piramidal, levanta tan alta la soberbia frente que no dejándose encubrir de la convexidad del globo terrestre, ni de montes mui elevados y selvas interpuestas, se hace ver libremente desde la distancia de 60 leguas. ¡Disforme grandeza! a la cual hacen graciosa y bella el cristal de su nieve, que hermosea su cumbre y las vivas esmeraldas de verdes tapices, con que adornan y cubren con majestad su falta; por lo cual podriamos llamarlo con locusion a un tiempo figurada y propia el Galan de los Montes, o *coloceros*, como llamaron los romanos con voz griega a aquel bellísimo jiganton Scio Prósculo.

CAPITULO III.

Prosíguese la misma descripcion, y se hacen algunas reflecciones sobre un suceso reciente.

Desde el camino que hemos dicho para la parte del trópico, son todos los cerros de esta cordillera de menor amenidad y frescura, pero de mayor riqueza de toda especie de minerales, especialmente de plata; y del camino para el polo al contrario, no porque carezca esta parte de oro, plata, cobre, hierro, estaño, plomo, sino porque son las vetas mas ténues, ni tan contínuas como en la otra parte contrapuesta, y porque es mucho mayor la amenidad; así porque las faldas de uno y otro lado de la cordillera, partiéndose en muchos ramales, forman obras capacísimas, vestidas de todo jénero de yerbas, y proveidas de copia de aguas frezcas y cristalinas, en que se crian y engordan muchas manadas de ganados mayores, como porque los mismos montes de la sierra, dividiéndose a lo largo, forman valles y vegas de mucha estension en que se mantiene aun mayores manadas que en las faldas. De este beneficio gozan, segun su respectiva pertenencia, los correjimientos de Maule, Chillan y partido de la Laja, pero los del partido de Chillan no tienen el goce de las hermosas tierras de su cordillera sin el gravísimo azar de los robos de los indios pegüenches. Estos andan vagantes en frente del territorio de la ciudad de Chillan, cordillera de por medio; pero esta cordillera por aquí como se divide en tantas ramas, es ménos elevada, y mas tratable, y los potreros que estan en medio de ella, son de dudosa pertenencia por ser de fácil comunicacion de una y otra banda. Los vecinos de Chillan usaban de varios de ellos. Muchos años habia sin especial disposicion de los indios, hasta que como cuatro años ántes de ahora, les robaron a un vecino por nombre Francisco Mercado cosa de 100 caballos: éste no hallando otro modo de restituirse, armó doce mozos, o poco mas de los de su adjurencia, y pasando a tierras de pegüenches, sin ser sentidos, les impusieron la pena del cuádruplo, trayéndose cuatrocientos caballos. Los indios interpusieron su

querella ante la capitanía jeneral, que mandó restituirles sus ganados y proceder contra los reos, de los cuales pudieron ser habidos a las manos el mismo Francisco Mercado, y dos mozos hermanos, de apellido Echavarrias que fueron desterrados a la plaza de Santa-Juana. Mercado se restituyó a su casa pasados dos años de destierro; mas como a los mozos que eran recien casados, asímismo con dos hermanas, se les hiciese largo este plazo, determinaron acortárselo a su riesgo, y se atrevieron a pasar el gran rio Biobio (cuyo tránsito era preciso para actuar la fuga) con igual aliento y mas honesto fin que Leandro por el amor de Ero, se atrevió a pasar el bosforo Tracio, y perecieron con igual escarmiento. En este estado quedaron las cosas por entónces hasta que el presente año de 1758 por el mes de febrero, probaron otra vez la mano los pegüenches, llevándoles a los vecinos de Chillan 600 caballos de los potreros llamados el Reldun y Valle Hermoso; podemos asegurarlo, porque nos hallamos presentes en la misma ciudad al tiempo del hecho, y de las quejas que dieron los vecinos al correjidor, pidiéndole facultad para vengarse por sí mismos. Cierto es que no dejarian consentida esta osadía, sino los contuviera el temor de obrar contra órden, de cuya razon no tenemos la comprension que es necesaria para hablar con puntualidad, porque un hombre relijioso que ni aun vive con su propio siglo, no deja que pase el discurso cierta raya que prescribe la prudencia para que no se propase a los misterios políticos y profundos arcanos de gobierno, a los cuales será justo que venerémos sin traerlos al tribunal de la crítica. Mas atendiendo al esterior de las cosas, nos parecia no hallarse motivo moral, ni político para disimular y dejar impune la violencia de este despojo. Lo primero la buena política no puede dictar esta disimulacion, pues el daño está esperimentado y el no castigarlo es una virtual aprobacion de lo pasado y un tácito permiso para lo venidero, que fomenta los males quien no los prohibe debiendo. Ni hai que decir aquí que se permite el menor mal por evitar el mayor, que la ciudad de Chillan y su partido no tiene para que temer las armas de los indios pegüenches. En los tiempos pasados hubo justo motivo de temor cuando eran los indios muchos mas y los españoles muchos ménos; pero ahora estan las cosas del todo trocadas, porque es mayor el número de los españoles, nuestras armas son aventajadas, la ciencia de la guerra superior, y nuestro terreno mas defendido. Los españoles pueden pasar a tierras de indios cuando quisieren por estar indefensas sus fronteras, pues careciendo de todo gobierno político y militar, no tienen soldados que guarden los pasos que van de la cordillera a sus tierras. Los españoles al contrario, mantienen en dichos pastos perpetuamente guarnicion capaz de impedir el tránsito al enemigo, mas puestos en las circunstancias mas infelices de ser obligados a retirarse y aun de ser muertos, no era dable que alguno de los guardas, viendo el caso perdido, no escapase a dar aviso a las casas inmediatas, que se comunicase a las otras para que los soldados milicianos acudiesen a sus banderas segun les está prevenido y ordenado para se-

mejantes lances y lo tienen de costumbre en otros menores; en cuyo caso con cerrar otra vez aquellas gargantas estrechas con la jente que bastase para hacerlas intransitables, e impedir a los enemigos el regreso, quedarian éstos obligados a rendirse o a morir a cuchillo, oprimidos de enemigo que pelearía con la confianza de mas poderoso y con el coraje de quien difiende su propia casa, y propulsa la injusta invasion. Todo esto lo tienen bien visto los pegüenches, y así nunca serán tan néciamente confiados que formen el imprudente proyecto de meterse descubiertamente en tierras del partido de Chillan, para no ser como aquellos brutos animales de la fábula que entraron a la cueva del leon sin esplorar la salida. Por lo cual parece no hallarse en toda la política de la guerra motivo bastante para permitir que dichos pegüenches hagan impunemente los insultos referidos.

Lo segundo, no hai en la moral motivo justo que obligue a esta permision; que ántes todas las leyes divinas y humanas y la equidad natural permiten y abonan el repeler la fuerza con la fuerza; y así este derecho de usar de armas contra las armas y de defendernos aun con defension occisiva de quien intenta despojarnos injustamente de la vida o de la hacienda, es un derecho que no tanto hemos oido o aprendido de nuestros mayores o de la enseñanza de los sábios, cuanto lo hallamos todos impreso en nuestra alma y dado por bueno en la lei inviolable del dictámen de la razon. Bien es verdad que no es lícito a los particulares vindicar las injurias con autoridad privada, cuando pueden ser amparados de la pública; mas faltando el amparo de ésta o el tiempo útil de implorarla, bien se puede recurrir a aquella; siendo cierto que cuando el pueblo dió autoridad a una cabeza para su gobierno y conservacion, se la dió porque juzgó éste el mejor medio de conseguir el fin y del cual se ha de usar comunísimamente, no porque quisiese que fuese único en todas circunstancias; y así mantiene siempre el pueblo en medio de la sujecion que es de derecho de las jentes, la libertad que es de derecho natural, y mas poderoso para que se defienda y vindique un privado caso que deje de hacerlo la potestad pública. Sino fuera esto así, en vano usarian los particulares la espada ceñida en tiempo de paz, y mal se les permitirá traer aquello de que no pueden usar injustamente como dijo el mejor orador romano: *Quid gladii nostri volunt, quos gestare utique non liceret, si uti illis nullo pacto liceret.* Cico, pro Mil. Por eso el permitir la república a los individuos de ella, la espada a la cinta, es tanto como ponérsela en la mano cuando la necesitasen; porque de otra suerte si el particular no pudiere vindicar su vida o hacienda de un injusto agresor de ella, seria necesario uno de dos estremos durísimos, o que se dejase despojar y aun morir a manos de los agresores o que pereciere condenado por la sentencia de los jueces: lo cual aunque tiene mas fuerza en caso de que la injusta opresion sea contra la vida tambien lo estienden los sábios a la defensa de nuestros bienes; en cuyo caso aun la violencia es permitida cuando es necesaria; y aunque algunos dicen que los pegüenches son unos bárbaros sin cabeza, ni gobierno, ni su-

jesion y que por eso caso de saberse el autor del insulto, a ese podria obligársele a la reparacion de él, pero que no constando no es bien que el maleficio de un delincuente incierto lo pague el comun de la nacion o la parte de ella que no cooperó. Son estos modos de discurrir meras cabilaciones de algunos jénios que todo lo quieren impugnar como la secta de los sofistas, o son ignorancias afectadas de aquellos que se nos quieren vender por santos a costa de parecer escrupulosos, los cuales a veces se engullen un camello y se ahogan con un mosquito. Porque si fuera aquella razon de algun peso se seguiria ser de mejor condicion el desgobierno que el gobierno, porque a éste no se le pasa impune ningun insulto en especial de los que redundan en daño de tercero, y al contrario al bárbaro desgobierno le seria permitido cuanto a la jurisdiccion humana perpetuarlos todos; y fuera notable excepcion del derecho que acusada alguna nacion de que sus individuos cometian agravios, respondiese que en ella no habia potestad para vindicarlos o restituir los daños: ridícula escusa por cierto o insuficiente; y a tal nacion, como perjudicial a la sociedad humana, se le podria obligar no solo a reparar los daños hechos por sus individuos, sino a ponerse en estado de impedírselos en adelante o deber responder de ellos, el decir que pueden ignorarse si están ocultos en la nacion de los pegüenches. Los autores de tales robos es otra estravagante paradoja, como si llevarse arreando 600 caballos, fuera llevarse en la faltriquera seis monedas, como si estos caballos no hubiesen de pacer en los campos patentes a vista del sol, ó no hubiesen de montar en ellos los robadores, ni hubiesen de trocarlos por otras especies a personas de la misma nacion. Lo cierto es que éste es un disimulo mui delincuente, y una ignorancia mui afectada, la cual constituye tan ladrones a los que consienten el robo, debiéndolo impedir, como a los que lo hacen; y así deben sentirse que en el caso espresado se puede usar de represalias con dichos indios que es una accion en virtud de la cual como dicen los jurisconsultos por la deuda contraida, o injuria hecha por una persona a otra tercera es grabada en sí o en sus bienes, y obligada a la satisfaccion; y esta es prática tan inconcusa entre los indios, que si algun español les hace daño, cuando otro español vá a sus tierras lo roban diciéndole que lo cobre al malhechor. Y ninguno puede repugnar racionalmente ser juzgado por la lei que él mismo instituyó, como dice una regla del derecho: y aun mucho ántes del establecimiento de esta lei se vió la práctica de ella, pues habiendo promulgado una Lisinio Estolon tribuno de la plebe, para que ningun romano poseyese arriba de quinientas yugadas de tierra, habiendo el mismo tribuno excedido de esta tasa, con desprecio u olvido de su misma lei, fué condenado por ella con grande aprobacion del pueblo romano.

CAPITULO IV.

De los rios y fertilidades del reino de Chile.

No obstante la clemencia del cielo de Chile, que dispensa ordinariamente con oportunidad las lluvias para vestir los campos de yerbas, adornarlos de flores y enriquecerlos de mieses, hai tambien en esta hermosa tierra muchedumbre de rios cristalinos y caudalosos (fuera de un número inaveriguable de arroyos) que sangrados por varias venas, suplen ventajosamente la sequedad de algunos años, todos los que estan entre el mar y la real cordillera y llegan a cincuenta, corren de oriente a poniente, repartidos en este vasto continente con maravillosa proporcion. Los mas rápidos de todos son Maipo en 33 grados: Rapel en 34: Mataquito en 34 grados y 45 minutos, todos tres de tan soberbia corriente, en especial cuando la estacion mas cálida les aumenta su caudal con la nieve que liquida, que no sufren puentes de piedra o madera, y aunque Maipo la tiene de maromas, donde mas estrecha sus márjenes, parece que se indigna contra ella cual otro Arajes como que tuviera a mengua su formidable furor, que haya hallado la industria humana modo de eximirse de los estragos de su enojo, y de redimir el censo que le pagaban las vidas. El mas famoso y señalado en las cartas de marear es Itata en 36 grados que se compone de un arroyo del mismo nombre, del rio Diguillin, de otro rio de clarísima corriente que baña a Chillan y del caudaloso Ñuble; y aunque el dicho de Itata es tan pepueño, que se puede pasar de un salto poco mas abajo de su fuente junto a la fortaleza de Tucapel el nuevo, con todo mantiene el nombre famoso haciendo olvidar el de sus concurrentes con injuria del mérito que tienen para ser mas célebres. Los mas caudalosos y de mayor fondo son el de Maule en 35 grados, a quien le entran por el sur Longomilla y Cauquenes, y por el norte Rio Claro y el estero de los Puercos; Biobio en 37 grados, que aunque se junta con la Laja; rio tambien de muchas aguas, con todo mantiene su nombre hasta la mar; el rio de la Imperial en 39 grados no cumplidos, compuesto de Cagtun al norte y Quepie al sur; Tolten en 40 grados, que desemboca de una gran laguna junto a la Villa-Rica y a Caudaloso, y despues lo enriquecen Poguel y otros riachuelos: estos cuatro aunque en las cercanias de sus fuentes corren precipitadamente, cuando a la mitad de su curso se ven opulentos con el tributo que les pagan rios menores, prosiguen lento su camino con pacífica callada majestad, enseñando aun los rios que los ímpetus de la cólera son contra la gravedad y decoro de la grandeza. Es de los rios famosos el de Valdivia, como que se compone de los rios Codigua, y Calle-calle, ámbos por sí de mucho caudal y nombre, que pierden el suyo propio adoptándose el de dicha plaza, cuando se acercan a bañar sus muros, y desde ahí corren juntos hasta sepultarse en la bahía. Desde aquí adelante para el estrecho, se siguen el rio de Chai-

vin, el rio Bueno, que se compone de otros seis, el rio Chico, el de la Ballena, el de los Rabudos, nombrado así por una nacion de indios con cola que se dice habita sus márjenes, el de los Coronados, el de la Esperanza, el rio Sinfondo el de Gallegos, el de los Mártires, el de los Apóstoles, el de los Jigantes, el de los de la Campana, el de los Pájaros, el de San Victoriano, y otros menores y de poco nombre.

De la otra parte de la cordillera, jurisdiccion de la provincia de Cuyo se hallan algunos rios, pero ménos en número y de menor caudal: de ellos es el primero el rio Nauquen, comenzando de la parte del sur, y se siguen para el norte el de los Sauces, Diamante y Jaurua que baña a un valle del mismo nombre: poco adelante se encuentra el rio Funvian, que naciendo entre dos cordilleras y corriendo por una abra de norte a sur entre dichas sierras, al fin rompe una de ellas por la parte del oriente; de aquí endereza su curso al norte, por espacio de 10 o 12 leguas; de ahí vulve otra vez a caminar al oriente, y habiendo corrido en esta conformidad de idas y vueltas, cosa de 40 para 50 leguas, forma a la parte del oriente unas grandes lagunas cercadas de cañas palaustres, en las cuales se crian truchas de enorme grandesa, pues llegan a tener vara de largo y grueso proporcionado; y lo que es de admirar en tanta corpulencia, son de piel mui sútil y gusto mui delicado. Prosiguiendo así para el norte por la falda de la cordillera, nace de ella el rio de Mendoza, que camina para el oriente hasta el valle de Uspallata, de donde tuerce sus aguas para el sur hasta cosa de 10 leguas o 12; de cuya distancia torna otra vez para el oriente, de oriente pasa al norte hasta que a las 15 leguas o poco mas, junta sus corrientes con las del rio de San-Juan que viene a recibirlo cortesano y a enriquecerlo con su caudal; y despues de caminar juntos un buen trecho forman las lagunas de Guanacache, que son un cristalino laberinto tan famoso por su grandeza, como por la abundancia y calidad de sus peces.

El reino de Chile entiendo estenderse desde el clima quinto hasta el doce, de los que llaman semi-orarios que abrazan entre cada dos paralelas, cinco grados por comensar el reino hácia la equinoxial en 22 grados, y acabar hácia el polo en 56½ grados; mas tratando de él con la llanesa propia de la historia, podemos asegurar estando en esto acordes los testigos propios y estraños, que es de los mejores, mas apacibles y templados del orbe, porque ni se abraza con los calores, como las tierras sitas entre los dos trópicos, ni se heriza de frio como las vecinas a los polos, ántes participa tan proporcionadamente de estas dos contrarias calidades que remitiendo cada cual parte de su intencion, llegan a combinarse en una admirable tempérie, tan grata al sentido como provechosa a la salud. Esta benignidad del cielo de Chile tiene natural influencia en la fecundidad del suelo, que se enriquece con los frutos de las rejiones mas felices del universo: los trigos son de varias especies, todas selectas, los vinos mui jenerosos, las carnes mui sabrosas, las frutas en aquel punto de sazon que las hace mas suaves, y todo en tan crecida copia, que los mas encarecidos hipérboles quedan mui atras

de la realidad. Si se habla del trigo, lo vuelve la tierra agradecida a una neglijente altura con tanto logro que en muchas partes rinde a ciento y en no mui pocas a ciento y cincuenta por uno, sin que haya terreno alguno en todo este reino que se muestre del todo ingrato al beneficio. Mas en la produccion de este necesarísimo fruto, hace ventaja en la cantidad a todos los del reino el terreno de las cercanías de la ciudad de Santiago: hasta su calidad es tan noble que por eso en la ciudad de los Reyes, adonde se conduce de todas partes, se paga a cuatro reales mas que otros por fanegas. El vino es mucho y mui singular; pero el de la ciudad de la Concepcion, no solo es de mejor calidad, que los de mas de Chile y de toda la América; sino que no reconoce ventaja a alguno de los mas suaves y jenerosos del mundo, a voto de los que le tienen en esto, en especial de los estranjeros, los cuales muchas veces esperimentan en sí las dulces traiciones de este licor, que despues de adular a la vista olfato y gusto con su color, fragancia y suavidad, muestra los efectos de su robustez, en que saca de juicio a los que lo beben con ménos traza y mas apetito. Los franceses tienen singular aficion a la ciudad de la Concepcion, y afirman sin emboso, que es la causa la excelencia de sus vinos. Es digno de notar que la noche del 25 de marzo del año de 1751 en que sucedió el mayor terremoto y salida de mar que ha esperimentado aquella ciudad al tiempo que varios sacerdotes exortaban a los aflijidos ciudadanos a los actos de compuncion, un frances, a quien el vino jeneroso habia trastornado el juicio, clama con elocuencia desconcertada que no se sintiesen otras pérdidas ni aun las vidas de los vecinos oprimidos con los edificios o sofocados de las aguas, ni aun las ruinas de los templos y altares, sino las lastimosas pérdidas de vinos de varias bodegas, ya conocidas a él, a los cuales huia calificando con no mal entendida graduacion: esto en voces tan altas y con espresiones tan sentidas, que para tener la risa a raya era menester estender la consideracion a todos los tristes estragos de aquella funesta noche. Las carnes son mui gruesas por las copias de los pastos y mui deliciosas por los muchos salitrales de que abunda el reino: mas de lo que toca a ganados tratará el capítulo siguiente.

CAPITULO V.

De los ganados y minas de este reino de Chile.

En la abundancia de todas especies de ganados y de los individuos de cada especie, no sé que haya rejion alguna que exceda a esta, y sé que ella excede a la mas comun y próvida madre de todas las especies de animales que crió la bondad de Dios para mostrar sus cariños con el hombre en la solicitud de sus comodidades. A todas las produce y mantiene con admirable fecundidad de sus entrañas. Y así ofrecen a la vista espectáculo agradable muchas de las llanuras, bosques, vegas, montes y colinas pobladas de rebaños de vacas, caballos, asnos, mulas, ovejas,

cabras, lechones y de animales silvestres, como venados, sin faltar liebres, conejos y otros muchos de agradable sabor, y hermosas pieles no siendo necesario para los manzos y domésticos establos ni techos, ni las defensas que inventó en otras partes la industria humana contra la inclemencia de los tiempos; en especial el ganado de lana que en otros paises es delicado y suele morir mucho en la rijida estacion del invierno. Aquí no solo se mantiene sano, en medio de los mayores temporales que aguanta a cielo descubierto, sino que está ménos sujeto a roña, peste y otras dolencias propias de su especie, que aquí son mui raras y en diversas rejiones esterminan las manadas o apuran en su ciudad toda la paciencia de los dueños; pero no solo muere ménos, sino que mutiplica mas; siendo así que se fecundan y paren las madres dos veces en espacio de 14 meses, y muchas de ellas dan de cada parto dos crias. En las cabras, animal mas fecundo, es mayor este aumento, llegando a parir algunas seis cabritillos de un parto; pero tres o cuatro muchas y dos casi todas. Se hará esto inverisimil a los que solo creen lo que han visto en su Europa, en donde el ganado cabrío multiplica tanto ménos que Livio cuenta por prodijio, que en el Piano hubiese dado a luz una cabra seis hijuelos de un parto. Las vacas no paren mas que uno al año; pero con ventaja respecto de la Europa si creemos a Virjilio esperimentado en estas materias, que asegura no parir en sus paises estos animales despues de los diez años, ni ántes de los cuatro; y como estos ganados multiplican en tanta abundancia y no requieren para su conservacion algun costo ni aun cuidado, hasta los pobres mantienen sus atajos de ellos. Por lo ménos, en Chile no sale de la esfera de pobre el que en mil cuadras de tierras propias, mantiene cosa de 200 vacas, mil ovejas, y algunos bueyes, caballos y mulas. Será la principal razon de esto entre otras, que la abundancia del pais y la mal introducida costumbre de gastar sobre sus fuerzas, no permite que los de cortos haberes se reduzcan a la estrechez de los de igual posible en otras tierras; y así el que con un moderado principio pudiera aumentarse con la economía, se arruina con la profusion y desperdicio. Será sin duda cosa de admiracion para los de otros paises que en las matanzas de carneros y chibatos, se eche a los perros y a las aves gran parte de la carne; pero es cosa cierta y reprensible prodigalidad de los hombres, o efecto miserable de la brutal decídia que infunde el pais, pero rara liberalidad de la tierra que favorece a sus dueños, pasando de los límites de la necesidad hasta los estremos de la profusion. Con ser tan increible la copia de todos los ganados en este reino, aun fuera mayor si la desestimacion no influyera en el descuido, y porque algunos con errado dictámen atendiendo con superficial cuidado a los animales que nos mantienen con sus carnes, o visten con sus lanas, o sirven para el tiro o la carga, solo colocan el esmero en la cria y educacion de los caballos: y es cierto que la noble calidad de los de este reino disculpa la demasiada aficion que les tienen los naturales. Son admirables en la celeridad de la carrera, en el aguante del trabajo, en el brio de acometer los riesgos en el garbo del mo-

vimiento, en la prontitud de cojer y de poner el coraje en la docilidad de la obediencia y en la hermosura de la forma. Para la cria de estos elijen los dueños de haciendas las yeguas de mejores rasas, de mayor corpulencia y mayor talle con un caballo de padre de calidades sobresalientes y esperimentadas. Los potros que nacen se amanzan en edad de tres años, y desde luego los acostumbran a los trabajos mas duros de la hacienda, que son aquí ordinariamente cuidar las vacadas en que los toros y novillos de mas indómita feracidad, dan harto ejercicio al valor y paciencia de los caballos; porque para todos los usos dé esta calidad, se valen aquí del instrumento que vulgarmente llaman lazo, que es una correa gruesa y retorcida de cuero de toro, que atada por una estremidad a la cincha o pescuezo del caballo, sirve en el otro estremo para enlazar y sujetar los animales mas indómitos. Este ejercicio no solo sirve para amanzar los caballos, sino para conocerlos: aquí se vé el que es atrevido, el que es robusto, el garboso, el suelto, el que precipita mucha carrera a la amenaza de la espuela o amago de la vara, y el que hace mas regulares los jiros a la obediencia de la rienda y cualquiera otra calidad estimable, o al contrario; y despues de conocida su índole, se aplica a aquellos destinos para que es mas proporcionado. Los de naturaleza mas manza y noble, se reservan para la silla del dueño de la hacienda, y ántes de llegar a eso los entretienen en otra mas pulida enseñanza; a los no tan buenos se deja en el mismo ejercicio de cuidar las vacadas o se les adecua otro alguno a su plebeya cualidad. Los mejores lo son en tanto grado, que se llegan a vender en cuatrocientos pesos y algunos en mil que es mucho precio en pais en que abunda tanto esta especie de brutos, y aun se han conducido a la Europa para regalarlos a los príncipes, habiendo de caminar por tierra centenares de leguas, y muchas mas por mar; a tan alto aprecio sube el justo aprecio de su excelencia. Pero el sufrimiento del trabajo y robustez de estos animales llega a tocar en lo increible; y no se puede escribir sin el recelo de no hallar fé en los lectores. Hai caballos que con el peso de un jinete robusto y de una silla no liviana, caminan en doce horas, cincuenta leguas.

Las minas de metales suelen hallarse en paises áridos: pero a Chile lo mejoró tanto el Hacedor de las cosas, que a mas de la abundancia de frutos que produce la tierra, ayudada de la industria, son sus senos otros tantos ricos cofres en que guarda para sus habitadores los mas preciosos metales. Los asientos mas principales de minas de oro estan en Copiapó, Huasco, Coquimbo, Andacollo, Talca, Amollanca, Illapel, Petorca, Tiltil, quebrada Honda, Caren, Illagüe, Algüé, Guillipatagua, Apalta, Pichidegua, y los mas de estos asientos son tan ricos de metales, que en muchos se hallan mas de cien boca-minas, y en algunos no mui raros mas de quinientas: unas se trabajan actualmente, otras (mas no de las nombradas) se abandonan, porque no satisfacen en el todo a los deseos de los mineros, que acostumbrados a elejir entre muchos, desechan todo lo que no es mui sobresaliente; y mas quieren el torpe

ócio que la dilijencia que produzca una moderada conveniencia. En la tierra que habitan los indios de Biobio para el estrecho, hai opulentas minas; pero éstos repugnan tanto que las trabajemos, que aun querrian que las ignorásemos; pero nunca podrá el tiempo borrar la memoria de las de la Imperial, Villa-Rica y Osorno, las cuales solas sin ayuda de otros frutos tenian pobladas y felices aquellas ciudades, y habiendo pasado mas de siglo y medio sin trabajarse, deben reputarse al presente como vírjenes. Los lavaderos de oro son tantos, que algunos piensan no sin razon, que en todas partes del reino lo hai poco o mucho. En Tiltil, Petorca, Ligua, Coquimbo, Huasco, Copiapó, Talcamávida, Culacoyan, estancia del rei y Valdivia. De este último podemos hablar, sobre el informe de nuestros ojos, visto en varias partes de la circunsferencia esterior de la plaza aun a pocos pasos fuera del cuartel ocuparse en lavar tierra algunos pobres, sin azogue ni otro adminículo, de los que tocan a este beneficio y quedan mui bien pagados de su trabajo, aun cuando acusan de adversa su fortuna, pues cuando ménos logran con la dilijencia de una o dos horas el peso de un tomin de oro de ganancia. Conocemos a una señora vecina de dicha plaza, y a un capitan de la guarnicion que viven actualmente, de los cuales aquella ha hecho algunas pequeñas alhajitas de oro del que ha mandado recojer a algun criado cuando las aguas de lluvias lo hacen relucir, llevándose la tierra que lo cubria; y éste ha juntado así mismo alguna cantidad del mismo metal, del que manda buscar en los buches y ventículos de las aves que se matan en su casa y habiendo aunque poco en la superficie de la tierra, segun se colije de estas esperiencias, bien se deja entender cuanta mayor abundancia habrá en el fondo de un metal que la sábia naturaleza nos quiso mezquinar como fomento de nuestros vicios y aun mas pernicioso que el mismo hierro. El mas subido es de 23 quilates y medio, y saca su majestad solo de veintavas 22 pesos en cada un año, siendo mayores las cantidades que pasando por alto para afuera del reino, o consumiéndose en obras ántes de sellarse, desfraudan el referido derecho.

Minas de plata hai tantas en este reino, que toda la gran cordillera es continuado mineral; pero se saca poco, porque son raros los que tienen los haberes necesarios para poder trabajarlas y aun ménos los intelijentes de su beneficio. Minas de cobre hai infinitas en todo el reino, cuya labor no se ha entablado en muchas de ellas y se hallan vírjenes, porque en no dando el cajon (son doscientas arrobas de metal) ciento de cobre, dicen los mineros que son de poca lei, y las abandonan: no obstante, en solo Copiapó y Coquimbo se trabajan al presente mas de mil labores: en el famoso Payen se hallan peñascos de cincuenta y cien arrobas de cobre maciso de tan hermoso color que se equivoca con la tumbaga. Ni faltan minerales de plomo, estaño, yerro y azogue, como ya apuntamos; a cuya lavor no aplican los naturales alguna dilijencia, de lo cual en unos acusamos la decidia, y en otros escusamos la aplicacion en solicitar la saca de metales mas nobles y que rinden mas utilidad.

CAPITULO VI.

De los particulares animales y aves.

No tiene la naturaleza calidad alguna que mas la hermosee que la variedad: no basta que sean excelentes los objetos de nuestros sentidos, para que les merezcan un constante agrado y les causen placer sin mudanza: es menester que sean desusados para que la varia sucesion de los objetos adule al apetito, siempre vario en sus deseos, y que se empalaga fácilmente de lo contínuo. De la misma vista de los cielos se cansan los ojos, y hallan recreo en rejistrar cosas minuciosísimas y a veces viles, solo por ser raras: el mismo achaque de fastidio, es dolencia del gusto y del oido, a quienes cansa lo mui comun aunque mui bueno, y los lisonjea maravillosamente lo vario. De esta suerte al reino de Chile, no solo lo hace feliz su temple, abundancia y riqueza, sino admirable y gustoso la nueva gracia que ofrece el espectáculo de cosas particulares no conocidas de otros paises, y entre los animales de que tratamos al presente se hace en esta línea el primer lugar el leon de esta tierra: su figura es poco mayor que la de un gran mastin, el color entre amarillo y bermejo, la cabeza grande y redonda que imita la figura de la humana, la boca rasgada y armada ferozmente de poderosos dientes, la oreja pequeña, el pecho ancho, el ijar enjuto, la cola larga hasta el suelo, pero no de mas pelo que el resto del cuerpo, en las garras y colmillos, es semejante al leon de Africa, mas carece de guedeja; y aunque no llega su fiereza a hacer estragos en los hombres, es tirano sangriento de las ovejas, cabras, cerdos, caballos, mulas y jumentos, de cuyas carnes vive; a los animales pequeños alcanza por el exceso en la velocidad, y a los grandes sorprende por asechanzas que practica de este modo: asecha los que ha destinado para su alimento, y se procura acercar a ellos, sin ser visto, hasta distancia proporcionada de hacer el asalto, sirviéndole de reparo el pequeño bosque de los matorrales y malezas, o se pone junto a los bebederos, que estan en montaña, ocultándose entre las ramas o asentándose en la mas robusta y frondosa que le cubre con sus hojas, y cuando el animal está bebiendo descuidadamente, salta lijerísimo y se pone caballero sobre él; de modo que con los piés posteriores, lo abraza por los hijares, y con las garras de las manos, se asegura, aferrando boca y narices en esta postura; si el animal preso es mui robusto, llega a veces el caso de derribar al leon con la precipitacion de la carrera, o con la violencia de saltos, corvetas y escarbeos, pero queda con sobradas señas de la dura contienda con un tan récio y armado enemigo. Y así suelen salir con las orejas o algun ojo ménos, o dejándole al enemigo entre las garras algun buen pedazo de las partes mas carnosas. Lo ordinario es no soltarse el leon de la presa, sino que torciéndole la cerviz le impide la carrera, y salta precisándola a que lo mas se mueva en torno: movimiento que por tardo le dá lugar de herirla por la olla con la uña mayor de la mano derecha, lo que

basta para que se comience a desangrar y desfallecer, y quede a disposicion del leon; entónces se tiende éste, y aplicando la boca a la herida bebe aquella sangre caliente con deleite singular; cuando apuró la sangre se ceba en lo mas grueso del pecho y no come mas por entónces; pero o por reservar su carne para otro banquete o por escusarla del rejistro de los hombres, tapa la presa muerta con ramas verdes del árbol mas vecino; y con esto se pone a descansar de la fatiga y a reposar la vianda en lugar no distante, para repetirla en breve, trayendo consigo, si es leona parida, a sus cachorros. Estas estratajemas del leon evitan a veces los caballos con cautela no ménos admirable; conocen que su ordinario riesgo es de noche, en que las tinieblas favorecen el insulto, y contra éste se previenen durmiendo juntos, y como en centinela, pues se ponen para la dormida en círculo perfecto, vueltas las ancas para el centro, y los rostros para la circunsferencia esterior: en esta postura, el primero que siente señal del enemigo, a beneficio de la vista, oido u olfato, dá un bufido que pone a todos sobre aviso. Pero mas maravillosa es su providencia cuando han de beber en paraje de recelo: entónces no se aventuran temerariamente al peligro, sino que se adelanta uno de mas alentado corazon y mas práctica de las emboscadas: éste camina cauteloso y detenido, examinando con ojos, oidos y olfato los indicios de peligro o seguridad, y cuando llegó al agua, y estando en ella rato bastante a certificarse de que no hai enemigo, dá un relincho; con que avisados los demas acuden a gozar del beneficio que les solicita su fiel compañero. ¡Rara advertencia de unos brutos! la cual ha sido digna de nuestra observacion, y merecia colocarse por principal argumento entre los que el doctísimo Feijoó esfuerza un grande injenio de nuestros tiempos para probar la racionalidad de los brutos. No obstante estos resguardos de que se usan para su seguridad muchas veces no les valen, y perecen a manos del leon, al cual ordinariamente no le dejan los labradores consentido el atrevimiento, porque buscándole con perros lo matan fácilmente, siendo mucho ménos valiente para defenderse, que atrevido para ofendernos. El chilueque que es animal particular de este pais de figura de camello, ménos la jiba, y mucho menor el tamaño; su color es blanco, o vario de blanco y negro, su relincho como el del caballo, pero de mas agudo sonido; sus peleas por las hembras porfiadas y contumaces, pero sin sangre ni daño: es animal mui frio y así multiplica mui poco, y solo, segun se dice, con dilijencia de sus dueños, poco decente de practicarse o indigna de decirse: hacienda mui estimada entre los indios, y solo los mas poderosos son útiles para llevar cargas; sus lanas mui suaves y crecidas, y por eso a propósito para tejidos curiosos; aunque sus carnes no son desagradables, en especial cuando vienen saladas, no los matan los indios sino en grandes ocasiones de declarar guerras o asentar paces. El guanaco animal montaras, del tamaño y figura del chilueque: es de mucho aguante en la carrera: su color un rojo demasiado, comen los indios su carne, que por ser dulce la salan ántes con algun exceso: cria

en el vientre una particular bolcita, y en ella una o muchas piedras besuares que tienen no vulgar crédito entre los simples de la medicina. Las vicuñas se crian hácia el trópico: son mui semejantes al guanaco, sino que tienen la cabeza negra, y la lana mui fina, apreciada para fábrica de sombreros poco ménos que la del castor. Los cuyes son animalitos domésticos, que se aplican bien llamándolos cochinitos, mui pequeños porque son semejantísimos en la configuracion, color, gusto y grosura de la carne y en la fecundidad cuanto a parir muchos de una vez; pero tiene ventaja la hembra de esta especie, en que pare seis o siete veces en cada un año; se mantienen con yerbas o granos, y son particular honor de los banquetes. Los quirquinchos son de cuatro especies: unos con cola, y otros sin ella: unos estan cubiertos de conchas pequeñas, bien trabadas entre sí, y otros destituidos de esta defensa: son sin número los individuos de cada especie; especialmente en la provincia de Cuyo, y todos de sabor mui gratos por la grosura de que abundan; en la misma provincia de Cuyo se hallan algunas liebres, de cuyas carnes se agradan mucho los estranjeros que las aderezan al modo de sus paises. Se hallan tortugas en las orillas del mar y en varios lagos; son de gusto mui delicado; pero por raras, llegan pocas veces a las mesas. El coipo y el guillin, son animales amfibios, del tamaño de un gosque de dientes mui agudos y de fiereza que nunca deponen; pues jamas ha llegado a amansarlos la mas esmerada industria; no sirven de otra cosa, que de consumir los peces en que hacen estragos con fiereza y se ceban con voracidad. El chingue es una zorra pequeña taraceada de blanco y negro con hermosa proporcion; se defiende de los que intentan cojerlo con la inmundicia de su orin, que es en estremo fétido. Se asegura que sus carnes comidas, son uno de los remedios antigálicos mas eficaces, y que son juntamente regaladas como las del zaiño del Chaco, que tambien es de grave hedor. Dejo otras especies de cuadrúpedos; cuya menudencia e inutilidad, los hace aquí despreciables y así no dignos de que hagamos memoria de ellos.

Entre las aves, hace el primer lugar el águila de Chile que es de dos especies casi indistintas en otra cosa que el tamaño: a la mayor llaman los naturales calquin, a la menor nangu: ámbas muestran calidades de prosapia real en la valentía y presteza del acometer, en la gravedad del mirar, en la gallardía de surcar con quieta pluma, vastísimos espacios de aire, y en no mantenerse sino de cosas mui limpias; el color es negro mosqueado de pardo, el pico y la garra cortos, agudos, y robustos: a los machos adornó la naturaleza con un círculo blanco en el cuello: una cresta como de gallo en la cabeza y algunas plumas blancas en las alas; es estraña su grandeza entre las aves: su voracidad los hace feroces cuando padecen hambre tanto que para satisfacerla llegan a matar los becerros de dos años, cuya ejecucion es de esta suerte: se juntan muchos de ellos para la faccion, cercan al becerro cosa que no pueda huir, y teniéndolo así sitiado, uno de los mas atrevidos entra a herirlo, estrechándose para eso; mas los otros comienzan el daño por los ojos, y

cuando se los ha sacado y lo tiene a su arbitrio, entran los demas a destrozarlo y a hacer banquete de sus carnes. De este animal se cree que no come cosa en los meses ríjidos del invierno, pues no hace providencia, ni en todos ellos sale a solicitarla, manteniéndose perezosamente retraido en su cueva que elije en riscos inaccesibles; pero desquita tan largo ayuno con la insaciable voracidad cuando halla en que cebarla, porque come hasta no poder volar; y entónces los hombres castigan a este pirata del aire y de la tierra, haciendo que pague con la vida sus latrocinios, sino es que tuviese tiempo para espedir el vuelo, alijerándose con el vómito. El piuquen es ave grande como el pavo, su color blanquisco, su carne mui regalada; y así el casarlos con armas de fuego es gustosa fatiga de los cazadores y fácil porque andan muchos acompañados y no se atemorizan de los tiros. El pájaro carpintero es del tamaño de un pollo: las piernas mas cortas, la pluma mas apretada, la cola mas larga que remata en punta: su color es negro con un airon de plumas rojas en la cabeza que le dá singular gracia; le acomodaron el nombre al ejercicio, pues con el pico tan duro como que fuera de acero taladra con la mira de fabricar nido, los leños y árboles de madera mas consistentes y de fibras mas trabadas, dando golpes mui récios y estrepitosos. Los halcones, baries, neblíes, cernícalos los mismos que los de Europa, o semejantes, son aquí de vistosa pluma, rápido vuelo, impetuosa acometida y armados de fuerte garra y pico con que hacen estrago lastimoso en la tímida turba de las aves plebeyas. Los papagayos se diferencian en poco de los otros paises, sino que aunque mui parleros imitan ménos bien la habla humana: es inmenso su pueblo y mui dañoso a las mieses, y lo fuera mas, sino hiciera tan grande estrago la gula en sus polluelos que son de sasonadísimo gusto. Los buscan aunque sean con peligro de la vida en sus nidos que estan cavados en peinadas eminencias de peña viva. Hai en las aguas cisnes como los de Europa, ménos el canto que aquí no les hemos oido; tambien allá me persuado que solo aseguran su melodía en virtud de las ficciones de los griegos que hacian músicos a los cisnes del Castro y del Meandro, con la misma licencia con que hacian locuaz a la estátua de Memnon. Los pinguedas o picaflores tambien creo que son como las de Europa, aquí duermen tan profundamente todo el invierno que no dan en todo él señal alguna de vida, sino es calentándolas al solo al fuego, dilijencia que muestra que aquella amortiguada quietud no es muerte, sino embargo de las facultades animales; tampoco faltan pájaros que nos avisen de la ida y de la venida del sol. La diuca, ave de color celeste, poco mayor que un jilguero, canta al comenzar el dia, y el piden, pájaro de color pardo, del grandor de una gallina, al acabar: éste entona lúgubre y aquella alegre proporcionado uno y otro a lo que anuncian. El nuco y el chonchon, aves semejantes a la lechuza, en color, y figura, y aborrecen la luz, se diferencian en que nunca habitan en poblado, y en que cantan de noche; pero en voz querula y funesta, y los indios tienen en ello varias quimeras superticiosas. Entre las aves

marítimas se me ofrece solo particular, el pájaro niño; es como un infante fajado, su voz es semejante al jemido: las alas cortas que no le bastan para el vuelo: solo se va en las playas en tiempos de grandes temporales: su natural es aúdaz o estúpido que no conoce el peligro, o no teme; y así no huye de quien debia cautelarse mas, que es de los otros niños que tienen con él juegos mui pesados, y ordinariamente rematan en trajedia.

CAPITULO VII.

De la particularidad y abundancia de los peces de Chile.

Si es admirable la diversidad y copia de los animales del aire y suelo de Chile, no es ménos vario y numeroso el jentio que habita sus mares; con esta circunstancia ventajosa que las aves y animales se aumentaron con los advenedisos de Europa; y los peces no han tenido crecimiento por ésta parte; y así todos reconocen a sus ascendientes por antiquísimos pobladores de estas mares. La ballena aunque no es peculiar de ellos, merece especial consideracion en la historia por su grandeza tan exhorbitante que cuando surcan las aguas parecen escollos movibles y las compararemos sin impropiedad a aquellas islas cicladas, de las cuales finjieron los poetas que sin tener asiento fijo, andaban vagas por el mar Ejeo: y cuando salen a morir a las playas dan a ver tan demesurada su mole que ya que no afirmemos como el poeta del jigante Tifeo, que su vasto cuerpo se estendia por nueve yugadas, podemos asegurar que aunque sea mui ordinaria la vista de estos disformes monstruos, nunca disminuyen la admiracion. Vimos una en la playa de la Concepcion el año de 30, cuya mensura no señalaremos con puntualídad, pero nos parece no encarecerla con decir que tendria como 75 varas castellanas de largo y el grueso correspondiente. Mas el número de estos animales toca en lo prodijioso, pues hai parajes en que son estorbo y peligro de las naves lo que no parecerá increible a quien considerare que siendo animal mui fecundo, aquí no hai quien se emplee en su pesca; pero rinden utilidad a la tierra en el ambar con que la enriquecen, y que se hace el primer lugar entre las fragancias costosas, no sé si con mayor lisonja del olfato o afrenta de la naturaleza que se abate a buscar para recreo las inmundicias de los brutos.

El leon marino se halla hácia el estrecho: es desde el pecho a la anca del tamaño y figura de un potro grande y bien tallado, la melena bien cumplida, la cabeza como de un leon de Africa, la robustez igual o mayor, pues no se rinde a balazos, sino es que le acierten a la cabeza o al estómago; pero sus carnes son mantenimiento no desagradable; las hembras son la mitad menores, y carecen del adorno de la melena. El toro marino es habitador de estos mares, y estando nosotros en la Concepcion se sacó uno en una red en el fuerte de San Pedro, distante dos leguas de dicha ciudad, cuyas carnes saladas y secas pesaron

algunas arrobas; pero no se halló particular gracia en el sabor de ellas, que no eran mejores que las de un toro de tierra; cerca del mismo tiempo se pescó en la playa de la Concepcion, un cochino marino, semejante en todo al terrestre, ménos en la piel que era suave y lisa, y en los piés anteriores y posteriores que tenia acomodados como era preciso al elemento en que vivia. Algunos europeos comieron de él, asegurando que en sus paises los pocos que se encuentran son de regalo esquisito y que éste no era ménos. El lobo marino es semejante a un gran cachorro, con la precisa diversidad en piés y manos: tan voraz y destrozador de peces menores como el lobo terrestre de ganados: es de ferocidad rara que muestra en defenderse de hombres armados de acero y en las peleas porfiadas y sangrientas que mantiene con los machos de su especie por defender las hembras, y con celo semejante al de los racionales: no solo no tolera la liviandad de las propias pero ni aun el asomo de ellas: reprension tácita de algunos hombres que en razon de viles condescendencias, se han apartado tanto del pundonor español, que parece han abandonado, no solo la virtud verdadera, mas aun la semejanza de ella que es la honra, y su guarda que es la vergüenza. Los atunes se hallan en los mares de Copiapó de estraordinaria corpulencia y raro vigor; los pescan los naturales clavándole desde una pequeña y lijera embarcacion una punta de acero curva que está bien asegurada al estremo de una récia maroma; cuando el animal se siente herido surca las espumas con tanta velocidad como corre un caballo a toda brida: el pescador se deja llevar de él en tanto que le duran la sangre y los espíritus, hasta que ya desfallecido lo tira a tierra para disponer de sus carnes. De peces menores o conocidos en otros mares o propios de éste, son varias las especies, como de pejegallos, tollos, bacalaos, cóngrios, lenguados, corbinas, rancadores, viejas, bonitos robalos, lisas, cauques, peladillas, bagres, pejereyes, sardinas y otros de nombres indios, que no escribimos por no afear el papel con voces bárbaras y mal sonantes. La misma variedad hai en los peces testacios, entre cuyas especies los de nombre castellanos o indios de mas blanda pronunciacion son el piur, la taca, el pico de papagayo, el loco, el erizo, la navajuela y el mejillon cuya concha cria algunas perlas de buen oriente y bastante consistencia, despreciadas por la neglijencia de los naturales; mas todos son de gustos esquisitos y dignos de las mesas de los príncipes, sin que les quite estimacion la abundancia, prueba de la largueza del criador con que quiso exaltar el afecto del hombre ingrato y mostrar cuan reprensible es el olvido de sus beneficios en medio de la muchedumbre de ellos.

Mas pasando de la variedad de ellos a la abundancia de muchas de las especies, no bastarán para darla a entender, las fórmulas de hablar mas encarecidas. Suele arrojar el mar por tiempos a las riberas tanta abundancia de sardinas y merluzas que el ancho de las playas y el largo desde la boca del rio Maule hasta la ciudad de Castro, espacio mayor de 150 leguas, se ha visto cubierto de todos estos peces, y se ha llegado

a temer que infeste el aire la corrupcion de ellos, sin bastar a ménoscabarlos en parte notable la contínua estraccion que hacia la dilijencia de la jente pobre y de servicio. Por las bocas de algunos rios en especial de los mas llegados al polo y de menor pendiente en su caida, suben tantos peces que a veces se cojen millares de ellos en un lance; ha sucedido esto aun en Chivilingo, rio en la cercania de Arauco, tan pobre de aguas que apénas pasa de arroyo; mas para significar la abundancia del rio de la Imperial, en este jénero apénas bastan los hipérboles: y me persuado que no habrá otro en el mundo que le iguale, sino es quizá el Orinoco con la prodijiosa suma de sus tortugas. En el citado de la Imperial son tantos los peces, y éstos por lo comun corpulentos, que siendo el rio ancho como de trescientas varas y de profundidad capaz de navios grandes, se llega a cuajar tanto de ellos que parece ser mayor la cantidad de peces que la del agua, esto en espacio de siete leguas desde su boca hasta la ciudad arruinada. En los meses de febrero y marzo en que suben en mayor copia practican los indios la pesca de esta suerte: se ponen de una a otra márjen distante uno de otro pocas varas, y armados con unas cañas sólidas ausadas que en su idioma llaman coligües: estas cañas metiéndolas en el rio con un pulso de quien hiere, clavan el pescado que está densamente apiñado en las aguas, y sin mas accion que clavarlo y sacarlo, juntan los pescadores en pocas horas lo bastante para abastecer a los habitadores (que son muchos) de las tierras adyacentes: cosa increible pero verdadera; y si se me pusiere en duda, apelo a la fé de los ojos de muchos de este reino. Las pesca de las islas de Juan Fernandez es tan cuantiosa, particularmente de bacalao, que sin redes, sino con anzuelo, se llenan en pocas horas embarcaciones de buques mui capaces. En las playas del fuerte de San Pedro se ven pruebas no ménos eficaces del mismo intento; ha habido caso en que de un solo lance ha salido tanta muchedumbre de peces que no solo no ha bastado a consumirlo el dueño de la pesca vendiendo mucho en verde allí mismo, enviando cargas a la Concepcion y salando mucha parte con muchos jornaleros ocupados en ese ministerio pero aun dando facultad para que tomasen cuanto quisiesen los vecinos de dicho fuerte, sobró mucho para pasto de las aves; la cual pesca tan frecuentada es de mayor admiracion. Las anguillas, peces bien conocidos y apreciados en otras partes, son aquí comunes a todos los rios y arroyos: mas en los de Tucapel y Duguell, es mayor su abundancia y su pesca tiene algo de lo raro; no se cojen muchas sino los meses de agosto hasta noviembre y no mas que al salir y ponerse el sol: ni en todas partes del rio indiferentemente, sino donde estrechando sus aguas, las echa por un canal profundo y angosto cavado en peña viva por la violencia de las corrientes que han labrado operosamente su sepulcro para sepultarse en él. A este lugar y a este tiempo vienen los pescadores armadas de redes tejidas de varas de madera flexible y de talegas grandes de cuero procurando caminar con paso quieto para no espantar el pez que anda fuera de las aguas paciendo la grama inmediata a su habita-

cion: así llega el pescador a aquella altura desde donde se precipitan las aguas unidas y puesto uno de aquellos cestos en el estremo alto del canal de modo que reciba el golpe del agua, se hace ruido con que los lampreas van a acojerse a su albergue que es dicha canal y conforme se dejan caer por ella, se hallan metidas en aquella prision de mimbre: cuando la canasta se llena, la vacian en las talegas, y en este modo prosiguen llenando y vaciando, hasta que por aquella vez no caen mas lampreas. Unos pecesillos que los españoles llaman aquí cachuelos y los indios puyes, se hallan en la laguna de la Villa-Rica que boguea catorce leguas, y con habitar estancia tan capaz, no llega su justa magnitud mas que a la mitad del ancho y algo ménos que largo del dedo meñique; pero suplen la pequeñez con la copia: no mas que con mantas prendidas, por los estremos se cojen millones. De esta laguna desemboca el rio del Tolten, el cual en un remanso que hace poco ántes de meterse en la mar, cria otra vez los dichos cachuelos del mismo tamaño y gusto; pero del todo diafanos como el mas fino cristal de Venecia, tanto que puestos unos sobre otros en algunas vasijas dejan se vean el fondo de ellas. No sé como compondrán aquí algunos filósofos, que la diafanidad consiste en la rectitud de los poros, pues los mismos pececillos y del mismo rio son en un paraje opacos, y en otro poco distante trasparentes; pero a los que filosofan solo les puede pedir que discurran verosimilmente ya que es inaveriguable muchas veces la verdad, frustrando los arcanos de la naturaleza, a la vanidad de nuestras especulaciones, y mostrándole al hombre que es desconocerse así y a Dios, pretender medir la grandeza y maravillas de las obras del Hacedor de nuestros discursos con la cortedad.

CAPITULO VIII.

De algunos árboles peculiares de Chile y de sus yerbas y minerales medicinales.

Aunque Chile ántes de la venida de los españoles carecia casi de de todos los árboles frutales de Europa, al presente se dan sino con ventaja en la grandeza del árbol, copia, fragancia y suavidad del fruto, a lo ménos con igualdad. Y así supuesto que tenemos ya en este reino melocotones, duraznos, albérchigos, albarlcoques, priscos, damascos pérsicos, almendros, camuezos, manzanos, peros, granados, tunas, olivos, membrillos, guindos, ciruelos, cerezos, higueras, nogales, y debajo de algunos de estos nombres varias especies, y las especies medias que resultan de la insicion, o inoculacion de unos árboles con otros: a mas de esto las frutas ágrias, limones ordinarios y sutiles, limas, naranjas, cidras, zamboas que son advenedizas; hai otras particulares de la tierra, pero las tales de mui inferior calidad y sabor a las oriundas de Europa, con que omitimos las mas de ellas para tratar solo de algunos árboles que por la especialidad de su fruto o madera, son dignos de mencion. Entre ellos merece el primer lugar la palma de este pais: es mui alta,

derecha y robusta, su tronco limpio hasta mucha altura que se corona de muchas ramas colocadas en tal proporcion, que van formando círculos mayores, menores y mínimos hasta la cumbre, y comenzando por la parte inferior, el primero en vasa acaba el último, en la superior en punta. Se dice tener la palma esta rara propiedad, que nunca da fruto estando sola, mas que en naciendo otra en su cercanía, luego da fruto la que está crecida, y a su tiempo la segunda; aunque tambien contra esto se asegura haber contrarias esperiencias. Los frutos, que se llaman cocos, se dan unidos a un racimo que suele tener mas de mil de ellos, y el racimo bien defendido dentro de dos grandes cortezas de figura de conchas unidas en forma de peces testaceos, las cuales se van separando al paso que los cocos van creciendo: éstos son pocos menores que nueces, pero mui redondos: y así mismo cada coco tambien tiene dos cortecitas, la esterior de poca, la interior de mucha consistencia: la médula que está adentro, no es sólida sino hueca como la cáscara de queso poco mayor que el canto de un real de a ocho y de mui buen sabor en especial cuando fresca, que entónces tiene su hoquedad llena de una leche mui suave. Es este fruto uno de los que se trafican de Chile para Lima, se espende la fanega a tres pesos: sirven para confitarse y para los inocentes divertimientos de los niños. El pino particular de esta tierra, es el árbol mas bello que se ha visto: su altura es tanta que no hai árbol que le exceda, el tronco tan derecho que parece hecho a plomo, el grueso mui redondo, las ramas estan en mucha elevacion, y el agregado de ellas remata en la copa en figura cónica: las hojas son de un verde mui vivo, largas, puntiagudas y ásperas al tacto, las ramas del árbol y las hojas de las ramas están colocadas en tal simetría que no discrepa una de otra ni hai alguna a que no le corresponda en la parte contrapuesta, otra igual en el tamaño y semejante en la figura: todos los ramos aunque salen del tronco rectos para los lados, en las puntas se encorban moderadamente para arriba: las piñas son de cuatro tantos que las de Castilla, y los piñones largos en sus vainitas largas estan enclavados igualmente en la piña; son mantenimiento sólido y agradable; dura sin corromperse un año guardado debajo de arena, y los indios hacen de él bebidas fuertes que embriagan poderosamente. El granadillo de Chile dá una flor que representa perfectamente todos los instrumentos de la pasion de Cristo, y su fruta que es del tamaño de un huevo de paloma, quitándole la corteza es mui suave, como que la pasion de nuestro redentor, rumiada interiormente regala al alma con dulcísimas penas. El árbol de la murtilla es pequeño contado entre los matorrales: su fruta poco menor que una uva: su color rojo, la figura como de una granada, el gusto y la fragancia mucha. Los indios echándola en infusion, hacen de ella una bebida vigorosa, que tarda en fermentar algunos dias, y dura sin acedarse algunos meses. El cauchau es fruta de la luma, semejante en la figura y gusto a la murtilla, con la diferencia de ser negra: hacen de ella los indios bebida que luego embriaga, pero que no embaraza la cabeza, sino por una hora: otras frutas de árboles que ordenan los indios al mismo

fin, como güingan, molle, maqui, no juzgamos dignas de particular mencion. Y otros árboles que sirven para madera o tablason; pero son conocidos en Europa, como el laurel, roble, cipres; mas el raulí es peculiar de este pais, y nos parece esplicarlo bien diciendo que es cedro bastardo; el alerce es incorruptible mui a propósito para tablason que dá mucha un solo tronco, y se saca con cuñas, su recina es dorada, y se exhala en humo aromático puesta sobre las brazas. Lo mismo hace la madera del colliguai; pero su fragancia luego se disipa. Al canelo le hallan algunos semejanza con él de oriente, entre los indios es árbol mui célebre que no harán asamblea alguna para paz o guerra, fiesta o funeral en que no elevan en medio una rama, y lo mismo es para sus ceremonias supersticiosas y hechicerías. La luma, algarrobo, liti y guayacan, son maderas pesadas y solidísimas que a las bolas fabricadas de esas hacen el sonido y peso poca ventaja las de marfil; mas del guayacan se hacen unos vasos que comunican a la bebida calidades antigálicas, mui eficaces como se tiene de esperiencia. El boldo es de mucha y apacible fragancia en la corteza, hojas y fruto, y éste que es semejante en el color a una aceituna verde e igual en el tamaño, es de un dulce mui gracioso, su huesecillo por la dureza, color y figura es de mucho aprecio para cuentas de rosario que exceden en estimacion a los que vienen de léjos. La encina es algo mayor que la de Europa, y su bellota mucho mas gorda. El maiten es árbol de copa mui hermosa, la hoja de un verde algo desmayado que nunca se le cae: sus ramas son pasto mui apetecido de los ganados, es tenido por el sen. La guillipatagua, dicen muchos ser la misma yerba del Paraguai que se dá aquí mas elevada y frondosa y de efectos mas eficaces, a causa de la mayor fecundidad de la tierra. El culen es árbol pequeño, sus hojas semejantes a la albahaca; dichas hojas, las cortezas, flores y semillas, son de admirables virtudes medicinales: bebiendo el agua de su cocimiento, abre la gana de comer, baja los humos de la cabeza, es contra la hidropesía y obstrucciones, detiene la disentería, y aun facilita el vientre a los estíticos, cura todas llagas y heridas con gran facilidad; por lo cual los médicos mas aventajados, hablan de sus varias virtudes con raro encarecimiento.

Mas por lo que toca a yerbas medicinales, se hallan muchas y de admirables calidades. En este pais hai polipódio, uno quercino, otro petroso: orosus, oregalisa; centaura menor, aquí llaman canchalagua, ceteraeh, aquí doradilla; centaura mayor, aquí retamilla; salvia, romero, hortensa, romero salvaje que llega a crecer hasta la elevacion de un pequeño árbol; grama aquí, chépica, tomillo, duechoacan, linazas, alholvas, malvas, malvavisca, cardo, varias especies de ardormideras blanca y negra, ciano, correguela, hinojo, saúco, chicoria, escorsonera, llanten, lirios varias especies, culantrillo, berros varias especies, mastuercillo, apio, la vira-vira, el quinchamalí, y la yerba santa, que son todas tres mui pectorales, y mui distinguidos remedios vulnerarios, correguela, siempre viva, ajenjos, borrajas, alkekengo, riecino, verdolaga, savinas,

manzanilla, sebolla, albarrana, y otras plantas que quedan por conocer; de cuyo beneficio se priva el público por falta de un aplicado e intelijente botánico. Se hallan minerales de los que son de uso en la medicina y en otras artes. El antimonio, cinabrio nativo, bol blanco, colorado y amarillo, ocrecalco, cristal moltano, yeso alabastro, alumbre de roca, azufre hermosísimo tan purificado por naturaleza que es de perfecta transparencia, salitre, piedra iman, vitriolo varias especies, piedra de cal, sal fósil, ametistos de varias especies y colores, margaritas, piedras occidentales, esponja o piedra pomes, o piedras besoares, y otras cuyas virtudes aun ignoramos. Bendita sea la largueza y bondad del criador que dispensó tantos beneficios a unos jentiles, que no solo no le correspondian con la ofrenda del culto, pero ni aun reconocian la mano del bienhechor.

CAPITULO IX.

De los indios de Chile cuanto a su fisonomía, e idioma, elocuencia y poesía.

Cuantos tratan alguna facultad si quieren ejecutarlo con acierto y órden, es preciso que den a conocer al sujeto de ella, por su definicion y division: precepto cuya observancia es sumamente precisa en la historia, singularmente si trata de acciones de alguna jente desconocida. Por eso siendo el argumento de la nuestra las prolijas guerras que hemos mantenido con los indios chilenos, jente tan incógnita como retirada, será preciso describir su fisonomía y lengua, y hacer una como anatomía de las calidades de su ánimo, de las costumbres de su vida, de su relijion y supersticiones, y de su gobierno político y militar. Hablaremos de ellos primero debajo de alguna razon mas comun y universal, y luego bajaremos a aquellas particularidades que haga la narracion mas cumplida y amena: pues bien, que puesta la mira en lo principal, no tengamos por supérfluo espresar aquellas menudencias en que suelen hallar sainete la curiosidad del injenio humano, como en los banquetes espléndidos se ponen entre los manjares costosos algunas salzas, que picando el apetito, quiten el hastio que suele causar la abundancia. Son los indios de Chile de estatura algo menor que el comun de los españoles; pero mui robustos de pecho, mui trabajados y fuertes de brazos y piernas, los cabellos siempre lisos y largos, en especial las mujeres tienen por singular adorno la natural cabellera, y la cultivan esmeradamente para que llegue al crecimiento de que es capaz; y así a algunas le crece hasta mui abajo de la cintura; el del rostro y cuerpo es moreno: pero algo diferente del de los mulatos y otros indios de la América; porque no obstante la oscuridad, se inclina a rojo como mostrando abundancia de sangre: la cabeza y cara tienen redonda, la frente cerrada, las narices romas, pero no tanto como los etiopes: las barbas cortas y raras a que ayuda que cuando estan ociosos acostumbran arrancárselas con un instrumentillo de metal a modo de tena-

sillas que traen siempre pendiente al cuello. La palma de la mano y los dedos de ella tienen cortos y récios: el pié pequeño y fornido; en fin toda su constitucion del cuerpo y rostro es la mas apropósito para indicio de la fortaleza y bravura. Su idioma es cortado al talle de su jénio arrogante y de valientes espresiones: es de mas armonía que copia; porque cada cosa tiene regularmente un solo nombre, y cada accion un solo verbo con que significarse; con todo eso, por usar de voces de muchas sílabas sale el lenguaje sonoro y armonioso. Esto no se estiende de las voces simples o raices, sino de las compuestas y derivadas, que son muchas mas en este idioma que en otros, pues regularmente de un verbo añadiéndole partículas, se forman otros treinta o cuarenta de los diversos significados que resultan de la varia significacion de dichas partidas ya antepuestas, ya interpuestas, ya pospuestas. Sea ejemplo el verbo *Clium*, que significa dar, del cual se forman otros muchos, juntándole diversas partículas que modifican la significacion del verbo con la propia suya. La partícula *pa* significa venir a hacer la accion del verbo: y así interponiéndola al verbo de este modo: *elupan* significa venir a dar. *Me* es venir a hacer la accion; y así *elumen* es ir a dar: *pra* es hacer algo sin provecho, y así *elupran* es dar inútilmente: *cho* es hacer la accion con otro; y así *eluchon* es dar entre dos. *Pe* poner la cosa en duda; y así *elupen* es quizá dos. *Val* significa tener poder para algo; y así *eluvaln* es yo puedo dar. *Tu* significa repeticion de la accion; y así *elutun* es dar otra vez; y lo mismo es de otros verbos, y de otras particulares, así de las que se interponen, como de las que se ponen ántes y las que se ponen despues. Aun mas que interponer al verbo particular, es interponer nombres que son en la construccion persona que padece por ejemplo en este verbo: *aretu huaiquibin*, que es compuesto de tres voces, hai el verbo simple *aretun*, que significa prestar, la partícula *bi* que equivale a nuestro el, la, lo y el sustantivo *huaiqui* que significa lanza; y así aquella palabra sola en toda esta construccion *yo le presté mi lanza: putuedea huellubin* es un verbo compuesto de *putun* verbo simple que significa beber, del sustantivo *co*, que es el agua, de la *l* interpuesta que significa hacer que otro haga la accion del verbo, del sustantivo *cahuella* que es el caballo, y de la partícula *bi* que es en castellano el, la, lo; y así de todas resulta el verbo compuesto ya dicho, que significa yo hice que el caballo bebiese agua: así mismo aunque no tenga y apénas voces si si, no no; mas no le falta copia, porque no tiene verbos defectivos, ni hai alguno de que no se formen adverbios sustantivos, y adjetivos, y absolutamente todas las partes de la oracion unas de otras con admirable fecundidad. A esta facilidad queda el idioma índico: para hablarlo bien se alega que los indios lo cultivan a su modo cuanto es posible, porque son jente preciada de la elocuencia. Y como en lo antiguo los griegos y romanos tenian y ahora los que profesan las buenas letras usan cotidianos ejercicios de la oratoria, y así estos indios ejercitan, se puede decir, a todas horas su bárbara elocuencia, cuidando de adornarla con aquellos bárbaros primores de que son ca-

paces unos injenios destituidos de toda ciencia y dejados a la enseñanza de la naturaleza, porque en este particular no hai nacion que tenga semejanza con esta que practica como moda cortesana lo que entre las cuitas fuera la mayor impertinencia. Siempre que uno visita a otro (y esto es contínuo por su ociosidad) no traban la conversacion como otra jente con la alternativa de breves cláusulas, sino de razonamientos prolijos. En tanto que el uno está declamando su sermon, está el otro rindiéndole quietísima atencion de sentidos y potencias, porque fuera mui mal caso y de mucha ofensa no hacerlo así; y para dar muestra de que escucha dilijentemente, el que oye ha de hacer una de dos cosas: o repetir la última voz de cada período en que hace pausa el predicador, o decirle: *Vellechi, veinocanas, mu piqueimi,* que quiere decir así es, bien decis, decis verdad. Luego coje el otro la mano para corresponder a una declamacion con otra, y de este modo gastan comunmente algunas horas andando miéntras esto mui listas las mujeres con los vasos de bebida para dar jugo y fecundidad al orador. Este modo de ensayes elocuentes practican desde niños, porque saben la mucha cuenta que se hace entre ellos de quien habla bien, y que lo contrario es exaccion, que se opone para que alguno no suceda en algun baston, aunque le venga por sangre. Estos razonamientos pronuncian en los congresos particulares con tonos moderados; mas en las juntas grandes para asentar paces, o persuadirlas que llaman en su idioma *huinca coyan,* o para publicar guerra que llaman *aucacoyan,* dicen sus oraciones con tal rigor, que como se dijo del griego Pericles, parece que hablan con truenos y que sus operaciones son borrascas desechas. Verdaderamente cuando he visto en juntas de muchos centenares de indios declamar a estos bárbaros oradores, juzgué que ni Poreyl y Latron cuando hacian estremecer las paredes del Jimnacio, ni Marco Tulio, cuando fulminaba en la curia contra un reo el mas criminal del estado, lo ejecutaria con mas esfuerzo del pecho y ardor del ánimo. Y como el orador movido se halla a mano las fórmulas mas vivas y eficaces de imprimir su afecto en los otros, es indecible cuán bien usan estos indios bárbaros de aquellas figuras de sentencias que encienden en los ánimos de los oyentes los afectos de ira, indignacion y furor que arden en el ánimo del orador y a veces los de lástima compasion y misericordia, usando de vivísimas prosopopeyas, hipótesis, reticencias irónicas y de aquellas interrogaciones retóricas, que sirven no para preguntar, sino para reprender y argüir como usó Ciceron en el principio de una oracion que hizo contra Catilina en el senado. Aquí se vé que la naturaleza es madre de todas las artes, y que la de bien hablar se aprende hablando. En sus persuasiones se valen bellamente de los argumentos que se toman de lo necesario, fácil, útil y deleitable y en la disuacion de sus contrarios, omitiendo las pruebas que se sacan de lo honesto e inhonesto, o tocándolas solamente por los respectos estrínsicos que tiene lo bien y mal hecho a la honra y deshonra que ocasiona; porque realmente no han hecho concepto verdadero del precio y hermosura de la virtud por

sí sola, y les parece mas digna de honra la iniquidad poderosa que la inocencia desarmada. La poesía de esta lengua sino tiene aquellos conceptos altos, alusiones eruditas y locuciones figuradas que se ven en obras poéticas de otras naciones sábias, por lo ménos es dulce y numerosa, y aunque sea soberbísimo el juicio de los oidos que condena sin apelacion todo lo que no le cuadra, con todo, el mas delicado no hallará cosa que reprender en la cadencia y numerosidad de sus metros: y lo conocerá el que siguiere esta lengua, la española y latina en que los versos orijinales en estas dos se esprimen bellamente en las traslaciones índicas, con ser tanta la dificultad que todos conocen en el traducir con acierto; y para que se vea claro, pondré aquí de muchas traducciones que corren hechas por los misioneros los principios de dos, una hecha del orijinal español, y otra del latino.

ESPAÑOL.	INDIO.
Véante mis ojos	Jesus pellebichi
Dulce Jesus bueno	Piquei ñi duam
Véante mis ojos	Jesus pellebichi
Muérame yo luego:	Veulamo layam.

Una manta tienden en el suelo (1): entran al juego cuantos quieren, la suerte es el número par y el azar el número impar, habiendo como en los dados en la suerte y azar sus diversos grados de pérdida y ganancia: el que tira llama la suerte como que fuera persona de varias deprecaciones afectuosas, diciéndole: *llamuen, llamuen, llamuen, cupa, cupa, cupa*, y quiere decir hermanita, hermanita, hermanita, ven acá, ven acá, ven acá: y así la invocan con otros nombres cariñosos. Despues de echada la suerte, suelen nombrarla con voces burlescas, y dicen *cupai, papá chegual*, quiere decir *llegó mi abuelita la perra vieja:* el que una vez echó suerte prosigue tirando, hasta que eche azar, que entónces entrega los lligues al que está a mano derecha. Lo que ponen de apuesta llaman *ran;* nunca es moneda porque no la usan, sino vestidos, cuchillos, frenos, espuelas, caballos, y vacas; nunca arriesgan mucho animosamente a un tiro sino que son rateros en su modo de jugar, y para ganar cualquiera cosa de las dichas, se pasan algunas horas. El *quechuncague* se juega con una planchita de piedra de la figura triangular que llaman los jeómetras isóselas; en los dos lados mas largos del triángulo estan pintados unos puntos que son por todo cinco, tres a un lado, dos a otro, y por eso se llama este juego *Quechu* que en el idioma indio significa dicho número: en una de las dos superficies hai un punto, en la otra nada, y así arrojando este triángulo regularmente cae algun punto grande o pequeño. Segun el punto que cae van mudando los tantos al modo de la oca, y al mudarlos contando los puntos si cae el

(1) Parece que hai un salto considerable. Seguimos literalmente la copia que existe en la Biblioteca Nacional.

tanto del uno donde tenia el tanto del otro, se lo come, y de este modo se van haciendo uno a otro su guerrilla al modo del aljedrez, y el que consumió ántes sus tantos, es el que pierde. El juego que llaman pilma, se hace poniéndose en rueda, ocho o diez mozos desnudos de la cintura para arriba y arrojándose de unos a otros una pelota de madera esponjosa como el corcho: cada uno procura rebatirla con la palma de la mano, con cuanta fuerza puede, y herir alguno de la banda contraria: la gala y ventaja del buen jugador está en hurtar el cuerpo al golpe, pero sin dejar el puesto, por lo cual es de ver con que presteza se vuelven y revuelven, se levantan y bajan, saltan y se echan de espaldas o de bruces, y de este modo se hacen fuertes y ájiles para el furor de la guerra, que es el centro a que enderezan las líneas de sus cuidados.

El juego de la chueca es el mas célebre entre estos indios, para el cual se juntan de parcialidades mui distantes por tener en uno la alegría y la ganancia como en semejantes ocasiones lo han sido en lo atrazado. Por temor de maquinar rebeliones, suelen prohibírselos los españoles a los indios sujetos y a los fronterizos de paz; y cuando no conviene usar de rigorosa prohibicion, se les pone jente armada con el título especioso de impedir las pendencias privadas; pero el fin verdadero es observarlas, atendiendo a sus secretas confabulaciones, y ellos que no son lerdos en materia de malicia, se suelen finjir engañados para engañar, y vencer una cuidadosa observancia con mayor disimulo, porque la perfidia no deja vencer de alguna prudencia; y nunca lleva mas bien al cabo sus intentos la malicia, que cuando se viste del traje de la sinceridad; y así no obstante nuestras cautelas, se han visto concebirse en estos congresos las mas feas sediciones y hacerlas creer ocultas, a pesar de la mas vijilante pesquisa por ser en ellos inviolable la fé del secreto, sino es que la lealtad con el amo haga a alguno olvidar el afecto a su nacion. Es pues, este juego un ejercicio en que dos bandas opuestas procuran llevar una bola de madera a sus rayas con un instrumento que llaman chueca y de caña bastante sólida encorbada y gruesa en la punta, larga como de cinco palmos. La area para que elijen un plan mui limpio e igual, la señalan con ramas verdes, dándole de largo como trescientas varas y de ancho como la cuarta parte: los indios como en número de treinta, para que no estorbe la multitud y lidiar con desembarazo, se ponen en dos cuadrillas contrarias enfrente una de otra, correspondiéndole a cada uno su opositor señalado: la bola se pone en medio en un hoyo y dos contrarios, la sacan con sus chuecas, esforzándose cada uno a hurtársela al otro; cuando salió la bola la siguien dilijentísimos, unos para llevársela, y otros a detenerla, y aquí es de ver como ya lidian dos, ya muchos, ya todos haciendo pruebas de destreza y pulso en el manejo de la chueca, de fortaleza en la lucha y de velocidad en la carrera, el que dá un golpe famoso u atina con la bola en el aire para aumentarle el impulso que lleva, o darle otro contrario, saltan mui lijeramente como que están casi desnudos, y se nombra en alto grito con estas o semejantes voces: *inche cai longo tegua, inche cai paqui namun, inche cai anca*

tigue, que quiere decir *yo soi la cabeza de perro, yo soi pierna de leon, yo soi el cuerpo de roble.* Este juego mirado de léjos, dá la mas viva especie de una ardiente batalla, porque en efecto es su mas propia imitacion, no faltando aun los golpes y la sangre, y en tales ensayos se aperciben de fuerza, ajilidad e industria para las veras; y los usan frecuentemente así porque en su ocio cabe toda la repeticion de los entretenimientos, porque dicen maravillosamente con su injenio marcial: lo que se apuesta suele ganarse en una tarde; lo mas breve, lo mas largo en tres, y está siempre presente para que cargue con ello el ganancioso; nunca juegan al crédito por la desconfianza que tienen unos de otros, y mui justa si bien se mira por su poca honra y pundonor: materias de felicidad aquella policía sazonada y en su punto que ha inventado la discrecion para hacer mas gratos unos hombres contra otros, por medio de la honra que se hacen mútuamente, bien se vé que no es leccion que se pueda aprender en la escuela de la barbarie, y así entre estos indios las ceremonias con que significan el respeto y la estimacion, son mui pesadas y enfadosas y mas a propósito para hacer huir de su trato, que para apetecerlo. Ya dijimos de sus largas arengas cuando se visitan; ahora decimos que a mas de lo que tienen de pesadez prolija, hai en ellas algo de mas duro por el paraje y postura. No es lícito segun lei de su policía al que llega a casa ajena apearse del caballo; mucho ménos entrar en ella sin que se lo mande el dueño, y suele no raras veces que éste salga afuera a recibir al huésped con cortesía ciertamente, ingrata porque comenzando por la salutacion pasa de unas en otras a las arengas de su costumbre, y el pobre huésped ha de aguantar sin mostrar desabrimiento aunque lo aze el sol o traspase el agua, hasta que al dueño de la casa se le ofrezca decirle que se apee a acomodarse, y ordinariamente se le ofrece tarde. Cuando se encuentran no usan otra salutacion que decirse y responderse: *Mari Mari:* los indios de paz y de buena policía dan la mano; pero los de guerra o que por mui retirados son mas incultos, la estiran abierta para la cara y ojos del con que hablan, como que quisieran sacárselos; son vastos y rústicos en sus fórmulas de hablar, y dicen frescamente en su cara a cualquiera, aunque sea un gobernador, que miente cuando les promete algo y no les cumple, y les parece que las palabras discrepan de la intencion, en cuyo asunto es gracioso el caso que le pasó al gobernador Luis Merlo de la Fuente. Díjole un cacique en un parlamento que mentia, el lengua jeneral titubeó en la esplicacion de palabra tan dura coloreándola con voces de alguna cortesía: el gobernador sospechó lo que habia, e instó al lenguaraz esplicarse en puridad lo que decia el cacique, y entónces el lengua dijo: —Señor, dice este indio, que U. S. miente. Entónces el gobernador se llegó al indio con término cariñoso y le dió una blanda bofetadita, diciéndole esto te hago para que en ningun tiempo se diga que alguno le dijo mientes a don Merlo de la Fuente, sin que él lo vengase y lo castigase. Fué ridículo quijotismo, porque aquello no fué castigo ni venganza, que aunque le diera al indio muchas bofetadas mui a lo

descubierto, no las sintiera por la afrenta, sino por el dolor y por la cólera con que se las daban, ni lo tuviera por satisfaccion de agravio. Que entre indios no tienen por afrenta la bofetada, ni la sombrerada, ni el dar con una caña ni otras nimiedades vanas y disparates de las leyes del duelo: y bien yo a lo ménos mas querria que me diesen con una caña o un sombrero, que no con un palo rolliso.

CAPITULO X.

De los castigos que ejecutan en los reos, y del modo de quitar la vida a los prisioneros de la guerra.

Finjiendo la antigüedad que Astrea se subió al cielo de entre los hombres desamparándolos por estar mal quista entre ellos su rectitud, quiso significar que a la justicia (aunque mui buena y necesaria) nadie la quiere por su casa; y que así no hallando donde hospedarse, se desterró de entre nosotros para asistir a Dios como asesora de sus sentencias donde ejerce una jurisdiccion de tanta igualdad como soberanía: y es cierto que acá abajo vencida nuestra pusilanimidad del ímpetu de la pasion nuestra y ajena, o enmudecen las leyes delante de los poderosos, o tuercen sus varas los empeños, o desiguala sus balanzas el interes; y por pasar impunes los delitos poderosos o patrocinados, solo se castigan los que son desvalidos, y aun a veces aun a las mismas ejecuciones que parecen justas, las halla la justicia de Dios manchadas de la pasion y de la iniquidad con que se dá a la vindicta privada lo que debia darse a la pública, y con que obra el furor y la venganza lo que debia obrar una tranquila severidad, pues el juez debe ser como la lei que *perdona sin amor y castiga sin ódio.* Pero esta corrupcion de virtud tan necesaria que han llorado todos los siglos, ha llegado entre los indios al último punto de sinrazon. Rara vez castigan los homicidios con pena capital, sino con multa en la hacienda, de la cual la mayor parte recae en los parientes, y la menor en el reo; y así no tienen pena que los retraiga bastantemente de poner en planta de su propia autoridad las mas sangrientas ejecuciones. Lo mas disonante en la razon es que no se castiga entre ellos el parricidio y usorisidio: porque si el marido mata a la mujer, dicen que puede hacer lo quiere de lo que compró; y si mata el hijo al padre, dicen que derramó su propia sangre, siendo delito que ha sido mirado siempre con sumo horror. Cuando en la batalla que dió junto a Cremona el ejército de Vespasiano a las lejiones de Vitelio, un soldado llamado Julio Mansueto, natural de España, mató a su padre sin conocerle por haber chocado de noche, fué increible la pena del mancebo con que rogaba a los manes paternos que no le imputasen un delito ignorado, y aun todo el ejército detestó con piadoso furor las guerras civiles, que eran la causa de trajedias tan lastimosas. Pero en los indios de Chile es tan ordinario matar los hijos a los padres en la embriaguez, que no se mira como suceso de particular des-

ventura ni les ahoga la dulzura de sus regocijos infaustos; así es cierto que a las mayores violencias de la naturaleza les quita la costumbre gran parte del horror; pero el castigo de otros delitos imajinarios juntan a una suma injusticia un estremo rigor. Los pretendidos brujos, son entre ellos los que toleran toda la severidad de las sentencias y la crueldad de las ejecuciones; y la mayor perversion de sus juicios es que entre ellos hai verdaderos brujos que profesan abiertamente el trato con el demonio, los cuales con protestar que su arte no la ordenan sino al beneficio comun de sanar a los enfermos o descubrir los autores de sus maleficios, no solo evitan los castigos sino que se dan por acreedores a los premios, y en efecto los alcanzan; y otros infelices que no tienen contra sí mas que el testimonio falso de los adivinos, perecen miserablemente en las llamas. Es así que cuando muere algun cacique, o persona principal, como no miran su fin como término preciso de la carrera de la vida, ni lo atribuyen a la necesidad fatal de los mortales, sino a la fuerza de los hechizos, luego consultan alguno de sus adivinos, quien con diabólica malicia culpa a quien quiere, y que ordinariamente es al mas desvalido, y a veces a personas mui inmediatas del difunto; y como que el dicho de aquel órgano del demonio fuera un testimonio irrefragable, condenan a las llamas a aquel o a aquella miserable que designó su antojo, o la pasion con que sirve a su rabia o a la ajena; y la ejecucion del bárbaro suplicio es de esta suerte: clavan tres palos en el suelo como en puntas de triángulo; al uno de ellos que es mas grueso, atan el paciente por las espaldas y a los otros dos por los piés, las manos se las ligan atras; y en esta postura le hacen fuego entre los muslos que se los quema y el vientre, pecho y rostro, y luego comienzan las preguntas para que confiese el delito y declare los cómplices. El miserable, viendo que el negar es de ningun provecho, se culpa a sí mismo y a cuantos quieren nombrarle aquellas fieras que suelen acabar al reo confeso con el cuchillo, y pasan a ejecutar su furor a fuego y sangre en los que pueden haber a las manos de los que resultan reos por aquella confesion. En caso tan lastimoso, hai algo de mayor lástima y dolor, que al paciente que se está abrazando suelen untarle sebo para que líquido y ferviente se le penetre con mayor tormento por los poros; no es de menor lástima que a veces las mujeres e hijas del difunto que estan heridas del mas profundo dolor por su muerte, suelen pasar por autoras y pasan por la misma sentencia, porque quiso adjudicarlas a ellas el furor del endemoniado adivino. Cuando no pueden disponer tan a su arbitrio de estos pretendidos reos, porque la publicidad del suplicio y la vecindad de los españoles ha de ser ocasion de que lo sepan y estorben, suelen acabarlos ocultamente con el acero. El año pasado de mil setecientos cincuenta y cinco, dí sepultura en Valdivia con íntimo dolor mio, a cuatro personas, marido, mujer y dos hijos pequeños, a quienes unos indios vecinos a la plaza degollaron clandestinamente por la opinion de brujería: a los niños cortaron solo la áspera arteria, a la mujer dieron cosa de diez y ocho puñaladas, y al marido que debió

defenderse, porque era conocido por valiente, muchas mas. Estos casos funestos que son mas comunes entre los indios que habitan desde el rio de Tolten para el estrecho, aumenta las penas nuestras por ver el poder que tiene entre estos míseros el cruel enemigo del hombre para apacentar su rabia con la sangre y tormento de tantos inocentes y que no nos quede arbitrio para librar a los calamitosos, ni haya elocuencia que baste a vencer su terquedad para que conozcan el engaño de sus juicios, y la iniquidad de sus sentencias.

Como el indio es enemigo que no dá cuartel en la guerra, matan sus prisioneros en las fiestas, en las cuales anda nadando en vino y sangre la crueldad y la embriaguez, como en banquete mas furioso que aquel celebrado de los Centauros y Lapitas. El módo de ejecutar esta carnicería, es el siguiente: llevan el primero a un llano limpio en donde todos los indios de guerra hechos un cercó lo están aguardando con sus lanzas y porras: los caciques y oficiales de guerra se ponen en el centro a pié, teniendo al que ha de morir en medio con las manos atadas, porque la ejecucion de la muerte se ha de hacer por mano de uno toquí principal, porque entre ellos el de verdugo no es oficio ignominoso. Los soldados sencillos puestos a caballo con sus lanzas en las manos, ocupan la circunsferencia y sirven de guarnicion en medio del centro queocupan los principales toquis que tienen el mismo nombre que los oficiales jenerales de quienes son insignias, y dichos toquis con unas hachas de piedra, a imitacion de las de acero, señales de la suprema potestad en la guerra, como eran entre los romanos, la segurez de la jurisdiccion consular. Junto a los toquis, sientan al prisionero con el rostro vuelto a su tierra, y le dan un manojo de palitos, para que con ellos vaya contando los valientes que ha conocido entre los suyos, y una estaca de madera fuerte y aguda para que haga uno hoyo y los entierre; comienza, pues, a nombrar los valientes y sujetos principales en la guerra que tienen los enemigos, comenzando por el capitan jeneral hasta el último soldado de fama y segun va nombrando por su órden, va arrojando los palitos en aquel hoyo que para aprehension es sepulcro de toda la prudencia militar y valor de sus enemigos. Cuando acabó de arrojarlos, y a sí mismo entre ellos, los cubre con la misma tierra que ántes sacó del hoyo. Acabada esta operacion, lo matan de una de dos maneras, o clavándolo con muchas lanzas, o levantándolo en alto, o quebrándole la cabeza a un golpe feroz con una porra claveteada. Luego despues de esto le cortan la cabeza, la levantan en una hasta y cantan victoria con ella; para lo cual tienen ciertas canciones que infunden pavor. Acabado el canto, acuden todos sobre el cádaver, unos a sajarle el corazon, otros a cortarle las piernas, para hacer flautas de las canillas que descarnan y agujerean en un momento. Hecho esto, comienzan a correr en rueda desnudos hasta la cintura, armados con sus lanzas, y echando retos de cuando en cuando al enemigo, para lo cual vuelven los rostros ferozmente, vibran sus lanzas, las baten unas con otras y hacen estremecer la tierra, golpeándola con los piés aun

mismo tiempo que es el modo con que despiden el miedo y se aperciben para entrar en batalla.

El corazon del difunto lo reparten entre los capitanes y toquis: unos se comen el pedasito que les cabe, y otros untan las armas con su sangre y vuelven a cantar, tañendo las flautas de las canillas que ya tienen aderezadas. El casco de la cabeza les sirve de taza en sus bebidas, y este paradero tuvo el del buen cabellero y valiente capitan don Martin García Oñez y Loyola, en el cual bebieron en todas sus fiestas desde su desgraciada muerte hasta las paces jenerales que hizo el marquez de Baides. El cadáver tronco lo sacan arrastrando por entre la jente y por la calle que queda hecha, entran y salen furiosamente los indios golpeando sus lanzas, pateando la tierra y enviando retos al enemigo. La última ceremonia es traer un carnero negro, si el muerto es indio, blanco, si es español, y cortándole la cabeza se la arriman al cadáver en lugar de la suya.

CAPITULO XI.

Práctica de todo lo dicho en la relacion de un testigo de vista.

Como no podemas entender las cosas espirituales sino con dependencia de las especies que entran a la imajinacion por los sentidos, así nunca hacemos tan cabal concepto de las cosas materiales que distan de nosotros, como por medio de las descripciones que cuando son como deben ser, parece que nos hacen ver, oir y aun palpar lo que nos representan y por eso no obstante de la relacion especulativa y jeneral del capítulo pasado, la pongo en esta práctica y particular con las mismas voces de testigo ocular y mayor de toda escepcion que es el capitan don Francisco Nuñez de Bascuñan en el discurso 1.°, capítulo 10, de su Cautiverio manuscrito, quien habiendo dicho como en una junta que hicieron los rebeldes despues de la infeliz batalla de las Cangrejeras (de que se hablará en su lugar), escapó del furor de los indios serranos que lo pedian para la muerte por la piedad de su amo el cacique Maulican y como mataron a otro soldadito mozo que en dicha batalla habia peleado la primera vez, comienza a describir la sangrienta ejecucion de esta suerte: "Acabadas de decir estas razones, el cacique Putapichun clavó en el suelo en triángulo los tres cuchillos que tenia en la mano a la redonda de aquel hoyo que habia hecho aquel desdichado soldado que asentado junto a él estaba con un manojo de palitos que se habian hecho cortar ántes, allegóse luego al sitio y lugar en donde mi amo estaba sentado entre dos amigos que son los que vinieron con nosotros, y los sacó al lugar donde él estuvo razonando, y al salir del suyo mi amo Maulican me dejó donde él estaba entre los dos amigos y compañeros ya dichos, encargándome a ellos. Salió al palenque y ocupó el lugar que Putapichun tenia, mas por la obligacion y empeño en que lo pu-

sieron que por gana que tuviese de ejecutar cosa que él no deseaba. Salieron dos ministros de ceremonias que es imposible esplicarlos, ni decir de la manera que las hacen: el ministro de ellas era Putapichun que habiendo puesto a los dos sacrificadores en medio, le entregó a mi amo una porra de madera pesada, claveteada con clavos, las cabezas para afuera, y el cuchillo que habia puesto en medio de los dos que representaba la parcialidad de mi amo y de los suyos, y los otros dos cuchillos mandó a los dos acólitos, o ministros que los tomasen cada uno el suyo, representando el uno la jurisdiccion de la cordillera, y el otro de la costa. Con ellos y sus lanzas arboladas, se pusieron a los lados del sacrificante, el cual se fué acercando al lugar donde aquel pobre mancebo estaba o le tenian sentado, despidiendo de sus ojos tantas lágrimas, como corrian de los mios sin poder detenerlas. Con que cada vez que volvia el rostro a mirarme, me atravezaba el alma y correspondiéndonos con unos suspiros y sollozos desmedidos, sin podernos ir a la mano. Muchos de los ministros circunstantes daban muestras de hallarse condolidos, porque hai algunos entre ellos que se duelen y lastiman de los miserables que en tales casos y ocasiones tienen mala fortuna como lo manifestaba Maulican, mi amo en el sacrificio que le obligaban a hacer, como despues lo significó a su amigo. Allegóse al desdichado mancebo, y díjole: "¿cuántos palitos tienes en la mano?" Contólos y díjole que doce: hízole sacar uno: preguntándole que quién era el primer valiente de los suyos, estuvo un rato suspenso, sin acertar a hablar palabra ya con la turbacion de la muerte que le aguardaba o ya porque no se acordaba de los nombres de los oficiales: a esta suspension, el ministro de ceremonia que con su toquí asistia al ejecutor del sacrificio, habló desde donde estaba y le dijo: "acaba de hablar soldadillo;" el miserable respondió diciendo: este es el gobernador: replicóle Putapichun, no es sino el maestre campo Albaro Nuñez que por mas valiente debe entrar primero, echadlo en ese hoyo; y soltó el palito, como se lo ordenaron. Sacad, otro le dijo mi amo; y habiéndolo hecho así, les preguntó quien era, respondió que era el Apo, que es el gobernador: echadlo en el hoyo, y sacad otro le dijo, con que fué por sus turnos echando palitos desde el maestre de campo jeneral por todos los oficiales hasta el capitan de amigos llamado Diego Monje, que ellos tenian por valiente y gran corsario de sus tierras, y acabados de echar los doce palitos en el hoyo, le mandaron fuese echando la tierra sobre ellos y los fué cubriendo con la que habia sacado del hoyo, y estando en esto ocupado, le dió en el cerebro un tan gran golpe que le echó los sesos fuera con la macana o porra claveteada que sirve de la insignia que llaman toquí: al instante los acólitos que estaban con los cuchillos en las manos, le abrieron el pecho y sacaron el corazon palpitando, y se lo entregaron a mi amo, que despues de haberle chupado la sangre, le trajeron una quita de tabaco, cojiendo el humo en la boca, lo fué echando a una y otra parte, como insensando al demonio, a quien habian ofrecido aquel sacrificio. Pasó el corazon de mano en mano, y fueron haciendo la misma ceremo-

nia que mi amo; y entretanto andaban cuatro o seis de ellos con sus lanzas corriendo a la redonda del pobre difunto, dando gritos y voces y a su usanza hacian los demas con los piés temblar la tierra: acabado este bárbaro y mal rito, volvió el corazon a manos de mi amo, y haciendo él unos pequeños pedacitos, entre todos se los fueron comiendo con gran presteza." Aquí dá fin a su relacion el capitan Francisco Nuñez, y yo la doi al asunto de este capítulo y al antecedente.

CAPITULO XII.

De su falso culto y diferentes supersticiones.

Dijo un sábio jentil que bien se podia dar jente, sin algun jénero de gobierno, sin ciudades ni policía; pero que no se vería sin alguna especie de relijion, y sin reconocer alguna suprema divinidad a quien tributarle culto; y este modo de discurrir es mui conforme a la enseñanza de la naturaleza y a la lumbre de la razon, la cual nos dicta con admirable majisterio, y nos hace conocer con suma evidencia, que todo lo que es criado, lo es por otra causa; y si esta lo fuere por otra se ha de ir procediendo de grado en grado hasta que la muerte llegue y descanse en un principio universal sin principio supremo independiente, sumo hacedor, y causa de las causas que todo lo cria y no es criado de nadie, y así entre los mismos griegos y romanos, aunque el comun adoraba muchas deidades, los mas sábios de ellos o mas alumbrados como fueron Trismejistro y Sócrates, entre los griegos, Marco Varron y Marco Tulio, entre los romanos, tuvieron por ridícula quimera indigna de la filosofía la pluralidad de los dioses, y conocieron por necesario que Dios fuese uno en su esencia, no alcanzando sus luces humanas a distinguir la trinidad que es sobre toda razon, aunque no es contra ella, y solo puede alcanzarse en virtud de la revelacion y ascenso sobre natural que se dá a ella. Pero los indios de Chile no solo no reconocieron aquella caterva de dioses celestiales, terrestres e infernales altos y bajos que otras naciones jentiles en lo cual es justo darles la razon, como se las damos a aquel Luciano, a quien la ciega jentilidad llamó irrelijioso e impío porque se reia de la muchedumbre de deidades que adoraba el vulgo incrédulo y supersticioso. Pero mas bárbaro que esto y en todo lo demas, se negaron torpemente a oir las voces de la razon y no reconocieron con suma ignorancia e ingrato desconocimiento al sumo hacedor y bienhechor nuestro; y no habiendo entre ellos conocimiento alguno de la divinidad, es consiguiente que no tuviesen templos, ni sacerdotes, ni culto, ni sacrificios. Reconocian sí algunos jéneros de superioridad en los pillanes, amigos y enemigos, como algunos jentiles en los jénios buenos y malos, y así aseguran las historias romanas que a Marco Bruto se le apareció su mal jénio ántes de dar la infeliz batalla de los campos Filípicos y a Julio César su buen jénio, para animarlo a pasar el Rubicon cuando iba

a emprender la guerra civil contra Pompeyo. De esta manera, los indios de Chile aseguran con miserable credulidad, que las almas de los españoles separadas de los cuerpos, son pillanes enemigos que les quitan las fuerzas y brios en las batallas, y las ánimas de los indios son pillanes amigos que les dan esfuerzo y prudencia para conseguir las victorias. Si tuvieran noticia de la historia pudieran autorizar su creencia con el caso admirable de aquel pio y esforzado tribuno Pedro de Paz, que muerto en Teneramunda meses ántes, se apareció despues a los suyos en el sitio de Amberes y guió a los de su nacion o lejion a embestir con el enemigo con el mismo traje y aliento con que solia cuando vivo. Las tempestades de truenos y rayos dicen que son con los relámpagos, choques de unos pillanes con otros, y las miran y escuchan con aquella atencion, cuidado, y con aquellos afectos de tristeza y alegría de aliento y desmayo con que asistirian a una batalla verdadera. Si la borrasca, llevada del norte camina de las tierras de los españoles para las de ellos, dicen que sus pillanes van perdiendo el terreno, y procuran darles esfuerzos con voces alentadas y briosas diciéndolas: *ea yabulumen pugnamutun:* que quiere decir: *ea varones, echad pié a tierra i tener esfuerzos.* Cuando el viento hace viaje de sur a norte, creen que vencen los suyos, los aplauden, celebran su aliento y los animan a seguir el alcance diciendo: *inabimn puen, lagm bimn, urquibilmn:* quiere decir: *seguidlos, seguidlos varones, matadlos, no les tengais lástima;* el sonido sordo de las nieves dicen que es tropel de la caballería; el ruido interrumpido de los truenos que es el toque de las cajas; y aquel rimbombo espantoso de la nieve al rasgarse que es el estruendo de los tiros de cañones gruesos. En fin en todos los meteoros de una tempestad se les representan a ellos actos distintos de una batalla. El huecub es un ente de cuya figura no tienen alguna especie, ni concepto de su ser. Supónese que no lo discurren espiritual, pues no tienen conocimiento de las sustancias incorpóreas, tienen de él solamente la aprension que basta para ternerlo. Casi de todas las cosas que les suceden adversas o dañosas atribuyen su error y su miedo al huecub: el anublarse sus mieses, el secarse por falta de agua, y el entrarles gusano, u otra semejante plaga, es efecto del huecub; el faltar el pez en algun lago o rio que ántes lo criaba, es que se lo comió el huecub; el temblar la tierra, es que se sacudió debajo de ella; el cansarse el caballo, es que se les cargó en las ancas: el enfermar o morir naturalmente ganados u hombres, es que se les metió en el cuerpo, y en suma todo lo infausto, es el huecub; esceptuando solamente de esta calificacion, aquellas muertes en que el ejecutor, el acero u otro instrumento equivalente. El epunamun, que quiere decir dos piernas, porque quizá se les aparece con alguna deformidad, o acaso de ellas, es un ente, de que tienen el mismo concepto que nosotros de los duendes; él les habla, y aunque no le tienen confianza en sus consejos, muchas veces los siguen, o porque la naturaleza del hombre se vá ántes tras el mal que tras el bien, o porque temen ofenderlo con la desobediencia. La anchumallacin, que quiere decir mujer del sol, es para ellos

una señora jóven tan bella y ataviada como benigna, y es cosa rara que no teniendo algun particular respeto al sol, se lo tengan tan grande a la que piensan ser su esposa. Como sobre esto ellos no discurren ni responden cosa de provecho, mi conjetura es que como en los tiempos pasados de las guerras se apareció algunas veces en medio de las huestes contrarias aquella bella mujer que se viste del sol, se corona de estrellas y se calza de la luna, defendiendo a los cristianos, y sin hacer mas daño a los infieles que retirarlos con la majestad de su divino semblante, y ellos mantienen la memoria de los sucesos mui notables por la tradicion de padre a hijos, se conserva en ellos el ser de la madre de Dios, bajamente espresado en la apelacion de mujer del sol. El meulen, deben de entender que es un ente superior y benéfico, pues lo invocan en sus matichunes y curas supersticiosas para que venga a librar al enfermo del hechizo, pero ni en otra ocasion le nombran ni saben que cosa sea; rudos intérpretes de su misma teolojía, aunque en tales absurdos y delirios es felicidad la ignorancia.

Creen en la inmortalidad del alma; pero esta creencia está desfigurada con groseros errores: no piensan que haya lugar separado en que se paguen con el premio o castigo las buenas obras o malas, sino que vengan a la isla de la Mocha a pasar otra vida sin fin ni trabajo y alimentados de pagas negras. Sus parientes les echan en el sepulcro cosa de comer y de beber, para provision de su viaje que como han de hacerlo caballeros sobre la espalda de una ballena como creian otros jentiles mas avisados, que solo podian pasar los estanques perezosos del Cosito por medio de la barca y ministerio del barquero Caronte, y como la ficcion griega añadia que a éste se le pagaba cierta moneda por el portasgo, los indios no han quedado atras y aseguran que en un paraje estrecho ántes de llegar al lugar destinado a los difuntos, hai una vieja a la cual se le debe pagar alguna cosa como recaudadora de la aduana; y dicen que es una perversa vieja, porque sino la satisfacen en moneda o en especie, se hace pago con uno de los ojos del pasajero.

Cuando quien muere es mujer, entierran con ella los instrumentos de las labores femeniles, uso, lana, ollas y cántaros: y si es hombre uno de sus caballos y sus armas. Desde la gran cordillera para el oriente hai naciones entre las cuales por los parientes que se les mueren, no solo hacen un llanto inconsolable y se mecen los cabellos y barbas, sino que se cortan los artejos de los dedos por cada pariente el suyo, y así se encuentran viejos que por haber enterrado muchos de los suyos les ha tenido de costo la finesa el quedar troncos de los dedos de piés y manos. Fuera cosa prolija discurrir por todos sus errores en materia de creencia, pues no sucede fenómeno en alguno de los cuatro elementos a que no les señalen causas supersticiosas, o que no tengan sobre ello alguna vana observancia. El sonar el fuego como sucede cuando se quema leña verde, es señal de venir huéspedes: acercarse algun remolino de viento a la casa, es que han de asaltarlos los enemigos: el zumbarles los oidos, es que les estan murmurando: el caérseles el bocado al llevarlo

a la boca, es que se acuerda de ellos quien bien los quiere: el soñar que se les cae algun diente, es que se ha de morir alguno de su parentela. El pasar algun pájaro grande por cima de su casa, es que viene a flecharlos algun brujo. Pero en esto de temer la muerte por veneno o hechicería, no hai jente mas delirante y mas tímida, y es cosa bastantemente rara y difícil de componer con el discurso como a hombres que desprecian tanto la muerte en los combates y que aun la reciben con ánimo tan tranquilo, cuando les viene por enfermedad les cause tanto pavor imajinado: y es prueba no de despreciar, y que a muchos de nuestros males futuros les da bulto nuestra aprension. Ni hai que quedar desengañados con los efectos contrarios a sus vanas opiniones, porque se obstinan en creer mas a su preocupacion que a su esperiencia donde se vé que no hai injenio mas invencible que el mas rudo. Es particular supersticion y mui circunstanciada la que tienen en tiempo de temblores grandes: luego que ha pasado la mayor violencia del movimiento, se aperciben hombres y mujeres de cosas de comer y de platos grandes en la cabeza y cargando con sus hijuelos y su pobre ajuar se encaminan al monte mas cercano de los que llaman *ten, ten* que son los que tienen tres puntas que van en declinacion hasta lo mas bajo de la llanura y solo puestos en su cima se dan por seguros. Dan la razon de este hecho, diciendo: que en semejantes terremotos como sale el mar algunas cuadras fuera, así es de temer que inunde toda la tierra, segun tienen por tradicion que sucedió en tiempos de mucha antigüedad. Que este *ten, ten,* tiene la buena calidad de sobrenadar las aguas y que puestas sobre él con sus alimentos se mantendran el tiempo que durare la inundacion. Mas preguntando de los platos dicen con grande aseveracion que pueden subir tanto las aguas, y el *ten, ten* sobre ellas que lleguen hasta el mismo globo del sol, en cuyo caso aquel plato que llevan en la cabeza los defenderá para no abrazarse. Lo mas admirable de su simplicidad es que aquellos platos no son de barro ni de metal, sino de madera y con todo eso los juzgan esentos de los incendios de aquel astro fogoso! En el valle de Pumanta hai cuatro ojos de agua, calientes todos en diversos grados, desde el mui remiso hasta el mui intenso: tienen natural virtud contra los males gálicos por el azufre en que abundan; y los indios que adolecen de ellos mui frecuentemente acuden a aquel paraje a medicinarse; pero como en todo han de poner la vanidad de sus supersticiones, creen que el sanar es por beneficio del señor de aquel agua, y para granjearlo le echan algunos donecillos en el mismo ojo por donde brota; y siendo natural el nadar los donecillos que son materialmente leves y sumerjirse los graves, con todo atribuyen esta diversidad a la aceptacion o falta de ella que hace de la ofrenda el dueño del agua: creyendo firmemente que lo que no se sume no lo recibe, y que el no recibirlo es señal manifiesta de su desagrado, y de que no quiere acordar la gracia de la sanidad. Tan demas son las tinieblas del entendimiento humano, cuando no se deja alumbrar de las luces de la fé.

CAPILULO XIII.

De la práctica de sus machitunes, o curas diabólicas.

Aquello que de la materia que se ofrece tratar hallo en el Cautiverio manuscrito de don Francisco Nuñez, gusto de referirlo como él: así porque el carácter de sus narraciones está mostrando su sinceridad y el haber vivido tantos años entre los indios, induce el conocimiento práctico de sus usos, como porque las noticias que en él leo, conforman del todo con las que yo he adquirido de antemano por esperiencia propia y ajena. Haré la relacion que hace al asunto de este capítulo, con sus mismas voces formales porque la llaneza de ellas no es en ningun modo desagradable, por estar junta con la limpieza y claridad como no deja de ser bien parecida la hermosura nativa aunque le falte el aliño artificioso. Dice así en el discurso segundo, capítulo diez y nueve de su Cautiverio. "Despues de haber nosotros almorzado, estando asentados al amor del fuego, llegó un indio de tan mala figura que su traje perverso, rostro y talle estaba significando lo que era. A este habian enviado a llamar al dia antecedente para que curase a un indio enfermo que estaba en otro rancho mui a lo último de sus dias y jamas juzgan estos naturales que salen de esta vida para la otra por ser natural la muerte, sino por hechicerías y por bocados que se dan los unos a los otros con veneno: por cuya causa acostumbran consultar al demonio por estos curanderos o machis. En cuanto al primero parecia un Lucifer, porque andaba sin calzones, que éste era de los que llaman *hucies*, que en nuestro vulgar son nefandos y de los que entre ellos son temidos por viles, por acomodarse en cosas torpes al oficio de mujeres: traia en lugar de calzones un puno, que es una mantichuela que traen por delante de la cintura para abajo al modo de las indias y unas camisetas largas encima; las uñas tenia tan disformes que parecian cucharas, mui feo de rostro, y en un ojo una nube que se lo comprendia todo. Mui pequeño de su cuerpo, algo espaldudo y rengo de una pierna, que solo el verlo causaba horror y espanto con que daba a entender sus viles ejercicios. Llegóse la hora de comer, y lo primero como se acostumbra entre ellos, le pusieron delante un cántaro de chicha de que fué brindando a los demas despues de haber bebido, y en medio de esto fueron sacando de comer y teniéndome el cacique a su lado me decia: "de éste comerás tú y no lo estrañarás, porque está hecho al modo de tu tierra:" y me lo decia habiéndome puesto delante un guisado mui bien hecho de ave con muchos huevos al caldo; finalmente una cazuela bien dispuesta y sazonada, y esto fué despues de haber comido un asado de cordero, cochino, longanisas y morcillas con su pepitoria de ají y madi; acabamos de comér y tratamos de ir al rancho a curar al enfermo: esto era ya sobre tarde, y en el ínterin que fueron por algunos adherentes de ramas de canelo, por un carnero, cántaros y ollas, fué acercándose la noche, con la cual se juntaron las indias y los indios parientes del enfermo; llegó

la hora de que fuésemos todos al rancho, y por no dejarme solo me llevó el cacique en su compañía, habiendo preguntado al machi, si estorbaria mi asistencia a sus ceremonias; a que respondió que no, que bien podia asistir en un rincon de la casa. Entramos ya de noche al sacrificio del carnero que ofrecian al demonio: tenian en medio muchas luces y en un rincon del rancho entre clara y oscura aquella parte rodeada de muchas indias con sus tamboriles pequeños, cantando una lastimosa y triste tonada, con las voces mui delicadas, tenian al enfermo; no cantaban los hombres, porque quizá sus voces gruesas serian contrarias al encanto. Estaba cerca de la cabecera del enfermo un carnero liado de piés y manos, y entre unas ramas frondosas de laureles, tenian puesto un ramo de canelo de buen porte, del cual pendia un tamboril mediano y sobre un banco grande a modo de mesa, una quita de tabaco encendida, de la cual a ratos sacaba el humo y esparcia por entre las ramas y por donde estaba el doliente y la música asistia. A todo esto, las indias cantaban lastimosamente, y yo en un rincon algo oscuro de donde con todo cuidado atendia a todas las ceremonias del hechicero. Los indios y el cacique estaban en medio de la casa, asentados en rueda, cabisbajos, pensativos y tristes, sin hablar ninguna palabra: al cabo de haber incensado las ramas tres veces, y al carnero otras tantas que lo tenia arrimado al banco que debia de servir como altar de su sacrificio, se encaminó para donde estaba el enfermo, y le hizo descubrir el pecho y estómago, habiendo callado las cantoras, y con la mano llegó a atentarle y sahumarle con el humo de la quita que traia en la boca de ordinario. Con esto le tapó con una mantilluela el estómago y se volvió a donde estaba el carnero, y mandó que volviesen a cantar otra diferente tonada, mas triste y confusa; y allegándose al carnero, sacó un cuchillo y le abrió por medio, y sacó el corazon vivo y palpitando; le daba en medio del canelo en una ramita que para el propósito habia poco ántes ausado, y luego cojió la quita y le empezó a sahumar el corazon, que aun vivo se mostraba; y a ratos le chupaba con la boca la sangre que despedia. Despues de esto, sahumó toda la casa con el mismo humo de tabaco. Llegóse luego al doliente y con el propio cuchillo que habia abierto al carnero, le abrió el pecho que patentemente aparecian los hígados, tripas, redaño, y lo chupaba con la boca; y todos juzgaban que con aquella accion echaba afuera el mal y le arrancaba del estómago, y todas las indias cantaban tristemente, y las hijas y mujeres del paciente. Llegando a la redoma, y suspirando, volvió a hacer que le cerraban las heridas o se las cerró verdaderamente (que el diablo lo puede hacer), y cubrióle el pecho nuevamente, y de allí volvió a donde el corazon del carnero estaba atravezado, haciendo enfrente de él nuevas ceremonias, y entre ellas fué descolgar el tambor que pendiente estaba del canelo e ir a cantar con las indias, él parado y paseándose, y las mujeres asentadas como de ántes. Habiendo dado tres o cuatro vueltas, vimos de repente levantarse de entre las ramas una niebla oscura, a modo de humareda que nos la cubrió, de suerte que las quitó de la vista por

un rato; y al instante cayó el encantador en el suelo como muerto, dando saltos el cuerpo para arriba como si fuese una pelota, y el tamboril a su lado de la misma suerte saltando, que me causó grande horror, obligándome a encomendarme a Dios. Hasta entónces habia estado con notable cuidado a todas sus acciones, y luego que ví aquel horrible espectáculo, saltando en aquel suelo, y el tamboril saltando de por sí juntamente con su dueño se me angustió el alma: se me erizaron los cabellos y tuve por mui cierto que el demonio se habia apoderado de su cuerpo. Callaron las cantoras y cesaron los tamboriles, y sosegóse el endemoniado; pero de manera el rostro que parecia el mismo Lucifer con los ojos en blanco y retirados al colodrillo con una figura horrenda y espantosa. Estando de esta suerte, le preguntaron que si sanaria el enfermo, a que respondió que sí aunque seria tarde porque la enfermedad era grave y el bocado se habia apoderado de aquel cuerpo; de manera que faltaba mui poco para que la ponzoña llegase al corazon; volvieron a preguntarle que en qué ocasion se lo dieron, quién y cómo, y dijo en una borrachera un enemigo suyo; pero no quiso nombrarlo por mas que le instaron, y esto fué con una voz tan delicada que parecia salia de alguna flauta. Con esto volvieron a cantar las mujeres sus tonadas tristes, y dentro de un buen rato fué volviendo en sí el hechicero, y se levantó cojiendo el tamboril de su lado y lo volvió a colgar a donde estaba de ántes, y fué a la mesa donde estaba encendida la quita de tabaco y cojió humo con la boca e incienso, y ahumó las ramas y el palo donde el corazon del carnero habia estado elevado, que no supimos que se hizo, porque no se lo vimos sacar ni pareció mas, que debió esconderlo el curandero, o llevarlo el demonio como ellos dan a entender que se lo comen; y con esto el machi se puso a dormir y descansar entre las ramas, y nosotros nos fuimos a dormir a nuestra habitacion." Hasta aquí la relacion de don Francisco Nuñez, que satisface cumplidamente al propósito de este capítulo; mas si el curioso lector deseare saber si sanaria este enfermo, le decimos (aunque lo calla el citado manuscrito), que no tomando la presuncion como debe tomarse de lo que frecuentemente sucede, porque como estas curas supersticiosas solamente se practican en dolencias graves, y el machi con los movimientos violentos que causa en el cuerpo del enfermo y con descubrirlo intempestivamente, se pone de parte de la causa mortífica, es natural y ordinario que la naturaleza debilitada se rinda a dos contrarios tan poderosos.

CAPITULO XIV.

Del gobierno civil y militar de los indios.

Aunque es aforismo de la política militar que la ciencia de la guerra se aprende en la paz, en cuyo tiempo han de ejercitarse las tropas, siendo así que de estos ejercicios anticipados tomaron nombre los ejér-

citos, sin embargo los indios aunque jente nacida para la guerra, no cojen de antemano los afanes de ella, pues nunca mantienen tropas ni alistan soldados, sino en el tiempo urjente de acometer, o ser acometidos. Es verdad que tienen señalado en tiempo de paz sus toquis, mas entónces son oficio de puro nombre, sin poder mandar ni enseñar cosa que toque a la guerra, que es un grande desacierto de su gobierno a que debemos estar agradecidos. Pues si estos leones fueran ejercitados, ¿cómo nos aviniéramos con ellos, cuando rudos y digámoslo así acabados de traer de la selva, nos dan tanto en que entender? Allégase a esto que los tales oficios son hereditarios, que es otro error enorme, pues si algunos empleos deben darse con consideracion a las partes del sujeto, estos son los militares; como sea así que en la guerra no es dado errar dos veces como dijo uno que bien la entendió, porque el primer error se paga con la ruina. Y dándose estos oficios por herencia, peligra el buen suceso en la imprudencia o cobardía de quien las ejercita, las cuales a mas de ser innatas a ciertos hombres, una de ellas es propia de la juventud que nada provee, y otra de la ancianidad que todo lo teme; y en estas malas circunstancias puede cojer a cualquiera que nació con mando militar la urjencia de la guerra: el convocar para ella pertenece a estos toquis, y lo hacen enviando mensajeros con un hilo encarnado, anudado en tantas partes. El color significa la calidad del negocio, y los nudos son el número de los dias, al fin de los cuales se han de hallar juntos con sus armas y caballos en el paraje que les señala; y es cosa mui de notar que no pudiendo hacer sus cálculos ni por número de los dias del mes, ni por nombres de los dias de la semana que no saben de eso, sino que se convocan para los tantos dias de la luna próxima venidera o de la siguiente, lo cual parece cómputo equívoco por la variacion que hai en el dia en que la luna es bastante visible a ojo desnudo despues de su conjunsion, con todo eso no llega el caso de que hierren, y si se desvanecen sus proyectos es por la dificultad de guardar un secreto entre tantos; y es mas admirable su continuado acierto en comparacion de un error de los soldados españoles feliz para el reino, cuando movidos de la elocuencia borrascosa de algunos oficiales sediciosos maquinaron contra la vida del capitan jeneral don Francisco Ibañez, pues habiendo aplazado los soldados de Yumbel, y Arauco que eran la fuerza de la rebelion, juntarse en la Concepcion para un mismo dia, los de Yumbel llegaron un dia ántes que los de Arauco, y por hallarse sin los compañeros y aun con autores de la conspiracion, fué fácil reducirlos a su deber por medio de los oficiales que les eran mas aceptos y asistian al capitan jeneral. Momento venturoso, en que consintió atajar la infeccion del veneno que iba a corrromper todo el reino, y era capaz de dejar a la posteridad un ejemplo que cuanto mas felizmente sucediese a los que lo maquinaron, seria mas pernicioso. Volviendo a los indios, decimos que cuando la guerra es contra españoles, suelen enviar el dedo de alguno qne matan a ese fin; y quien lo recibe, ya es infalible que asistirá con armas y jente al término

8

aplazado. Y aunque estas convocatorias suelen hacerse comunmente por los toquis, que son los que tienen el mando privativo en la guerra, eso no quita que las haga tambien otro cacique principal; porque dado caso que el mando de los caciques, es solo en tiempo de paz, eso no estorba que se haga atender si convoca para la rebelion, como es natural en jente que por altiva sufre de mala gana el yugo de la sujecion, por pobre aspira a enriquecerse en los pillajes, y por belicosa vive entre los afanes de la guerra; pero cuando se juntan, conocen que dos o mas mandos iguales son insubsistentes por su naturaleza, porque la emulacion natural a los hombres ha de causar diversos pareceres, y cada parte ha de querer que prevalezca el suyo, o por mas acertado o por ser suyo, y de aquí se ha de venir a la discordia que enflaquece la mayor fuerza. Para apartarse de este escollo peligrosísimo en el mar del gobierno, acuerdan someterse todos a uno electo de entre los toquis. Esto se hace si hai alguno capaz de llenar el cargo o de entre los caciques o indios particulares, prefiriendo en esta ocasion (por cierto sábiamente) los intereses del comun a la prerrogativa de la sangre o del puesto, como en el alzamiento jeneral del año pasado de veintitres elijieron por jefe superior a Villumilla, hombre de mediana esfera, pero, por su brio y prudencia, militar nacido para el mando de las armas. Este jefe electo, es verdad que no tiene fuerza coactiva sobre los oficiales menores, ni aun sobre el vulgo de los soldados; pues por lei no puede ejecutar en castigo alguno aunque sea delincuente nadie contra lo establecido por la costumbre de la guerra; pero podrá con acuerdo de otros oficiales que juntos tienen voto decisivo, aplicarle al reo pena aun capital. Mas como en su bárbara milicia hai pocas puntualidades que deban observarse, ni reglamento que ponga límite a las evasiones u omisiones de los soldados, apénas hai caso en que se pueda ejecutar castigo; pero todos por el afecto que tienen a salir vencedores, concurren con un ánimo y un corazon a lo que acometen mayor aun que lo que es conveniente, y por cumplirlo atropellan animosos e infatigables por riesgos y trabajos. Y así afirmo que el proceder de ellos pronto y determinado en las funciones militares, no es tanto efecto de su obediencia cuanto de su dictámen en el acto mismo de las batallas. De la misma suerte, aunque tienen su toqui jeneral a quien han de obedecer, y sus maestres de campo, sarjentos mayores y capitanes de compañías particulares, no obstante, estos no tienen la facultad de castigar severamente al que no obedece el órden de acometer, o se retira por cobarde o por capricho; pero con todo eso, como son mandados de un coraje fiero, mas defectos cometen en embestir con temeridad, sin tiempo ni coyuntura, que en detenerse o retirarse con timidez, aunque para hacerles justicia en lo que se debe, se ha de confesar que en las mas de las guerras han estado asistidos de caudillos tan cautos como animosos; y como comunmente han tenido mas jente que los españoles para surtir sus ejércitos, y suplir sus quebranots, han conseguido tantas victorias que no podemos gloriarnos mucho de la guerra que les hemos hecho, y si se ha conse-

guido gloria, ha sido comprada a mucha costa. Todo su ejército camina a caballo, hasta que en la urjencia de la funcion se apean los que han de componer la infantería: sus armas ofensivas son anchas picas y porras, y en especial aquellas para cuyo uso tiene cada uno mas habilidad. Para defensa usan coseletes de cuero de toro crudo. El modo de ordenarse no es como él de las naciones que han introducidó la cultura y la belleza hasta en el fiero horror de las batallas y que hacen sus formaciones puesta la mira en las reglas de las matemáticas; pero es bastante para defenderse y ofender: saben bien desplegar, desfilar y doblar sus escuadrones cuando conviene: formarse en punta cuando quieren romper y en cuadro para estorbar que los rompan: simular la fuga cuando quieren sacar al enemigo de algun lugar fuerte o embestirlo desde emboscadas; y en fin hacer todos aquellos movimientos que aprende en las largas guerras una razon despierta, y aun ciertas advertencias y maestrias, partos de una pulida enseñanza. Han aprendido en la escuela de sus enemigos, como los romanos tomaron de Pirro el arte de fortalecer los reales y de los cartajineses el fabricar naves para la guerra. Los toquis de que hemos hablado, son los que absoluta y casi únicamente mandan; y su nombre lo dice, porque toqui es derivado del verbo toquin, que significa mandar: y estos oficios son sin ejercicio en la paz, ni hai otro alguno que tenga jurisdiccion en ella. Grande es el amor de estos indios al libertinaje, pues el nombre de cacique, no solo es nombre vacio, que no significa aquello para que lo aplican, sino que es peregrino, venido hasta acá de la isla Española, porque el nombre con que estos indios diferencian entre sí a los principales no es sino el de ulmen, que quiere decir hombre rico y de gran parentela. Estos ulmenes aunque afectan jurisdiccion y querrian ser obedecidos como los jueces ordinarios entre los españoles, y aun pasan a llamar vasallos a los de su adherencia y devocion, con todo es esta una apelacion vana y ridícula: porque esta jente aborrece como la muerte toda especie de sujecion y vasallaje, y así no son rejidos por alguna especie de gobierno de los que ha hecho necesario en el mundo la buena política. De todos modos, los delitos solo castigan el homicidio, hurto y la hechicería practicada en daño de tercero; pero la pena que se aplica al reo verdadero o presunto, no es con alguna observancia de juicio: no lo citan ni le dan lugar para su defensa, sino que condenándolo en virtud de alguna delacion, aunque insuficientemente probada, o por alguna mala fama, aunque nacida de leves indicios o esparcida maliciosamente por algunos enemigos, ejecutan en él el castigo, no por alguna jurisdiccion establecida, si no por una potestad subitánea que se toman alguno o algunos, la cual ejercen a guisa de salteadores. Cuando les parece constar el delito, de otro (tocante al crímen de brujería y homicidio, ya hemos dicho la práctica que tienen), junta el dañado con ayuda de algun ulmen, su parcialidad y con ella van a la casa del malhechor; y si éste es pobre suelen ajusticiarlo ya sea echándole un lazo al cuello y arras-

trándolo a la cincha de un caballo, o clavándole un puñal en la garganta. Si tiene haberes, le quitan el cuatro tantos o mas! Porque fuera de la restitucion de lo mismo hurtado o el equivalente, todos los ejecutores se pagan bien sus costas personales dándose algunos buenos dias a costa del delincuente, matando y comiendo lo mejor y mas bien parado de sus rebaños. Y como los indios son sumamente avaros y adictos a sus intereses, tienen por mas duro el penarlos en la hacienda que en la persona. Esta tumultuaria figura de juicio y severa ejecucion de castigo, sirven de escarmiento. A los que no tienen tanto número de jente, que les dé esperanza de quedar superiores en las rehurtas, arrebatan sin temor; y si el que padeció el daño intenta restituirse por fuerza (que otro modo no hai) esto sirve al agresor para pretesto de proseguir en los latrocinios, que en su lengua llaman *malocas*, nombre que por su continuado uso está recibido en esta tierra por los españoles como propio de nuestro idioma. Estas *malocas*, aun en caso que en tiempo de hacerlas unos salen otros a resistir, no se hacen con muertes ni efusion de sangre, sino que el partido que se vé inferior, cede al otro la presa, reservando entretanto para mejor ocasion la venganza; porque la cólera del indio es mui flemática, y así como son feroces en pelear, son detenidos, remirados en comenzar la pelea; y pienso que este valor cauto les ha dado tantas victorias contra nuestro orgullo y arrogancia; mas como ellos nunca perdonan, y ménos cosa de hacienda, el que recibió algun daño está maquinando con todas sus mientes el modo de vengarse, y buscando parciales para quitar al agresor mucho mas de lo robado. Así se continúan como por turno estas *malocas* entre indios, y es una de las causas principales porque estan pobres, de lo cual vamos a tratar en el capítulo siguiente.

CAPITULO XV.

Del gobierno doméstico y económico de los indios, y porque causa muchos de ellos estan en pobreza.

No se ha de entender que comprendemos en el argumento de este capítulo a los indios que sirven a españoles, y se llaman con voz de su idioma, yanaconas: ni los que moran entre españoles o en rublos suyos separados o hechos arrendadores de tierras ajenas: ni a los que estan sujetos y obedientes a algunas misiones, por estar asistidas de las armas españolas; como son todos los indios de la provincia de Chiloé, los que estan inmediatos a la plaza de Valdivia y a la de Arauco, y los de las reducciones de la Mocha, Santa-Juana, Talcamávida, San Cristóbal y Santa-Fé; cuyo gobierno es totalmente semejante al de los españoles de baja esfera, y rijen sus familias bien o mal, segun el poco o mucho respecto que tienen a las leyes divinas o humanas. En muchos de ellos se ven tales obras de sincera piedad y cristiana educa-

cion, como un autor de tanta piedad como doctrina nos dejó escrito de los indios peruanos. Y hablando con individualidad, podemos asegurar de propia esperiencia, que en los indios sujetos a las misiones inmediatas a las plazas españolas, se vé un gobierno doméstico tan cristiano y prudente que será arrogancia si los españoles se atribuyen mas. Y si hablamos de los indios de Chiloé, que pasan de once mil, bien saben los naturales de este reino, que aquella cristiandad, cultivada con los cuidados y regada con los sudores de los misioneros de la Compañía, es un remedo floreciente de la inocencia, caridad y devocion de los primitivos cristianos. Pero la narracion de este capítulo no la ordenamos a hablar de estos, sino de los indios que viven en sus tierras fuera de sujecion, de los cuales decimos que entre ellos los padres de familia no ponen la consideracion en cosa que parezca virtud o arreglamiento, sino en el recato de sus mujeres; y ni aun este cuidado es virtuoso, y se comprende el principio de que nace: pues ellos guardan sus mujeres, sin otra causa que aquella porque lo hace un caballo o un toro con las hembras de su especie: y así se vé que esta observancia de pundonor la omiten respecto de las hijas, a las cuales permiten bajar libremente y les dan ensanche para que usen o abusen de su libertad, segun el antojo propio o ajeno, y así las mas de ellas son mujeres ántes de ser esposas. Pero, como la deformidad de cualquier delito, es mui visible aun a la ceguedad de los bárbaros, se avergüenzan ellas de contar que dejaron de ser vírjenes ántes de ser dadas en matrimonio, y del que se haga del todo manifiesta su flaqueza: y por eso cuando se sienten embarazadas, lo procuran ocultar estrechándose el bientre con apretadas vueltas de la faja que todas usan. Y cuando llega el caso de dar a luz lo que concibieron, lo ejecutan solas en un monte con ánimo mayor que de mujeres, y matan inhumanamente el fruto de sus entrañas, o sino les basta la crueldad para tanto, la esponen a puertas ajenas y a la caridad de los estraños. Y a estos hijos de padres no conocidos, llaman en su lengua *bucheñes*. Con los hijos usan la misma bárbara condescendencia, dejándolos vivir de asiento en su pereza y ociosidad, y consintiéndoles todos los vicios que nacen de ellos. Los niños y mocetoncillos pasan los dias o tendidos brutalmente al rayo del sol, o retosando entre sí o corriendo a caballo desapoderadamente, o bañándose en los rios, o siguiendo a sus padres en juntas en que se dedica el tiempo a Baco y Vénus, en las cuales se complacen los padres de que se jueguen ménos honestamente con las muchachas, y cuando esto hacen en edad ménos crecida los tienen por avisados y entendidos: así mismo se agradan de que desde niños comiencen a dar muestras de valientes bebedores: con sus padres y madres no usan algun término de cortecia, ni les hablan en tercera persona, sino en segunda y pronunciando el nombre raso sin algun adjetivo comedido o respetuoso, asi por ejemplo, para hablar a su padre le dicen; *aellangui antun a cariguen*, que entre ellos esta partícula adjunta con nombres, es artículo devocativo. Cuando son pe-

queños, sirven poco y de mala voluntad por temor del castigo; pero cuando grandes, sacuden del todo el yugo de la sujecion, y atropellan todos los fueros de la patria potestad. Por eso suele acaecer preguntarle a algun indio por algun otro mocetonsillo, si está ya crecido. Y respondiendo que si, dan estas señas: *deuna butai, inaquin tamalguen, queguatuquin tachao, tupuquis tanuque,* que quiere decir: ya está grande; ya sigue a las mujeres; ya pelea con su padre; ya golpea a su madre; y esto en tono tan grave como que en ello no hubiera la menor disformidad. Este desgobierno de las familias de los indios, la ninguna obediencia que tienen los hijos a los padres que cuando son pequeños no pueden servirlos ni ayudarlos, y cuando son grandes no quieren, es una de las causas de la pobreza de los indios, a las cuales se llegan otras de mayor monta. Mas para cabal comprension de esta materia, es menester entender que los indios de Chile tendrian medios abundantes para vivir, sino fuese estorbo su languido ocio y estrema neglijencia. No se trata aquí de que pidieran tener copia de oro y plata, porque aunque estos apreciados metales abundan en su pais, la saca y beneficio de ellos no es obra de su intelijencia ni de su flojedad: solo hablamos de los granos y ganados que son los que remedian las necesidades de la vida, y los que en la antigüedad hacian la riqueza de los reyes. Para este fin, tienen los indios en el distrito que poseen exelentes tierras, y quizá las mas gruesas de todo el reino: no habiendo grano alguno de los que sirven a los usos de la vida que no restituyan con mucho logro, aun sin ser solicitadas con algun cuidadoso cultivo: rinden estas tierras en abundancia todos los frutos peregrinos como el trigo, cebada, lentejas, frejoles, garvanzas, arvejas, habas, y los de la Europa; y aun con mas liberalidad los que son propios del pais como las papas, maiz, zapallos, a los cuales parece que la tierra atiende mas benignamente, como a partos lejítimos. Así mismo, abunda de pastos frescos y abundantes en dehesas y lomas con que se mantienen ganados de todas especies, gruesos, sin enfermedad y mui fecundos. Y no obstante, los indios no abundan de mieses y granos, ni estan ricos de ganados; ni es posible segun su flojedad en adquirir, y su neglijencia en conservar. No solo no siembran con la mira de utilisarse en el comercio de los frutos, pero ni aun con el fin de mantenerse suficientemente. Sus sementeras de trigo y de cebada, no pasan de cuatro o seis almudes, de sembradura de maiz ménos, y lo demas a proporcion. Algunos los defienden con una débil cerca, y los mas con ninguna; y así entran a la parte los animales comiéndose los sembrados en yerba o despues de maduros. Lo que se cosecha así mismo queda a discresion de toda la jente de la familia y aun de las aves doméstica; por lo cual se deja entender que su agricultura no les dá alimento para la mayor parte del año, y que el que en todo él mantiene a su familia sin especial necesidad, ha de reputarse por de esmerada economía: ¿cuánto mas léjos estaran de utilizarse en los aprovechamientos de permutar o vender unas especies por otras, o por moneda? En cuanto a los ganados, hai el mismo desperdicio y descui-

do. Del desperdicio, dijimos ya en otra parte hablando de sus holgazanería, sudescuido; por esto se puede entender todo el tiempo que se llevan bebiendo que es lo mas del año, y de la vida. No se dignan de dar una vista a sus ganados mayores que ordinariamente pacen distantes de las casas de sus dueños, porque eso les pareciera aguar con cuidados importunos lo mas puro de sus alegrías. Y así en estos tiempos tienen los ladrones muchas oportunidades para hacer sus salteos y comer alegremente de lo ajeno. Los ganados menores dejan a cuidado de los niños, y ellos que a mas de no pensar en cosa que importa, ni el dia de mañana, son naturalmente inquietos; no solamente se descuidan con ellos, sino que no hai estorcion que no les hagan: ásí en atormentar a los carneros y ovejas con enlazarlos, travesura de que mucho gustan y de que nunca cesan, como en montarlos y hacerlos correr contra la exijencia de su natural quietud; de lo que se sigue que de las ovejas por macilentas, conciben pocas, y de las que conciben, mal paren muchas por trabajadas. Fuera de estas causas, hallo yo otra que a mi entender es de no menor consideracion; y esta es que los ganados de los indios no tienen mansion, ni clima, ni pasto fijo, sino que andan traidos de unos en otros contínuamente. Cosa sabida es que el ganado, y aun todo viviente se acostumbra tanto a los aires, alimentos, aguas, y tierras en que ha nacido y se ha criado, que estraña cualquiera notable mudanza en esto y hasta en su salud; y así los ganados mayores y menores trasladados del lugar nativo a otros diferentes, aunque sean de cielo mas benigno y suelo mas fecundo, se enflaquecen y marchitan; y como los indios por razon de su bárbara costumbre de pagar las mujeres en ganados, han de traspasarlos a veces a parajes mui diversos, como si un indio de la costa toma mujer de la cordillera, ha de enviarlos allá, es preciso que estrañen y sientan la súbita mudanza de un clima templado y húmedo a otro ardiente y seco; y así al contrario es consiguiente que por esto, enflaquecidos y aun enfermos, no quedan hábiles para procrear, que es obra secundaria a que atiende la naturaleza, despues de atender a las subsistencias del ajente: pues de primera intencion es la conservacion del individuo, y de segunda y como por redundancia, el aumento de la especie.

CAPITULO XVI.

Del gobierno civil y militar, y poblaciones del reino de Chile.

Desde los principios de la conquista conocieron los monarcas españoles que Chile era una piedra mui preciosa de su corona, y una porcion mui noble de sus vastos dominios, y lo condecoraron con el título de reino, y con poner en él audiencia real. Este tribunal estuvo primero en la ciudad de la Concepcion; años despues se suprimió; y últimamente, el año de 1609, se estableció segunda vez en la ciudad de Santiago, en donde al presente permanece. Su presidente es tam-

bien gobernador y capitan jeneral de todo el reino. Fuera de este tribunal para la administracion de justicia, que conoce ordinariamente de las causas en grado y apelacion, y de los casos que llaman de corte en primera instancia, hai otros juzgados que conocen en esta misma instancia de las causas civiles, criminales y mixtas, cuales son en las ciudades y villas y sus territorios, los correjidores: estos comenzando por las diócesis de Santiago, son el de dicha ciudad, el de Mendoza que tiene un lugar teniente en las ciudades de San-Juan y San-Luis, el de Copiapó, el de Coquimbo, el de Quillota, el de Melipilla, el de Aconcagua, el de Rancagua, el de Colchagua y el de Maule. En el obispado de la Concepcion se cuentan primeramente el de esta ciudad, el de Chillan, el de Itata, el de Puchacai y el de Buena-Esperanza.

El gobierno militar se reduce al capitan jeneral, a los tres oficiales mayores del ejército que son maestre de campo, comisario y sarjento mayor; y a los gobernadores de las plazas de Valdivia y de Valparaiso que provee el rei, y a los comandantes de las plazas menores que el capitan jeneral pone y quita a su voluntad. Las poblaciones principales, se fundaron luego a los principios de la conquista, como son la capital Santiago y la Concepcion que son cabezas de obispados, Coquimbo, Mendoza, Chillan, San-Juan, San-Luis, Castro, la plaza de Valdivia, el puerto de Valparaiso. La villa de San-Martin se fundó el año de 1717. Tambien son antiguas las plazas de Arauco, Yumbel, Puren, Nacimiento, San-Pedro, Santa-Juana, Talcamávida, que aquí llaman Tercios, y porque algun curioso deseara saber la etimolojía de este nombre, le darémos la que nos parece mas lejítima, sacándola de Justo Lipsio. Hablando este gravísimo autor de las lejiones que Licinio Muciano, despues de vencido Vitelio, llamó a Roma de las provincias: dice que de España hizo venir la lejion tercia; que esta lejion estuvo en España muchos años de presidio y que juzga ser esta la causa de llamar los españoles tercios a sus rejimientos: así llaman tercios a los presidios de las plazas; y de los presidios trasladaron el nombre de las mismas plazas, tomando el continente por el contenido.

Muchos años estuvo el reino de Chile con estas pocas poblaciones, manteniéndose el resto de la jente que era la mayor parte, repartida en las heredades del campo cuidando cada cual de sus ganados; pero careciendo del cultivo cristiano y civil y de todas las comodidades que se logran en poblado, hasta que hácia el año de 1740, representó el reino a la católica majestad el desgreño y estado mísero en que se hallaba, con estar dispersos sus habitadores. Que esto facilitaba a los indios la agresiosion; dificultaba a los españoles la defensa; producia el carecer del pasto espiritual y de la enseñanza política, el atrazo de las utilidades de los pobladores, y la disminucion de las rentas reales y decimales. Esta representacion se hizo por direccion del padre Joaquin de Villa Real: jesuita hábil y de mucho celo, que pasó de Chile a España, a negocios de su relijion; y como puesto allá promoviese con la viva voz lo que habia espresado con la pluma, logró persuadir lo que era conveniente.

Desde entónces se comenzó a encargar a los gobernadores que venian provistos a Chile, que promoviesen la poblacion del reino, no solo entre españoles para los fines dichos, sino tambien entre indios para su mas cierta conversion a la fé; y el primero que puso mano en obra tani mportante fué el señor don José de Manso y Velasco, quien con la plata que sacó de títulos que S. M. le envió para que beneficiase a este fin, fundó durante su gobierno la Villa de Copiapó, la de los Anjeles, en la Laja: la de San Agustin, en Talca, la de San Fernando en Colchagua: la de Santa Cruz de Triana, en Rancagua: la de San José de Buena-Vista, en Curicó: la de San Felipe el principal, en Aconcagua: la de San José de Logroño, en Melepilla. El señor don Domingo Ortiz de Rosas pobló la isla de Juan Fernandez, y fundó las villas de Coelemu y de Quirigüe, en el partido de Itata. El señor don Manuel de Amat, la villa y plaza de Santa Bárbara, entre los rios Duqueco y Biobio: la de San Rafael, en Talcamavida: la de San-Juan Bautista, en Hubalquin, y a la plaza del Nacimiento le dió calidades de villa, agregándole vecindario de la jente que en los contornos vivia en heredades del campo. Dejan de espresarse otros pueblos que han fundado varios gobernadores, por ser no mui considerables por su cortedad.

Ultimamente, en el año de 1766, feliz para los indios por la puerta que abre a su conversion la piedad divina por mano del señor don Antonio Guill y Gonzaga, se ha vencido en la tierra de ellos el imposible de reducirlos a pueblos. Este por ser tan esclerecido por su sangre, como por su gobierno y piedad, elijiendo sabiamente el instrumento mas apto para empresas grandes y difíciles, y el mas eficaz para insinuarse suave y poderosamente en los ánimos de estos bárbaros que es el maestre de campo jeneral don Salvador Cabrito, les ha persuadido y hecho desear la mudanza de su vida silvestre, en civil y política, y de su modo de habitar dispersos en morada de pueblos arreglados a formal vecindario. Asunto que se consideró desde mas de dos siglos a esta parte, no ménos árduo e inacequible que el atraer Amfion con la suavidad de su lira las peñas y rocas de toda la Beocia para levantar los muros de Tebas, y actualmente en el año arriba dicho, se estan erijiendo en los lugares mas cómodos de los tres butal mapus de los indios (que es nombre que en su idioma dan a las tres divisiones del grueso de su nacion) cincuenta pueblos cuyos nombres, si se me remite la lista de ellos, pondré al fin de este capítulo.

Con esta disposicion tan bien acordada como felizmente ejecutada, toma ya otro semblante el reino de Chile, pues arreglados los indios a vida sociable y de comunidad, estaran léjos de maquinar rebeliones, sin que sean sentidos, teniendo a los lados tantos testigos de sus operaciones. Se aumentarán las labores y manufacturas; como que enmendándose la vida holgazana y bagabunda, es fuerza que se convierta en laboriosa: se tomará mas de propósito, y mas de asiento la enseñanza del cristianismo, y se logrará que el grano del evanjelio de su fruto trijésimo o sexajésimo, o centésimo, segun la disposicion de la tierra en que cayere; y se

puede esperarlo como el momento mas venturoso, segun la infinita misericordia de Dios que, segun se vé manifiestamente, hizo llegar desde su eternidad, destinados estas para ser de piedras los hijos de Abrahan: o para sostener la grandeza de la iglesia llorosa, que cuando comienzan algunos reinos de Europa a sustraerse del yugo suave de la lei evanjélica y fé romana, y a formarse nuevas creencias (que no tuvieron sus padres) a su modo y segun su capricho, vengan las naciones del occidente a meterse por las puertas de la iglesia para descansar algun dia con Abraham, padre de los creyentes: para que sea grande y engrandecido entre las jentes el nombre de Dios, y para que si el sol de la fé se pone en su hemisferio, dejándolo en funestas sombras, nazca brillante y luminoso en otro, acrecentando su pura luz hasta que llegue a un perfecto dia.

CAPITULO XVII.

De la pureza de relijion y sinceridad de devocion con que Dios es servido en el reino de Chile.

Lo que puede decirse de los indios así sujetos al rei y a la Iglesia, como no sujetos, en punto de relijion, está dicho atras en sus lugares convenientes; y aquí solo hablamos de los habitadores de este reino, distintos de los indios, como españoles, mestizos, negros, mulatos, y otros, si otros hai; de los cuales podemos asegurar en singular gloria de esta tierra y honra de nuestra madre la Iglesia, que todos profesan la fé romana, sin haber, a lo ménos a lo descubierto, cisma, ni herejía, ni mahometismo, ni judaismo, ni mucho ménos politeismo, o ateismo de aquellos que con ciego error creyeron muchos dioses; o de los que con mayor ceguedad dijeron en su corazon "no hai Dios;" como ya entre muchas jentes que preciadas de sábias y de investigadoras de los arcanos de la naturaleza, con todo eso ignoraron al autor de ella, siendo así que la omnipotencia del invencible Criador se manifiesta por lo admirable de lo criado, siendo sumamente digno de estrañarse los que viendo a una nave romper los vientos, y surcar las aguas mandando al parecer en los elementos, a un reloj manifestar el curso del sol, y dar concretadamente las horas, a un papel escrito de caractéres significativos, confesaron que esto no puede hacerse sin arte y artífice: esos mismos no se avergonzarán que esta excelente máquina del mundo tan perfectamente elaborada se hizo al acaso y que no tuvo principio activo superior a ella; pero esto es porque los cegó su malicia, porque ninguno pasa el abismo de ignorancia, sino del abismo de la impiedad: y así estos no se gobiernan por razon, sino por sin razon en lo que han de creer, y llaman profunda filosofía a la mayor necedad. Lo mismo es de aquellos jénios caprichosos, llenos de sí mismos, y vacios de toda buena intelijencia, soberbios neciamente, que quieren tasar las obras del Todopoderoso por sus cortas medidas, que no se gobiernan sino como las bestias por el sentido y quieren interpretar los misterios de

Dios por su espíritu propio: que no leen las santas escrituras, sino corrompidas o entendidas al gusto de su apetito, o al apetito de su preocupacion, para que no digan sino lo que ellos quieren, o lo que deliraron aquellos monstruos de sus seductores que no ven que así como Dios es uno solo, así ha de ser creido, con una sola fé, y adorado con un solo culto, y que éste ha de ser el mas fundado en recta razon, el mas puro y santo para que sea semejante a su autor; que no creen los milagros tan probados y patentes; y aun algunos perpétuos, porque son en confirmacion de la mas sana doctrina, y que tienen por hipocresía y simplicidad las mas santas y sagradas observancias del catolicismo. Abominamos, pués, y detestamos con todo el alma a estos pseudo teólogos, que se entrometen a enseñar sin ser llamados, que solamente guian al estravío y a la perdicion, y ofrecen en vez de pasto, veneno: y abracemos con el mas íntimo y cordial afecto aquella fé y doctrina sana, pura inmaculada, que derivándose de Cristo a su vicario cabeza de la Iglesia y de ella por lejítimos conductos a todos los miembros unidos con este místico cuerpo, los vivifica y alienta hasta la vida eterna; de esta fé viva y operante nacen muchas obras piadosas de que podemos loablemente gloriarnos, oraciones mentales y vocales, limosnas, ayunas, maceraciones y toda aquella especie de actos que se ordena a la adoracion del sumo Hacedor, a la imitacion de nuestro Redentor, y a la sujecion de las rebeldías del apetito; nacidos como de fecundo oríjen de la frecuencia de los sacramentos de la confesion y comunion. Esta frecuencia es tanta que solo la tengo por menor que la de la primitiva Iglesia, en que comulgaban los fieles todos los dias, de ahí abajo no sé que se me saque cristiandad (no se tenga la proposicion por arrogante) en que mas a menudo purifiquen los fieles sus almas por la confesion, o las alimenten de la carne del cordero sin mancilla: esto se ha de entender que sucede en todas las poblaciones de mas consideracion. Pero en la capital de Santiago está la devocion en su mas alto punto, porque no hablando de otros templos, así de nuestra relijion como de las otras, solo en el del colejio máximo suele haber de doce para catorce confesores de Iglesia, a mas de los que confiesan hombres en lo interior de la casa; y no obstante este número de confesores, apénas hai dia de fiesta en que se dé abasto sin grave trabajo a todas las personas que piden les administren los sacramentos; pero en dias de mayor solemnidad llegan a recibirlos mas de dos mil. Las funciones santas de escuela de Cristo, congregaciones, cofradías en que se dá buena parte del dia a la santificacion de sus almas, son mui frecuentes en el dicho templo, en la capilla interior y en las demas iglesias de la ciudad. Las personas que tratan de perfeccion, así de las seglares como de las relijiones de ámbos sexos, son muchas, cuyo conocimiento cabal está reservado al que las ha de premiar: conocen algo los que por su estado deben tener parte en la direccion de las conciencias; y casi nada los demas, como que cosas tan sagradas deben estar mui encubiertas a los ojos profanos porque toda la gloria de la hija del rei celestial es mui

interior. Son innumerables las personas que se dedican a Dios en estado de relijion; pero esta santa emulacion reina mas en el sexo piadoso. No es fácil hacer cómputo de las doncellas que despreciando las bodas terrenas, siguen tan amantes como animosas al cordero, que se desposan con las almas limpias, consagrándole las esperanzas que el mundo pudiera darles por su belleza, riqueza y linaje; y así puede decirse que las mas lozanas flores ds Chile (usando del epíteto que el mundo dá a las hermosuras) pasan a ser fragancia y buen olor de Cristo en los jardines de tantos monasterios. ¡Cuán gran bien es que se emplee lo mejor del mundo en el servicio de Dios! todo esto se debe al que dá incremento, obrando interiormente y fortificando las almas con la uncion del Espíritu Santo, para la lucha y palestra que el mundo les previene. Mas justamente no se puede negar ni aun por la misma envidia que el instrumento principal, son los ejercicios de San Ignacio de Loyola, entablados exactamente en Chile, y fecundos como en tierra de bendicion. Estos avivan la fé de los que la tienen amortiguada, pasan la creencia a esperanza y amor, y causan aquellas admirables transformaciones, no de hombres a bestias, como mintió la fábula, sino de bestias a hombres de que se gloría la verdad del Evanjelio. El dar estos ejercicios es gloria heredada de los hijos de Ignacio: y en todas las partes de este reino donde tienen domicilio fijo, usan de esta máquina poderosa contra el infierno. Pero en la capital de Santiago y en otras poblaciones principales en que hai casa separada a este solo destino, se dan con mas regularidad y mas conocido fruto: las personas piadosas que ordinariamente son las de mas autoridad, se encargan del cuidado de convidar a los enfermos espirituales, a que acudan a esta fuente de salud; y los mismos que necesitan la cura, suelen solicitarla con tanto anhelo que nunca pueden satisfacerse los deseos de todos, acallando sus ruegos entretanto; con la esperanza de hacerles lugar en los próximos ejercicios; y sin embargo, algunos, cuyos santos deseos no sufren dilacion, se valen de respetos, a que no es dable negarse para que se pongan sus nombres en las listas de los que han de entrar, y otros despues de llenas, se injieren con pia importunidad entre los señalados para hacerlo en los mismos ejercicios. Son admirables los efectos de compuncion y penitencia que despues rinden frutos tan maduros como se conocen en los muchos y muchas de todos estados y calidades que enmiendan su vida y mantienen la piedad que en este santo retiramiento establecieron: cuyo santo y constante ejemplo es una predicacion callada, pero fecunda de imitaciones en el reino, en las ciudades y en cada casa.

CAPITULO XVIII.

De los jénios e injénios de los habitadores de Chile, y de las ciencias a que se aplican.

Como el suelo y cielo de Chile es el mas semejante al de España entre todos los paises de la América, así es la compleccion de los españo-

les europeos, y lo mismo es la de los jénios e injénios, cuya varia calidad resulta en todos los mortales de la diferente constitucion y temperamento: y así los españoles chilenos, como son por lo comun bien compleccionados, fuertes, robustos, sanguíneos y bien trabados en los cuerpos, tambien son en los ánimos altivos, orgullosos, y aun jactanciosos, fieles en las amistades, seguros en las promesas, severos en el trato, aptos para todos estudios, elocuentes en la copia de conceptos y voces, aunque no por lo comun tan correctos y castigados de estilo como los que en otros paises lo cultivan esmeradamente con aparejo de maestros escelentes y cuidadosa aplicacion. Mas hablando en particular de las diferencias que hai en esta misma especie de jénios, debemos decir que los hijos de Santiago y de las demas poblaciones que estan a lo largo de la cordillera, y en las partes mediterráneas, son por lo comun mas graves y hombres de muchas veras: mui aptos para estudios de especulacion, y así hacen progresos mui considerables en las facultades abstractas como la dialética, metafísica y teolojía escolástica, sin que falten entre ellos algunos escelentes en aquella parte de la teolojía práctica que regula las costumbres: pues ámbas se dan la mano y se aunan en admirable confederacion, siendo intolerable error, como notó un sábio el de aquellos que quieren poner discordia donde no la hai, afirmando que no pueden estar juntas dos ciencias tan hermosas como la teolojía especulativa y la moral. Así mismo florecen los sujetos de este pais en la parte de elocuencia que toca a persuadir, porque como son copiosos la hallan para lo que intentan imprimir en el ánimo ajeno: como son de entendimiento claro proponen sus argumentos en órden debido: como son vehementes, dan vida y calor a lo que dicen: como son naturalmente graves autorizan y ponen peso en sus razones. Los naturales de las poblaciones de la costa, en especial los de Valparaiso, Concepcion y Valdivia, son de jénios mas vivos, festivos y amorosos y de injenios mas amenos: mui aptos para las letras humanas, para poesía, y todo jénero de inventiva. Hai aquí comun persuasion de que les amanece primero que a otros la luz de la razon; téngolo por cierto y que se les adapta con bastante propiedad lo que dijo un poeta de los niños romanos, que tienen nariz de rinoceronte por el discernimiento y advertencias que tienen en el trato mucho mayor que pide su edad. Se cree que este apresurado discurso lo emplean mal, y se les imputa cuando mayores cierta calidad de los jénios mercuriales que es alguna falacia, simulacion y superchería en el trato y facilidad en mudar los amigos, desnudarse y vestirse de los afectos de amistad, segun lo quiere el capricho de la inconstante fortuna; de cuyos cargos no nos atrevemos ni a absolverlos, ni a condenarlos: pues por algunos ejemplos que se traigan en contra de ellos, se alegarán otros tantos en favor; y para probar una proposicion jeneral, nada concluyen como insuficientes los casos particulares. Los hijos de la ciudad de San Luis y ciudad de Castro, tienen algunos visos de jente inculta en el poco órden de su modo de discurrir, desaliño de sus voces y tono de la voz,

y áun son reputados por ineptos para las ciencias como antiguamente se pensó de los naturales de la Frijia y Beocia; pero yo tengo esta por preocupacion falsa, y puedo protestar contra ella, pues he visto algunos injenios de estos, que puestos en estudios no conocen alguna ventaja a los mas escelentes de otras tierras. Y así estoi persuadido que lo que les falta no es el natural, sino el cultivo; y que con este harian progresos mui estimables: como aquellas tierras que por gruesas y fecundas en dejándolas holgar se cubren de malesa, y trabajadas corresponden con inmensa riqueza de doradas espigas al beneficio de la cultura, por eso debe creerse que las ciencias reconocen a todo el mundo por su nativo suelo, y que en donde se siembran, se dan aun mejor que las semillas, pues la barbaridad de la Escitia dió al mundo al gran filósofo Anacarsis.

No se aplican a todas las ciencias los chilenos por falta de maestros, pero en aquellas cuya enseñanza acá se ha entablado con escuelas públicas es tan feliz y notorio el aprovechamiento de estos injenios, que lo han proclamado en sus escritos tres autores de primera nota, uno americano, otro español, y otro frances, y aunque éstos hablan particularmente de los naturales de los grandes imperios del Perú y Méjico, esto nace de que los dichos han tenido mas ocasion de darse a conocer que los chilenos que viven en el último ángulo de la América. Pero supuesto que los mismos peruanos no harán ménos concepto de sí que el que hacen otros de ellos, con todo eso reconocen alguna ventaja en el modo que se observa en Chile de enseñar la dialéctica, física, metafísica y teolojía escolásticas, pues envian a algunos de los suyos a aprenderlas acá, queriendo carecer de la vista de sus hijos y hacer mayores costos para lograr en ellos el aprovechamiento que ven en los chilenos, que de muchos que han ido y van siempre a aquella grande Atenas, a estudiar la jurisprudencia que en ella florece, los mas han logrado mayor reputacion de aventajadísimos estudiantes. Igual aprecio han logrado allí los manuscritos que aquí han producido algunos lectores sobre las materias citadas, exaltando aquellos grandes maestros con conocimiento de causa y jenerosidad propia de verdaderos sábios el injenio, juicio y laboriosidad de los chilenos.

El estilo latino suelto o ligado a metro, no faltan muchos que lo cultiven con bastante afecto y teson, y que escriban en uno y otro con limpieza y hermosura; pero bien saben los doctos cuan difícil es llegar en este jénero a la última perfeccion, cuando consta a los mismos de Europa, que los que entre ellos querian como vincular en su casa el patrimonio de esta especie de literatura, no han carecido de contestacion, sobre si escribian segun el uso del tiempo de la latinidad mas pura que reducen al espacio de doscientos cincuenta años desde el nacimiento de Ciceron hasta el imperio de Antonino Pio, y que algunos estrechan a menores límites y con razon, si se trata de autores de primera clase, y como aquí no aspiran algunos a estampar obras latinas, sino quizá escolásticas, a cuyo argumento se satisface con otra clase

de locucion ménos perfecta, no pensamos que han arribado muchos a aquella escelencia de la mas casta latinidad; mas tampoco falta uno que otro que se acercan tanto a ella que no será fastidioso al gusto mas delicado, así en la prosa como en el verso: aun al idioma griego, aunque tan estraño en estas partes, han mirado algunos con cariño, uno u otro han aprovechado en él bastantemente, y hoi tenemos un jóven jesuita, a quien las musas han querido visitar peregrinas, desde el Lacio y la Grecia, inspirándole felicísimos versos en ámbos idiomas.

CAPITULO XIX.

De la robustez y fortaleza de los habitadores de Chile.

No hai clima alguno bajo del cielo tan capaz de influir una complecion dura y fuerte, en el cual no se encuentren algunos a quienes hayan hecho muelles los deleites, tomado sin tasa una vida perezosa y mujeril. De estos tenemos algunos en quienes las riquezas como indignadas del mal uso que se hace de ellas, conspiran contra la salud de sus dueños: de ahí, el resto de los pobladores de estas ciudades, villas y correjimientos, partidos, plazas, se componen de hombres grandemente robustos y recios, y que merecen bien el nombre de varones. Ya hemos dicho bastantemente arriba de la fortaleza de los indios; pero es cierto que los españoles les hacen conocida ventaja: así porque son de mayor estatura, mas trabados de miembros y mas bien alimentados desde niños; de donde viene que los jugos nutricos, sean mejores y mas copiosos, y que se repartan mas bien por todas las partes sólidas del cuerpo, como porque lo indios que viven de su libertad son la jente mas ociosa del mundo. Los españoles, aunque sean poco dados a la agricutulra y artes mecánicas que ordinariamente ejercen los mismos indios de servicio, los mulatos y negros, se ocupan desde la niñez en ejercicios que requieren vigor y lo producen. La lucha, la carrera, el manejar los caballos, son ocupacion de muchos niños españoles de este pais. Cuando jóvenes, los mas principales, o que estan en mejor fortuna, tiran la barra, o se enseñan a jugar la espada; y los de ménos haberes y que viven en el campo, especialmente cuando trabajan por jornal, doman los potros para la silla, los mulos para la carga, y adiestran los novillos para que tiren maderos, o surquen la tierra con el arado; mas el afan de las arrias, que es aquí mui continuo y mui necesario porque en tanta distancia de unas poblaciones a otras, es menester conducir en mulas por muchas leguas los efectos de las heredades de la tierra que abunda a la que carece de ellos, y a los puertos de mar, es en el que mas se conoce y se acrecenta la robustez de la jente de ordinaria calidad como se vé en su práctica, que es como se sigue. Un dia ántes de aquel en que se ha de comenzar el viaje, se traen las mulas a algun cerco inmediato a la granja para que estén a la mano, y pesan los tercios que se han de cargar para que no discrepe uno de otro en la cantidad: al siguiente

dia meten las mulas en un patio capaz destinado al ministerio de aparejarlas con su albarda: aparejadas y dejando las cinchas flojas, se van los arrieros a almorzar; tomando el almuerzo que ha de ser lijero, vuelven a su oficio, y apretando primeramente con gran brevedad las cinchas comienzan a cargar; cada arriero tiene de tasa ocho mulas: en el peso de los tercios hai variedad, el sumo es de once arrobas, el mínimum de seis, pero sea del peso que fuere como le conste al arriero cuanto es y se concierte para ello, está obligado cada uno a cargar diez y seis tercios, dos en cada mula, solo y sin compañero. Esta maniobra que a cualquiera que no la ha visto, parecerá mui difícil: la ejecutan no levantando los dos tercios juntos unidos en sus amarras, porque para eso fuera menester que un hombre solo a veces levantase peso de cinco quintales y medio; sino que tomando primero un tercio y asentándolo blandamente sobre el lomo de la mula, con el tino de no boltear el que está encima del lomo: los atan con sus amarras, y esto llaman enlacillar: luego emparejan los tercios, tirándolos para arriba, para abajo, para atras, para adelante segun es menester, y estando en igualdad los dejan asegurados con otra atadura que llaman sobre carga: todo esto con tanta soltura y fortaleza que es admiracion, y aunque sea la recua que se fuere la ponen pronta para caminar diez arrieros en espacio de una hora y a veces en ménos. En esto buscan tambien su gloria como en todas las cosas la vanidad humana, y así no tienen por hombres de especial vigor al que levanta la carga asentándola primero en las rodillas, que la gala es levantarla a pulsos desde el suelo al hombro: así mismo huyen de mostrar fatiga en la respiracion interrumpida o cansada.

Lo que se cuenta por prodijio del emperador Maximino, aquel que sucedió a Alejandro Severo, que igualaba en lijereza a un caballo, es aquí no mui raro con ser estos caballos velocísimos y que pudieran llamarlos hijos del viento. La fortaleza del centurion Julio Valente fué mui celebrada en la antigüedad, de quien se cuenta que levantaba un carro bien cargado, y lo mismo ejecutaba aquí el famoso Lúcas Ojo, a quien conocieron muchos de los que hoi viven: éste mismo daba tortor solo con sus brazos, sin algun instrumento, a las maromas del puente de Maipo que tienen de orilla a orilla como 75 varas. Un fulano Castillo que aun hoi creo que vive, ha dado siempre pruebas de un vigor excesivo, y escribo una por ser algo particular: en ocasiones caminando a caballo por junto a árboles encidos, agarrándose con ámbas manos de alguna rama robusta, ha levantado el caballo suspendido entre las piernas: y sus hijos han sacado igual fortaleza. Don Félix Donoso tambien ha mostrado estupenda robutez en muchas ocasiones; de él refiero una sola prueba: siendo convictor en el colejio de Santiago, que está a cargo de la Compañía, solia atarse el estremo de una maroma a un pié y anudando el otro en una cuja en que estaban acostados cuatro o cinco colejiales de los mayores, solo con pasearse arrastraba tras sí a ellos y a ella. Don Cárlos de Sotomayor levantaba una mesa regular, con moneda es-

parcida por toda ella, agarrándola con los dientes de un canto sin derramar ni un real. Un mozo hubo en la Concepcion de tanta corpulencia como fuerzas, de quien por evitar el fastidio de los lectores, solo traigo a consideracion un caso: vió una vez en las bodegas del rei, que estan junto a la mar, cuatro marineros en un cepo en que los habian metido por asegurarlos de la fuga, y para castigar la que habian maquinado; y dijo con desden y gracejo: "miren que palito sujeta a cuatro hombres con barbas: yo me lo pusiera de golilla y me paseara con él por esas calles mui autorizado." En efecto por ver tan rara pruebas de fuerzas, lo pusieron de cabeza en medio del cepo, como él lo pidió: estando así recojió las rodillas, y se afirmó sobre ellas, luego sobre ámbas manos con que levantó el cepo, se paró con él derecho y se iba a salir por la puerta de la cárcel con ánimo de pasearse, como lo habia prometido. El enlazar aquí los hombres del campo a un toro feroz, o a un potro indomable, y sujetarlo solo a brazo o quiebrar el lazo atado a la cintura, o a un pié, es cosa aquí tan ordinaria que habia querido omitirlo, y basta el apuntarlo.

CAPITULO XX.

Arte de cabalgar de la jente de Chile, y maravillas que hacen en este ejercicio.

Es tan maravillosa la fortaleza y destreza de los chilenos para el manejo de los caballos, que ninguna nacion, aunque entran en la cuenta los tártaros y alarves, pueden en esto compararseles, porque tres cosas ayudan principalmente para llegar a la última perfeccion en algun ejercicio que es practicarlo desde la niñez, continuarlo en las demas edades y tener a mano muchos medios para ello. Por lo primero los niños chilenos en aquella edad inquieta en que la sangre bulle y el poco juicio solo aspira a los divertimientos, miran como al principal de todos hacer mal a los caballos que propiamente es hacerles mal, pues paran en manos de niños, y los padres les dan demasiada soltura para ello contra la razon que dicta no fiar ejercicio tan peligroso a una edad tan inconsiderada y contra las lamentadas esperiencias de muchos desastres en este jénero, que fueran mas repetidos a no ser los caballos tan dóciles como jenerosos. Lo segundo que conduce a la perfecion en cualquier arte, es el ejercicio continuado sobre lo cual se puede asegurar que muchísimos de los habitadores de este reino, especialmente los que moran en el campo, apénas se apean de sus caballos, sino para aquellas dilijencias o necesidades de la vida que del todo no pueden hacerse cabalgando, y aun algunos de los arrieros al arrear su recua o rondarla de noche en la dormida toman el sueño tan apaciblemente en sus caballos como en su cama, en cuyo asunto soi testigo de un caso algo raro. Caminando yo mismo el año de 40 o 41 desde la ciudad de Mendoza al valle de Uco, que son doce leguas, a oir una confesion, yendo a galope tirando porque era urjente la necesidad del enfermo, el mozo que me

guiaba delantero por haber velado la noche antecedente y estar cargado de sueño, hizo lo mas del camino durmiendo a todo dormir y aun roncando, tanto que cuando el caballo se estraviaba, me costaba muchos gritos despertar al jinete para reducirlo a la senda, y puesto en ella proseguia su galope y su sueño. Por abreviar, es tanto el ejercicio que tienen estos hombres del campo de andar a caballo, que de todos cuantos caminos hacen en toda su vida, me parece que será mucho si hacen la milésima parte de ellos a pié.

Lo que ayuda grandemente a la perfeccion de algun ejercicio, son los muchos medios que hai para actuarse en él; y como en este reino se crian tantos y tan excelentes caballos, se vé claro que no faltan los medios necesarios para ejercitarse en su manejo; y como a mas de eso la jente no es mui laboriosa, porque tienen muchos arbitrios para buscar la vida, y aun los ociosos y holgazanes comen y visten tambien como los que se ocupan en una vida afanosa, les sobra tiempo para darse a este ejercicio, que tiene mucho de diversion y entretenimiento. Por estas tres causas y otras que no traigo a consideracion, se hacen estos hombres tan grandes jinetes que no dudo que las pruebas que yo diere sobre esto han de causar admiracion a cuantos las leyeren, y quizá algunos querrán fundar su discurso sobre máximas de crítica tan escrupulosa que me negaron del todo el asenso, de cuyos juicios yo no cuidaré mucho. Para mí, bástame mi conciencia que me dá testimonio a mí mismo del amor que tengo a la verdad: y para los que leen estas pájinas con ánimo sincero, basta protestarles que de cuantas cosas dijere de este jénero, muchas he visto, y de las que no he visto, puedo producir tantos y tales testigos para su verificacion, que negarles el acento, fuera no solo injuria de ellos, sino de la misma razon natural que dicta asentir siempre que hai prudente motivo; en cuyo supuesto digo que las edades que entre todas las jentes se reputan por ménos aptas para el manejo de los caballos que son la mas tierna niñez y la mas avanzada senetud aquí no padecen esta escepcion. Millares de viejos de 70 años para adelante hacen correr y obrar los caballos mas lijeros y briosos, sin echarse ménos en ellos la destreza y vigor de la edad mas lozana; mas de los niños, ¿qué pruebas tendremos que dar? Muchas en realidad; pero bastará ésta que es las corridas de apuestas y cotejo, que son aquí mui frecuentes: corren los caballos, para no gravarlos con mayor peso, niños de diez años y aun de ménos: yendo estos brutos tan prestos, que seria para ellos perezoso y tardo el caballo de velero trote, de lo cual bien se colije lo que podrán hacer en edad mas a propósito para esto.

Mas viniendo a los actos de este ejercicio, primero diremos de los mas comunes y dejaremos paso a otros singulares: de los comunes y ordinarios, son cojer una lanza del suelo a toda carrera del caballo: domar potros ferocísimos que tiran con movimientos violentísimos a derribar al jinete y domarlos tan sin fatiga que un hombre asalariado

para este ejercicio debe montar al dia dos potros por tarea: y aun esto es con silla y a riendas; mas es aun tambien mui ordinario montarse un mozo de salto sobre el potro mas indómito y en pelo y sin riendas aguantar toda la furia de sus corbetas y escarveos, y haciéndolo correr con el mayor ímpetu gobernándolo a bofetadas, y en fin cansarlo hasta agotarle todo el brío y dejarlo como un cordero; el montar algun toro en las cordilleras, es tambien obra fácil a estos jinetes, y del mismo modo les hacen trocar en paciencia toda su ferocidad, y aun para burlarse de toda la cólera del animal, suelen, al ir cabalgados en él, tocar algun instrumento músico, sin dejar de observar las reglas del arte, mas estas son cosas mui comunes; quedan por decir otras bien raras. Hai hombres que doman los potros del todo, ántes indómitos, no solo sin rienda ni silla, pero con las manos atadas atras: otros pasan a nado los rios caudalosos y profundos puestos de cabeza sobre el lomo del caballo; aunque en esto no debe considerarse grande riesgo, una vez que sean nadadores: pues caso de caer, seria en el agua elemento familiar a su destreza. Mas dificultad me parece correr un caballo puesto de cabeza sobre él; y esto hizo muchas veces un arriero de esta ciudad de Santiago de Chile, llamado fulano Vilches (vulgo animito) delante de infinita jente; y Felipe Leon que hoi vive, ha dado el mismo espectáculo a mil testigos, y si hemos de acrecentar la maravilla con hechos en esta especie prodijiosos, diré de dos jinetes que han corrido caballos parados derechos sobre el lomo del animal, el uno en Mendoza delante de muchas personas seculares y de algunos relijiosos de mi órden; el otro en una hacienda de mi relijion llamadas las Peñuelas; así mismo delante de personas de ambos estados de quienes he recibido la noticia y de fé tan incorrupta, que fuera sumo agravio poner duda en el hecho. El primero de los jinetes, al irse acabando el término de la carrera, se iba deslizando suavemente y al remate, ya estaba bien cabalgado: el segundo aun hacia mas, que se calzaba de propósito zapatos mui holgados, y al mismo tiempo de correr sacudiendo los zapatos, los arrojaba primero el uno, y despues el otro.

CAPITULO XXI.

Del entretenimiento de corridas de caballos, y apuestas en ellas.

En todas las jentes y naciones, se van los hombres naturalmente tras de sus divertimientos, porque bien advertidos de la mísera condicion de su trabajosa vida y del pesado yugo de afanes a que los sujetó la heredada infelicidad de los primeros autores del linaje humano, procuran aliviar su dura servidumbre con divertir sus cuidados y aliviar sus afanes, por cierto no mal, como se tomen con moderacion los entretenimientos. Entre todos los de este reino, es el mas célebre, el de las apuestas en carreras de a caballos, en que arriesgan personas de ambos

sexos y de todos estados, parte grande o pequeña de su caudal, segun su animosidad o su posible. Los que viven en el campo aunque sean sujetos principales, no tienen rubor de aparecer públicamente en estas apuestas, y aun sus mujeres cojen partido y ponen en apuesta sus mismas manillas a hogadores y arrocadas. En las ciudades y pueblos hai el mismo afecto a estas cosas, interesándose así mismo personas principales aunque las de mucha calidad con algun recado y haciendo sus apuestas por mano ajena. Hai particular que llega a poner a riesgo 800 y 1000 $; pero el cúmulo de todo lo que se arriesga de cada parte, suele llegar a muchos miles, porque hai en esto mui empeñada emulacion de unos pagos y partidos con otros; y aun las ciudades estan divididas en bandos y parcialidades con tanta lealtad de los compañeros, que el mudarse de una otra, lo tienen por mal caso y mui reprensible, y aun el dejar de apostar grueso, aun cuando llevan tragada la pérdida, solo porque es empeño de los confederados y quieren que les hagan compañía con el riesgo; así se pierden los talegos de moneda, las bajillas de plata, las manadas enteras de ganados mayores y aun los esclavos. Como estas operaciones, son de unos correjimientos con otros, y son muchos los que se interesan en la ganancia o el pasatiempo, y se cita paso mui de antemano y se hacen los tratados ante justicia con circunstancias precisas y pena impuesta por convencion de las partes para quien desistiere, concurren como a cosa sin falta tantos sujetos que quien ignorare el fin, se persuadirá que es el ejército que va a conquistar alguna provincia, y creo firmemente que nunca se ha juntado tan numeroso trozo de españoles en la América para hacer guerra o propulsarla como él que se congrega en estas ocasiones a tanto menor intento: en el sitio de la carrera que se supone ha de ser una estendida llanura, fabrica la jente unas barracas de ramas cuanto basta para morada subitánea. De cuatro o cinco dias que allí asisten no faltan como en los ejércitos vivanderos que negocian en cosas de comer y beber; luego que se asientan estos como reales, se pasan a hacer las apuestas y conciertos, a que asiste muchas veces algun juez o teniente para darles firmeza con su autoridad y evitar los tumultos a que está espuesta la confusa muchedumbre donde media el interes y se hace poco lugar la razon y equidad: el espacio de la corrida es mui vario, de pocas o de muchas cuadras, y aun de leguas que a veces llegan a tres; las cuales corren estos valientes brutos con tanta pujanza al fin como al principio, dando indicios no oscuros de que tambien aspiran al vencimiento como que tuviera lugar en ellos el apetito de la gloria; hai caballos que cuando el contrario se les adelanta hacen una corta interrupcion, y le relinchan como manifestando el deseo de acercársele, lo que suelen conseguir, echando todo el resto de su velocidad. Mas en lo que pertenece a su mucho aguante, diré lo que yo mismo he visto en la mision del viejo Tucapel, en que yo asistí algunos años. Estan juntos indios y españoles, y tienen entre sí mucha competencia en estas apuestas: la carrera ordinaria es la que se hace desde Tayl-Tayl hasta el nacimiento

de un arroyo llamando Guillinco, espacio como de dos leguas largas, y su plan es en esta conformidad desde el rio Tayl-Tayl, hasta una meseta que se ofrece :hai dos cuadras de recuesto mui penoso; de ahí adelante se ofrecen otras dos cuadras de llanura mui igual y como niveladas; desde aquí hasta dar vista a la casa de nuestra mision hai otro repecho, no tan empeinado como el primero de cinco a seis cuadras; desde dar vista a nuestra casa hasta emparejar con ella hai una bajada como de tres cuadras; desde ahí se corre largamente por árrea igual, solo interrumpida de algunos pequeños tumultos; acabada esta árrea se comienza a surtir casi insensiblemente; luego se empina mas el recuesto hasta que se acaba en un ágrio reventon como de tres cuadras: todo esto aguantan a correr pujantes muchos de estos excelentes caballos; y si alguno dudase dar pleno asenso a nuestra relacion, conjeturando que lo mas de esto que llamamos carrera, será galope por parecerle poco semejante a la verdad que la veloz carrera de un bruto dura por tanto espacio y por caminos tan desiguales, les decimos que no crean demasiado en sus conjeturas, y que se persuadan que hai muchas cosas existentes que parecen estar fuera de la esfera de lo factible. Nuestra esperiencia ocular es que saliéndole a los caballos principales otros nada lerdos que estaban de parada y los acompañaban una cuadra o poco mas de ahí adelante, comenzaban a quedarse atras, lo que parece manifiesta que era carrera abierta la de los caballos principales. Fué famoso un caballo tordillo de los españoles llamado el "manco," no porque lo fuese, sino porque le habian labrado a fuego las manos: éste ganó infinitas carreras y dió mucha plata a su amo y a los compañeros de él con su teson increible: era de tan poca velocidad en la partida, que en ella se le adelantaban los mas de los caballos, algunos lo dejaban atras cuatro o cinco cuadras: mas él nunca descaecia y siempre se iba acercando mas y mas al contrario, hasta que en cierto término que ordinariamente era en derechura de nuestra casa, lo emparejaba y pasaba tan del todo que quitaba la esperanza de darle alcance. El cacique Millahusique y los indios tenian caballos excelentes, y buscaban otros de mucha fama por la velocidad y teson, pero con vana dilijencia porque nunca conseguian sino salir perdidos cuando corria el manco: así mismo han sido famosos en esta calidad el siete colores en la Laja, el rabicano de Godoi, en Chillan, y éste corrió bien hasta los 24 años, el bayo de Leal en Arauco, el cantor, y el madrina en Maule, y otros infinitos que fuera largo contar.

CAPITULO XXII.

De la forma y práctica de las matanzas en Chile.

Para que a alguno no le parezca cansada prolijidad la dilijencia que ponemos en esta descripcion, será menester que se haga cargo, que el que se pone a escribir de un pais remoto incógnito, es deudor a la cu-

riosidad de los lectores aun en noticias que no son útiles para la enseñanza. Conforme en tanta variedad de jénios, hai algunos que quisieran las noticias alambicadas, y como una quinta esencia de ellas, para siquiera de esa suerte mostrarse hombres de muchos negocios y que no pueden desperdiciar el tiempo precioso ni darlo a cosas de poca importancia; así hai otros que confiesan llanamente que por falta de negocios abundan de ocio, y que tienen por ratos bien logrados los que prestan a la lectura de cosas curiosas aunque menudas. No creo que ha tenido ménos lectores la latitud y copia de Livio que corre como un rio de avenida rebosando sobre las márjenes, que el estilo de Salustio, preciso y atado a las estrechas leyes del laconismo. Ni agrada ménos Tácito, cuando nos pinta las mas menudas costumbres de la Jermania, que cuando nos hace casi ver con los ojos las sangrientas batallas de Oton Vitelio y Vespasiano, cuyos ejemplos me serviran de premunicion contra el fastidio de los lectores no tanto ocupados, cuanto perezosos; y así paso a la narracion del título de este capítulo. Es, pues, particular de este reino de Chile, que fuera de los ganados que se matan entre año para el consumo diario de las casas, se hagan matanzas de ganado de por junto, de los que dan grasa y sebo, como bueyes, vacas, novillos, ovejas, carneros, cabras, chibatos, y para que engruesen los ponen meses ántes en pastos separados. La matanza de ganado bueno, es la mas usual y que deja mas utilidad, de la cual solamente hablarémos; el número de las reses que caen es vario, segun la posibilidad o intento de los dueños; el que mas mata llega a mil y ciento, o mil y doscientas cabezas: el que ménos y que no aspira hacer venta de los efectos de matanza lo que considera bastar para la cecina, sebo, grasa y pieles que pide el gasto anual de su casa. El lugar de la matanza es en el mismo asiento de la heredad, en que hai una enramada para secar la cecina, grandes calderos de cobre para freir la grasa, y purificarla de la heces, un pozo para pisar el sebo y capacidad para estacar las pieles. Algo distantes de este paraje está un cerco de madera en que los vaqueros encierran el ganado que ha de morir: e interpuesta entre el patio de la matanza y el dicho cerco, una calle llana larga como una cuadra en que los jinetes desgarretan a caballo, no solo los de la misma hacienda, sino otros que vienen de la vecindad y de partes algo retiradas a este ejercicio que tienen por especial diversion: y así acuden a él no solo mozos de condicion ordinaria, sino algunos de mas que mediana estofa. Puesta así en fila la jente de a caballo que a veces llega al número de quinientas personas y representa un pequeño ejército dividido en dos líneas, entran al corral dos jinetes de los del servicio de la heredad, a echar por la puerta una por una las reses. El capataz señala como por favor al que ha de desjarretar, el cual luego que la res sale por la puerta la sigue a toda la violencia del caballo armado de su media-luna. La media-luna es un hierro bien afilado, acerado en forma de la luna cuando está de pocos dias, clavado en una asta de madera recia tan larga como un esponton; y con esta arma corta a la

res en la violencia de la carrera los nervios de encima de la corva con que la deja en imposibilidad de correr mas. Lo mas comun es cortarle los nervios de encima a una sola pierna: algunos les cortan los de las dos, y algunos otros les quiebran totalmente el hueso, porque como el animal ya destituido de la fuerza de los nervios carga en el cuerpo, ayuda a su misma ruina con su peso. De estas reses unas caen a la media cuadra, otras poco mas, otras poco ménos, y para que algunas que se escapan a los desgarradores, no se vayan léjos, hai jinetes armados de lazos (cuya descripcion dimos ántes) para tomarlas con ellos: entretanto que estan unos dejarretando, estan otros acabando de matar las reses que quedan tendidas, y otros acarreándolas con bueyes uncidos a la enramada de la matanza. En esta, acabada la primera funcion de la desjarreta, comienzan los matanceros lo que toca a su oficio. La enramada está dividida en varias calles, en cada calle un matancero de edad crecida, ayudado de un muchacho que llaman cuña, entiende en el beneficio de las reses, de las cuales se benefician tres en cada dos dias y en la forma siguiente. Lo primero que hacen es quitarles las pieles: lo segundo, las dividen en partes principales: lo tercero, de estas partes principales sacan las mas carnosas: lo cuarto, de estas partes carnosas hacen cecina, adelgalzándolas y salándolas: lo quinto, sacan aparte la grasa y sebo, y con esto han cumplido con su oficio en órden a sus tres reses y lo comienzan en otras: porque el sacar la cecina encima de la enramada y derretir la grasa en peroles, es cosa que pertenece a otros jornaleros. El último beneficio de las matanzas que suelen durar un mes cojiendo partes de los de enero y febrero, es echar en pieles de carnero la grasa caliente y líquida para que allí endurecida se pueda conservar mejor y trasportar donde convenga. Acomodan la cecina en los lios de siete a ocho arrobas de peso, asegurándola con soguillas de cuero que disponen en tejido vistoso, a modo del de las redesillas de la cabeza, y estacan las redes para que secas se conserven mejor para hacer de ellas baquetas o para otros menesteres. El del sebo es el último afan que despues de oreado muchos dias, se echa en un pozo de mas capacidad que hondura en donde despues de cortado en menudas piezas lo entran a pisar unos jinetes con sus caballos en el dia que ayuda mas el sol para que pueda unirse; y para que no haya desaseo en esta labor estan dentro del pozo algunos niños de servicio apercibidos de cestos de mimbres para recibir en ellos el escremento de los caballos. Majado así el sebo, se va echando en una como grande adobera, en la cual apretándola a fuerza de pison, le dan figura de adobe, y el peso de siete para nueve arrobas y a veces para once. Puesto de esta forma el sebo, lo retoban curiosamente en pieles de novillos para conservarlo y poder remitirlo cómodamente a partes de comercio dentro o fuera del reino.

CAPITULO XXIII.

De la dilijencia y ociosidad de los españoles de Chile, y del exceso de los robos.

Remite la sagrada escritura al perezoso a la escuela de la hormiga, para que de ella aprenda el tenor de una vida bien ocupada: y un poeta dijo que este pequeño animalillo es ejemplo al hombre de un constante trabajo. Las mismas abejas tienen una república bien ordenada tan próvidamente que para la vida comun no puede serlo mejor, ni aun la imajinada república de Platon; al fin como que tiene por principal ecónomo, al principal autor de la vida, y este acertado y bello órden consiste en que en ella todas se ocupan en algo, pocas gobiernan y mandan y muchas afanan y obedecen, y si hai zánganos que se mantienen de trabajos ajenos, no hai compasion para eximirlos del castigo hasta llegar a ejecutar en ellos el último capital, cuando el vicio del ócio los conduce como suele al del latrocinio. Dichoso nuestro estado, si nos alentara al trabajo aquel ejemplo y nos apartara de la pereza este escarmiento, porque lo que dijo un autor bien avisado, que la ociosidad se aposentó en los indios de la América, tambien se verifica hoi vergonzosamente en los españoles de ella siendo muchos de nosotros discípulos infames de su holgazanería; y no afrentándonos, se ha venido a este mundo, al parecer solo *para hacer número y consumir los comestibles* ménos útiles y mas perniciosos que los inmundos ratones. No negamos que en muchas poblaciones y en especial la capital estan casi todos loablemente ocupados, ya en los actos de gobierno y judicatura, ya en la tarea de enseñar o aprender las letras, ya en el útil tráfico de la negociacion y comercio, ya en la necesaria elaboracion de los artefactos y operaciones de las artes mecánicas, ya en la contínua y dilijente cultura de los campos. De donde nace que en especial en esta ciudad de Santiago (de lo cual debe ser justamente loada) se hallen a mas bajo precio que en ninguna otra parte de todo el reino, todas las cosas necesarias para el uso y comercio de la vida, así las que se hacen por manos de hombres y son meramente industriales, como las mixtas en que tiene parte la industria y la naturaleza. Lo mismo con la diferencia de algo ménos, sucede en las familias de jente principal ora habiten en poblado, ora en el campo que todas y siempre colocan el tiempo útil y aprovechadamente, porque como en tales casas se halla por lo comun buen y cristiano gobierno, no se da lugar al ócio tan perjudicial a la vida civil como a la cristiana, ántes con bella alternativa se suceden y causan la virtud al trabajo, y el trabajo a la virtud; mas en la jente de baja esfera criada sin educacion, acostumbrada al libertinaje que no conoce ni es conocida de los jueces de los partidos, oculta en su misma pequeñez, es lamentable el ócio y mas los vicios que nacen de él. De esta jente no será exajeracion afirmar que la mayor parte se mantiene del hurto y que habrá en todo el reino mas de doce mil que

no tienen otro oficio ni ejercicio, con imponderable perjuicio de los que tienen haciendas en el campo; y en este maligno oficio han cobrado con el hábito que facilita los actos de su especie, tanta destreza y osadía, que se llegan a robar los rebaños enteros de ganados de lana, las engordas de cabras y las manadas de cabras y caballos; no hurtan como en otras partes para suplir la urjencia de la necesidad v. g. una vaca para matar el hambre suya o de los suyos, que en tal caso aunque esta venga de vicio u ócio, se tuviera el acto por ménos criminal, sino que roban paia negociar con lo robado y para dar fomento a los vicios. Hai en estos reinos muchísimos de estos vagantes que no se sabe de donde puedan sacar los menores medios para subsistir, porque no se les ve algun fondo de bienes sobre el haz de la tierra, ni alguna loable industria o trabajo, los cuales, sin embargo, visten bien, comen con abundancia, andan bien montados, y aun tienen ¡osadía o desvergüenza! cantidades con que mantener la manceba galana y que esponer al juego: éstos se vacian un potrero de caballos de que se llevan ciento o doscientos, y por sendas escusadas o caminando de noche, los trasportan en tres o cuatro dias hasta en distancia de 100 leguas, llevándolos muchas veces a tierra de indios para trocarlos por ponchos, que es comercio aquí mui usado: estos ponchos vuelven a permutarlos por caballos, y a vuelta de la permuta repiten los hurtos por sí o por otro de su confidencia con que anda en contínuo y vicioso círculo la iniquidad. Los hacendados del campo, en especial en parajes mas infestados de estas aves de rapiña, como Colchagua, Maule y Chillan, lloran inconsolables la calamidad de lo que ellos cuidan y ajencian, y aun se mezquinan y defraudan a sí mismos y a sus hijos mucho tiempo, se lo toma en un momento el ladron con sus manos lavadas que llegan a la tolerable insolencia de agavillarse para hacer mas perjuicio a aquel hacendado u honrado labrador, que alguna vez puso algun ladron ante justicia y lo hizo padecer la pena de la lei; y es tan contínuo el daño que reciben que los mas de estos hacendados del campo aseguran y con verdad, que si tuvieran existentes cuanto les han robado en el discurso de algunos años, fueran absolutamente ricos, aun sin incluir en el cómputo los partos y post partos de los ganados robados; daño que es hoi mayor, desde que se ataron las manos a los jueces menores, como correjidores y alcaldes ordinarios para que no apliquen pena capital sin asesorarse de letrado. Lo cual será mui sábiamente dispuesto; pero a lo que sabemos, poco nos parece que rarísimo y por estremo inusitado será el caso en que se quite la vida a un inocente por impericia del juez: y la lei no cuida de los accidentes mui raros. Poca jurisprudencia es necesaria para saber si un delito es capital, y si está bien probado, y caso que hubiera algun riesgo por ser tan remoto, no debe traerse a la consideracion ni cotejo con los contínuos daños que resultan de que por las dilaciones de procesos largos, e informes con autos desde partes remotas, a la capital en donde solo hai letrados de profesion, tengan los reos tiempo de captar oportunidad para la fuga y para volver a las presas con mas

gana como halcones templados sueltos de la pihuela. En estirpar tan graves daños, se ha desvelado y hecho ojos toda la prudencia y celo de muchos jueces, en especial de los gobernadores usando de medios que parecia del todo eficaces; pero se han visto frustrados, ahora, sea que ha resistido la gravedad del mal como no cede a la eficacia del antídoto el veneno que llegó al corazon, ahora sea, y esto debe creerse que los subalternos que deben ser ejecutores de lo bien mandado, obran remisamente, o del todo no obran como que ocupándoles todo el cuidado sus negocios particulares, no dan lugar a los públicos. Han dispuesto muchas veces los señores presidentes y oidores para arrancar el mal de raiz, que se inquiera y averigüe, de qué vive cada uno, y que no hallándole a alguno fondo ni arte honesto para adquirir lo que gasta, se tenga por sospechoso, y con justísima providencia, pues no debiéndose creer que los tales viven de milagro, en no probando los buenos medios de que se valen para adquirir, está la presuncion contra ellos, y si no se purgan suficientemente, deben darse por reos convictos y ser castigados como ladrones. Otras veces por la dificultad que se ha encontrado en probar plenamente los hurtos, como que este delito es de difícil probansa, por cometerse no descubiertamente y por fuerza, sino ocultamente y por fraude, y porque estos ladrones no carecen de fautores, por medio de quienes hacen informaciones de una vida honrada y justa, se habia arbitrado y ordenado que la fama pública bastase para sentenciarlos, a lo ménos a destierro. Disposicion bien acordada, cuya justificacion puede bien defenderse con una lei de las recopiladas de Indias, lib. IX, tít. 38, l. 6, la cual dispone que en algunas arribadas, en que hai sospecha de haberse hecho de propósito con el fin de comercio ilícito, se proceda al castigo de los que mandan la nave, solo en fuerza de la presuncion que hubiere contra ellos; pero ni uno ni otro practican los jueces menores, a quienes esto se encomienda, y así por falta de ejecucion vienen a ser las tales leyes escritas en los despachos y provisiones, tan ineficaces para remediar los males, como un ejército pintado en un tapiz para conquistar una provincia. La ejecucion es el alma y vida de la lei, y el remedio del público; y ninguna república, sea civil o eclesiástica, está mal gobernada por falta de ellas, sino por falte de practicarlas. Las buenas leyes sabidas hacen doctos, pero solamente obradas hacen buenos. Las mas severas no atemorizan a los malhechores, sino cuando se ven establecidas por el uso. Ni las mismas penas de Dracon estorbaron los delitos, por estar escritas en los pergaminos, sino por verse actuadas en los patíbulos. Estos ladrones que infestan los campos parecieran mui bien poblando las cárceles y ocupando las horcas; pero una piedad recia y mal consultada, o una remision perezosa o una demasiada atencion al interes privado, deja vivir a los malhechores públicos y correr impunes los delitos para que perezca la comunidad. Bien se deja entender que fuera remedio de esta culpable inaccion, obligar a los jueces menores a que diesen parte al gobierno en ciertos tiempos de lo que hubieren obrado en el particular, pues obliga a la

buena conducta, el saberse que se ha de dar cuenta de ella. Perdónenos el lector el habernos demorado en este punto para partir con él el grave dolor de nuestro ánimo, y acuérdese que Polibio, historiador celebradísimo, se detiene razonando mucho mas largo y mas frecuentemente que nosotros, sobre cosas de mui poca importancia, cargando su historia de discursos morales, políticos y militares como de otras tantas declamaciones, y no sea como muchos benignos admiradores de los antiguos para ser austero censor de los modernos, como si los injénios fueran como los vinos que reciben precio y mejoria de la antigüedad.

CAPITULO XXIV.

De la práctica de los parlamentos entre españoles e indios, cuando llega al reino el nuevo gobernador, y cuando se asientan paces.

Ya que en lo de atras hemos tratado de los naturales de este reino, cuanto a su índole y costumbres, y hemos dividido, como pide el buen órden y método, a indios y españoles, ahora es preciso que los juntemos en la esplicacion del título de este capítulo, pues tratamos de un acto en que igual y necesariamente hacen papel ámbas naciones, y para que atendamos a la claridad, que es la primera virtud de la narracion, hablarémos distintamente de las causas, tiempo, lugar y forma de estos parlamentos. Cuanto a las causas es cosa manifiesta, que en llegando a asentarse paces entre naciones belijerantes, se ha de ejecutar esto por parlamentos y congresos en que se establezcan las convenciones y capítulos que deben observar ámbas partes, y este es un motivo de los parlamentos; mas estos capítulos para que sean válidos y firmes, es menester, segun estilo inmemorial de los indios, que sean recibidos por los cuatro amapus, que son cuatro grandes parcialidades en que se divide toda la tierra que ellos dominan, y estos amapus representan los toquies y caciques que traen en su voz y poder al parlamento: de lo cual se colije que hai algunos parlamentos, a los cuales dá causa el intento de asentar paces; mas otros es necesario que se celebren al ingreso de los gobernadores en el reino, porque el parlamento en tales circunstancias es un acto público en que los indios ratifican la obediencia y lealtad que han ofrecido a su majestad: esponen los sentimientos y quejas que tienen de los españoles, manifiestan su corazon y procuran esplorar el ajeno, estendiendo las conjeturas a lo futuro para investigar lo que pueden esponer o temer de aquel nuevo jefe, si será propenso a la paz o a la guerra, si enderezará sus intenciones al bien o a la ruina de ellos: sacando a veces de flacos principios grandes hilaciones, inquiriendo no solo de las figuras del rostro y talle, y del modo de estilo y trato inferior, los afectos y propenciones del ánimo, en lo cual suelen engañarse ménos que los fisonomistas, si no aun pasándose a hacer juicio de las acciones libres. Pero lo comun es dar asenso a lo que se les dice, y creen que en estos congresos públicos se trata con ellos

de buena fé, pues la ven afianzada en la palabra real y en la relijion del juramento, que bien conocen ser para los españoles cosa sacrosanta y sumamente criminal su infraccion: allégase a hacer necesaria esta práctica de parlamentos, el jénio y natural de los indios, que así como entre sí unos de otros no intentan sacar mas que el deleite del trato con los españoles, ponen la principal mira en sacar honra y provecho, y como uno y otro logran en los parlamentos el interes de los dones que a todos se reparte de cuenta y en nombre de S. M. y la estimacion en que la cabeza de los españoles haga caudal de ellos para tratar negocios tan importantes como son los de paz y guerra, se dan por mui agradecidos a la cortesía de convocarlos para esto; y de la gratitud resulta su ordinario y natural efecto que es la union y confederacion de los ánimos. Y al contrario, si algun gobernador dejara de llamarlos lo interpretaria a desprecio y ménos cuenta que de ellos se hacia y que los reputaban por despreciables para amigos por inútiles, y para enemigos por flacos: y como esta jente aunque bárbara es por estremo altiva y sensible a las quiebras del honor y mantiene indeble la memoria del menosprecio; seria ésta una herida que abrigada como vívora en lo profundo del pecho, no aguardaria sino la ocasion de desagraviarse y de volver por su reputacion envilecida. Por eso se ha tenido siempre por buen acuerdo satisfacer y contentar con estos parlamentos a un enemigo que aun despues de vencido, siempre es fuerte y que no se puede despreciar sin riesgo. El tiempo que han juzgado los prácticos y prudentes mas a propósito para estos parlamentos, es el mes de noviembre, así porque entónces estan mas reforzados los caballos y mas crecidos y en sazon los pastos, como porque las milicias no hacen falta en sus haciendas para la recojida de sus frutos y cosechas que aun no han llegado al perfecto maduro. Al fin que los indios puedan estar juntos para dichos meses, se hace la convocatoria con tiempo por medio del comisario de naciones, acompañado de algunos españoles y de indios amigos, y en las juntas que se hacen en los cuatro amapus en que se divide todo el grueso de ellos, les hace saber que el gobernador quiere convencerlos y dárseles a conocer, mantenerlos en amistad y buena intelijencia, solicitar su bien y deshacerles sus agravios, manifestarle su buen corazon y conocer él de ellos, darles consejos saludables y recibirlos. En virtud de este llamamiento se juntan para el dia señalado tantos caciques e indios comunes que pudieran poner en recelo, sino hubiera la caucion de obligarlos a concurrir sin armas. En el parlamento de Negrete que celebró el exmo. señor don Gabriel Cano en 1726, despues de la guerra y alzamiento jeneral, concurrieron de solo caciques de baston ciento treinta, y como trae cada uno de ellos algunos indios particulares de su séquito y mozos para su servicio, llegaron todos al número de dos mil.

El lugar para el parlamento suele elejirse en los llanos de Tapigüe o de Negrete. Negrete es una gran llanura que está entre el ángulo que hacen los dos rios de Biobio y Duqueco, y queda cerrada de aquel por el sur, de éste por el norte, y por el oriente de la gran cordillera. Ta-

pigüe es otro gran pedazo de tierra mui igual y estendido que está arriba de la plaza de Yumbel, cayéndoles al lado del sur los grandes rios de la Laja y Biobio, y otros menores que los separan de la tierra que habitan los indios. Estos parajes estan en tierra de españoles y dentro del correjimiento de Buena-Esperanza; pero segregados de las estancias y viñas de ellos y mui abundantes de agua, leña y pastos, por lo cual se puede mantener cómodamente la caballería de ámbas naciones, sin daño de nadie: estan así mismo dichos parajes espaldeados de las plazas del Nacimiento, Puren, ciudadela de los Anjeles, Tucapel y Yumbel que le caen al este, oste, norte, sur: últimamente estan sitos, como se ha dicho, dentro del partido de Buena-Esperanza, el cual partido confina con los correjimientos de Puchacai y Chillan, lo que hace fácil y de ménos perjuicio que ocurran las milicias para el seguro y decoro del capitan jeneral y de los españoles.

CAPITULO XXV.

Lo restante de esta materia hasta su conclusion.

Hemos hablado hasta aquí de las causas, tiempo y lugar de los parlamentos: ahora resta hablar de la forma de ellos, lo cual se puede considerar, en sus preliminares, o en el acto mismo. Por lo que toca a los preliminares, precede a este parlamento una junta de guerra y misiones compuestas del capitan jeneral, obispo de la Concepcion, padres misioneros y algunas personas de lo primero en lo militar y civil, para prevenir en ella lo que se ha de proponer y exijir de los indios, tocante al bien temporal del reino y al espiritual de ellos: se señala dia fijo en que han de concurrir los indios y españoles al lugar señalado. Los indios transitan el rio Biobio por los pasos y embarcaciones que les caen mas a mano; de esta manera, los de la costa por las de las plazas de Santa-Juana y Talcamávida que estan frontera una de otra, rio de por medio, los de los llanos por las del Nacimiento, y los de la cordillera por las de Puren. Los españoles, entre jente pagada y milicias, concurren de los correjimientos y plazas mas cercanas en bastante número: en el primer parlamento que hizo el señor don José Manso siguiendo la instruccion que mui propia de sus superiores luces y larga esperiencia dió el señor gobernador don Manuel de Salamanca, se juntaron los españoles de esta calidad y número de la ciudad y distrito de Chillan 250 hombres; del correjimiento de Itata 100, del de Puchacai 100, del de Buena-Esperanza 50, todos estos milicianos. De tropa pagada concurrieron de los de la Concepcion, dos compañías de infantería y una de caballería, de Yumbel una de infantería y otra de caballería con mucho mayor número de voluntarios o por su divertimiento, o por su interes en alguna negociacion.

Toda esta jente, ménos los que concurren sin ser llamados, se mantiene el tiempo que dura el parlamento de carne, pan y vino, a costa de la real

hacienda, y de la misma se saca el costo de los agasajos que se dan a los indios y se reducen a sombreros, bastones y algunas libras de añil de que necesitan mucho para sus tintes azules. Computándolo todo, llega el gasto del real haber a cosa de dos mil pesos. A las guardas que estan sobre el vado de Biobio llamado Tanaguillin y de la Laja llamado Curipuchun, se le acrecientan algunos hombres de a caballo para que no pasen los indios, armas ni tantos en número que puedan dar recelo. Las plazas fuera de la jente pagada que hace el servicio ordinario en ellas, tienen agregados algunas compañías de milicias, y éstas se ponen en cuarteles así para reputacion de nuestras fuerzas, como para seguridad y cautela mayor que nunca es demasiada al tratar con enemigos.

La forma en el mismo acto del parlamento, es que juntos todos españoles e indios se cojen los bastones de los caciques y atándolos con un liston y poniendo en medio de ellos y algo mas elevado él del capitan jeneral o jefe español que preside a la junta, se coloca en la medianía de la arca que está coronada de jente de ámbas naciones y llegándose el cacique que ha de hablar a dichos bastones y poniendo la mano izquierda sobre ellos, luego que el capitan jeneral por medio del intérprete le da facultad para que hable, comienza su razonamiento, cuyo principio es saludar primero segun su costumbre a toda la jente, y luego se introduce a discurrir sobre los motivos de ella, para hacer con este preámbulo dócil y atento al auditorio, y continúa su discurso esponiendo con harta claridad en lo que se han ofendido mútuamente una nacion a la otra en lo pasado, declarando que por el remedio no se ha de ocurrir a las armas por los males que acarrea y los bienes de que priva la guerra, y usando no solo de buen órden para hacerse entender, sino de vivas razones, para persuadir y de figuras de sentencias para complificar y exornar. No se echa entónces ménos ni un proemio apto y nacido de la misma esencia de lo que se trata, ni una narracion clara y prospícua, ni una confirmacion robusta y eficaz, ni una conjutacion firme y artificiosa, ni una perodiacion preñada de los efectos que pide el caso; ciertamente, cuando se hallan presentes a estos actos alguno que han aprendido el artificio de la retórica en las escuelas, confiesan que dejando aparte ciertos adornos mas delicados que útiles, no falta a estos bárbaros cosa que pertenezca a ser de la verdadera y varonil elocuencia, y a mí me parece que en ellos se halla una gran confirmacion de aquella sentencia de Quintiliano en que dijo: *"si la elocuencia es válida y victoriosa en todas sus partes, no pensara ser de su obligacion el encrespar los cabellos y pulir las uñas;* y así mismo me persuado que aquel docto moderno que afirmó que la elocuencia es naturaleza y no arte, hallaria aquí un no leve apoyo de su opinion. Despues de esta declaracion de las recíprocas ofensas, y de preferir para la mútua satisfaccion los medios de la paz, se introduce a persuadirla a ámbas naciones, hablando primero al jefe español, y luego a cada uno de los caciques con razonamiento particular, y encaminado peculiarmente a

cada uno con tanta copia y variedad, que es grande admiracion y mucho mayor para los que saben cuan difícil es tratar muchas veces de la misma materia sin repetir las mismas espresiones.

El fin del razonamiento del cacique es el principio del que hace el jefe español en que habla a todos en comun y se hace cargo de todas sus respuestas por medio del lengua jeneral a quien se le pide juramento de que interpretará fiel y verdaderamente lo que se dijere de ámbas partes; y cuando se ha llegado por medio de estos razonamientos a obtener la recíproca satisfaccion, se le hace ratificar a los indios la lealtad de S. M. y obediencia a sus reales órdenes, que desharán cualquier pacto, tratado o convencion que hubieren celebrado entre sí en contra de éstos, que seran amigos de amigos, y enemigos de enemigos, que cuando los demas llegaren a sus costas no solo retirarán sus ganados y darán parte a los oficiales españoles, sino que se opondrán a los desembarques. Que darán vistas, esto es, cierto número de indios, para que trabajen en la fábrica de las fortalezas, que respetarán y oirán a los padres misioneros, con lo cual, y repartirles los dones acostumbrados, se deshace la asamblea.

CAPITULO XXVI.

Cotejos de las fuerzas de los españoles con los indios, y modo de reducir a éstos a buena cristiandad y servicio del rei.

Muchos años há que es fatiga del discurso y un misterio político que nunca ha podido apurarse del todo cual sea la causa verdadera, porque siendo útil, honesto y fácil reducir estos indios al servicio de Dios y el rei, nunca se ha ejecutado en lo que haya algun descanso. La razon es, en considerar que todas las cosas tienen su sazon y oportunidad, y que ésta hasta ahora no ha llegado, porque S. M. no informado aun cabalmente de los suficientes medios, para obra tan importante, ha recelado hasta hoi que emprenderla podria causar la jeneral rebelion de los indios, que siempre han estado conformes en sacudir ferozmente el yugo de la obediencia. Mas al presente, con el feliz gobierno del señor don Antonio Guill y Gonzaga, en el cual tengo el honor de escribir, parece nos ha amanecido la aurora del dichoso dia en que veamos puesta en práctica una obra tan deseada y tan necesaria, para que sea corona de sus muchos aciertos el mayor de todos: y así supuesto que no puede dejar de ser útil acrecentar tantos vasallos a los dominios de S. M., ni honesto y pio traerlos al dominio de la iglesia y a que profesen con sinceridad la santa fé, de cuya obligacion se ha hecho cargo en el bautismo: pretendo mostrar la facilidad de su práctica, o para que ésta, en llegando el caso de actuarse sea confirmacion de mi dictámen, o para que si aun no se ha actuado cuando estas planas salgan al público, mi dictámen apoyado de las razones que me sujieren alguna esperiencia y conocimiento práctico de las fuerzas de ámbas naciones, muestre la facilidad de la obra.

No se puede considerar para esto otro embarazo (supuesta la necesaria facultad) que el ya apuntado, de la recelada rebelion de los indios; mas esto solo puede ser desconsideracion a quien no tenga comprendido el estado moderno de los indios y españoles, en lo que toca al número de una y otra jente, y a los demas medios de hacer y repeler la guerra. En órden al número, quien lo dá mayor a los indios, les echa treinta mil hombres por todos desde diez y ocho años hasta la edad mas decrépita y quien dá menor número a los españoles, hace cómputo de sesenta mil; solo de los que salen a cuarteles estan alistados en sus compañías apercibidos de armas y caballos, y dispuestos a mantener la guerra cuando se ofreciere, y así excedemos a los indios en mas de la mitad del número de combatientes. En lo que toca al vigor de ánimo y cuerpo, considero yo la misma ventaja: porque concedido que a los indios chilenos no se le puede poner en duda la calidad natural de robustez y brio, hai innumerables esperiencias de que les exceden en uno y otro los españoles, aun en el manejo de lanza y caballo, de que ellos tanto se precian y de que han hecho todas las funciones: es conocida la ventaja de los españoles hijos del pais, y mucho mayor en el uso de la espada, que es la que últimamente decide las batallas. Y si para probar lo contrario se quiere recurrir a lo antiguo cuando consiguieron los indios varias victorias, se dice que entónces eran los españoles ignorantísimos en el uso de cabalgar que aun solos se mantenian dificultosamente en la silla, mucho mas acometidos por un indio esforzado y diestrísimo jinete. Y como en la batalla que junto al rio Aujido dió Aníbal a Lucio Emilio y Terencio Varron, los españoles de a caballo como mas robustos y diestros en manejarlos, derribaban a los caballeros romanos, y dieron a Aníbal una cumplidísima victoria, así los indios robustos y ejercitadísimos en cabalgar derrotaban casi solo con la acometida a aquellos medio-españoles, sacados gran parte de los oficinas de Quito y del Cuzco; a que se agrega, que en aquellos tiempos era tan corto el número de los tales cuales españoles que apénas hubo ejército de 600 hombres ni jamas fué vencido alguno que pasase de 200, y así no nos hemos de admirar como fueron vencidos tantas veces, sino como lo fueron tan pocas. Al presensente los españoles son mas en número y mejores en calidad, y los indios al contrario, y así los que parecian en la antigüedad leones alentados de su muchedumbre y ejercicio, ahora faltos de uno y otro, parecen liebres. En la última guerra acometieron a algunos fuertes desprevenidos mas que fuertes. El de Puren defendido de poco mas de 40 hombres, el de Nacimiento de 20, y el del Tucapel de otros tantos, y cercados de unos maderos como un corral de ganados, con todo eso no sacaron del asedio sino su afrenta, vencidos tantos, por tan pocos, sin haber muerto españoles sino cuatro o cinco que llevados de un temerario ardimiento salieron de sus fuertes a meterse por las lanzas enemigas como un tigre por los venablos. En Duqueco atropelló el maestre de campo don Manuel Salamanca con 200 hombres, a mas de 16,000 indios que no tuvieron otro remedio de escapar las vidas, sino arrojarse a las corrien-

tes del rio, aunque venia mui hinchado con la circunstancia particular de haber sido esta funcion en dia que por lluvioso no permitió disparar una boca de fuego. Cuando este mismo caudillo pasó el rio Biobio a hacer levantar el sitio que tenian puesto a la plaza de Puren cinco mil indios, se paseó por la tierra de ellos con desahogo de vencido y de vencedor con no mas que quinientos hombres de su mando, sin hallar al opósito, ejército alguno de enemigos en que emplear su valor y de los suyos retirándose y confesándose tácitamente vencidos, ántes de llegar a prueba de batalla. El mismo temor reconoció en los enemigos don Rafael de Eslava cuando fué a socorrer el fuerte de Tucapel que tenian puesto en asédio dos mil indios costinos, de todo lo cual concediéndonos Dios vida, se tratará mas dignamente en su propio lugar.

Despues del valor de ámbas naciones es bien traer a cotejo las armas de que usan, y en ellas es mas patente la ventaja de los españoles que usamos de los instrumentos de pelear con que se causa la muerte desde léjos, y con tan terrible e inevitable efecto, que no hai armas que defiendan contra las iras del plomo y de los estragos de los cañones, aun las armas cortas de los españoles no pueden compararse con las del enemigo, pues las espadas que tienen son adquiridas con el clandestino comercio vedado con severa prohibicion, y por eso son pocas y en ningun modo bastantes para armar aun la décima parte de sus soldados, y esas pocas de inferior calidad, como que ellos no tienen delito en comprar, ni discernimiento en el buen o mal temple del acero. Sus armas enhastadas, no son otra cosa que unas varas mal armadas de puro hierro que ellos ignorantes del arte de fabricarlo recuecen y requeman en sus míseras fraguas, y estas caben en mui pocos que los mas se tienen por bien apercibidos para la guerra cuando arman el brazo con una vara tostada en la punta : lo mismo se debe decir, haciendo comparacion con los caballos que hemos de contar entre los instrumentos de la guerra, como que este animal belicoso es nacido para el furor de la campaña, pues los indios tienen mui pocos. Aun en los parajes donde se crian mejor y en los ménos aptos para su crianza, se hallan tan raros que muchos indios por falta de ellos se hallan obligados a hacer varios viajes a pié. Ni los pocos que tienen estan acostumbrados a sufrir algun trabajo violento porque raro es el indio que en llegando a la media edad lleve el caballo sino a paso mui lento, y así cuando en sus tierras ven a alguna persona grande ir a galope o a media rienda, luego dicen aquel es huinca, que en su idioma significa el español. De lo cual se sigue que si los indios sacasen de su paso a sus caballos en las batallas (como es a veces preciso) luego han de rendirse al trabajo desacostumbrado, cuando para significar el aguante de los caballos españoles, aun en el paso apresurado es corto el encarecimiento. Y tocante a la abundancia y aun sobra que tienen de ellos, se ha dicho lo bastante atras.

A esto se llega que así como el tiempo y moho consumen las armas, así el ocio de la paz debilita lentamente las fuerzas del ánimo y del cuerpo;. y por eso entre todos los indios que desde el año 23 no tienen

guerra, no habrá algunos que esten capaces de este difícil arte, porque los que entónces la administraron hoi estan muertos o decrépitos, y los que hoi estan en edad militar no tuvieron parte en ella; y como ellos en tiempo de paz la disfrutan mui a su gusto, sin querer cargarse de los cuidados de la guerra, se vé claro que deben estar todos inespertos de ella. Mas a los españoles nunca el ocio pacífico le sabe olvidar del todo los afanes bélicos; y en los mismos cuarteles y muestras de armas en que son gobernados por oficiales espertos hacen sus ejercicios militares, imitando en los ensayes las veras de la batalla, para que no los halle del todo bizoños la ocasion.

CAPITULO XXVII.

Continúase la materia del pasado.

Todo lo dicho hasta aquí persuade eficazmente, que caso que el gobierno español determine reducir a los indios a perfecta cristiandad y a rendida obediencia y vasallaje, habian de consentir en ello mal que les pese por no tener fuerzas para la resistencia, lo cual ellos bien conocen; y si para este fin creyesen los españoles, convenia que se restableciesen las ciudades perdidas o edificasen en otros diferentes parajes, es bien cierto que ni hubiera de parte de los indios (no obstante su interior repugnancia) el menor embarazo, ni era intento este que para su ejecucion requeria desnudar una espada. La esperiencia es buena prueba de esta proporcion, cuando pocos años ántes de ahora determinó el gobierno pasar la plaza de Nacimiento que estaba en tierras de españoles a las de los indios de la otra parte del Biobio. Aunque ellos echaron allá a sus solas sus bravatas, y mataron como se dice, al rei en su casa, luego que llegó el caso de la ejecucion, les faltó ánimo aun para hacer en contra una representacion verbal, aunque veian que la plaza seria un padrastro de su territorio, pero permitido; porque si no obstante el conocimiento que tienen de la poquedad de sus fuerzas, se opusieran temerariamente y con mano armada a la creacion de fortalezas y poblaciones, e intentaran arruinarlas despues de erijidas, fácil cosa era quebrantar su contumacia con las armas para que escarmentados nos dejasen obrar lo conveniente; y puestas las cosas en este estado, debian plantarse poblaciones de españoles, repartiéndolas por todas las tierras de los indios y en los lugares desde donde pudiesen mejor enfrenarlos. Por ejemplo, convendrá poner una fuerza en Angol, que es un bello sitio en el comedio del mar y cordillera, y luego ir continuándola por el mismo rumbo hasta poblar a Osorno, ciudad antigua, asentando poblaciones en distancia de doce leguas una a otra, para que diesen la mano y ausiliasen mútuamente. Las poblaciones podian ser ocho, cada una de cuatrocientos hombres, y así con tres mil doscientos que no harian ninguna falta en nuestras tierras y en las de indios, irian a hacerse de buenas heredades quedando éstos en estado de perfecta sujecion. La razon

de esto es que como los indios no mantienen fortalezas para su seguridad, ni aun viven en poblaciones, sino en cabañas dispersas como les parece mas cómodo para sus siembras y crias, debian estar necesariamente dominados de la fortaleza o posesion que les cayese en su vecindad. Pues si ordenase el comandante español alguna cosa, era fácil hacer prestar total obediencia, con enviar o traer preso al que fuese proterbo, y darle algun castigo. Bien claro nos muestra la esperiencia que en cualquiera parte del mundo se hace obedecer una fortaleza con un presidio conveniente de todos los adyacentes, villajes, y de los que estan en cualquiera otra forma indefensos en su cercanía, ¿pues por qué no habia de ser lo mismo entre los indios?

Ni este proyecto debia tenerle a S. M. otro costo que el que se espendiese en la fábrica de los fuertes y en dar a los pobladores algunas armas que entrando apercibidos de ellas, y ellos en el número que se ha dicho, no tendrian que temer los insultos de los indios por ser muchos en cada fuerte armados y sobre aviso para contra minar las asechanzas y tratos sediciosos. Dotados de casa y heredades y como dueños de las poblaciones, se cautelarian del riesgo de perder todo esto con aquel conato con que se defienden los altares y los hogares, con lo cual se obtendria con certeza un medio eficaz y permanente de la total subordinacion de los indios, que puestos sobre este pié obrarian todo lo que se les mandase de parte del rei y de la Iglesia, se les impedirian su ócio, embriagueces y las atrocidades que en ellas cometen: serian reducidos a vida hábil en poblaciones, y se les quitarian las armas con que pudieran adiestrarse a rebelion y los caballos que a mas del uso que les presentan en la guerra son siempre ocasiones de que anden vagantes de casa en casa, y de festin en festin. Así reducidos a una vida quieta y estable, esa misma les habia de facilitar el pasarla honesta y laboriosamente como por las mismas causas vemos que los indios del Perú emplean bien el tiempo. Porque como no hai cosa mas pesada para el hombre que la perpétua ociosidad, cuando le faltan los pasatiempos se va naturalmente a los ejercicios útiles, aunque sean de trabajo; y ayudada esta natural propension con la industria y gobierno español, tendriamos en breve en los indios labradores, pastores y oficiales de todas artes mui útiles al público; y como tienen tierras tan gruesas y agradecidas, habiendo quien las trabajase, se habia de seguir necesariamente la sobra demantenimientos, y de la sobra baratura, es consiguiente que mudasen muchos de aplicacion, pasando al ejercicio mas útil de trabajar las minas que se hallan riquísimas en la Imperial, Puren, Villarica, Osorno, Valdivia, y se descubrirán otras tierras que como dijo un esperimentado autor, son una lámina de oro. De esta conveniencia, se seguiria ésta otra no ménos útil, que los indios que ahora quedan en sus tierras, solo por huir del español y del trabajo, viendo que uno y otro se habian introducido en sus mismas casas y que ya no les podian servir de reptáculo de su ócio y vicios, ni en su tierra quedaba para ellos mas atractivo que en otras poblase estenderian muchos por todo el reino: en donde, como no se les ha-

bia de consentir que viviesen a su antojo, ni en pereza ni holgazanería, necesariamente deberian aplicarse a la labor de la agricultura, artefactos y minas de estas innumerables que hoi no se benefician y que apénas dan su costo, como que siendo los obreros pocos, estan mui caros y se va todo en jornales: entónces dejarian logro trabajándose con jornaleros baratos por ser muchos.

Mas esta mejoria no solo habia de seguirse en la cantidad de las obras y artefactos convenientes a la vida civil, sino en la misma calidad de los indios, para cuya intelijencia es menester suponer que el indio aspira con ambicion a parecer y ser reputado por español, como que nuestra nacion es la dominante en el pais, y así el indio mas arrogante y que mas altamente juzga de sí mismo tiene por grande honor recibir en matrimonio a la mas mísera españolita. Y lo mismo sucede si un español de baja suerte y nacimiento pide la mano de esposa a una india principal, que aunque sea hija de cacique, se la conceden con la complacencia de que reciben merced en la nueva alianza, y de que meten la honra en su casa. Por eso, reducidos del todo a la vida civil y gobierno español, habia de emparentar lo primero de los indios con lo mas humilde de nuestra nacion, y los hijos, y mucho mas los nietos de ahí adelante se habian de llamar españoles: como que la denominacion se toma de la parte mas principal. Esto habia de suceder naturalmente con los indios e indias blancas que son innumerables: fuera de su natural propension al español, de cuya descendencia se precian, era mas facil que por la semejanza, se españolizasen, como dicen los alquimistas de la transmutacion de los metales, que se ejecuta mas bien y mas prontamente en los mas semejantes. Todas estas importancias nacen de la ejecucion del primero y fácil proyecto de plantar pueblos de españoles en tierras de indios, y todas se infieren como consecuencia necesaria, de cuya verdad no se puede dudar prudentemente, y así aun ántes de suceder, parece que se ve hecho y que se ve pintado vivamente en la imajinacion el hermoso y magnífico teatro de la entera sujecion de los indios a las reales órdenes; de la vida civil entablada entre ellos; del empleo que se habia de hacer de su robustez para el trabajo en la elaboracion de los oficios mecánicos; de la abundancia que debia seguirse al reino con los afanes de la agricultura; de la riqueza con la utilísima estraccion de los metales; y del aumento de los vasallos de S. M. por medio de los casamientos de ambas naciones, cuyos hijos fuertes y leales serian la mayor defensa del reino y de la relijion.

CAPITULO XXVIII.

Conclusion de esta materia.

La conveniencia que por principal he querido tratarlo en lo último, es la perfecta reduccion de los indios a la fé católica sinceramente profesada y otros cristianos ejercicios constantemente que habian de seguir-

se de los principios asentados. Para esto conviene entender que los indios no tienen la resistencia que otras naciones bárbaras e infieles para recibir y abrazar la fé, como que no profesan otra creencia contraria a la verdadera, pues no reconocen alguna deidad finjida, ni dan adoracion a alguna de las criaturas corporales, o incorpóreas, como hemos dicho atras; y si son adustas, no es por conocimiento positivo erróneo con que rechasen la creencia del sumo hacedor, sino por pura ignorancia e infidelidad negativa: y aunque de esta infidelidad y oscuridad toma el demonio ocasion de hacerles creer varias supesticiones, siendo este enemigo del hombre como las arañas que tejen mejor el dia nublado, con todo eso nunca ha llegado a conseguir de ellos que le rindan culto como a deidad, ni que le ofrezcan sacrificios como a hacedor de la vida y la muerte, de lo cual se sigue, que cuando se les habla del hacedor de todas las cosas con claridad y ejemplos manuables, apropiando la esplicacion a su intelijencia, se hacen cargo de la verdadera doctrina con admirable docilidad, y esta semilla de la palabra divina, no solo nace y arraiga en sus corazones, sino que rinde el fruto, ya trijésimo, ya sexajésimo, y aun centésimo, segun la calidad del terreno en los indios sujetos a las plazas españolas que por estarlo, tienen los misioneros la facultad de llamarlos a son de campanas, de inculcarles la doctrina del cielo y de correjirles sus obras y acciones culpables con algun castigo paternal. Porque se ve esta sujecion en los indios de Santa-Fé, de San Cristóbal, de Santa-Juana, de Talcamávida, de la Mocha, de las cercanías de Arauco, y Valdivia, y del archipiélago de Chiloé en los Cabos españoles y padres misioneros que trabajan en su cultivo espiritual constantemente, florece tanto en ellos el cristianismo como entre los mejores y mas pios españoles. Pues pónganse todos en las mismas circunstancias, y se verá tanto fruto en todos ellos que sea sumo agrado de la vista, la de tantas y maduras y doradas mieses y gustosa fatiga de los bravos mas valientes. Su recaida han tenido muchos (no lo niego) de estos indios por duros y obstinados, por cuanto no obstante las annuas espresiones de los padres misioneros por sus tierras, no se debe reforma considerable en sus malas costumbres. Pero los que tal discurren parece que no conocen el espíritu del barbarismo, pues quieren que quede del todo ganado un indio con sola una plática que le hace el misionero en todo el círculo de un año. El entendimiento y voluntad de un bárbaro no se expugna como las plazas por asalto; es menester, digámoslo así, rendirlos por un largo asédio, que le ponga y mantenga la constancia y la paciencia. Aquel divino dueño de la viña, solo se quejó de su ingratitud y esterilidad, cuando despues de años de plantada, cultivada, cercada en rededor, y puesta en ella un lagar al tiempo que era deuda dar fruto, dió solo agraces, porque si hubiera habido mejor beneficio, tambien hubiera habido menor motivo a la queja, pues espanto es que un indio puesto en libertad de obrar a su antojo en ocasion de innumerables vicios y entre mil ejemplos malos, se deje arrastar de ellos y de la mala inclinacion. En muchos parajes

de este reino que habitan los españoles con poca asistencia de los párrocos por estar distantes, no se ven muchos ejemplos cristianos, ni señales de una vida ajustada, ántes motivos para conocer y llorar lo que se desboca el hombre cuando está dejado así mismo, pues no tengamos por tan execrable en los ajenos lo que vemos ser tan de ordinario en los propios, y persuadámonos, que todos y de todas naciones heredamos de Adan tanto sus miserias, como sus malas indignaciones: y que si tuviéramos tan pocas asistencias espirituales como los indios, tambien fuéramos lo que ellos son, como al contrario que estando ellos tambien socorridos de padres espirituales como nosotros, este socorro no se les luciera ménos en el aprovechamiento.

LIBRO SEGUNDO.

Contiene la primera entrada de los españoles en Chile.—Los bandos de los Pizarros y Almagros.—La sangrienta batalla de las Salinas.—La muerte de Almagro y su elojio.—La justicia hecha en Juan de Samaniego.—La venida de Pedro de Valdivia a Chile.—Fundacion de la ciudad de Santiago.—La revolucion de los indios, y sitio que pone a Monroi.—La reñida batalla que tiene Valdivia con los indios.—Pláticas perniciosas de algunos soldados, y su castigo.—Viaje de Alonso Monroi al Perú con varios sucesos.—Rebelion de los indios de Quillota.—Fundacion de la ciudad de la Serena.—Sucesos del adelantado Pastene y de Antonio de Ulloa.—Ida de Pedro de Valdivia al Perú, y sus varios sucesos hasta su vuelta a Chile.—Sublevacion de Pedro de Sanchez, y su muerte.—Rebelion de los indios de Coquimbo, y su castigo.—Batalla reñida en los campos de Andalien.—Cotejo del valor de los indios chilenos con él de los romanos.—Fundacion de la ciudad de la Concepcion.—Batalla entre indios y españoles; y favor singular del apóstol Santiago.—Fundacion de la Imperial.—Venida a Chile de los R.dos P.P. predicadores, y memoria de varios ilustres varones de esta sagrada relijion.—Fundacion de Valdivia y de la Villa-Rica.—De los fuertes de Puren, Tucapel, Arauco y de la ciudad de Angol.—Ida de Jerónimo de Alderete a España, y de Francisco de Aguirre a la conquista de Cuyo.—Reflecciones sobre el número de ciudades y pueblos que fundó Valdivia.—Rebelion de los indios y sitio que ponen a Arauco y Tucapel.—Salida de Valdivia a pacificarlos.—Desgraciada batalla en los campos de Tucapel, en que muere Pedro de Valdivia, y su elojio.—Otra batalla sangrienta en la cuesta de Marihuenu.—Abandono de la ciudad de la Concepcion.—Sitio de la Imperial y Valdivia, y contajio de viruelas en Chile.—Nombramiento hecho en Villagra de correjidor y justicia mayor del reino.—Segunda reedificacion, y segundo aban-

dono de la Concepcion.—Salida de Lautaro contra la ciudad de Santiago.—Asalto.—Queda Villagra vencedor de Lautaro con la muerte de éste.—Entrada de los R.dos P.P. de la órden Seráfica de Chile; y memorias de muchos de sus esclarecidos varones.

CAPITULO I.

Entrada de los españoles en el reino de Chile.

Han sido tan estraordinarios los sucesos de la guerra en Chile, que no es fácil la resolucion de si son de gloria o de ignominia para las armas españolas, porque a primera vista parece haber quedado estremamente desairado el valor y oscurecida la fama de una nacion, cuyos hechos heroicos han llenado de asombro los espacios del mundo, al verlos reprimidos y aun sobrepujados por unos bárbaros, sitos en un ángulo de la tierra, e ignorados del todo, hasta que la noticia de sus hechos envuelta en el pasmo llegó a todas las partes por donde jiran los vuelos de la pluma, o se escuchan los vuelos de la fama, porque nadie se persuadirá que los españoles, terror en un tiempo del imperio romano que estaba en su mayor pujanza, y despues señores de gran parte de él, y conquistadores de dos nuevos mundos, hallasen en los indios chilenos, ni muchos, ni armados, tanto contrapeso a su valor y fortuna, que despues de muchos años de empeñada guerra, quedase Marte dudoso a que partido inclinarse, e indecisa la suerte y nombre de vencedor. Quien considerase en este estado en el mas retirado ángulo de América a los domadores de las otras tres partes del mundo, no podria ménos que persuadirse que aquí se oscurecieron y eclipsaron todas las glorias de España, y esta nacion triunfante y gloriosa, traspasó el mérito y nombre de tal en los famosos chilenos; pero bien miradas las cosas, éste que parece ocaso de la gloria española, es su repetido mas claro oriente, porque nunca se vé mas acendrada la ciencia de la guerra, el valor y ardimiento que cuando hallan en los enemigos el contraste de iguales fuerzas o virtudes espirituales, y así estan tan léjos los españoles de haber quedado deslucidos a la valiente resistencia de los chilenos que debieron ponerlo entre sus mas esclarecidos títulos como algunos famosos romanos tomaron el renombre de africanos, macedonios, numancios, para esclarecer los apellidos de su prosapia con los que añadian de las naciones reveladas; por eso se les debe estimar a los indios chilenos, la constancia en defender su libertad, el teson en mantener la guerra, y el increible ardimiento en las batallas; así por lo que hizo sobresalir él de nuestra nacion, como porque la resistencia que han hecho ámbas armas y la necesidad de la guerra esterna, puso a los nuestros en precision de mantenerse mas unidos para no dar ocasion a las tristes resultas de las guerras civiles, nunca bastantemente detestadas. No han faltado en este reino descontentos de la fortuna propia, y envidiosos de la ajena ni ánimos, o furiosos para la venganza, o ambiciosos

de fabricar su exaltacion aun sobre las ruinas de otros, las cuales causas fueron en los dos imperios del Perú y Méjico, malignas centellas que causaron los funestos incendios de las guerras de unos españoles con otros, los cuales cuando no hallaron enemigo estraño con quien pelear, volvieron las armas con loco furor contra sí mismos, y de ellos murieron afrentosamente a manos de la venganza y de la ambicion, los que sin eso hubieran subido prósperos, o hubieran muerto gloriosamente en defensa de la relijion o aumento de la patria. Pero en Chile, el valor del indio enemigo, tuvo a raya al aliento español, y la guerra estraña fué impedimento de la guerra intestina, y si la memoria nos acuerda la muerte de valientes soldados y espertos capitanes lastimosamente en el furor de las batallas con los estraños, no nos representa la afrenta de haber muerto hechos víctimas sacrificadas a la envidia de los propios: todo lo cual se verá en la série de los acaecimientos bélicos que voi a espresar con la dilijencia y verdad a que soi obligado.

Ya consta a los que han manejado las historias del Perú, en especial la del Inca Garcilaso que anda en manos de todos, como se comenzó y prosiguió la conquista de aquellos vastos dominios, consistiendo la suma de los medios para ella en los ánimos y hacienda de Hernando de Luque, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, triunvirato que de ser mas famoso que el primero de los romanos por Pompeyo, César y Craso y el segundo por Octaviano Augusto, Marco Antonio y Marco Lépido, pues los primeros enflaquecieron la república con la desunion, y los últimos la arruinaron; mas el triunvirato español fué para el mayor aumento de la monarquía, a la cual dieron ensanches tan increibles que como afirmó un autor de mucho crédito, es veintidos veces tan grande que lo que fué el imperio romano. Tambien se sabe que al tiempo de amagar la discordia y emulaciones entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro, sobre la posesion del Cuzco, se apasiguaron con la merced que el emperador Cárlos V de este nombre en el imperio de Alemania, y primero en la monarquía de España hizo a Diego de Almagro, su data en Toledo, año de 1534, para la conquista y pacificacion que habia de hacer con título de mariscal desde los Chinchas, donde finalizaba la conquista de Pizarro hasta doscientas leguas de tierra adelante: así comienzo la relacion de la conquista de Chile, omitiendo noticias inconexas y prolijas, para no incurrir en el defecto que detestan hombres de jucio, de tomar el principio de la historia de cosas tan separadas o remotas que cansan toda la cabeza de los lectores. Por lo cual yo, huyendo de semejantes impertinencias, dejaré a Francisco Pizarro y sus cosas para que se lean en Garcilaso o en Herrera o en quien mas gustasen los lectores desocupados, y diré de Almagro su entrada a Chile, acciones en él, su vuelta al Perú, su muerte en él y elojio, como que fué el primer personaje que hizo papel en el argumento de nuestra obra. Estando, pues, Diego de Almagro para tomar posesion del Cuzco, en nombre y por los poderes que le habia dado Francisco Pizarro, comenzaron los malcines que no faltan en semejantes ocasiones, a sembrar discordias y compe-

tencias entre estos dos amigos íntimos y grandes capitanes, sujiriendo a Pizarro que hacia mal en entregar en confidencia a Almagro la gran capital de aquel imperio, cuando el confidenciario alegaba a ella derechos, y cuando tenia fuerzas y partido para hacerse a sí mismo justicia, y adjudicarse lo que juzgaba ser suyo, que no se fiase en la amistad, porque siempre se dividen aquellas en que se interponen el interes; que fuese Almagro en hora buena su amigo; pero que el mas fino y leal, lo es mas para sí mismo, que para otro alguno; que no era sano consejo poner a contijencia lo que era tan importante y poseia con seguridad, que quien perdia lo que puso a riesgo por su arbitrio, no podia acusar su fortuna, sino a su imprudencia. Estos discursos sediciosos pronunciados con maña y artificio, eran capaces de inducir a desconfianza a un ánimo mas confiado que el de Pizarro, y con exceso a él que aunque por su natural sincero, adoptaba por suyas las malicias ajenas, y era celosísimo de su mando y autoridad; y así, sin interponer dilaciones en negocio que le parecia de suma urjencia e importancia, despachó su espreso, revocando los poderes que habia dado a Diego de Almagro, para tomar en su nombre la posesion del Cuzco. Era Almagro de corazon en estremo magnánimo, de pensamientos reales, y de aquella calidad de hombres que no sienten tanto alguna otra pérdida, como la del pundonor; y así es cosa, sin duda, que se hubiera puesto con mano armada a la descortesía de Pizarro, y hubieran comenzado desde entónces las guerras civiles que despues vió el Perú con tanto escándalo como lástima, si por lo presente no serenara la tempestad que iba a levantarse y calmara la turbulencia de los ánimos la cédula y merced real para que Almagro tuviese por conquista suya las tierras que caian al antártico. Con esto omitida por entónces la pretension del Cuzco, puso Almagro la mira en la conquista de Chile, cuya opulencia de oro y plata habia llegado al Perú, bien parlada y encarecida de la voz de la fama: alistó jente en el Cuzco para la jornada; y para que los soldados se apercibiesen de armas, caballos y el competente equipaje, mandó sacar de su recámara ciento y ochenta tercios de plata acendrada de a seis arrobas, y veinte de oro para que sus mayordomos los distribuyesen dejando al arbitrio de los que lo recibian hacer caucion, o no restituirlo: galantería asombrosa en un particular que se puede sacar al cotejo con las de Alejandro Magno y de don Alfonso por antonomasia el magnánimo; pero en don Diego era esta largueza tan natural, que como se cuenta del emperador Tito, que se llamó delicias del jénero humano, no le parecia tener buen dia, sino cuando hacia grandes beneficios y liberalidades. Se refiere en particular que estando para fundir una carga de anillos de oro, le pidió uno Juan de Lupe, y el mariscal le mandó sacar cuantos pudiese con ámbas manos, añadiéndole cuatrocientos pesos y una olla de plata de peso de cuarenta marcos, y que tenia por azas dos cabezas de leones de oro de valor de trescientos cuarenta pesos. A un tal Montenegro, que le presentó el primer gato que pasó al Perú le dió seiscientos pesos: a Diego de Agüero, que le dió la primera noticia de la

muerte del emperador, le correspondió con siete mil castellanos de oro. Algunos llamaron esto, profusion; pero si es vicio, tiene mas semejanza con la virtud de la liberalidad, que la torcida avaricia que hace al avaro despreciable y odioso, ni se puede llamar mas señor de su hacienda, que los cofres en que la guarda. Esta largueza de don Diego, su agasajo y términos comedidos, eran el mas poderoso atractivo de los ánimos; y así por esto, como porque en el Cuzco no le faltaban conveniencias, se las prometia mayores en Chile su esperanza. Siguieron la fortuna del mariscal trescientos infantes y doscientos caballos y Marco Inca, señor de aquel agonizante imperio, le concedió para su asistencia a su hermano Paullu Inca y al sumo sacerdote Villac Umu, con quince mil peruanos; con esta jente partió el mariscal del Cuzco en 1535, dejando en él a Rodrigo Ordoñez para que le siguiese con nueva recluta de soldados españoles, y enviando adelante tres soldados españoles con algunos peruanos mandados por el Inca Paullu y el sumo sacerdote para que le fundasen una villa a las doscientas leguas del Cuzco, la cual edificaron en Pária. De Pária salió el mariscal para Topisa, cabeza de la provincia de los Chinchas, en donde le regaló el Inca-Paullu noventa mil pesos en oro que venian de Chile por parte del tributo anual que pagaban al emperador del Perú.

A los tres españoles que acompañaban al Inca, se juntaron otros dos desmandados; y todos llevados de curiosidad o ambicion de otro afecto ménos bien reglado, se dieron a descubrir nuestras tierras con mas animosidad que consejo, lo que les costó la vida llegando a Jujui, tierra poblada de jente comedora de carne humana, y aunque se dice que la vendieron bien vendida, yo no me atrevo a afirmarlo por no constarme del hecho, teniéndolo ántes por invorosímil, y por sospechar que es ésta alguna de aquellas exornaciones que usan los historiadores con mas licencia que verdad. El adelantado determinado a vengar la muerte de los españoles, envió contra los de Jujui al capitan Salcedo con sesenta hombres entre peones y caballos, quien halló al enemigo tan bien atrincherado y con tanta jente animosa que no le pareció acometerlo sin pedir mas socorro. Se lo envió el adelantado con Francisco de Chaves, y cuando pensaban los dos capitanes desalojar al enemigo y dejarlo bien castigado, otro dia de mañana determinaron los indios prevenir el riesgo retirándose de noche de su alojamiento a lugares impenetrables para los que iban de paso; pero no ejecutaron su retirada sin una accion memorable que dejase acreditado y temido su aliento. Acometieron al irse el cuartel de don Francisco de Chaves, y como no estaba guardado con tanta vijilancia como requieren las puntualidades de la guerra, la vecindad de un enemigo que ya habia muerto cinco españoles, quitaron la vida a algunos y a muchos indios de los aliados: escarmiento que enseñó bastante que en la milicia no hai cautela sobrada y que no hai enemigo pequeño cuando lo hace poderoso aliándose con él nuestro descuido. De Jujui salió nuestro mariscal algo desabrido, porque la precision de marchar le obligaba a dejar sin castigo una osa-

día reiterada. Caminó llevando la vanguardia y la retaguardia Noguerol de Ulloa; así llegó a Chacuana, en donde se le ofreció una pequeña accion con los habitadores que halló armados, a quienes humilló de paso la arrogancia aunque con algun riesgo de su persona, pues peleando le mataron el caballo; y bien se deja entender que el grande ánimo de don Diego se dejaba lisonjear de los riesgos, pues él tuvo mayor entre doscientos de a caballo que pelearon, y que los indios miéntras mas cercanos a mayor altura del polo, eran mas briosos de ánimo y de cuerpo mas robustos, pues si fué señal de grande aliento acometer a los españoles en sus mismos reales como en Jujui, y hacer mortandad en ellos, mayor hazaña fué combatir con todo el campo en Chacuana, y haber estado cerca de rendir o matar al mismo jeneral.

CAPITULO II.

Del pasaje de la cordillera hecho por los españoles; primeras esperiencias del valor de los indios chilenos, y vuelta del adelantado al Perú.

Partidos de Chacuana los españoles, prosiguieron su camino por parajes yermos y estériles, y como era el campo español de quinientos hombres, y los indios aliados muchos millares, se comenzó a sentir el hambre mas que medianamente; pero cuando pensaron hallar remedio para ella, se vieron empeñados en el paso de la cordillera que es tan difícil como lo hemos pintado en el libro antecedente. No espresan los que tratan de este pasaje en que estacion del año lo ejecutó; pero bien se entiende que no era en el corazon del invierno, porque hubieran perecido todos: ni en verano porque hubieran peligrado mui raros, pues murieron tantos como se dirá en el viaje del adelantado, y mas a proporcion en el de Rodrigo Ordoñez que pasó despues. Es forzoso persuadirnos que pasaron a entradas de invierno, cuando conforme de dia en dia menguan los soles, se aumentan las nieves y las dificultades. Ninguno podrá hacer justo concepto de las que vencieron los españoles en el tránsito de esta gran cordillera, ni la fea mortandad de hombres y animales que en ella se padeció, sino quien hubiere leido la relacion que hace la historia romana de todos los varios y penosos accidentes de las muertes y calamidades que esperimentó el campo de Aníbal en el paso de los Alpes, montes, que aunque mui soberbios, de mucha ménos elevacion y atravieso que la cordillera de que hablamos. En efecto, a excepcion de la oposicion enemiga que esperimentó Aníbal y no el adelantado, todo lo demas fué aquí mayor, el angustia del hambre que se hizo sentir dias ántes de emprender el pasaje, la intensidad del frio como en montes de mas elevada cumbre, la estrechez de las sendas, la profundidad de los precipicios, y el estar estos traidoramente ocultos con la nieve que los hacia inevitables con esconderlos especialmente los indios, como nacidos y creados en climas ardientes, y que usan ménos defensa contra el fierro. Perdian el aliento al verse

metidos en aquellos montes de nieve, conjurándose contra aquellos míseros el hielo con pavor con el frio de las nieves, y así perecieron de ellos tantos que de quince mil que traia el Inca Paullu, escaparon cinco mil solos: de los españoles fué la pérdida mas sentida, como que era su vida mas importante. Faltaron de ellos ciento y cincuenta, y treinta caballos: daño de mucha consideracion en tiempo que un español valia por ciento, segun lo que obraba, y un caballo no se compraba en ménos de dos mil pesos. Todos estos murieron, parte traspasados de frio, y parte despeñándose en profundas cismas, y aun no bien muertos se veian sepultados lastimosamente bajo de inmensos montes de nieve; de los que salieron con vida, algunos sacaron ménos algunos miembros: unos perdian los miembros de los piés, otros los de las manos, y algunos con mayor daño la vista. A Rodrigo Ordoñez que pasó, como se apuntó, poco despues del adelantado, se cayeron las uñas miéntras mantenia el palo de un toldo que se estaba armando, y hubiera sido mayor el daño si advertido de él no hubiera retirado prontamente la mano; poco despues de Ordoñez pasó Juan de Errada, quien conjeturo que padeceria ménos, pues no hallo cosa escrita de particular daño suyo. Si es buena la conjetura, debe de atribuirse o a que pasó en primavera, cuando la actividad de los soles disminuye la intensidad del frio o a que la poca comitiva la dió facultad de abreviar el tránsito y de usar él y su tropa de mas copioso alimento que es la mejor defensa contra los frios en estos trabajos y otros mayores que se deja discurrir, pero que no podemos espresar por no hacer descripciones imajinarias de lo que no nos consta. Llegó el mariscal a Copiapó, valle hermoso, fértil y poblado, que es el primero que se ofrece a los que bajan la cordillera por aquella parte. Despues que se alentó la jente y cabalgaduras con la copia de alimento, hizo el mariscal un acto de piedad con el desposeido señor de aquella tierra y un acto de justicia con el usurpador. Era éste tio del príncipe lejítimo que la tutela del sobrino que debia ejercitar con piedad y justicia, la habia convertido en tiranía: y no solo intentaba despojar perpétuamente al lejítimo señor de sus dominios, sino que maquinaba cruel y traidoramente contra su vida, y hubiera llevado a cabo sus malvados propósitos, a no haberse puesto la fidelidad de parte de la inocencia y la justicia despojada, ocultando al príncipe niño en unas ignoradas cerranias para hurtar su vida de la inhumanidad del tirano. El mariscal que era naturalmente amante de lo justo, luego que se hizo cargo del derecho de las partes, usando del que prescribe la naturaleza para deshacer agravios y para restituir y vindicar a la inocencia y opresion del que mas puede cuando no quiere hacer le que debe, hizo poner en el mando al príncipe lejítimo con increible alegría de los fieles vasallos, en quienes la no merecida calamidad de su dueño, habia dado nuevos quilates a la lealtad y subido a mas grado el amor. Y luego procediendo contra el mal tutor sumariamente y de plano al uso militar, resultando culpado le quitó con la vida la tentacion de captar otra vez el ajeno señorío. Aquí recojió el Inca Paullu trescientos mil ducados de

oro, y los presentó al mariscal, quien usando de la largueza a que propendia su jénio, mandó juntar sus capitanes y soldados, y despues de romper a vista de ellos sus obligaciones que le hicieron en el Cuzco, diciéndoles que se daba por bien pagado de las cantidades que rezaban, les repartió todo aquel oro con que los dejó obligados en modo mejor y mas seguro aprisionándoles los ánimos con aquella dulce cadena en que los fuertes eslabones son los beneficios, y se ofrecieron de nuevo a acompañarle en todo trance hasta morir, si fuese menester por su causa, como en efecto lo cumplieron pereciendo muchos de ellos en la lastimosa batalla de las Salinas con mas fidelidad que ventura. De Copiapó salió el mariscal para el Huasco, no obstante que Juan de Prado le trajo los despachos de S. M. en que estaba confirmada la merced de su conquista, y que en la misma ocasion recibió muchas cartas del Perú que le aconsejaban su regreso del Huasco. Pasó a Mapocho donde está ahora la ciudad de Santiago, y no parece que hubo intento de guerra por entónces entre los indios naturales del pais, aunque belicosos, quizá por estar domados con las armas, y mas con la política de los Incas. De Mapocho se adelantó a la otra parte de los rios Maipo y Cachapoal, y algunos dicen que llegó hasta Maule; hácia estas partes habia asentado su campo cuando tuvo noticia como se juntaban con los promaucaes, indios fuertes y audaces, y que habian interrumpido el violento curso de las conquistas de los incas los indios Cauquenes, Perquinlauquenes y costinos, hasta en número de veinticuatro mil valientes y de nativa altivez, aumentada con las victorias conseguidas contra los ejércitos peruanos; sin embargo, el mariscal conociendo que en la felicidad de la guerra tiene mucha parte la fama, y que vencidos los de la opinion, se rinden los cuerpos a ménos costa, quiso dar a conocer a los indios la valentía de los españoles, y que ahora las habian de haber con varones fortísimos mui diversos de los indios peruanos; y así mandó a los suyos con acordarles los blazones de la nacion victoriosa muchas veces de mayor número de bárbaros. La bondad de la causa que tenia por mira la dilatacion de la fé, esterminio del paganismo, y aumento de los dominios de España. La ventaja de las armas de fuego y de los caballos que habian de ser de mayor terror entre jentes que del todo desconocian estos instrumentos de batallar, embistió a los indios que habian ocupado un ventajoso terreno en la inmediacion de rio Claro. Mandó que diesen su primera descarga los flecheros y honderos peruanos que le franqueó Paullu Inca, sacándolos de los presidios; pero siendo éstos de poco provecho para pelear con indios tan bravos como los chilenos, acometió el mariscal con sus españoles, obrando todos hazañas dignas de saberse mas distintamente para esplicarse mejor, logrando todas las oportunidades de hacer sobresalir la ventaja de sus armas, el ardimiento de sus caballos y su mejor milicia; pero éstos se hacian mejor lugar en la admiracion de los indios que en el miedo, mostrando desde entónces que aquella primera funcion era de mal auspicio para nuestras armas, y cuan valiente enemigo se le prevenia al poder español para competirle

la gloria del esfuerzo, porque hallaron aquí tanto valor como el que traian; y así aunque ganaron la batalla, fué la victoria mui sangrienta, comprada a costa de muchas vidas y con riesgo de la reputacion. Con el suceso de esta batalla y otras en que conocieron los españoles que los laureles de los triunfos no les habian de crecer, sino regados con mucha sangre propia, entraron en consulta, en la cual tuvieron entónces la cédula de S. M. y las cartas del Perú, la eficacia para persuadir la torna vuelta que no habian tenido ántes cuando no entraba en el acuerdo por consejero el temor. Así lo determinaron a su parecer con prudencia, y lo erraron con infelicidad; pues en el Perú en donde pensaron hallar los medios de su exaltacion, encontraron los instrumentos de su ruina. Mas acertarian los hombres, si cuando deliberan sobre los principales actos de su vida, trajesen a consideracion la falencia de las amistades, y los riesgos de la imajinada seguridad. Por no hacerlo así el infeliz don Diego, la bonanza se le volvió en tempestad, y el mas obligado amigo, en el mas cruel verdugo. Determinó, pues, dejarse llevar de halagos traidores de sus esperanzas, lo cual no era otra cosa que caminar por su pié al ocaso de su dicha y de su vida, y obedecer la necesidad de su hado. Partió de Chile con su campo y llegó al Perú, donde con los poderosos y armados se desdeñan de sujetarse a las leyes. Las contrarias pretensiones de don Diego de Almagro y don Francisco Pizarro sobre la posesion del Cuzco, se hubieron de decidir en el tribunal de las armas, como si la violencia pudiera ser crédito de la razon; y el mariscal para apoderarse de aquella capital, de grado o por fuerza, llevó consigo cuatrocientos y cincuenta españoles que le habian quedado aun despues de las pérdidas pasadas. Por este tiempo, pocos meses ántes, habia comenzado Manco Inca a hacer guerra a los españoles con el fin de recobrar su imperio y la misma capital, dentro de la cual habia tenido sitiados por espacio de ocho meses a doscientos soldados gobernados por los tres hermanos Pizarros, Hernando y Gonzalo y de Gabriel de Rojas, Hernando Ponce de Leon, Alonso Enriquez y el tesorero Riquelme. Ya estaban los indios, o cansados de combatir con hombres tan fuertes y constantes, o rendidos a los prodijios del cielo hechos a favor de los fieles, como escriben autores de mucha refleccion (ni parece que humanamente era posible defenderse doscientos hombres de doscientos mil bárbaros) cuando la venida del campo del mariscal que pensaron los indios era contra ellos, fué causa de que determinasen el alzar el sitio, o de que hiciesen con algun color de honra y menor apariencia de vencidos, lo que ya tenian determinado. Manco Inca se apartó a las naturales defensas de sus montes, y el mariscal llegó a sentar sus reales en las cercanias del Cuzco. Desde aquí envió a requerir a Hernando Pizarro que le entregase la ciudad que pertenecia a su gobierno, él que le respondió que él entendia lo contrario, que caia dentro de los términos de la gobernacion de su hermano, y que así él la habia recibido de dicho su hermano, haciendo pleito omenaje de tenerla en su nombre, y de no entregarla sin su mandato.

Prosiguieron los mensajes de una y otra parte, y cuanto mas se continuaban, tanto mas se disminuian la cortesía, y se aumentaban los términos de amenaza y desafío. De modo que se veia bien claro que las cosas caminaban a pronto rompimiento. Este se atajó entretanto por la prudencia y discrecion de Diego de Alvarado, caballero de suma honra, mui afecto al bien comun que preveia, y lamentaba los daños de la guerra civil, y por eso estaba lleno de máximas pacíficas, y era afecto a los dos partidos. Por consejo de tan buen mediador, determinaron que Hernando Pizarro escribiese a su hermano Francisco dándole parte de la llegada y pretension de Almagro, y que entretanto se mantuviesen en paz.

CAPITULO III.

Lo demas que pasó entre los dos bandos hasta la prision de Alonso Alvarado; trátase del jénio de este hombre, y de los males que ocasionó.

Segun lo pactado entre las dos partes, se despachó el espreso a Francisco Pizarro; pero pareciendo a los de Almagro que tardaba mucho la respuesta, y que esto era indicio de que Pizarro no se disponia a conceder, sino que entretanto que los dejaba adormecerse con vanas esperanzas, prevenia aprestos de guerra, ajitados del mal espíritu de discordia y ambicion, determinaron prevenir al enemigo y acometer a los Pizarros que estaban quietos en el Cuzco, sobre el seguro de las treguas. ¡Malo y pernicioso acuerdo! que acarreó el mayor daño a sus mismos autores. Tuvo Hernando Pizarro alguna noticia de lo que se maquinaba en el campo del mariscal; pero ni desconfiando del todo de un caballero, ni confiando del todo de un enemigo, lo halló el acometimiento de los de Almagro ni mui prevenido, ni mui descuidado, y armados él, su hermano Gonzalo, sus huéspedes y criados, salieron a la puerta de su posada a defender la entrada a los contrarios. Los cuales como hallasen mas valiente resistencia que la que habian imajinado, acudieron a otro modo de hostilidad, que fué quemarles la casa, que era una de las mayores de aquella ciudad, con que los sitiados para no morir quemados, acordaron que era necesario entregarse, y quedaron presos los Pizarros, Hernando y Gonzalo, sus deudos, amigos y principales de la faccion. Francisco Pizarro estaba tan ajeno de lo que pasaba en el Cuzco, que suponiendo continuase el sitio que a esta capital habia puesto Manco Inca, envió en socorro de sus hermanos al mariscal Alonso de Alvarado con trescientos hombres, quien solo supo la no esperada novedad de la llegada del campo de Almagro y el retiro del campo del Inca poco ántes de llegar al puente del rio Amancay; por lo cual asentando allí sus reales, envió con la mayor dilijencia un mensaje a Francisco Pizarro con noticia de lo sucedido en el Cuzco, y pidiéndole órden de lo que debia ejecutar. Cuando supo Almagro de la cercanía de Alonso de Alvarado, le envió ocho de los principales, proponiéndole algunos conciertos de alianza o de paz; pero Alonso de Alvarado que era de

jénio acedo y duro, prendió a los embajadores, violando el derecho de las jentes y con murmuracion de todo el ejército. Llegóse a esto, que a Pedro de Lerma que habia gobernado en jefe el ejército de Pizarro con merecida alabanza de cauto y fuerte capitan, le quitó, dicho Pizarro el mando ordenando a Lerma que fuese en el mismo ejército mandando una compañía de caballos, con que exacervó el ánimo de aquel varon, hecho a mandar y que sabia hacerlo, el cual determinó dejar en la primera coyuntura aquel partido en que era desestimado su esfuerzo y prudencia militar, y pasarse al de Almagro. Así lo ejecutó mui a satisfaccion de su enojo, pues le llevó consigo cien soldados escojidos y dejó en el campo de Alvarado tan persuadida la opinion del jénio terrible, áspero y sangriento de aquel hombre que apénas se acercó Almagro con los suyos, cuando llegó a él toda la jente de Alvarado, y se vió éste obligado a rendirse con pocos, a quienes mantuvo a su lado mas la vergüenza que la felicidad. Estos perjuicios sobrevienen a los cuerpos políticos de poner en el mando de ellos a hombres descomedidos, de dictámenes obstinados y de resoluciones sangrientas, y que parece nacieron para verdugos, los cuales ignoran que la mas segura defensa de una cabeza, es el fiel afecto de los miembros. Por no sabérselo merecer tuvo Alonso Alvarado tantas funciones desgraciadas: él perdió ésta de que hablamos, vencido sin pelear, y entregado al arbitrio de sus enemigos por el odio de los suyos. El hizo famoso al rio de Amancay con la vergonzosa rota que en él le dió Francisco Hernandez Giron con trescientos cincuenta hombres, cuando Alvarado mandaba mil doscientos; pero quien era tan fácilmente vencido en la guerra, ejecutaba muertes sin piedad despues de ella, como hizo en la ciudad de la Paz, en la villa de Potosí, y en la ciudad de la Plata. En esta última fueron tantos los sentenciados al lazo y al cuchillo que desde fines de junio de 1553, hasta los últimos de noviembre del mismo año, todos los dias feriados se han condenado al patíbulo cuatro, cinco o seis soldados famosos ilustres caballeros, de muchos de los cuales se duda que habian seguido al tirano mas de temor que de voluntad. Aquel Cornelio Sila, sangriento terror de Roma, tuvo un amigo que le impidiese en parte las ejecuciones crueles, con decirle: "si a todos matamos, ¿a quiénes hemos de mandar?" Pero con Alvarado, mas furioso que Sila, no tenian lugar los consejos de la clemencia, y Francisco Hernandez Giron, que se habia hecho sospechoso de tirania y rebelion, viendo de juez a hombre tan inhumano, temió hacer papel lastimoso en aquella trajedia con su muerte; y para evitarla, se levantó al principio como los doce o trece hombres que recelaban lo mismo, hasta que se le juntaron los trescientos y cincuenta que hemos dicho; y así se ve que el temor de la crueldad de Alvarado, fué causa del levantamiento de Giron; y sus modos descorteses y tercos hicieron que sus mismos soldados peleasen desganados y concediesen fácil la victoria al enemigo. Discúlpese esta disgresion que aunque ajena del particular propósito de este capítulo, no lo es del fin universal de la historia, la cual se debe

enseñar con la alabanza de los buenos ejemplos y la detestacion de los malos.

Francisco Pizarro con el primer aviso que tuvo del apretado sitio que habian puesto los indios a la ciudad del Cuzco, envió a pedir socorro a la isla de Santo Domingo, a la Nueva España, a Panamá, a Nombre de Dios, a Nicaragua, Guatemala y otras partes: y como la fama de la riqueza del Perú era ya tan notoria, se halló en breve con mas de setecientos hombres de a pié y de a caballo, y con ellos iba en persona a socorrer a sus hermanos. Mas cuando supo que la guerra no era ya con indios, sino con españoles, considerando que su jente no iba bastantemente armada para batallar con valiente enemigo, acordó dar la vuelta a la ciudad de los Reyes, para apercibirse de mas pertrechos y de mejores armas. Sin embargo, quiso ántes tentar los medios de paz, enviando al Cuzco al licenciado Espinosa, a proponer conciertos mui ventajosos para Almagro, y en especial a ofrecerle que prosiguiese (miéntras que el rei no disponia otra cosa) en la posesion del Cuzco, que habia sido el pomo de la discordia. Pero porque murió andando en esta mediacion el licenciado Espinosa, que era capaz con su acuerdo y discrecion de llevar a cabo este negocio, o porque habia causado alguna hinchazon, indigna de un varon cuerdo, en el ánimo de Almagro el haberse llegado a su partido la jente de Alvarado, no quiso la paz, sino con agregacion de condiciones mas gravosas para los Pizarros, y éstos las juzgaron exorbitantes, se indignaron contra la altaneria de Almagro y determinaron llevar por armas el negocio. Sucedió a propósito de los Pizarros por estos dias que Alonso de Alvarado y Gonzalo Pizarro que estaban presos en el Cuzco con otros cincuenta o sesenta, coechando con largas promesas a los guardias, se soltaron y acrecentaron el ejército de Francisco Pizarro de número y reputacion: así mismo por interposicion de Diego de Alvarado, dió libertad Almagro a Hernando Pizarro, con ciertas condiciones, las cuales como no se cumpliesen a satisfaccion de Almagro, tuvo motivo nuevo para disponer que aquella gran cuestion se decidiese en una batalla. Francisco Pizarro aunque capitan escelente y de acreditado valor, acordó con parecer de los suyos, quedarse en la ciudad de los Reyes y despachar con el mando del ejército a su hermano Hernando.

CAPITULO IV.

Sangrienta batalla de las Salinas en que es vencido el campo de Almagro; su desdichada muerte, de sus capitanes y soldados, y la justicia hecha en Juan de Samaniego.

En la batalla de las Salinas, nombrada así porque se dió cerca de una ciénaga y arroyo a media legua del Cuzco, de que sacan mucha y mui buena sal, mandó en jefe al ejército de Francisco Pizarro su hermano Hernando, y fué su maestre de campo Pedro de Valdivia, uno de los mejores capitanes que a la América bajaron, el cual gobernó el reino de

Chile por espacio de trece años con mucha gloria y murió a mano de los tucapeles con infeliz ventura. El mariscal no pudiendo gobernar sus tropas que llegaba a quinientos hombres, por hallarse doliente de calentura, encomendó el mando a Rodrigo Orgoño (1), capitan pronto de manos y de consejo, y el mariscal para observar la accion, llevado en una litera se puso en una eminencia que dominaba el lugar de la batalla. Orgoño sacó su jente al campo mui de mañana, y la ordenó en escuadron poniendo a una y otra mano sus mangas de arcabuceros. Los capitanes de infantería eran Cristóbal de Toledo, Hernando de Alvarado, Juan Moscoso y Diego de Salinas; la jente de a caballo repartida en compañías encomendó a los capitanes Juan Tello, Vasco Guevara y Francisco de Chaves.

Rodrigo Orgoño quiso quedar suelto con achaque de acudir a las partes en que hubiese necesidad de su persona; pero su verdadera intencion era encontrarse con Hernando Pizarro, el cual dos dias ántes le habia enviado un recado brioso como agraviado de algunas cosas que se habian hecho en él, estando preso en el Cuzco, indignas de su persona. El recado fué en sustancia que él y su compañero Francisco Barahona entrarian en la batalla a caballo, armados de lanza, espada, cota y carabinas, y que sobre las armas llevaria cada cual una ropilla acuchillada de terciopelo naranjado. A Orgoño le sonó ésto como era claro, a desafio campal, y como hombre que no sufria competencia en la reputacion de valiente, dijo a Pedro de Lerma, amigo suyo, por aquellos dias particularmente agraviado de los Pizarros:—"nuestro enemigo viene tan pujante que ya canta victoria, y cierto que lo puede creer por la ventaja que nos tiene en jente y arcabuceros; pero yo os ruego que me ayudeis a que les salga costosa. Vos y yo nos pondremos al opuesto de Pizarro y Barahona, para que con su muerte venguemos la nuestra, y les quitemos el gozo de la victoria." Así lo determinaron los dos, y pusieron su artillería donde pensaron seria de mas provecho. Pedro de Valdivia, maestre de campo de Pizarro, ordenó su tropa que era de setecientos soldados por los mismos términos de Rodrigo Orgoño: puso a los lados del escuadron dos mui hermosas mangas de arcabuceros; hizo dos escuadrones, cada uno de cien caballos para oponerlos a los de Orgoño. Hernando Pizarro y Francisco de Barahona no tomaron puesto fijo en la pelea, como Rodrigo Orgoño y Pedro de Lerma; y por la misma causa que ellos, Gonzalo Pizarro peleó a pié como jeneral de la infantería, a la cual mandó avanzar para que desguasase un arroyo y ciénega que dividia los dos campos: y lo ejecutaron sin contradiccion de los de Almagro, a los cuales una descarga de la arcabucería que les dieron ántes de pasar matando a algunos consternó a todos tanto, que tuvieron por necesario mudar de puesto infantes y caballos. En este punto mandó Rodrigo Orgoño jugar la artillería, de la cual sola una

(1) Antes lo ha llamado Ordoñes. Los historiadores escriben este nombre de diferentes modos.



bala que dió en un escuadron lo endió por medio, llevándose cinco soldados de fila. Gonzalo Pizarro y Pedro de Valdivia se pusieron en el lugar de los muertos, animando la jente y mandando que tirasen a las picas de los contrarios con balas enramadas para dejar el escuadron desnudo de aquella defensa, y poder romperlo con la caballería: así pasó que con dos roseadas de dichas balas rompieron mas de cincuenta picas. Rodrigo Orgoño y Pedro de Lerma, viendo el daño que su jente habia recibido de la arcabucería dando la accion por perdida, arremetieron con el escuadron en que iba Hernando Pizarro y Francisco de Barahona, los cuales conocida su intencion, les salieron al opósito con igual brio, a Orgoño le tocó Barahona, a Lerma Pizarro: Orgoño derribó de una gran lanzada a su contrario, y quebrándosele la lanza, sacó su estoque con el cual prosiguió peleando bravamente y llevando la ruina y el destrozo por donde caminaba, hasta que hiriéndole un perdigon en la frente, y quitándole la vista y las fuerzas, lo degollaron sus contrarios. Hernando Pizarro hirió malamente a Pedro de Lerma, rompiéndole cota y corasinas: y Pedro de Lerma recibió a Pizarro con tan fiero golpe de lanza, que lo derribó en tierra a él y a su caballo hiriéndolo en el vientre con golpe, que hubiera sido mortal, a no ser que el caballo que se deslomó, cedió a la fuerza y así desvió a su dueño de recibir de lleno el bote de la lanza. La jente de Pizarro acudió a su defensa si estuviese, vivo o a su venganza, si muerto; y Pedro de Lerma corrió por otras partes, dando y recibiendo muchas heridas. Los de Almagro conocian que se perdian manifiestamente, porque caian muchos de los suyos, y apretaban mucho los contrarios; y con todo proseguian en hacerles, ya que no dudosa, a lo ménos cara y difícil la victoria, no tanto pretendiendo la vida, cuanto una muerte honrada y digna de varones fuertes. Murieron peleando a mas de Rodrigo Orgoño, los capitanes Moscoso, Salinas, Hernando de Alvarado, y mas de ciento y cincuenta soldados. Dióse esta batalla a 6 de abril de 1538. El mariscal no peleó en ella, por su indisposicion, como se ha dicho; la miró desde un recuesto, y viendo a los suyos vencidos y desbaratados, se retiró a la fortaleza del Cuzco, a donde lo siguieron Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado y lo pusieron en prisiones. Cuando ya no peleaban, pero aun duraba la ira de los vencedores, quitaron la vida a Rui Dias y Hernando Sotelo dos soldados sencillos, accion indigna que solo podia caber en la lei del ejército. Así mismo al valeroso capitan Pedro de Lerma, que estaba en cama casi para morir de las muchas heridas que recibió en la batalla, lo mató a puñaladas un hombre tan vengativo y vil, como cobarde, llamado Juan de Samaniego, sobre cierto agravio de que dijo querer satisfacerse; pero vino sobre el cruel homicida la venganza del suelo (ojalá sola!) Pues como siempre se gloriase y aun despues de cinco años, de la venganza que habia tomado, un alcalde ordinario de Puerto-Viejo cansado y ofendido de la vana jactancia del hombre una vez que hacia mencion de este caso de la muerte de 1520 personas, lo mandó prender, le hizo sumaria mui brevemente de homi-

cida de un teniente jeneral enfermo e indefenso, y lo ahorcó con grande aprobacion del pueblo, porque la justicia aunque es terrible es tambien hermosa y de buen parecer.

Así batido el campo del mariscal y él prisionero, esperimentó los primeros réveses de fortuna, recelando los mayores por el conocimiento que tenia de la dura condicion de Hernando Pizarro. Ni temió sin causa, porque éste sin interponer dilacion, le fulminó proceso, que tardó en sustanciarse cuatro meses, y se escribió en dos mil fojas no ménos, en que lo acusaba de perturbador de la paz y quietud pública, de violento usurpador del dominio ajeno, de autor de muchas muertes y escándolos con la injusticia de sus armas, y lo sentenció a perder la cabeza en un cadalso. El mariscal tuvo tiempo de hablar a Hernando Pizarro, y con aquella elocuencia que suele inspirar la necesidad última y deseo innato de los hombres de defender su vida, le representó que el sagrado vínculo de la amistad, como la que él habia mantenido con Francisco Pizarro, aunque se disimulase en los hombres llegar a adelgazarla por la division de intereses, pero no a romperla, y que nunca seria bien visto de Dios y del mundo que un amigo arruinase a otro. Que si conforme la fortuna es antojadiza, se hubiera alistado bajo de sus banderas, y ayudádole a vencer, hubiera usado con mas clemencia de la victoria. Que esto que él nombraba con apellido de fortuna, bien entendido, es la Providencia de Dios que levanta a unos, y abate a otros, segun los profundos consejos de su sabiduría; pero que así como queria en los vencidos magnanimidad para tolerar su desventura, así mandaba a los vencedores la moderacion en el uso de la dicha, teniéndola por cosa prestada; y considerando que la infelicidad que hoi está en la casa ajena, mañana puede aposentarse en la propia; que poco sacaba de los sucesos quien no aprendia en los prósperos el temor de los adversos, que era merecedor de que Dios le negase la continuacion de sus favores aquel que abusa de ellos, y que descargase en su cabeza el golpe que preparaba contra la ajena; que entre los bienes de esta vida debia tener el primer lugar, en nuestra opinion, la buena fama, la cual con ninguna virtud se conseguia mejor que con los actos de la clemencia; que no tenia ninguna jurisdiccion sobre su persona; y así padecia vicio de nulidad la sentencia, y que dado que la tubiese, era sospechoso de pasion y de injusticia un juicio en que sentenciaba la parte interesada; que si queria quitarlo de por medio por no tener competidor en el mando, él le protestaba dejarlo en su gobierno pacífico, y retirarse a otras conquistas, a ayudarle a promover las suyas en agradecimiento de otorgarle la vida, y que cumpliria con la obligacion de agradecido, como en tiempo con la lei de amigo. Así peroraba el desdichado don Diego en favor de su vida; pero esto era querer amansar a un tigre, con la melodía: porque cuando la ambicion o el ódio, u otra pasion se apodera de un hombre, le oscurece las luces del juicio, y lo desnuda de todos los afectos de humanidad; y así persistiendo Hernando Pizarro en su obstinacion y dureza, derribó la cabeza de aquel varon

grande y digno por cierto de mejor fortuna, de tener fin mas honrado de su vida, y de que le hubiese tocado enemigo de mas jonerosidad. Se ejecutó la sentencia en el Cuzco: mandó lo enterrasen en la iglesia de las Mercedes, y dejó por heredero al emperador, y como aseguran algunos que hai hombres que cerca de su muerte estan asistidos de cierto espíritu fatídico, así tuvieron efecto los anuncios con que el mariscal pronosticaba desastres a la inhumanidad de sus contrarios, y la vuelta de la fortuna, porque los amigos que quedaron vivos de su campo, y singularmente un hijo suyo llamado tambien don Diego, habido en una india noble de Panamá que heredó de su padre su infelicidad y su grande espíritu, abrigó en su pecho con tanto disimulo el deseo de la venganza que asistido de trece compañeros, heridos de la misma pasion y hecho cabeza de ellos, quitó la vida a Francisco Pizarro en dia claro, en medio de la ciudad de Lima, en su mismo palacio; y como las venganzas son de tan maligna fecundidad que de una nacen muchas, de la muerte de Almagro y de Pizarro se ocasionaron tantas otras en las guerras civiles de Pizarristas y Almagristas, que quedaron estinguidos ámbos bandos, haciendo con sus trajedias funestas las historias, y lastimando la memoria de la posteridad, a la cual no será bien que defraudemos de la imájen del espíritu de don Diego de Almagro, que fué en órden el primer caudillo de nuestra historia. Fué hijo de padres inciertos por haber sido espuesto a las puertas de una parroquia; y así le dieron el apellido de su patria Almagro, en la Estremadura (1). Pasó a la América, y con feliz solicitud buscó tantas haciendas que la suya fué de las mayores de Panamá, y despues de sus conquistas llegó a igualar la opulencia de los reyes, tan falso es que solo la sórdida avaricia es el camino de la riqueza, pues fué tan franco que en sus manos halló siempre la necesidad socorro, y los obsequios correspondencias mayores que de hombre privado. Ya en edad avanzada hizo la compañía para el descubrimiento y conquista de las tierras que caen a la mar del sur, y concurrió con mayores cantidades que los otros compañeros. Fué tan noble de condicion, que habiendo ido a la corte Francisco Pizarro y negociado para sí solo con la plata comun con total olvido de Almagro, éste no obstante que algunos amigos de mal seso le atizaban el sentimiento, no sufrió romper del todo la amistad, volvió a soldar las quiebras de ella, y la continuó con fineza, hasta que se ofreció la desunion por la pretension del Cuzco, creyendo cada cual que se comprendia en el término de su gobernacion. Fué constante en los propósitos, sufrido en los trabajos, intrépido en los riesgos, templado en comer y beber, modesto en el vestido: nunca se casó y le tocó levemente el amor del otro sexo. Afirma el Inca Garcilaso que tuvo parte en la muerte de Atahualpa: si es así, no me admiro que la crueldad de los hombres fuese instrumento de la venganza del cielo, y que lo condenase a muerte quien no tenia jurisdiccion, pues él cooperó a la del que no reconocia

(1) El pueblo de Almagro está situado en la Mancha.

superior en el mundo: tanto deben los hombres temer ser juzgados por sus mismas sentencias! Dejó solo el hijo de quien se ha hablado, que murió de veinte años sentenciado por el gobernador Vaca de Castro, y reposan sus cenizas en el templo de la Merced de la ciudad de Cuzco, en un sepulcro con las de su padre, como dispuso en su testamento.

CAPITULO V.

Envia Francisco Pizarro a Pedro de Valdivia a la conquista de Chile; funda éste la ciudad de Santiago; rebélanse los indios del valle de Mapocho, que sitian a Monroy en el fuerte de Santa-Lucía; defiéndese éste hasta que lo socorre Valdivia, quien da una gran batalla a los indios y los desbarata.

Despues de la muerte de don Diego de Almagro, quedó pacífica a don Francisco Pizarro la entera gobernacion del Perú y Chile; y como a ésta la hacia recomendable la noticia de riqueza y fertilidad, determinó don Francisco promover su conquista con el mayor ardor, enviando a continuarla a Pedro de Valdivia, persona mui a propósito así por concurrir en él las partes necesarias de prudencia y valor para la empresa, como porque con este empleo se le gratificaban los buenos oficios hechos a favor de los Pizarros, siendo maestre de campo de sus tropas, y porque era tambien causa impulsiva para esta disposicion la razon política de evacuar al Perú de personas belicosas y de grandes pensamientos que estaban mal halladas en el ócio de la paz. Fué recibida la empresa y la eleccion de Valdivia para gobernarla con comun aclamacion: muchas personas en especial de la devocion de Almagro, determinaron ir a ella, para ver si hallaban mas propicia la fortuna para mejorar el estado de sus cosas. Salieron del Perú para Chile hasta doscientos españoles, algunas mujeres y niños, muchos indios, ganados mayores y menores de lana y cerda, y otras muchas cosas que necesitan los que van a poblar. El camino se principió con presteza, y se continuó con lentitud, de la cual se orijinó alguna hambre, y de la hambre enfermedades; y como los que obedecen cargan toda culpa de sus malos sucesos a cuenta de los que mandan, llovian dicterios y murmuraciones contra Pedro de Valdivia, quien no ignorante de tratar los ánimos de la muchedumbre, y como hombre que sabia poner cada cosa en su punto, aunque era severo, se valió entónces de la simulacion que era la que mas convenia, conforme aquel aforismo político que dicta no saber reinar quien no sabe disimular. En el paso de la gran cordillera sintieron gran frio, pero mucho ménos que el que esperimentó la jente de Almagro; y sin daño alguno llegaron al valle de Copiapó, donde los recibió el señor de la tierra con respeto y obediencia, por saber habian sujetado al gran monarca del Perú, y con agrado por la buena memoria de don Diego, su bienhechor. De los doscientos hombres que pasaron con Pedro de Valdivia, hai memoria de los mas distinguidos por su nacimiento, o que se la granjearon por sus hechos, y no será bien dejar de comunicarla a los que pueden interesarse en ella: se cuentan Diego

de Oro, Hernan Paes, Diego Pantoja, Francisco de Aguirre, Francisco Villagra, Pedro Gomez de las Montañas, Francisco Riveros Ontiveros, Jerónimo de Vergara, Fernando Ortiz, el licenciado Peña, don Cristóbal de la Cueva, Juan Negrete, Francisco Cabrero y Alonso de Monroi. Llegado Pedro de Valdivia al valle de Mapocho, fundó la ciudad de Santiago el año 1541, a los 24 de febrero, pobre entónces y pequeña y ahora grande, opulenta y cabeza de un gran reino, a la cual el emperador Cárlos V concedió el año 1552 título de leal y noble, y por armas un escudo en campo blanco, en medio un leon rapante con una espada en la mano, y por orla ocho veneros de oro. A los indios que poblaban el valle, y se dice llegaban a ocho mil, se les hacia mui pesado el yugo estranjero, e intolerable su duracion, por lo cual determinaron sacudirlo con la muerte de los intrusos señores; pero ocultaron su designio bajo de aquel secreto que se requeria, y siempre es necesario para llevar a cabo las empresas arriesgadas: mas nunca el secreto pudo ser guardado mucho tiempo entre muchos; y así llegó a penetrarlo la vijilancia del gobernador, quien cierto del caso, puso en arresto en el fuerte de Santa Lucía a los cabezas del motin, y dejándolo en estado de defensa y de comandante a Alonso de Monroy, salió con sesenta caballos a correr la campaña y a esplorar los movimientos del enemigo hasta el rio de Cachapual, distancia de treinta leguas de la nueva ciudad. Inmediatamente a la partida del gobernador, se presentaron los indios contra el fuerte. Dióle parte Monroy del asedio, y tuvo por respuesta que luego daria la vuelta, y que entretanto apretasen los puños y cumpliesen con la obligacion de soldados.

Los indios llenaron la campaña de jente armada, unos para acometer, y otros para sostener a los que acometian, y reemplazar a los muertos, Duró la accion desde por la mañana hasta la noche, con aquel coraje que es propio de esta nacion valiente y altiva, que desprecia la vida sin la libertad.

Mas los españoles, que eran noventa, hechos a todo trance y que estaban sobre aviso y bien gobernados por Monroy, soldado de esperiencia y actividad, se desempeñaron con actividad honrada, haciendo horrible mortandad en los indios que dejaron los fosos llenos de cuerpos difuntos, y se retiraron en el ardor del combate. Intentaron los caciques presos romper las prisiones, viendo lo cual doña Ines Suarez, y temiendo que si lo consiguiesen se les levantarian a los españoles enemigos por las espaldas, agarrando una hacha los mató a todos: mujer heroica digna de compararse con aquella famosa hija de Tíndaro, que con una segur dividió por medio a Agamenon, enemigo paterno.

A los cuatro dias de este suceso llegó el gobernador de sus correrias, y determinó no aguardar dentro del fuerte los avances que debian recelarse de los enemigos, aun no bien escarmentados; así porque estos no lograsen la ventaja de pelear atrincherados en las casas de la ciudad que realmente Valdivia, aunque buen soldado, habia errado en no hacer esplanadas, como porque el no hacer asedio tolerable de muchos dias, es-

tando fallos de vitualIas en el fortin, y habiendo recojido o quemado los indios cuantas habia en las casas de los vecinos y en el depósito público. Por estas causas salió el gobernador a buscarlos con toda la jente en campo raso, donde pudiesen los españoles lograr las ventajas de los caballos y su mejor arte de pelear. Los indios estaban formados en las orillas de Mapocho, que servia de trinchera a la parte del norte, y eran tantos que inundaban las campañas con sus tropas, acometieron a los españoles briosamente, pero como bárbaros con mas coraje que disciplina. Los arcabuces hacian horrible estrago en los escuadrones apiñados, abriéndolos y acabándolos de desordenar la turba por sí mal ordenada; y los caballos salian á consumar la obra, ejecutando muertes con eleccion en los mas señalados del enemigo. Volvia éste a rehacerse, como que tenia de sobra los combatientes y acometian con ímpetu furioso al escuadron de los españoles; pero no hacian mas que las olas del mar al estrellarse contra las rocas con aquella soberbia hinchazon deshecha en su mismo ímpetu, y en la resistencia contraria se convierte en delgadas espumas. Así los indios perdidos los mejores de los suyos, y los demas desalentados faltos de consejo y de fuerzas, se retiraron a sepultar sus muertos y llorar su calamidad. Es cierto que muchos de los españoles e indios, se destinguirian en faccion tan señalada; pero como no hallamos sus nombres espresos en los manuscritos de que nos servimos, ni en algun autor impreso, no hemos podido hacer otra cosa que referir las cosas en abstracto. Mas si de las paces se saca conjetura prudente de la forma de la guerra, se debe colejir que esta batalla fué mui ventajosa a los españoles y del todo decisiva, pues las paces que entónces dieron los indios de todo el valle de Mapocho, aunque se presumieron al principio poco sinceras y esprimidas del temor, las han tenido sin novedad por espacio de doscientos y veinte años, ni ya puede haber recelo de que intenten alterarlas. Aunque la victoria fué tan cumplida, no se pudo festejar mucho por haber sucedido a la guerra la hambre, una de las mayores penalidades de la vida, la cual se hizo sentir tanto que los españoles a falta de mantenimientos usuales, llegaron a alimentarse con los inmundos y nocivos. En casa no los tenian, por haberlos quemado el enemigo, ni era dable alejarse a buscarlos, en circunstancias de una paz reciente con un enemigo numeroso, mal domado e implacable defensor de su libertad; y así tolerando la vida el resto de aquel año con gravísima angustia, se previnieron para el siguiente, sembrando algunas semillas con caballos uncidos a falta de bueyes, y ejerciendo la agricultura sin olvido de la observancia militar. Esta siembra que se hizo el año de 1541, fué la primera que de granos de Europa se vió en Chile, y correspondió con maravillosa cosecha como en terreno sumamente agradecido a la naturaleza.

CAPITULO VI.

Pláticas perniciosas de algunos soldados y su castigo.—Manda labrar Valdivia las minas de Quillota.—Envia al Perú a Alonso de Monroy, con otros que son presos en Copiapó; se escapan mañosamente y continúan su viaje; vuelve Monroy con sesenta hombres por tierra, y otros vienen por mar.

No hai bien alguno tan grande de que no pueda usar mal nuestra malicia, siendo así que no hai cosa peor, que el mal ejemplo de lo que es bueno; y así la paz establecida con los indios, fué ocasion para que en el ócio de ella algunos jénios inquietos y turbulentos sembrasen pláticas sediciosas de volverse al Perú, y para eso deshacerse del gobernador que tanto insistia en la conquista y pacificacion de Chile. Tuvo en tiempo aviso por medio de algunos que bien sentian, y conociendo que las sediciones son como el cáncer que cunde por todo el cuerpo, en no cortando con brevedad la parte infesta, se aprovechó de los instantes, y disimulando el intento, juntó cabildo como que tenia que tratar en él cosas importantes, y puestos en prision los reos, y convictos del delito, hizo que pagasen con la vida pocos para escarmentar a todos. Con haber el gobernador entendido tan a tiempo la sedicion y hecho justicia en los reos, ganó tanto crédito de avisado y justo en la paz, como habia ganado de prudente y esforzado en la guerra: oposicion a que deben aspirar los que mandan sin fiarlo todo del amor de los súbditos, pues la falta de temor dejenera en desprecio, y ninguna cosa debe temer tanto el gobernador como el no ser temido. Teniendo, pues, Valdivia de este modo a los españoles en obediencia, y a los indios en sujecion, dispuso se trabajen las minas de Quillota, de que se comenzó desde luego a sacar mucho oro; y para poner a cubierto los españoles que corrian con esta intendencia, mandó fundar un fuerte que dominase el valle y fabricar una fragata que comunicase por mar con el Perú.

El gobernador, hombre de grande ánimo, abarcaba en él a un tiempo varias empresas en órden a la conquista y poblacion del reino; y como la jente que tenia fuese poca aun para la menor parte de ellas, envió al Perú por tierra al capitan Alonso de Monroy, y algunos compañeros con el fin de traerla, y para que ésta se aficionase a emprender el viaje con la esperanza del oro, que es un poderoso halago del corazon, mandó que las estriberas, hebillajes y frenos de los mensajeros fuesen de este metal, y que los escoltasen hasta el Huasco treinta hombres. De este paraje se volvieron los unos, y prosiguieron los otros su destino hasta Copiapó, en donde los acometieron los indios: y aunque se defendieron valerosamente, perecieron rendidos a la muchedumbre, ménos el capitan Monroy y Pedro de Miranda, que tuvieron forma de huir el destrozo, mas heridos ellos y desfallecidos los caballos, hubieron de entregarse a prision a los indios que los presentaron al cacique principal del valle. Este que o no debia de ser el amigo de los españoles, o tenia olvidados los beneficios, los adjudicó a la muerte, que se hubiera ejecutado, a no

ser que la señora, o compadecida segun la piedad del sexo, o aficionada del valor de los estranjeros, hizo que se diesen largas a la ejecucion con el intento piadoso de librarlos; y ellos se hicieron tanto lugar entre los indios con el obsequio y cortesía, en especial Pedro de Miranda, que entendia la lengua del pais, que la cacica le encomendó la enseñanza de su hijo primojénito en el manejo de las armas y caballos que montaba el jóven príncipe, de los que habian quitado a los prisioneros.

Mas como éstos no se tenian por seguros, por la inconstancia en los buenos propósitos y mala fé de aquella jente, determinaron huirse a todo riesgo, para lo cual estando Miranda en el ejercicio de enseñar al príncipe el gobierno del caballo, el capitan Monroy se montó en él derribando al príncipe y dejándolo por muerto, y Miranda montó en otro que estaba allí aderezado, hiriendo y atemorizando a los indios que lo guardaban. Así lo escribo, porque así lo hallo escrito, aunque tengo dificultad en creer una atrocidad tan inhumana, en persona del hijo de su bienhechora: en especial no siendo necesario elejir tal medio, tal tiempo, ni tales circunstancias para la fuja, pues que no usando los indios cárceles, o no seguras, mejor podrian actuarla de noche y en silencio, para que cuando se entendiesen se hallasen en distancia de no poder ser habidos. De un modo o de otro es cierto que salieron de Copiapó, llevándose consigo a otro español llamado Gasco que se habia avecindado en el pais desde la entrada de don Diego de Almagro, y habia ganado el afecto de los naturales quizá con la imitacion de sus costumbres. Siguieron su camino por el despoblado, que está ántes del valle de Atacama, en el cual encontraron venturosamente a un indio que llevaba un carnero y dos talegos de maiz tostado que le quitaron para su viático. Al llegar a Atacama se desviaron de ella por estar de guerra, y pasaron por Oporeo al Cuzco, en donde hallaron al licenciado Vaca de Castro, gobernador en aquella sazon del Perú, él los recibió benignamente; y viendo lo que la fé y la monarquía iban a ganar en la conquista de Chile, libró a Monroy del real haber lo suficiente para hacer levas, quien se volvió a Chile con sesenta hombres, que fué poco despues mas cumplida recluta. La conduccion de ésta por mar hasta Chile, se fió al cuidado del gobernador o jeneral Juan Bautista Pastene, caballero jenoves de tan nobles y honrados pensamientos como esclarecida sangre, pues a los timbres de sus mayores dió nuevo esplendor con sus hazañas e incontrastable fidelidad al soberano que manifestó poco despues en ocasion bien apretada. No se sabe cuanta jente trajo; pero fué mas que la de Monroy, a que se agregó el socorro de armas y de ropa de que tenia harta necesidad la soldadesca.

CAPITULO VII.

Rebélanse los indios de Quillota, y su castigo.—Funda Valdivia la ciudad de la Serena.—Envía a Pastene a descubrir las costas del mar del sur; y luego al Perú, donde es preso de los rebeldes: envía allí mesmo a Antonio de Ulloa, quien muere en batalla.—Va el mismo Valdivia al Perú, y ayuda al gobernador Gasca, quien le da nuevo título de gobernador al encaminarse para Chile.—Lo envía a aprender Gasca por varias sospechas, y descargándose de ellas, torna a enviarlo colmado de favores.

Las minas que habia mandado Valdivia labrar en Quillota rendian tanto fruto que encendian mas los deseos, pues por eso la codicia, como insaciable, se llama metafóricamente hambre de oro, y como ardiente se compara a la hidropecía. Esta es la causa que Gonzalo de los Rios intendente de las minas y los demas españoles instasen rigurosamente a que trabajen los indios en la estraccion de los metales, no solo fuera de sus costumbres, sino sobre sus fuerzas, pagando los míseros en forzada fatiga la ingrata fecundidad de su pais, y afanando en solicitar lo mismo que destimaban. Como el incomparable bien de la libertad se hace desear mas entre las tristes esperiencias de la servidumbre, aspiraron a restituirse a ella con la ruina de sus dueños, armándoles el lazo con el mismo sebo de lo que codiciaban: trajeron a los españoles una olla llena de granos de oro, asegurando habian encontrado dichosamente una poderosa mina de este metal. La alegre noticia embargó tanto el ánimo a Gonzalo de los Rios y a sus compañeros que no les dejó lugar para la prudente cautela, y sin ella se dejaron guiar de los indios al lugar que suponian ser de la riqueza; allí tenian emboscado un trozo de jente armada, quedando en los españoles incautos quietos a todas las vidas, ménos a Gonzalo de los Rios y a Juan Valiente Negro, que pudieron saltar en sus caballos y librarse con ventura; y despues de este hecho, pusieron fuego a la fragata que estaba ya en su última perfeccion. Brevemente dieron los dos fujitivos noticia al gobernador de este insulto, quien destacando cincuenta hombres fué a su castigo, y lo ejecutó en algunos, perdonando a la muchedumbre, o porque los necesitaba, o porque juzgó que disminuia la gravedad del delito la grande ocasion que se dió para él; y para que la moderacion del castigo no pareciese falta de severidad, finjió creer que los mas no estaban comprendidos en el mal hecho, porque es gran aviso de la prudencia saber simular a veces la ignorancia. Luego hizo un fuerte tal que les quitase la esperanza de que les saliesen bien semejantes osadías, y mandó se prosiguiese en la labor de las minas con la advertencia de no apurar a los trabajadores, que cuando se acaba la paciencia sucede en su lugar el furor; y ésta ha sido la causa de las repetidas rebeliones de los indios chilenos, que si les hubiesen suavizado el yugo no lo hubieran intentado sacudir con tanta pertinacia.

Por el año que corria de 1546, envió el gobernador a Juan Bautista Pastene, a descubrir las costas del mar del sur hácia el polo, sus puer-

tos, ensenadas, caletas y la jente que habitaba sus costas y las tierras vecinas, y Pastene cumplió con su comision, corriendo y observando todos los parajes que convenia. Hizo diario de su jornada, y notó los puertos de mas segura estacion para las naves propias y mas fácil defensa contra las ajenas, cuya investigacion fué causa de poblar a Chiloé en el archipiélago, a Valdivia en cuarenta y dos grados, ménos minutos, y la Concepcion en treinta y seis. El mismo Valdivia se encaminó para la parte contrapuesta; y en un buen puerto, sito casi en la medianía de Santiago y Copiapó, fundó la ciudad de la Serena, a la cual dió este nombre por memoria del lugar de su nacimiento en la Estremadura, y señaló por pobladores a algunos de los mas calificados del ejército. Luego que volvió Pastene con la relacion de su viaje, fiando Valdivia de su conducta el buen éxito de los mayores negocios, lo envió al Perú en solicitud de jente, armas y ropa; mas llegó en tan mala circunstancia, que apénas pisó la tierra cuando se vió solicitado con promesas y amenazas a que se juntase el bando de Gonzalo Pizarro que andaba fuera de la obediencia del rei. Mas no bastando ninguna fuerza para contrastar la lealtad de Pastene, ni para que faltase a su deber, fué tratado indignamente de los que aborrecian la fidelidad que es delito irremediable en el tribunal de los rebeldes. Pero Pastene acudiendo a su valor y prudencia en lance tan apretado, halló forma como escaparse de prisiones y guardias, y salió con su nave de la bahía del Callao para Chile, a donde llegó sin jente de recluta, es verdad, pero dando al reino el consuelo de haberse salvado en la tempestad que inundaba al Perú, un hombre que valia por muchos.

Poco despues envió el gobernador por tierra con el mismo designio de conducir jente a Antonio de Ulloa, pero con mayor desdicha; porque llegado al Perú fué a servir al emperador en las tropas del comando de Diego Zenteno, y murió honradamente en la batalla de Guarina, en que fué vencido aquel capitan por Gonzalo Pizarro y Francisco Carabajal, a 20 de octubre de 1547. Fué Ulloa hombre de mucho valor, prudencia y lealtad, y merece vivir la vida de la fama, y que oscuresca el olvido su memoria. Por este año ardian mas que nunca en el Perú las discordias civiles, y los incendios de la rebelion, dudando aun Marte y la fortuna a que partido inclinarse, porque tanta reputacion daban a su bando Gonzalo de Pizarro y Francisco de Carabajal, con el valor y la ciencia militar, como al de los leales el nombre real y el gobernador Gasca con su política y artes de gobierno, la cual parte al fin venció como que ceder las armas a la toga, y como que ejerce gran poder en los mas de los ánimos la majestad del soberano. Y cuando esta parte necesitaba mas de esperimentados capitanes que oponer a Francisco de Carabajal, hombre de consumada esperiencia en cosas de guerra, se encaminó al Perú el gobernador Valdivia, dejando en su lugar de interino, a su lugar teniente Francisco de Villagra. Su designio fué traer tal refuerzo de jente que pudiese dar cabo, o adelantar mucho sus grandes proyectos; pero bien llevaba entendido que esto no

podia conseguirse hasta que se apagasen las llamas de la sedicion; y así determinó cooperar a estinguirlas. Llegó con felicidad al Perú, y en Andahuailas se juntó con Gasca, que celebró mucho su venida, y luego le nombró por uno de sus cinco íntimos consejeros: eleccion que se lució bien, pues Carabajal viendo la formacion del ejército real en la batalla de Saguisahuana, dijo que solo él mismo, o Pedro de Valdivia pudieran ordenarlo con tal arte; porque Cristóbal de Hervas, que era otro de igual pericia, habia ya muerto.

Esta accion se terminó a favor de los leales, y despues de ella se retiró el presidente Gasca al Cuzco, en donde agradeció a Pedro de Valdivia, en nombre de S. M., sus buenos servicios: ofreció remunerarlos, y por lo presente le dió nuevo título de gobernador de Chile, a donde le ordenó desde luego la vuelta con jente, armas, municiones, ropa y ganados. Ya habia comenzado Valdivia su viaje, cuando llegaron algunas personas de Chile, que pusieron demanda contra él ante el presidente Gasca, sobre ciertas cantidades que decian les habian retenido, y para dar cuerpo a la querella, le acumularon acusaciones criminales de algunos homicidios ejecutados por su órden, de haber tenido ocultas correspondencias con Gonzalo Pizarro, dándoles visos de criminosas, y que ahora iba a Chile con espíritu y apariencia de sublevado, y que así llevaba en su comitiva algunos delincuentes. Con esto intentaban la malicia y la emulacion encender el ánimo del presidente contra Valdivia; y conociendo que muchos de los que mandan son mucho mas celosos de su autoridad privada que del bien público, y que estiman mas la obediencia que la observancia, le añadieron que Valdivia mostraba hacer menosprecio de sus órdenes.

Era el licenciado Gasca de aquellos hombres que reconoce el mundo por oráculos de la prudencia, los cuales aun aquello mesmo que no creen no lo desprecian, porque tiene por bastante motivo para la cautela la duda del riesgo, y así conviene que sea en especial en cierto jénero de daños en los cuales no es dable el regreso, ni admiten remedio despues de sucedido; porque en casos menores o de diferente calidad convendrá fiar algo a la contingencia y a la ventura, y no usar de tantas cauciones que lleguen a desconfiarse aquellos que han dado constantes pruebas de su buen proceder, pues los que tienen mérito para que se fien de ellos, juzgan agravio indeleble la desconfianza. Mas esta calificacion de los acaecimientos humanos para discernir en cuales se ha de proceder lentamente o de presto, con confianza o sin ella, es de tan difícil juicio en la especulativa por la casi infinita variedad de circunstancias que mueven ya a una determinacion ya a la contraria, que hará bien el político que dejare esto a la discrecion del que gobierna. Por entónces juzgó y bien el gobernador Gasca, que aunque fuese falsa la acusacion, seria de poco daño detener a Valdivia hasta el exámen, y si fuese verdadera seria daño irreparable dejarlo ir con tantas fuerzas a partes tan distantes en donde pudiese poner en práctica sus dañados intentos, si los hubiese.

Con este dictámen envió en su seguimento al capitan Hinojosa con órden de que lo llamase; y para no arriesgar la empresa, le dió jente con que lo trajese preso, sino quisiese venir de grado. Alcanzó Hinojosa a Valdivia en Atacama, y hecha saber con comedimiento su omision, la obedeció prontamente Valdivia, enviando delante a Chile la jente que llevaba a cuidado de Francisco de Ulloa. Llegó Valdivia a la ciudad de los Reyes, y dió descargos tan suficientes de su buen obrar y sinceridad de sus intenciones, que el presidente Gasca dándolo por buen maestro, lo volvió a enviar con honra, con sesenta hombres mas que le dió en dos naves bien proveidas. Luego que llegó a la capital de Chile, entendió en poner en mejor forma el gobierno, en adelantar los edificios de la ciudad, en dar repartimiento de indios a los conquistado- mas beneméritos y en cuanto lo dictaba su prudencia para aumento del reino.

CAPITULO VIII.

Sublevacion tramada por Pedro Sancho de Hos, que se termina con su muerte.—Revelacion de los indios de Coquimbo, y su castigo.—Pasa el gobernador con tropa a las partes del sur, y batalla reñida que tiene con los indios en los campos de Andalien; compárase el valor de éstos con él de los romanos.

El apetito de la honra es natural al hombre y loable, o a lo ménos, no es reprensible cuando es moderado; pero sino lo enfrena la razon se engaña en el elojio, teniendo por honor la ignorancia, y se precipita tan desbocado buscando lo ilícito por el camino del riesgo que viene a parar en su ruina; y así pienso que muchos pequeños perecen por la ambicion ajena, y muchos grandes por la propia. Esto le sucedió a Pedro Sancho de Hos, que teniendo merced del emperador para descubrimiento y pacificacion de tierras que unos dicen debian comenzar desde el rio Maule para el polo, y otros desde el Itata, no habiendo sido atendido de Francisco Pizarro, decia estar la merced equívoca, y que él a quien tocaba la esplicacion determinaba no haber lugar: se vino con Valdivia para Chile, disimulando mas que deponiendo una envidia que al cabo habia de emponzoñarlo como vívora en el seno. Y aunque para acallarle la queja lo encomendó Pizarro a Valdivia para que lo acomodase en minas, repartimientos de indios y en lo mejor de la tierra, con lo cual por entónces se aquietó Pedro Sancho, como quiera, sin embargo, como al partirse Valdivia para el Perú dejase el mando interino a Francisco de Villagra, se renovó tan crudamente el dolor de la primera llaga, pareciéndole no ser de consentir ésta que él tenia por segunda y mayor afrenta que determinó ponerse en el mando, quitándoselo a Francisco de Villagra a cualquier precio. Para ponerlo en planta buscó allí a dos. Llegaron estas pláticas a noticia de Villagra, quien prendió a Pedro Sancho y a un tal Romero que tenia mas parte en la sedicion, y sustanciádole la causa hizo que pagasen con la vi-

da: ejecucion que aprobó Valdivia a su vuelta, o por justa o por quitarse de delante un competidor de grandes.pensamientos.

Por el año 1548 llegó Valdivia del Perú, y poco despues de su llegada los indios de Copiapó que habian hecho la mano a quitar la vida a españoles, mataron a Juan Bon y otros cuarenta que pasaban por sus tierras desmandados, y tan sin cautela como sin temor. Con este mal ejemplo tramaron los indios de Coquimbo una rebelion, la que tuvieron tan oculta en el silencio que no se pudo sospechar hasta que la pusieron por obra con la muerte de los vecinos de la Serena, de los cuales no quedó uno tan solo, ni de los edificios que redujeron a cenizas. Este atrevimiento requeria pronto y severo castigo; y para ejecutarlo envió el gobernador a Francisco de Aguirre, el cual llegando a Coquimbo tuvo algunos bravos encuentros con los indios; mas terminándose a favor de los nuestros, puso otra vez el yugo en la altiva cerviz del enemigo, el cual con el escarmiento de sus pérdidas, quedó desde entónces tan bien domado, que despues nunca ha tenido ánimos para sustraerse de la sujecion. Reedificó Aguirre la ciudad con mejor disposicion de defensa y mayor comodidad de casas, quien en este negocio como en todos los demas que le encomendó Valdivia, y le encomendó muchos, dió muestras de sus grandes intentos y de que sabia aplicarlos: lo que es necesario para merecer alabanza, pues hai muchos a quienes sus buenas partes no sirven sino de acusacion de su flojedad. Aguirre por todo mereció tanta estimacion de Valdivia, que con testamento otorgado en la Concepcion ántes de salir a aquella infeliz batalla en que murió, lo dejó nombrado por su sucesor en el gobierno.

Viendo Valdivia tan bien ejecutadas sus intenciones en Coquimbo, determinó pasar a las partes que miran al polo, llevando ciento y cincuenta españoles y cantidad de indios amigos, y mandando que lo siguiese luego otro trozo de jente española. Pasó todos los rios que se ofrecen en espacio de cien leguas hasta el valle de Pemuco, en donde está ahora la ciudad de la Concepcion. En todo el camino no parece que se ofreció a los españoles reencuentro con los indios, porque no le hallo notado en las memorias de aquellos tiempos. Es de presumirlo así porque en las guerras tiene gran parte la fama, y vencidos los ánimos de la opinion, es consecuente rendirse los cuerpos que el valor que los españoles mostraron en las batallas con los indios de Mapocho y los promaucaes, llevado de la fama que suele encarecer las cosas, llegase tan exajerado a los indios de Maule y de Itata que en su imajinacion subiesen a héroes los españoles incapaces de ser contrastados por humana fuerza. Pero en el valle de Pemuco, viendo que ya no era tolerable que se internasen tanto en sus tierras, a perturbarles en la posesion de su libertad, se animaron a probar a todo riesgo, si los españoles estaban sujetos a la muerte como los demas hombres, y si la fama de sus hechos era verdadera en toda su estension. Con este designio, habiendo convocado a sus comarcanos, se juntaron a orillas del rio Andalien, que dista dos leguas del valle hácia el sur, seis

mil indios de buenas tropas, y esto con gran facilidad. Porque esta jente a mas de su estremado esfuerzo tiene dos ventajosísimas calidades para la guerra. La una que al que los llama no les tiene alguna costa los soldados, pues no le piden sueldo ni caballos, ni armas, ni vituallas: la otra que a un aviso que da un mensajero en nombre del cacique o toqui, movedor de la guerra, se juntan sin falta alguna al dia y lugar señalado, no necesitando mas prevencion de boca que la de una talega de harina hecha de maiz o trigo tostado, la cual hacen durar hasta que haya otra providencia. Mas si pueden durante la guerra robarle algunos ganados al enemigo, se entregan tan de propósito a hartarse de carne, que desquitan en un solo dia la abstinencia de muchos.

Valdivia era verdaderamente de espíritu y cuerpo infatigable que parecia descansar en el mismo trabajo; y los soldados hacian punto de honra el seguir su ejemplo, porque como dijo un intelijente de milicia, "tal es el ejército, cual es el capitan." Por eso aunque llegó al valle de Pemuco de tan dilatado y penoso viaje, despues de un breve reposo que dió a su tropa, fué a buscar los indios a Andalien para presentarles batalla y deshacerlos ántes que su detencion les diese la confianza de creer que eran temidos. No nos consta quien fuese el capitan jeneral de los indios: seria sin duda mui principal y de mucha reputacion en la guerra, pues sabemos era subalterno Aillavillu, oficial de mucho esfuerzo. Valdivia animó a los suyos con enerjia y modo eficaz de encender el coraje en los corazones porque era dotado de elocuencia militar, de esta o semejante manera."—¿Ya veis aquellas escuadras numerosas y bien formadas cuanto cabe, en la disciplina de unos bárbaros? Pues su valentia y coraje es mayor que su número, y era digno de que yo lo espresase con distincion, sino no tuviérais vosotros mismos sobradas esperiencias. Esta es una jente de cuerpos robustos, de corazones animosos y de avisos mui prudentes para cosas de guerra, que su gran valor lo animan con mayor cautela. Que ni tienen ni se precian de otra virtud o ciencia que la militar. Su crueldad es tanta como su valor, porque el indio es un enemigo que ni da cuartel, ni lo pide; y así como recibe la muerte con magnanimidad, así la da con fiereza. Si el Dios de los ejércitos nos negare la victoria, es menester evitar el cautiverio con una muerte jenerosa en la batalla, para no esperimentarla mas cruda en sus borracheras, y que no hagan banquetes del destrozo de nuestros cuerpos cautivos. Entre morir o vencer, no se da medio, pues la retirada no puede caber en nuestra imajinacion: ¿quién podrá caminar cien leguas, seguido siempre de un enemigo implacable y victorioso? En especial habiendo tantas naciones en medio que al vernos en ese estado se han de hacer de súbditas enemigas, pues contra el vencido se levanta hasta el polvo. Esto que todo es verdad, he dicho tan sin temor de acobardaros que ántes pienso que los riesgos son lisonjas de vuestro valor y estímulo de vuestro aliento. Si hago cómputo de vuestro número,

sois mucho ménos que los enemigos; pero si cuento sobre vuestras proezas, son muchas mas las victorias que habeis conseguido ántes; y ellas tienen un poderoso influjo en las que ahora habeis de conseguir. Porque el enemigo está ya vencido en su opinion, pues sabe que ha de pelear con hombres invictos. Por mi parte lo que mando con la voz, lo persuadiré con el ejemplo: y en igual grado, que os encargo la obediencia, os encomiendo la imitacion." Dicho esto, mandó que envistiesen los suyos, y envistió de los primeros. Los indios salieron al opósito en escuadrones firmes, sin espantarse demasiado del estrago, ni del estruendo de las bocas de fuego, mostrando desde entónces cuanto habian de despreciarlas despues, y que a corazones esforzados no hai peligro tan grave y nuevo que baste a acobardarlos. Juntamente destacaron algunas tropas para acometer por las espaldas en lo mas reñido del combate a los españoles, y éstos se vieron obligados a dar a su pequeño escuadron dos frentes, al cual poco despues cuadraron, porque los rodeaba el enemigo por todas partes. Hacian horrible estrago las armas de fuego en las tropas apiñadas, sin haber tiro que no causase ruina. El enemigo ya perdia el terreno ya lo ganaba segun los varios efectos que hacian en él el terror o el coraje; pero el retirarse era para cargar luego con mayor fuerza, imitando esta muchedumbre en su movimiento el recíproco flujo y reflujo de las olas del mar. Valdivia hubo menester valerse de todo su ánimo y pericia militar: metió en el centro los fusileros y sacó a la frente la caballería y la infantería que manejaba armas cortas para que las acometidas del enemigo se deshiciesen en aquella valla densa de aceros; y cuando era oportunidad mandaba que saliesen a las frentes los de las bocas de fuego para hacer sus descargas y retirarse, y que los caballos usasen de las buenas coyunturas que ofrecia el desórden del enemigo, y la comodidad del terreno llano y desembarazado. Duró la batalla algunas horas con algun desórden de los españoles, que se reunieron no sin dificultad y con riesgo de Valdivia, el cual confesó que nunca lo habia tenido mayor, pues le mataron el caballo y estuvo mui cerca de ser prisionero. Los enemigos, viendo perdidos muchos valientes soldados, y preso Aillavilu (que poco despues murió en la prision de sus heridas), no quisieron luchar mas por entónces contra la adversidad de la suerte, y por reservar sus tropas para mejor ocasion, hicieron con sus caracoles seña a la retirada. Pensando yo con que otro valor comparar el de estos indios, el lidiar con tanta intrepidez y tan léjos del pavor con jentes de ellas nunca vistas, contra caballos y armas de fuego de ventaja y horror tan estraño, solo me ocurre lo que encarecen las historias romanas, con razon, el valor de sus soldados en combatir contra el ejército del rei Pirro sostenido de elefantes, animal feroz sangriento y desconocido por ellos; y yo hallo que en una parte de este mismo cotejo igualaron los indios chilenos a los romanos, y en otra los excedieron sin disputa. La igualdad consiste en que como en la primera batalla que dieron los romanos a Pirro, junto a Heraclea fueron vencidos por

la consternacion en que los pusieron los elefantes; en la segunda que se dió en la Pulla junto a Asculum ya disminuido el miedo de las fieras, quedó dudosa la victoria, y en la tercera en la Lucania convertido el terror en desprecio, fué vencido el rei Pirro, y vencedores los romanos. De la misma suerte, los indios chilenos al principio de la guerra con los españoles, temian a los españoles, a las armas de fuego y a sus caballos, pero sin falta de valor; y aun cuando se ven disminuida la admiracion y el terror, se aumentaba la osadía y quedaban sin decidirse las batallas. Así han continuado hasta ahora: la una ventaja la han hecho suya, pues usan tan bien del caballo como la mejor nacion del orbe; y las armas de fuego las menosprecian tanto, que no hai escuadron tan bien apercibido de ellas al cual no se atrevan a romper con sus lanzas y porras, y esta es la igualdad de los indios con los romanos. La ventaja es que no tiene comparacion el terror que deben infundir algunos animales fieros con el disparar de una fusilería bien concertada, que despues de estremecer los corazones con el trueno y atormentar los ojos con el fuego, despedaza los cuerpos en un momento con el rayo, viva y horrenda imitacion de las iras del cielo. Y así no hallando yo en la historia paralelo al valor de estos indios, lo comparo al de aquellos jigantes hijos de la tierra, que se atrevieron, segun la fábula, a hacerse fuertes contra las armas superiores de los dioses.

CAPITULO IX.

Funda Valdivia la ciudad de la Concepcion, y las disposiciones prudentes y cristianas que dió para su gobierno.

El fruto mejor de las victorias es el mejor uso de ellas, y el que sacó Valdivia de la que alcanzó en Andalien fué fundar de la ciudad de la Concepcion en el valle ya dicho de Pemuco, para que estuviesen a su abrigo las minas que en su inmediacion debian comenzar a trabajarse para enfrenar con las armas de su presidio a los indios comarcanos, y acostumbrarlos a sufrir el mando español para servirse de aquel puerto comunicando con el Perú, y trayendo por mar con menor costa y mayor brevedad las resultas, y para aumentar la poblacion del reino y otros fines de mucho provecho. Se puso la primera mano en la fundacion el dia 5 de octubre de 1550, se le dió por titular la Inmaculada Concepcion de María Santísima. Delineóse la plaza, y en ella se levantó el sagrado árbol de la Cruz, trofeo de nuestra libertad; se señaló lugar para la iglesia dándole por patron al apóstol San Pedro, y fué su primer cura vicario Gonzalo Lopez. De aquí se pasó a dar sitio al ayuntamiento, y se nombraron por correjidor Diego de Oro, por alcaldes Per Estévan y el licenciado Antonio de las Peñas, por rejidores perpétuos al ya dicho don Diego de Oro, don Antonio Beltran y Diego Diaz, por rejidores al quitar don Cristóbal de la Cueva, Francisco de Riveros Ontiocado, Agustin de las Casas, por algua-

cil mayor con voto y asiento a Jerónimo de Vera, y por mayordomo y procurador a Gaspar de Vergara; y todos aceptaron sus oficios, y juraron el exacto cumplimiento de su obligacion, como consta del libro de cabildo, al principio; y el auto de la fundacion entregó el mismo gobernador para que lo guardase en su archivo el escribano que lo fué Domingo Lasano.

Aumentárónse en la ciudad con formal vecindad de solares y campos Diego Diaz, Alonso y Gonzalo Sanchez, Diego de Mendez, Per Estévan, Domingo Losano, Gaspar de Vergara, Francisco de Rivera, Hernan Paez, licenciado Antonio de las Peñas, Diego de Oro, Lope de Landa, Juan de Medina, Vicente Camacho, Juan de Negrete, Mateo Beltran, Jeraldo Jil, Jerónimo de Vera, Jerónimo de Alderete, Alonso Jaleano y Alonso de Vera. Para el santuario de nuestra señora de Guadalupe, y el rosario que se edificó en una moderada eminencia, enfrente de la ciudad, entre el este y sur, se dieron tierras competentes para plantío de huerta y villa: el lugar ha tenido muchos años el nombre de Hermita, lo han asistido desde poco despues de su fundacion unas devotas señoras cuidando del culto del templo y adorno de la milagrosa imájen hasta el año de 1735, en que pasó a monasterio de trinitarias descalzas que hacen florecer con la mayor observancia el primitivo espíritu de su relijion, y esparcen por todas partes la mas suave fragancia de virtudes, de que atraidas otras de los mas principales linajes de aquel obispado, han poblado la santa casa de la señora de Guadalupe de las grandes prendas que estima el mundo y parecen mejor consagradas al cielo, pues es órden de Dios quitar al mundo sus prendas para emplearlas en adornos del santuario. El cuidado del temporal de esta ermita se encomendó a Lope de Landa, y a él se le asignaron tierras a espaldas de ella, que hasta hoi se llaman con el nombre de su antiguo dueño y poseedor.

El gobernador reservó para sí un espacioso sitio en la traza de la ciudad, y en sus cercanías algunas leguas de tierras para siembras y crianza de ganados con los indios que las habitaban, cuyo deslinde es por el sur el Biobio, por el norte el Andalien, por el oriente el camino que va de uno a otro, y por el occidente el mar; terreno fértil de pastos y granos y sus playas mui abundantes de peces y ostras. Despues de fundada de este modo la ciudad, dió alma al gobierno político con las ordenanzas que constan de 42 capítulos, y se hicieron saber a son de cajas en 30 de setiembre de 1551, tan comprensivas de la materia y acomodadas a la necesidad de aquellos tiempos, y a lo que es conveniente que se observe en una ciudad recien fundada en Indias, que solo por ellas se le debe dar juntamente el título de presidente, pio y justo lejislador. Algunos capítulos se ordenan al buen tratamiento, cristiana y política enseñanza de los indios con voces de mucha exijencia de estos capítulos, y otras piadosas disposiciones de Valdivia sobre diversas materias, y determinadamente sobre la del gobierno y trato de los indios. Colijo que los que lo llaman tirano de ellos y merecedor de

la muerte que tuvo despues, consultaron lo que escribieron mas con la pasion o el arrojamiento, que con la circunspeccion o la verdad; y el mismo juicio debe hacerse de las sangrientas sátiras escritas contra sujetos mui beneméritos de los conquistadores, pues supuesto que las acciones de algunos son mui dignas de censura y reprension, tambien es cierto que será gravísima injuria tiznar a todos con la mancha de algunos, cuando otros merecen que la memoria de su rectitud, piedad y relijion se tenga para ejemplo. Los que arruinan la fama de los que deben tenerla buena, es bien claro que son mas tiranos con la pluma que lo que se pretende fueron aquellos con la espada. Y me recelo que la pluma de Ercilla es de la de esta calidad, pues en dos octavas de su primer canto pinta con feos colores la conducta de Valdivia y de sus primeros españoles; y como hai otros que no siendo poetas digan lo contrario, yo me inclino a darles ascenso, pues segun razon y derecho, en caso de duda se prefiere aquella presuncion que es esclusiva del delito, especialmente conociéndose bien claro que este autor entre las licencias poéticas se tomó la de decir mal. Volviendo al punto de ordenanzas, en ella se señaló Valdivia tiempo para efectuar el arrendamiento de los diezmos, prescribió la práctica de su puntual y exacta satisfaccion, señaló ejidos con montes y pastos para la comunidad, y declaró pertenecerle a la ciudad de Santiago, como capital y mas antigua de las del reino, primer lugar y votos en cortes, segun la costumbre de los reinos de Castilla y sus dependientes en aquellos tiempos.

CAPITULO X.

Batalla entre indios y españoles, en que favorece a éstos el apóstol Santiago, y voto que hicieron para perpetuar su agradecimiento.

En tanto que el gobernador se ocupaba en fortalecer la reciente ciudad, los indios que reconocian ser ella un paladion dentro de sus tierras funesto para su libertad, se juntaron para deliberar los medios de destruirla. Vinieron a la junta que ellos llaman en su idioma *Collau*, los ulmenes de mas autoridad y de mejor consejo, Lincoyan, Rencu, Queupúlican y Tucapel, y determinaron juntar un tan poderoso ejército que quitase a los españoles la posibilidad y la esperanza de la resistencia. Los negocios de la guerra son entre los indios los de mayor empeño, en cuya materia son lentos para deliberar, pero prontos para ejecutar lo deliberado; y así mas bien que lo dijeron, juntaron su ejército el mayor que ántes ni despues se ha visto en Chile. Constaba de cuarenta mil hombres mandados por los mismos caciques que dieron el consejo, como que por ser suyo habian de poner mas conato en dejarlo acreditado con la ejecucion, y como que eran los mas diestros y valientes entre los suyos. Y formados en tres columnas, con adornos, en especial los cabos, de vistosa plumería, ornato mui usual entre los indios como que los plumajes hacen consonancias a la altivez. De seis

jornadas se vinieron para la Concepcion, ocupando montes y valles; acompañaron al campo muchas mujeres y niños, o para ser testigos de la ruina de los españoles y aposentar sus ojos en su sangre, o para tener parte en los despojos de la ciudad que ya estaba en su imajinacion cautiva y entrada a saco. Valdivia y los suyos, viendo el número y órden de un enemigo tan bravo, temieron con aquel jénero de temor cauto que estimula y se pone de parte de la osadía; y despues de componer los negocios de su alma por medio de la confesion, implorando confiadamente el ausilio del apóstol patron de España, salieron a hacer frente al enemigo. No consta puntualmente en que número; pero conjeturamos que serian como doscientos hombres, entre peones y caballeros. El gobernador ordenó a su teniente Jerónimo de Alderete que con veinticuatro de a caballo embistiese la primera columna de los enemigos; y éstos con un modo de pelear mui ajeno de su costumbre, y mui inferior a su brío, no solo no rebatian a los españoles con su fiereza innata, sino que resistian floja y tímidamente, fluctuando desordenándose y abriéndose sus escuadrones a cualquiera acometida de los nuestros, y casi sin usar de las armas murieron. Viendo esto los de la 2.ª línea, se vinieron a reparar la honra de su nacion, mancillada en la cobardía de los primeros; pero llegando a las manos no hicieron otra cosa, ni se portaron con mas esfuerzo, procurando solo salvar sus vidas con la fuga. Lo mismo sucedió con los de la 3.ª línea; aunque los del comando procuraban animar y volver a la pelea a los que huian; mas en vano, porque los españoles hiriendo en ellos con la confianza, defavorecidos del cielo, y con aliento de vencedores, implorando en altas voces al apóstol Santiago, hacian atroz carnicería en aquella jente confusa y desalentada, de cuyos cadáveres quedó cubierto el campo en donde los dejaron contra su costumbre, porque les faltó el ánimo para retirarlos, y a mas de los muertos se hicieron muchos prisioneros de los mas principales. No le pareció al gobernador seguir el alcance por la cortedad de su tropa, y se volvió a la ciudad a rendir las gracias a Dios y a su apóstol por una victoria tan completa, solo conseguida a espensas del cielo.

Demas de la pia creencia y prudente presuncion a favor del milagro hacer gran resistencia a los indios en tan numeroso campo, compuesto de tan alentados soldados y gobernados por cabos de mucha esperiencia, en los cuales el desaliento en la pelea y la precipitacion en la fuga debe atribuirse a causas estraordinarias y superiores que influyen poderosamente en sus ánimos para acobardarlos. Favorece tambien la piadosa opinion del milagro, la conteste deposicion de innumerables prisioneros que aseguraron no los amedrantaban al tiempo del combate los escuadrones españoles, cuyo corto número mas podia inspirar el desprecio que el terror, sino un capitan anciano de aspecto venerable y armas resplandecientes, bien cabalgado en un bruto blanco jenerosísimo que guiaba a los españoles; y a mas del estrago que hacia en los cuerpos, influia otro espanto en los ánimos mui deseme-

jante de aquel que viene de causa ordinaria. Así lo declararon preguntados separadamente, y por eso aunque mi jénio naturalmente sospechoso de los achaques que padece la verdad profanada en las bocas del vulgo, no me inclina a que dé lijeramente asenso a estos portentos, pues es cosa diversa que Dios pueda favorecernos, y de hecho nos favorece a veces con milagros, o que estos los vulgaricen con menoscabo de aquella veneracion relijiosa que se debe al abismo de sus ocultas disposiciones. Con todo eso, es para mí tan justificada la creencia de que tratamos, y tan apoyada con graves testimonios y argumentos, que me pareciera irrelijiosidad negarla o desconocerla.

El gobernador, su teniente jeneral y los demas capitanes y soldados que se hallaron en esta milagrosa batalla, dispusieron de comun acuerdo dejar a la posteridad un monumento de su gratitud al santo apóstol en una capilla que votaron fabricar. Mas esto quedó por entónces en propósito, o porque las guerras contínuas no dejaban lugar a otros cuidados, o porque Dios no quiere que le edifiquen templos manos guerreras y teñidas con sangre, aunque sea en guerra justa. Permaneció el agrecido recuerdo del beneficio en los que componian el cabildo de la Concepcion, y consta de una presentacion hecha en 17 de diciembre de 1554, tres años despues de éste suceso, en la primera despoblacion de la Concepcion y retirada a la Imperial, en que compareciendo ante el visitador y vicario jeneral Fernando Ortiz de Zúñiga los que componian el ayutamiento, señores Francisco de Castañeda, Orduño Jimenez de Etenduar, Gaspar de Vergara, Lope de Landa, Pedro Gonzales de las Montañas, hacen relacion del milagro, como queda espresado, y ofrecen construir la capilla a que el cabildo habia de quedar para siempre con el patronato de ella. Y dicho juez eclesiástico concedió su licencia e interpuso su autoridad, y se mencionan por testigos Juan de Villanueva y Francisco Sanchez. Todo lo cual pasó ante Domingo Lozano, escribano de cabildo, y el auto orijinal está en el libro de la fundacion. Así favoreciendo el cielo nuestras armas, autorizaba la causa de ellas tanto y mejor que las guerras de Josué, pues no solo alistaba en nuestras banderas sus estrellas que se llaman en frase de la Escritura milicia del cielo; sino sus mismos príncipes contra los enemigos de España.

CAPITULO XI.

Descripcion del pais de la Imperial y de sus naturales habitadores.—Fundacion de la ciudad de este nombre, y obras pías que dejaron sus pobladores primeros.

Valdivia que era dotado de un entendimiento y un corazon capacísimos, al tiempo que entendia en acciones políticas y militares, de edificar una ciudad, arreglarla con los estatutos y defenderla con las armas, disponia viniese de Santiago nueva recluta de soldados. Con estos, que fueron como doscientos, salió de la Concepcion con ánimo de

poblar otra ciudad, en paraje cuyas excelencias y calidades subía la fama al mas alto punto algun encarecimiento. Acercóse con su jente al rio de San-Pedro, y lo fué costeando cosa de diez y ocho leguas, hasta poco mas arriba de donde se juntan los dos que lo componen: la Laja pasó por Tarpellanca y a Biobio por Negrete, y caminando por el rumbo de norte a sur, llegó a las orillas de Cagtun, rio de crecido caudal y de crecidísima corriente. Entre este rio que cae al sur, y el rio de las Damas, que está al norte, hai una espaciosa llanada que para loma es humilde y para vega levantada: mas que por lo fértil y enjuta, participa de las buenas calidades de una y otra, libre de los azares de los parajes húmedos y de la esterilidad de los secos, y cerrada en la mayor parte por los dos rios que se enriquecen, comunicándose uno a otro sus caudales. Así mezcladas sus corrientes y perdiendo su propio nombre que truecan por el de rio Imperial, tomándolo de la Imperial que estuvo sita en su márjen, caminando hasta el mar haciendo una tal curvatura que se acerca a ser perfecto semicírculo; y en todo este trecho que llega a siete leguas, es el rio de fondo para embarcaciones de mayor porte, que se dice llegaban hasta la ciudad. El tiempo, y al presente lo desusado de navegarlo, han dado lugar para que se asienten en la boca bancos de arena de la que el mar impele con la violencia de su flujo. Todas las tierras que caen a una y otra márjen del rio son de sumo recreo para la vista por su frescor y verdura, y fueran de suma utilidad a no estar poseidas de indios, jente tan dada al ocio que es el mas propio ejemplo de la pereza. Las que caen al norte son algo mas elevadas, pero siempre moderadamente; pero algo mas ocupados de árboles aunque frondosos, no mui densos y que dejan al terreno bastantes capas de toda especie de ganados que mantienen los indios en los prados que hacen los montes, y en los montes mesmos; y estos prados son así mismo aptos para todo jénero de sementeras y granos.

Cortan estas tierras varios arroyos mui apropósito de que beben los animales; pero en órden al riego no es posible, porque no se pueden derribar sus aguas, segun lo pide la necesidad, por correr ordinariamente en la obra o division de una loma a otra y haber hecho mui profundo el cauce con la continuacion del curso y con arrastrar la tierra la rapidez del arroyo, cuando corre hinchado con las aguas del invierno; pero este riego dado a mano se echa ménos por lo oportunamente que cae él de temporal, sin que jamas haya habido seca que cause esterilidad. Este lado está bien poblado de indios hácia la costa que se mantienen abundantemente en medio de su pobreza, de lo que les ofrece el mar en peces y mariscos varios excelentes. Las tierras mas distantes del mar estan ménos habitadas: puede ser la causa que el indio en cuanto es posible quiere vivir de su trabajo, ni granjear de la tierra el alimento, gratificándola con el beneficio de la cultura: y tambien puede ser que los retraiga de estos parajes el daño que en ellos padecen los ganados de los leones de la tierra que en estos bosques vagan como salteadores en cuadrillas. He caminado va-

rias veces por este sitio con el temor que comunica al jinete el que padece la cabalgadura, las cuales con la sensacion vivísima que tienen de éste su enemigo, sacando su vecindad aun por el olfato, apénas dan paso sin algun movimiento estraño para atras, para adelante o para los lados, causando esto aun el solo pavor que les dan las matas y sombras en que temen encontrar las sangrientas asechanzas de su cruel enemigo. La parte de tierras que mira al lado austral del rio, está bien poblada de muchas parcialidades de indios, en cuyos jénios y esteriores parece que influye la benignidad del clima y el suelo. Son comunmente de cuerpo bien dispuesto y de rostro agradable, no solo por la delicadeza y proporcion de las facciones, sino por una sincera alegría que manifiestan a los propios y a los huéspedes en su conversacion y trato. Pero en medio de su halago y cariño, tienen estos indios, como los de Maquegue y Bosoe que le son vecinos, una rara altivez, cuando les mueve la cólera alguna sinrazon. Este jénio puede venirles de ser los mas descendientes de españoles cautivos, y su color lo dice, pues no solo es mas claro que el de otros indios, sino que muchas personas especialmente mujeres, son de un blanco tan fino que pueden dar envidia, y la dan a veces al comun de los españoles. En estos parajes tiene el idioma índico sonido mas blando: en especial las indias lo pronuncian con gran suavidad. La *r* que es ápera, y por eso los latinos la llaman canina, la truecan frecuentemente en *s*, por ejemplo, Vachi rimi, has llegado acá: dicen Vachi psaumi? Maotipillan-butú, la espalda, dicen—Buciruca: la casa dicen—suca: así mesmo usan de partículas que precisamente sirven al ornato por su buen sonido; como para conceder una cosa basta en su lengua decir *mai;* y dicen *machi*, añadiendo la última partícula, únicamente para delicia del oido.

Mas volviendo de los habitadores de las sierras, no sé que pueda finjirse en otras la imajinacion que aquí no encuentren los ojos. Si se mira al mar que los rodea, es tan pacífico y blandamente que parece que los halaga y acaricia, como que agradado de la hermosura de su cárcel, mirara con dulce afecto su misma prision. Parece que festeja a la tierra, manteniendo para el recreo suyo contínuos espectáculos de peces, cetaceos y otras bestias marinas en su anfiteatro de cristal. Su playa es hermosa y de libre vista en espacio de muchas leguas, frecuentada de innumerables pescadores de red y de caña, y abundante de todos peces. Su vega es tan bella que los que han visto la de Granada y otras famosas del mundo antiguo, dicen que ninguna le iguale en sus naturales calidades, no tratando ahora de lo artificial, que aquí es mui poco. La lonjitud de dicha vega es de seis leguas largas, y su latitud de media, ceñida en largo por una parte del rio que por ninguna se deja vadear, y por otra de unas colinas mansas que solo se elevan cuanto basta para separarla de otras tierras. La mayor parte de esta vega está inculta dejada al natural, y destinada por los indios para pastos de crecidas manadas de vacas, caballos y cerdos en que gozan en una mesma estacion del año, ya de pasto mas verde, ya mas maduro, segun

la mayor o menor degresion del terreno. El resto dan a la cultura para siembras de arbejas, habas, frejoles, trigo, cebada, lino, maiz y otros granos, y unas raices útiles, al mantenimiento que aquí llaman pajas. Las demas tierras, aparte de estas vegas, son así mismo mui fecundas y gruesas, pobladas de montes, ni espesos, ni grandes, y entrecortadas oportunamente de claros arroyos. En medio, pues, de estas tierras, y entre los dos rios Cauten y de las Damas en el ángulo de la loma que se forma de la confluencia de ellas, fundó la ciudad, a que dió por nombre la Imperial, que dista siete leguas del mar, veinte de la cordillera, sesenta de la Concepcion, cuarenta de Valdivia, y en el año de 1552. Desde luego la destinó para obispado, como con efecto lo fué, aunque poco tiempo, pues su primer obispo Doctor frai Antonio de San Miguel y Vergara, tomó posesion de su silla en el de 1574, veintidos años despues del en que vamos, y el tercero don Francisco Rejinaldo de Lizarraga, dejó de serlo de la Imperial destruida, y pasó a la Concepcion en 1603, como consta de auto fecho en 12 de febrero del mismo año. Justo Lipcio afirma, que cuando llegaron los españoles a la Imperial hallaron en sus puertas entalladas águilas de dos cabezas como se pintaban en los estandartes romanos; de lo cual conjetura que quizá este nuevo mundo fué conocido de los antiguos. Y un escritor moderno de la América, aunque no asiente a la conjetura, supone el hecho. Pero el negar tambien éste es lo que pide la recta razon: pues al llegar los españoles al paraje en que fundaron la Imperial, ni habia pueblo de indios, ni puertas ni águilas de una o dos cabezas, ni jamas tuvieron entalladores que supiesen labrarlas; y pensar lo contrario, es devanecer e ignorar del todo la suma barbárie en que estaban ántes de la conquista.

El gobernador señaló en la nueva ciudad, un flanco de la plaza para iglesia y casas episcopales, otra para casas de ayuntamiento y cárceles, y los dos restantes para habitacion de los fundadores mas distinguidos. Dedicó solar para ereccion de una capilla a honra de nuestra señora de la Antigua, y otro mas capaz para otra capilla dedicada al misterio de la Inmaculada Concepcion, y despues continuó la distribucion de solares en todos los pobladores. Nombró alcaldes Francisco de Villagra y Gaspar Orense; rejidores Juan de Vera, Gaspar de Castañeda, Leonardo Cortes, Fernando de los Mares. De los demas vecinos quedan mencionados en algunos manuscritos, los siguientes: Pedro Olmos de Aguilera, don Miguel Velasco, Francisco Gutierrez, Andres Martinez, Diego Martin Ballesteros, Gabriel de Pevilla, Antonio Saldaña, Juan Hidalgo, Antonio Cervera, Alonso de Miranda, Baltazar Rodriguez, Juan de Ocampo, Hernando de San Martin, don Luis Barba, Juan de Cevallos y Andres Montecino. Premió en este tiempo el gobernador con repartimiento de indios los servicios de algunos conquistadores: a su teniente jeneral Francisco de Villagra hallamos escrito que le dió treinta mil, y para no negar el asenso al número como del todo exorbitante e inverosímil, hemos de suponer

que serian de todas edades y sexos. Esta jente le asignó en la provincia de Maquehua, que aun hoi permanece mui poblada, como habitada de jente belicosa, y que está agradada de la fertilidad de su pais. A Pedro Olmos de Aguilera le dió de diez a doce mil; a Diego Martin Ballesteros mil; a Hernando de San Martin ochocientos; a don Luis Barba mil y quinientos, y así a otros segun la calidad de su mérito, o a medida de la gracia que tenian con el gobernador, la cual se abroga mucha parte del arbitrio en la distribucion de los premios. La devocion de los pobladores se dió bien a conocer en la atencion o casas del culto divino, que se infiere del crecido número de alhajas preciosas que halló en los templos y capillas de su jurisdiccion episcopal el doctor frai Antonio de San Miguel en la primera visita que de ella hizo en 1574, y consta de un protocolo eclesiástico que se guarda en el archivo de la ciudad de la Concepcion. Fundaron capellanías y otras obras pías don Miguel de Velazco, Gabriel de Villagra, Baltazar Rodriguez, Rodrigo de Foces, Andres Martinez de Santa-Ana, y don Luis Barba. Fundó particularmente Hernando de San Martin dos iglesias en su repartimiento como consta de instrumento otorgado por agosto de 1573, y Pedro Olmos de Aguilera siete iglesias y un hospital en el suyo, que tambien consta de un instrumento orijinal que está en el protocolo eclesiástico de la Concepcion, su data por junio del mismo año. Memorias que tenemos por bien vindicar del olvido y trasmitir a los venideros para clara fama de sus autores, a quienes hacen tanto mas espectables los actos de su piedad y relijion que los de su esfuerzo, cuanto es obra mas excelente saber granjearse el cielo que conquistar la tierra y asegurar el interes de sus caudales, en los créditos de Dios que nunca quiebran.

CAPITULO XII.

Venida a Chile de los reverendos padres de la órden de predicadores.

No bastan todas las dilijencias de la prudencia humana para impedir que nuestros conatos y buenos propósitos no mueran en agras y se corten en flor cuando no les dá estabilidad la voluntad del omnipotente, sin cuyo favor es flaco todo el poder humano, e inciertas providencias que si Dios no guarda la ciudad, en vano vela otro por guardarla. Por eso la mas segura política de los príncipes ha procurado sujetar a Dios por la fé a los que han sojuzgado para sí por armas, para que Dios que no se digna de dejarse vencer de nuestros obsequios, mantenga bajo de la mano de ellos las naciones que ellos traen a los piés de Dios. De estas cristianas consideraciones era movido el buen gobernador Pedro de Valdivia, por las cuales luego que hizo adorar de los indios los estandartes victoriosos de la monarquía de España y los pacificó, determinó que se oyese entre ellos el clarin evanjélico que les anunciase otra mejor paz, y pidió al emperador Cárlos V le enviase obreros para este

fin; quien con celo mui propio de su no ménos pía que augusta casa comunicó sus santos intentos al reverendísimo padre jeneral de la órden de predicadores. Este, gozoso de la bella ocasion que se ofrecia a su ilustre familia de llenar con las obras de apóstoles el gran significado de su nombre, y de hacer que las voces de sus hijos se cojiesen en los fines de la tierra, destinó para que viniesen de España a Chile varones de celo invencible, de virtud probada, de ciencia ilustre y en todo ínclitos y eminentes. Fundaron en el año en que vamos, o poco ántes, convento en Santiago, dado para él su hacienda y a sí mesmo don Juan de Esquivel, que despues con nombre de frai Juan fué el mayor ejemplo de los santos relijiosos, de quienes habia sido ántes el mayor bienhechor. Pareció este convento desde sus principios una Aténas madre de suizos, y un ejército compuesto de ilustres guerreros que han peleado siempre en las batallas del Señor. El primero como padre de la sabiduría, que ántes que otro alguno leyó curso filosófico y teolójico, fué el R. P. maestro frai Cristóbal de Valde Espino, relijioso no solo de grandes talentos y entendida literatura, sino de igual espíritu y virtud: y el primero a quien el R. P. jeneral dió merecidamente el título de maestro de la órden. Poco despues confirió el mismo honor al reverendo padre frai Antonio de Victoria segundo lector de teolojía, y consecutivamente al reverendo padre frai Francisco de Quiros (a quien envió por procurador esta provincia a Roma, y murió en España); al reverendo padre frai Martin de Salvatierra, comisario del santo oficio, dos veces provincial de esta provincia, que siéndole murió en el convento de la ciudad de la Concepcion con reputacion de santo; al reverendo padre frai Acacio de Náveda, provincial que fué de esta provincia; al reverendo padre Ambrosio de Torres; al reverendo padre frai Francisco de Peñaloza; al reverendo padre frai Juan de Ahumada, que fué así mismo provincial; al reverendo padre Gabriel de de Cavaleda, que tambien lo fué; al reverendo padre frai Juan de Armeda; al reverendo padre frai Pedro de Salvatierra, que fué criado de Chile, de grandes letras, provincial y rejente muchos años; y a los reverendos padres frai Diego de Urbina, frai Baltazar de Valenzuela, frai Bartolomé Lopez, frai Jacinto Jorquera, frai Manuel Gonzalez Chaparro, frai Juan de Castillo, y frai Antonio de Abrai, que todos han sido provinciales, fuera de otros muchos.

Fué este convento grande de Santiago, cabeza no solo de todos los de Chile sino tambien de los de Tucuman, Paraguay y Rio de la Plata, hasta que hácia los años de 1726, atendiendo el reverendo padre jeneral a que no cabia en humanas fuerzas que un provincial visitase tantos conventos, repartidos en ochocientas leguas, en especial elijiéndose ordinariamente cuando los años y canas así como dan autoridad y madurez a la prudencia, así estragan la salud y enflaquecen las fuerzas del cuerpo, dispuso hacer provincia separada de la de Chile, a la de Tucuman y Paraguay. Se han estendido en este reino los padres predicadores con beneficio notorio de los pueblos en todos los que son de conside-

rable vecindario, y tuvieron tambien conventos en las ciudades de la Imperial, Valdivia, Villa Rica y Osorno, que se destruyeron juntamente con ellas. Perecieron los relijiosos al hierro de los bárbaros, o con muerte mas lenta y dura de hambre y miseria en el cautiverio, con los ejemplos mas heróicos de valor santo y paciencia cristiana. De aquellos a quienes una pia creencia puede dar el apellido de mártires es el primero el padre frai Pedro Pezoa, santo y venerable anciano, prior del convento de Valdivia que despues del estrago de la ciudad que fué ganada por intempresa (como se dirá en su lugar), quedó preso con algunos hombres y mujeres, a quienes perdonaron en el calor de asalto; pero un acto de su celo le granjeó el martirio, y puso fin dichoso a sus dias muchos y buenos, porque viendo que un bárbaro queria usar mal de la honestidad de una doncella española y que procuraba rendirla por fuerza a su brutal apetito, se puso el padre a imanar la resistencia, y a afear en el indio el criminal insulto con tanto ánimo y eficacia que mereció que el mismo bárbaro le cortase por sus manos la cabeza, para que siguiese al bautista en el jénero de muerte como lo habia imitado en el celo de la castidad, y que sus castos ojos se cerrasen no mas por la necesidad de la muerte que por horror de la lujuria.

El segundo lugar del escuadron ínclito que derramó su sangre por la piedad, doi al hermano frai Francisco de la Vega, lego que viendo que los indios en el saco arrastraban las santas imájenes por el suelo, profanaban los vasos sagrados con torpes embriagueces y los templos sombras aun mas execrables; revestido de Dios comenzó a celar el honor de su casa, y a reprender a los indios la abominacion de sus sacrilejios que clamaban al cielo por venganza: y ellos frenéticos con la gran fiebre de su natural altivez que estaba ahora en crecimiento con las muchas victorias que Dios les habia dado para castigo paternal de los malos cristianos, se volvieron furiosos contra aquel cordero, en cuya boca se veia articulada sola la voz de la piedad y de la relijion, y quitándole la vida con los puñales, dejaron en el campo el santo cuerpo bañado en su sangre. En Duau, términos de Maule, murieron a manos de los indios dos misioneros mui celosos llamados frai Cristóbal de Buisa y frai Juan Muñoz, y en el cautiverio de los indios pusieron fin a su peregrinacion consumidos de trabajos, malos tratamientos, hambre y desnudez, pero llenos de consuelos celestiales, los padres frai Alonso de Cervantes y frai Pedro de Ortega.

En el sitio de la Villa-Rica, que duró tres años, no hubo mal que no esperimentasen los míseros ciudadanos, pues en la rabiosa hambre que pasaban tan largo tiempo, hasta mantenerse con los cueros de las adargas, de los zapatos y de las sillas de cabalgar, con ratones y savandijas inmundas y hasta morir muchos de pura miseria, parecen que se recopilan todos los males de un apretado cerco. Mas quiso la providencia para que no desfallezcan los españoles en tantas angustias, que tuviesen tan cerca el ejemplo de sufrimiento de los padres predica-

dores, entre quienes murieron a manos del hambre los padres frai Diego de Obando y frai Sebastian de Villalobos; y el padre prior frai Pablo de Bustamante, saliendo con el cura de la Villa-Rica a buscar unas manzanas verdes fuera del fozo, fué cojido por los indios que estaban en emboscada y lo hicieron morir con varios tormentos. Predicando la fé a los indios Calchaquies el padre frai Francisco de Burgos, relijioso de mucho celo y observancia, recibió muerte sangrienta de aquellos a quienes queria dar la mejor vida y reenjendrar en Cristo. Sé que hai otros insignes varones de esta ilustre relijion que regaron los incultos campos de esta fertilidad con el copioso raudal de su sangre y sellaron la verdad de su predicacion con sus preciosas muertes. Pero los omito por no tener de ellos tan seguras noticias como he menester, y paso a hablar de aquellos a quienes hizo no ménos acreedores de nuestra veneracion la vida inculpable y sus dias llenos de virtudes.

CAPITULO XIII.

De otros varones ilustres que han honrado a su provincia de predicadores en Chile.

El primero que ocurre en esta relacion, es el que fué señalado en todo, así en talentos eminentes y bien empleados como en heroica santidad, el reverendo padre frai Cristóbal Benitez de Valde Espino de quienhicimos mencion en el capítulo ántes de éste entre los maestros de la órden, fué natural de Jerez de la frontera, hijo lejítimo de Cristóbal Benitez de Valde Espino y de doña Catalina de Sanabria, personas de tanta nobleza como cristiandad. Pasada su niñez en su casa en santa inocencia, y con la leche de la piedad y de la devocion que su padres cada dia le inspiraban como que de esta edad pende en gran parte el temor del resto de la vida, lo enviaron a estudiar a la universidad de Granada, en donde recibió el grado de bachiller. De aquí pasó a Córdova a oir teolojía en los estudios que tiene a su cargo la compañía de Jesus, y tocado de Dios determinó dejar el mundo y consagrarse a su majestad en la relijion de predicadores porque su alto fin de aprovechar a todo el mundo con palabras y ejemplos, le pareció acomodarse a los alientos de su corazon y fervor de su espíritu. Luego se dió a conocer en la relijion él del padre frai Cristóbal; y así habiendo de elejir el reverendísimo padre jeneral obreros idóneos para cultivar la jentilidad de Chile y dar socorro espiritual a los españoles, halló todas las calidades necesarias en la persona del padre frai Cristóbal, y lo destinó para entablar estudios en el primer convento de Chile, teniendo satisfaccion que no por el estudio de las letras habia de dejar entibiar el mas importante de la devocion. Estando ocupado en el ejercicio de leer, lo nombraron prior para que tuviese mas ocasion y facultad de partir su espíritu con sus hijos, y lo hizo con tantas medras de todo el convento, que era para glorificar a Dios el fuego santo que en breve prendió en todos. Y porque habia pocos

con quienes dividir las cargas de la relijion, y el reverendo prior tenia un injenio clarísimo y un singular talento para darse a entender y enseñar a otros, continuó en la prelacía el ejercicio de su lectura, bastando para todo aquel espíritu, a quien animaba el amor de Dios, y el celo de servirle como muchos.

Poco despues se promulgó el capítulo para el convento de Santiago, en que fué electo provincial el padre Valde Espino con unánime consentimiento de los vocales que hallaban en su persona el celo de padre, la caridad de madre, la igualdad de hermano, y el fondo de prudencia que se requiere en un prelado. Pero no tuvo el oficio sino un año, porque la humildad que es mui injeniosa en los siervos de Dios, le sujirió tantas razones para probarse imposibilitado de pasar adelante con la carga, que hubieron de relevarlo admitiéndole la renuncia. Y aunque en esta ocasion le nombraron prior del convento de la Concepcion, como que era oficio que requería ménos fuerzas corporales y de darse mas de veras a la contemplacion de las cosas celestiales, que conocia tener mas vecinas, cuando su espíritu se iba desnudando de los impedimentos de la mortalidad. Descansó en paz en dicho convento, dejando en él y en toda la ciudad dulce memoria de sus muchas virtudes.

El padre frai Antonio Beteta fué venerable por su santa vida y afanes apostólicos que pasó doctrinando y bautizando millares de estos indos, en cuyo cultivo pasó sus mejores años; y cargado de ellos, y rico de merecimientos, entró a poseer el gozo prometido a los fieles siervos del Señor. El reverendo padre frai Francisco de Riveros gastó veinte y tres años en el ejercicio de la predicacion, obrando en los corazones los efectos de la luz y del rayo, en esclarecer las tinieblas y rendir la obstinacion con fruto correspondiente a su grande celo y celestial elocuencia. Y como a ésta daba autoridad y eficacia su santa vida, fueron muchísimos los que envió delante de sí al cielo, a prepararle el lugar de su descanso. Los venerables frai Juan de Córdova y frai Juan Gonzales, donados, merecieron en vida el amor que se concilia la virtud, y despues de muertos la comun veneracion. Singularmente el último que anunció ocho dias ántes él en que habia de morir, y el pueblo asistió numeroso y con admirable devocion a su entierro, poniéndole guirnaldas de flores, y cortándole los hábitos y aun parte de la carne por preciosas reliquias. Tales honras hace Dios, aun en este mundo, a los pobres y humildes de corazon, mayores y mas verdaderas que las que inventa la vanidad para sus magnates.

El reverendo padre maestro frai Juan de Armenta fué predicador apostólico en el largo espacio de cuarenta años, poderoso en obras y en palabras, con grande provecho de los oyentes y admirable reforma de costumbres. Fué natural de Santiago de Chile y esclarecido honor de su patria. El reverendo padre frai Pedro de Salvatierra fué provincial de esta provincia, leyó muchos años con aplausos y predicó con fruto, hasta que la mucha edad le imposibilitó de subir al púlpito: fué con sus ejemplos y predicacion de grande provecho a todo el reino, y

de honra a la Concepcion, su patria. El reverendo padre maestro frai Baltazar Verdugo fué varon de muchas virtud y cordialísimo devoto de María, señora nuestra, cuyo glorioso tránsito celebró todos los años, hasta el postrero de su vida, con gran costa y solemnidad, bien pagado de la madre de piedades en anticipados consuelos, prendas de una eternidad feliz. Gobernó de provincial con rara prudencia, caridad y celo. Mas, sus talentos insignes para cátedra y púlpito con que admiró a los sábios, pedian mas exacta relacion que la que permite la brevedad que observamos.

El reverendísimo padre frai Cristóbal de Calancha y Velazco, hijo de Cristóbal de Calancha y de doña María de Contreras, de ilustre linaje, tomó el hábito de nuestro padre santo Domingo en el convento grande de aquella ciudad. Fué eminente teólogo, predicador de los mas señalados, calificador del supremo consejo de la inquisicion, y señalado por su jeneralísimo secretario jeneral de su órden, y por haberse escusado se le encomendó la visita de la provincia de Chile, la cual hizo con tanta satisfaccion de los de dentro y fuera de la relijion, que llegando a noticia del señor don Felipe IV la mucha virtud y partes para el gobierno del reverendo padre Calancha, lo presentó para el obispado de Buenos-Aires, en 31 de agosto de 1641, de que tomó posesion, habiéndole consagrado en Lima el arzobispo don Pedro Villagomez. Fué excelente prelado, siempre atento al buen ejemplo del clero y a las reformas de las costumbres de su pueblo. Tambien fué parte de esta provincia, como que fué su cabeza, el reverendo padre frai Cristóbal de la Mancha, que obtuvo así mismo el obispado de Buenos-Aires. Cerraré este capítulo con la noticia de un varon señalado de esta sagrada órden, a lo ménos por la piadosa hazaña, cuya memoria hallo en papeles de mucha autoridad. Cuando los indios entraron a saco a la ciudad y plaza de Valdivia, recelándose este buen relijioso que los indios infieles profanasen el venerable sacramento, se entró al templo, y tomando la urna en que estaban las formas consagradas, se arrojó con ellas por una ventana; y aunque halló el camino ocupado de armados, de heridos y muertos, saltó intrépido por tantos riesgos, animado del sagrado depósito que llevaba en sus manos. Sé que el padre Faminio de Estrada, refiriendo semejante caso del padre Juan Bocacio de la compañía de Jesus, en ocasion que los herejes iban a saquear el templo de dicha relijion, lo compara con el de Cayo Fabio cuando estando en el Capitolio ocupado de los galos, sacó por entre las armas de ellos las sagradas reliquias; pero a mí me basta referir tan gran suceso sencillamente, pues no necesita de exornacion. Y ya que por infelicidad se ignora el nombre de nuestro héroe, pondré una animosidad tan piadosa, a cuenta de su ilustre relijion.

CAPITULO XIV.

Funda el gobernador la ciudad y fortaleza de Valdivia, por sí mismo; y la de Villa-Rica, por medio de Gerónimo Alderete.

Con jente que le vino al gobernador de la ciudad de Santiago, que ha sido siempre como madre de las otras del reino que de ella han nacido y se han mantenido a sus espensas, y como la tutora que las ha defendido con las armas, y por eso acreedora de buen derecho al respeto y cariño de todas ellas, pasó adelante en la ejecucion de todas ellas (digo a poblar), dejando al cabildo de la Imperial, a mas de sus facultades ordinarias, cometida la de continuar los repartimientos de indios en los vecinos beneméritos. En ochenta leguas de distancia de la Concepcion, junto a un punto de mucha seguridad en cuarenta grados ménos minutos, fundó la ciudad y plaza de Valdivia, dándole por nombre su apellido, como en el mundo antiguo a Roma, Constantinopla, Tolemaida, Antioquía, y a otras se los dieron sus pobladores. La ciudad permaneció pocos años, habiéndola destruido los indios, como se dirá despues, y hoi solo existe la plaza con sus castillos que defienden el puerto y las avenidas por parte de los indios. Fueron sus pobladores Rodrigo Orosco, Cosme Gutierrez Altamirano, Pedro Gutierrez Altamirano, Andres Salinas, Pedro de Ocampo, Diego de Eslava, Martin de Quezada, y otros de que no hai memoria distinta. Sábese que al tiempo de su ruina, estaba mui opulenta y habitada de familias de mucha distincion, como de Valenzuela, Ocampos, Venses, Cervantes, Montecinos, Cuevas, Santanderes, Moras, Navarretes. Estos últimos cincos apellidos, se conservan entre los indios que descienden de los españoles cautivos en su desolacion, y se honran nombrándose con ellos, haciéndose así mismos la merced de anteponerse el don por conocer es título de honor entre los españoles. La cristiana piedad de sus vecinos, se dió a conocer en la dotacion de obras pías. Diego Nieto y doña Leonor Cervantes, su mujer, fundaron capellenías en unas tiendas de alquiler. La misma fundaron Pedro y Cosme Gutierrez de Altamirano en otras suyas, haciendo donacion al altar de varias alhajas de plata y ornamentos de damasco y terciopelo. Su puerto fué el de mas frecuencia y comercio de todo el reino, en tiempo que la ciudad florecia, viniendo a él de muchas parte de la América los mercaderes, acariciados de la abundancia y bondad de su oro que llegaba a veintitres quilates y medio, y se sacaba en tanta copia, que pareciera falsedad estravagante la mas pura y sincera espresion de la verdad. Por esto se estableció en ella cuño de doblones, cuyo privilejio (aunque sin uso) permanece en la ciudad de la Concepcion.

De aquí destacó el gobernador a Gerónimo Alderete con sesenta hombres para que fundase cerca de la cordillera, como fundó por noviembre de 1552, una poblacion a la cual llamó Villa-Rica en 39 grados de latitud austral, distante de la gran cordillera y del famoso volcan

que tomó el nombre de la misma villa, a siete leguas. El asiento de la fundacion es una campiña espaciosa y amena inmediata al desagüe del rio Tolten que sale de un lago de 16 leguas de circunferencia, al cual por su grandeza llaman los indios en su idioma Lafquien, que significa mar. Tiene este lago un montecillo en medio, tal como los mitolojistas describen al Bindo de la laguna Aganipe: su base es perfectamente circular, y sube en la misma forma de círculo cada vez menor, segun se va elevando, hasta rematar en punta, y está todo él hermoseado de yerbas y flores. Las aguas del lago que habitan innumerables peces, son comunmente mansas y fáciles de navegar, aunque a veces se encrespan, y levantan tumultuando sus cristales al violento soplo de los vientos, contra cuyo imperio no tienen alguna defensa. Las tierras que caen al norte de esta laguna, son montuosas y silvestres; mas no tanto que dejen de ser mui útiles para labranzas y crianzas de ganados. Las que caen al sur, y entre sur y oriente, son mas llanas y desembarazadas, y así están bien cultivadas, pobladas de habitadores y llenas de numerosos atos de ganados. Del asiento de la ciudad, hácia la parte del oriente, hai un recuesto que va bajando moderadamente, segun se acerca a la laguna, y de él en ella desaguan seis o siete gruesos arroyos que estan en casi igual distancia unos de otros, y manifiestan por la semejanza y rectitud de su cauce ser hechos a manos. Al notarlos no se ofrece otro pensamiento, sino que fueran acequias de otros tantos molinos de oro o de pan. De una suerte o de otra manifiestan que la ciudad fué rica o populosa; y esto último se conjetura bien de sus ruinas que hemos rejistrado cuidadosamente y con reflexion a la corta vida de todas las cosas humanas y que tambien mueren las ciudades como los hombres. Se distinguen por sus sitios y medidas, la plaza, el castillo, la matriz, dos casas grandes, al parecer de regulares; otros edificios tambien grandes para jente rica y principal, y otros menores para el pueblo menudo. No hai otra memoria de sus fundadores que la que se conserva en un protocolo eclesiástico de la Concepcion, por razon de las obras pias que instituyeron. En él se leen los nombres de Juan de Almonaci, que dotó una ermita para honor de San Sebastian en una heredad suya, vecina a la ciudad. De Hernando de Balmonte que instituyó un aniversario de misas por los indios de su repartimiento; de Pedro Aranda Valdivia que fundó en uno de sus pueblos, iglesia y hospital con buena renta. A pedimento del cabildo declaró el Ilustrísimo don Antonio de San Miguel por obra pía la fundacion de un hospital, que llamó de Santa María de Gracia, y que le pertenecia el noveno y medio de diezmos; y estableció una cofradía con ordenanzas mui santas. Antonio Rodriguez, cura que fué de aquella parroquia, dejó una gruesa dotacion de misas; y otra tal frai Diego de Valdenegro, que no consta de qué órden fuese. Mantuvieron los vecinos comercio con Buenos-Aires por su cordillera, que en aquella derechura es ménos intratable; y esto contribuia al aumento de la poblacion. De los negros esclavos de los españoles, quedaron muchos en poder de los indios cuando la desolacion,

y de ellos viene la descendencia que permanece hoi numerosa; y aunque mezclada con la sangre de los indios, se diferencia de ellos en la mayor oscuridad del color, en los naturales risos del cabello, en las narices remachadas y lábios gruesos.

CAPITULO XV.

Funda el gobernador tres casas fuertes en Puren, Tucapel y Arauco; y descríbese el territorio de esta provincia.—Funda tambien la ciudad de Angol o de los Confines.—Envía a Gerónimo de Alderete a España; y a Francisco Aguirre a la conquista de la provincia de Cuyo.

Es tan horrible la guerra que por antifrase la llamaron los antiguos *bellum*, para que se entendiese con la contraria significacion de la voz que es la cosa mas atroz entre las que pueden ejecutar y ejercitar los mortales; y con todo, como la medicina amarga se toma para conseguir la sanidad, así se emprende la guerra para obtener la paz. Mas siendo ésta, segun la definió el maestro de la elocuencia romana, una tranquila libertad, poco ha hecho en conseguirla quien no la asegura, desviando de los enemigos los medios de turbarla. Con este conocimiento edificó el gobernador tres fuertes en Puren, Tucapel y Arauco, cuyos naturales tenian fama, y con razon, de belicosos y de indóciles al yugo de la sujecion; los cuales han sido en Chile contra los españoles lo que en España las naciones mas fuertes contra los romanos, pues así como éstas mantuviesen guerra contra la república por mas de doscientos años, desde algo ántes de los primeros Scipiones, hasta el imperio de Octaviano Augusto, contra las rotas de los ejércitos romanos, que solo quedaron al cabo vencedores porque peleaban con las fuerzas de todo el orbe, igualmente los purenes, tucapeles y araucanos, han tardado en sujetarse a la monarquía de España mas de doscientos años, desde el de mil quinientos y cuarenta, hasta el en que estamos de 1561, si a caso ahora estan sujetos y no es nuestro imperio en ellos meramente precario; habiéndonos dado en este tiempo tan fieras batallas con tantos destrozos y tan lamentables pérdidas nuestras que a veces han reducido a caso dudoso, cual nacion seria al fin la que sirviese a la otra.

Los purenes, sitos a ocho leguas de Biobio para el polo, y en él conmedio de mar y cordillera, a mas de su natural altivez y fiereza, tienen el receptáculo de unos pantanos que forma el rio que baña su provincia, y en estos se defendian en tiempo de guerra, cubriendo la entrada que es angosta y dificultosa, y haciendo para su estancia unos encatrados de madera y terraplen en altura que no pudiese llegar a ellos el rio en sus crecientes a semejanza de los diques de Holanda y Zelanda de que usan los de aquellas tierras, para tener caminos enjutos en los valles mas humildes y que inunda el mar. En los pantanos de Puren se encerraban millares de indios con bastimentos correspondientes a la duracion de guerra, y acechaban las buenas coyunturas de hacer sus intempresas en los españoles o en los indios aliados; y así

convino ponerles en la puerta de su guarida una fortaleza para que saliesen ménos veces y con mayor riesgo. Los tucapeles habitan tierras marítimas, treinta y seis leguas de la Concepcion para el sur. La valentía y el número de sus soldados los hacia mui de temer; y así se juzgó por conveniente ponerles por freno otra fortaleza. La tercera se fundó en el estado de Arauco, por haber cedido los naturales los mas belicosos, y como los cantabros de Chile indomables por las armas, su terreno muchas veces sangriento. Tenemos a bien describirlo para que se entiendan mejor las facciones militares muchas y de gran peligro de que hemos de hacer mencion en lo de adelante.

Este estado tiene de largo treinta leguas, desde el fuerte de San Pedro, que dista de la Concepcion tres leguas hasta el rio Lebu, término en que parte límites con la jurisdiccion de Arauco; la de Tucapel por el sur divide su territorio como está dicho Lebu; por el norte Biobio; por el oriente una cordillera costeña, y por el occidente el mar pacífico, que bien podia llamarse belicoso por la calidad de sus habitadores. La latitud de esta provincia es irregular desde San Pedro hasta la frontera de Colcura, que son seis leguas de largo; llega la anchura del terreno en parte a media legua, y en parte a dos: de Colcura a Chibilingo, rio pequeño, reune el valle que hace dicho rio que tendrá como media legua de largo; es el ancho de esta sierra el de la cuesta de Marihueno llamada vulgarmente de Villagran, por la famosa batalla que aquí tuvo este jeneral con Lautaro, caudillo de los araucanos. En Chibilingo se estiende algo el terreno por un valle que hace dicho rio que tendrá de ancho tres leguas, desde ahí vuelve a estrecharse hasta el Laraquete, rio algo mayor que Chibilingo pero no grande: del Laraquete hasta Carampague que son tres leguas y media en largo, se estiende la latitud sola una desde aquí hasta Lebu, que es espacio como de catorce leguas, es la anchura de siete para ocho. El terreno está cortado de muchos arroyos entre grandes y chicos, que habiendo separacion en las mismas sierras de donde nacen, corren por ellas, dejando vegas y valles mui a propósito para el cultivo. Los caballos y vacas se crian mui bien: no así el ganado de lana, que recibe daño de lo crecido del pasto y de algun exceso de humedad. Las playas son abundantes de variedad de ostras y peces de muchas especies, gruesos y de buen sabor, y algunos estraordinariamente grandes. Sus naturales son tan valientes que han dado que decir a muchas plumas, y admirables proezas para materia de historia; aun hoi, que estan sujetos, mantienen un trato altivo y un tal aprecio de sí mismos, que como se entiende, no se acomoda la soberbia con la bajeza de la servidumbre. En el fuerte de este estado que puso el gobernador en la ribera de Carampague, dejó sesenta hombres y en cada uno de los Puren y Tucapel, veinte ménos.

En este año fundó el gobernador, no se sabe si por si mismo, o por medio de otro, la ciudad de Angol, o de los Confines en igual distan-

cia de la Concepcion y de la Imperial, y casi en el conmedio de mar y cordillera, algo mas cercana a ésta, en buen terrazgo para todos frutos en especial para viñas que hasta hoi permanecen vivas con estar en poder de indios, que no se toman el trabajo de cultivarlas, ántes permiten que se quemen todos los años cuando ponen fuego a las tierras, para que nazcan muchos pastos. Sus vinos eran mui jenerosos, y por paso que hai en su derechura de la cordillera, se hacia de ellos comercio con Buenos-Aires. La iglesia parroquial fué dedicada a San Andres apóstol. Don Miguel Velazco fundó una ermita a devocion de San Sebastian, y le donó para renta una granja con viña. Avecindáronse en la nueva ciudad Lorenzo Bernal, cuya mujer doña María de Rojas, que le sobrevivió, fundó una opulenta capellanía en casas, tiendas y oro, don Gaspar de Vergara, Francisco Fernandez, Diego de Medina, Nuño Hernandez de Salamon y Rasura, Pedro Cortez, el César de las campañas chilenas, cuyos hechos serán despues gustosa fatiga de la pluma, Hernando de Ulloa, Diego de Mora, Martin de Belo, y otros de ménos cuenta. Hubo en la ciudad convento de padres mercenarios, pues consta por instrumento auténtico de aquel tiempo que el año mil quinientos setenta y cuatro, era comendador frai Antonio Rondon, varon apostólico de excelente celo por la conversion de de los indios, en cuyo cultivo se empleó muchos años.

Por este tiempo trajo al reino don Martin de Avendaño socorros de soldados, con quienes vinieron algunas mujeres por mar, y de trescientos y cincuenta caballos y yeguas por tierra; y es de persuadirse que esto dió facultad al gobernador para fundar la nueva ciudad, y ánimo para enviar, como envió en una nave que tenia prevenida a Francisco Ulloa, a investigar mas bien y adquirir noticias mas puntuales del estrecho a que dió nombre Hernando de Magallanes. Algunos piensan que su propósito era pasarse por aquí a España, a dar calor a sus pretensiones, para lo cual tenia prevenidos trescientos mil castellanos de oro; pero esto no se hace verosímil, así porque poco ántes habia enviado allá mismo a Gerónimo de Alderete, de quien hacia justamente total confianza, como porque no era dable ni le podia ser bien descontado dejar el reino sin cabeza, cuando comenzaba a criarse y mas la necesitaba; y así lo que asienta a la razon, es lo que se lee en una partida del libro del cabildo de la Concepcion, fecha en veintiseis de octubre de mil quinientos cincuenta y tres, esto es, en treinta y nueve dias ántes de su muerte, la cual dice: que por cuanto su señoría está para ir a la conquista del mar del norte, y a la pacificacion de la tierra de adelante, y repartimiento de la ciudad de Valdivia, quiere hacer ántes la eleccion de alcaldes, empresa magnánima, y que manifiesta claramente el tamaño del corazon y las vastas ideas del valor incomparable.

Enfrenada del modo dicho la altivez y rebeldia de los indios con las poblaciones españolas de que se ha hablado, y asegurada la mas constante paz con apartar las tentaciones de la rebelion, envió a España a

Gerónimo de Alderete, con varios encargos pertenecientes al servicio de la corona y al adelantamiento del que lo enviaba. Entrególe para su Majestad todo el oro perteneciente al real haber, y otra crecida suma que hiciese mas bien vistos sus merecimientos y servicios para conseguir en gratificacion de ello, la perpetuidad en el gobierno y la confirmacion del repartimiento de indios que se habia asignado con el título de marques o conde del estado de Arauco. Envió una exacta descripcion del reino con sus costas y puertos, conquistas y poblaciones. Pidió misioneros, para hacer por medio de ellos a la jentilidad y a las supersticiones otra guerra de menor ruido, pero de mayor gloria. Encomendó dilijentemente que se le trajese su mujer doña Marina Ortiz de Gaete, destinando para su trasporte mui suficiente cantidad, y otra para que se distribuyese entre sus parientes y amigos: cuidado que haciéndose lugar entre los gravísimos de tan trabajosa guerra, califica a este varon de ánimo tan piadoso, como grande y por digno de la fortuna que se fabricó él mismo, y en que lo mantuvo elevado tantos años la divina providencia. Por este tiempo se comenzó la conquista de Cuyo, provincia que cae al oriente de la otra parte de la gran cordillera, a cuya empresa envió el gobernador con cien hombres a Francisco de Aguirre que en semejantes encargos habia desempeñado mui honradamente y a satisfaccion de todos su obligacion. No parece que hizo poblacion alguna, pues las ciudades de Mendoza y San-Juan, fundó años despues don García Hurtado de Mendoza, y porque de los progresos de esta conquista hablaremos en otra parte mas oportunamente, será bien que aquí demos lugar a algunas reflexiones sobre la muchedumbre de poblaciones que hizo el gobernador Valdivia y no serán ajenas al fin de nuestra historia.

CAPITULO XVI.

Reflexiones sobre el número de pueblos, fortalezas y ciudades que fundó el gobernador.

Es cosa ciertamente digna de particular ponderacion, y que se pese en la balanza del juicio recto, el haber determinado Valdivia y puesto en planta la fundacion de tanto número de ciudades y fortalezas, como se ha dicho en lo de atras, cuando no habia en todo el reino para tan grandes empresas, cabales dos mil hombres, y se puede proponer el problema político de sí en esto obró segun buenas máximas de prudencia o contra ellas; y no dudo que habrá muchos que aficionados de su valor y magnanimidad a que no bastaba la estension de las tierras, ni los mares, ni la resistencia de los hombres y los elementos, se pongan tambien de parte de su cordura, abonando que estendiese las manos a todas las partes del reino para un fin útil y otro necesario: el útil para recojer de todas partes las riquezas que franquearian las minas trabajadas con las manos de los naturales y con la industria de los nuevos colonos; el necesario para que en ninguna parte se pudiesen levantar

los indios, sin que hubiesen fuerzas prontas que poder oponerles, y procuraran fortalecer su razon con el ejemplo de los romanos, que cuando tenian contra sí en las entrañas de la Italia todo el poder de la émula Cartago, todo el valor y pericia militar de Aníbal y su ejército victorioso, acordaron destacar tropas y capitanes a Cerdeña, Sicilia y España, enviando a la primera a Graco, a Sicilia a Marcelo, y a España a Cayo y Publio Escipion. Pero estas razones si tienen alguna cosa porque poder ser atendidas, mas es apariencia que verdad, y éste es uno de los casos en que no es lícito usar para cosas pequeñas de ejemplos grandes, y en que no deben esperarse los mismos efectos de causas desiguales, porque ¿qué comparacion pueden tener las fuerzas de Roma, que contaba bajo sus banderas un millon de hombres, con las de Valdivia que no llegaban a dos mil sus soldados? Y así el alargarse éste a tantas partes y tan distantes con las conquistas, poblaciones y labores de minas, fué esponerse al peligro manifiesto de perderlo todo; pues en las potencias pequeñas y que se mantienen redreidas y en union, lo mismo es estenderse que debilitarse. Dijo bien el que dijo que las concordia hace grandes las cosas pequeñas, y la desunion arruina las mas grandes; y es sentencia divina que todo reino o gobierno dividido en sí mismo, será desolado si están divididas sus fuerzas por discordia, se destruye él así mismo, si por distancia de unas fuerzas a otras lo destruyen los estraños: porque como la fuerza unida es mayor fortaleza, la separada es flaqueza. Mitridátes mató con una carta circular, ochenta mil romanos que estaban dispersos por toda el Asia, a los cuales caso de haber estado unidos en un cuerpo no hubiera desvelado con todas las del Ponto, ni de la misma Asia, ni con todos los alfanjes de Masunos. Porque como los cuerpos animales viven por el ánima, así los políticos, por la union que es su espíritu y vida. Viene a propósito para sucesos como éste que se trate aquel hecho sabido del prudentísimo capitan Quinto Sertorio: mandó a los suyos que arrancasen de una vez todas las cerdas de la cerviz de un caballo, y hallándose imposible la ejecucion, mandó otra vez que las arrancasen una a una, lo cual como se hiciese fácilmente tomó la mano, y dió a conocer con sábio consejo que las desunidas estan flacas y espuestas al arbitrio de los enemigos.

La república romana fué la de mas sábio gobierno que han conocido las edades, bien acreditado en el curso rapidísimo de sus victorias en la estension sin límite de sus conquistas, y en el increible número y formidable poder de sus tropas, pues poco ántes de la segunda guerra punica y entrada de Aníbal en Italia, los soldados contados por decreto del senado fueron setecientos mil de infantería y setenta mil de caballería; y con todo este poder no tenian por conveniente fundar colonias fuera de Italia, y aun las que fundaron en ella, fué con grande aviso y consideracion, dejando pasar algunos entre la ereccion de cada una, como se puede ver en Veleyo Patérculo en su historia compendiada de Roma. Pero ni aun con esta circunstancia de reemplazar los que sacaban de Roma para nuevas fundaciones, quisieron hacer algunas to-

do el tiempo de diez años que duró la guerra de Aníbal en Italia, ni algunos despues, como lo advirtió el mismo Veleyo, dando por razon que en tiempo de la guerra no convenia desunir las fuerzas, y despues de ella, era menester reparar las quiebras: *neque dum Hannibal in Italia moratur, neque proximis post excessum ejus annis, vacavit Romanis colonias condere, quum esset in bello conquirendus potius miles, quam dimittendus, et post bellum vires refovendæ magis, quam spargendæ.* Esta parcimonia de los romanos en fundar colonias dentro de su misma Italia, bien da a entender cuanto dificultarian sacarlas fuera para no enflaquecer el centro de la república. La primera de éstas es la que con nombre de Cartago a semejanza de la otra émula del poder romano se edificó en el Africa, como afirma el mismo autor *Carthagoque in Africa, prima extra Italiam colonia, condita est,* que fué el año 644 de la fundacion de Roma. Este cuidado de los romanos en tener sus fuerzas unidas a la mano en Italia y el mayor vigor de sus tropas, los mantenia en estado de enviar ejércitos a España, Africa, Sicilia, Cerdeña, al Ilirico, a toda el Asia y al resto del mundo entónces descubierto, porque como estos soldados no eran para establecimientos fijos, con la facilidad con que los enviaban, los traian, segun pedian las necesidades y urjencias de la república. Mas, si como las tres partes del mundo eran entónces campo espacioso para la velocidad de sus águilas, hubieran determinado asentar el pié en todas sus estensísimas conquistas con colonias y municipios establecidos, todo aquel formidable poder se hubiera visto reducido a una estrema flaqueza. Lo cual bien entendido persuade con la mayor claridad que fué error de Valdivia, indigno de su buen juicio esparcir un puño de hombres que tenia a su mando en tantas fundaciones que por la distancia no podian darse la mano unas a otras, pues ocupó con cosa de dos mil hombres casi tanto espacio como la mitad de Europa. Hallamos algun motivo de escusarle en su mucho valor, el cual cuando se vé favorecido de los sucesos, declina fácilmente en temerario y arrogante; *pero accion que ha menester disculpa, no es digna de imitacion,* y la de que hablamos es digna de reprobarse, aun por el suceso, pues fué causa de la ruina y de la casi total pérdida del reino, como se verá luego.

CAPITULO XVII.

Rebélanse los indios araucanos y tucapeles; ponen sitio a los fuertes de estas dos provincias y no pueden ganarlos.

Héme detenido en estos discursos divirtiendo la pluma entre la política romana y los sucesos de la venerable antigüedad, mostrando el riesgo por ahí en no proporcionar las empresas con el poder, no tanto para dar a los lectores algunos preceptos útiles, para lo cual en ningun modo hallo en mí suficiencia, cuanto para prepararles el ánimo a la triste relacion de nuestras pérdidas que voi a escribir: en lo cual he queri-

do imitar la discreta blandura de aquellos que regatean las malas nuevas, y que tienen por jénero de crueldad y rústica rudeza cargar como de un golpe con la entera noticia de un suceso adverso el ánimo de quien lo ha de lastar. Ya está dicho poco ántes, las plazas que edificó Valdivia en las tierras de los indios mas rebeldes para tenerlos en sujecion y bastantemente entendido, que ellos rehusan con toda el alma la servidumbre, queriendo como jenerosos ántes la muerte que la vida sin libertad. Por este su natural altivo e indomable, y por ver que la demasiada atencion de Valdivia y los españoles a las minas, lo uno era causa para los indios de mayores afanes en desentrañar la tierra y sacar los metales; lo otro era ocasion de descuido a los españoles en el principal negocio de la guerra, pensaron que su buena fortuna les presentaba la mayor oportunidad de deshacerse de aquellos amos severisos e importunos. Con este pensamiento se juntaron los principales caciques de Arauco y de partes comarcanas para tratar de los medios mas poderosos de sacudir el yugo, que fueron Tucapel, Angol, Cuyucupil, Huelemu, Ilicura, Lincoya, Queupolican y Colocolo, viejo de gran consejo. Comenzaron el congreso por comer y beber, que es el ordinario preludio de todas sus consultas: luego determinaron el hecho, y solo disputaban sobre el modo, y viniendo a la eleccion de jeneral, principal punto del acuerdo gobernando los votos por los afectos, y teniendo las mentes dominadas del poderoso licor, redujeron el acuerdo a porfia, y con la porfia echaban ya feroces manos a las armas, cuando se interpuso la autoridad y respeto del anciano y prudente Colocolo, y les habló de esta o semejante manera:—"Aunque me alegro del brío que en vosotros veo, me lastimo del mal uso que quereis hacer de él, pues como que no bastara a derramar nuestra sangre el enemigo de fuera, vosotros vais a ser instrumento de su crueldad. Por el mismo caso que sois valientes, debeis entender que no podeis llegar a las armas sin daño y muerte de alguno; y cualquiera que falte, ese defensor pierde la patria que es acreedora al usufructo del valor de todos sus hijos. ¿Qué mas intentaran los españoles, si se hallaran en esta junta, que poner discordia entre vosotros y armar las diestras de unos contra las vidas de los otros? Pues cuando un poder se enflaquece con la discordia del ciudadano, es fácil despojo en la guerra con el enemigo. Las muertes que ejecuta el estraño, son como herida esterior que deja entero el cuerpo de la república; mas las que hace la sedicion del propio es herida del corazon que quita la vida al cuerpo del estado; y así por la licencia que me dan mis canas y el amor al bien público, os digo que la muerte que hiciere alguno en su compañero, es traicion que maquina contra la patria, pues comienza a entregarla al enemigo con quitarle quien la defienda. Estimo las vidas de todos como provechosas, y por eso estoy solícito de la conservacion de la de cada uno: ésta conservacion no puede obtenerse sin una estable union y perfecta concordia. No hai cosa mas útil y necesaria que lo que intentais elejir un caudillo que nos guie y defienda con su consejo y valor, y el hecho se opone a un intent

tan saludable, porque debiendo ser la eleccion concorde y libre, con la division quitais la concordia, y con la violencia la libertad. No querais por vida vuestra y por amor de la patria, que prevalezca la ira a la razon, lo cual siendo siempre pernicioso, lo es mucho mas cuando se trata de acertar en elijir. La razon y prudencia es alhaja tan necesaria que en ninguna accion humana debe faltar, cuando la ira aun en la guerra llega, si se precipita, a ser dañosa a su mismo dueño. ¿Pues una pasion que es perjudicial en la batalla, cómo será provechosa en el consejo? Y la que embaraza las acciones del cuerpo, ¿cómo no estorbará las funciones del alma? Si esto es cierto, debeis disponeros a discurrir con tranquilidad y elijir con prudencia. Alejad de vosotros los motivos de ambicion o de envidia, que cuando se trata del bien público se ha de olvidar el interes privado: ántes ninguno es dichoso si en su casa propia es desdichado. Poneos ya en el caso que no puede estar mui léjos de llegar a manos con el español, y fiad ahora el mando de vuestras tropas a quien entónces confiariais la defensa de vuestra hacienda, de vuestra libertad, de vuestras vidas, y de todo lo que mas amais." Esta verdad de Colocolo calmó la turbulencia de los ánimos como un céfiro suave serena las alteraciones del mar, y juzgaron todos los caciques que debian fiar tanto de su prudencia y amor a la patria, que pusieron en su mano la eleccion de jeneral, para poner fin a tal tumulto en jente espuesta del todo como que hace las consultas entre los vasos. Señaló por caudillo para la guerra a Queupolican, hombre nacido para mandar, prudente, sábio, esforzado, liberal, amado del comun y afortunado. Este, aceptado el cargo, comenzó a mostrar desde luego a mostrar que era digno de obtenerle, porque a mas de su valor sabia de la industria, que es otra fuerza mas poderosa en los capitanes. Determinó ganar la casa fuerte de Arauco sin que le costase sangre; y para el efecto señaló ochenta soldados escojidos, que acaudillados de Coyehuano y Altipai entrasen en la plaza mezclados y confundidos con los criados de los españoles que a ciertas horas acarreaban la leña y forraje, llevando sus armas ocultas entre los haces. Porque no habia aun entónces rumor de rebelion, y porque supieron los indios hacer su papel con admirable disimulo, los dejaron pasar libremente las centinelas: y ellos al punto que se vieron dentro de la plaza, echando manos a las armas ocultas, comenzaron a dar tal priesa a los españoles con tanta grita para que viniese Queupolican a socorrerlos, que los nuestros hubieron menester valerse de todo su valor y presencia de espíritu para no perturbarse con la súbita acometida del enemigo que tenian dentro de su casa y del que se llegaba a sus puertas. Pero uniéndose y formándose brevemente con la direccion de Francisco Reinoso, esperto capitan de la plaza, comenzaron a repeler a los invasores; los cuales aunque se vieron luego descubiertos y acometidos de sesenta españoles que habia dentro, con todo resistian tenazmente para dar tiempo a que Queupolican viniese a socorrerlos con las tropas que tenia prontas. Y ya se movia, oida la grita de los que peleaban, cuando vió con dolor suyo que salian los indios

19

de la plaza ménos en número y acosados de los españoles: éstos viéndose libres del enemigo que habian tenido tan interior, quitaron la puente del foso, cerraron la puerta del castillo, y coronaron la muralla para aguardar el asalto de Queupolican. Mas éste, como cauto y receloso no quiso proseguir una faccion que habia comenzado con desgracia y se retiró con los suyos, reduciendo su hostilidad a los fieros y amenazas que juraba cumplir mui en breve. Los españoles bien conocieron que no estaba reducido aquel pleito, y que a mas andar habia de faltarles el alimento que no estaba prevenido para sufrir el cerco en que no se habia pensado, por lo cual veian que si éste se prolongase, habian de perecer vencidos del hambre y sin la honra de morir con la espada en la mano. En este aprieto, hecho su consejo de guerra, habian acordado retirarse a Puren, logrando para esto el espacio que Queupolican les dejó de sosiego, miéntras iba a deliberar con los suyos a que empresa debia aplicar sus tropas con mayor esperanza de salir bien.

Pero esto no fué necesario porque el enemigo desamparó el sitio pareciéndole sin fruto por el valor y número de los defensores, y determinó pasar la guerra a Tucapel, en donde se prometia fácil la victoria por constar el presidio de solo cuarenta españoles. Mandaba el fuerte de Tucapel Martin Erizar, cabo de resolucion y esperiencia, quien luego que Queupolican asentó su campo al rededor de los muros, tuvo una ocasion involuntaria de mostrar el valor de los suyos, aunque venturosa por la que dió la temeridad de un soldado: éste viendo que se acercaban demasiado algunos indios al fuerte, como en desprecio de los españoles, movido de un espíritu de ira o presuncion, salió solo y contra órden, a combatirlos.

Los indios se pusieron en resistencia, y como muchos daban gran fatiga a todo el valor del español, ya se arrepentia éste de su demasiada animosidad, dándole a conocer la imprudencia de su resolucion el mal suceso que ya veia mui próximo.

Martin Erízar se sentia movido a dejar desamparado entre las armas enemigas a aquel soldado desobediente; pero pensando mas que en su aprecio, en la falta que haria en las circunstancias por valeroso, determinó socorrerlo; y saliendo con los que de los suyos halló mas prontos y bien armados, se renovó el choque atroz, pero mas sangriento para los indios que consternados de la súbita irrupcion de les españoles, y fatigados de seis cañones del fuerte que herian en sus escuadrones, se retiraron sin mostrar temor, ni declarar que era fuga, ántes se notó con cuidado el mucho tiempo que aguantaron firmes el fuego que se les hacia de la plaza; y continuaron el sitio, avanzando a veces hasta el muro, por si la suerte les ofrecia alguna ocasion favorable de ménos vijilancia en los españoles. Martin de Erízar por su parte, los fatigaba dia y noche con frecuentes y ordinarias salidas, aprovechándose para sus hechos de armas de las muchas coyunturas que daba un enemigo bárbaro de mucha pereza y de poca disciplina; y entretanto no se descuidaba de solicitar por medio de indios amigos socorros de jente y vi-

tuallas de las plazas de Puren y Arauco; de ésta le envió Francisco Reinoso seis hombres mandados de Diego Maldonado, los cuales hallaron los caminos tan cerrados de tropas enemigas, que hubieron de retirarse con pérdida de tres, aunque hicieron todos prodijios de esfuerzo. Por lo cual, viendo Martin de Erízar que el socorro no le llegaba, y que era vana esperanza el aguardarlo, acordó retirarse a la plaza de Puren, forzando de noche las guardias del enemigo. Dió facultad para esto el imajinar Queupolican que esta fué una de las salidas ordinarias, y así solo cuidó de defenderse en sus cuarteles, y de cortar la retirada hácia su fuerte a los españoles: los cuales viendo a los enemigos ocupados en lo que ménos era menester, se pusieron en salvo en la plaza de Puren con alguna justa jactancia de su industria y resolucion.

CAPITULO XVIII.

Sale Valdivia a castigar la rebelion de los indios; y dando la vuelta por Culacoyan, llega a Tucapel con su campo.

En la Concepcion halló el gobernador la noticia de la rebelion y hostilidades de los indios, y como era pronto de consejo y dotado de un vivísimo espíritu de ejecucion, salió brevemente con la pequeña tropa que pudo juntar en aquella ciudad para domar las fuerzas del enemigo ántes que se aumentasen en número y reputacion. Es verdad que se desvió del camino derecho que debia tomar, y torció a Culacoyan, en donde tenian muchas labores de minas; y don Alonso de Ercilla lo interpreta a olvido del bien público, y a demasiada atencion a su interes; pero este escritor tiene maliciosas conjeturas siempre que trate a justicia las acciones de los que mandan. Y estraño y aun me duelo que el padre Alonso Ovalle lo siguiese en lo que no era razon: a lo ménos lo refiere sin refutarlo como debia; pues estando en el trabajo de las minas ocupados algunos millares de indios (Herrera pone cincuenta mil), era discurso natural creer que llevó el gobernador allá el intento de apartarlos de las causas de rebelarse con dejar alguna guarnicion de españoles que los mantuviese en el respecto debido, o con otros medios que juzgase a propósito, y para eximir la última accion de este varon excelente de la fea nota de avaricia tan perjudicial, no solo nos mueve la honra y jenerosidad de las demas de su vida, en que apénas tuvo igual, sino la autoridad de manuscritos, que la tienen grande por sus autores, los cuales afirman que el viaje del gobernador a Culacoyan no fué por los fines torcidos que le imputan, sino por otros que le parecieron razonables y conducentes a la pública utilidad. De Culacoyan se encaminó para Arauco, en donde halló a Diego Maldonado de vuelta de su jornada, quien le informó del cuerpo que habia tomado la revolucion, y pasó a darle el fiel consejo de no aventurarse a sí y al reino con la poca jente que llevaba, a un reves de la fortuna;

y que seria prudencia detenerse en el mismo fuerte, hasta que le llegasen soldados de los que se esperaban por dias con Francisco de Villagra, que tuviesen alguna proporcion con los muchos del enemigo. Del mismo parecer eran el comandante Reinoso y Diego de Oro, a quien habia traido consigo aunque era correjidor de la Concepcion.

Pero, fuese que le pareció abatimiento recibir dictámen ajeno, que hai pocos de los que gobiernan que nazcan bajo de tan benigna estrella que se acomoden a esto, que por eso los romanos pusieron bajo de la tierra el templo del dios Conso o consejo, como que es menester bajar para alcanzarlo, lo cual no saben hacer los poderosos, confiados de sí mismos; o que le engañó la série hasta allí continuada de su dicha o el desprecio del enemigo siempre hasta entónces por él vencido; o que tuvo por mengua dar en su ánimo lugar a temor, todo lo cual es peligroso; él se determinó a pasar delante la vuelta del enemigo sin aguardar mas jente. A la que llevó consigo señalan varios números los autores; pero ninguno acertó con el verdadero, ni espresó tampoco en realidad lo que fueran sus soldados. No llegaba todo aquel que se llamaba ejército a cincuenta españoles: porque de indios aliados del Perú, Santiago y Promaucaes, aunque llevó hasta tres mil, mas eran número que ausilio: a lo ménos no eran tales que su valor pudiese contrarestar al de los araucanos y purenes, y se hiciera del todo repugnante a la buena razon que un capitan tan esperimentado y cuerdo como Pedro de Valdivia, se determinase a batallar con tan pocos soldados contra el ejército indio, al cual quien ménos lo hace de diez mil, sino constara asi de memorias auténticas a que no es posible desistir. A f. 57 del libro de la fundacion de la Concepcion, se dice que lo mataron con mas de cuarenta hombres, sin que escapase persona que pudiese traer la noticia. Y en una merced de siete mil indios, que el gobernador Francisco de Villagra hizo a Juan Negrete Elada por noviembre de 1561, y refrendada por Diego Luis de Olivera, se espresa que mataron al gobernador Pedro de Valdivia y a mas de cuarenta caballeros y soldados que con él entraron. De las cuales escrituras se colije manifiestamente que los soldados que llevó a la faccion no llegaron a cincuenta: y porque bien conocia que eran pocos para el grande intento que llevaba entre manos, envió órden al comandante de la plaza de Puren para que le destacasen catorce hombres de los mas valerosos y bien montados, y que se le juntasen cierto dia en el llano de Tucapel. Dada esta disposicion, continuó su camino, en el cual comenzó luego que se acercó a las tierras del enemigo a esperimentar la adversidad de la suerte que empezaba a declararse por el partido contrario; porque yendo Diego de Oro delante con diez españoles que se decian, no sé si con bastante propiedad *la gran guardia*, acometiéndoles de improviso los indios que estaban de emboscada en un desfiladero, en que los caballos mas eran de embarazo que de provecho, los degollaron a todos, y pusieron sus miembros en los árboles que caian mas al camino, o para trofeo suyo, o para terror de los españoles. Cuando el gobernador que venia con el resto de su

tropa mui atras, no se sabe por qué causa, llegó a aquel paraje y vió a aquel espectáculo de los miembros de sus soldados y amigos colgados y aun chorreando sangre fresca, se paró un poco como meditando en los accidentes funestos a que está espuesto el valor. Y no hai duda que aquellos amigos muertos le hablarian allá al corazon para desviarle de la temeridad con la enseñanza del escarmiento: y aun los caballeros que venian a su lado y tenian con él autoridad, creyendo que lo habria hecho mas dócil y atento a la razon la elocuencia de aquellos cadáveres, volvieron a representarle el riesgo manifiesto a que se esponia acometiendo con tan pocas fuerzas contra tantos; que bien conocido era el valor del araucano, quien suple con la fieresa y robustez todo lo que le falta en disciplina; que el excesivo número de enemigos, pues habia para español doscientos de ellos, no les dejaba esperanza de vencer, ni aun de defender la vida, pues el mismo Hércules fué vencido en los juegos olimpicos contra dos; que los indios ausiliares no eran en este caso de alguna consideracion, en especial los del Perú, que son como liebres para el leon araucano y que de los promaucaes era mui de temer que volviesen las armas contra sus mismos amos, que se hiciesen repentinos enemigos en la ocasion los que quizá por falta de ella se habian mantenido hasta entónces con muestras de amistad; que era bien dejar alguna vez su lugar al prudente recelo, sin el cual el valor es temeridad, que le aconsejaban y le pedian se retirase a Arauco, a donde llegarian mui presto su lugar teniente Francisco de Villagra que traia alguna jente de la Imperial, y que en ese refuerzo podia buscar al enemigo con mas segura esperanza. Pero tan sanos consejos no hallaron entónces lugar en aquel entendimiento que ántes siempre se iba naturalmente tras de los aciertos como que lo llevaba por inevitables sendas a la muerte la fatalidad de su hado, que hablando mas cristianamente, manda en la vida y en la muerte, y pone límites precisos y que no pueden traspasarse a la carrera de los mortales.

CAPITULO XIX.

Danse la fiera batalla los indios y españoles en los llanos de Tucapel; y éstos quedan del todo vencidos y muertos.

Con sus pocos españoles y ausiliares indios llegó Valdivia a una estendida llanura junto al fuerte de Tucapel frente al enemigo con su ejército que contaba por lo ménos de diez mil hombres, toda jente escojida y gobernada por capitanes acreditados por el valor y la industria, y aun por el amor a la libertad y odio a los españoles. El llano de Tucapel, no de todo el estado sino del lugar en que se peleó, me parece útil describirlo para el lector entienda mas bien lo que en él pasó. Tiene dos leguas y media de largo, y de ancho de la mitad para el sur media, y de la mitad para el norte una legua entera. Está cerrado por todas partes al oriente por una cordillera intransitable, sino es por dos pasos mui

estrechos y pendientes, el uno que cae entre sur y oriente se llam Cayucupil, el otro que cae al oriente en derechura es Tajelboro; al su lo ciñe el rio Tajeltajel, al occidente el de Tucapel, que ámbos mez clan sus aguas entre occidente y sur, y forman una ensenada de perfect ángulo; al norte le separa de otras tierras de la misma provincia, arroyo de Auillinco, que despeñándose de la cordillera que se ha dich desagüa en el rio de Tucapel. De modo, que los tres costados de es llanura estan cercados de agua, y aunque su cantidad no es para imped el paso, con todo se hallan raros y estrechos por el impedimento de la altas barrancas y el espeso bosque de sus márjenes, por lo que queda bien cerrados con poca jente que se aposte en ellos. Cuando llegaron este lugar los españoles, lo primero que les dió en los ojos, fué el her moso y terrible aspecto del ejército enemigo, formado en el llan desplegados sus escuadrones y prontos para la batalla que supuesto conocimiento de su valor, era capaz de infundir miedo a la misma va lentía. Y lo aumentaba la vista del castillo echado por tierra, lo cua no pensaban los nuestros, sino hallarlo existente y servirse de él par último refujio en caso de algun mal suceso que debia justamente rece larse. Acrecentó tambien el temor no parecer Juan Gomez de Alma gro que mandaba catorce soldados que venian de Puren de ausilio; lo cuales detenidos de causas que se ignoran, llegaron un dia despues de l batalla, a ser inspectores de aquel gran destrozo y aumentar los muerto con algunos de los suyos. Ya era mucho el tiempo que habian estad frente ámbos partidos en inaccion, y los indios fueron los primeros qu acometieron, desfilando Mariantu un escuadron de su convoi, y por s parte Valdivia ordenó al capitan Bobadilla que con diez hombres sa liese a romperlo. Estos se portaron con valor; pero el enemigo dand estension a su trozo los cojió en medio y los tenia en grande apriet El trance peligroso de los suyos puso a Valdivia en cuidado: destac en su socorro a su sarjento mayor con otra tanta jente. Estos se metie ron por el escuadron enemigo, y juntando sus fuerzas con el enemig los primeros comenzaron a aportillarlo y romperlo con muerte de lo mejores, que ya pareció por allí que flaqueaban y meditaban la fuga, co mo que peleaban medio vencidos. Valdivia con los suyos, que aun n habian entrado en pelea, quiso lograr la ocasion, y embestir por otr parte, llevando en su espada el terror y la muerte, porque era valient simo por su persona, y los españoles animados del ejemplo de su cap tan y del favorable principio de la batalla, la continuaban con ardor bizarría. Los enemigos, por su parte, no faltaban a la obligacion de va lerosos y resistieron como media hora, despues de la cual retirándos con pérdidas como de cien hombres de los mejores, pasaron a vista d los muertos como que deliberasen el continuar la pelea, o dejarla ind cisa.

Despues de rato de esta suspension, arremetieron segunda vez anima dos de Queupolican, Tucapel y Colocolo, cargando de oprobios ánte de llegar a las manos al gobernador y a los españoles. Estos los agua

daron bien formados y unidos para que la union supliese el número; y en esta vez fué mas atroz la contienda, muriendo mas indios que en la primera y algunos españoles. Segunda vez desistieron los enemigos del combate de comun acuerdo y se mantuvieron un poco fuera de tiro de fusil. Aquí sientan algunos autores que estos intervalos de pelear se hacian por consejo de Colocolo, viejo de acertadísimas ideas para poder ellos sin confusion, despues de retirados, meter en la refriega jente de refresco y fatigar las fuerzas del enemigo español, que no tenian con quienes mudarse y a los cuales las pequeñas interrupciones no eran de gravedad para descanso y reparo del vigor, ante quizá de daño por lo que enfriaban el ardor militar. Pero era tanta la buena maña de los españoles, y la desesperacion con que se metian por los escuadrones enemigos, o para vencer su obstinacion, o para morir con honra, que acometidos tercera vez los repelieron con mayor estrago, que fué en esta ocasion de trescientos hombres.

Ya estaba la victoria en estado de declararse, y los indios fluctuaban por cualquiera parte que arremetian los nuestros, de modo que parecia que resistian mas por reputacion o respeto a los capitanes, que por valor. En estas circunstancias, Felipe Lautaro, criado del gobernador y mui favorecido suyo, olvidando la fidelidad debida a su dueño por el amor a su patria, se pasó del partido vencedor al de los vencidos, y dándoles brevemente en rostro con su cobardía y vileza, y diciéndoles con alta indignacion que era digno de servir e indigno de la libertad, quien no sabia estimarla tanto que la comprase de buena gana a costa de la vida, y que ni aquello era menester por estar cansados y sin aliento tanto los españoles como sus caballos, los hizo volver al combate, capitaneándolos con arte mayor que de bárbaro, por la ciencia militar en que se habia imbuido con la comunicacion de los españoles y con asistir a sus batallas con ánimo de aprender de ellos lecciones que vueltas contra sus maestros, fuesen algun dia su ruina. Los españoles ya eran entónces ménos, y aunque heridos y cansados no dejaban de animarse a vencer o hacer costosa y sangrienta a los enemigos la victoria, de los cuales en este cuarto choque murieron muchos. Pero al fin cercados los españoles de tantos enemigos furiosos, sedientos de su sangre y acaudillados por Lautaro murieron tantos, que reducidos a catorce y a pocos aliados, intentó Valdivia retraerlos a un paso estrecho en que hacerse fuertes. Mas los indios habian prevenido el lance y ocupádolo con anticipacion, por lo cual viendo los nuestros perdida la esperanza de salvar las vidas, se arrojaron furiosos entre los enemigos para venderlas a buen precio. El gobernador, aunque estremamente animoso, pensando mas sériamente que los otros en el bien de su alma, se apartó con su capellan a un vecino bosque para disponerse a la partida de la eternidad. El resto del ejército pereció todo al filo de la espada, ménos dos o tres indios amigos que se salvaron en la espesura de los montes. Acabada la batalla, que se dió en 3 de diciembre de 1553, fué el primer cuidado de los vencedores buscar al gobernador, como el mayor

trofeo de la victoria, y lo hallaron que estaba actualmente arrodillado, purificando su conciencia con la confesion. Allí mataron luego al capellan, y a él lo reservaron para saciar con su muerte, dándosela segun su costumbre, la ira concebida y abrigada tantos años en su pecho contra el autor de su servidumbre.

No se sabe si aquel mismo dia de la batalla o al siguiente (lo cual parece mas probable) fué traido el gran gobernador don Pedro de Valdivia en traje y estado mui diverso del de su antigua grandeza delante de aquel horrendo senado de salvajes, que este nombre debo dar a jentes que jamas usan jenerosidad con el enemigo, ni pretenden de él otro precio que su muerte. Luego fué sentenciado a ella a voto de todos y voluntad de la muchedumbre, que la pedia a gritos; pero en el modo de la ejecucion, no concuerdan todos los escritores: algunos dicen que se la dieron echándole por la boca oro derretido, diciéndole: "hártate de lo que tanto apeteciste;" a lo cual yo no puedo asentir porque los indios nunca han sabido liquidar el oro, ni aun entónces lo tenian porque no apreciaban, y los que esto afirman, me parece a mí ser de aquellos que no apropian la erudicion a la historia, sino que con prevencion suma acomodan la historia a la erudicion, y que lo hacen para aprovechar la de Marco Eraso que fué muerto de este modo por los Partos; y para tomar de un paso de historia finjido ocasion de declamar sobre lugares comunes contra la avaricia o la ambicion. Pero así pierden la fama de veraces, y no ganan la de elocuentes. Otros escriben que le quitaron la vida metiéndole tierra por la boca, y atacándola fuertemente con un madero, como se ataca la pólvora de un cañon de artillería; pero esto no merece prudente asenso por no haber de ello testimonio idóneo y por ser contra la costumbre de los indios, de lo cual ellos son mui tenaces. Así mi sentir es que le quitaron la vida segun su antiguo e invariable modo que usan en estas ejecuciones con los prisioneros de guerra, de que hemos hablado con distincion en el libro antecedente, y aquí no nos parece referirlo, no solo por evitar la repiticion, que era justo motivo, pero mucho mas por no lastimar nuestro ánimo y el de los lectores con la ingrata narracion del fin lastimoso, de quien por sus virtudes cristianas y militares, merecia ser eterno. Aunque mirando esto a otro aspecto y a mejor luz, debemos creer que muchas muertes, que a los ojos de los hombres son desdichadas, son dichosas en los de Dios, quien usa de la tribulacion, como el artifice del fuego para apartar la liga y dejar el metal mas acendrado. Miéntras mora nuestro espíritu en la casa terrena de esta carne mortal, está como el hombre en el lodo, que es caso imposible no mancharse, para cuyo daño hai mayor causa en los que mandan, a quienes suele cegar y hacer que se desconozcan la opinion de la propia excelencia y el verse poco ménos que adorados de los pueblos; por lo cual llegan a pensarse de otra naturaleza superior, de donde nace el mandar con soberbia, y de la soberbia la injusticia, y de la injusticia el ser aborrecido, y aborrecido que es la mas grave calamidad que puede acaecer

a los que mandan y son mandados, pues el odio ha de armarlos mútuamente para su daño que es inseparable del de la comunidad o república. Es verdad que esta altanería o engreimiento apénas puede hallarse sino en hombres vanos y estúpidos que no tienen luces para conocerse a sí ni a los otros, ni para refleccionar que muchas veces eleva al mas alto puesto no el mérito o el talento propio, sino la parcialidad o engaño del que promueve o la solicitud propia o ajena, y a veces el coecho y otros medios indignos de la honra de hombre de bien y de la sencillez cristiana, como el servir vilmente a los que pueden ser autores de sus ascensos, porque el ambicioso sirve con bajeza para mandar con soberbia, y el diablo tambien tiene sus humildes contra hechos que se inclinan para pescar las honras, y así el oficio que adquieren mal, lo administran peor. Y como se dijo de Serjio Galva, que hubiera sido juzgado digno del imperio, tambien estos parecen merecedores del puesto ántes de tenerlo, a lo ménos por la moderacion finjida de su trato, y despues de alcanzarlo, se quitan la máscara con que hicieron papel diferente de lo que eran, y queda de manifiesto su verdadero ser de hombres ridículamente hinchados que se mantienen de viento como el camaleon, y tienen mas pompas y gravedades que un pavo real; los cuales se asemejan al asno, que mui enjaesado cargaba la figura de la diosa Isis, que se hinchaba de las reverencias, como que se hicieran a él, siendo en realidad enderezadas a la imájen de la diosa. Otros aunque sean por sí moderados, prudentes, justos y no tengan de si mismos cosa que haga su gobierno pernicioso o molesto, con todo les viene el daño de fuera y los malea la fea adulacion, vicio que siempre será detestado y siempre mantenido a costa del público, porque el lisonjero crece y hace sus medras de las ruinas de todos. Estos, a los que mandan les hacen ver hermosos sus mas feos errores, para que se enamoren de ellos: les representan su grandeza como divinidad para que demanden la obediencia como culto, y para que se les haga sacrificio de las fortunas de todos: les dicen que Dios les privilejió en el mando, para que ellos se privilejien en todo respecto de los mandados, para que pesen a sí y a los demas con peso desigual, y no guarden la igualdad que es el alma y ser de la justicia, y como hai pocos que no caigan en esta red hermosa y no beban de este dulce tósigo, es increible cuanto se olvidan de que los que mandan y obedecen tuvieron igual principio y tendran semejante fin. Por eso, todo el que manda tiene de su misma naturaleza o del mal consejo ajeno causas que los perviertan, que lo hacen odioso delante de los hombres, y criminal delante de Dios: y así lo que padecen ántes de llegar a su tribunal les sirve para comparecer en él ménos culpados. Lo cual debe pensarse de nuestro gobernador don Pedro de Valdivia, a quien creemos que la confesion que hizo ántes de morir lo limpió de culpas; y la muerte cruel que padeció de los indios, le sirvió de satisfaccion anticipada de las debidas penas para que pasase luego a gozar el premio prometido a los que en estado, como el suyo, juntan con acciones de caballero otras de cristiano.

CAPITULO XX.

Elojio del gobernador don Pedro de Valdivia, y memorable combate y retirada de Juan Gomez de Almagro.

Nació don Pedro de Valdivia en la Extremadura, provincia fecund de varones, fuente de excelentes capitanes y esclarecidos conquista-dores. Le dió no poca noblesa su nacimiento, pero mayor sus hazañas con las cuales ilustró mucha parte de la Europa y América. Peleó va-lerosamente en la batalla, junto a Pavia en que fué derrotado el grand ejército, y quedó prisionera toda la majestad de un rei de Francia. S halló en el saco de Roma, aunque esto no le contamos por hazaña, sin por delito, que quizá dió causa a su muerte lastimosa como la padecie-ron trájica con veneno o con hierro de los propios, o de los enemigo los mas del ejército de don Pedro de Mendoza que vino al rio d la Plata, en que habia dos mil y doscientos soldados valerosos e ilustre caballeros que fueron parte de los sacrílegos que profanaron la ciuda santa, cabeza de la cristiandad y domicilio de la fé. Pues siempre Dio ha tomado por suya la venganza de los que se atreven a los que son ta inmediatos por su estado a la divina persona, y siempre que haya Jero-boanes injuriosos y desacatados con los profetas y ministros de Dios, n le faltarán ejecuciones que hagan ejemplar con el castigo y el escar-miento en los mas altos lugares, como se ponen señales en las altas roca para aviso de los navegantes.

En la América fué nuestro Valdivia mas esclarecido con ménos som-bra de culpa. Los beneficios que recibió de los Pizarros lo hicieron s agradecido, y en la batalla de las Salinas fué gran parte con su valor y disciplina para que ellos obtuviesen la victoria. Pero pospuso el agra-decimiento del amigo a la lealtad al príncipe, y cuando reconoció a Gonzalo Pizarro apartado de la real obediencia, tambien se apartó é de su amistad. Se llegó al partido de los leales, y en la batalla en qu venció Gazca a Pizarro, él formó el ejército real con tan bello arte qu admiró a Francisco Carvajal, que era el solo en todo el Perú que le podi competir en la ciencia de la guerra. En Chile, a excepcion de la última se cuentan sus victorias por sus batallas y sus aciertos por sus deter-minaciones. Fué de sobresaliente capacidad y raro su discernimiento en l que habia de abrazar o hacer; y así se ha notado que a todo lo que fu de su eleccion, lo ha calificado por conveniente el trascurso de tiemp y el voto comun que es juez sin apelacion de lo bien o mal acordado Con su prudencia militar juntó ardor quizá demasiado, imprudenci que tiene muchas disculpas a su favor en los que mandan ejércitos, y está mui autorizada en la conducta de los mas célebres batalladores César, Alejandro y Cortez; y es calidad plausible entre los soldado que siguen anciosos entre los peligros al capitan que va adelante, y n estiman mas otro esfuerzo, que al que pisa en él los confines de la teme-ridad y llega hasta el borde de los precipicios.

Fué pío y relijioso, de que son segura prueba las leyes llenas de cristiandad que dió a las ciudades del reino, en especial la última de su vida, cuando poco ántes de salir a la infeliz campaña, dejó mandado por auto en la Concepcion que se edificase la iglesia catedral, de la cual espresó las medidas de altura, lonjitud y latitud; espresó la arquería, naves, fachadas y sacristía, mandó que esta fuese alta y baja y con chimenea, para que los ministros del templo tuviesen contra los frios del invierno la defensa del fuego que hasta estas cosas, que parecen menudas, estendió su providencia y piedad. Señaló fondos para la fábrica ordenada, y que si el maestro la acabase dentro de tres años, segun el pacto, se le añadiesen diez mil pesos de gratificacion. Parece que usó a los principios alguna dureza con los vecinos indios; pero luego la reformó, trocándola en blanda y caritativa, por amonestacion de los reverendos padres frai Juan Torralba y frai Juan de la Torre, franciscanos, y de frai Cristóbal de Ravaneda, mercenario, estimándoles la celosa admonicion, como dice un autor digno de fé. Y yo no sé que admire mas en el que manda, si acertar por sí, o dejarse advertir de otro; pero sé que lo último es mas raro. Fué liberal y justo en la distribucion de los premios, y así no tuvo quejosos; que el que da a los dignos, obliga a todos y los anima a merecer otro tanto. Así mismo se premió de su mano, y (para hablar verdad) no escasamente, pues se asignó por repartimiento suyo, desde Talcahuano hasta Tucapel en que tenia cincuenta mil indios tributarios, y se lo confirmó el emperador. Le concedió el gobierno de por vida y hábito de una de las órdenes militares. Sus riquezas hubieran llegado a desmedidas y a igualar las de los reyes, a no haber sido su vida breve, pues le daban sus minas doce marcos de oro cada dia.

Ya este hombre, a quien sobraba el oro en vida para la grandeza, le faltó la tierra en su muerte para la sepultura: tal es el ludibrio que hace el mundo a sus personajes, y tanto trueca esta gran trajedia de la vida los papeles, haciendo que el que representó en un acto el de la tolerancia, haga memoria en otro el de la bajeza, y ninguno puede tenerse por feliz, porque en algun tiempo se le ria la fortuna, que en los dias de esta vida juzga el segundo del primero y el último de todos. De muchos de los capitanes y soldados que murieron en la batalla hubiera materia para sus elojios, si nos constara cosa particular de sus vidas y hazañas; pero ya que ignoramos otra, bástenos poner bajo de su nombre la mayor de todas que es morir gloriosamente, y hacer sabedora a la posteridad de los pocos de ellos de que hai memoria que son: Diego de Oro, Juan de Llamas, Reinoso, Juan Gudiel, Juan de Mesa, Andres de Villarroel, Juan de las Peñas, y Bobadilla.

Al otro dia del infausto combate, y despues de la muerte del gobernador, bajaron por Taguelboru y se encaminaron por Ilicura a Tucapel los catorce españoles que debian venir a Puren de socorro, y ántes no pudieron llegar por algun obstáculo invencible, o porque Dios, que tenia decretada la ruina de aquel ejército, le alejaba los medios de su

conservacion, que atendiendo al órden natural de las causas se hubiera seguido con el ausilio de tan valientes guerreros. Tuvimos la ventura de que no se descuiden de escribir sus nombres los antiguos, y son: Juan Gomez de Almagro, comandante de los demas, Pedro Gonzalez, Gonzalo Fernandez, Cortez, Córdova, Leonardo Manriquez, Moran, Maldonado, Pedro Niño, Peñaloza, Vergara, Diego García, Castañeda y Escalona. Y estos, luego que salieron de unas angosturas a lo llano, acometieron en línea con sus escuadrones, y aunque ántes de la pelea tuvieron la triste nueva de la pérdida del gobernador con todos los suyos por medio de un indio fiel, a quien Gomez de Almagro habia enviado con cartas para Valdivia, y se la volvió con noticia de su muerte; con todo eso no perdieron el ánimo, y se exhortaban mútuamente, no solo a morir con honra, sino a vencer aquella muchedumbre, tanto que diciendo un soldado de los catorce:—"¡Oh! si fuéramos siquiera ciento!"—Y mostrando otro ser del mismo sentir, respondió Gonzalo Fernandez indignado, por la que parecia cobardía intempestiva:—"¡Oh, si fuéramos dos ménos, con eso nos llamáran los doce de la fama!"—Y ciertamente como tales pelearon aquellos hombres contra millares de indios valientes, victoriosos y sedientos de la sangre española, no solo defendiéndose un dia entero, lo cual parece sobre toda credulidad, sino rompiéndole al enemigo sus escuadrones, haciéndolos retirar muchas veces, y causando espantoso estrago en sus mejores soldados; y al fin retrayéndose, sin muestras de huida, y dejándoles a los indios, no solo poco de que alabarse, sino mucho que admirar y celebrar en sus canciones, que como esforzados, se aficionan del valor hasta del enemigo. Bien se deja entender que entónces aun no tenian los indios caballos, pues ni habian de vendérselos los españoles, ni ellos podian haber ganado en batallas, que ninguna les habia sido favorable hasta aquel dia. Porque caso que los tuviesen, ¿cómo era posible que de catorce españoles escapasen algunos combatidos de tantos millares de indios? Murieron, pues, de los catorce españoles, los seis que son: Pedro Niño, Leonardo Manriquez, Cortez, Diego García, Escalona y Maldonado. Los demas, mandados por su capitan Juan Gomez de Almagro, acordaron retirarse a Puren ántes que a Arauco, así porque el camino era mas breve, como porque el ser mas estrecho e inaccesible por los lados les daba mas facultad de defenderse, y de que uno solo que fuese atras cerrase la angosta senda al enemigo. De esta suerte llegaron ocho de estos invictos soldados a Puren, en donde los dejaremos, contando entretanto sus hechos de armas, y permitiéndoles benignamente que con la jactancia de soldados, les den algun encarecimiento, el cual apénas podria adelantarse a la verdad, ni tener lugar en tan grande hazaña.

CAPITULO XXI.

Llega a Concepcion la noticia de la infeliz batalla.— Sale Francisco de Villagra a buscar al enemigo : encuéntrase con Lautaro en la cuesta de Marihuenu, en donde tienen ámbos jenerales una batalla sangrienta y se retira Villagra con pérdidas.

Tanto como es de perezosa la noticia feliz es de lijera la infausta; y así la de la pérdida de los españoles se estendió mui en breve por todas las poblaciones de ellos: pérdida tan grande en las circunstancias que no puede ser amplificada por los recursos de la retórica; y contada sencillamente, bastaba para helar la sangre a lòs mas animosos. Los nuestros se dieron por vencidos en los parajes mas seguros, y acordaron llegarse vecinos a vecinos, para hacer algunos cuerpos respetables. Retiráronse los de Puren y de la ciudad de Angol a la Imperial, los de la Villarica a Valdivia, y los de Arauco a la Concepcion. Luego que llegó a ésta ciudad la infausta nueva y el llanto y sobresalto, dió lugar para juntar consejo. Comenzaron a deliberar sobre a quien convendria entregar el comando de las armas que en la triste situacion de las cosas de la guerra, mas tenia de riesgo que de honor. Valdivia, que nunca se descuidaba de preveer lo venidero, habia poco ántes de salir a la última espedicion, entregado al cabildo de la Concepcion un pliego de providencia, en que caso de morir él en la guerra, sustituia en su lugar, a tres por su órden. En primer lugar a Jerónimo de Alderete; en 2.° a Francisco de Aguirre; y en 3.° a Francisco de Villagra. Pero estando Alderete en España, y Aguirre en la provincia de Cuyo, acordaron, en caso que no sufria dilacion, entregar el mando militar y político a Francisco de Villagra, y lo aclamaron por gobernador del reino, poniendo por exórdio del nombramiento un breve pero grande elojio de sus méritos y persona. En él espresan que es caballero hidalgo notorio, y que en vida del gobernador Valdivia, siempre fué segunda persona, por sus muchos talentos y militar esperiencia. Francisco de Villagra aceptó el cargo, y nombró por correjidor de la Concepcion y su lugar teniente a Gabriel de Villagra. Por este tiempo se sabia que Queupolican, con el ordinario cebo de las largas embriagueces mantenia unida su tropa, y que se aumentaba con jente nueva, así porque es natural de los hombres seguir la fortuna próspera y llegar al que ella favorece, como porque no hai nacion en el mundo mas pronta y alegre para emprender la guerra que los indios chilenos. Así mismo, Villagra que por sí era hombre de alentado espíritu, y estaba enseñado en la escuela del gran Valdivia, no quiso dejar para despues lo que podia hacer ántes, y determinó aguarle cuanto pudiese al enemigo sus regocijos, y ajarle la flor de su reciente gloria. Para esto, dejando ochenta hombres de presidio en la Concepcion, salió de ella en 20 de febrero de 1554, con ciento y sesenta de los mas valerosos españoles y algunos indios amigos, llevando por su maestre de campo a Francisco Reinoso, oficial pronto de manos y de consejo. Queupolican, que no

presumia ménos de dilijente que Villagra, y sabia hacer buen uso de la victoria, determinó llevarla adelante hasta el último estremo y esterminio de los españoles. Y acordádose de la obligacion que le tenia a Lautaro todo el estado, quiso partir con él la gloria de la guerra, y que en la primera espedicion fuese suyo el supremo gobierno de las tropas, y para ello le entregó diez mil soldados escojidos. Lautaro, que era tan cauto como valiente, y queria dar buena cuenta de su primer cargo, y sabia por sus espías menudamente todos los designios y prevenciones de los españoles, determinó aguardarlos en la cuesta de Marihuenu, que hoi llaman de Villagran, como lugar ventajoso por su fragosidad, para su jente, que habia de combatir a pié. Es la cuesta de Villagran una grande eminencia con alguna planicie en la mayor altura, larga algunas cuadras, y ancha cuanto alcanza un tiro de fusil; pero entrecortada de bosque y espesura. Por la parte oriental está cerrada de una selva densa que no da paso: por el occidente la ciñe un gran precipicio que cae hasta el mar. El camino, para subir los que van de la Concepcion para Arauco, comienza desde un pequeño valle y vega que hace el rio de Colcura, pobre de aguas, y este camino es estrecho y en parte con despeñaderos a una y otra mano: no continúa recto, sino con varias curvaturas, para aliviar las fatigas del repecho. Por aquí comenzaron a subir los españoles, llevando la vanguardia Francisco de Reinoso, con propósito de atacar al enemigo en cualquiera parte que estuviese. Lautaro estaba atrincherado en la eminencia, y se mantuvo sin movimiento, teniendo por espaldas el declaro que cae al mar, y por la frente y costados un cerro de robustos maderos, y envió algunas tropas a disputar el paso a los españoles. La vanguardia de éstos peleaba a un tiempo, con lo empinado y estrecho del camino y contra la resistencia de los enemigos fuertes y numerosos; y con todo eso habiendo hecho resolucion de pasar adelante, forzaron el paso con muerte de los mejores indios, despues de tres horas de combate. Aquí dice un autor de no despreciable crédito, que este reencuentro fué en Laraquete, que es una punta de tierra que naciendo de una sierra elevada, se deja caer al mar, remitiendo su altura miéntras mas se acerca a él, y dando un paso único por donde está mas bajo; pero que fuese aquí el reencuentro de que se habla, no nos parece que tiene ni han tenido apariencia de verdad. Lo primero por la punta de Laraquete, está distante mas de dos leguas de la cuesta de Villagran, donde ciertamente fué la batalla, así porque es comun tradicion que del suceso le vino el nombre, como porque lo demuestran aun hoi los sepulcros de los indios que permanecen en todo el alto de la cuesta dicha, y no es creible que si hubieran muerto en Laraquete, los trajesen a sepultar a lugar distante. Lo 2.° porque el mismo autor confiesa que los nuestros superaron el recuesto y se continúa el combate mas adelante, y en lugar avanzado a la tierra de Arauco, lo cual si se hubiera comenzado a pelear en la cuesta de Laraquete, deberia haberse continuado en el espacioso llano que se estiende de dicha punta hácia el sur, y tiene tres leguas y media de

largo y una de ancho, que era lugar mui ventajoso para los españoles por la comodidad de gobernar bien los caballos. Y pues el autor citado espresa claramente que la batalla se continuó en paraje embarazado y montuoso, y que de ahí nació la pérdida de los españoles, se debe concluir que el principio de la batalla fué en la subida de la cuesta de Villagran, y su continuacion y fin en su planicie superior. Aquí estaba atrincherado Lautaro, y los suyos que venian vencedores, se acojieron bajo de la estacada. Los españoles luego que arribaron a la mayor altura y dieron algun descanso a sus caballos, comenzaron a combatir la trinchera enemiga, que era fuerte, bien defendida de lanceros, honderos y tan arrimada al precipicio, que cuando los españoles acometian, no podian dar la pujanza al caballo, porque no se despeñase en aquella profunda cima. Y así la atencion que ponian al riesgo del despeño, les impedia defenderse del enemigo que heria en ellos con sus largas picas y con un graniso de piedras de que está cubierto el monte y habian atrincherado. Así pasaron de parte de los nuestros las acometidas que les salian caras, y Lautaro entretanto contemplaba con refleccion la postura y número del campo español, y media con la vista las distancias y puestos en que podia colocar a los suyos con mayor ventaja, sin verse otra accion en alguno de los dos campos que salir tal cual indio a desafiar a los españoles; en especial uno llamado Curiumanque arrojaba lanzas con estremada pujanza y acierto, y retaba a los españoles de cobardes y viles, diciéndoles que ninguno de ellos seria hombre para pelear con él, cuerpo a cuerpo. Siete dardos llegó a arrojar con algun daño de los nuestros, hasta que indignado Villagra, dijo clavando, al mismo tiempo los ojos en Diego Cano:—"¿No hai quién vaya a castigar la insolencia de aquel indio?" Cano se dió por entendido, y acometiéndolo con la adarga al pecho y la lanza en la mano, a toda brida de un caballo alanzan tostado, que era prestísimo, lo cosió a lanzadas, ántes que pudiese llegar a los suyos, de los cuales se iba a amparar.

En este tiempo, advirtió Villagra que los indios parte salian a presentar batalla, y una parte acudia a ganar los pasos, y él para descomponerles sus intentos mandó disparar los tiros de campaña y toda la fusilería que hizo gravísimo daño en los escuadrones apiñados de los enemigos; pero ellos estaban avisados por Lautaro de avanzar animosamente y de carrera, tragando la inescusable muerte de algunos, hasta mezclarse con algunos españoles, para hacerles inútil la ventaja de las bocas de fuego, y reducir toda la cuestion a las armas cortas; industria que sabemos usaron antiguamente los jermanos gobernados por Arionisto, para no recibir mucho daño de las armas arrojadizas del ejército de Julio César. Así lo hicieron en esta ocasion los indios, y se trabó una batalla por todas partes sangrienta, y atroz que duró todo el resto del dia. Se portaron maravillosamente los españoles, de los cuales hallamos particularmente nombrados a Francisco Reinoso, Diego Cano, Pedro Olmos de Aguilera, Diego Maldonado, Hernando y Juan de Alvarado, Bernal Castañeda, Ruiz Pantoja, Pedro de Aguayo, Gonzalo Fernan-

dez y el mismo jeneral Villagra, a quien le mataron el caballo en el combate, y estuvo a punto de ser muerto o prisionero; pero valiéndose en estremo de sumo esfuerzo, y acudiendo en su socorro trece valientes soldadosse libró de los indios que lo cercaban y combatian con las armas y la grita, pues en tales casos atormentan los oidos con un espantoso alarido, como triunfando con la presa que dan por suya. Tambien los indios se portaron bravamente, dando grandes brincos y nombrádose en alta voz, segun su costumbre, cuando derrivaban algun español con lanza o garrote, o hacian otra buena suerte. Al retirarse el sol de nuestro hemisferio, se dió fin a la porfiada contienda, como lo dice el mismo Villagra en una merced de indios que hizo a Juan Negrete en 22 de noviembre de 1561. Los españoles tocaron la recojida, y no se animaron los indios a molestarlos, por haber perdido muchos buenos soldados y tener muchos mas heridos. De los nuestros murieron noventa y seis, y de los indios mas de setecientos, a los cuales, como quedaron dueños del campo, enterraron en el mismo lugar de la pelea, que es la mayor altura de la cuesta. Hemos caminado muchas veces por aquel paraje, y cuidadosamente que a mano izquerda del camino, yendo de norte a sur, se ofrecen a la vista muchas sepulturas de indios que se distinguen de los españoles, porque ellos no sepultan sus muertos en la manera que nosotros que cavamos un hoyo y echando dentro el cuerpo, lo tapamos con la tierra movida, sino que tendiendo el cadáver en la tierra, y si es batalla muchos juntos, levantan la tierra al rededor, y lo cubren con ella, de modo que el sepulcro que en su lengua llaman *eltun*, es un montecillo redondo con su foso en la circunferencia de la base. Pues de estos, decimos que hemos visto muchos en la cuesta de Villagran, y los ven cuantos por allí hacen camino, que es manifiesto indicio de los muchos que ellos murieron en aquella memorable batalla. No obstante lo cual, por su mucho número fué la guerra ofensiva y dañosa para los españoles, como se verá poco despues.

CAPITULO XXII.

Llega Villagra a la Concepcion, y manda despoblarla.—Sitian los indios a la Imperial y Valdivia: socórrelas el gobernador.—Contajio de viruelas en Chile.—Anula la audiencia de Lima el nombramiento de Villagra.

Francisco Villagra que habia comenzado a conocer el valor y osadía de los indios, se persuadió que eran de temer, en especial estando los españoles dispersos en pequeñas poblaciones, y éstas con cortos presidios: y juzgó conveniente abandonar unas para aumentar otras. Por esta razon ordenó que se despoblase la ciudad de la Concepcion, y aunque hicieron representacion en contra los alcaldes Juan de Cabrera y Diego Diaz, persistió en lo mandado, y se ejecutó por mayo de 1554; embarcándose los viejos y mujeres y niños en dos navíos para Santiago, y dividiéndose la jente que podia tomar armas, parte se encaminó a Santiago por tierra con el gobernador, y parte a la Imperial con los del

ayuntamiento. Este año pasó a mejor vida don Rodrigo Gonzalez Marmolejo, cura y vicario de la ciudad de Santiago por el obispo del Cuzco: fué llamado apóstol de Chile.

Por este tiempo Martin Rui de Gamboa, comandante de la Imperial, y Julian Gutierrez de Altamirano, de Valdivia, avisaron a Francisco de Villagra el apretado sitio que tenian puesto los indios a ámbas ciudades, quien sacando setenta mil pesos de la real caja, y llevando ciento y cincuenta hombres, se puso con ellos en camino para hacer levantar los asédios. El de la Imperial estaba puesto por veinte mil indios; y ya se veian los defensores reducidos al último aprieto por la falta de municiones y vituallas, cuando la llegada del gobernador, y el recelo que concibieron los enemigos de que si a la jente que traia se juntase la de la ciudad, quedarian ellos inferiores, llegando las cosas a trance de batalla, hizo que se retirasen. Desde la Imperial destacó el gobernador ciento y veinte hombres para socorrer a Valdivia; cuyo cerco alzaron tambien los indios, no animándose a medir las armas con los españoles. Entretanto que caminaba este destacamento y se remediaba el aprieto de aquella plaza, se ocupó el gobernador en castigar a los indios imperiales, en lo que para ellos podia ser mas sensible, porque supuesto que no se podia ejecutar en sus personas por haberse puesto en cobro en los montes de la provincia. Despues de haber sacado de las casas de ellos que estaban bien proveidas de granos (porque son dados a la agricultura, y las tierras mui fértiles) los que necesitaba la ciudad, como todo lo demas juntamente con las sementeras que estaban en yerba, porque de esta jente que así como cuando quiere pelear es feroz, así cuando no quiere no se le halla cuerpo ni tiene ciudades o fortalezas que rendirle. Solo queda un modo de hacer la guerra, que es consumirle los comestibles, y en la ocasion fué bastante para rendirlos y obligarlos a pedir la paz, que se les concedió dejándolos en la misma sujecion y servicio respecto de los vecinos de la Imperial en que los puso el gobernador Pedro de Valdivia.

A los males de la guerra se juntó la epidemia que fué de viruelas y la primera que hubo en Chile, porque ántes se ignoraban estos contajios tan temidos de los naturales de este pais, en especial de los indios que estan mas espuestos a sus estragos, ya porque su complexion cálida y sanguínea se pone de parte del mal contra el doliente, ya porque no tienen el menor conocimiento del arte médico, ni saben el uso de los simples medicinales que tienen tan a mano. Pedro Olmos de Aguilera, vecino de la Imperial, afirma en un escrito que presentó al obispo don Francisco Antonio de San Miguel, a 22 de junio de 1573, que de diez o doce mil indios que le dió en repartimiento el gobernador Pedro de Valdivia por marzo de 1552, solos le dejó ciento la mortandad; y Hernando de San Martin, vecino de la misma ciudad, en una escritura de cierta obra pía fecha por agosto de 1573, dice que de ochocientos indios de que le hizo merced el mismo gobernador Pedro de Valdivia, no le quedaron sino ochenta.

Luego que Francisco de Aguirre tuvo noticia de la muerte de Pedro de Valdivia, se retiró de la provincia de Cuyo trayendo consigo sesenta hombres; y como supiese que en la nominacion que hizo Pedro de Valdivia, lo habia preferido a Francisco de Villagra para el gobierno, y que a éste solo se habia preferido como oficio vacante, sin lejítima autoridad que no la tenia el cabildo de la Concepcion ni el ejército para conferírselo, significó a Villagra el mejor derecho que pensaba tener. No queriendo éste allanarse a dejar el mando, que ya habia comenzado a gustar, determinaron, por cierto prudentemente, componerse en paz, y dejar la determinacion de su causa en manos de la real audiencia de Lima. Los oidores, que lo eran entónces el doctor don Melchor Bravo de Sarávia, y los licenciados Santillan, Altamirano y Fernandez de Peñaloza, por real provision fecha en 13 de febrero de 1555, anularon el nombramiento hecho en Francisco de Villagra, y no declararon válido el hecho en Francisco de Aguirre, ni señalaron otro alguno por gobernador, sino que los alcaldes de las poblaciones gobernasen en lo respectivo de sus territorios. El cual acuerdo en su primera parte, bien parece fué consultado con la prudencia y segun las leyes de las monarquías, que no permiten que la muchedumbre se injiera ni aun en caso urjente en las nominaciones que son privativas del príncipe; porque esto seria ocasion de que con la repeticion de los casos súbitos, se estableciese en el pueblo una potestad nueva por el largo uso y la tolerancia. Y es lei fundamental de cada gobierno que no se inmute algo de lo que toca a lo sustancial de él, porque cada cosa se mantiene y continúa por aquellos medios porque comenzó. Y así como el gobierno de España es monárquico, que pide de su naturaleza ser rejido por uno solo, o por los que de él tienen lejítima autoridad, no se ha de permitir que algun reino o provincia se elija su cabeza, lo cual tuviera visos de independencia de república. Aun la romana, en que la muchedumbre debia tener y tenia parte en las elecciones, como este poder era privativo del pueblo y del senado, no sufrió éste que el ejército se abrogase la misma jurisdiccion, ni aun en caso que parecia de urjencia; porque habiendo por la muerte desgraciada de Cayo y Publio Escipiones, quedado en España como huérfano el ejército romano, se encargó de su gobierno y tutela Lucio Marcio, soldado de sumo valor y acertadísimo consejo, y con las reliquias de las tropas derrotadas consiguió mas glorias sobre los cartajineses que el ejército entero, gobernado por todo el valor y ciencia militar de los Escipiones. Por este mérito le dieron los soldados el nombre de protector; y el mismo Márcio hizo saber en la primera ocasion su nombramiento y hechos de armas al senado, quien aunque reconocia el gran talento y reciente mérito de aquel varon, por lo cual se habia hecho digno de mayores cargos, y le dió amplísimas gracias por los servicios hechos a la república, no quiso en ningun modo validar el nombramiento; ántes para abolir un ejemplo pernicioso a su modo de gobierno, le quitó el mando, aunque por otra parte tan merecido, y envió de

Roma para gobernar las tropas a aquel Escipion, que despues de haber vencido a Aníbal y rendido por asédio a Cartago, adquirió el renombre de africano.

Mas la segunda parte de la real provision que fué no dar por válido el nombramiento hecho en Aguirre, ni elejir otro gobernador, no nos parece fundado en razon política; pues no habiendo en ningun gobierno pliego de providencia, ni delegado alguno que pueda darla en nombre del príncipe, parece que es de la facultad del gobernador que acaba por muerte, sustituir en alguno su poder, porque no suceda que no haya cabeza para el cuerpo político, cuyos gravísimos inconvenientes son mui fáciles de ver. Porque si en una casa particular, que es un pequeño estado, no se puede vivir con algun órden sin que se sujeten todos al mando de un padre o madre de familia que ordene, que es el que todo lo conserva ¿podrá haber en un estado que es una gran casa, si falta uno que mande a todos? La cual doctrina política tenemos bien espresa en el oráculo de la escritura, que asegura bien claro que en donde no hai gobernador perecerá el pueblo. Ni basta el que haya en cada pueblo quien mande de por sí, porque éstos constituyen estado o reino por la trabazon de unos con otros; y esta trabazon no puede hallarse sin la sujecion a una cabeza que mande en todos, que así como de ella se derivan a los miembros del cuerpo natural los espíritus vitales, sin lo cual no puede vivir, de la misma suerte no pueden subsistir los varios miembros de un cuerpo político sin la influencia de uno que sea superior a todos. No es un estado de aquel jénero de relojes que se mueven con ruedas, los cuales en disponiéndolos por la mañana, por sí continúan el movimiento el resto del dia, dando las horas con igual particion del tiempo, sino que son como astro lábios, que no son de algun uso cuando carecen de la presencia del sol.

Lo cual y aun en tiempo de paz es necesario, mucho mas cuando el estado es acometido de guerras tales que cada miembro no puede sostener, como sucedia en Chile. Porque si todas las fuerzas juntas apénas, o quizá ni apénas, eran bastantes ¿cómo lo podian ser divididos en particular y pequeños gobiernos? En cuyas circunstancias es preciso que el mando de todos venga de un superior comun que obligue a una parte al socorro de la otra, y a todas al del todo. Por esto aunque la república romana (que siempre será para nosotros maestra de sabios máximas), se gobernaba por votos de muchos, con todo eso en caso de guerras mui peligrosas que pedian ejecutivas y prontas disposiciones, criaba el pueblo y el senado un dictador con su premio y libre imperio en las cosas de guerra, como en la de Aníbal en Italia confirieron este cargo a Quinto Fabio Máximo y a otros en otras semejantes, para que las necesarias demoras en consultar, deliberar y acordar, no atrazasen los negocios que pedian brevedad y podian tener mas pronto espediente sometidos al arbitrio de uno solo. Y si esto juzgaron por necesario cuando habia quien mandase a todos, aunque con la tardanza de consultas y votaciones, ¿qué juzgarian en caso que no hubiese quien man-

dase de ningun modo? Pues los males de este jénero de gobierno parcial y dividido, conoció luego el reino y determinó acudir a la audiencia de Lima, para qué reformarse la real provision, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIII.

Nombra la audiencia de Lima a Francisco de Villagra por correjidor y justicia mayor del reino de Chile.—Puéblase la Concepcion otra vez, y acometiéndola Lautaro, obliga a los españoles a que la desamparen.—Sale Lautaro de la Concepcion con ánimo de invadir a Santiago, y viene a su opósito Juan de Godines.

Por el prudente recelo que hemos dicho habian cencebido las ciudades del reino de los males que amenazaban por no haber quien las gobernase a todas, y tuviese poder bastante por la amplitud del mando para defender a cada una, enviaron a la ciudad de los Reyes por su procurador a Gaspar de Vergara, para que en el nombre y con el poder de ellas representase los inconvenientes gravísimos que se seguian de la ejecucion de la provision real, y para que pidiese que se revocase con otra contraria. La audiencia real comprendió bien la razon y verdad de lo que se representaba, y lo otorgó dando a Francisco de Villagra (aunque no se le pedia para él determinadamente) el mando de todo el reino, pero no con nombre de gobernador, sino de correjidor y justicia mayor, prefiriéndolo a Francisco de Aguirre, no porque no pudiese hacer esta confianza de los aciertos del juicio de éste y de los actos de su valor, sino porque la esperanza de buenos sucesos se asegura mas bien en las esperiencias que en las conjeturas; esto fué en circunstancias que no podia ser mas precisa la asistencia de un comandante como Villagra, porque Lautaro no respiraba sino iras contra los españoles. En el mismo despacho concedió la audiencia que se edificase de nuevo la ciudad de la Concepcion, y se ejecutó en 24 de noviembre de 1555, elijiendo por alcaldes a Francisco de Castañeda y Juan de Alvarado; por rejidores a Orduño Jimenez, Lope de Landa, Pedro Gonzalez y Pedro Bernal; por alferez mayor para que llevase el real estandarte a Luis de Toledo; por alguacil del campo a Pedro Fernandez, y por escribano a Luis de Lozano. Se repartieron solares a ochenta y cinco vecinos, de los cuales eran 31 del antiguo vecindario; el primero que se presentó pidiendo que se le señalase solar y tierras, para heredad, fué Francisco Gudiel en nombre y representando la persona de doña Marina Ortiz de Gaete, viuda del gobernador Pedro de Valdivia, que no nos consta cuanto ántes, ni en que ocasion habia llegado a este reino.

Poco les duró a los pobladores de la Concepcion el goce de su nueva ciudad, porque Lautaro llamado en su socorro de los indios pencones, vecinos a la poblacion que llevaban ágriamente temiendo se les volviese a labrar la cadena de su servidumbre que habian roto, acudió al

llamamiento con cuatro mil hombres escojidos, y él lleno de saña y coraje, por lo que le parecia contumacia en aquella jente que no queria reconocerse vencida, ni dejar de repugnar a la mayor fuerza. Los vecinos de la Concepcion cuando entendieron la venida de Lautaro, temieron, como era justo; pero en medio del terror se esforzaron unos a otros con ánimo mayor que su numero a defender el amado suelo, y enviaron a Juan de Alvarado con nueve hombres a reconocer el campamento, fuerzas y designios del enemigo. Luego fueron descubiertos de su gran guardia, y se trabó un choque, que habiendo sido desde el principio feroz, era cada vez mas peligroso para los españoles por los indios que se llegaban de nuevo a reforzarlo. Por lo cual se retiró Juan de Alvarado con los suyos, y dió noticias de las grandes fuerzas de Lautaro, y que traia dos clarines de los que habia quitado en las batallas pasadas, y algunos indios de distincion, armados de cotas, celadas y espadas españolas. En la pequeña fortaleza mandaba Francisco Castañeda, la cual, a mi juicio, no podia estar en perfeccion, y son las razones de mis conjeturas, la una que desde que llegaron los españoles, hasta que se acercó Lautaro con sus tropas, no hubo tiempo para labrar muros, cubos y posos, con especial no acudiendo los indios al trabajo, como que no querian hacer contra sí mismos, fortaleciendo a los que deseaban destruirlos, y como que les daba animosidad para negarse a la obediencia la cercanía de su libertador. La segunda conjetura es, que caso de haber estado ya la fortaleza plenamente concluida, no hubiera sido tomada por los indios, pues la defendian ochenta españoles, como no ha sido jamas ganada por asalto alguna otra, aunque fuesen muchos ménos los defensores, y muchos mas los indios que la combatian (a escepcion de la plaza de Valdivia, que fué tomada por descuido de los centinelas) lo cual es cosa sin duda al que está noticioso de la historia de Chile, y se hará manifiesto en la continuacion de ésta. Por lo cual me persuado, a que es del todo cierto lo que escriben algunos de que salieron los españoles a presentar a los indios batalla en campo raso; y yo añado de mi parte que esto fué por no poderse defender en el fuerte aun no acabado; porque caso de estarlo, hubiera sido loca temeridad perder voluntariamente el abrigo de las murallas y fosos en que hasta las mujeres y niños son defensores y de que necesitaban por su corto número. Salieron, pues, los nuestros a presentar batalla a los indios, no pudiendo resistir en lo que habia edificado del fuerte, siempre lidiando con el enemigo que entró tripulado con ellos. Aquí se prosiguió la pelea porfiada y fiera cual debia ser entre los muchos y que se juzgaban próximos a vencer, y entre los que no esperaban la salud sino librándola en la desesperacion, hasta que habiendo muerto 24 españoles, los restantes se fueron retrayendo a un ángulo de la muralla, en donde se hicieron fuertes; y los indios no teniendo por buen acuerdo batirse mas con jente despechada, y que solo podia ser vencida a mucha costa de los vencedores, pues tambien habian caido varios de los mejores de ellos, dejaron a los nuestros en quietud, y se fueron a gozar

del saco de las casas. Este intervalo fué a propósito para que los españoles respirasen y tuviesen coyuntura de acordar su retirada a Santiago, la que hicieron en un navio que oportunamente estaba surto en la bahía. Los indios no los molestaron en el embarque, o por tener ocupados ánimo y cuerpo en enriquecerse con los despojos, poderosísimo atractivo para su codicia, o porque quisieron hacer puente de plata al enemigo que huia, y no volver a trabarse con jente que vendia cara su piel.

Lautaro que estaba lleno de jactancia, brios y esperanzas lisonjeras por haber batido a los españoles en Tucapel, en la cuesta de Villagran, y desalojádolos de la Concepcion, pensaba pasarlos a cuchillo en Santiago, como a un rebaño de corderos: mas no se le ocurria a este arrogante que estos corderos habian de volverse para él mas terribles que leones; y así llevado de la altanería de pensamientos y como que tuviera de segura ausiliar a la fortuna, salió braveando de la Concepcion a ejecutar su soberbia empresa, llevando consigo no mas que seiscientos hombres, pero escojidos entre miles y con intento de reclutarlos en el camino como que estaba poblado de naciones belicosas. En efecto así fué que cuando llegó al rio de Maule ya tenia tres mil soldados bajo de sus órdenes. Pasólo y se acampó a las márjenes de rio Claro, en un terreno ventajoso que fortificó, segun militar disciplina, y a la misma observó en distribuir rondas y centinelas, y en dar a estas señas y contraseñas, poniendo en uso las lecciones que aprendió su cuidado cuando estuvo entre los españoles en oficio de criado, y con ánimo y corazon de espía. En este sitio se le agregaron mas tropas de indios que comenzaban a mirarlo como a su gran libertador, y al mas poderoso contraste del dominio español, y por medio de ellos con promesas y temores procuraba traer a su partido a otros que aun tardaban en llegarse.

Queupolican, por su parte, no abarcaba en su ánimo ménos designios que Lautaro, y juntando en Tucapel y Arauco veinte mil indios, se puso en camino para cercar la Imperial y Valdivia a un mismo tiempo, a cada ciudad con la mitad de las tropas: en Valdivia mandaba él mismo que en el sitio antecedente, Julian Gutierrez de Altamirano, y en la Imperial habia sucedido a Martin Rui de Gamboa don Miguel de Velasco, quienes, como en aquellos principios todo falta, faltaba soldados, dinero, vituallas y municiones, acudieron al ordinario refujio dando parte a Villagra del asedio que les amenazaba. Villagra juntó consejo de guerra en la ciudad de Santiago, y en él acordó, dejando a Lautaro empeñado en sus grandes proyectos, porque prudetemente no creyó que se animase a llegar a la capital del reino, y que caso de animarse le saldria caro su osadía, pasar al socorro de la Imperial y Valdivia que lo necesitaban mas, así por ser de ménos defensores, como por estar en el riñon de la tierra de los enemigos, y salió de Santiago con la jente que pudo alistar; mas quizá hubiera llegado tarde el ausilio humano segun era la flaqueza de las plazas y la potencia del enemigo que venia en esta ocasion con mas aparejos que en la pasada

para apretar el sitio, y aun para estorbar los socorros y entrar a la ciudad por fuerza, sino hubiera anticipado el favor del cielo que se mide con la necesidad cuando lo merece nuestra confianza y lo implora nuestro ruego. Estaba alojado a vista de la Imperial Queupulican y el ejército araucano deliberando si convendria rendir a los sitiados por hambre, o vencerlos por asalto, cuando uno de aquellos entes perniciosos a quienes los indios no adoran, sino que temen, a quien llaman epunamun, se les apareció en medio de una nube tan fea y de maligna luz como sus intenciones, y comenzó a armarlos de ira contra la mísera ciudad, incitándolos a que la atacasen luego, que sin duda seria suya, y que pasasen a filo de espada a sus habitantes. Ya se movian a la ejecucion de este horrible consejo, cuando disipándose la nube, serenándose el aire y vistiéndose de gala el cielo, bajó de él con brillante pompa la princesa de la paz, atraida de los clamores de aquel pueblo aflijido, y poniéndose encima de los escudrones indios, se dignó dejarse ver de ellos y les dijo con autoridad de señora:—"¿Qué intentais jente perdida? Retiraos luego por el camino por donde vinisteis, que estos españoles estan bajo de mi sombra y amparo, y no habrá quién pueda dañarlos». Fué aquella voz, voz de potestad a que no era dable resistir; y luego turbados y sin mas esfuerzo que el que bastaba para la fuga presurosa comenzaron a acabarla, sintiendo todos como un viento ardiente que les daba por las espaldas y los alejaba a largo paso de la ciudad; y de este modo quedó libre ésta y la de Valdivia, a la cual tenian tambien amenazada. Beneficencia de la madre de piedad, a que no podemos negar el asenso sin nota de ingratitud y aun de infidelidad por referirla no solo los escritores, sino testimonios y autos de pública autoridad.

Por esto, cuando llegó Villagra halló desecha la tempestad de la guerra que amenazaba caer a estas partes, y dejando guarnicion bastante en una y otra ciudad, porque no siempre debia prometerse ausilios milagrosos, volvió atras para observar las operaciones bélicas de Lautaro, para impedírselas y estorbar que hostilizase a los amigos. Habia salido de Santiago Juan de Godines con veinticinco hombres. El padre Ovalle escribe que quien trajo esta jente fué Pedro de Villagra, pero yo afirmo lo que tengo por mas cierto, y no alego razones porque la cosa es de poca monta. Juan de Godines, pues, tuvo una escaramuza luego que llegó con parte de las tropas enemigas, y habiéndose terminado sin considerable pérdida de alguna de las partes, acordó fortificarse en las cercanías del enemigo, para impedirle que enviase cortos destacamentos en pequeñas facciones, y para obligarle a que para la menor cosa se moviese con buena parte del ejército. Esto puso a los indios en suma incomodidad, porque ántes de la venida de Godines, estaban dueños de la campaña, y cuatro de ellos podian correrla toda y obrar y mandar en ella como señores. A mas de esta conveniencia, puso la mira Juan de Godines en aguardar allí a Francisco de Villagra para incorporarse con él y obrar con las fuerzas unidas y

de comun acuerdo, como en efecto sucedió, agregando Villagra su jente que eran treinta españoles y seiscientos indios aliados. Lautaro que tuvo noticia de esto, juzgó conveniente mudar su alojamiento y pasando su cuartel a Mataquito, rio mas avanzado a la ciudad de Santiago, lo fortaleció con trincheras y foso en sitio eminente, y que dominaba una estendida campaña, en parte de la cual estaban alojados los españoles. Estas detenciones de Lautaro no se ha de creer que iban gobernadas sin arte, porque era capitan avisado y prudente, y así ha de presumirse que su intento era fatigar con su demora a los españoles y obligarlos a que lo acometiesen en su fuerte, en donde se juzgaba ventajosamente defendido para poder derrotarlos enteramente; y se prometia que conseguida esta victoria, y consumida toda la jente de armas de los nuestros, seria cosa llana apoderarse de la capital, destituida de su principal fuerza, poblada de mujeres y niños y espuesta al antojo del que la acometiese en la cual ya se consideraba hartando su crueldad, su codicia y su lascivia. Nada ménos que esto maquinaba aquel furioso enemigo del nombre español, a todo esto meditaba juntar otro artificio, que caso de haberle salido como lo intentó, hubiera sido la total ruina de aquel pequeño ejército que era la última esperanza, y como la sagrada áncora que tenian los nuestros para salvarse en aquella tormenta deshecha. Quiso Lautaro que se creyese que estaba falto de vituallas, y despachó jente fuera de sus reales a buscarlas para acreditar con la verdad la ficcion. Su pensamiento era que los nuestros se persuadiesen, a que atajándole los convoyes podria ser reducida a la última necesidad y a ser vencido sin sangre; miéntras tanto creia el tener oportunidad de sacar un brazo del rio Mataquito y a negar a los nuestros, cuyos cuarteles estaban en lugar humilde, y que cuando estuviesen embarazados en guardarle la inundacion, acometerlos él con su jente, logrando para vencerlos la coyuntura de tener por ausiliar aquel elemento, lo cual leemos que en el sitio de Leide de Holanda, ejecutaron los herejes contra el ejército español de Francisco Valdes, rompiendo los diques y echándoles sobre su campo las aguas represadas de los rios Rin y Meusa. Y así se ve, que la industria de estos indios no ha sido menor que la de los europeos, y que ha hecho que los nuestros se vean obligados a batallar no solo con los hombres, sino con los rios. Lo cual se puede afirmar con mas razon que la que tuvo Homero para escribir que Aquiles se combatió en batalla con el rio Escamandro.

CAPITULO XXIV.

Evitan los nuestros el riesgo de ser inundados.—Acomete Villagra las trincheras de Lautaro y las fuerza.—Muere este jeneral con todos los suyos dentro de sus reales.

Felizmente y a tiempo conoció Juan de Godines a que fin miraban las máquinas de Lautaro y los trabajos de los indios con que intentaban detenerlos en aquel paraje, para inundarlos con las aguas de rio que

tenian represadas y a punto de derramarlas en la campaña, y hacerla un mar invadeable a los españoles; y solo con mudarse prontamente a alojamiento superior, burló sus intentos e hizo inútiles sus conatos. Así mismo procuró contenerse dentro de sus cuarteles, hasta que Villagra volviese de su jornada y mandase lo mas conveniente; porque conociendo Villagra que era de una importancia acabar con Lautaro, atacándolo en sus fortificaciones o dándole batalla en campo raso, y que la jente española que hasta aquel dia tenia consigo, pasaba poco de cincuenta hombres y que los ausiliares no llegaban a mil, acordó buscar mayores medios y mas poderosos, para hacer una buena suerte en el enemigo, que los sucesos tristes habian hecho cauto a este capitan, porque la adversidad es gran maestra de aciertos. Para este fin volvió con toda dilijencia a la Imperial a traer consigo a los mejores soldados con que dar grueso y vigor a su campo, y para ello dió tiempo Lautaro que se detuvo tres meses mudando alojamientos a las márjenes del rio Claro y Mataquito. Junto a este rio estaba fortificado, cuando llegó Francisco de Villagra; no se sabe con cuanta jente, pero bastante para que junta con los cincuenta hombres que tenia Juan de Godines, se asegurase mas o se asegurase ménos la empresa. Luego que su tropa se recobró del largo y apresurando viaje, determinó acometer a Lautaro en sus trincheras, y la buena dicha le deparó un indio práctico de un camino escusado, a quien de grado o por fuerza hizo que le sirviese de guia, y éste lo puso al reir el alba en el cuartel enemigo. Lautaro, aun estaba reposando, y al rededor de la albarrada habia raros defensores: por lo cual aprovechando Villagra la ocasion, mandó que cuarenta de a caballo estorbasen a los indios acudir a la defensa, y cuarenta infantes acometiesen la puerta. Esta fué ganada puntualmente, porque el trance fué repentino para los indios, de los cuales estaban los mas bien dormidos o mal despiertos, y entraron los españoles a la fortaleza. Pero acudiendo Lautaro a animar a los suyos, y éstos a su obligacion, se trabó en lo interior un combate atroz como debia ser, entre españoles que se comenzaban a ver vencedores, y entre indios que estaban acostumbrados a serlo, y en esta ocasion no querian reconocerse vencidos. Lautaro andando en lo mas récio y arriesgado de la pelea, fué herido mortalmente de una arma arrojadiza; y no obstante prosiguió peleando, y encendiendo la pelea hasta que murió; y los suyos, si perdieron algo de ánimo con su falta, lo aumentaron de deseo de la venganza y de coraje, que hace las veces del valor. Los españoles, que tenian mui impresa en su ánimo la muerte del gobernador Pedro de Valdivia y de otros esforzados varones, y todas sus pasadas ruinas querian desquitarlas, inundando la plaza en un torrente de sangre, y ni querian hacer a alguno gracia de la vida, ni los indios la pedian: por lo cual prosiguió la carnicería hasta que no hubo en quien ejecutarla. Murieron los indios animosamente con las armas en las manos y el rostro vuelto al vencedor: y así no hubo prisioneros, porque ninguno quedó vivo, ni despojos sino los de las armas, que es toda su hacienda y magnificencia.

Este fué el fin de Lautaro, Aníbal chileno que consiguió cabalmente tantas victorias de los españoles, como el cartajines de los romanos, y aunque en ménos teatro mostró igual industria y osadía. No nació en el mando, pero mereció obtenerlo, y sin la preeminencia de la sangre y el sufrajio de la sucesion. Su valor solo lo elevó de repente de criado a príncipe; y fué uno de los mas príncipes que en todas las séries de las edades han sido para sí artífices de una grande alteza. Tubo así siembre por aliada a la fortuna, y cuando le faltó ésta, no se faltó él a sí mismo, sino que rodeado de la desgracia y acometido de la parca inexorable, halló en su corazon mucho valor a que poder apelar. Murió con magnanimidad, haciendo cara a la victoria, y mostrando que habia sido merecedor de que algun tiempo se alistase en sus banderas. Murió gloriosamente, pues dió la vida por su patria, y se labró sepulcro honorífico en su misma ruina. Y así su muerte no lo acabó del todo, pues vivirá eternamente en la fama, la cual es justo que confesemos que debe ser grande y no sé si la llame buena, a lo ménos no es razon que la parcialidad tenga voto en la calificacion de las prendas, ni que queramos oscurecerlo, porque es enemigo él que exaltáramos. Pues si damos a manos llenas los elojios a un Viriato español, no será equidad se los mezquinemos a Lautaro indio, cuando ámbos pelearon por su patria, por las mismas causas y con igual esfuerzo.

Pero para los nuestros se hermanaron en un suceso el provecho y la honra, pues echaron por tierra el padron de su ignominia y acabaron con el enemigo mas implacable que amenazaba sus gargantas. La ciudad de Santiago y las demas del reino, oyeron la venturosa nueva con aquellas grandes celebraciones que se hacen a una gran fortuna que ha andado mucho tiempo peregrina y enajenada, cuando al fin arrepentida de ser ingrata, se entra por la casa de los que mas la merecen; y dieron las gracias con esquisito culto primeramente al Señor de todos, que es el que dispensa las victorias, segun el máximo consejo de su providencia que muestra particular en las batallas, que por eso quiso ser llamado Señor Dios de los ejércitos; luego a aquella hermosa estrella que cuanto ha sido y es cometa amenazador para los enemigos de la fé, tanto es astro de favorable aspecto y benigna influencia para los verdaderos fieles, y últimamente a todos los jénios tutelares de los santos patrones que se interesan así en nuestras ganancias como en nuestras pérdidas, y que se han dignado ser capitanes visibles de nuestros ejércitos, y autores de tales victorias que eran negadas a toda la fuerza humana dejada a sí sola.

CAPITULO XXV.

Entrada a Chile de los padres de la órden seráfica.

La sagrada relijion seráfica, que manteniendo sin quiebras todo el fervor primitivo y apostólico ánimo de su santo fundador, ha llenado

de su admiracion y beneficio a todo el orbe agradecido y reverente a su venerable grandesa, como aquel árbol que nacido de menuda semilla llegó a tal crecimiento que estendió sus ramas con pompa benéfica para que en ellas se anidasen las aves del cielo; como fuente que naciendo y criándose entre las humedades de oculta selva fué levantada a ser mas rica con la preciosa margarita y el tesoro inestimable de la sabiduría, y con el coral y púrpura de la sangre de los mártires, y numerosamente habitada, no solo de tanta variedad de menores peces útiles todos al bien de los hombres, sino muchos otros grandes, que cada uno es bastante para honrar un oceano; como ave que criándose tan pequeña como jenerosa en el nido del corazon que ha velado a los dos mundos, lleva la sanidad en sus alas; como luz que encendida en su mismo desconocimiento, fué puesta en el candelero de la predicacion, y despues de haberse alumbrado y encendido el mundo viejo, pasó a repartir al nuevo su luz y su fuego.

Esta ínclita e ilustre relijion envió sus hijos a Chile, y llegaron a esta ciudad de Santiago a principios del año de 1553, cuya noticia hemos reservado hasta aquí por no interrumpir la travazon de los sucesos; y por la misma razon no solo juntamos en el argumento de este capítulo y los siguientes algunos años ántes del en que vamos, sino mucho despues. Cuatro sacerdotes y un lego, tales debian ser los que destinase una tan sábia y santa relijion para piedras fundamentales de una nueva provincia, y fueron el mui reverendo padre frai Martin de Robledo que vino por comisario de los demas relijiosos, el reverendo padre frai Cristóbal de Ravaneda, el reverendo padre frai Juan de Latorre, y el hermano frai Francisco Fregeral. El gobernador, que lo era entónces Pedro de Valdivia, gustó de llevarlos consigo a sus empresas, para que moderasen con su santo ejemplo las licencias militares poco conformes ordinariamente a las leyes del cristianismo, hasta que muerto el gobernador y vueltos los padres a Santiago, les dió Francisco de Villagra con acuerdo del cabildo, sitio fijo con uno que estaba dedicado a la gloriosa vírjen y mártir Santa Lucía, y despues dejándolo para fundacion de los reverendos padres de nuestra Señora de las Mercedes, se pasaron al lugar en que hoi estan que es al lado esterior de la cañada entre el este y sur, y estaba desde ántes ennoblecido con la curiosa capilla y milagrosa imájen de nuestra señora del Socorro que trajeron de Lima como a invencible protectora de las armas católicas los primeros conquistadores. En este lugar comenzaron a edificar convento a los principios con las dificultades y estrechuras que traen consigo las primeras fundaciones; pero despues se mejoraron con los copiosos subsidios que ofrece siempre la devocion de los fieles a una relijion tan benemérita y acreedora a los bienes temporales, por el mismo deshacimiento que de ellos profesa, a imitacion del pobrísimo y riquísimo Francisco. Con estos socorros comenzaron a labrar una bella y capaz iglesia de piedra de cantería con excelente enmaderamiento de cipres y un coro con devotísimas imájenes de primoroso pincel y sillería

de mui buen gusto. Todo lo cual quedó sin considerable lesion (especial cuidado del cielo o ciencia del artífice que lo labró) en el temblor espantoso que destruyó la ciudad de Santiago en 1647. Se puso la primera piedra de este templo sábado 5 de julio de 1572, y acabado el crucero, se colocó el santísimo sacramento en 23 de setiembre de 1594, dando lugar sobre el sagrario a la milagrosa imájen de nuestra señora del Socorro. Es el convento tan capaz que ocupa dos cuadras con cuatro claustros; uno principal destinado para sacerdotes que se ocupan en ministerios espirituales, otro de estudiantes que llaman coristas, el tercero de novicios y el cuarto de la enfermería. Todos cuatro edificados, tanto con edificios de buena arquitectura como con la edificacion de santos ejemplos de sus relijiosos en que han florecido y florecen muchos, no solo de regularísima y santa vida sino favorecidos de Dios con visitas, revelaciones y milagros. Y aunque hablaremos de pocos, atendiendo a la brevedad que profesamos, procuraremos que no quede en nuestra narracion oscurecido el lustre de tan esclarecidos varones. Mantiene el dicho convento mas de ciento y cincuenta individuos, entre relijiosos y conversos: hai en él fundadas varias cofradías numerosas de nobleza y pueblo que se juntan en dias establecidos, para darse a ejercicios de piedad, oracion y mortificacion bajo de directores de la órden, que son varones escojidos por la bondad y la prudencia. Se dan ordinariamente limosnas de pan y viandas, a enjambres de menesterosos que acuden a la portería. Tienen estudios públicos con cátedras de latinidad, filosofía y teolojía para relijiosos y esternos con aquel lustre de los maestros y aprovechamiento de los discípulos que es propio de una relijion tan sábia, a la cual aquí como en todas partes mantiene inestinguible y brillante todo aquel patrimonio de luces que heredó de los Escotos, Buenaventuras, Mastrios, Poncios y otros héroes de la sabiduría. Todos los capítulos provinciales e intermedios se hacen en este convento como en cabeza de la provincia, juntándose en él un esclarecido número de varones respetables por las canas, eminentes en las ciencias y venerables por la virtud. Cerraré este capítulo con el gravísimo testimonio que de la santidad y sabiduría de estos padres dió el reverendo padre frai Sebastian de Lezana en informacion que por delegacion de su órden recibió el reverendo padre frai Diego de Córdova y la trae en su Coronica del Perú el mismo reverendo padre Córdova; y sacado al pié de la letra dice así: "Iten habiendo pasado al reino de Chile, en servicio de su gobernador don García Hurtado de Mendoza el año de mi llegada, fuí recibido por singular merced de Dios, al hábito de nuestro padre San Francisco en su convento de la ciudad de Santiago, donde no hai palabras que puedan esplicar la gran relijion y observancia de los relijiosos sus moradores; porque el fervor de su oracion era estraordinario, raro el cuidado y vijilancia de su mortificacion, estremado el rigor de sus penitencias, entrañable el amor entre sí, y la competencia que habia entre todos de ser cada uno el primero en el trabajo y mas pobre en el hábito y celda. Todas sus

pláticas eran de Dios, de su amor y divinos atributos. Habia frailes legos santísimos, de ardiente espíritu y harta contemplacion, paupérimos grandes, grandes trabajadores y mui caritativos." Fuera largo especificar los fervores de los novicios y los varones espirituales que en aquella fragua de santidad se formaron, segun se ve del citado testimonio, y porque habla con jeneralidad. Yo me tomaré poco adelante la gustosa fatiga de dar noticia particular de algunos sujetos ilustres de este observantísimo convento, y de otros de la provincia.

CAPITULO XXVI.

De otros relijiosos menores que vinieron a Chile años delante; y de los conventos que fundaron.

Los relijiosos que habian venido ya a este reino y de que hemos hecho mencion, aunque de tan alentado e incansable celo, eran en ningun modo bastante para la mucha labor que se ofrecia, y los mismos apostólicos afanes en que se emplean con tanto logro de las almas, hacian desear otros de su mismo espíritu e instituto que les ayudasen a tirar las redes graves que ya se rompian con la muchedumbre de los peces. Esta necesidad llegó al rei Felipe II, que por el celo del aumento de la fé que siempre animó sus obras, y por su real confianza en él de los hijos de San Francisco, determinó valerse de ellos para remediarla; y para ese efecto despachó su real cédula, que aunque fué años despues del en que vamos, la anticipamos aquí por poner bajo un aspecto consecutivo los relijiosos que vinieron en virtud de ella, y otros que el marques de Cañete habia traido ántes, y otros muchos que aportaron despues, para acrecentar las proezas de sus hermanos. La cédula dice así:

"El rei: mi gobernador de las provincias de Chile: por una mi cédula fecha en Galapagar, a 22 de marzo de 1563, envié a mandar a la mi audiencia real que ahí reside, que en las partes donde hubiese necesidad de hacerse monasterios, se hiciesen, segun mas largo se contiene en la dicha cédula, que es del tenor siguiente: El rei: presidente y oidores de la nuestra audiencia real que reside en la ciudad de la Concepcion de Chile. Nos somos informados que en esa tierra hai falta de monasterios, especialmente de la órden de San Francisco, por cuya causa dejan de ser doctrinados y enseñados en las cosas de nuestra santa fé católica muchos de los naturales de esas dichas provincias; porque a haber los dichos monasterios en los pueblos donde hai falta de ellos, los relijiosos que en ellos hubiera se ocuparian en la dicha instruccion, y se haria gran fruto en las partes donde estuviesen de que Dios nuestro señor seria mui servido: y porque nos tenemos proveido que en la Nueva España se hagan monasterios en las partes donde conviniere, y que los lugares donde se hubieren de hacer que fueren pueblos que estuvieren en la corona real, y que se hagan a costa nuestra, y que ayuden a

la obra de ellos los indios de los tales pueblos, y si fueren pueblos encomendados, se hagan a nuestra costa y de tal encomendero, que tambien acuden los indios de los tales pueblos encomendados, y la misma órden es nuestra voluntad que se tenga en esa tierra en hacer los dichos monasterios. Por ende a vos encargo y mando, que luego os informeis y sepais, en que parte y lugar de las dichas provincias de Chile hai necesidad que se hagan monasterios, y que en las partes que hallaredes que conviene hacer proveais como se hagan; y teniendo intento a que las casas sean humildes y no haya en ellas superfluidad, y los lugares donde se hubieren de hacer si fueren pueblos que esten en nuestra real corona, deis órden como se hagan a nuestra costa, y que ayuden a la obra y edificios de ellos los indios de los tales pueblos. Y si fueren pueblos encomendados a persona particular, hareis que se hagan a nuestra costa, y del tal encomendadero, y que tambien ayuden los indios de los tales pueblos, encomendados como dicho es. Que siendo como ha de ser en beneficio de todos y la obra tambien, justo es que todos ayuden a ella; y así como cosa tan importante, tendreis de ello el cuidado que conviniere, y estareis advertido que en un pueblo y en la comarca de él no se haga de nuevo monasterio de mas de una órden; y siempre tendreis cuidado de nos avisar de lo que en ello se hiciere, y el fruto que los relijiosos hacen, fecha en Galapagar, a 22 de marzo de 1563 años. Yo el Rei. Por mandado de S. M.—Antonio de Eraso: por ende yo os mando que hagais que la dicha cédula que de suyo va incorporada, se guarde y la guardeis y cumplais como en ella se contiene, como si para voz se hubiera dado, y fuera dirijida fecha en Valencia, a 19 de enero de 1589 años."

Luego que se recibió la real cédula, se puso la debida dilijencia en darle cumplimiento, poblando monasterios del órden de menores con los relijiosos que don García Hurtado de Mendoza, que vino a gobernar este reino, habia traido consigo y pudieron repartirse en los pueblos de indios y españoles en que se consideraban mas necesarios; y así se fundó convento en la ciudad de la Serena con título de nuestra señora de Buena Esperanza; el de San Francisco del Monte en un hermoso paraje, ocho leguas distante de la ciudad de la Concepcion, con el título de la Concepcion; el de la ciudad de Chillan con el título de San Ildefonso; el del valle de Quillota con el título de San Buenaventura; el del valle de Malloa con el título de San Antonio; el del valle de Copiapó, el del puerto de Valparaiso, el de la Santa Redencion en la ciudad de Santiago, y en la misma el de San Diego, que es colejio y casa de estudios. Y andando los tiempos, se fundó la recoleccion de Curicó, en donde viven los relijiosos con rara austeridad y ejemplo; y el de San Ildefonso de Chillan se convirtió en colejio de misioneros apostólicos que tiene por hijuela el hospicio de Santa Bárbara. No solo entablaron sus sagradas labores y apostólicos afanes los padres menores en los lugares ya dichos, sino que para el mismo santo fin fundaron conventos en las ciudades que destruyó el enemigo, que son Angol,

Imperial, Villarica, Osorno y Valdivia; y el de esta última volvió a reedificarse cuando el marques de Mancera fundó otra vez Valdivia, dejándola en calidad de sola plaza de armas. Así mismo tuvieron dichos padres a su cuidado muchas doctrinas de indios; porque el primer obispo de la Imperial don frai Antonio de San Miguel, relijioso de esta sagrada órden, que estaba animado de ardiente celo de la salud de las almas y conversion de los indios, los llamó a la parte del cuidado y solicitud pastoral. Y se le lució bien el acierto de su eleccion, porque estos santos relijiosos teniendo por corto ámbito para la grandeza de su espíritu el de los pueblos de indios obedientes y reducidos, se internaban en las tierras de los bárbaros, pasando con gran peligro y afan bosques inmensos, rios invadeables y cerros fragosísimos por anunciar el nombre de Cristo a las jentes que nunca lo habian oido; caminando menesterosos, angustiados, aflijidos, escarnecidos y mal tratados de los infieles, cuando no era el mundo digno de ellos, prosiguiendo en arrojar con angustia y llanto la semilla del cielo, para volver algun dia gozosos de traer llenas las manos de maduras gavillas. En efecto, fué inmenso el fruto que cojieron de sus trabajos en la conversion a la fé de inumerables infieles en la reforma de los cristianos, y a vida no solo enmendada, sino pia y aun santa, que consiguieron con sus saludables consejos y admirables ejemplos en la práctica de las virtudes. Todo este bien permaneció sin quiebra desde el año de 1557, en que trajo relijiosos de esta sagrada órden don García Hurtado de Mendoza (despues de los cinco que vinieron cuatro años ántes), hasta que se interrumpió con la muerte del gobernador don Martin García Oñer de Loyola y el alzamiento jeneral de los indios que sucedió entónces.

CAPITULO XXVII.

De los relijiosos de San Francisco que murieron a manos de los infieles en el levantamiento jeneral; y de otros que por la misma ocasion padecieron gloriosos trabajos.

De los primeros de esta sagrada órden en que ejercieron los indios revelados su diabólico furor, fué el mui reverendo padre provincial frai Juan de Tobar, su secretario el reverendo padre frai Miguel Rosillo, y su compañero el hermano frai Melchor de Arteaga. Andaban ocupados estos santos relijiosos en la visita de los conventos que estaban internados en el pais dominado de los indios mas belicosos, y el gobernador don Martin García que andaba allí mismo reconociendo sus plazas, les ofreció su compañía por parecerle irian en ella mas seguros. Pero solo sirvió para ganar con mas seguridad una muerte gloriosa debida a su celo; porque acometiendo las indios acaudillados de Pelantaru y Ancanamon al gobernador que con algunos reformados estaba alojado, fuera de temor, y por eso sin vijilancia en el valle de Curazava los cosieron a todos a lanzadas dentro de sus toldos, aunque los españoles hicieron la defensa que permitia un caso tan inesperado, y su

corto número que no pasaba de cincuenta. Los padres se ofrecieron víctima pacífica del acero bárbaro, y murieron entre mil actos de resignacion, paciencia y amor de Dios. Muerto de esta manera el gobernador, y los españoles que con él iban, vieron los indios, el reino indefenso por falta de cabeza que los gobernase y abierta una gran puerta para sus malvadas pretensiones, y pusieron en planta el levantamiento jeneral que tenian tiempo ántes maquinado. Se unieron en los intentos de la guerra y actos de la rebelion no solo los indios que vivian libres en su propio pais sino aun los yanaconas, que así se llaman los que estan en servicio de los españoles; y formaron grandes y diversos cuerpos de ejército para acometer a las ciudades y fortalezas citas desde el rio Biobio (que es la barrera de ellos) para el norte. En la ciudad de Valdivia, entró inopinado y furioso el enemigo, llevándolo todo a fuego y sangre, y no escaparon de la muerte o cautividad, sino algunas personas que luego y en medio del tumulto acudieron a la playa, en donde estaba el convento de los relijiosos menores, y dándoles la claridad ánimo y espíritu, lo infundió a aquella pobre jente para que por una tabla se pasasen del muelle a un navio que estaba a la orilla del mar. Pues en él los relijiosos, niños y mujeres y algunos hombres de guerra, aunque fueron descubiertos de los indios, y entraron a combatirlos en pequeñas embarcaciones, se defendieron con el valor que da la última necesidad, y haciendo velas llegaron salvos a la ciudad de la Concepcion; y así se debió a la animosa piedad de estos relijiosos que los enemigos no tiñiesen sus cuchillas en la sangre de tantos corderos.

En la Villarica, poblacion inmediata a la gran cordillera y sin recurso al mar, por estar todo el espacio intermedio ocupado de indios, murieron por el asedio o de hambre y necesidades, todos los relijiosos de este sagrado órden. No alcanza la exajeracion a espresar la verdad de lo que padecieron las personas de todos estados, edades y sexos en este asedio, que duró tres años; pero los relijiosos franciscanos sufrian su propia calamidad, y la de todos con mas amorosa compasion que de madres. No quedó en toda la ciudad perro ni gato, ni raton, ni cuero de que no hiciese pasto la necesidad, hasta que faltando todo este miserable alimento, salian los soldados de las plaza como frenéticos a combatir con el enemigo por si encontraban la dicha de matarle algun caballo de que hacer banquete: y cuando no habia ocasion de esta o de buscar las yerbas insulsas y manzanas por madurar, lo cual aun no lo graban, sino a precio de heridas y muertes, esponiéndose fuera de la plaza al peligro inplacable y continuo, porque dentro les amenazaba mas aservo fin a manos del hambre.

Todos los relijiosos franciscanos habian muerto, o en las salidas en que acompañaban a los soldados, o a fuerza del hambre propia y de la compasion de la ajena. Solo quedaba el padre frai Martin de Pozas, el cual tambien pereció a manos de los indios, en ocasion que salió a buscar unas manzanas verdes con otras personas de la plaza; porque el enemigo, que siempre estaba emboscado en los montes vecinos, dió en

ellos y los degolló a todos. La falta de estos relijiosos, fué sumamente sentida, así por la compasion de sus muertes lastimosas, como por la falta que hacian para el consuelo y aliento de los míseros vecinos que quedaban con vida. Se esperimentó que todo caminó a largo paso a su última ruina luego que faltaron los padres que inspiraban esfuerzo y constancia a los defensores. El valiente caballero Rodrigo de Bastidas, correjidor y gobernador de armas de la ciudad, y los esforzados capitanes Márcos Charraví, Juan Beltran, Pedro Alcaide, don Alonso de Córdova, Gabriel de Villagra, Luis Rodriguez y otros, hasta número de catorce, que eran como nervios y espíritus de la plaza, continuaron la defensa con ánimo invicto, hasta que atacados terriblemente del enemigo que arrojó fuego y quemó el lugar en que se habian hecho fnertes, murieron parte pasados de heridas, y parte quemados, ménos Luis Rodriguez y Juan Beltran, que quedaron cautivos con las mujeres y niños de la ciudad, de los cuales se propagó la jente blanca que hoi hai entre los indios y que es la de mas estimacion y la que manda entre ellos.

La ciudad de Osorno padeció dos años y medio un apretado sitio, y toda la larga série de males que de ahí se orijinan la mayor fué la espantosa hambre de que morian algunos cada dia, y obligaba a los vivos a desenterrar a los muertos para cebar con ellos a los perros, pulpejas y aves carniceras, y tomándolas en los lazos que les armaban prolongar una vida que aun era amada, siendo mas miserable que la muerte. Dos relijiosos menores murieron a rigores del hambre y flaqueza, y los que quedaron con vida hacian no ménos dilijencias para mantener la ajena que la propia. Se habia introducido en la mísera ciudad, despues de consumidos no solo los alimentos usuales sino aun los inmundos; hacian panecitos de malvas con que engañar el hambre, y era ejercicio cotidiano de estos santos relijiosos cojer estas yerbas, majarlas y amasarlas en forma de panes para comer, y darlos a los que por sí no podian valerse en este piadoso afan, a mas de los ordinarios ministerios de su estado. Perseveraron hasta que se retiraron con todos los sitiados a la ciudad de Castro, en cuyo camino, que es de veinte leguas, y que siendo de suyo fragoso y cortado con selvas y rios, lo hacia mas peligroso, y difícil las acometidas de pequeños destacamentos de indios. Es indecible y aun inestimable al afecto mas agradecido, cuanto hizo la verdadera caridad de estos santos relijiosos para el bien espiritual y corporal de tanta jente medrosa por la debilidad del sexo, o ternura de la edad, y rodeada de tantos males y riesgos que pudieran hacer en ella de acobardar a pechos de bronce. No obstante todo lo que hubo que vencer, llegaron triunfantes a la ciudad de Castro, por haber conservado las míseras reliquias de la desolada Osorno. Y si los romanos honraban con la corona cívica al que defendian a algun ciudadano en la guerra ¡cuántas merecerian estos campeones, por haber librado de la muerte, o del cautiverio, no a un ciudadano, sino a una ciudad! Verdaderamente que sus hazañas fueron en todo dignas de varones a quienes animaba

aquella heroica caridad que obliga a esponer la vida por el amigo, y aquel espíritu de buen pastor que se opone al lobo para amparar a los corderos. En la ciudad de la Imperial, cuyo cerco fué trabajosímo, no murió relijioso alguno franciscano; pero las contínuas obras de su celo y piedad les granjearon el afecto y veneracion de todos los ciudadanos, con los cuales se pusieron en salvo en una pequeña nave, hecha a espensas de la fé y de los singulares favores de María Santísima como con él de la misma señora, se dirá en su lugar.

CAPITULO XXVIII.

De otros sucesos de la relijion de los menores que han honrado este reino de Chile con sus santas vidas y esclarecidas virtudes.

Entre los muchos sujetos dignos de eterna memoria que han ilustrado esta relijiosísima provincia de Chile, merece el primer lugar en nuestra veneracion el padre frai Francisco de Turijia, lumbrera lucidísima de santidad y sabiduría y varon, segun el corazon de Dios y segun las sagradas leyes de su instituto, tan dado a las santas ocupaciones de la vida activa, como a la dulce quietud de la contemplativa. En esta divina fragua encendia sus palabras, daba temple a aquellas finas armas y agusaba aquellas saetas con que heria y penetraba los pechos mas duros. Predicaba con tan admirable espíritu y enerjía, que cuando trataba del infierno y de las terribles ejecuciones de la divina justicia, hacia estremecer los corazones, y dejaba los oyentes como pasmados y fuera de sí, con tanta valentía pasaba por el oido a representar en la imajinacion las severidades del eterno castigo. Iguales efectos hacia su triunfante elocuencia cuando pintaba con vivisímos colores los inefables gozos con que se paga en la patria dichosa de los hijos de Dios un pequeño padecer por su amor, o cuando se engolfaba en el suavísimo mar del amor divino, que cierto arrebata los corazones como con un poderosísimo iman, y los derretia en devocion como el mas activo fuego, porque su elocuencia era tan robusta y tan rápida que no habia estorbo que no rompiese y su facundia tan gravemente hermosa que no habia afecto de que no se enseñorease su entendimiento y sus discursos tan claros y limpios, como su corazon. Seguíanle los pueblos a donde queria que predicase, y el fruto de la conversion de las almas lo negociaba del cielo con ayunos, disciplina y oraciones, como asegura el R. P. frai Sebastian de Lezana, como testigo de vista de sus gloriosas tareas. Murió en paz, y descansan sus santas cenizas en este convento grande de Santiago.

En el mismo convento floreció el reverendo padre frai Juan Gallegos, arca de la sabiduría y templo de la santidad cuando tomó el hábito de San Francisco. Era doctor de la universidad de Paris y ministro por la de Boloña: aventajado teólogo, exelente jurisconsulto y versado en tantas lenguas que fuera de varias de las vivas de Europa

sabia la latina, griega, hebrea y caldea. Para todo le ayudó un capacísimo entendimiento, tenaz memoria e infatigable aplicacion: a que servia de aliento el saber que Dios por quien trabajaba, habia de ser la paga de sus fatigas. Fué comisario en esta provincia, a la cual vino de la de Lima; y en la prelacia, fomentó junto con el celo de la observancia y el deseo de la santidad de sus hijos, el buen ejemplo con que iba delante de todos y la humildad con que se tenia por el postrero y ménos aprovechado, y solamente digno de servir con humildad de pequeñuelo. Maravillosa junta de tan alta sabiduría con tan profunda humildad! Volvió a la provincia de Lima, y murió en el convento de Trujillo, con célebre opinion de santidad.

En el convento de la ciudad de la Serena, está sepultado el padre frai Bernardino de Agüero, en cuya ejemplar conversion se vieron manifiestos los poderes maravillosos de la gracia que de soldado desgarrado lo trajo a la mayor milicia del pobre y humilde Francisco, para ser dechado de pecadores convertidos. Luego se abrazó tanto su espíritu en el amor de la belleza de todas las virtudes, que parecian en él infinitas, y que las obraba por propension. En especial floreció en las que son propias de los que han servido al mundo y fruto digno de una verdadera penitencia, esto es, en el llanto por sus culpas pasadas, y por el mal logro del tiempo, en el ayuno ríjido, en las disciplinas sangrientas, en el uso contínuo del silicio, que traia dos o tres juntos. Fué superior: y en la prelacia observaba y solicitaba los oficios mas bajos del monasterio, reputándose por indigno aun de servir a sus santos hermanos.

En la misma ciudad y su comarca, dió grandes ejemplos de virtudes frai Pedro Hernandez, relijioso lego. Era mui dado a la contemplacion de las cosas celestiales, y en su meditacion se encendia aquella hoguera de amor en que se derretia su alma, deseando siempre corresponder mas y mas las estupendas finezas de Dios amante. A la oracion juntaba a su compañera inseparable, y como su fruto necesario, la mortificacion interior y esterior. Se ocupó muchos años con gran paciencia y edificacion en pedir limosna para su convento de la Serena, y siempre que llegaba a alguna heredad, clavaba una cruz en el campo, delante del cual se mantenia contínuo e inmoble como una estátua, rumiando en su tierno corazon los dolores y afrentas de Cristo paciente; del cual ejercicio se movia a la mas profunda humildad y a maseracion de su cuerpo, con los rigores de ayunos, disciplina y cilicios. Cuando llegaba al convento fatigado de sus penosos viajes, era su alivio el mudar el trabajo en la puerta y cocina. Descansa en paz en el mismo convento de la Serena. Luego que espiró, se aplicó al cuerpo su zandália una mujer que años ántes padecia de una fiebre putrida y al punto quedó libre de ella.

En dicho convento floreció otro hermano lego estranjero, llamado frai Jorje de Raro. Despreciando el mundo y a sí mismo, deseaba siempre granjear con una santa vida una buena muerte, y para que la memoria

de la muerte le fuese de estímulo para ordenar bien la vida, dormia en una sepultura que a mas de ser por sí húmeda, él la humedecia con el raudal de las contínuas lágrimas de su compuncion. Tuvo una gangrena en una pierna que lo consumia lentamente, y sufria las penas de la enfermedad y dolorosas operaciones de la cirujía con paciencia maravillosa. No se juzgaba escusado por sus males de solicitar de puerta en puerta el sustento para su santa comunidad, a la cual servia con tierno afecto de hijo y con rendida sujecion de siervo. Finalmente ejercitado en toda virtud, pasó de esta vida a coronarse en el cielo.

En este convento grande de Santiago está sepultado el padre fra Jerónimo de Herrera, varon de inculpable y santa vida, obediente devoto, humilde y castísisimo, siendo procurador muchos años. Se ocupaba con esmero, que es algo raro, en el estudio de la oracion, y, lo que es ménos admirable, aseguró poco ántes de morir de no ser cargo a convento de haber gastado un real indebidamente en su particular. ¡Bien aventurado varon que fué hallado sin mancha en la administracion de las cosas temporales, y que no se fué con el afecto tras del oro, o la plata!

En el mismo convento se conserva la memoria de frai Juan Cañas relijioso lego cuya vida fué de mucho ejemplo, y en su muerte de admiracion piadosa, la cual subió de punto en el alto concepto que se tenia de sus muchas virtudes. Andando ocupado en recojer limosna para su convento, se ahogó en el rio de Maipo. Se gastaron mucho dias y estraordinarias dilijencias en buscar su cuerpo, hasta tanto que fué hallado por el indicio de muchas aves carnívoras que se le habian allegado; pero solo asistian como testigos de una gran maravilla, porque estaba el cuerpo sin la menor corrupcion, y sin haberle tocado alguna de ellas, como que la reverencia de las santas reliquias tenian a raya su voracidad. Fué sepultado en su convento con estraordinario aparato y numeroso concurso; porque el cuidado del cielo en honrarlo, añadio crédito al tenor de su santa vida.

El mismo convento mantiene fresca la santa memoria del humilde despreciador de sí mismo y de las cosas caducas, frai Pedro Ortega Estaba en el mundo acariciado de la que él llama fortuna por el valor militar, noble nacimiento y copiosa hacienda, cuando llamado de Dios a la relijion, renunciando todas sus esperanzas, tomó el hábito de lego en la de San Francisco. Solo tres años vivió en ella; pero consumado en breve llenó toda la obligacion de muchos años, segun en este tiempo consiguió la perfecta abnegacion de sí mismo, y la íntima union con Dios por medio de la oracion en que era contínuo. Sirvió el oficio de refitolero con admirable caridad y exaccion, descansando en el trato con Dios el tiempo que le sobraba de la tarea de su oficio. La noche del dia 13 de mayo de 1647, en que sucedió el gran temblor que arruinó a Santiago, estaba el santo hermano Ortega haciendo oracion en el coro alto, y cayendo la torre en la misma parte le quitó la vida temporal, para conmutársela por la eterna. Este suceso cuenta el Il.mo Vi

llarroel en su Pacífico Gobierno, con estas palabras: "estaba en el coro a aquella hora un santo relijioso lego: oprimióle la ruina, y sacándole veinte dias despues hallaron sus miembros intactos, fresca la sangre, sin rastro de corrupcion, ántes habiendo visto su santa vida y el santo ejercicio en que estaba, y un áspero silicio que le hallaron en el cuerpo, son claros indicios, de que desde el coro fué trasladado al cielo." A cuyas palabras que tiene todo el peso de la autoridad de este prelado, no tengo yo que añadir para recomendacion del bienaventurado hermano.

CAPITULO XXIX.

Trata de los hermanos legos frai Estévan Desa, y frai Juan de San Buenaventura.

Cerraremos por ahora esta memoria, dejando para despues la relacion de la vida y muerte de otros sujetos insignes de esta relijion, con decir algo de lo mucho que se ofrece de los hermanos legos frai Estévan Desa, y frai Juan de San Buenaventura. El primero vino de España a servir a la majestad católica y ganar honra y premio por medio de su valor y hazañas en la porfiada y sangrienta guerra con los bárbaros chilenos, y tuvo en ella mucha opinion de esforzado. Pero su ánimo exelso lo llamaba a otra guerra mas difícil, y a otra victoria mas ilustre, que es la de sí mismo. Para esta elijió con luz divina por campo de batalla la relijion de los menores, en donde desde luego dió a entender que era hombre de muchas veras, y que estaba asistido de poderosos ausilios del cielo, segun comenzó a combatir sus apetitos y a abnegarse en todas cosas. Desde que emprendió la carrera de la vida relijiosa, dió muestras de mui devoto penitente, y rendido al gusto de los que mandan con autoridad de Dios, se abrazó estrechamente con la santa pobreza, y deshacimiento que observaba en comida y vestido, celda y homenaje de ella, alimentándose de las sobras de la comunidad. Y esto con mucha parcimonia, vistiéndose de andrajos despreciables y de los desechos de otros relijiosos que hacia durar muchos años a fuerza de remiendos, y viviendo en los ángulos estrechos y retirados. Todas sus alhajas eran la disciplina y el rosario, instrumentos de su devocion y penitencia. Con esto estaba bastante rico, pues tenia a Cristo, que es la posesion de los pobres de espíritu. Su lecho eran las tarimas de los altares en que concedia a su aflijido cuerpo un pequeño descanso para restituirse con mas ánsias a las delicias del espíritu en la oracion, en que Dios se las comunicaba con familiares visitas con que su grandeza halla grata y digna mansion en el alma de los pequeñuelos.

Quien amaba tanto la probreza, visto es que habia de amar a los pobres, imájines de Cristo, que se hizo pobre para enriquecernos; y así era cordial el afecto y entrañable la compasion de nuestro hermano Desa para con todos los menesterosos. Los sirvió amante y dilijente muchos años, que tuvo las llaves de la portería. Todos los dias a horas

de comer y cenar, era su ejercicio indefectible, recojer pan en una cesta y vianda en una olla, para llevar a sus amados pobres que lo aguardaban muchos, y les repartia el alimento con tanto gusto y alegría de semblante, que bien manifestaba el interior consuelo de su alma en ejecutar cosa encargada de Dios con tanta especialidad, como dar pruebas del amor con las obras, porque el verdadero no consiste en solas palabras ni es estéril sino de admirable fecundidad. Cuando la mucha edad y enfermedad lo llegaron a enflaquecer, de suerte que apénas podia andar, no omitió jamas llevar la limosna diariamente a la portería, aunque era menester hiciese algunas pausas en el camino. Era su caridad mui acepta y aprovechada de los santos relijiosos del convento, que a veces quitaban de su comida para darle que dar al hermano Desa, y él los obligaba con su modo de pedir lleno de humildad y ternura. Gustaban los relijiosos de verlo rezar para conseguir limosna, y le decian: "¡ea, compañero! que así llamaba el siervo de Dios a todos, rece un padre nuestro, y una ave maría, y le daré este pan." Y luego arrodillándose se ponia a rezar con singular devocion y espíritu. En estos y otros santos ejercicios se ocupó todo el tiempo de relijioso, hasta que Dios le llamó para sí, y murió con opinion de santo. Fué tan numeroso y honrado el concurso a su entierro, no habiéndose dado aviso a nadie, que fuera de muchas personas graves seculares, asistieron el provisor y gobernador del obispado, y uno de los oidores de esta real audiencia, cargando el cuerpo en sus hombros hasta el lugar de la sepultura. Muchas personas principales le cortaron por reliquias pedazos de su pobre hábito, y de la jente del pueblo se tuvo por dichosa la que alcanzaba alguna partecita; porque Dios es honra mui cumplida de los que le honran.

El último de esta relacion es el hermano frai Juan de San-Buenaventura. Fué hijo de don Pedro Osores de Ulloa y de doña Luisa Carvallo y él dejó el apellido de la noblesa secular por lucir las honras que no dá el mundo; pero al paso que quiso ocultarse, lo ensalzó Dios y lo reconoció por hermano el presidente gobernador y capitan jeneral de este reino don Pedro Osores de Ulloa. Lo mas del tiempo que vivió en la relijion, se ocupó en pedir la limosna de pescado en la costa para adviento y cuaresma, y en la de carneros que se pide desde Santiago hasta Maule, en cuyo intermedio hai que pasar seis rios grandes, fuera de otros menores. Y en todas partes consagró los campos, montes, selvas y rios para darse sin testigo, ni estorbos a la dulzura de la contemplacion y al rigor de la penitencia, y los regaba con sus lágrimas y su sangre.

Fué siempre el amor de los relijiosos y la veneracion de los seglares; y por ser ésta tan universal, cuando sabian los hombres del campo que era llegado el tiempo de salir el siervo de Dios a su lismosna, venian a su convento para ayudarlo con cabalgaduras y servirlo con sus personas, y él mismo aunque era enfermizo y estaba exauto con la mortificacion, se tomaba tanto trabajo en servicio de sus hermanos, como el mas robusto de los mozos que le asistian; pero cuanto él mas procuraba su

abatimiento y esconder en las obras serviles la nobleza de sus mayores, tanto le honraba el Señor con maravillas obradas por su poderoso ruego. Referiré por la brevedad que observo, algunas pocas mui notorias. Habiendo llegado a la estancia del capitan Jerónimo Galeano a orilla del Maipo con la limosna de carneros, que llegaban a dos mil, se le salieron del corral a deshoras de la noche. Al punto que lo supo el dueño de la heredad, envió a buscarlos jente de su servicio, y avisó al dicho frai Juan del mal suceso; pero éste poniendo su confianza en la asistencia que tenia tan esperimentada del todo poderoso, se retiró a un bosque, en donde despues de tomar una récia disciplina, hizo una larga oracion: en ella creemos que se la hizo saber como le estaba acordada la gracia que pedia, porque salió lleno de consuelo, y asegurando a todos que el dia siguiente parecerian los carneros. Así fué que pasada aquella noche, los hallaron sin faltar ni uno solo en el corral, de donde habian huido.

La mayor parte del ganado de lana que se gasta en Santiago, se trae de partes distantes, cincuenta, sesenta o cien leguas; y como se ofrecen en el camino tantos rios caudalosos y rápidos, es mucha la molestia que causa a este ganado en su pasaje, que por tímido suele resistirse cuatro o cinco o mas dias sin querer arrojarse a la corriente, o al puente donde lo hai. Pero cuando los que se ocupan en esta laboriosa conduccion, se encontraban con el hermano frai Juan, hallaban en él todo su consuelo por la esperiencia que tenian de su poder, maravilloso en este jénero de cosas. Estando en una ocasion mucha jente con el trabajo de no poder hacer que una manada de carneros se arrojase por el puente de Maipo, que es de maromas y angosto, llegó en buena coyuntura el dicho frai Juan con su limosna del mismo ganado, y fué toda la esperanza de aquellos pobres hombres que le rogaron los socorriese en el aprieto; y él que con un semblante sereno y lleno de alegría, segun su costumbre, echó su cuerda en el cuello a uno de los carneros, y tirándolo blandamente, lo siguió éste, y luego todos los demas hasta quedar la manada de la otra parte del puente. Hecha esta dilijencia a favor de los prójimos, pasó tambien los suyos con grande facilidad, diciéndoles, como solia en semejantes ocasiones: "¡ea, animalitos de Dios! a hilar, a hilar;" que oyendo esta voz de su imperio pasaban de hilera y sin la menor repugnancia. En otra ocasion estaba un sujeto en el mismo rio detenido desde algunos dias ántes con carneros que traia para Santiago, sin atreverse a arrojarlos por venir el rio hinchado con las nieves y no tener puente en aquel paraje; pero llegando en estas circunstancias el siervo de Dios, y ofreciéndole el dueño de los carneros, cien de ellos con tal que le pasase los demas, aceptó el partido y pasó toda la manada por cima de la corriente, ganando los ciento para su comunidad; caso que juraron muchos que se hallaron presentes a esta maravilla. Las que acabamos de referir y otras muchas que ha publicado la fama, y la omitimos por observar brevedad, se hacen mas creibles, segun los singulates favores que Dios dispensa, en atencion a la paciencia y obediencia de

sus siervos; en las cuales virtudes y en todas las propias de un santo relijioso lego floreció el bienaventurado frai Juan de San-Buenaventura. Ejercitado en ellas muchos años, le cojió la muerte en perfecta madurez para el cielo, y aquí dejaremos de hablar por ahora de los ínclitos varones de esta relijion, reservando para despues otros aun mas admirables.

LIBRO TERCERO.

En que se trata del gobierno de don García Hurtado de Mendoza.

CAPITULO I.

Envia el virei marques de Cañete por gobernador de Chile a su hijo primojénito don García Hurtado de Mendoza.—Funda éste un fuerte en la Concepcion; acométenlo los indios y se retiran con pérdida.

En el libro antecedente dejamos a Jerónimo de Alderete ocupado en el negocio que el gobernador Pedro de Valdivia habia fiado a su leal amistad, de las pretensiones del gobierno de por vida y otras, las cuales solicitó y consiguió felizmente del rei Felipe II que a la sazon se hallaba en Lóndres por haberse desposado poco ántes con doña María, hija lejítima de Enrique VIII, y heredera de la Inglaterra. Pero entretanto que Alderete se gozaba de su venturosa dilijencia a favor del amigo Valdivia, llegó la noticia de la muerte de éste. Con esto, el rei que habia penetrado los fondos de Alderete, quiso oir su dictámen para proveer con acierto a la necesidad que habia de nuevo gobernador: y Alderete nombrando a varios conquistadores y acreditánlos ante la real majestad de los dotes de prudencia, valor y justicia, no hizo mencion directa ni indirecta del mérito propio; y el rei, que fuera de la estimacion que por informes de Valdivia y por el trato inmediato habia concebido de él, se pagó ahora nuevamente de su moderacion, le confirió el gobierno de Chile, y le dió seiscientos hombres que sirviesen a las necesidades de la guerra. Con ellos venia navegando, cuando una hermana que traia consigo, y usaba tener lumbre de parte de noche para sus devociones, descuidada con ella, quemó la nave con tanta desgracia, que solo escapó con su vida el gobernador y otros tres hombres en un esquife. Este accidente infausto labró tanto en su ánimo, que le causó una grave dolencia; y saliendo de Panamá con esperanza de convalecer en la isla de Taboga, por su ameno sitio, murió en ella con grave pérdida de Chile. Luego se supo en Lima esta fatalidad, y considerando el virei don Andres de Mendoza la necesidad que en Chile habia, tanto de jente para la porfiada guerra que mantenian los indios como de buen

cabeza que supiese gobernarla, nombró a su hijo don García por gobernador de él, confiado mucho, y con justa causa, de sus elevados talentos que eran singulares, y se mostraron en la série de su gobierno, y con la buena política de que a persona tan autorizada, como la de don García, siguieron muchos caballeros y soldados principales que en el Perú, pais ocasionado a sediciones civiles, que podian ser de perjuicio, dando autoridad y fuerzas a los bandos, cívicos incendios que aun humeaban; y así que de deshacerse de ellos, se seguirian dos grandes conveniencias: la una que dejarian aquellos reinos libres de los malos humores que amenazaban causar graves enfermedades al cuerpo del estado; la otra que trasladados a Chile, no solo servirian para contrarrestar con su valor al de los araucanos, sino que tendrian tanto que hacer con el enemigo externo, que ni por de banco se les ofreceria el pensamiento de armarse contra los propios, ni maquinar la menor cosa contra la obediencia debida al príncipe. Con tan justas causas se acordó la venida de don García a gobernar el reino de Chile, que trajo por auditor jeneral al licenciado Hernando de Santillana, y mucha y mui lucida jente en algunas naves bien equipadas. Los soldados pagados fueron setecientos, fuera de muchos voluntarios de los marineros y de la jente de a caballo que conducia por tierra, desde Lima a la Concepcion, el maestre de campo Juan Ramon.

Por abril de 1557, llegó la escuadra al puerto de la Concepcion, y don García desembarcó su jente en la isla de la Quiriquina, que está a la entrada de la bahía, para refrescarla y pensar desde lugar seguro, cual sería mas conveniente fortificar; y habiendo rejistrado la tierra por hombres peritos, elijió para sitio de la fortaleza uno elevado y en parte inaccesible a los sitiadores, al oriente de la arruinada ciudad, al cual llaman hoi el alto de Pinto. A este lugar envió delante ciento y treinta hombres, que dirijidos de otros intelijentes de la arquitectura militar, entendiesen en la fábrica de fuerte, y poco despues saltó el mismo gobernador a tierra para ayudar con su propio dictámen y asistencia personal a la perfecta y breve ejecucion de la obra. Desde allí dió parte a las ciudades del reino de su llegada, con órden para que enviase a la Concepcion las fuerzas que diesen, para que juntas con las que traía el gobernador, principiasen con vigor y reputacion de las armas, las operaciones de la futura campaña, como que el suceso de las guerras pende en gran parte de la fama. Pero el enemigo araucano era tan animoso y tan inpersuasible a los rumores que enjendran miedo, que no quiso desengañarse sino con la esperiencia, reduciendo a trance de batalla el hacerla del valor suyo y de los enemigos. Para este fin, habiendo hecho en Arauco sus juntas preliminares ordinarias, en ellos en todas las acciones de monta, determinaron levantar un ejército poderoso para la guerra que consideraban ser ya necesaria. Y para adormecer la vijilancia y providencia en los españoles con los indicios de amor a la paz, despacharon al gobernador don García dos enviados hechos a las artes de la simulacion y elocuentes a su modo, que le ofreciesen la

obediencia de la nacion, con tal que se obligase a tratarlos con mas benignidad que sus antecesores. Llegaron al cuartel, y despues de cumplir con el ceremonial de su legacía, se repartieron con una afectada simplicidad por los alojamientos españoles, como que solo tratasen de divertirse y saciar la curiosidad, siendo el fin verdadero investigar el número y calidad de las tropas y de los aprestos de guerra. Y los españoles que no querian ser vencidos en el arte de encubrir la cautela bajo de la apariencia de simplicidad, aunque entendian doblado el ánimo de los indios, lo trataban en lo esterior como sincero, alegrándose de que llevasen noticias a los suyos que pudiesen tener influencia en los tratados de la paz, porque aunque esperaban el suceso de la guerra féliz, no la querian sino en caso de ser necesaria, prefiriendo con ánimo cristiano, lo honesto a lo útil.

Los indios volvieron a los suyos; y aunque espusieron puntual y menudamente las fuerzas recientes de los españoles, no movieron a aquellos ánimos contumaces en los propósitos de la rebelion y de acabar ellos o acabar a sus enemigos. En virtud de esta determinacion, alistaron nueve mil hombres escojidos, con los cuales caminando siempre por la costa, vinieron a acuartelarse en Talcahuano, que es una ensenada de tierra que se interna en el mar a dos leguas de la Concepcion, entre sur y oeste. Al otro dia mui de mañana llegaron a combatir el fuerte, divididos en tres gruesos escuadrones que se sucedian unos a otros en el ataque, trayendo gastadores que con haces de fajina allanasen el foso. Y como la guarnicion se componia de buenos soldados intelijentes en aquel jénero de defensa y en bastante número para aquellos tiempos, y el fuerte estaba en buen estado con su cava profunda, su casamata y su cerco de maderos robustos y bien armado de artillería, eran sinnúmero los indios que morian en la larga y porfiada contienda. Pero como ellos son jente despreciada de la vida, y hacian punto de honra no salir mal en la primera funcion en que median las armas con los españoles peruanos, no se puede bastantemente esplicar con cuanto teson y contumacia sostuvieron la desigual contienda muchas horas del dia.

Aquí cuenta don Alonso de Ercilla que Tucapel saltando foso y muro, entró en la fortaleza, y que habiendo hecho tantas muertes en los españoles como hace un leon en un rebaño de corderos, salió al fin vivo y libre a los suyos, y los siguen en la narracion el padre Alonso de Ovalle y don Pedro Figueroa; pero yo confieso de mi que no tengo credulidad para tanto, y que juzgo el hecho no solo falso, sino ajeno de toda verosimilitud, porque si concurren en él tantas circunstancias, que cada una es sobre toda fuerza humana, ¿cuánto mas lo seran todas juntas? El solo saltar foso y muro de competente proporcion, aunque estuviera desnudo de defensores, es un hecho que repugna a la buena razon creerlo de algun particular, aunque se elijiesen entre miles algunos jóvenes por estremo lijeros en este ejercicio: pues ¿cómo lo creemos de Tucapel porque lo dice solo Ercilla? Solo digo, pues

ien se conoce que Figueroa y Ovalle lo siguieron ciegamente y sin raer a suceso el juicio de la crítica. Pero no estaba el número vacio le defensores, sino coronado de ellos y mui valientes, que fuera de as pruebas que dieron de sí en las guerras civiles del Perú, en donde nostraron un valor mal empleado sí, pero grande, tambien en este nismo ataque hicieron hazañas heroicas, pues de tales estaba defendido l fuérte muro y armados de buena fusilería, picas, espadas, partesanas bayonetas manejadas de poderosos brazos: y ¿todos éstos como que ueran estátuas se estan inmobles, y dejan que se entre Tucapel en su uerza? Aun es mas errado el otro acto de la comedia de Ercilla (que un para comedia era mala, por lo que toca al entendimiento) en que lo epresenta haciendo horroroso estrago en los nuestros, sin mas arma ue su porra claveteada, y últimamente lo coloca fuera de su fuerte, ibre de las armas de doscientos soldados valientes, aguerridos y bizaros como españoles, y esto sin que intervenga ningun dios o ánjel en volucion y salida del enredo. Pero vaya que esto es hacer burla de la andidez de los lectores.

Se tiene por hazaña sin igual la de haber entrado Alejandro Magno n una ciudad enemiga y haber salido con vida; pero él se alentó a tanto iesgo, por persuadirse que los suyos harian estremo empeño a librarlo, que entrando a ese fin en la ciudad, se lograria la ocasion de que la omasen, lo cual era hacer de la necesidad propia virtud y aliento de us soldados. Pero es cierto que si estos hubiesen tardado un poco en u socorro, hubiera perecido infaliblemente o quedado prisionero aquel ayo salido de Macedonia para terror del orbe, siendo así que los que acometian eran asiáticos que compararlos con los europeos es comarar mujeres con hombres. Y Tucapel se entra en la fortaleza y solo on su baston de madera, magulla, quiebra, mata, destroza a tantos oldados europeos, y en lo que no se dice poco, españoles, y no tienen nimo ni esfuerzo para disparar un tiro, o para enderezarle una bayoeta. Quién se persuade a esto, ¿a qué no se persuadirá?

Ahora, volviendo a atar el hilo de mi narracion, digo que (aunque las azañas que cuenta Ercilla de Tucapel son del todo falsas) no se uede negar que los indios se portaron en este lance con arrojo y lesesperacion, pisándo sobre montes de cadáveres para ponerse en paaje de poder ofender a los españoles con sus largas picas que usan de reinta palmos: y duró tanto la dura contienda, que hubo tiempo para ue reparando en ella los españoles que estaban en la isla Quiriquina, lispusiesen socorro en pequeñas embarcaciones, y lo remitiesen al gobernador a cargo de Julian de Valencia. Al punto que estos españoles altaron en tierra, destacaron los indios algunas escuadras de jentes sforzadas para cortarles el paso, y se trabó en la playa otra segunda batalla, en la cual se peleaba con iguales condiciones por ser en campo aso, y la ventaja de las armas de fuego de la una parte parecia contraesarse con el mayor número de la otra. Julian de Valencia era un apitan de bastante ánimo al cual rejia sin igual reposo, que no se deja-

ba dominar de la cólera acostumbrada a causar perniciosos desórdenes en las batallas; y así manteniendo su jente bien unida, fué ganando tierra y haciéndola perder a los indios hasta el plan inferior de la fortaleza. Aquí, porque la subida era ágria y los enemigos iban de retirada, uniéndose con los que estaban en el ataque del fuerte, y habian ganado la parte superior del terreno, se volvió a encruelecer la pelea; pero al fin animados los españoles de la inmediacion de los suyos y de la vista de su jeneral que se hacia ver de los que peleaban, y los alentaba con la voz y la mano, impeliendo a los indios con sumo ardor, y abriendo brecha en aquel muro de combatientes, superaron el recuesto y se incorporaron con los sitiados. Esto acrecentó el ánimo de los españoles, y se lo quitó del todo a los indios, que juzgando imposible espugnar las fuerzas unidas que no habian podido batir separadas, tocaron con sus caracoles la retirada, y la actuaron sin mostrar temor ni permitir desórden en sus tropas.

Llevaron sin duda lo peor y perdieron mucha y buena jente; pero su número es inaveriguable, porque al tiempo de combatir tienen, segun su antigua costumbre, jente destinada para solo el oficio de retirar sus muertos, tanto les pica el pundonor de hacer ménos manifiestas sus pérdidas. De los españoles murieron mui pocos, e ignoramos sus nombres; pero sabemos que se portaron con noble ardimiento Martin de Elvira y Julian de Valencia, que a cada cual le cupo en la pelea un indio valientísimo, y los mataron de persona a persona, aunque para ello no le sobró nada de todo su valor, don Felipe Hurtado, don Francisco de Andia, don Simon Pereira, portugues tan esforzado como noble, don Alonso Pacheco, Ortigosa, Carrillo, Basco Suarez, don Antonio de Cabrera, Riveros, Lasarte, Córdova, Pedro Olmos de Aguilera, don Martin de Guzman, don Hernando Pacho, Diego de Lira, Campos, Fria de Torres, Gárnica, Gutierres, Zúñiga, Berrio, Osorio, Vara, Obando, don Alonso de Ercilla, que tuvo opinion de valeroso, igual a su mucha nobleza, y el mismo gobernador don García Hurtado que a los heredados blasones, tuvo que añadir muchos propios por sus victorias con que hizo tímido todo el valor, y hùmilde la altivez del araucano.

CAPITULO II.

Determina don García hacer entrada en el estado de Arauco, en el cual tiene con los indios dos batallas, y los derrota con mucha mortandad.

Pasada la venturosa faccion de que hemos hablado, le llegó al gobernador la caballería que traia del Perú el maestre de campo Juan Ramon, y alguna otra que vino de la Imperial al comando de Martin Ruiz de Gamboa. Por lo cual determinó seguir al rei de la fortuna y aprovecharse de la buena ocasion del aliento de los suyos, y desaliento de los enemigos como que una victoria si se sabe usar de ella, es causa de

tras muchas, y así con todo el campo que se componia de cerca de chocientos hombres gobernados de buenos oficiales diestros en las gueras del Perú, y algunos antiguos soldados de Chile que tenian larga speriencia del modo de pelear de los indios chilenos, que fueron Loreno Bernal, Pedro Cortez, Gabriel de Villagra, Alonso Reinoso, don Iiguel de Velasco, el licenciado Peña, Juan Negrete, Francisco Gutierez de Valdivia, Juan Gomez de Almagro, Hernando de Alvarado, 'rancisco de Castañeda, pasó don García el rio Biobio por San-Pedro os leguas distante de su boca; y aunque Queupolican, que al residuo de ropas con que se retiró del fuerte habia allegado otras hasta el número e catorce mil combatientes, pudo disputar a los españoles el paso del io que es invadeable, y de mil y quinientos pasos de latitud, omitió o or descuido o por arrogancia una dilijencia tan importante. Y así los spañoles, juntando el mayor número de barcas que se pudo, transitaron l rio y se pusieron dentro del estado de Arauco, constituyendo en la ecesidad de uno de dos estremos, o de vencer siempre al enemigo has- imposibilitarlo de continuar la guerra, o de perderse del todo, porue una sola batalla infeliz debia ser su total ruina, no siendo posible epasar tan gran rio las reliquias del ejército perseguidas de tan gran oder.

Queupolican, Tucapel y otros cabos principales, conocieron desde luego s particulares circunstancias de esta nueva guerra por la mayor autodad del cabo español, por las mayores fuerzas del ejército en soldados pertrechos y por la fresca victoria que habian conseguido, y determiaron probar la mano luego que pasaron el rio los nuestros. Enfrente e nuestro campo formaron el suyo repartiéndolo en tres líneas, en isposicion que pudiesen sostenerse unos a otros, que traian grande nimo para reponer en su antiguo estado su reputacion de valerosos, muchos indios venian con armas españolas de las que sirven para fender y defenderse. El maestre de campo Juan Ramon partió así ismo su ejército en tres escuadrones colocando en las dos alas, izuierda y derecha, la caballería, y en medio la infantería con ocho tis de campaña. Se principió la batalla con igual ardor de ámbas pars, no solo tolerando los indios el mucho fuego que se les hacia sino rocurando avanzar para mezclarse con los españoles; pero no siéndoles sible por el buen órden que éstos guardaban, aunque se matuvieron rgo tiempo constantes en la pelea, comenzaron al fin a desordenarse or su derecha; y no obstante que eran sostenidos de varios destacaentos que enviaban oficiales, cargados de los españoles en mayor vior, se entregaron a la fuga declarada, en la cual murieron muchos as de ellos que en la batalla firme, como suele suceder, y aquí sucedió as particularmente, por haber sido el lugar de la pelea, uno llano rande y despoblado y estar distantes el recurso de los bosques y sieas. Pero aunque perecieron muchos indios, no se pudo computar su ímero, ni a un por mayor: de los nuestros solo murieron Hernan Perez un fulano Osorio, y estos al principio de la batalla.

El jeneral español, despues de esta victoria, prosiguió internándose en el pais enemigo, y llegó hasta el comedio de él, que es en donde está hoi la plaza de Arauco. Los indios, aunque vencidos, no perdian de vista nuestro campo; y para incomodarlo, fuera de talar las comidas, inquietaban a nuestros escuadrones con varios rebatos que daban pequeñas tropas, hasta que pasando los nuestros para Tucapel y habiendo llegado con una marcha desde el cerco del estado de Arauco a Melquiprei, pusieron su campo en un sitio a propósito para defenderse; pero no así para usar de los caballos que era nuestra mayor ventaja, porque hasta entónces no los tenian los indios. Aquí, queriendo estos aprovecharse de la ocasion del terreno fragoso y cortado que lo es allí mucho, acometieron de noche a los nuestros, haciendo gran ruido de caracoles, pífanos y grita para causar turbacion e impedir que se oyesen las órdenes de los capitanes. Fué tanto su ardimiento en la acometida, que rompieron por un lado los caballos de frisa; pero acudiendo allí la fuerza de los españoles, porque los otros lados estaban naturalmente defendidos, rechazaron a los enemigos con muerte de muchos de ellos; aunque no se siguió el alcance por la oscuridad de la noche y desigualdad del terreno. Esta se contó por la segunda batalla que tuvieron los nuestros, desde que entraron en el estado araucano, en que fuera de los muertos hicieron catorce prisioneros, a los cuales dejaron colgados de los árboles vecinos, dándoles soga para que a falta de verdugos, lo fuese cada uno de si mismo. Se portaron con gran valor y presencia de ánimo el mismo don García, el maestre de campo Juan Ramon, don Pedro de Navarra, el auditor de guerra Santillana, los dos oficiales reales Vega y Segarra, don Francisco Ponce de Leon, Florencio de Esquibel, Francisco Arias, Martin Rui de Gamboa, don Pedro Avendaño, don Miguel Velasco, Diego de Lira y Pedro Cortez, el mas valiente caballero que vino a Chile.

CAPITULO III.

Funda don García en el estado de Tucapel la ciudad de Cañete: acométenla los indios sin suceso; y una batalla porfiada que tuvo con ellos en los altos de Cuyucupil.

Llegado don García del estado de Tucapel con su campo, determinó domar la rebeldia de los indios con una ciudad que fuese como fuerte roca en que quebrasen las olas de las turbulentas maquinaciones, hasta que cansado de rebelarse infructuosamente, se redujesen siquiera de cansados a una durable quietud; y fundóla con el nombre de la ciudad de Cañete, título de su ilustre casa, en una loma llana espaldeada del rio Tajel Tajel, en paraje mui fértil y en medio de tierras mui gruesas y apropósito para ganados y granos. Luego que hizo la delineacion, pasó con su campo a la Imperial, y para que atendiese a la fábrica y defendiese a los trabajadores de las hostilidades de los enemigos, dejó con la jente necesaria a don Miguel de Velazco, y señalado para comandante de la nueva ciudad y fortaleza a Alonso de Reinoso. Queupolican y los demas

aciques hicieron fatales anuncios del establecimiento de los españoles n el corazon de su pais, interpetando el ver el mal tan interior a muere de su amada libertad; y como está en su estimacion, tiene mas preio que la vida. Quisieron, con jenerosidad mayor que de bárbaros, erder el cuello o sacudir el yugo; y para conseguir el fin deseado arruiaron la nueva fortaleza, juntaron las mayores y mejores tropas que udieron. Pero es cosa mui de notar lo que estos indios intentan y en ue circunstancias: estaban derrotados de la buena dicha e invicto ejérito de don García, y en espacio de setenta y cinco dias habian sido venidos en tres funciones, en todas con pérdida de mucha jente y la mejor; con todo, empuñan otra vez las armas y vuelven a la guerra. ¡Rara onstancia o mas bien contumacia maravillosa! Es buena refleccion la de n poeta que dice que no templó la zaña de animales el verse deshechos or la victoriosa mano que hacia temblar los muros y alcázares; y de este odo nos parece que de verse tocar por la invicta y poderosa mano de on García, deberian temer justamente las fuertes ciudades y no temen s chozas pajisas de los indios chilenos; ni el ver pasearse por sus tieras el enemigo Marte, victorioso y sangriento, les hace volver las esaldas, ántes lo reciben con todo el pecho.

Entretanto que los indios se prevenian de jente y apresto para acoeter la nueva ciudad, hubo tiempo de que ésta llegase a su perfecion; por cuya causa no juzgándose ya allí necesario, se habian retirado s capitanes don Pedro de Avendaño y don Miguel Velasco a incororarse con don García en la Imperial. Mas llegándole a éste mui presto noticia del intento y prevenciones del enemigo, volvió a enviar pronmente al mismo Velasco y a Martin Rui de Gamboa, para que con consejo y valor, y la jente que llevaban consigo, ayudasen al coandante Reinoso en la defensa de la plaza. Los indios bien entendien desde el principio lo árduo del empeño a que se ponian por la mua jente de la guarnicion, y porque la plaza era bastantemente fuerte ntra una nacion que para el efecto de rendir fortalezas, ni usa cavar inas o caminos subterráneos, ni tiene arrietes como los antiguos, artillería como los modernos, sino que a fuerza de lanzadas hae auyentar a los defensores del muro y ha de superarlo hacieno escalas de sus mismas picas. Pero esto no era embarazo a su ardiiento o su confianza, y así acometieron la fortaleza por diversas partes n mucho número de buenos soldados, de los cuales unos peleaban y ros llenaban el foso con fajina que la dá abundante el terreno cirinvecino, y otros ponian fuego a los maderos que juntos y trabados mponian el recinto de la muralla. Los españoles batallaban y haan muertes con la fuerza del que quiere castigar una loca osadía y carmentar un temerario arrojo, haciendo un espantoso fuego y lleíndose las pilas enteras con los tiros de la fortaleza, matando a elecon a los indios sobresalientes, los fusileros de manpuesto y trazando n partesanas i picas por las oquedades de los maderos, a los indios e se llegaban en número apiñado. Embarcados en muchedumbre y

ciegos con el furor, no obstante solicitaron a la fortuna, procurando obligarla con su valor y constancia que los mantenia algunas horas en tan desigual pelea pisando sobre los cadáveres de los suyos y casi nadando en su sangre, hasta que vieron era cierta su ruina sin esperanza ni aun de morir vengados. Huyeron seguidos de la caballería que salió por puertas escusadas de donde estaba prevenida para atacarlos en estas circunstancias: así murieron tantos de ellos que a ser otra nacion que la araucana, se hubiera rendido a la adversidad de la suerte. Fué funcion memorable y de una informacion hecha ante el doctor Peralta, oidor de la real audiencia del reino, año de 1568, consta que pelearon valerosamente Nuño Hernandez, Francisco de Zelada, Alonso de Miranda, Juan Cabrera, Francisco Gutierrez y Pascual Urdineta; y a mas de los ya nombrados, Alonso Reinoso, comandante don Miguel Velasco y Martin Rui de Gamboa, capitan de las compañías del socorro.

En la misma informacion consta de otra batalla que hubo entre indios y españoles por esta ocasion. El gobernador que estaba en la Imperial, enviaba desde ella bastimento para la misma ciudad de Cañete, que aun no estaba bien apercibida con la escolta que pareció bastante para caminar por entre jentes cuatro veces vencidas en tan breve tiempo; pero los indios mostraron que no era su ánimo capaz de rendirse con todos los rigores de la fortuna adversa, porque, sabiendo la venida de los españoles, lo dejaron caminar en los parajes abiertos y los aguardaron en número de cuatro mil al paso de Cayucupil que es preciso a quien viene de la Imperial a Cañete, sino es que coja el camino de la costa que es mucho mas fragoso e impedido. El camino de Cayucupil se estiende largamente entre dos sierras que caen al norte y sur, y queda tan dominado de ella que solo con hacer rodar galpas desde lo alto que está cubierto de ellas, es fácil deshacer un ejército grande. Aquí acometieron a los nuestros los indios, sin ser vistos hasta que el peligro era inevitable: y comenzaron a infestarlos con una tempestad de piedras, maderos y flechas. Comandaba a los nuestros Francisco Reinoso que traia de subalterno a Nuño Hernandez, ámbos capitanes de gran ardimiento y probada prudencia; y aunque se volvian en su ánimo varios arbitrios de defensa, no se hallaba medio ni para uno ni para otro, porque el único que se ofrecia en el conflicto de bajar los indios con los tiros de fusil, se hacia casi del todo inútil, por estar cubiertos con los matorrales dispersos en pequeños pelotones y no hallárseles cuerpo. Así crecia el daño de los nuestros, y los indios celebraban con escarnio y risa maligna verlos cojidos entre puertas en parajes donde a su juicio no podria escapar uno tan solo con la vida o la libertad; mas un acuerdo de Reinoso y un ademan de los indios, puso a los nuestros en salvo contra toda esperanza. Mandó Reinoso a Nuño Hernandez que con algunos de acaballo de los mejores tiradores, subiese por senda cubierta y escusada a una colina mas alta que la que tenian los indios, y que de allí comenzaron a balear a los quedaban abajo y a los de la colina contrapuesta que estaban dentro de tiro de fusil. Finalmente, venció la valen-

tía de los caballeros lo ágrio de la subida, cuyo solo intento parecia desvario; pero es grande el poder de la última necesidad; y puestos allí, empezaron a matar a eleccion, haciendo cuanto mas ruido podian con las descargas.

Muchas veces es mas poderoso el temor que el daño, y así fué en esta ocasion que no habiendo subido a la colina superior mas que once caballeros, les parecia a los indios que se venia sobre ellos todo el mundo y que fulminaba todo el cielo: y llegándose a esto lo que se ayudaban de su parte los españoles que estaban en la senda inferior, comenzaron por aquella parte los indios a huir precipitadamente y tambien llevaron de vencida a botes de pica a muchos centenares, hasta ponerlos léjos del lugar de poder volver a la contienda: mas en la fuga, ¿quién cuenta jamas a los vencedores ni a los vencidos? Ayudó a la buena dicha de los españoles un desman de los indios, porque muchos de ellos, luego que vieron de su parte la victoria, llevados de su innata codicia, se aplicaron a deshacer el fardaje para cargar con los despojos; y los españoles que, desembarazados de los que mas les daban en que entender, pudieron tener advertencia de lo que pasaba, acudieron allá, y hallando al enemigo embarazado, lo cargaron con tanta presteza y gana de vengar el pasado desastre que hicieron una terrible mortandad. Algunos indios huyeron con parte de lo que tenian ya en su poder, pero la victoria quedó por los nuestros que fué bien reñida, y se consiguió despues de tres horas de pelea; y continuaron su camino hasta Cañete sin otra oposicion.

CAPITULO VI.

Fúndase otra vez la ciudad de la Concepcion.—Fortifícase Queupolican en Cuyapun, en donde lo acomete y desbarata don García.

El hacer sériamente y con vigor la guerra suele ser causa de la paz, y don García con sus repetidas victorias, se la habia hecho desear a los indios, sino como honrosa como necesaria; y para poner de su parte otra causa impulsiva, determinó dar asiento fijo a los españoles y a la guerra que andaba como vagante, y señalarle ciertas mansiones en donde fuese su efecto mas durable. Para este fin, fundada la ciudad de Cañete, la que bastaba para tener de la brida al poderoso estado de Tucapel y Arauco, acordó reedificar la Concepcion tantas veces destruida, por juzgarlo conveniente, así por la utilidad de su punto, como para mantener en obediencia a los indios circunvecinos que entónces eran muchos, y al presente ningunos. El cuidado de la nueva ereccion que se hizo a 6 de enero del año en que vamos, se dió a Jerónimo de Villegas; y se señalaron alcaldes Francisco de Ulloa y don Cristóbal de la Cueva, rejidores Luis de Toledo, don Miguel Velasco, Pedro de Aguayo, Juan Gomez, Gaspar de Vergara, Juan Gallegos, procurador Pedro Pantoja, alguacil mayor Juan Perez. Y se nombraron alarife

Francisco Medina, y escribano Domingo Losano, cada uno con trescientos pesos de sueldo. El cura y vicario de la ciudad de Santiago, don Rodrigo Gonzales Marmolejo ayudó a los pobladores con buena parte de su caudal, obra digna de la gran piedad y celo de este sacerdote.

Queupolican que miraba con dolor suyo los aumentos de los españoles y sus propias pérdidas, revolvia en su imajinacion varios medios de cubrirse contra los golpes de su contraria fortuna: y considerando que los españoles de todos modos le eran dañosos, o ya en las batallas en que le habian ganado mui repetidas y grandes victorias, o ya en la tala de sus sementeras y quema de sus casas, con que aun sin hacerles guerras con el acero los obligaban a padecer otra igualmente intolerable del hambre y carencia de todas las cosas necesarias para el uso de la vida. Dió en el arbitrio de hacer una fortaleza en que poder meter jente y mantenimientos, y alargar la guerra para no precipitar los negocios de ella y para ver si el tiempo que es grande autor de mudanzas no esperadas, hacia que alguna vez le rodase el dado con dicha o le cayese con ménos azar; y como lo pensó lo hizo, asentándose con su campo en Ciriapu, tránsito preciso de la ciudad de la Concepcion a la de Cañete, y así a propósito para cortarles la comunicacion de dicho sitio, levantó de gruesos maderos una fuerte albarrada, asegurándola con su fozo y contra escarpa segun habia notado en el modo de fortificar de los españoles. Luego que supo don García esta novedad, acordó ser necesario buscar al leon en su cueva y con solo doscientos soldados, pero escojidos de todo el ejército, fué a desalojarlo, llevando a sus órdenes al maestre campo Juan Ramon, oficial de toda su confianza; y cuando llegó al campo español a vista de Cayapú salió buena parte de los indios de su fortificacion y se formó a la diestra y siniestra de ella en dos escuadrones. Don García hizo echar pié a tierra a la mayor parte de su jente dejando montada una pequeña partida para usar de ella cuando fuese mas de provecho: y luego hablándoles primero con los ojos y el semblante lleno de una alegre bizarría, pasó a decirles brevemente con la voz: que le parecia escusada la plática tratando con soldados tales que tuviera por mucha gloria suya solo el acertar a imitarlos, cuya proezas aunque le daban inmortal honra como a capitan, lo encendian tambien en emulacion jenerosa como a conmiliton. Que para inspirarles un noble ardimiento seria mas poderoso que su exhortacion el pundonor propio de ellos, el cual les acordaba llevar a su cargo toda la gloria de la nacion y la particular que habian ganado en aquella tierra, que no debia haber otro ánimo en ellos y en los indios que el que suele haber en los vencedores y en los vencidos. Que en sus victorias completas conseguidas en ménos de un año habian acabado con el acero manejados por valerosos contra a todo el valor del enemigo, y que los que allí habia presentes, no eran sino míseras reliquias de los ejércitos derrotados, en quienes el miedo se habia metido a injenioso, y hecho buscar por asilo aquella palisada desusada en

su milicia que no podia ser bastante defensa para los que no podian defenderse al muro. Que fuesen a concluir la guerra con una victoria fácil los que estaban acostumbrados a ganar tantas dificultosas. Esto dijo, y mandó disparar ocho tiros de campaña que habia puesto a la frente de la infantería; y los indios que recibieron daño de esta primera carga, se acercaron a nuestro escuadron de corrida para reducir la cuestion a las armas cortas; pero al estar mas cerca se les dió una carga jeneral con toda la fusilería, y aunque les mató mucha jente, no obstante embistieron animosamente y llegando a inmediacion de impedir casi del todo el uso de las armas de fuego, se trabó una pelea por todas partes feroz y encarnada. Entre los indios andaba el viejo Colocolo, que como siempre se habia gloriado de la profesion militar y amor a la patria, no quiso faltar con su consejo al tiempo que por ir las cosas de la guerra de mal en peor, le parecia lo necesitaban mas. Queupolican que cumplia excelentemente con la obligacion de capitan y de soldado, entendia con el ejemplo y con la voz el ánimo y coraje de los suyos. Así mismo don García por su parte y el maestre de campo Juan Ramon desempeñaban el cargo de grandes caudillos y todos los soldados que tenian arte y esperiencia de capitanes ejecutaban en todas circunstancias lo mas conveniente, sin que fuese necesario que les ordenase. Por algunas horas duró la contienda y estuvo como indecisa la victoria; pero aquella pequeña tropa de caballería que don García dejó separada para los casos ocurrentes, dió tan buena cuenta de sí e hizo tan maravilloso efecto, ya haciendo sus descargas en los escuadrones mas firmes del enemigo y en donde peleaba con mas teson, ya embistiendo espada en mano cuando lo veia puesto en algun desórden, que los indios pareciéndoles imposible resistir largo tiemgo comenzaron a aflojar y poco despues reconociendo los muchos que perdian, acudieron a paso lento y volviendo el rostro y las picas al abrigo de su palisada. Y así se ve que aquella pequeña tropa de caballos que se dejó para que pelease fuera de órden, fué el principio de la victoria, como lo fué de la que ganó Sancho de Avila, jeneral del ejército español, sobre las tropas de los herejes mandadas por Luis Nasau entre los rios Vahal y Mora, con otra tropa de caballería gobernada oportunamente en los casos mas convenientes por Ejidio Borlamont. Los nuestros entraron mezclados con ellos, hiriendo y matando, y dentro del fuerte fué mayor la carnicería como que habia ménos espacio para la fuga. Hasta que viéndose los enemigos reducidos a pocos, y esos pocos en el último estremo, abandonando tambien la palisada se acojieron a los montes vecinos juntamente con el viejo Colocolo y el jeneral Queupolican, quien acosado tantas veces como una fiera de armados cazadores nunca desponia la bravesa, sino para ejercerla despues, manteniéndose en los casos adversos con la esperanza de los prósperos.

CAPITULO V.

Determina sorprender Queupolican a la ciudad de Cañete; y retírase con pérdida, cual aprisionado por los españoles y sentenciado a morir, recibe el bautismo y mu re cristianamente.

Mucho tuvo que lidiar el grande ánimo de Queupolican y su consta cia hecha a toda prueba contra los rigores de su cruel fortuna y l murmuraciones de los suyos, que para procesar de mala a su conduct traian por testigos a los malos sucesos. Esta es dura condicion de l que mandan a muchos ser juzgados de todos; y que en cada casa pa ticular se levantase tribunal contra ellos con la injusticia de condena los sin oirlos, y de tomar argumento de sola la desgracia de los aca cimientos para culpar de imprudencias y mal acordadas las disposicion En Queupolican se vió mas manifiesta esta falta de equidad para las rot de los ejércitos de su mando que debian atribuirse el mayor poder los españoles, y poniendo la consideracion mas alta a soberanas dispo ciones de Dios que satisfecha su justicia de los azotes con que hab castigado la soberbia fausto y poca piedad de los cristianos, quer alzar la mano del castigo. Se le imputaba a Queupolican la falta de bu consejo en administrar la guerra, no obstante él siempre fué magnáni y amante de su patria ingrata, pues ponia los rigores a la pública salud revolvia en su fecunda imajinacion varios arbitrios de valor para reputacion dudosa mas entre los suyos, que entre los españoles q admiraban el talento y esfuerzo de aquel varon invencible a todo poder de la desgracia. Y en efecto pensó en un hecho, capaz si le salie bien, de reponer ventajosamente su honor disminuido. Determinó g nar por interpresa la ciudad de Cañete, como que una victoria roba es atajo y compendio para dominar a ménos costa. Tenia entre las t pas que ya se les habian juntado despues de la rota de Cuyapil, un s dado llamado Pran, de estraordinaria maña y de profundo disimulo pa tramar y llevar al cabo cualquier ardid, y de igual ánimo para sufrir muerte, si le saliesen mal los engaños. Al fin, tal como de Simon grie cuyos artificios fueron mas poderosos para rendir a Troya que mil ves y diez años de guerras, Pran, pues, se valió Queupolican para q entrándose en la ciudad en apariencia de hombre sencillo, se asent a servir a algun español para lograr las coyunturas de certifica de lo que convenia saber y tratar para apoderarse de ella y para ga algunos indios del servicio de los españoles, que en la ocasion volvie las armas contra sus amos. Ejecutando este emisario cuanto estuvo su parte, reconoció muro y foso, se hizo cargo del número y calidad los defensores, notó las horas de ménos vijilancia, y le pareció q poco despues de mediodia, tiempo que los españoles acostumbraban al reposo, quedando entónces en las puertas de la ciudad y en el cue de guardia esperando que el centinela se rindiese al sueño desquita el que perdian de noche, era la mejor ocasion para su hecho. Y

smo procuró insinuarse eficazmente en la amistad de un indio llama- Andres que servia en la plaza, el cual le pareció hombre de espíritu :a discurrir y ejecutar; y cuando lo pensó del todo suyo sacándolo campo con título de otra cosa, le hizo saber la máquina de sus inten-, ponderándolo cuan útiles eran para la patria, y cuan gloriosos para dos si lo llevasen a deseada ejecucion; en cuyo supuesto no solo obraria la amada patria su libertad, sino el mismo Andres, haciendo ıra y señorío tan grande como la que tuvo Lautaro por igual haza- como la que ahora le proponia. Andres mostraba oir con gusto la tica de Pran, satisfacerse de sus razones y ponerse de parte de sus entos: ofreciendo su ayuda y la de otros, que solicitaria para el ro de ellos; pero en su interior condenaba la temeridad del propó- y lo hacia dar parte a Reinoso de toda la trama de Pran. Mui tento quedó éste de su aviso y aplazando dia con Andres para que iese con Queupolican, que estaba en un bosque cercano, se volvie- a la ciudad.

Luego buscó el indio fiel una buena ocasion de hacer sabedor al ıandante de aquella plaza, y éste le encargó mucho la importancia secreto y que siempre le mostrase a Pran estar con él de buena in-jencia. Al otro dia se vieron ámbos con Queupolican, y despues de ndes ofertas que este jeneral hizo a Andres, se trató la hora y modo acometer a los españoles: y habiéndose dado en todo asiento, dió dres la vuelta a la ciudad quedándose Pran con los suyos jactándose su capacidad, dando por acabada de tejer aquella tela de artificio habia urdido o aquella red en que pensaba mui breve tener cojidos s españoles como a peces incautos. Mas cierto es que muchas veces precipita en la holla el mismo que la cava. Alonso Reinoso tomó las idas para no errar tiro, y cojer a los indios en sus mismos lazos; pre- a los oficiales de buenas instrucciones para que estuviesen bien arma- y sobre aviso; pero afectando confianza y descuido, ocultó disimu-mente alguna caballería que estuviese apercibida para la funcion, í guardó el punto de la sorpresa. Queupolican, por su parte, no se ıia en el negocio, y poco ántes de acometer envió al mismo Pran a nocer si las cosas estaban en sazon. Este se abocó con Andres, n le certificó del sumo descuido de los españoles como que las victo- ganadas los habian reducido a estado de despreciar a todos sus ene-os, e hizo que el mismo Pran advirtiese a los soldados recostados en aritas, y cubiertas las cabezas con las celadas, como que que querian iliar el sueño, quien, alegre de lo que habia notado, se salió de la a sin advertir que era advertido.

ueupolican noticioso de lo que pasaba, condujo sus escuadrones ocul- or los montes vecinos, y con jentil denuedo, se llegó a la plaza, cu- uertas abiertas le confirmaron en la opinion de que se ignoraban intentos. Luego mandó que entrase un escuadron de buenos gue-s guiándolos el mismo Pran. En este punto se vió dispertar los idos, echar mano a las armas los descuidados y cerrar las puertas

ántes que entrasen tantos que pusiesen en duda la victoria o la hiciesen mui costosa y comenzaron a chocar con los indios. Fué el caso sumamente inopinado y la acometida de los españoles estremamente feroz: cosas ámbas que cada una de ellas bastaba para llenar de helado pavor a los mayores ánimos, y los indios, no obstante todo el suyo, se vieron cojidos en la trampa y se juzgaron perdidos. Pero conociéndose ser imposible la fuga, se animaron a pelear y morir como varones fuertes, y se trabó una contienda mas porfiada que igual, en que no se veía otras cosas que horrores, ni se oian sino los golpes de las armas, las amenazas y furor de los que mataban y los jemidos de los que morian. Pran fué de los primeros que padecieron su mismo engaño, y parece traia en su nombre el pronóstico de la inutilidad de sus trazas, porque Pran en el idioma indio, significa en valde.

A este tiempo salió por otra parte la caballería que estaba a punto para pelear con Queupolican, y la jente que habia quedado fuera; pero sorprendido este capitan de la prevencion que nunca habia imajinado de los de la plaza, despues de una débil resistencia, se puso en huida con todos los suyos apartándose de los españoles hasta la entrada del bosque, de donde se volvieron porque no debian ser suyos los caballos. Y entrando a la plaza a consumar la obra en que estaban entendiendo los infantes, quitaron la vida a toda aquella jente casi con inhumanidad porque les parecia no ser dignos de alguna misericordia los traidores: cojieron prisioneros a treinta ulmenes o indios principales, de los cuales quitaron la vida a trece, habiéndoles probado que fueron movedores de la sorpresa intentada. Este fué el amargo fin de una accion que los indios habian maquinado con tanto recato y tan alegres esperanzas, y sucedió en 1560.

Sabiéndose poco despues que Queupolican habia licenciado la jente que le quedaba, o que ella lo habia desamparado como a infeliz, hizo dilijencia el comandante Reinoso de haberlo a las manos. No faltó un indio que se ofreciese a guiar a los españoles hasta su retiro y conducidos por él, llegaron a una espesura de un bosque que caia a un rio en donde hallaron a Queupolican asistido de diez de los suyos. Aquí lo prendieron con todos los de su compañía, aunque se habian puesto en defensa. De aquí fué llevado a la presencia del capitan Reinoso, quien lo sentenció a que muriese asaeteado; y él recibió la nueva de su fin con la misma magnanimidad con que habia tolerado las adversidades de su fortuna en la série de su vida. Tratan luego los españoles de llevar a ejecucion la sentencia, y el cielo de aparejar las fiestas por la conversion de aquel pecador. Porque llegándose sacerdotes para hablarle del bien de su alma, fué tanta la abundancia de luz con que rayó en ella el sol de justicia y lo que ablandó su pecho la uncion del espíritu santo, que disipada la noche tenebrosa de su infidelidad y derretido el hielo de su corazon resuelto en lágrimas, pidió que los padres le aclarasen aquella locucion con que Dios le hablaba allá al interior: e impuesto en la noticia suficiente de los grandes misterios de nuestra santa

, y con arrepentimiento doloroso de sus pecados, recibió la sagrada solucion que de lobo ántes carnicero lo pasó al número de los corros lavados y blanqueados en la sangre del cordero divino: y con ta disposicion recibió la muerte que creemos, piadosamente para él, chosa puerta de la eterna vida. ¡Consejos inescrustables de la divina ovidencia, que trueca las manos y reprueba al que parecia escojido, escoje al que parecia reprobado! Que ejecutan tanto por la cautividad nuestro entendimiento para no escudriñarlos con sacrílega curiosidad mo por la de nuestra voluntad para sujetarnos a ellos y hacer culto l rendimiento, debiendo mantener en medio de tan relijiosa ignoran- la firme certeza de que (pues no lo ha revelado) podemos por las enas obras hacer cierta nuestra vocacion, y que siempre es Dios halla- por los que le buscan en verdad!

Fué Queupolican de grande entendimiento y de mayor ánimo, el cual ostró en las peleas y tambien en la tolerancia de las desgracias. No debe quitar la loa de gran capitan el haber sido muchas veces ven- o y al fin muerto por sus enemigos, pues todas las cosas grandes nen cierto término de donde no pasan, y no hai tan incontrastable erza que no pueda ser superada de otra mayor: en cuyo caso el edar inferior no es bajeza, sino necesaria limitacion de todo lo hu- no. Infinitos famosos caudillos, ínclitos por sus victorias, han sido al vencidos y han aumentado los trofeos de otros mayores, o mas ıtajosos. Al mismo tiempo que Queupolican en Chile, floreció en la ancia su grande almirante Monmorency celebrado por todas las voces la fama por animoso y sábio capitan, no obstante que rara vez salió ncedor: fué tres veces preso y al fin muerto por sus enemigos. Pero mayor honra de Queupolican fué su muerte acompañada de actos fé y afectos piadosos, y es razon contenga buena fama entre los nbres al que pensamos posee gloria entre los ánjeles.

CAPITULO VI.

Dan la plaza algunas parcialidades.—Hace don García varias fundaciones; y se continúa su gobierno hasta su fin.

No hai terquedad ni dureza tan de bronce que no se rinda a la nece- ad, que siempre nos resolvemos a pasar de las repugnancias a lo e es necesario que se haga, hasta reducirnos a abrazar la misma erte, cuando hallamos cerrados todos los caminos para la vida. No eaban cosa los indios como una guerra venturosa, como soberbios ncidos; y con todo, desearon afectar la paz y la pidieron, aunque no lian gozar de sus beneficios sin la pension de la cerviz. Don García us españoles, aunque conocieron que en la posicion de los indios estaban de acuerdo su corazon y sus palabras, no obstante otor- on aquella que era solo en el nombre paz, y en la realidad cuando cho treguas que solo tendria de duracion hasta que el enemigo ha-

llase por mas conveniente romperla. Porque es tan terrible mal l guerra, y habia sido tan porfiada la que se habia tenido con los indio algunos años atras, que los mismos vencedores estaban cansados d serlo y de ensangrentarse con tan contumaces enemigos. Con ocasio de esta tal cual cesacion de armas, reedificó don García la plaza d Arauco en 1560, asentándola en el mismo paraje en que la habi puesto Pedro de Valdivia.

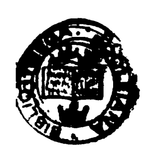
Por el mismo tiempo que solicitaban la paz los indios mas valiente de Chile, no faltaban otros que se mantenian en los propósitos y acto de la guerra: y éstas eran las parcialidades de Boquilemu, Minchile mu, Culacura y otras porque esto es, sin duda, lo que hace mas enfa dosa e interminable la guerra de Chile o gobierno comun a quie sujetarse; por lo cual aunque unas naciones cansadas de batallar si fruto y de pasar una vida desastrada, desposeidos de su casa y quietu y encerrados como fieras acosados en lo mas oculto y retirada de lo bosques, se determinan a vivir pacíficos y a recibir la lei del vencedo no faltan otros que por diferentes partes alzan bandera y apellidan l guerra y la libertad; y como es nombre éste tan plausible entre toda las jentes y mas en la mui altiva, luego hallan secuaces en el intent de perturbar la quietud, y aunque se le corte una cabeza a esta hidra le renacen otras igualmente fieras y armadas. Por esto se ha juzgad siempre necesario para mantener a estos indios en paz, y debe juzgars que es el arbitrio totalmente poderoso y casi el único, poner entr ellos presidios de españoles para que no se atrevan a maquinar levan tamientos teniendo tan interiores a los testigos y jueces de su mod de obrar, o para que si llegaren a emprenderlos, sea fácil matar la malignas centellas ántes que pasen a causar mayor incendio en qu arda la pública tranquilidad. Este dictámen que era propio de la com prension y esperiencia de don García, lo determinó a enfrenar los indio nuevamente revelados con ponerles al lado los domadores de su fiereza y reedificó la ciudad de los Confines, ocupándose en ello con tant ardor suyo y de toda la jente, que en mui breve la puso en estado d regular defensa; y luego comenzaron a hostilizar a los indios, les hicie ron desear y solicitar la paz que tanto habian mostrado aborrecer: l cual, si no me engañan mis cómputos, se ejecutó en el año en que va mos de 1560.

En el año mismo o fundó de nuevo o reedificó a la ciudad d Osorno, lo cual ponemos en duda porque no nos consta ni hai bas tante prueba de lo que algunos afirman que esta fué fundacion qu hizo Pedro de Valdivia en 1552. Le dió asiento en 41 grados de la titud meridional en el conmedio de Chiloé y Valdivia, y entre el ri Bueno que baña la ciudad al sur y el rio de las Canosas al norte. Entr el polvo de su ruina que fué en el levantamiento jeneral despues d la muerte del gobernador don Martin Garcia, quedaron sepultada las memorias de esta ciudad: y sin embargo, entre tantas sombras s descubren algunos crepúsculos de su pasado esplendor. Tuvo conven

os de los dos grandes patriarcas Santo Domingo y San Francisco, y
ionjas de Santa Isabel, viuda y reina de Ungria, que fué el primero
el reino, como se dice en un instrumento otorgado año de 1573, en
ındacion de capellanía que hace Juan Donoso, clérigo presbítero, para
uyo efecto dejó dos barretones de oro que cojió a censo Juan Lopez
e Porras, quedando con el patronato la abadesa Isabel de Placencia.
'uvo hospital con mui buena renta dedicada a los santos médicos
'osme y Damian: tuvo en la ciudad vecinos bien acomodados, pues
no de ellos Nieto de Gaete, dejó tanto caudal, que habiéndose sacado
e él veintisiete mil pesos de buen oro para pagar a tres mil indios que
enia de encomienda, y el resto hasta cincuenta y cuatro mil para fu-
eral, misas y legados piadosos, le quedó a su hijo don Francisco Ortiz
e Gaete en un opulento recibo, como consta del testamento otorgado
or febrero de 1578. Hubo en Osorno manufacturas de paños y lienzos,
tenemos notado en el auto de fundacion que se señaló solar para
ısas episcopales, con la mira que tendria el fundador de que su igle-
a fuese catedral. Por lo mismo que la ciudad se destruyó y quedan
ıui escasas memorias de ella, nos parece que pertenece a cierto jé-
ero de economía no dejar perecer la que hai de sus primeros funda-
ores que fueron don Luis Gatica, Diego de Rojas, Gaspar Verdugo,
edro Muñoz de Alderete, Juan Reinoso, Baltazar Verdugo, Juan
e Inostrosa, Alonso Ortiz de Zúñiga, Juan Godoi, Mateo Castañeda,
rancisco Cortez, Francisco de Tapia y Rodrigo de los Reyes.

No se estrechó la providencia de don García a solo el ámbito cuan
rande es del reino de Chile, y conociendo la importancia de dar la
ltima mano a la conquista que habia comenzado don Francisco de
guirre de la provincia de los Cuyunchos o de Cuyo para abrir y
ner segura la necesaria comunicacion del reino de Chile con las pro-
ncias del Tucuman, Paraguai y rio de la Plata: mandó que pasase con
te fin la gran cordillera Pedro de Castillo con bastante número de
nte para pacificar y poblar; y reducidos que tuvo a sujecion los indios,
bló el dicho Pedro del Castillo, en virtud de la comision de don Gar-
a, la ciudad de Mendoza, a que dió el apellido del mismo goberna-
or, y San Juan de la Frontera de la altura del polo en que estan estas
udades: se ha hablado ya que estan habitadas de bastante noblesa,
ie desciende de los primeros conquistadores. No llueve en esta tierra
todo el verano; pero regada a mano es fertilísima, en especial en
igo y vino jeneroso. Éste lo trafican para Buenos-Aires y los pue-
os del Tucuman. El ganado de lana es mui escaso, mas abundan las
anadas de vacas, caballos y mulas que se crian en valles de las cordi-
eras vecinas. Las frutas ágrias y dulces abundan mucho. La ciudad
Mendoza es cabeza de esta provincia; y sus habitadores, hombres
ienos y de mucha realidad. Los de San-Juan son tenidos por mas
isados y despiertos.

La última y mayor obra de las del gobierno de don García, fué conci-
r el favor de las leyes, el respeto de los pueblos, dar aliento a la virtud



y hacer guerra al vicio con el premio y el castigo que son los dos polos en que se mueve toda la máquina de la felicidad de un estado. Porque como entre los efectos perniciosos de la guerra no es el menor el que con nombre mas decoroso se llama licencia militar, y en realidad es disolucion de costumbres, y esta se tolera dolorosamente porque no se pueden practicar los remedios a que entre los tumultos de la guerra han de oponerse muchos armados, y porque en tales circunstancias ocupa toda la atencion de los que mandan la necesidad de prever a negocios, sino mayores mas urjentes; logra entónces el vicio un imperio tiránico en las conciencias, y la virtud, como sola y desautorizada, se retira a los rincones o a las casas de relijion: y así cuando cesando el estrépito de las armas, hai oportunidad de que se haga escuchar la voz de las leyes es cosa debida que el que tiene a su cuidado los pueblos, los arregle y los aparte de la relajacion; como los sábios médicos observan en las enfermedades ciertos puntos periódicos, en que cooperando a los esfuerzos de la naturaleza con auxilios convenientes, la restablecen y vuelven a estado de perfecta salud.

Esta fué la cristiana política de don García, que logró el estado feliz de la paz que él habia alcansado con sus armas victoriosas para hacer que a la sombra de sus palmas y laureles creciese lozana y floreciente. La virtud es premio a los buenos soldados y a los rectos jueces y castigo o remedio de los empleos a aquellos cuya conducta era perniciosa por malicia, neglijencia o ignorancia; que tambien es delincuente contra el estado el que se hace cargo de oficio para cuya administracion no tiene bastante espíritu o capacidad. Y como precedió consuelo del bien público y sin afectos particulares de interes, ódio o amor que en todas cosas se hacen lugar con gran perjuicio, tuvo aplausos por su mucho seso, agradecimiento por la justificacion de sus obras, y no se oyeron quejas porque no se atrevieron a aparecer como faltas de justicia en el tribunal de la razon. No huvo virtud que con él no tuviese valimento, porque conocia bien el precio y utilidad de ella; porque quien la cultiva en sí la ama en los otros; y porque la virtud no nace y vive con este hado, que así como nunca le faltan adversarios que son los hijos de las tinieblas, así nunca está destituida de defensores y secuaces que son todos los hijos de la luz, campeó entre todas sus virtudes la de la relijion manifestada en el culto a las cosas sagradas, y reverencia a los sacerdotes. Por eso tuvo tan en su favor al cielo, que en cuanto ponia la mano hallaba por su asistente la de Dios, y fueron tantas sus felicidades que se adelantaban a sus deseos, aun casi no cabian en toda la estension de la esperanza. El dió al araucano rebelde y victorioso tan fieras batallas que le agotó toda la sangre: le hizo rendir a sus piés todo el orgullo y puso a la belicosa nacion en estado de tan sujeta como estuvo en tiempo del gran gobernador Pedro de Valdivia. El aseguró la paz con las plazas fuertes y aumentó el reino con las nuevas ciudades. El proveyó medios eficaces para la enseñanza cristiana y trato caritativo de los indios pacificados que entónces lo eran

todos; en suma, no hubo bien a que no atendiese con piedad ni buena obra a quien no diese la mano. De modo que él exedió en muchas prendas y virtudes a los mejores gobernadores que fueron ántes y despues; pero a él ninguno igualó en el agrado de todas; y así dejó el reino a su sucesor en tal estado de felicidad, que no quedaba que desear otra cosa, sino la perpetuidad de ella.

CAPITULO VII.

Viene provisto de gobernador por el rei Francisco de Villagra.—Sujeta a Chile la provincia de Tucuman.—Rebélanse algunas provincias; y ponen sitio a la ciudad de Cañete; va en su socorro el maestre campo Altamirano y tiene dos batallas con el enemigo.

Años atras habia partido para la corte Francisco de Villagra, y habia representado sus servicios y méritos ante la majestad de Felipe II que tenia entónces el cetro de la monarquía de España; y como este rei estaba dotado de entendidísima comprension para entender las urjencias de cada parte de sus vastos dominios y de singular discernimiento para conocer los sujetos, sabia aplicarlos al lugar y oficio en que darian mas satisfaccion; y como halló en Francisco de Villagra todo lo que necesitaba el presente sistema de la guerra de Chile, estando a favor del pretendiente su justa y valerosa conducta en tiempo de su gobierno interino, le acordó el rei la gracia de conferirlo en propiedad y le ordenó la pronta vuelta a Chile. Luego que don García tuvo noticia cierta de esta nueva provision, dejando el baston en manos de Rodrigo de Quiroga, caballero del órden de Santiago, para que lo pasase a las de Villagra, se partió para la ciudad de los Reyes en una fragata que tenia prevenida para este efecto. Llegó al reino Francisco de Villagra a principios del año de 1561, segun nuestro cómputo, porque aquí proceden los papeles de que usamos sin señalar los años y es menester hacerse el cálculo con fatiga y valiéndonos de conjeturas. Una de sus primeras disposiciones fué enviar a la provincia del Tucuman a Gregorio de Castañeda para que echase a la buena o con fuerza de armas de aquel gobierno a Juan Gomez de Zurita que lo tenia por provision del virei de Lima con independencia del gobierno de Chile. Y Castañeda no pudiendo obtener el mando por medios pacíficos, acudió a los de la fuerza, y habiendo vencido en batalla a Zurita lo remitió al Perú a buen recaudo y restituyó al reino de Chile la provincia del Tucuman. Mas para que se entienda con que derecho pretendia el gobierno de Chile sobre el Tucuman de su jurisdiccion, es menester cojer la relacion de años atras, tomando la del padre Nicolas Techo, que es el único que habla en la materia con fundamento, y su pasaje traducido fielmente del latin al castellano, dice así: "El año de 1543, despues de vencido Pizarro, penetró a lo interior del Tucuman con autoridad del virei que era entónces Pedro de la Gasca, el capitan Juan Nuñez

Prado llevando a su mando una centuria de buenos soldados: fundó la ciudad de San Miguel, la cual trasladada primero al valle de los Calchaquis y despues a otras partes, al fin se destruyó. Levantó cruces en varios parajes y determinó que valiesen por asilo a los delincuentes; de lo cual se siguió que los mismos jentiles las erijiesen en sus pagos y comenzasen a tener estima de la que en breve habian de adorar. Solicitó para la fé y para el obsequio del rei católico a los indios por ministerio de don Gaspar de Carabajal y frai Alonso Trueno, relijioso celoso de la órden de Mercedes. Finalmente, habiendo tenido contienda Juan Nuñez con Francisco de Villagra que traia a Chile desde el Perú suplemento de soldados y reducídose el negocio a trance de batalla, quedó Villagra vencedor que otorgó a Nuñez la libertad y lo repuso en el empleo con la condicion de que la provincia del Tucuman se sujetase al gobernador de Chile, de quien en adelante deberia recibir las órdenes. Despues del año de 1553, envió el gobernador de Chile Pedro de Valdivia a Francisco de Aguirre con doscientos españoles para que en su nombre y con su autoridad gobernase al Tucuman. Y Aguirre habiendo juzgado conveniente destruir la ciudad de San Miguel, fundó la de Santiago, metrópoli de la provincia, y ordenada con cátedra episcopal junto a las márjenes del rio Dulce en 28 grados de latitud austral. A Francisco Aguirre sucedió Rodrigo Palos que pasó su gobierno sin hacer cosa digna de memoria; mas el año de 1558, don García Hurtado de Mendoza, gobernador de Chile despachó a que mandase en el Tucuman a Juan Gomez de Zurita, quien habiendo edificado una ciudad junto al valle de los Calchaquies, sujetó a estos bárbaros y otros adyacentes al dominio español: reedificó la ciudad de San Miguel, sojuzgó a los Diaguitas a los habitadores de las márjenes del rio Colorado y de los valles Famatina, Sañagasta y Catamarca, edificó la fortaleza de Córdova por medio de Julian Sedeño, y con ella paso en sujecion a los indios comarcanos: y habiendo corrido las tierras circunvecinas al rio Salado y otros esparciendo por todas partes el terror del nombre español, hizo tributarios al rei ochenta mil indios en la comarca de toda la ciudad de Santiago. Finalmente administró tan bien la guerra contra los bárbaros que el virei del Perú le dió en premio el gobierno de la provincia eximiéndola del de Chile, y entónces fué cuando Francisco de Villagra, juzgándose agraviado en esta provincia, y que exedia el virei su jurisdiccion, envió a Gregorio de Castañeda a vindicar su autoridad y apoderarse del Tucuman como lo ejecutó y tenemos dicho poco ha, cuando comenzamos a tratar esta materia aunque nos parece que las cosas no duraron mucho en este estado, pues pocos años adelante se hizo el Tucuman provincia separada de Chile teniendo su gobernador independiente por nombramiento real.

Algunas parcialidades de indios que en su lengua llaman Lobes, que habian recibido la paz forzados de las poderosas armas de don García, estaban mal hallados con ella, y pensaban que con la ida de dicho

señor se habria ausentado de los españoles todo el esfuerzo y la buena ventura, aplicaron sus pensamientos y conatos a la rebelion. Estos movimientos se vieron nuevamente en la provincia de Puren, cuyos naturales quitaron la vida alevosamente en la provincia, en su centro, en que no dan ventaja a los araucanos sino en lo penetrable de su ciénaga, a la cual llaman los españoles los pantanos de Lumaco, a donde se refujian en tiempo de guerra y ha sido comparada por los antiguos soldados a causa de su natural defensa a la famosa Rochela de la Francia, rectepáculo de la rebelion y de la herejía. Luego que llegó el gobernador al reino, le dió noticia del levantamiento de los purenes Rodrigo de Quiroga: y sin interponer dilacion que es dañosísimo en todos negocios, en especial en los de guerra en que es menester aprovechar los momentos, porque que lo que pierde el descuidado no lo restaura el arrepentido, envió delante a su hijo Pedro de Villagra para que con ochenta hombres se pusiese en la ciudad de Cañete, y desde ella hiciese sentir a los rebelados los efectos de la guerra que ellos habian querido. Y viniendo poco despues que su hijo, pasó a la ciudad de la Imperial, en donde como tenia su vecindad fué recibido con estraordinario aplauso y sincera alegría de los vecinos que se honraban de ver el supremo mando del reino en uno de sus ciudadanos. Pero pasados los festivos plácemes por su buena venida de tan largo viaje, por su reciente honor debido a su mérito y haber navegado sin tempestad el golfo de la corte, volvió el ánimo a los negocios sérios, y destacó al maestre de campo Julian Gutierres de Altamirano con algunas fuerzas, para que juntándolas con las que Pedro de Villagra tenia en Cañete, talasen al enemigo las casas y los granos. Mas apénas salieron los dos capitanes a dar principio a las operaciones de aquella campaña, cuando los tucapeles que estaban a la mira de lo que pasaba, salieron de sus guaridas para no ser tardos en el negocio de la guerra y dar asilo a los purenes con alguna diversion de las armas españolas; y consultada la materia, les pareció lo mas conveniente poner sitio a la ciudad de Cañete. Esta novedad atrazó los designios que el maestre de campo llevaba contra los purenes, y lo precisó a volver para dar socorro de hombres, vituallas y municiones a la ciudad sitiada. Los tucapeles retirándose le dejaron hacer su camino a la venida en perfecta tranquilidad, así o para afectar temor y causar en los españoles confianza de sus propias fuerzas y el descuido que de ella nace, como para dar la batalla cuando les tuviese mas cuenta, al repasar el maestre de campo, despues de socorrida la plaza, el mismo camino con ménos jente, con la caballería fatigada de las marchas y con los caminos de mas difícil tránsito, porque ya comenzaba la estacion lluviosa.

El maestre de campo estaba impuesto en todas las artes de este astuto enemigo, y no quiso dejar al arbitrio de él la eleccion del lugar y tiempo de la pelea: y así sabiendo que estaban fortificados en el valle de Lincóyan, juntando a la jente que traia de socorro alguna otra de la guarnicion de Cañete, se encaminó para ellos con ánimo de forzar sus

trincheras. Acometiólas con sumo vigor, y fué tanta la flojedad del enemigo en defenderlas, que dentro de ellas se hizo la funcion que duró una hora; y mas fué matanza que pelea. Perecieron en ella cuatrocientos indios, y los españoles se retiraron a Cañete cargados de despojos y prisioneros; no obstante, no cedió a esta desventura, aunque era grande su contumacia, y juntándose de las reliquias del campo vencido y de otros que se agregaron hasta tres mil indios, se hicieron fuertes en un lugar de terreno quebrado, teniendo a mano izquerda y derecha una montañeta y barranco que aseguraba por los costados.

Fué a buscarlos segunda vez el maestre de campo Altamirano, y se dió principio a la pelea con coraje acérrimo de ámbas partes, porque los indios venian animados a restaurar su reputacion perdida, y porque no podian ser acometidos por los flancos sino por frente, donde eran defendidos por una muralla viviente que tal parecia un denso escuadron de escojidos piqueros que defendia a los españoles la entrada. Ya casi desconfiaban éstos de la victoria por lo mucho que se alargaba la contienda dudosa, cuando Nuño Hernandez de Salamon, que tenia a su mando una conducta de caballos, desmontándose con todos ellos, se agregó a donde nuestra infantería peleaba con mas teson; y ésta animada de su ejemplo y del nuevo socorro, consiguió romper aquella falanje enemiga que era toda su defensa; y embistiendo por el vencido escuadron la caballería que quedó montada, declararon la victoria con la muerte de los que resistian mas animosos, y los demas desordenados y temerosos se entregaron a la fuga en que murieron con mayor ruina que en la pelea. En estas dos batallas callan los papeles que conozco los nombres de los capitanes y soldados que se portaron mas bien. ¡Culpable omision! Pues es debido a su esfuerzo no solo que la fama lo publicase, con gloria de ellos, sino que se concediese a sus descendientes esta memoria, como patrimonio de honor en que tiene la fortuna y el tiempo ménos poder que en el de la hacienda. Me persuado a que se halló en ámbas Pedro Cortez, así porque entónces florecia su valor con forma ínclita, y él solicitaba voluntariamente las ocasiones de riesgo honroso, como porque lo hallo nombrado determinadamente en las acciones que luego referirémos

CAPITULO VIII.

Alevosía de los indios descubierta y castigada.—Pequeño reencuentro, en que muer Juan de Lasarte.—Batalla indecisa que tiene con los indios Arias Pardo.—Otr batalla sangrienta y porfiada en la cuesta de Marihuenu, en que muere el jenera Pedro de Villagra, y otros muchos españoles.

Luego que el maestre de campo Altamirano ganó estas victorias determinó seguir su primer propósito de pasar la guerra a Puren, y envió delante al capitan Pedro Fernandez de Córdova con 125 hombres y con órden de que lo aguardasen en Angol. En el camino se acampó Córdova en Rucapillan, y allí vino un cacique a visitarlo co

título de tratar paces; y para desvanecer las sospechas de su mala fé, de mui atras achacosa para con los españoles por las esperiencias repetidas de los engaños en esta nacion, puso en poder de Córdova veinte indios que acudiesen al servicio como criados; y asegurasen la realidad de su proposicion, como reehenes. Recibiólos el capitan español con agrado y sin sospecha, y los repartió entre sus soldados; pero Andres de Fuenzalida, que concurria a la malicia ajena con la cautela propia, se salió con el indio que le tocó a lugar apartado, y suponiendo tener entera noticia de la traicion, y amenazándole de muerte si no la manifestaba, hizo que confesase que la venida de aquel cacique, era incidiosa a que habia dejado seiscientos soldados destacados de mayor tropa para sorprenderlos aquella o la siguiente noche, y que los veinte rehenes debian ayudar a los suyos en la faccion. Cuando Fuenzalida dió noticia de esta declaracion al capitan, mandó que se examinasen los otros separadamente, y concordando todos en declarar lo mismo, los mandó degollar delante del cacique, que aun no se habia retirado. La noche del mismo dia se dieron voces en el bosque inmediato que se enderezaban al cacique, y el capitan español lo obligó a que respondiese, y llamase a los que las daban; y aunque no vinieron afirmó el cacique que conocia ser el jeneral y tres capitanes. Pedro Cortez que entendió haber malicia en esto, salió con tres compañeros de muchas fuerzas, sin ser sentidos ni aun de los españoles, a quienes ocultó su designio caminando por entre una montaña: se puso a las espaldas de los autores de las voces, y echándose con admirable celeridad sobre ellos, los trajo presos al cuartel. Todos fueron ajusticiados, porque confesaron el delito de su traicion ménos el jeneral, aunque le dieron tan acervo tormento que murió en él; mas su negativa no debe poner en duda la verdadera confesion de tantos otros que declararon la realidad del intento alevoso y todas sus circunstancias, siendo preguntados separadamente y con tanta advertencia que se hacia del todo imposible concordar en tantas cosas varias si no fuesen ciertas.

Por este tiempo estaba un trozo de enemigos en la Caramahuida, situada legua y media de la ciudad de Cañete para el norte con el rio de Tucapel de por medio, y de ellos se destacó una partida como de treinta hombres, que llegando a las cercanías de la ciudad, robaron algunos cerdos y un caballo ensillado de un centinela que estaba desmontado dentro de una casa, y se retiraron con ello. Juan de Lasarete tuvo noticia del atrevimiento; y pareciéndole convenir no dejarlo consentido, salió con once hombres en seguimento de los ladrones. Alcanzólos en el camino, y hallándolos puestos en defensa, los acometieron vigorosamente los españoles. Los indios fueron vencidos, quedando de ellos hasta veinte en el campo, y se les quitó la presa; pero murieron tres españoles, y entre ellos el mismo Lasarete.

De la Camarahuida pasó el enemigo su campo a Millapoa, sierra alta que tiene en su cumbre un buen plan, y las subidas pendientes y estrechas. Aquí se apostaron hasta mil indios con mantenimientos para mu-

chos dias y con intento de aguardar las ocasiones de hacer un buen asalto en los españoles. Juzgóse conveniente desalojarlos; y a este fin se encaminó a ellos Arias Pardo con alguna jente española y de auxiliares. Se atacó el sitio vigorosamente, y los indios lo defendieron sin flojedad, teniendo a favor suyo la ventaja de la eminencia; y aunque ellos recibian mayor daño, con todo eso por haber caido algunos españoles y mayor número de auxiliares, determinó Arias Pardo dejar por aquel dia sin decidir la contienda, reservando el concluirla para el alba del siguiente. Pero los indios quitaron a los nuestros este cuidado retirándose aquella noche a distancia en que no pudiesen tan breve ser habidos a las manos.

El año de 1562 fué señalado con la gran batalla de la cuesta de Marihuenu que vulgarmente llaman de Villagra, por la otra que en ella tuvo con Lautaro Francisco de Villagra los años pasados. Y aunque aquella fué famosa, ésta lo fué mucho mas, porque fueron tantas las hazañas de algunos españoles como los desaciertos de otros; y en fin fueron vencidos, y muerto el mismo jeneral Pedro de Villagra, hijo de Francisco, como que esta cuesta fué fatal y de mal auspicio para los de esta familia. El gobernador Francisco de Villagra, que por este tiempo habia comenzado a padecer graves dolores de gota, y por eso se veia inhabil para los afanes de la campaña, encomendó a su hijo Pedro de Villagra, con título de jeneral, el mando del pequeño ejército que entónces existia, poniendo a sus órdenes al maestre de campo Altamirano y Arias Pardo con la jente que cada uno tenia, y mandó que se hiciese la guerra en Talcamávida, Marihueno y Millapoa, encomendando entretanto al cuidado de Lorenzo Bernal que fatigase a los purenes.

Aunque el ejército que se completó de los tres pequeños trozos, parecia no inferior a los intentos que se meditaban, con todo eso prendieron tantas enfermedades en los soldados que retirándose muchos a cuidar de su salud en las plazas circunvecinas, quedaron nuestras fuerzas reducidas a ochenta y cinco españoles y cien auxiliares; no obstante este corto número, sabiendo los cabos que habia en la cuesta de Marihuenu una junta de cinco mil indios, juzgaron que tocaba a la reputacion de las armas buscarlos para la batalla. Con este animoso intento se pusieron inmediatos al enemigo, campando en las vertientes del valle de Catiray, que nos parece estar cerca de Colcura; y Colcura dijimos en otro lugar que es un valle y rio pequeño que le cae inmediato a la cuesta de Marihuenu al lado del septentrion. Puestos aquí los españoles se hicieron cargo del sitio, número y fortificacion del enemigo, y deliberando los oficiales si seria conveniente atacarlo en sus trincheras, o solicitarlo a que saliese fuera : fué de parecer el maestre de campo que pues tenian los indios una sementera a vista de su cuartel, seria conveniente ir a talarla a su vista como por desprecio para que saliendo ellos a defenderla, se trabase la contienda y que con los socorros sucesivos que irian enviando a los suyos se pasaria naturalmente y por sus pasos contados, de un reencuentro a una accion

otal, fuera de los cuarteles enemigos que era lo que se podia desear, ues era bastante la ventaja del enemigo en el número tan superior, in permitirle tambien la de las fortificaciones, casi invencible para los ue no traian artillería. Los mas prudentes asintieron a este consejo, o solo como conveniente, sino como necesario en las circunstancias. 'ero algunos mozos inespertos, de la calidad de aquellos que todo lo reucen a su brio, y que no les parece serlo en aquello que se junta con la autelosa prudencia sino el que pisa en la jurisdiccion de la temeridad, esecharon aquel pensamiento con desden, diciendo que las que se roponian eran operaciones de mucha tibiesa, y que convenia forzar is trincheras del enemigo a cualquier precio. El mismo jeneral Pedro e Villagra que no tenia mas años ni seso que sus nobles consejeros, ié de este parecer, prefiriendo los consejos arriesgados a los seguros; no bstante que se opuso resueltamente el maestre de campo, y públicaiente protestó que iba a la accion violenta, porque conocia habia de erminarse con la total pérdida de aquel pequeño ejército.

A la primera luz del siguiente dia comenzaron los españoles a montar l largo repecho de la cuesta gobernando la vanguardia Gomez de Laos y llegando a una quebrada que el monte hace a una distancia de la inchera enemiga de flecha y piedra, y atacando los españoles con rdor, los retiraron a cuchilladas y picasos hasta su defensa y aun hueran entrado enredados con el enemigo a no ser que Gomez de agos los contuvo y los llevó formados hasta en frente de la puerta de albarrada para disponer la mejor forma del asalto. A este tiempo un ldado llamado Gregorio Cabrera, viendo que algunos indios de los que abian salido a dar la primera descarga y quedado ocultos en las bres, se recojian presurosamente a sus reparos, dijo en alto grito: "*a los que huyen.*" No fué menester mas para que aquella voz inconsideda fuese como toque de clarin ordenado por el jeneral para significar ie al momento de atacar embistiesen los mas a paso largo no cuidánose de guardar órden, sino de que ninguno se les adelantase. Setenta ombres entraron en la fortificacion de los indios, quedando para guarr el puesto solos 55, y entre ellos el esforzadísimo caballero Pedro ortez, no por falta de valor, sino por prudente y necesario consejo ira que tuviesen en donde recojerse los españoles cuando saliesen derdenados, como él lo suponia y sucedió. Porque como los indios peasen con mas ánimo y coraje de lo que habian pensado los orgullos acometedores, y como cayesen muchos de éstos, y entre ellos el neral que pagó con el precio de la vida su indiscreto valor, levantaron s indios un terrible alarido, y comenzaron a apretar los puños y acosar or todas partes a los que iban de venida. Estos no hallaron otro medio salvar la vida que salirse de la albarrada para recojerse al cuerpo de serva: al fin salieron, pero los indios con ellos, y tuvieron éstos la lvertencia de cargar a la mano derecha para cortarlos de los 45 espaoles que guardaban dicho cuerpo. A los que iban peleando les faltó consejo o el ánimo para romper el escuadron opuesto, y juntarse a

los 55, que hubiera sido accion en las circunstancias mui provechosa Pero animados de Gomez de Lagos, tuvieron la resolucion de unirs cuanto pudieron, guardándose las espaldas unos con otros. Quitaro el cuerpo del jeneral para escaparlo de los arbitrios del enemigo bajaron la cuesta, con el embarazo de llevar el cadáver y ir aun tiemp mismo peleando y huyendo, y hasta este punto habian muerto 20 es pañoles.

CAPITULO IX.

Dáse fin a la relacion de esta batalla, y escríbense otros sucesos menores.

Con la retirada de los españoles quedó Pedro Cortez con sus cator ce compañeros rodeado y combatido de millares de indios; pero as pudo desearse la ocasion para que los hechos de este varon heroic diesen a conocer a los enemigos cuanto esfuerzo haria en los pecho españoles para batallar contra tanto mayor poder y cuan superior er su ánimo contra toda la tiranía de la fortuna. Vuelto Pedro Cortez Agustin Hernandez, le dijo mas cerca de la ira que del temor:—"bue nos han dejado estos bellacos, retirándose y desamparándonos entr tantos cachorros;" a que dijo Hernandez:—"pues no hai otro remedi que estrecharnos en ellos, y morir como españoles." Pero Cortez, qu aunque tenia un fuerte coraje y sabia mandarlo cuando y como era me nester, le replicó:—"eso no; nunca se ha de hacer accion desesperad en tanto que raya la menor esperanza; retirémosnos hombro con hom bro, y a paso pausado y resolvamos pelear hasta morir, y esta mism resolucion puede escapar a alguno con la vida; en todo caso ánte perecer hechos tajadas que dejarse tomar alguno prisionero." Así l dijo, y todos sus compañeros convinieron en el jeneroso propósito, comenzaron a bajar los quince hombres, defendiéndose de millares d indios y tambien ofendiéndolos; hazaña mayor que todo lo creible, per cierta; hasta que mui en breve que no podia ser tarde, cayeron diez d ellos, y los mas caballos quedaron mui heridos, habiéndole muerto Cortez el suyo, porque como este hombre era tan gran conocido p sus hazañas, lo cargaban particularmente los indios con armas cortas arrojadizas, prometiéndose con su muerte o cautiverio, un trofeo cu nunca habian tenido, y él haciendo mas patente su estupenda robust y ánimo incomparable con un horrendo coraje, esparcia por todas part las muertes y el terror, manejando en derredor de sí, con mas verda que lo dijo el poeta de Eneas, una selva de aceros. En estas circunsta cias, arrimando las espuelas a los caballos dos de los cinco compañer que quedaban vivos, que fueron Gonzalo Rodriguez y Pedro del Ca tillo, los hallaron con espíritu y pensando haber alguna esperanza librarse por la huida, comenzaron a romper por el escuadron delanter pero mui en breve murieron acribillados de heridas: el un caballo éstos, queriendo cojerlo los indios, sano se evadió de ellos, y retirándo

n feliz casualidad para donde estaban los tres españoles restantes, vo Gonzalo de Salazar, natural de la Estremadura, la dicha de tomar- y montó en él.

A este tiempo, muchos de los indios comenzaron a ocuparse en des- jar a los muertos y en hacer repartimiento del equipaje, quedando mpre mui sobrados para cerrar el paso a los tres españoles. Pero dro Cortez, viendo ménos denso aquel muro de armados, aprove- ó maravillosamente la ocasion, y arrojando primero la lanza con es- penda violencia contra los que ocupaban la senda, y habiéndose ellos artado un tanto, dando lugar a que la lanza pasara sin daño, desnu- el acero y corrió para adelante con suma velocidad, porque aunque rpulento era estremadamente ájil, apartando los enemigos a una y ra mano con el golpe o con la amenaza. De esta suerte llegó sin grave ion a donde habian estado los reales la noche ántes, en este lugar y mpo por su buena dicha, o mejor por la providencia que lo guardaba ra iguales hazañas. En servicio de su jefe, le deparó para su socorro ancisco Perez, su amigo y compatriota. Este soldado de caballería, de ande ánimo que como tal sabia éstimar el de Cortez y traspasado de lor e ira por lo que perderia el reino con su muerte, se opuso algun ito con la espada al ímpetu de los indios, que venian en su alcance y recibió a las ancas de su caballo: con esto tuvo espacio Cortez para scansar de la mortal fatiga porque desde el principio de la batalla cia que peleaba cinco horas contínuas. Pero yendo caminando ámbos pañoles en un mismo caballo, tuvieron el azar de habérseles atascado un tremedal, y Cortez por alijerar el peso, echó pié a tierra y dando a velocísima carrera para adelante hasta que Perez se desembarazase, anzó a un indio ausiliar a quien le quitó el caballo. Montado él en y ayudado de su compañero Perez, continuó su marcha con mas des- nso, defendiendo no solo a sí, y a su compañero de la caterva de in- s que seguian, sino al ya dicho ausiliar y a un niño español, a quien o ausiliar habia quitado el caballo, dejándolo espuesto al inminente igro de los indios que ya llegaban. Estas cuatro personas se juntaron n el maestre de campo Altamirano que se retiraba con 20 hombres, porque algunos destacamentos de indios mui lijeros no dejaban de igarlos en la marcha, se puso Cortez en la retaguardia, y habiendo do muerte a un indio audaz que hacia sus embestidas con mas im- rtunidad, se abstuvieron los otros de llegar a las armas reduciéndose la su hostilidad a la grita molesta y aquí se acabaron los trabajos de a batalla. Murieron en ella cuarenta y siete españoles, cuyas muer- no les saldrian a los indios baratas; pero no hallo escrito cuantos taron de ellos.

Los ausiliares perecieron casi todos. De los quince valientes com- ñeros, solo quedaron con vida Pedro Cortez y Gonzalo de Salazar, fueron tan grandes sus hechos, que aun los muertos deben contarse el número de los vencedores. En especial las hazañas de Pedro ortez parecen mas propias para causar asombro que para provocar

a la imitacion. Y no le haremos demasiada merced en comparar su esfuerzo con el de Ricardo, monarca ingles en el sitio de San Juan de Acre cuandola sacra liga; y con el de Leonidas en la batalla de las Termópilas contra el poder de la Persia, si esto último es hecho verdadero y no ficcion inventada por la vanidad de la guerra.

Este fué el fin de esta batalla, de cuya desgracia fué causa en primer lugar el ardor juvenil del jeneral, a quien su padre pudo confiar el mando, pero no infundir su militar prudencia cuyos aciertos proceden ordinariamente del majisterio de los sucesos. Y es uno de los mayores errores que comete el ciego amor suponer en los sujetos amados un gran cúmulo de prendas relevantes; pero el que gobierna, que es padre comun de todos, debe olvidar serlo particular de alguno, y ha de sufrir este escollo del mando, atendiendo tanto a la pública salud que no la fie a la conducta de uno que no tiene a su favor otro sufrajio que el del afecto y la sangre, y no está acreditada con el feliz manejo de los negocios. Si no se fia luego al hijo de un piloto el gobierno de un navio, ni la cuna del enfermo al hijo del médico, ¿en qué razon cabe encomendar la salud del ejército al hijo del jeneral solo porque lo es? Aun en otros negocios de ménos graves resultas pudiera permitir alguna induljencia al amor paterno; pero no en los de la guerra en que no hai error venial, ni es lícito errar dos veces. Con grande acierto hubiera confiado Francisco de Villagra el mando de aquel pequeño ejército, que era la única fuerza de Chile, al maestre de campo Altamirano, capitan de muchas palmas; pero porque quiso intempestivamente aquella honra para su hijo, perdió el hijo y tambien la honra.

Lo segundo que influyó quizá mas poderosamente en la ruina de este ejército, fué la poca disciplina de los soldados, en no atender a las órdenes de los oficiales, sino avanzarse a cometer por el capricho loco de un hombre particular. Estos arrojamientos temerarios han sido en todas edades y naciones perniciosísimos a los ejércitos y detestados de la prudencia; pero particularmente en Chile han dado de barato infinitas victorias al enemigo, que ha triunfado de nuestro valor porque se ha aliado con él nuestra locura, y ha vengado bien con nuestras ruinas el desprecio que hacemos de sus armas y milicia, y cierto que ellos enseñan bien con su conducta que no es opuesta la flema al valor; pero nosotros somos discípulos tan rudos que no tomamos lecciones de cautela, ni aun en los escarmientos.

En tiempo de esta desgraciada batalla estaba administrando la guerra en Puren Lorenzo de Bernal, y el maestre de campo con la jente que le quedó se puso en la ciudad de los Confines, y desde allí envió a Juan Moran con quince hombres para reclutar a los que hacian la guerra en Puren. No parece que hubo por esta parte accion digna de referirse, porque los indios se mantuvieron en la natural defensa de sus pantanos; pero padecieron todos los estragos de la hostilidad sus casas y sembrados que es para ellos una herida en lo mas sensible por perder los granos de que se alimentan y de que hacen brevajes con

on que se embriagan, en lo que y en la libertad de hacerlo sin azar, po-
en ellos la mayor felicidad de la vida. El gobernador recibió la triste
oticia de la perdida batalla y muerte de su hijo con entereza estoica,
mas bien con resignacion cristiana; porque no se le vió hacer no solo
travagancia de sentimiento que desdijese de su persona, pero ni con-
ederse aquel deshago del dolor porque ejecuta la naturaleza, y cono-
endo que su salud quebrantada dias habia de los insultos terribles de
gota, la hacia inútil para los actos de la guerra y que la pequeña tro-
a que se mantenia en pié no era suficiente para la defensa de tantos
vanzados en tierra de enemigos, acordó desmantelar la ciudad de
añete y retirarse por mar a la de la Concepcion con las mujeres, jente
niños ménos hábil para la guerra, agregando algunos soldados de
añete al ordinario presidio de Arauco, que con este alimento llegó a
ner noventa defensores, y dejó de su comandante a Lorenzo de
ernal.

CAPITULO X.

uere el gobernador Francisco de Villagra.—Ponen los indios sitio a la plaza de Arauco y a la ciudad de la Concepcion, y los sucesos mas memorables de ámbas empresas.

El natural deseo de la salud y de ponerse en estado de administrar
or su persona la guerra fué causa que el gobernador permitiese que
le aplicasen tantos remedios, que no siéndole algunos provechosos
ra un mal reputado en aquellos tiempos por incurable, al fin le
eron mortales unas unciones que le recetó el médico, el cual como
cede muchas veces a los de esta profesion, se puso a favor de la en-
rmedad y en contra de la naturaleza. Murió en 1563 con gran valor
istiano y entre tiernos afectos de piedad. Le hizo las honras sin-
eras y aparentes de aprecio el conmun sentimiento del reino, que
reconoció siempre en vida y lo confesó despues de muerto, justo en
paz, esforzado en la guerra, relijioso para con Dios, piadoso para con
s menesterosos, moderado en el uso de la fortuna próspera, y cons-
nte en la tolerancia de la adversa. Conservó el estado del reino que
cibió ardiente y sus fuerzas debilitadas en medio de terribles y repe-
das turbaciones y guerras en que mostró los quilates de su prudencia
valor, como el piloto se dá a conocer sacando la nave salva al puerto
or entre los escollos, y luchando con la fiereza de las tempetades. Ven-
ó y mató a Lautaro en cuya victoria y muerte castigó la traicion y
umilló la soberbia del mas tremendo enemigo que ha tenido en Chile
ma del imperio español, y vengó al buen gobernador y esforzado
aballero Pedro Valdivia, que a la amargura de su muerte se le añadió
acibar de verse vendido por su mismo criado pagándole en deslealtad
árbara y cruel el afecto con que siempre le habia tratado de protector
erdadero. Hizo merced a la ciudad de la Concepcion para propios, de

la estension de campos que se comprenden desde la Dormida del gober-nador hasta el rio de Itata, a una y otra mano del camino de Santiago en que se ha entendido varias veces para dar a la ciudad la propiedad de estas tierras, y nunca se ha podido liquidar por las posesiones de inme-morial antigüedad con título y buena fé que muchos tienen en ellas, y traen consigo por derecho el efecto de la prescripcion.

Poco ántes de morir nombró por su sucesor interino a Pedro de Vi-llagra, su primo, por despacho real que para ello tuvo, cuyos ejemplare de igual fe e igual facultad, han sido mui raros en el reino; y Pedro d Villagra fué recibido y reconocido por tal gobernador en 4 de juni del año en que vamos de 1563.

Los enemigos, luego que supieron la enfermedad del gobernador, poco despues su muerte, juzgaron que la ocasion de nuevo jefe, ines-perto en las artes de mandar y en los negocios de la guerra, y por es no igual a la mole de ellos, era la mejor que podia presentarles la for-tuna de sacudir el yugo de la plaza de Arauco, que se mantiene co ignominia suya en medio del pais que siempre se habia gloriado con l fama de mas belicoso; y Antuhueno, indio de distinguido nacimient entre los suyos, que abrigaba espíritus proporcionados a empresas alta y ambicion de hacer su nombre célebre entre los caudillos de su na-cion, alistando dos mil hombres escojidos, asentó su campo al rededo de la plaza con el ánimo propósito de triunfar de los españoles y resti-tuir a los suyos la libertad, y si ménos le favorecia la fortuna, hacers sepulcro honrado en sus mismas trincheras. Por otra parte, Antumueu capitan de iguales alientos y no de menor ódio contra el nombre espa-ñol, juntando otros dos mil indios en el propósito de empezar la guerr se fortificó en Lebcuetal, tres leguas de la Concepcion para el lad del sur. Y el nuevo gobernador, queriendo dar buen auspicio a su man-do con atacar primero a este enemigo, por mas cercano, pasó a com-batirlo, llevando consigo sesenta hombres. Se principió la accion co algunas horas del dia, y aunque cayeron muchos indios, quedó inde-cisa hasta la noche en que la oscuridad hizo cesar las armas. Al otr dia se volvió a la pelea con la primera luz, y aunque otra vez espe-rimentaron mucho daño los enemigos, no fué posible forzar sus trin-cheras. Pero, como ellos por su bárbara milicia y escasa provicio de víveres no pueden tener un sitio a lo largo, se retiraron con la n che, tan léjos de reconocerse vencidos, que se prepararon a intent mayores. Pasaron la guerra a la Concepcion y comenzaron su bloque dividiéndose en seis pequeños campamentos para cortar la comunic cion de los campos vecinos e impedir la conduccion de alimentos. gobernador, visto el intento del enemigo, se encaminó a la Concepci para atender a su defensa, que como lugar abierto necesitaba su jen y de su presencia. Sesenta dias duró el asédio, y no pasó alguno en q no hubiese algun reencuentro, o acometiendo los indios o siendo ac metidos. Un dia singularmente se avanzaron tanto que ganaron la ca de Pedro Perez de Valdivia, que estaba entónces y está hoi en di

en poder de sus descendientes en el plan de la loma de la Hermita, como tres cuadras distantes de la catedral; y se hubieran internado mas, a no oponérseles con una partida de caballos Nuño Hernandez de Salomon, quien aunque perdió el caballo y recibió algunas heridas, con el oportuno socorro de Francisco de Zelada y otros animosos caballeros, obligó al enemigo a retirarse por entónces, y poco despues abandonó el sitio; y aunque pasados cinco meses volvieron los enemigos certivamente e incendiaron el molino de Hernan Paez, saliendo 20 españoles, y hallando a los indios ocupados en el pillaje y por eso desunidos, parte pasaron a cuchillo, y parte trajeron para la ciudad prisioneros.

Despues de estos acaecimientos en la Concepcion y Lebcuetal, continuaba Antuhuenu con teson el sitio de Arauco; y para quitar a los españoles el ausilio de los indios confederados que ayudaban a la defensa de la plaza con igual rigor que fidelidad, discurrió un arbitrio mas artificioso que lo que se podia esperar o temer de su inculta rudeza, y en que no le alabo el injenio, porque tuvo mayor parte de malicia, con la cual engañó al comandante español y lo hizo precipitarse en un absurdo abominable y por estremo pernicioso. Hizo Antuhuenu, por medio de sus emisarios, que entendiese el comandante que los indios amigos tenian celebrado trato de entregar la plaza, y vistió esta mentira con tanta apariencia de verdad, que Lorenzo de Bernal, llevado de la indignacion que le causó la calumnia crecida, mandó que saliesen al punto de la plaza todos los ausiliares por estar de acuerdo con el enemigo en daño de los españoles, encareciéndoles su benignidad que lo haria abstenerse de pasarlos a cuchillo. Los desdichados procuraban sincerarse abonando a su favor la razon y la verdad, y decian que injustamente se recelaban de ellos los españoles, cuando por servirlos habian negado su patria y parentela; que eran testigos de su incorrupta lealtad sus hechos, durante el cerco en que habian muerto a tantos de su nacion; que tenian bastantemente grabado ser españoles en el afecto, los que por nacimiento eran indios; que estos rumores eran artificios de Antuhuenu y que no hacian bien los españoles, segun prudencia, en dar al enemigo la fé que negaban al amigo; que si los españoles no se reducian a creerlos inocentes, les quitasen la vida dentro de la plaza, sin entregarlos a enemigos tan crueles; que se deleitaban en la inhumanidad, y que como reos de la patria desamparada, consumirian en ellos toda la aservidad de los tormentos y la fealdad de los ultrajes.

Pero a esta voz estaban cerrados los oidos del comandante, ayudando a su inflexibilidad el comun concepto de la variable y venal fé de los indios que tanto debe guardarse cualquiera del prévio juicio que hace de sus hechos el comun: y tan cierto es que raras veces sale absuelto aquel a quien condena la fama. Así, aquellos hombres inocentes amigos fieles pagaron el delito de la inconstancia y perfidia de su nacion, y fueron echados violentamente de la fortaleza, que fué tanto como entregar

las víctimas al mas tremendo sacrificio: salieron a una inevitable y lenta muerte, y de todos hallo mencionados por mas distinguidos en el valor o nacimiento a Micanlevbi, Malloquetal, Tegualemu, Coluantu y Pilluleb, y fueron recibidos de los enemigos con el deseo de ejecutar en ellos aquel jénero de venganza de que son dignos los delincuentes contra el estado y reos de la patria comun. Luego los despojaron de sus vestidos, y a vista de los españoles, les quitaron la vida con mil tormentos, empezando la ejecucion por Pilluleb, diestrísimo flechero que habia acertado muchos violentos tiros en los mismos de su nacion. Fué increible la vergüenza y despecho de los españoles viéndose engañados tan vilmente en tanto ménos cabo de su honra y conveniencia: y la fama de Lorenzo Bernal, aunque por otra parte, clara e ilustre, quedó sumamente oscurecida con accion tan inhumana ejecutada contra la piedad cristiana, y toda máxima de buena política. Y Antuhuenu tuvo que jactarse de haber vencido a los españoles en el injenio ántes de domarlos en las armas y de haberlos privado con un feliz empeño de tan valido socorro que inspiraba en gran manera a su subsistencia; y de haber hecho odiosa a la nacion española, haciéndole juntamente difícil la esperanza de ganar nuevos aliados. Durante el sitio, tuvo Antuhuenu la animosidad de desafiar a singular batalla al comandante Bernal, y él aceptó el duelo, aunque se lo disuadian algunos españoles. Lidiaron en un lugar llano y descubierto igualmente distante de la plaza y de los reales enemigos, asistido cada cabo de igual número de soldados para precaver algun trato doble; pero como batallasen largo tiempo sin conocerse ventaja de parte de alguno de los combatientes, se metieron por medio los soldados de ambas naciones, de comun consentimiento, y los separaron sin disgusto de ellos, que habian conocido mútuamente que no les seria fácil la victoria; y que era peligroso el aspirar mas tiempo a conseguirla.

La continuacion del asedio causaba en los defensores falta de todas cosas, singularmente de víveres que no se pudo remediar, aun habiendo venido dos veces un barco con proviciones, que como la poca jente de mar no pudiese, segun reglas de prudencia, determinàrse a forrar las trincheras enemigas, ni la contínua vijilancia de los indios diese ocasion de desembarcar el socorro, furtivamente se volvió el barco dejando siempre a los sitiados en la misma penuria y desconsuelo. Por esto determinó Bernal abandonar la plaza, y logrando la oportunidad de mudarse las tropas de indios fatigadas con otras recientes, se pasó con toda su jente a la ciudad de los Confines, en la cual tenia su vecindad sin recibir en la retirada el menor daño; o sea que no lo sintieron los indios, o que no quisieron provocar a su enemigo que tenia bastantes fuerzas, y que estaba arrestado a defenderse en cualquiera parte: y así quedaron contentos y como victoriosos de haber obligado a los españoles a dejarles libre su pais y a confesar con el hecho, que a mas andar habian de ser vencidos.

CAPITULO XI.

os pequeñas funciones entre indios y españoles; y otra en que atacan los españoles a los enemigos en sus reales, y los rinden con una completa victoria.

No cesa jamas de continuar los actos de la guerra este enemigo, siem-e indómito y siempre inquieto, ya sea vencido o ya vencedor; ando vencedor usa de la dicha con tezon increible hasta echar, si era posible, de la superficie de la tierra las reliquias del español, y sta estinguir la menor centella de su gloria; cuando vencido se elve y revuelve a todos lados como el dragon herido, y solicita por dos modos el deleite de su venganza. Por eso han sido tan repeti-s y crueles las batallas, como nuestros sitios y sorpresas, que el e escribe, se ve precisado a hacer una relacion homojénea, y por eso aquel deleite, y aun aquella enseñanza que logra el lector en la cuela de los varios sucesos. Pero, ¿qué se podrá hacer? No es dado ventar, ni escribir lo que no hallamos escrito: y así los que aman verdad, y no pretenden que les adulemos la fantasía con fábulas, han disculpar la sequedad de nuestra narracion como que la materia de a no nos da facultad, sino de recurrir a lo mismo y repetir sucesos nejantes a los que ya ántes tenemos referidos.

Conociendo el gobernador lo jactancioso que estaria el enemigo con abandono necesario que se habia hecho de la plaza de Arauco, y que inquieto orgullo habia de llevar la guerra vagante por diversas rtes, determinó juntar algun cuerpo respetable de soldados con que der ocurrir a sus intentos. Y para acrecentar el número de la jente e consigo tenia, mandó que de las ciudades de arriba bajase Diego rez de Zurita con cuarenta hombres. A éste se agregó cautelosamen-en el camino, con algunos compañeros, Diego de Carranza que nandaba en la ciudad de los Confines y se encaminaba para la ncepcion con el designio de saber el dictámen del gobernador so-e algunos puntos de gravedad. Poco despues de alojados en el sitio Lebquetal, que es poblado de selvas densas, cuatrocientos indios e estaban ocultos en ellas les acometieron improvisadamente; y nque era tanto mayor el número de los enemigos, con todo eso, no los españoles estaban mas ajenos del pensamiento de pelear que la prevencion para ello con que traian guerra viva con una nacion ra ello indiciosa y que ejecuta las mas de sus funciones a modo de rocinio, salieron al combate, con tan buen ánimo, que repelieron a enemigos con grave daño de ellos; aunque a los nuestros no les ió mui barata la victoria, pues murieron ocho, y entre ellos don Pe-o de Godoi, persona de calidad distinguida, y abreviando el camino pusieron en la Concepcion.

Poco despues de lo que hemos referido, se tuvo noticia como en ılchen y en la península que hacen los rios Biobio y la Laja, se

juntaban varias partidas de indios para invadir la ciudad de los Confines, y el cabildo que mandaba por ausencia del gobernador de armas Diego de Carranza, ordenó que saliese Juan Moran con veintiocho hombres, y entre ellos Pedro Cortez, a obrar contra los indios, lo que sobre la enseñanza de las ocasiones dictase el buen consejo. A la primera luz del dia sorprendió Moran y Cortez a los enemigos, a quienes lo nebuloso de la mañana estorbó conocer el riesgo a tiempo de poder precaverlo; y así lo mesmo fué ser atacados que vencidos, huyendo los mas afortunados y quedando muertos ciento, a quienes cortaron las cabezas y quitaron algunas armas de las que habian ganado en la última funcion de Lebquetal.

Mas estos eran como juegos y esgrimas con espadas negras en que Marte ensayaba su furor para derramarlo severo contra los indios en una funcion de las mas sangrientas que han hecho célebre el suelo chileno; y que seria capaz de humillar toda su fuerza, si ellos no acostumbraran obstinarse contra todo el rigor de la fortuna. Se supo en la ciudad de los Confines que 2400 indios estaban acampados entre los rios Biobio y Vergara con el mismo intento que los otros de que se ha hablado, de atacar la ciudad. Y el cabildo advirtiendo bien que se atrasan los negocios de la guerra cuando se gobiernan por acuerdos y deliberaciones de muchos, y que Lorenzo Bernal era sujeto a quien por la esperiencia y valor podian encomendársele, le dió mando sobre cuatrocientos ausiliares, y sobre los españoles que podian destacarse de la guarnicion, que fueron cincuenta, y entre ellos Pedro Cortez que podia ser computado por otros tantos y aun mas. Bernal aceptó el cargo con grandes esperanzas de feliz suceso por el valor y esperiencia de sus soldados, y marchó en busca del enemigo. Estaba éste bien fortificado entre los dos rios ya dichos, y con el intento de reconocer el número de jente y forma de sus fortificaciones, mandó Bernal a Pedro Cortez que con algunos soldados acercándose a los cuarteles del enemigo, se hiciese cargo de lo que debia informarle: y Cortez afortunado despreciador de la vida, se llegó hasta diez pasos de las trincheras: notó con estraño desahogo cuanto era conveniente saber, no obstante que los indios hacian incesante fuego con algunos fusiles que habian ganado en la infeliz batalla de la cuesta de Marihuenu, y se volvió a los suyos.

Lorenzo Bernal, Pedro Cortez y demas oficiales, habiendo hecho madura reflexion sobre el número y calidad de la jente enemiga y seguridad de su campamento que estaba defendido por la espalda y cortado de los dos rios que mezclaban sus aguas intransitables sino en embarcaciones de las cuales carecian, y que la frente por donde solo podian ser atacados la habian fortificado de trinchera y terraplen con su cubos sobresalientes para infestar desde ellos a los alrededores con piedras y flechas y con algunos tiros de fusil de que aunque imperitamente se injeniaban a usar, y que daban muestras de no querer salir a campo raso, sino de defenderse dentro de sus reparos, para lograr todas las ventajas de ellos, obligando a los españoles a acometer temerariamente

esgos insuperables, y que así fuesen vencidos a ménos costa y con ayor mortandad; de todo infirieron lo difícil de la empresa, singurmente teniendo fresco el escarmiento de la rota padecida en la cues- de Marihuenu por la nímia confianza; y acordaron arriesgar lo énos que pudiesen la accion, para lo cual enviaron a la ciudad por gun nuevo socorro, de donde les vinieron quince hombres, mas un ñon y algunas municiones.

Con este aumento de fuerza ordenó Bernal sus escuadrones, y con los en forma de batalla, se puso distante de los reales enemigos no as que dos tiros de fusil, dejando ocho de a caballo algunos pasos atras la retaguardia, y volviendo los ojos a los españoles y ausiliares, para ptar la atencion, les dijo en esta conformidad.—"Amigos y compañes: no es menester que yo os acuerde vuestro valor y reputacion, ies estas son cosas que teneis en vosotros mismos, y que mis voces pueden hacerlas mayores ni menores de lo que en sí son; pero debo eciros que esta es la ocasion en que podeis hacer el mejor empleo de iestros ánimos militares, y mostrar con mas provecho lo que podeis las batallas. A vosotros se os encomienda toda la honra de nuestras mas, la seguridad de nuestras haciendas, y la defensa de la vida y ersonas que mas amamos. Del modo como peleareis hoi depende la iena o mala ventura de vuestros hijos y mujeres que os ruegan con oz tímida y desalentada, para que armeis vuestros pechos y brazos n el mayor vigor; no es menester que tengais a la vista en la batalla, vuestras caras prendas, como hacian ciertas naciones, con el intento que el amor les prestase, digámoslo así, su arco y flechas contra los iemigos; basta que las lleveis en el corazon, acordándoos que el ser adres y maridos, os pone en la obligacion de ser buenos soldados. Pero requiero solamente en vosotros el ardimiento, sino la obediencia y sciplina, que hacen al valor eficaz en los que pelean. Nunca el soldado de pensar que sabe tanto como su capitan, bástele que sabe obedecer; así el sujetarse a sus órdenes, no solo es obligacion sino prudencia. n todas edades se han visto ejemplos funestos de lo mucho que pecan s soldados que piensen acertar por sí; pero singularmente en este is en que guerreamos, me atrevo a afirmar que no han nacido nuesas fatalidades de otro principio que de la imprudencia y arrojamiento los desobedientes. Pero estas son culpas de los bisoños; y así llevo ánimo lleno de la justa confianza, tanto de vuestro valor, como del udente y cauto uso de él, y en uno y otro me prometen mis esperans una segura y grande victoria." Dicho esto se volvió a los ocho soldos de a caballo y les intimó con voz severa, que no les mandaba que eleasen, sino que quitasen la vida sin remision a cualquiera que huese de la batalla, aunque fuese mal herido; y con esto comenzó a anzar. Antuhuenu que mandaba a los enemigos y tenia sus tropas mpuestas de soldados espertos, y que se habian hallado en otras asiones, habiendo animado a los suyos a una vigorosa defensa, recibió ataque de los españoles con valor sosegado. Dos horas duró el cam-

bate dudoso y sin reconocer la menor ventaja por alguna de las parte en cuyo tiempo habian caido algunos ausiliares, muchos mas de l enemigos, y estaban heridos veinte españoles, entre ellos algunos gr vemente; pero no era dado retirarse por la órden del jeneral para q muriesen los que lo intentasen; y así aun los heridos atendian a ofensa y a la defensa por no morir en inaccion, y para aliviar o engañ sus dolores con el calor de la pelea. Pasado este tiempo advirtió Be nal que a un ángulo atacado de los españoles habian concurrido tant defensores que se embarazaban en su muchedumbre y que estaban s armas como empachadas y sin uso. Aquí acudió él con algunos sold dos escojidos, considerando ser aquel el lugar mas débil por estar m lleno de soldados. Y aunque un capitan indio esforzado, aun heri con algunos balazos procuraba mantener el puesto y poner órden en defensa, muerto él abandonaron el lugar a los españoles, y se come zaron a arrojar al rio para salvarse nadando, en cuyo ejercicio s diestrísimos: pero revocado de Antuhuenu en voces altas que l aseguraba una fácil victoria, si resistian algo mas, y si otra cosa q siese la suerte, los exhortaba a una muerte honrada. Volvieron pro tísimos, raro ejemplo de esfuerzo y obediencia militar, medio ve tidos y medio armados, en cuyo empeño persistieron sin querer evad se con el menor deshonor del inminente peligro y del acero de l españoles. Perecieron de ellos setecientos, parte oficiales de cuenta parte soldados escojidos; se hicieron quinientos prisioneros; pare que escapó el mismo jeneral, pues no hallo hecha mencion de su prisi o de su muerte, y quedó todo el espacio de los reales tan lleno de fe destrozos de cadáveres y de hombres que despedasados conservab aun aquella poca vida que bastaba para sentir todas las amarguras la muerte, que era lastimoso horror para los mismos que lo habi causado. Se recobraron cuarenta y un arcabuces, 26 cotas, 15 celad y algunas picas de las que habian ganado en la batalla de Marihuen La pérdida de ausiliares fué considerable; de los españoles muriero pocos, aunque hubo muchos heridos. Esta memorable funcion q acabó con tantos y tan valientes enemigos, y que debia parecer u oportuna y copiosa sangria que sosegase por algun tiempo el fren de esta nacion disminuyéndole la confianza de sus armas, e infundié dole el temor de las nuestras, no tuvo el efecto que debia esperars ántes vencidos en una parte con una terrible rota instauraban en ot la guerra con gran furor.

CAPITULO XII.

Sosiega el gobernador algunos alborotos de los indios, castigándolos con las armas. Viénele sucesor, y él es enviado a Lima en prisiones.

Al tiempo que esperimentaban todo el rigor de las armas españo los indios mas belicosos de Chile y habian enturbiado con su san

las corrientes de Biobio, no faltaban otros que se hacian sordos a la voz del escarmiento, y no querian ser aquellos felices a quienes hacen cautos los ajenos daños. Estos fueron los indios de las riberas de Itata y de rio Ñuble que son los extremos de sur y norte del que hoi es territorio de la ciudad de Chillan. Estos comenzaron a tumultuar; y y contra los de la ribera de Itata, envió el gobernador a Pedro Balsa, que con 40 hombres corrió hostilmente el pais; pero reparando los indios que caminaba con ménos cautela que la que era menester, lo esperaron en un sitio a propósito para ocultarse; y acometiéndole improvisadamente lo obligaron a volver para la Concepcion con pérdida de siete hombres y con apariencias de vencido. Con la noticia de este suceso hizo el gobernador juicio que era necesario matar aquello en su principio así porque el ver a los enemigos señores del campo no diese reputacion a sus armas y les facilitase los ausilios que siempre ocurren a donde aspiran el aura de la felicidad, como porque persistiendo la rebelion se cortaria el camino de la Concepcion a Santiago que era necesario mantener libre como tránsito por esta tierra: y así comprendiendo la importancia de quitar este embarazo y abatir el orgullo del enemigo, salió de la Concepcion a buscarlos con 150 hombres. Con la noticia de la venida del gobernador, se habian juntado los enemigos en doce cuerpos, uno que sabemos quien lo mandaba hizo asiento de sus armas en rio Ñuble, otro que estaba a las órdenes de Riolemu se asentó en lugar algo separado; pero en el aviso de cuidarse unos a otros cuando lo pidiese la ocasion. El gobernador procuró combatirlos separadamente, y atacando con igual vigor que brevedad a los de rio Ñuble, fueron batidos enteramente con mucha mortandad. Ya estaba acabada esta accion cuando se dejó ver Luglemu que por una espaciosa campiña traia sus escuadrones ordenados en defensa de los suyos; pero advirtiendo el estrago que se acababa de hacer en ellos, acordó no probar la mano con enemigos victoriosos y por reservarse para mejor ocasion se encaminaba al asilo de la gran cordillera. El gobernador para obligarlos al combate, comenzó a picar en su retaguardia, y Luglemu con algunos pocos de los suyos, se puso a sostener el choque, miéntras que las tropas ganasen lugar seguro; y aunque cercado de españoles murió pasado de heridas él y los soldados escojidos que estaban cerca de su persona, no obstante consiguió su principal intento de salvar a la mayor parte de su jente. En una y otra ocasion murieron trescientos indios, y se hicieron doscientos prisioneros.

Estas victorias ganadas por el mismo gobernador y por otros capitatanes bajo sus auspicios, calmaron algun tanto la turbulencia de los ánimos enemigos y hacian soplar suavemente los blandos céfiros precursores de la bonanza. Los indios mas bravos habian comprendido bien la necesidad de solicitar la paz o la imposibilidad de continuar la guerra. Los ménos quietos o mas belicosos habian deseado continuar la guerra. Los mas quietos o ménos belicosos habian entrado violentados; y allá a sus solas se complacian de que los malos sucesos hubiesen reducido

a los atizadores del fuego a un arrepentimiento provechoso. En todo e
reino se veia reir la hermosa y deseada paz como una aurora que d
nueva vida a los campos, y nueva alegria a los vivientes. Comenza
ron los españoles e indios a trocar las espadas por los arados para la
brar las tierras y criar ganados con útil emulacion, y recibian los colo
nos bien pagadas en abundancia de frutos la aplicacion del trabajo. S
volvió con el calor que al principio de la conquista al injenio de la
minas de oro, y se entablaron en la ciudad de Osorno obrajes de paño
y lienzos.

Así sucedian las cosas el año de 1564, y a sus fines se supo habe
desembarcado en Valparaiso con 3000 hombres don Jerónimo de Cas
tilla y que Lope García de Castro presidente de la real audiencia d
los Reyes habia nombrado por gobernador a Rodrigo de Quiroga: est
caballero que estaba avecindado en la ciudad de Santiago, mandó lueg
a don Jerónimo de Castilla que viniese a juntarse con él en dicha ciu
dad. Pedro de Villagra se hallaba por este tiempo en la Concepcion
y luego que llegó a su noticia esta novedad se puso en Santiago co
marcha acelerada. En la casa de su posada se juntaron algunos ca
balleros de su devocion entre quienes se quejó del desacato que s
hacia a su dignidad, en querer Rodrigo de Quiroga ser reconocid
por gobernador sin haberle intimado los despachos de la nueva pro
videncia, y acordaron enviarle a preguntar en virtud de que se tra
taba como tal, cuyo mensaje llevó Juan Alvarez de Luna. Rodrig
de Quiroga tenia en su casa mas allegados que Villagra; y fuese qu
en sus prendas ciertamente realizadas tuviese mas poderoso atracti
vo para las voluntades, o que quisiesen los mas, como ordinariament
sucede, hacer el primer sacrificio de amistad, y el homenaje del ren
dimiento a la fortuna naciente; allí se trató como atrevimiento, y au
como intento sedicioso la entereza de Villagra, y que Juan Alvare
con el título de enviado y mensajero traia intentos de espía para ata
car a la casa de Quiroga, si la hallasen ménos asistida de defensores;
como llegase oportunamente la jente de don Jerónimo de Castilla qu
se habia demorado por caminar en infantería, se despachó mandamient
de prision contra la persona de Pedro de Villagra, al cual se dió po
no hallarse en estado de resistencia, o porque esta no fuese ocasion d
tumultos, y lo pasaron preso a la ciudad de los Reyes. No podemo
saber hoi si hubo otra mayor causa de su prision, o si la que se hiz
saber fué verdadera o pretestada, pues aun en aquellos tiempos s
ignoró. Lo que se sabe de él con certeza es mui digno loa, y con lo
aciertos de su gobierno y felicidad de sus armas, califico de buena s
eleccion, pues en año y medio que mandó, abatió el orgullo y altive
de los enemigos, y obligó a que pidiesen con rendimiento la mism
paz que aborrecia una nacion tan belicosa y llena de la confianza en s
esfuerzo.

CAPITULO XIII.

Maquinan otra vez los indios la rebelion.—El nuevo gobernador aplica varios medios de hacerles desear la paz, y con que suceso.—Fúndase la ciudad de Castro en la provincia de Chile.

Fué uno de los sábios consejos que dió el emperador Galba a Pison Luciniano en ocasion de adoptarlo, que para imperar bien debia entender que la romana era una jente que no podia sufrir ni la total libertad ni la total servidumbre. Sentencia verdaderísima si se aplica a los indios chilenos, a los cuales es igualmente peligroso dejar que se gobiernen a su arbitrio, o sujetarlos totalmente al ajeno. Cuando se les permite gobernarse a su arbitrio, abusan tan bárbaramente de la libertad que la pasan a libertinaje, juzgándose tan exentos de todas leyes como de todos los superiores. No teniendo mas regla que la de su antojo se precipitan en todos los crímenes a que tiene propension el apetito de la concupicencia o de la ira; y de aquí nace el violar todas las leyes de la naturaleza en las torpezas mas inauditas y todos los derechos del prójimo en las violencias y atrocidades mas funestas; por otra parte si los tiran demasiado de la brida, son como un caballo desbocado tan indócil y contumaz a los preceptos del que los gobierna que tiene por mejor despeñarse por sí que dejarse de rejir de otro y corre a su mesma ruina, como envuelta en ella al que le coharta la facultad de vagar licencioso. Por esó, para proceder bien con estos indios, se debe tomar un camino medio, haciéndoles servir, pero dejándoles intacto el nombre y apariencia de libertad. Han de ser vasallos, pero conviene darles el título de aliados y amigos; pero con alguna apariencia de ruego. Han de ser inferiores al español, pero sin tratarlos como abatidos. Han de imponérseles cargas de que sirvan en la guerra o envien jente que trabajen en las fortificaciones; pero se les ha de retribuir para que la correspondencia se haga parecer al servicio gratuito. En fin se les ha de mantener en alguna sujecion y obediencia; pero sin que ellos parezcan siervos, ni los que mandan señores, porque estan llenos de un espíritu de tanta soberbia que se meterán por el yerro y el fuego, ántes que sufrir amos imperiosos. No parece que se conformaron con estas modales de prudencia y política los españoles, despues de las victorias con que habian humillado a los indios en el gobierno de Pedro de Villagra; y así éstos aborreciendo una sujecion trabajosa y abatida acudieron, segun su costumbre, a las armas.

A Rodrigo de Quiroga le informaron los cabos de la frontera de las muestras de novedad que se veian entre los indios, y como la presuncion hacia contra ellos por las contínuas esperiencias de su perfidia, creyó fácilmente que aquellos movimientos se encaminaban a rebelion, y para estorbar ántes que tomasen mayor cuerpo con el tiempo, se puso en la Concepcion con bastante jente, parte de la que trajo don Jerónimo de Castilla y parte de los antiguos españoles de

Chile. Aquí nombró por jeneral de las armas a don Miguel de Velasco y por maestre de campo a Lorenzo de Bernal, quienes le espresaron lo indispensable que era para la paz entera sujecion de las dos provincias mas rebeldes Arauco y Tucapel, y él dejándose persuadir de sujetos de tanta esperiencia se aplicó a los medios mas poderosos para conseguir el fin deseado. Para esto reedificó la plaza de Arauco y la ciudad de Santa-Fé: construyó una fuerza en Cuyapú en el camino de Arauco a Cañete, con el fin de mantener abierta con los españoles la comunicacion de las dos plazas, y cerrando la de los indios de ambas provincias como quien tenia en su mano la llave del camino único, porque él de la parte del oriente que hoi llaman Culaleubu no estaba en aquellos tiempos descubierto. Pero porque las fortalezas dichas por lo estendido del distrito de sus provincias respectivas no podian hacerse obedecer en todo el ámbito de ellas, y los indios en algunos ángulos de los mas remotos tramaban sediciones de pequeños cuerpos que se debia recelar llegasen algun dia a justo ejército, dió al esforzadísimo caballero Pedro Cortez letras patentes de capitan partidario, para que hiciese a las tierras enemigas entradas que aquí llaman malocas, cuando y como y por las causas que le parecieren forzosas o convenientes; y como este varon era de tanto aliento y capacidad en el espíritu, como vigor en el cuerpo, comenzó a frecuentar las irrupciones con tantas presas de jente y ganados, tantas quemas de sembrados y casas y tal mortandad de los mas valientes que osaban resistirle, que mui en breve puso a los indios en estrema consternacion y en estado de creerse del todo incapaces de defenderse ni aun a favor de las breñas y bosques. Semejante forma de hostilidad practicó C. Sila en la guerra contra Mitridates, porque como este rei no se arriesgaba a la suerte de una batalla campal, fué menester al romano dividir su jente y andar como a casa de armenios.

En estas importantes acciones empleó el gobernador todo el año de 1565, y parte del siguiente, a los fines del cual envió a poblar en la provincia de Chiloé al mariscal Martin Rui de Gamboa, quien fundó la ciudad de Castro (apellido que le dió en memoria de Lope García de Castro) en la mitad del largo de la isla grande, que desde la punta mas meridional que se llama Cailin por una isla inmediata de este nombre hasta Lacuí que es la punta mas septentrional, tiene 78 leguas. El ancho de esta isla es mui irregular. Tambien conjeturo que fundó el fuerte de Chacao, que está casi al fin de dicha isla al lado del norte: estas poblaciones hizo con sesenta españoles, y de indios halló en la isla grande y otras menores hasta setenta mil de todas edades. Pero en el dia de hoi han crecido mucho los pobladores, y disminuídose mucho mas los naturales, pues el número de almas de españoles llegó a 15,000, de los cuales algunos son soldados y muchos mas, que sirven no mucho ménos que estos y llaman del número.

La ciudad de Castro tiene asignada para su guarda doce compañías de ellos, cada una de sesenta hombres que se turnan sirviendo cada una su

es. En Chacao hai tres compañías de sesenta numeristas, y de paga-s una de 50. Carelmapu hai otras tres compañías. En Lacui dos. n Calbuco otras dos y cuarenta soldados pagados. A los indos suje-s y cristianos tienen los padres misioneros de la compañía distribuidos 76 pequeñas iglesias; hacen todos 2296 familias, y personas 15,047; esta cuenta no se comprende la nacion de los Caucahues que pocos os ántes de ahora comenzó a reducir a la fé y a vida política el pa-e Fernandez de Esquivel, francisco, y aun hoi prosigue con celo ostólico, haciéndose tanto lugar en el amor de esta jente inculta que dejan de serlo con su doctrina, pues se permiten a ella aun los ma-res de edad, para que el padre les enseñe las primeras letras.

Antes de domesticarlos este fervoroso sacerdote, vivian vagantes en islas y mares de este archipiélago, moradores poco ménos del agua e de la tierra, y a esta húmeda y fria mansion, se atribuye la poca undidad de sus mujeres; pero hoi reducidos a cultivar la tierra para ir de lo que ella produce, se espera que en elemento mas connatu-al hombre, aumenten tanto en jente como en bondad de costumbres. tan pobladas de españoles e indios, no solo la isla grande, sino las uientes, Cailin, Quechui, Lemui, Chaulineque, Quinchao, Linlin, eulin, Chauques. Es la tierra abundante de ricas maderas de que se a alguna en piezas grandes para este reino y para el Perú, pero poca rque tienen por mas utilidad hacer de ellas tablas, en especial del rce incorruptible, cuyos árboles son de tanta elevacion y corpulencia, e haciendo las tablas con cuñas en que se pierde mucha parte de la dera, suelen sacar de algunos ochocientas largas cuatro varas y media, nchas algo mas de una tercia de vara. Este es uno de los renglones siderables del comercio de estas islas, porque se sacan regulando un con otro, cien mil tablas en cada uno y se venden en la misma tierra os y medio reales de plata; tambien se sacan seiscientos palos de lu- para ejes de calesas y coches, y el precio de cada uno es un patacon, ca de 300 jamones de cerda que se vende cada uno a dos pesos y dio. Tambien hacen comercio de obras de lana como de colchas para nas y balandranes para andar acaballo primorosamente labradas a ja: y otras de lino como tohayas, manteles y lienzo grueso para ropa erior de jente pobre. Se coje en la tierra el trigo, la cebada, frejoles, ejas, habas y otros granos, y se cuentan en todas las islas sesenta inos de pan. Hai vacas, ovejas, cerdos y ganado cabrio, y el sabor las carnes es exelente, porque pacen en salitrales. Hai estraordina-abundancia de aves caseras, y mucha cetreria en los bosques y cam-. Llegan al puerto de Chacao en cada un año dos navios de Lima conducen ropa del Perú y de Castilla, tabaco en hoja y en polvo, car y yerba del Paraguai, miel, aguardiente y vino, y aunque éste llena el abasto de toda la jente, se suple su falta con cidra, para lo l abundan de manzanas, y otras bebidas fuertes que hacen echando a nentar en agua varias semillas dulces. La abundancia de peces nadan-y testacios, es sobre todo encarecimiento y de mui buen sabor por los

muchos comederos que hai en los golfos en donde se mantienen gruesos y por los varios rios y arroyos que entran en ellos y purifican las aguas. Fuera de eso el clima de la tierra es mui sano y bastante cómoda su temperie, aunque llega hasta el grado 43 de latitud austral, por las cuales razones no encuentro la que tuvieron algunos escritores de obras impresas y manuscritas para llamar a esta tierra infeliz y falta de todas las comodidades de la vida, pues si lo dicen por carecer de minas de oro y plata, debian acordarse estos autores que el siglo de oro fué aquel en que este metal no era conocido, al cual ni a otros preciosos no han tenido ni aun los sábios jentiles por parte de la felicidad humana, sino por materia de vanidad y de fausto supérfluo y por incentivo de la discordia. Diré al fin de su puerto que se llama Sangallan que es un canal que tiene de largo seis leguas, y de ancho dos cuadras por donde ménos: es mas sondable por la parte de tierra firme, y así los navios se acercan tanto a ella que llegan a caer las ramas de los árboles sobre su bordo.

CAPITULO XIV.

Entrada de los reverendos padres de nuestra señora de Mercedes en varias partes de las Indias occidentales, y en Chile en donde fundan.

El esclarecido órden de padres mercenarios, como real y militar y fundacion de un rei conquistador, parece tuvo por horóscopo en su nacimiento (como dicen los judiciarios que algunas estrellas infunden en el principio de la vida de los hombres los sucesos del resto de ella) el acompañar los reales estandartes en las árduas empresas de la guerra y el cooperar a las conquistas temporales, infundiendo a los conquistadores otro espíritu mayor que humano, para que ayudasen a ganar para Dios los corazones de aquellos hombres que ellos sujetaban al rei. Y así, segun el cargo en que los puso el augusto nombre de su sagrado órden, han volado de los primeros como ánjeles veloces a las sagradas empresas de la gloria de Dios hácia todas las provincias de la América con los primeros descubridores. El almirante don Cristóbal Colon que comenzó el primero el descubrimiento de las islas adyacentes a este vastísimo continente en mil cuatrocientos noventa y dos, trajo consigo con licencia del jeneralísimo de este sagrado órden para que alumbrase a los jentiles, ciegos sin las primeras luces del evanjelio, al padre Solorsano quien ejerció su oficio apostólico en las islas de Santo Domingo y Cuba. Al famoso conquistador de Nueva España Hernando Cortez comenzó a acompañar desde el año de 1518 como instrumento principal de la obra de Dios, al padre Bartolomé de Olmedo, sacerdote docto, prudente y ejemplar de esta misma relijion.

Luego que dió principio en 1525 a la conquista del Perú Francisco Pizarro, vinieron como mejor milicia entre los soldados los relijiosos mercenarios, que si bien poco ántes llegó frai Vicente Valverde del

órden de predicadores, y fué años despues primer obispo del Cuzco, con todo eso, un diligentísimo escritor de la órden de Mercedes, hace ver bien claro que los de su relijion llegaron al Perú haciendo cuerpo y representacion de comunidad, no solo primero que los padres predicadores, sino que cualesquiera otros de todas las órdenes, y que la primera iglesia que se levantó en Lima fué de nuestra señora de Mercedes y al cuidado de sus hijos. Diez años despues que principió Francisco Pizarro la conquista del Perú, hizo la primera entrada en Chile Diego de Almagro en 1535, trayendo consigo dos padres mercenarios, al reverendo padre frai Antonio Rondon y al padre frai Francisco Ruiz que se retiraron con los mismos españoles, cuando dejando la conquista de Chile por parecerles difícil y de éxito dudoso, volvieron al Cuzco en busca de una felicidad mas segura y ménos costosa, y encontraron con mas desgracia y ruina que es la que hallan mas a mano los mortales. Mas como estos santos relijiosos no tenian otra codicia que de trabajos y cruces y de la ganancia de las almas, cuando cuatro años despues vino Pedro de Valdivia a conquistar el reino de Chile en que sabian se hallaria a manos llenas lo que busca la abnegacion de si mismo y el celo de las almas, con el deseo de lograrlo se agregaron a los estandartes de este conquistador mas en número que la primera vez, y fueron el reverendo padre frai Antonio Rondon, el mismo que habia entrado ántes, y los reverendos padres frai Antonio Correa, frai Bernabé Rodriguez, frai Juan de Zamora, frai Antonio de Olmedo, frai Diego Jaimes y el hermano lego frai Martin Velasquez que fundaron un hospicio en la parte de la cañada que mira al sur fuera de la trasa de la ciudad de Santiago. Pero partiéndose el gobernador Pedro de Valdivia para la conquista de las tierras hácia el polo, lo siguieron con la esperanza de emplear bien los alientos de su celo en mas copiosa cosecha de almas dejando entre tanto su nuevo hospicio a cuidado de frai Antonio Olmedo. Este relijioso que trabajaba con aplicacion infatigable en la reforma de los españoles y conversion de los indios y hacia vida mui ejemplar, llegó al fin de su peregrinacion a los tres años de su llegada a Chile. A los diez años de la muerte del padre Olmedo aportaron a esta capital los relijiosos menores, a quienes se les dió para sitio de fundacion el de dicho hospicio, como que estaba desierto por la muerte del que lo ocupaba y porque los demas relijiosos mercenarios estaban tan empleados en la conversion de los indios de arriba que aun eran mui pocos para lo mucho que se ofrecia de bien logrados afanes, y aunque vinieron años despues en tiempo del tercer gobierno de Rodrigo de Quiroga y pretendieron recobrar su posesion, no pareció conveniente echar de ella a los padres menores, y se hubieron de contentar los padres mercenarios con la compensacion que se les hizo de dos casas suyas que les dió el mismo gobernador, y de diez solares que le adjudicó el cabildo, dos cuadras de la plaza hácia el oriente en donde fundaron el convento que hoi tienen por principal y cabeza de provincia; y por el derecho que alegaban

tener al de San Francisco, se convino entre las dos relijiones que dia de nuestra señora del Socorro fuese el altar y púlpito de los dres mercenarios, de lo que se otorgó escritura ante el escribano cabildo, aunque la obligacion no está en uso, o porque la rescindió mútuo consentimiento, o porque la derogó la costumbre contraria. este nuevo sitio comenzaron los padres mercenarios a labrar una ig sia de la capacidad y arquitectura qne prometia la estrechez y fa de maestros de aquellos tiempos, a que concurrió con su limosna mismo gobernador Rodrigo de Quiroga y los mas piadosos del vec dario. En ella puso la primera piedra el reverendo padre frai An nio de Correa: esto sucedió el año de 1566 y desde él cuentan alg nos establecimientos de esta relijion en Chile con lejítima fundac de convento, porque ántes solo se ocupaban los padres relijiosos administrar misiones, parroquias y capellanías del ejército aunque falta quien adelante el establecimiento de esta provincia al año 1564 cuando parece que se separó de la de Lima y tuvo provinc propio, que se dice fué el padre presentado frai Juan de Vargas. Ai despues, hallándose el convento con mas desahogo, quiso el mui re rendo padre provincial frai Juan Rosa dar a Dios lo que es de Di aplicando a la ereccion de templo para culto suyo muchos de los b nes que recibian de su libertad, y trazó una mui capaz de tres na de cal y ladrillo, toda ella hasta las bóbedas que fué ejecutada por artífice de fama. Pero como a las violencias de los terremotos en e pais no hai cosa que no se rinda, y aquí no es menester que consu lentamente a los grandes edificios el tiempo degador, pues una hora d hase lo que han hecho muchos años, se reparó despues de algu años este sagrado edificio que por los muchos terremotos que lo habi combatido no estaba para resistirse a otros que viniesen de los mayor y el celo del culto divino empeñó al mui reverendo padre maestro f Alonso Covarrubias a erijir otro nuevo a espensas parte del conven y parte de otros devotos, y de sus parientes que son en esta ciud de la primera distincion. Este templo es de mucha capacidad y de m primorosa obra, y aunque los techos son de madera, se elijieron l mejores de las exelentes que en este reino se hallan, y con serlo exe el artificio a la materia. Tardó años en concluirse una tan gr mole; pero el reverendo padre Covarrubias tuvo el placer de ve cubierto ántes de su muerte, y el convento le cumplió su deseo dánd le dentro de él sepulcro, en donde descansa en paz. Aun faltaban el tiempo de su muerte los adornos interiores y obras muertas q despues acá han hecho prelados de semejante celo, y hoi es de los b llos y suntuosos templos de esta capital.

CAPITULO XV.

omo se fué acrecentando la órden de padres mercenarios en Chile en conventos y misiones.

Luego que los padres mercenarios vinieron a Chile, y algunos años pues, eran tantos los indios que por su ejemplo y predicacion entra- a la iglesia por la punta del bautismo que reconociendo que aun- mas se esforzasen eran pocos para tirar la red llena de tantos es, llamaron para que les ayudasen en esta pesca de hombres a los la otra nave, esto es, a sus hermanos de la provincia del Perú; y no era el convite tan del gusto de su alentado espíritu por lo mu- que se ofrecia en este pais que hacer y padecer, vinieron a él ones llenos de invicta paciencia y virtud, los reverendos padres frai n de Zamora, frai Rodrigo Gonzalez de Carvajal, frai Antonio de tamaría, frai Diego de Villalobos, frai Martin Correa, frai Luis Latorre, frai Diego de Carvallo, frai Francisco Ruiz, frai Pedro Moncalvillo, frai Francisco de Moncalvillo, su hermano, frai Juan Arias, y el hermano frai Juan Carrion: estos y otros que admitie- a su hábito, y se criaron a los pechos de la piedad de tan obser- te relijion, comenzaron a correr por todas partes como rios cau- osos de aguas cristalinas y puras y desatarse en raudales de doc- a y salud, y fuera del convento principal de la cabeza del reino daron, cuando con el curso del tiempo abundaron de relijiosos que ieron sacar a nuevas colonias, él de la Imperial, él de la Concepcion, e Angol, él de Villa-Rica, él de Valdivia, él de Osorno, él de Co- mbo, él de San Bartolomé de Chillan, él de Castro, él de Mendoza, e San-Juan de la Frontera, él de San Luis de la Punta, él de San n Bautista de Chimbarongo, él de Santa Ines, él de Valparaiso, le San Miguel de la ciudad de Santiago, él del Hospicio de la villa Copiapó. Al principio lo pasaban los relijiosos en lo que toca al ali- nto con mucha incomodidad, como que entónces escaseaban los nos y ganados que se fueron trayendo de Europa; y así el padre Antonio Rodon, comendador del convento de la Imperial, para te- algun principio de ganado que criar para mantencion de su co- nidad, vendió a la Catedral un solar por diez ovejas y dos carneros endo informacion de utilidad evidente como dispone el derecho en enajenaciones de bienes raices de iglesias y relijiones. Y el padre vincial frai Antonio Sarmiento confirmó la venta como útil en 1563, o se ve en un libro de la santa iglesia de la Imperial.

Mas el abrazado celo de estos obreros fervorosos no se contenia en mbito de las ciudades, y les parecian pocos todos los ministerios rituales que ejercian con los españoles; y así tomaron a su cuidado blar muchas misiones entre indios, como lo consiguieron con feli- d y las pusieron dependientes y anexas a la ciudad y sus conventos Villa-Rica y Osorno. Valdivia y otras ciudades seguian a los solda-

dos en todas las espediciones, padeciendo como ellos pero con pacienc a la cual consagraban motivos mui superiores, las miserias y trabajos hambre, frio, desnudez y manifiestos riesgos de la vida que llevab vendida en los continuos reencuentros que se ofrecian con jente feroz. Tambien administraban las parroquias de españoles por la fa que habia de sacerdotes seculares, hasta que habiéndolos años despu con la fundacion de los dos obispados de Santiago y la Imperial descargaron de este cuidado quedándose solamente con lo mas traba so y arriesgado de las misiones entre los indios. Y algunos de es relijiosos sellaron la virtud y verdad de su predicacion con su mism sangre, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XVI.

De los relijiosos mercenarios que murieron a manos de los indios por causa de su predicacion.

Es obra tan alta la del martirio, que así llamamos ahora no solo muerte que se recibe en defensa de la fé sino por el ejercicio de caridad o de cualquiera otra virtud que Dios, no suele conceder sino a los que se hacen dignos de él con la práctica de virtudes hero cas con los ardientes deseos de ser semejantes a su redentor en el p decer y morir y con las súplicas contínuas para recabarlo. Uno de l que supieron disponerse para que Dios los hallase merecedores de t singular merced fué el venerable padre frai Luis de la Peña natu de Santiago: a una inocentísima vida juntaba un infatigable celo p enderezar a su eterna felicidad las almas, cuyo precio dió a conoc Jesucristo en lo mucho que le costaron. Meditaba tan de continuo con tan tiernos afectos de piedad en las penas de su redentor, que sabia desasirse de su memoria. Quisiera haber apurado al caliz de pasion hasta la última gota para que ninguna hubiese sido amarga pa su dulce Jesus: de mui buena gana pasaria todos los ultrajes del mun porque las manos sacrílegas de los hombres viles e ingratos no se atr viesen a la majestad de su señor. Ni trocara una de aquellas dulcí mas heridas con que lo traspasaba el amor y la tierna compasion Dios amante y paciente por todos los placeres de esta vida; y el am que siempre aspira a la union y semejanza con el amado lo obligaba imitar al esposo de sangre con la mucha que derramaba de su cuer teniéndose por reo mui criminal y merecedor de los mas criminos castigos.

Estas obras le granjearon de Dios lo que deseaba y pedia, que morir por su amor y el del prójimo en el ejercicio de su predicacio y así acabando de decir misa un dia a sus neófitos en la capilla de mision lo mataron los indios bárbaros a lanzadas sobre la peaña altar, cuando sin duda, segun su costumbre, se habria ofrecido víctim voluntaria para representar vivamente con el sacrificio cruento de mismo el incruento que se levantaba. Los parricidas se apoderaron

s ornamentos y vasos sagrados, y uno que quiso usar del cáliz con ue el siervo de Dios dijo misa, en una de sus embriagueces, pagó omo el rei Baltazar su sacrilejio con una muerte pronta. Fué sepul- do el siervo de Dios con tanta veneracion como piadoso llanto en la udad de Angol. Los mismos bárbaros mataron a palos en la misma casion de decir misa y en la peaña del altar al padre frai Antonio ondon, porque en la exhortacion que hacia segun su costumbre les prendia sus vicios. Estaba ya cargado de años, de que la mayor arte habia empleado en el esmerado y delijente cultivo de su ingra- viña.

Por una quebrada honda y cubierta de bosques que hai vecina a la udad de la Imperial pasaban un dia a pié los padres frai Bernabé odriguez y frai Diego Jaimes a sus ejercicios ordinarios de predicar bautizar, y los indios bárbaros que frenéticos estaban mal hallados n los médicos de sus almas, los aguardaron allí ocultos, los lanzearon cortaron las cabezas y manos en ódio de la predicacion. De lo cual falta de juez eclesiástico, recibió informacion Nicolas de Gárnica, co- ejidor de la Imperial para poder calificar la muerte y causa de los ervos de Dios y que no pereciese su memoria, sino es que la recibiese n la potestad de juez civil para formar proceso contra los reos.

Al reverendo padre frai Juan de Zamora que iba en la ocasion cha con los padres que murieron, tambien le dieron algunas heridas; ro Dios lo guardó dándole alguna forma de emboscarse para no ser bido o no dándoles a ellos tiempo de consumar el sacrificio. El te- or de que pudieran sobrevenir los españoles a ser vengadores de la rocidad, porque siempre el delito es tal que aun el mismo que quiere armarse de osadía no deja de ser tímido. El padre Zamora no ltó al martirio, aunque el martirio le faltó a él, y su vida que siem- e habia sido importante, lo fué despues mucho mas cuando los años en empleados, trabajos apostólicos y oficios, le conciliaron autori- d de que él se valia para adelantar las obras de Dios. Fué varon ui penitente y de mucha oracion, y así mantuvo intacta la flor de la rjinidad que vive con el rocio del cielo y cercada con la mortificacion. undó los conventos de Valdivia, de Osorno y de Coquimbo, y car- do de años y merecimientos descansó en paz en él de la Imperial. l reverendo padre frai Rodrigo Gonzalez de Carvajal fué provincial n el sufrajio de su prudencia y virtudes: tuvo don de profesía, y ardó perpétua virjinidad. Padeció grandes trabajos en apaciguar dos ces los indios araucanos y tucapeles; fundó los conventos de la Con- pcion, Mendoza, San-Juan de la Frontera y San Luis de Loyola.

CAPITULO XVII.

De otros varones de la órden de Mercedes, señalados en virtudes.

El padre frai Pedro Moncalvilla que vino a estas partes de Indias l convento de Ruete, se hizo lugar en el cariño y en la veneracion de

todos por sus muchas virtudes, acompañadas de amables bondades d jénio y singular prudencia para el gobierno, que obtuvo mucho años, así de toda la provincia como de conventos particulares. Reluci entre sus muchas virtudes su fé y confianza en la divina providencia bondad, y así le sucedia tocar a comer sin tener cosa prevenida para l comunidad y cuando estaba junta en el refectorio llegában personas a l porteria que traian todo lo necesario para suplir aquella necesidad. Otro dias en los de viérnes mandaba al cocinero que aderesase las viandas, y re plicándole éste que no habia de que hacerlas le decia el superior:—"pue váyase a la acequia de Castro que en ella hallará pescado;" y yendo e cocinero, encontraba en la acequia, que era mui pequeña, las truchas sal tando cuantas se necesitaban. Suele Dios acrisolar la confianza que tiene en su majestad sus siervos con permitirles persecuciones y calunmnia contra su buen nombre que es lo que mas estiman como que es honest y santo el cuidado de él, en especial en los superiores y que tiene oficio de dirijir almas como cualquier mácula verdadera o imaji nada quita a su persona la autoridad que de ella debe resultar a l doctrina. Y así fué mui sensible para el padre frai Pedro, una acusa cion de delito feo que pusieron ante el visitador jeneral padre frai To mas Perez de Valdes, sujetos quizá bien intencionados como deb prevenirse; pero que no hacian bien en interpretar las acciones del pa dre frai Pedro por las reglas ordinarias de las conjeturas. Dijieron a padre visitador que el padre frai Pedro con la ocasion del capítulo es piritual, comunicaba frecuentemente con personas del otro sexo, e muchas de las cuales era de temer el trato por la edad y la belleza qu el padre tenia en su rostro y dulzura de jénio mui atractivo y que po uno y otro era mui de creer que amaba y era amado. Que dado que a presente no hubiese mal, habia riesgo que afectos amorosos no era cos nueva que comenzasen por espíritu y acabasen en carne, y que cuand no hubiese peligro debia el padre atender mas a su buena opinio que como al cristal la empaña el vaho de una boca; ni cumplia co su obligacion con solo ser bueno, si no estorbaba las ocasiones de qu pensasen lo contrario. Estos mismos cargos hizo el padre frai Pedro el padre visitador autorizando la causa con la presencia de padres gra ves, y él, dejando de decir varias cosas que las que sabe alegar la ino cencia en su abono, movido de espíritu superior dió una prueba ta irrefragable de su limpieza que no dejó lugar a la instancia: metió la manos en las ascuas mui vivas de un brasero que sacaba sin lesion, y dij con gran paz de su alma:—"padres, tan libre estoi con la gracia de Dio del fuego de ese vicio, como de quemarme en estas ascuas.» Esto con venció tan del todo al prelado, que echándose a los piés de frai Pedr le pidió perdon de cualquiera duda que hubiese tenido sobre su mu cha virtud; y nuestro Pedro decia como el apóstol:—"apartaos, padre de mi que soi hombre pecador.» Y desde entónces subió a veneracio la estima que ántes tenia de su virtud: la cual y la justa compasion que ántes le tenia, de haber visto su inocencia acusada, fué motiv

: que lo elijiesen provincial con unánime consentimiento de los voca-
s. Colocado en la prelacia, se conoció mas bien cuan digno de ella era,
ıes a virtudes pue pocos aciertan a juntar puso en admirable tempe-
mento y bella confederacion a la caridad con la justicia, a la serie-
d con la blandura, a la prudencia con el candor y sinceridad, y al
gor de la disciplina regular con la solicitud cariñosa de los alivios de
s súbditos: solo para sí reservaba toda la dureza e incomodidad en la
lda, ajuar, comida y vestido. Aun siendo provincial hacia a pié bue-
parte de los largos y trabajosos caminos de este reino.

En uno de ellos al convento de Coquimbo que es distancia de ciento
ıcuenta leguas, se fatigó tanto de las caminatas a pié que llegó a él
fermo de muerte. Luego que conoció la proximidad de su partida
ra la eternidad, llamó al padre comendador frai Diego de Aguilar,
le mandó por santa obediencia que le diese una disciplina asentán-
le bien la mano. El padre comendador obedeció con la edificacion
ıe debia causarle un acto tan singular de penitencia, y recibiendo
da golpe en su corazon ántes de dárselo a su prelado. Murió con nom-
e santo y fué sepultado con estraórdinario concurso y celebracion del
eblo. Nos dejó escritas noticias de su vida y virtudes la dilijencia
l reverendísimo padre jeneral vicario frai Simon de Lara. El otro
rmano llamado frai Francisco Moncalvilla, fué tambien provincial y
rsona señalada en virtudes y prudencia.

El reverendo padre frai Francisco Ruiz habia ya predicado muchos
os a cristianos e infieles con gran fruto de conversiones cuando fué
ecto provincial, empleo que ejerció con agrado de Dios y sin ofensa o
eja de los hombres; parecia estar violento en el mando, y acabado és-
lo mandó naturalmente su celo al ejercicio de la conversion y cultivo
los indios juntándose a los fervorosos sacerdotes frai Diego de Villa-
ɔos, frai Martin Correa, frai Juan de Arias y frai Juan Carrion, y
bajando gloriosamente con ellos, poderoso en obras y palabras, acabó
carrera con sentimiento buenos y grave pérdida de sus espirituales
os.

El reverendo padre maestro frai Antonio Correa fué natural de Ro-
, de casa ilustre, quien y un sobrino suyo llamado García Correa,
ıjeron la célebre imájen de nuestra señora de las Mercedes que se
nera en el convento principal de esta ciudad con singular devocion
todos estados por su favor siempre pronto cuando lo ha implorado
fé y obligándolo la confianza especialmente en ocasiones de epide-
as y secas. Fué frai Antonio mui penitente, humilde, caritativo y
ornado de tan gran don de prudencia que por la confianza que de
a hizo el rei católico mandó al gobernador de este reino que no hi-
ese cosa de monta en este reino, sino con su voto y parecer. Fué
ɔvincial y misionero, y siempre tan avenido con sus queridas compa-
ras la pobreza y la mortificacion que haciendo largos y penosos
ıjes por provincias y lugares remotísimos entre sí, como Chiloé, Cuyo,
quimbo e Imperial y otros muchos, por caminos fragosos e impedi-

30

dos de montes, selvas, rios, pantanos, nunca usó de cabalgadura. Per
no solo se privaba de este alivio, sino que cargaba a sus hombros un
maleta en que traia su breviario, biblia, ornamento para decir misa
un esquiloncillo con que llamaba la jente a oirla. No se apercibia d
algun alimento dejado todo a la providencia, confianza que era ma
admirable en él que caminaba por tierra, que en aquellos tiempos ca
recia de tambos y posadas. Murió en el apostólico ejercicio de gana
almas para Dios con estimacion de varon santo, de padre comun, d
primer campeon en la conquista espiritual, de fundador de muchos con
ventos y misiones, de propagador de la iglesia, de columna de la fé, d
trompeta del evanjelio. Fué sepultado su santo cuerpo en la Imperial.

Otro relijioso hubo del mismo nombre y apellido, portugues de na-
cion. Estando en el siglo mantuvo amistades licenciosas con mujeres
mortales enemistades con hombres, que lo uno suele seguirse a lo otro
estos no pudiendo vengarse de Antonio Correa, de persona a persona
porque era mui esforzado, determinaron quitarle la vida malamente
cohechado a su barbero para que lo asesinase al tiempo de hacerle l
barba. Llegó la ocasion de querer este poner en planta su mal propó
sito; pero fué tanto el pavor que le causó su mala conciencia, que dan
do diente con diente y cayéndosele la navaja de las manos dió fácil
mente a entender que maquinaba algun mal hecho. Nuestro Antonio
que era mui despierto, entró en sospecha y le hizo confesar lo qu
era, ofreciéndole no hacerle el menor daño, como lo cumplió. Per
dando y tornando sobre la materia, y viendo lo poco que hai que es
trivar en cosa tan flaca como la vida, y como la tenia puesta al tabler
entre enemigos cobardes y traidores, y a riesgo manifiesto el importan
tísimo negocio de la salvacion, labró tanto en él este pensamiento com
que era naturalmente de buen seso, que despidiéndose del mundo pidi
ser admitido en la relijion de padres mercenarios al estado de sacerdo
te: en él se empleó muchos años en la conversion de los indios co
admirable fruto que hizo en ellos y aprovechamiento suyo. Enseñá
bales la música para atraerlos a lo útil con la dulzura de la melodía,
no teniendo en su mision campanas llamaba a sus feligreses tocándole
chirimias en la cima de un cerrillo vecino a su morada. Fué varon ejem
plar y apostólico, estimado de todos como tal. Al tiempo de su últim
enfermedad que le cojió en la ciudad de Coquimbo, se hallaba en ell
el ilustrísimo doctor frai Diego de Medellin, y movido de la opinio
de la virtud y celo de frai Antonio, lo visitó cariñosamente y le admi
nistró por su persona los santos sacramentos, asistiéndole con amor
veneracion, hasta que el último punto de su vida se lo llevó.

CAPITULO XVIII.

Prosíguese la materia del pasado.

El reverendo padre maestro frai Francisco Perez de Leon naci
en España de la noblísima casa de este apellido. El Señor lo premi

desde jóven con bendiciones de dulzura para que la hallase su espíritu en las cruces y asperezas de la relijion, y para que en comparacion de los bienes de ella menospreciase todos los del mundo, conociendo cuan flacos son los cimientos sobre que edifican los mortales su caduca felicidad, cuan engañosas son sus lisonjeras esperanzas, y cuan traidor el canto halagüeño de sus sirenas. Pidió ser admitido en la relijion de padres mercenarios, con la intencion de pasar a las Indias a conversion de los infieles. Tocóle para teatró de su apostolado el reino de Chile, en donde trabajó gloriosamente entre los indios, como misionero, y entre los soldados, como capellan, atendiendo a correjir la corrupcion de costumbres que suele introducirse entre las armas; pero con tan bello punto de discrecion, que los mismos que disgustaban de la medicina se agradaban del médico; y no habia persona mas querida y respetada para los soldados que la del padre frai Francisco. De este aprecio se orijinó que habiendo de enviar el ejército procurador a la corte para negocios de mucha importancia, pusieron en él los ojos porque su mucha virtud no era melindrosa ni esquiva sino robusta y pura. Todo su cuidado espiritual no le estorbaba atender a la temporal utilidad de sus amigos. En España cumplió con su comision mui a satisfaccion de los que le enviaron y del mismo monarca, y volviendo para Chile con provisiones reales mui favorables, lo detuvieron en el Perú mandatos superiores y empresas de la gloria de Dios, de que no pudo ni quiso escusarse.

Estaba en aquel tiempo el virei aprestando para el descubrimiento de las márjenes del Marañon jente y pertrechos que habian de ir a cargo del animoso y prudente caballero don Diego Vaca de Vega, y hallando en el padre frai Francisco el lleno de virtudes y prendas y una esperiencia de negocios proporcionada a sus mayores, le encargó que fuese con el ejército con el oficio de capellan real y consejero íntimo del jeneral. El arzobispo don Bartolomé Lobo de Guerrero lo nombró juez eclesiástico, y el santo oficio comisario suyo. En esta jornada a que se dió principio en 1612, padeció el siervo de Dios grandes trabajos, y acabó mayores obras, convirtió millares de jentiles, en tres años que trabajó entre ellos, y erijió veinte iglesias en otros tantos pueblos que fundaron los españoles. Mantuvo a los soldados con sus santos consejos y ejemplos arreglados a las leyes del cristianismo, y esperimentaban hallarse para las empresas y trabajos con tanta magnanimidad, que por ser superior al poder y esfuerzo de la naturaleza reconocian venirle del espíritu de Dios que habitaba en ellos. En estos santos y útiles trabajos lo halló la última hora que lo pasó de esta vida a la eterna.

El reverendo padre frai Pedro Migueles bajó de soldado de este reino en la recluta que trajo el capitan Mosquera. A los dos años de su llegada a Chile renunció la milicia secular por alistarse en otra mejor del órden de padres redentores. Aunque fué recibido en la relijion de edad crecida, se aplicó con tanto teson a los estudios, para los cuales

tenia singulares talentos, que luego que acabó de oir el curso de ellos, fué señalado para que leyese públicamente la filosofía y teolojía, y sacó aventajados discípulos en ambas facultades, cuyo mérito fué causa de que le enviase su jeneralísimo consecutivamente los grados de presentado y maestro de la órden. Con el talento y aplicacion a las letras juntaba mayor deseo y solicitud de las virtudes. Observaba las reglas en su primitivo rigor y sin mitigacion alguna. Jamas usó de túnicas de lienzo, sino de arpillera vasta, ni de la cama de colchon, sábanas o almohadas, sino de un pequeño acerico de estameña. Guardaba perpetuo silencio, no ocupando sino mui poco tiempo y cuando era necesario en el trato con los hombres, y dando lo demas a Dios y a sus libros. Tuvo en alto grado la virtud de la limosna, y así se deshacia fácilmente de cuanto le daban sus devotos para repartirlo a pobres. Lo elijieron provincial en 1627, y habiendo renunciado el cargo, por decir era improporcionado a sus fuerzas, lo nombró el trieno siguiente por vicario provincial, el reverendísimo vicario jeneral frai Antonio Resondo, obligándolo a aceptar el cargo en virtud de santa obediencia; en cuyo oficio puso tan de manifiesto, como el lugar mas alto, las muchas luces de su espíritu, prudencia y caridad, que el año de 1636 fué electo provincial segunda vez. Todo el tiempo que gobernó hizo florecer la regular observancia: encendió a los sacerdotes en celo de la causa de Dios y las almas: puso singular esmero en el adorno de los templos y culto divino, y adelantó las haciendas de la relijion, haciéndose cargo prudentemente que los subcidios temporales no solo se oponen sino que son convenientísimos al bien comun de la relijion. Lo que piden las necesidades de la vida, han de buscarlos ellos con dispendio del santo retiro y menoscabo de la santa pobreza, siendo esta la causa que ha introducido en algunas órdenes, por otra parte mui observantes, cierta especie de propiedad y particular peculio. Poco ántes de morir pidió su duirno para rezar y en acabando las horas del dia entregó a Dios su espíritu en suma tranquilidad. Su cuerpo quedó con un olor como de rosas, y tan tratable como cuando vivo. En este tiempo era provincial de los jesuitas en Chile el padre Rodrigo Vazquez, varon de elevado espíritu, y por eso mui semejante al padre frai Pedro Migueles, y mui amigo suyo; quien luego que supo su muerte, se encaminó al convento de las Mercedes para reverenciar al santo cadáver, llevando consigo al hermano Diego de la Puerte, pintor peritísimo, quien sacó el retrato del difunto mui al propio. El padre Rodrigo le besó los pies con gran ternura y devocion, dando al padre Migueles mil parabienes de la felicidad que comenzaba a gozar, y a los padres que estaban presentes de que tuviesen en el cielo tan poderoso abogado, que se interesaria en todas sus medras espirituales y temporales, como en cosa mui propia. Descansan sus venerables reliquias en este convento de Santiago.

CAPITULO XIX.

Dáse fin a la materia de los capítulos pasados.

El padre frai Eujenio Sanchez fué de un espíritu tan suave y benigno con los otros, como ríjido y severo consigo: se disciplinaba tres veces al dia y era abstinentísimo, no usando en la comida de algun regalo, ni de algun jénero de salza, de carne rarísimas veces, y como cuando los espíritus estan mas despegados de los apetitos de la parte inferior, tanto se elevan y purifican mas, y se hallan mas aptos para la comunicacion con Dios, y comienzan a tener conversacion en el cielo, se le hacia familiar el Señor manifestándole los secretos de los corazones, y revelándole lo futuro, y aunque este siervo fiel, humilde y cauto conservaba en el seno mas interior de su alma los arcanos del rei celestial, guardándose de las tentaciones de la vanidad que solicitaba divulgarlos, con todo eso no temia los peligros de ella en hacer saber cosas futuras u ocultas a quien convenia, porque veia manifiesta la voluntad de Dios, y así consiguió la reforma de muchas vidas, manifestando a varias personas los delitos mas ignorados, o pensamientos mas criminales que mantenian en el profundo de sus conciencias, e intimándoles la severa y pronta venganza que debian temer sino acudian al asilo de la verdadera penitencia, que es la que solo reconcilia al pecado con Dios. Así mismo, las almas que se juzgaban en el fuego de la otra vida, se le aparecian en figura lastimosa, y el padre frai Eujenio que estendia su compasion a todos los aflijidos, la tenia mayor y mas entrañable, de las que puestas en estrema necesidad, le pedian humildes y confiadas el sufrajio de su oraciones y la satisfaccion de sus sacrificios y penitencias, y fuera de celebrar por ellas muchas misas, se hacia víctima de la caridad aplicando sus penas y mortificaciones en pago de las que debian sufrir las benditas ánimas, conociendo que hacia Dios especial y mui agradable obsequio en adelantar a sus queridas esposas el momento dichoso de comenzar a gozar de su deseada vista. Revelóle Dios el tiempo y lugar de su muerte, y así llamándolo su provincial a Santiago desde Chiloé, donde se hallaba, declaró al prelado del convento que él se ponia en camino por obedecer, pero que no llegaria a su destino porque moriria en la mar. Sucedió como el siervo de Dios lo predijo, porque el navio se perdió con toda la jente, ménos tres que salvaron la vida en una tabla, y aseguraron que desde el primer dia de la navegacion les hizo saber su próximo naufrajio, y los comenzó a disponer para trocar la muerte temporal con la vida eterna.

El hermano frai Diego de Sala natural de las montañas de Leon, entró a la relijion de edad mui crecida, y para el estado de lego tuvo en alto grado las virtudes de obediencia, mortificacion, desprecio de sí mismo y oracion continua. Pero la caridad de Dios y del prójimo fué la que ocupó mas de lleno su corazon dando señales mui manifiestas

de ella en todas ocasiones. En una que estaba el siervo de Dios en la plaza de Arauco supo como el maestre de campo don Fernando de Pea tenia condenado a muerte a un soldado y que éste estaba impenitente, negándose a la confesion y asegurando que no tenia otra preparacion para la muerte sino el despecho y la desesperacion. Los capitanes habian interpuesto sus súplicas con el maestre de campo; pero en vano, porque persistia en que la justicia se habia de ejecutar, sin pasar el dia que habia puesto por plazo de la sentencia. Un caso que parecia desesperado tratándolo con los hombres, quiso el hermano frai Diego negociarlo con el Señor, y la noche ántes del dia señalado para el suplicio determinó pasarla en oracion y penitencia y luchar con Dios, como otro Jacob, hasta recabar la bendicion para aquel miserable, que segun toda apariencia, iba a perderse irremediablemente. Tocaba a las puertas de la divina piedad con la humildad instante de su ruego, y juntaba o él sangrientos azotes que descargaba sobre sus espaldas; y Dios que se deja aplacar de menores sacrificios, no se negó a la interposicion de caridad tan ilustre a quien autorizaba la penitencia y la oracion, y concedió a aquel desdichado el beneficio porque rogaba el hermano Diego, disponiendo suavemente y de modo que pareciese efecto de causa natural, que el maestre de campo que andaba de ronda pasase por junto a la humilde casilla en que estaba el hermano; oyó el estruendo de la espantosa carnicería que hacia de sí mismo y los golpes de la disciplina interrumpidos con ruegos humildes con que representaba a Dios con toda la elocuencia de la caridad, que se acordase del inestimable precio que le costaron las almas y que no permitiese la perdicion de aquella, cuyo perdon seria crédito de sus antiguas piedades. Oyó el maestre de campo y paró al concertado estrépito del sangriento suplicio que ejecutaba en sí un inocente, por obtener misericordia para un culpado, y lleno de ternura y edificacion volvió a su casa, en donde pasó el resto de la noche rumiando en su corazon, como l dulzura de la caridad obligaba a aquel siervo de Dios a tanta aspereza al otro dia de mañana lo llamó a su posada, y haciéndole mencion d lo que habia oido y el movimiento que habia hecho en su alma, le dijo:—"Padre, de su mucha compasion aprendo yo a tener alguna, y conozco haber ocasiones en que se deja de hacer justicia y sin faltar ella que el ejecutarla ahora, quizá seria dureza y crueldad, de cuy estremo debe huir tanto un juez como de la deseada remision: el quitar la vida a un inocente, es un agravio que no tiene restitucion, cuando si es deuda el tiempo dá lugar para enmendar las omisiones; y e caso de duda, es obligacion absolver especialmente: ahora me parece que vuestra penitencia o prueba la inocencia del reo, o satisface por su culpa: id, padre, y echadlo libre con mi órden, aconsejándole que emplee mejor una vida, que desde hoi deberá a vuest beneficio." Sumamente alegre salió el hermano Diego de la presenc del maestre de campo por el triunfo de su caridad en que libraba a u hombre de la muerte temporal y eterna. Pocos dias despues tuvo n

cias del cielo de su cercano fin, y para prevenirse para la postrera
cha, envió al convento de la Concepcion a pedir la bendicion de su
relado. Este le envió a un relijioso pio llamado frai Pedro de Nieva,
n cuya asistencia y la de los padres misioneros de la compañía de
esus que trabajaban en aquella plaza y lo amaban con veneracion,
ó su espíritu al Señor, y fué sepultado su santo cuerpo en la misma
sidencia.

CAPITULO XX.

Fúndase la real audiencia de Chile.—Asaltan los españoles a los enemigos en sus reales, y tálanle su pais.

Como los cuerpos mui crecidos suelen abundar de humores que aun
lo por demasiado son dañosos, y no se curan bien sino con minorar-
s; así a Chile junto con su crecimiento le vino el daño de los vicios
delitos tan perniciosos que el mismo que los causa los padece, y
dundan en perjuicio del comun. Ya se reconocia para su remedio
r necesario un tribunal de mas autoridad que la que reside en los
eces ordinarios. Y acordó la gran prudencia de Felipe II proveer a
te reino del superior juzgado de la real audiencia, como lo mandó en
real cédula espedida en el bosque de Segovia, en 27 de agosto de
565. Se fundó por entónces este sábio tribunal en la ciudad de la
oncepcion, y en ella recibió el real sello en dia mártes 13 de agosto
1567. Pareció ingreso decoroso, se compró un caballo enjaesado a
rancisco Gudiel en 340 pesos. Fueron los primeros oidores el doctor
iego Nuñez de Peralta y los licenciados Egas Venegas y Juan To-
es de Vera, fiscal el licenciado Navia y secretario de cámara Antonio
uevedo. Encomendó el rei a la real audiencia no solo los negocios de
sticia, sino los de guerra. Con lo cual acabó su gobierno Rodrigo de
uiroga, y comenzaron los oidores el suyo, dando el comando de las
mas, con nombramiento de jeneral, a Martin Ruiz de Gamboa y a
orenzo Bernal el título de maestro de campo.

Como la paz es una libertad tranquila, no tenian los indios por pací-
a una vida que aunque pasada en ocio, estaba junta con la servidum-
re; y como conocian no podian librarse de ésta estando internadas en
pais plazas españolas, determinaron rendir a Cañete, no por asedio,
ya tardanza no se compadece en su cólera, sino por asalto, que es
modo de combatir natural a su fiereza. No cubrieron bastante-
ente sus prevenciones, y en tanto que juntaban fuerzas para empre-
tan arriesgada, tuvo tiempo el jeneral Martin Rui de Gamboa, que
hallaba en Cañete, de llamar en su socorro a Lorenzo Bernal, quien
urrió trayendo consigo algunos soldados escojidos con los cuales y
n los indios ausiliares capitaneados de Nahuelhuala, salió a buscar
los enemigos que se habian acertado a corta distancia de la plaza y
rincherado en lugar fuerte.

Miéntras animaba el campo, reparó el mariscal que Nahuelhuala no

llevaba sino arreo y flechas, y le dijo: "me parece Nahuelhuala que v
a la pelea involuntario, pues no llevais las armas que corresponden
vuestro valor;" a que respondió: "no es seña, esa, jeneral, de ir inv
luntario, sino de la confianza que llevo de vencer luego que acome
y de que con las armas que quitare a los que primero venciese he
continuar la victoria." Y dice Pedro Cortez, autor digno de fé, en
manuscrito histórico, que así lo hizo animando a sus amigos, y aterra
do a los enemigos con estremos esfuerzos.

Se componia nuestro campo de cien españoles y doscientos confed
rados: a los españoles mandó el mariscal acometer a la derecha y a l
ausiliares a la izquierda del enemigo, y éstos que tenian a favor suyo
ventajoso del terreno y fortificaciones de la superioridad del número,
defendian y ofendian con su acostumbrado brio y con sus picas q
usan de treinta palmos indignándose de verse incluidos los que habi
salido de sus casas con ánimo y propósito de invasores. Por otra part
los españoles tenian a deshonor que se les dilatara la victoria, y pa
abreviarla comenzaron a quemar con alcancías las trincheras enemig
que eran de fajina y algunas cocinas de paja. Esto puso en constern
cion a los indios que miéntras acudian al fuego perecian a hierro, y
comenzó a declarar la victoria por la parte que atacaban los española
y como los ausiliares llevados de la emulacion en el esfuerzo, encendi
sen el combate por la suya, arrojaron los enemigos las armas y se entr
garon a la huida por todas partes encaminándose a las montañas vec
nas con pérdida de doscientos de los suyos, y casi ninguno de los esp
ñoles por la buena disposicion y brio del jeneral Martin Rui de Gamb
que juntaba en sí todas las prendas de exelente caudillo.

Esta victoria dejó al pais enemigo desnudo de defensa y al arbitr
de los vencedores, que lo talaron a su satisfaccion por espacio de un añ
y aunque eran lastimosos a los mismos que los causaban los daños qu
padecian los indios en la quema de sus casas y sementeras, estraccio
de sus ganados, cautividad de sus hijos y mujeres, y mortandad de l
que podian tomar armas y que el jeneral Martin Rui de Gambo
movido de jenerosidad y piedad cristiana, los convidaba con la paz, n
la quisieron admitir tercos y contumaces en el errado propósito de co
tinuar la guerra y de solicitar la venganza.

CAPITULO XXI.

Entra al gobierno de este reino el doctor don Melchor Bravo de Saravia, que tie
una gran batalla con los indios; y otros sucesos menores.

El año de 1568 comenzó a gobernar este reino, por nombramien
real, el doctor don Melchor Bravo de Saravia mas intelijente de l
negocios civiles que de los militares, y estaban dados a la paz y suj
cion los indios circunvecinos a las ciudades y plazas de la Imperial, co
fines de la Villarica, Osorno y la Concepcion, en las cuales se cojia

los frutos de la tranquilidad y se aumentaba el vencindario con el comercio, se esplotaban las minas con mucha utilidad y poco costo, porque las mas eran de lavadero y sus vetas somias, y se adelantaban las manufacturas, como todo consta de las memorias de aquellos tiempos. Solo los indios costeños y los de Catiraiguen, que es donde está hoi situada la plaza de Santa-Juana, pequeña parte del cuerpo de la nacion, se dispusieron a la continuacion de la guerra, por lo cual me parece no fué demasiado encarecimiento del teson y contumacia de estos indios, el de Santiago Tesillo cuando en su historia escribió que juzgaba que aunque quedase un solo indio en todo Chile, este agusaria la lanza en defensa de su libertad contra cualquiera nacion que intentara violarla Los indios costinos y catiraiguenes levantaron, pues, un cuerpo de 6000 combatientes escojidos y se hicieron fuertes en la cuesta de Marihuenu que llaman vulgarmente de Villagran, como en lugar de buen hospicio para sus armas. El gobernador, noticioso de esta provocacion, mandó que se juntasen las tropas del mariscal Martin Rui de Gamboa y las de don Miguel de Velasco, a quien poco ántes habia conferido el empleo de maestre de campo pasando a Lorenzo Bernal de correjidor de la Concepcion, y se completó un ejército de 260 hombres españoles y 500 ausiliares para desalojar al enemigo. El mismo gobernador quiso mandar en jefe y dirijir las operaciones de esta campaña. Asentóse nuestra jente en un ameno valle que se estiende de oriente a poniente entre la cuesta de Marihuenu, y otra cuesta que cae al norte, en que está hoi la casa fuerte de Colcura. En este sitio llamó el gobernador a consejo de guerra, en que habló él el primero, y no atreviéndose ninguno a desistir, se determinó de su parecer que don Miguel de Velasco con 60 hombres fuese a reconocer el atrincheramiento del enemigo; pero como el mismo Velasco persuadiese al gobernador que seria conveniente oir el dictámen de Pedro Cortez, fué llamado éste al consejo, y preguntado, habló de esta forma:—«el reconocer el puesto del enemigo, ántes de acometerlo, es precepto de la ciencia de la guerra; pero esto ha de ser cuando y en el modo que es posible y conveniente. Yo hallo que estamos hoi en tal constitucion que debemos de ir a ellos, todos o ninguno; porque ir pocos por senda tan estrecha como larga, trae consigo el riesgo manifiesto de ser cortados, y por el mismo caso cautivos o muertos; por eso no puede ser de mi aprobacion el modo que se ha discurrido. No restan sino dos estremos que son o retirarnos indecorosamente y esponiéndonos al daño, que en estos lances necesariamente se ofrece, aunque sea la retirada con el acuerdo que cabe en el arte de la milicia, o acometer al enemigo todos juntos, y esto último es lo que debe hacerse. Hemos venido nosotros a buscar a los indios y los indios a nosotros, pues hagamos a lo que hemos venido; si no queremos quedar para con el enemigo en la opinion de cobardes. A cualquiera le acrecenta el valor el temor ajeno, y la esperiencia que tengo de este enemigo, me ha enseñado que cuando nos reconoce tímidos y demasiado recatados, no hai leon ni tigre que iguale a su fiereza, y si nos vé determinados, atri-

buye nuestra confianza a superioridad de fuerzas, y entra a pelea medio-vencido porque lo ve en su imajinacion. Encumbrémos es monte, y puestos en él contemplando la postura del enemigo, podrem determinar el modo de combatirlo.»

Así habló Pedro Cortez; y el gobernador que ya habia manifesta su inclinacion, atribuyó a falta de respecto el que juzgase diversament y le replicó con palabras poco decorosas y correspondientes al mérito aquel gran varon, a que respondió Cortez, que en donde se trataba d servicio del rei y bien del reino, entendia que debia dar su parecer ll namente sin otras atenciones. Con esto los demas de la junta que no t nian tanta libertad de espíritu por no desviarse del todo de la razon declararse contra el dictámen del gobernador, dieron en la materia corte que no fué de provecho, pues determinaron que subiesen a rec nocer el atrincheramiento de los indios 140 hombres con que dejaron arbitrio de ellos el acometer de los nuestros y no el escusarle: tan pe nicioso es que el superior vote primero en las deliberaciones, y por e afirmando Tiberio en el senado que se diria su parecer sobre un gra negocio; le dijo Pison:—"si votais el primero me faltará la libertad pa dejar de seguiros."

Al dia siguiente a esta consulta siguieron el mariscal y maestre campo con 140 hombres la cuesta de Villagran, otras veces funest los españoles, y llegados a distancia competente de poder reconocer campamento del enemigo salieron a ellos varias tropas que los acom tieron por la frente y costados. El terreno era ventajoso para los ind porque ocupaban el punto superior, y los españoles estaban mas emb razados que unidos dentro de un camino pendiente y angosto, al cual h bian profundado las aguas del invierno; sin embargo como iban en la tr pa soldados escojidos y gobernados de diestros capitanes, se defendi y ofendian al enemigo lo mejor que podian cauteléndose siempre de ser cortados. Pero viéndose en gran peligro se esforzaron a dar la vue para bajar la cuesta, llevando la vanguardia el mariscal Martin Rui Gamboa, y la retaguardia el maestre de campo don Miguel de Velas Los indios cargaron entónces con mas ferocidad con los españoles, p curando ganarles el frente, y acometiéndoles por los costados con mejores tropas, y se encendió una pelea por todas partes.

Aquí cautivaron los indios a un soldado español, lo cual visto Francisco Hernandez Arredondo, dió de espuelas a su caballo contr tropa que lo llevaba, que era como de 200 indios, acuchillándolos tanta fiereza que muertos algunos de los mas determinados, heri muchos y atemorizados todos de aquel prodijio de esfuerzo, le deja libre el preso, y él lo incorporó con la tropa española. Bien conozco a veces refiero cosas que quizás hallaran mas lugar en la admiracion en la fé de los lectores; pero yo pienso de mi no ser demasiado créd y que no debo negar el asenso a lo que refiere en su manuscrito hi rico un testigo de vista, como Pedro Cortez tan superior a la env como a la adulacion.

Al maestre de campo se le cortaron las riendas en lo mas trabado el combate, y el caballo herido y desapoderado lo llevó hasta lo mas enso de los enemigos; pero un soldado valeroso cuyo nombre sentimos gnorar, haciéndose campo con su espada lo libró y condujo a la línea spañola: entre tanto hubo alguna dilacion, y reconociendo los indios a retaguardia sin comandante la cargaron con formidable furor. Pero 'edro Cortez cojió el comando y obró tanto con el consejo y la espada ue puso en buen cobro un negocio casi desesperado, y libró aquel ltimo trozo de su total ruina. Porque animando a los españoles y ablando por sus nombres a los que conocia ser de esfuerzo señalado, es infundió tanto brio, que embistiendo con el enemigo, le mató al priner choque mucha jente, y lo hizo retirar como sesenta pasos. Con sto, quedando el camino desembarazado, bajaron a la llanura en donde, omo en lugar favorable a los españoles por la capacidad para el maejo de los caballos, los enemigos que habian perdido muchos de los uyos, se abstuvieron de continuar el combate, conténtanse con hostiliar a los que se retiraban con los retos y grita que usan en semejanes ocasiones. Murieron de los españoles 44, y 100 ausiliares: pérdida o tan grande como dolorosa, pues se padeció el mal teniendo a mano l remedio. Los enemigos perdieron mas, aunque sintieron ménos su alta por el crecido numéro de los suyos. El gobernador, despues de sta desventura, se retiró con la jente que le quedaba a la ciudad de os Confines, de donde envió al mariscal y maestre de campo con órden e despoblar a Arauco y que su guarnicion que era de 10 hombres con u comandante Gaspar de Barrera, se retirasen a Cañete. Los jenerales salieron a la ejecucion de lo mandado: y al acercarse a Cañete e torna vuelta de su jornada, tuvieron una pequeña accion con un rozo de 600 indios que andaban destacados del campo principal. Los ndios quedaron deshechos, muertos y cautivos, con pérdida de 8 españoles.

CAPITULO XXII.

Refiérense dos batallas que tuvo con los indios el mariscal Martin Rui de Gamboa.

Es tan sobre lo visto y esperimentado en otras jentes, el cargo, teson contumacia, o llámese constancia de los indios chilenos para contiuar una guerra tan sangrienta, y las mas veces mui a costa suya, que onfieso me es fatiga referirlo: como que yo mismo hubiera estado a parte y peligro de los españoles, y como que estas plazas fueran el ismo teatro de la guerra. Pero haciéndome cargo que mas hicieron os nuestros en continuarla y los indios en repelerla que yo en escribirla; rosigo en la narracion de los sucesos militares. A los dos dias que ieron vencidos los enemigos en las cercanias de la ciudad de Cañete, vinieron para ella con propósito de sitiarla 4000 hombres, araucanos arihuenus y tucapeles. Los españoles en número de 120 y 100 ausiares salieron a su opósito y se dieron vista uno a otro campo en las

llanuras de Cuyapuen, lugar no léjos del mar, entre Arauco y Cañete Los españoles haciendo sus conjeturas sobre los sucesos de las batalla pasadas, habian creido estuviesen los enemigos faltos de soldadezca por lo cual cuando vieron su ejército tan numeroso y así mismo ta pocos, comenzaron a temer el trance de las armas, y se redujo el nego cio a consulta. En ésta, aunque los mas fueron de sentir que se escusa sen la ocasion por entónces, con todo eso el mariscal Martin Rui d Gamboa, siguiendo el juicio de Pedro Cortez y Juan Ruiz, capitane de mucha esperiencia, que afirmaban que la batalla era inevitable, s los indios la quisiesen dar, y que no era conveniente evitarles la osadí y confianza con rehusarla de nuestra parte, determinó se embistiese co los enemigos: ellos no anduvieron tímidos ni lerdos, ántes sobre s innata ferocidad, llenos de aliento con la superioridad de su número, s vinieron para los nuestros con ánimo de atropellarlos; pero com nuestro escuadron se mantuviese firme, aunque los indios los cercaro por todas partes, hacian en ellos sangrienta risa con los arcabuces y la picas como en hombres que embestian con temeridad y sin consejo con armas desiguales y poca milicia. Hora y media duró este furor e ellos: al fin de la cual se retiraron dejando en el campo 300 muerto fuera de los que llevaron consigo, heridos y moribundos; y los espa ñoles sin seguir el alcance por su corto número y la fatiga del comba te, descansaron allí aquel dia gozando de los tales despojos de un ene migo pobre, y al otro se retiraron a Cañete.

El mariscal, conociendo que una ciudad tan internada en el pais d enemigo tan contumaz no podria estar mucho tiempo libre de asedi determinó socorrerla buscando granos en la tierra de los indios, miéntra que como pais de guerra estaba talado de amigos y enemigos. Y ha biendo sabido que el valle de Paillatare estaba abastado de alimento se encaminó allá con 100 españoles soldados escojidos y algo mayo número de ausiliares. Paillaturu (a quien solo ahora hallo nombrad en esta guerra) previniendo el suceso como que quien tiene bienes h menester usar de muchas cautelas, y con noticia de la ida del mariscal ocultó en lugares silvestres hasta número de 6000 hombres, los cuale saliendo de su guarida dieron sobre los españoles con su furia acostum brada. Estos como que eran soldados de esperiencia, iban mas sin pen samiento de pelear que sin prevencion, que al que sabe de guer nunca lo ha de hallar la ocasion descuidado. Se mantuvieron unos c otros largo rato: y como los indios ponian toda su confianza en la s veridad de vencer y en la desprevencion de los españoles, al ver que suceso habia engañado sus esperanzas, comenzaron a remitir parte d furor y los españoles a retirarse, con cautela y sin pérdida, que fué f licidad en ocasion que combatieron tan pocos contra tantos enemigo Estos empezaron a seguirlos con tibieza, señal clara de que no co fiaban demasiado en sus fuerzas, y los nuestros llegaron aquel dia a ciudad de Cañete con pérdida de siete hombres, habiéndole muerto enemigo cosa de 600.

Debió de ser esta batalla una de las mas memorables de este rei-
io, como parece de una informacion que se hizo ante el doctor Pe-
alta, oidor de la real audiencia, a peticion de nuestro Hernandez que
n ella se halló y peleó esforzadamente, como así mismo los testigos
Diego Cabral, Julian Carrillo, Agustin Romero, Juan Negrete y
Juan Gomez, en que está bien espresado cuanta prisa dieron los indios
los españoles, y cuan valientemente hubieron menester pelear estos
ara no ser desbaratados y vencidos de número tan superior de enemi-
os fieros y enconados y en caso tan inopinado.

CAPITULO XXIII.

'ide socorro el presidente al virei para proseguir la guerra; y eríjense dos catedrales en Chile.

La primera desventura que tuvo el presidente al ingreso de su go-
ierno en la cuesta de Villagran por querer gobernar las armas el que
abia empleado toda su vida en las letras, lo que suele acarrear suce-
os infelices, como que el baston rara vez se hermana bien con la toga,
e hizo abrir los ojos para encomendar los negocios militares a los
oldados. Siendo de aquellos felices a quienes halla atentos y dóciles
enseñanza de los sucesos, tambien tuvo otra calidad precisa en
uien gobierna, que es saber elejir los ministros; pues de poco prove-
ho será que el que gobierna obre justa y piadosamente por sí, si el
nstrumento obra impía, cruel y temerariamente: estos quieren tener
nucha mano para el castigo y no tienen alguna para el premio. Como
rdinariamente son de pocas obligaciones, no quieren considerarlos ni
tenderlas en el que las tiene; aun no atienden al respecto divino, por-
ue tambien se junta esta felicidad a la baja y mala crianza, de mirar
los pueblos como rendidos por súbditos, y como menospreciados por
jenos.

Son de aquellos que solo pretenden su aprovechamiento, sin cuidar
e lo mismo que se lo dá, como el arrendador que descuida del cultivo
e la viña ajena, atento solo a disfrutarla. No lo hicieron así los minis-
ros que fueron de la eleccion del doctor don Melchor Bravo de Sará-
ia, quien para los negocios de la guerra señaló a los ya nombrados
ombres, insignes en todas virtudes militares y dignos de que les con-
iasen cosa tan grande, como la defensa y aumento del estado. Y para
as cosas de justicia en las partes remotas del tribunal de la Real Au-
liencia, envió al licenciado Egas Venegas eleccion que acreditó al elector,
ues visitando las ciudades y plazas desde la Concepcion hácia el polo,
ejó establecimientos tan píos y cristianos a la enseñanza y buen trata-
niento de los indios: y tan prudente y económico, en órden al cobro
le la hacienda real, que para facilidad del gobierno en estos dos puntos
an principales no se puede desear otra cosa que su ejecucion. En este
ño despachó el presidente a don Miguel de Velazco a pedir al virei,

que era don Francisco de Toledo, socorro de jente con mira de continuar la conquista y pacificacion, con fuerzas bastantes a darle cabo; y el virei remitió con el mismo enviado 200 hombres de buena calidad que para aquellos tiempos fué un ausilio de mucha consideracion.

En los tiempos en que vamos se fundaron, con diferencia de pocos años, dos iglesias catedrales: la de Santiago en el de 1560, cuya narracion hemos dejado hasta aquí para dar de por junto las noticias de las cosas eclesiásticas. Se edificó la iglesia en la mejor forma que permitian unos tiempos turbulentos, con mucho ménos primor del artificio y riqueza de la materia que la que al presente se levanta a espensas de nuestro grande y piadoso monarca don Cárlos Tercero, y del relijioso prelado el ilustrísimo señor don Manuel de Alday y Aspee. Aquella se costeó con 24,000 ducados que dieron los vecinos de la ciudad, y puso la primera piedra don García Hurtado de Mendoza, marques de Cañete, entónces gobernador de Chile, y despues virei del Perú: fueron testigos el licenciado Vallejos, maestro de escuela de la iglesia de la ciudad de la Plata, el licenciado Valderrama, tesorero de la de Quito, el maestro frai G. Gonzalez Dávila, del órden de predicadores, y los reverendos padres frai Diego de Chaves, frai Juan Gallegos, frai Cristóbal de Rivadeneira, todos tres del órden seráfico, el reverendo padre frai Antonio Correa del órden de redentores y muchos nobles de la ciudad. Fué su primer obispo don frai Fernando de Barrionuevo, relijioso francisco natural de Guadalajara, hijo de Francisco Barrionuevo, y de doña María Calderon. Fué admitido al hábito en el convento de San-Francisco de Talavera, y vivió en su relijion con ilustre crédito de docto y observante, por lo cual fué ocupado dentro de sus claustros en los oficios y prelacías de mayor confianza, y despues presentado por el rei Felipe segundo para el obispado de Santiago: gobernó su iglesia 18 meses con mucho provecho de su rebaño: murió con sentimiento comun, y se le dió sepultura en su catedral, en donde descansa su santo cuerpo.

La sede episcopal de la Imperial y Concepcion se fundó el año en que vamos de 1570. Fué su primer obispo don frai Antonio de San-Miguel y Vergara, asi mismo del órden del seráfico, como el de Santiago. Nació en Indias: fué su padre el doctor Antonio de San-Miguel. Fué provincial en el Perú con rara modestia y esacta observancia miraba tanto por la pureza de su conciencia que se confesaba tres veces cada dia. Felipe II, príncipe de admirable prudencia para la eleccion de ministros y prelados, lo presentó para el obispado de la Imperial, y lo consagró el obispo de los Reyes don frai Jerónimo de Loaysa. Asistió al concilio provincial que celebró en 1583 en la ciudad de los Reyes Santo Toribio Alfonso Mogrobejo. Hizo renuncia de su obispado por retirarse a la amada quietud de su celda y darse mas al trato con Dios; mas no admitida, fué promovido para el obispado de Quito que no logró el benéfico influjo de su celo pastoral por haber muerto tres jornadas ántes de llegar a su iglesia en la villa de Riobamba, año de 1592 a 7 de noviembre. Su santo cuerpo fué llevado con grande honra y acompa-

ñamiento a la santa iglesia de Quito, y en ella se guardan sus cenizas con grande veneracion.

CAPITULO XXIV.

Padece el obispado de la Imperial un grande terremoto.—Voto que hacen los vecinos de la Concepcion; y se trata del gobierno civil y eclesiástico de aquellos tiempos.

Fatal fué el año de 1570 para el reino de Chile, por el espantoso terremoto que se sintió en él, cuyos funestos efectos esperimentó mayores el obispado de la Concepcion; mas en esta ciudad acrecentó sus rigores la comun calamidad, porque el mar saliendo de madre como aliado con el elemento de la tierra contra los míseros mortales, acabó de asolar los edificios sagrados y profanos, que habia perdonado el terremoto. Y aunque estos tristes efectos tienen su principio en la misma naturaleza, con todo eso, conociendo católicamente los vecinos de la Concepcion que la causa primera se sirve de las segundas como de haberes de su justicia, o no les prohibe obrar segun su natural exijencia y cuerpo ordinario, aunque ninguna redunde en ruina de los mortales cuando la enmienda no se acoje al asilo de la misericordia, acordaron obligarla elijiendo a algunos de los moradores del cielo que tomase el cargo de interceder por los llorosos y arrepentidos. Echando cédulas repetidas veces, salió en todas ellas y al parecer no sin especial providencia, electa por abogado la poderosa madre de Dios en el misterio de su dichosa natividad. Hecha la eleccion, votaron construirle una ermita de los propios de la ciudad, ir todas las tardes de los miércoles de ceniza a vísperas solemnes procesionalmente toda la ciudad, y el dia siguiente guardarlo por festivo con misa cantada y sermon en que se refiriese la calamidad que dió causa al voto. Este fué hecho por el licenciado Juan Torres de Vera y el doctor Diego Nuñez de Peralta, oidores de la real audiencia, el padre Martin del Cais, cura y vicario, el padre frai Francisco Romero, vicario provincial de la Merced, Alonso de Alvarado, correjidor, Gomez de Lagos y Diego Diaz, alcaldes ordinarios, Pedro Pantojas y Pedro Gutierrez, rejidores, y Antonio Losano escribano, Fernando de Nuebla y Diego de Aranda, que con otros muchos vecinos firmaron lo acordado, en 8 de junio del año en que vamos.

El tribunal de la real audiencia administraba rectamente justicia y con brevedad, que es otro acto de esta virtud mui debido, pero en que poco se repara, como si aun cuando no resulte otro daño a las partes que el dispendio del tiempo, no fuera mui sensible pérdida. Puédese atribuir el espedito curso de los negocios judiciales de aquellos tiempos de que en ella no habia la turba de abogados y escribanos que ahora se padece como plaga, los que hacen segun su conveniencia, oscuro lo claro porque tienen mas abundante pesca en rio turbio, y procuran y consiguen que sean eternos aquellos litijios de que sacan sus aprovecha-

mientos. Pero mas ciertamente viene el mal de la corrupcion de co tumbres, que en todo se reconoce van a peor; y mui especialmente e aquella especie de oficios, cuyos profesores no pueden vivir sino con miseria ajena. Desdichado oficio aquel que induce a pecado, y mas de dichado el que lo ejerce; pero de estos abusos, mas fácil es el lamen que la enmienda.

El celoso pastor don frai Antonio de San Miguel quiso conocer rebaño que el príncipe de los pastores habia puesto a su cuidado, visitó toda su vasta diócesis con admirable fruto de ella; pues fuera que administró el sacramento de la confirmacion a mas de cien n almas, publicó, de acuerdo con los señores de la real audiencia, ley mui saludables para la reforma de las costumbres de los españoles para la cristiana enseñanza y buen tratamiento de los indios.

En el año de 1573 se presentó ante su Ilma. el capitan Pedro C mos de Aguilera, haciendo relacion de los beneficios temporales y e pirituales que habia hecho a los indios de su repartimiento en reduci los a pueblos para solicitarles las conveniencias convenientes de vida y facilidad de la enseñanza, en poner en dichos pueblos jen española para su defensa contra las invocaciones de los indios de guer en proveerles de ministros espirituales que por el camino de la fé y l divina los guiasen al cielo y con el bien que no obstante haya hec estos y otros beneficios a sus indios encomendados, le quede algun r mordimiento si acaso no ha dado todo el lleno a su obligacion, y pi que su ilustrísima le multe en lo que debe hacer en beneficio de ell por recompensa de lo que hubiere omitido. Lo cual visto por su ilu trísima, acordó obligarlo a que hiciese en los pueblos de su repartimie to siete iglesias parroquiales y un hospital, señalando el mismo obispo materia y forma de su fábrica y los fondos de su subsistencia; y dicho capitan Pedro Olmos de Aguilera aceptó la multa por via compensacion, y se obligó a ponerlo luego por obra, de que otor escritura que pasó ante Juan Rodriguez notario público. Esto se dicho para edificacion del comun, y para reputacion de aquellos jéni mordaces, cuyo oficio es el de ladrar, que no saben hablar de los pr meros conquistadores, sino con ignominia y que pretenden mostrar elocuencia en materia tan fácil, como es la de decir mal, en especi cuando se ayuda la maledicencia de ficcion que llena los vacios d la ignorancia antigua con las falsas presunciones de una imajinaci abierta.

CAPITULO XXV.

Levantamiento de los indios del Cubuquital y Villarica, y su castigo.

Con prosperidad corrian las cosas del reino a beneficio de la pa en cuyo bienaventurado ocio se acrecentaban los bienes, se multiplic ban los pobladores, se desenterraban los preciosos metales, se cultiv

an los campos, se fundaban nuevas colonias y se adelantaban las ma-
ıfacturas que los conquistadores celosos habian introducido a los
ıeblos de sus repartimientos. Cuando los indios del Cubuquital, parte
el repartimiento de Hernan Paez, rompieron la guerra con tan estraño
revimiento, que solo se puede creer porque se vió; pues no parece
ıber en lo verosimil que una corta reduccion, sita entre las ciudades
e los Confines y la Concepcion, a las cuatro leguas de ésta, quisiese
robar la mano con los conquistadores de todo el reino, y provocar
ontra sí las armas victoriosas de los españoles. Y aunque tuviera dis-
ılpa esta temeridad si les hubiera obligado a ella el despecho nacido
e los agravios y vejaciones, he de creer que tal no esperimentaria
niendo tan cerca un tribunal como el de la real audiencia, que siem-
re ha velado en la defensa e indignidad de los indios. Y así es de
eer que no tuvo otra causa aquel levantamiento, que el deseo de
ximirse de la sujecion y el aborrecer como muerte una vida que
ırecia de libertad.

Luego que se supo estar estos indios en armas, salió el maestre de
ımpo Lorenzo de Bernal a su castigo con 1500 españoles y 20 ausi-
ıres. Hallólos fortalecidos en la cima de un monte que solo tenia una
ıbida, y ésta la habia atajado con un buen trincheron. Por aquí los
cometia Bernal: los indios se defendian valientemente peleando en
ompañía de los varones, las mujeres que desmentian la flaqueza y
ebilidad del sexo con acciones esforzadas, ardiendo en coraje en me-
o de los armados escuadrones y emulando el valor marcial de las
ıtiguas pendencillas; a los indios les doblaba el valor el grande que
eian en el sexo femenino, y el no esperar perdon despues de un
vantamiento tan por estremo osado. Pero esto no era mas que dila-
r la victoria a los españoles para que la ejecutasen mas sangrienta
ı castigo de una loca confianza. Despues de una hora de combate,
rzaron la trinchera, y los indios se retiraron a un ángulo en donde
rosiguieron peleando a cuerpo descubierto. Pero, viendo que morian
ıuchos de los mejores, huyeron los que pudieron a los bosques vecinos,
se concluyó la pelea. Murieron 300 personas, y cautivaron 200,
ompletando mujeres, el número de los muertos y prisioneros, de las
ıales en la noche siguiente a la batalla tomaron muchas la muerte
or su mano, colgándose con sus mismas fajas. Así se allanó el levan-
miento de los indios del Cubuquital.

Por el mismo tiempo, algunas reliquias de los ejércitos vencidos en
s guerras pasadas, se habian acojido a las selvas adyacentes a la Villa-
ca: ya componian un trozo que podian causar recelos de mayor em-
eño, y hacia daños ejecutando sus golpes de sorpresa en los indios
ıjetos. El gobernador dió órden a Gregorio Bastidas, correjidor de la
'illarica, para que saliese a sujetarlos, y él lo ejecutó con buen suceso;
orque hallando a los enemigos descuidados gozando de los despojos
ordos en las pasadas interpresas, y acometió y desbarató despues de
ıa breve resistencia que hicieron los mejores, y habiendo quitado a

muchos la vida en el avance, y cautividad a otros, hizo que pagasen en la horca o a cuchillo los inventores de la rebelion, perdonando a la muchedumbre simple y engañada.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

Suprímese el tribunal de la real audiencia.—Viene de gobernador Rodrigo de Quiroga.—Infesta estos mares el corsario Francisco Daque.

Por el mes de junio de 1575 llegó al reino con título de visitador de la real audiencia, el licenciado Calderon, quien suprimió el tribunal por no considerarlo necesario, que otras causas no hubo, y se pasaron a Lima el presidente y oidores; pero su falta luego se conoció con que unos ministros tan superiores al empeño y al cohecho, administran siempre mejor la justicia que los jueces menores, y, digámoslo así, sub-lunares espuestos a todas las impresiones de los bajos elementos, y distantes de Astrea, como que ella mora en los cielos. En Chile se echó mui especialmente ménos este tribunal: cuando años despues de su supresion quitaron los indios la vida con acechanzas al gobernador don Martin García, pues caso de haberlo entónces como por falta del capitan jeneral recaia en la real audiencia el gobierno de las armas, segun una lei de las recopiladas de Indias, hubiera con su piedad y respeto, dado eficaces disposiciones con que atajar el torrente de las victorias que ganó despues de aquella fatalidad el enemigo. Mas muerto el gobernador, y no supliendo su falta el gobierno de la real audiencia, quedó el reino como huérfano en poder de tutores insuficientes y menores que la necesidad, y así llegó a estar cerca del último término de su total ruina con la muerte de sus mejores soldados, con la desolacion de ciudades florecientes, con la demolicion y abandono de las plazas, con la profanacion de las iglesias, con la cautividad de los sacerdotes y de las vírjenes consagradas a Dios, como todo se verá en su lugar.

Para sucesor del doctor Melchor Bravo de Sarávia en el empleo de gobernador y capitan jeneral, nombró Felipe II a Rodrigo de Quiroga, quien fué recibido luego a su ejercicio en la ciudad de Santiago, y envió su poder a Gomez de Lagos para que se recibiese en su nombre en la Concepcion. A los indios consternó desde luego el nuevo gobierno de Quiroga, como que en los antecedentes habian esperimentado con dolor suyo las ventajas que sacaban los españoles gobernados por caudillo tan esperto, por lo cual los indios sujetos se confir-

maron en los propósitos de la obediencia, y los alterados señalaron cortos límites a la amplitud en sus esperanzas. Luego que el gobernador fué admitido al gobierno en Santiago, hizo llamamiento de jente y con la mas que pudo se vino para la frontera con intento de hacer sentir a las provincias de Arauco y Tucapel que habian comenzado a rebelarse, los efectos de las guerras. Los indios que no se reconocian con fuerzas bastantes para oponerse a las del gobernador, se retiraron a los bosques dejando sus casas, sementeras y ganados al arbitrio de los españoles que con las talas de las haciendas castigaron la pertinencia de sus dueños.

Por este tiempo pasó a estos mares el famoso corsario Francisco Draque: salió de Inglaterra en el año de 1577 a 13 de setiembre con con dos naves de guerra, y a 20 de agosto del año siguiente arribó a la boca del estrecho de Magallanes; no pudo embocar por la contra division de los vientos hasta 24 de dicho mes; y desembocó a la mar del sur en 6 de setiembre. En ella hizo los daños y presas que pudo en navios de particulares, y dando la vuelta para Filipinas, habiendo rodado toda la América, llegó con felicidad a Lóndres, porque aunque el virei don Francisco de Toledo envió en su seguimiento con dos naves bien armadas y proveidas de jente a Pedro Sarmiento, capitan osado y de mucha esperiencia en las guerrras navales, este enderezó las proas al paso estrecho pensando que el Draque saliese por donde habia entrado; y no alcanzándolo, pasó a España informando él los peligros de la América por la sed de los ricos metales que iba encendiendo en los estranjeros la fama de sus ricas minas, como que ellos son la verdadera manzana de oro que arrojó la discordia sobre la tabla del mundo. Y satisfecho de la prudencia y espíritu de Pedro Sarmiento volvió a enviarlo el rei a Chile con 2000 hombres en 23 naves, y por jeneral a don Diego Flores de Valdes, con órden de fortificar a Chile y al Perú. Para esto mandó el rei se fundase una ciudad a la boca del estrecho, en la cual quedase de gobernador Pedro Sarmiento, y se fundó con nombre de San-Felipe en el puerto que los holandeses llamaron Pulcherrimo, en la boca oriental a la parte septentrional que es tierra firme continuada con el continente de Chile. Pero esta ciudad no tuvo duracion, ya sea que el estar mui distante de las otras poblaciones la sujetaba todas las incomodidades, y le alejaba los alientos de la vida, o que el clima por estremo helado e inclemente, no permitia el multiplico de los ganados, ni el maduro de los granos: o que este mismo frio fuese en grado tan intenso que quitase la vida a los pobladores, acostumbrados a temperamento mas benigno.

CAPITULO II.

Trátase de los celebrados Césares.

Los pobladores de esta ciudad, o los náufragos de tres naves que se perdieron en el estrecho de una escuadra que enviaba el obispo de

Placencia a las Molucas, o estranjeros que han padecido la misma calamidad en estos mares, pueden haber procreado mestizos en la tierra firme vecina al estrecho. Y si a estos dan el nombre de Césares, convengo con los autores que afirman su existencia en que parecen en el color y en la fisonomía estranjeros. Porque si vemos tan larga descendencia de los españoles cautivos entre los indios, que no será encarecimiento afirmar que hacen ya la cuarta parte del grueso de esta nacion, y estos tan semejantes a los españoles de donde vienen que no se diferencian sino en el idioma ¿por qué no hemos de creer que tantos náufragos como han salido a la parte septentrional del estrecho y a naciones de indios que nunca han tenido guerra con europeos, hayan hallado en ellos buena acojida y procreado mestizos de la junta con mujeres del pais? Si a estos llaman Césares, digo que los hai y no pocos. Mas si pretenden que haya Césares, que sea nacion separada de los demas indios en el distrito, gobierno, leyes, costumbres, poblaciones, relijion y en lo demas que distingue a las naciones de Europa de las de este continente, digo llanamente que se engañan, porque ¿qué nacion es ésta tan política como dicen, y que nunca ha solicitado modo de comunicarse con otras que le son? ¿Cómo nunca ha salido ninguno de este pais a dársenos a conocer cuando hai tantas ocasiones y causas para ello, ya por el apetito natural a los hombres de conocer y saber, ya por el propósito de mejorar de fortuna, mudando de mansion, ya por evadir en territorio ajeno el castigo merecido en el suyo propio? No creo que haya provincia alguna en toda la América cuan grande es, ni aun en toda Europa, de la cual no se haya visto algun individuo en Chile: y solo de los Césares no vemos alguno cuando nos aseguran que estan no en la última Tula, si no tan cerca que casi los tocamos con las manos pues lo que dicen de sus ciudades, templos y riquezas, es otro aserto que pugna con toda buena razon. Vemos por esperiencia que muchos de los pueblos y aun ciudades de Chile que estan, digámoslo así, en la luz pública y que tienen comercio con otras de este continente, y aun con muchas de Europa, estan en tanto desgreño que apénas parece lo que son, y que los mas de los descendientes de los antiguos pobladores propenden a pasar la vida en las heredades del campo, siendo necesarias y aun no bastando para que se reduzcan a poblado las amenazas y penas de los que gobiernan, y que apénas se ve cosa bien dispuesta en el gobierno, o bien ejecutada en las artes o adelantadas en las ciencias, oculta en la política, o loable en la vida cristiana que no sea, hemos de confesarlo, plantada y dispuesta por hombres de Europa. ¿Y creemos que los pretendidos Césares escondidos en el mayor retiro del mundo, sin comunicarse con otra parte de él, sin mas trato que el de las jentes bárbaras, se mantienen en tanta política y perfeccion de república? Yo a lo ménos no lo creo. Decia aquel otro filósofo a la hermosa ramera: "a voz os siguen mas, y amí ménos, porque los llevais cuesta abajo; y yo cuesta arriba." Pues esto pasa puntualmente en la vida política y cristiana, el entablarla y seguirla es de mas dificul-

tad que el modo de vivir, segun el vario y loco capricho de los hombres; y así en la comunicacion familiar de personas de contraria conducta, se ve que mas frecuentemente imitan los buenos el libertinaje de los malos, que no los malos el arreglamiento de los buenos, de la manera que las dolencias suelen pegarse por contajio a los sanos, y no la salud a los dolientes. Esto he dicho para concluir que estando los Césares, como afirman estar, cercados de naciones de indios bárbaros, y que así no les queda relijion en la integridad y pureza que requiere la cristiana, ni gobierno justo, ni política culta, ni mui frecuentada: y que esta provincia o ciudad de Césares en el modo que nos la pintan, es otra república de Platon que nunca ha tenido consistencia, sino en la imajinacion, y que debe relegarse al pais de las fábulas.

CAPITULO III.

Adelantamiento de los haberes del reino en fábricas y minas.

En el fin del gobierno de Rodrigo de Quiroga se descubrieron en el territorio de la ciudad de Osorno unas minas de oro que llamaron de Ponsuelo, de tan subidos quilates que convidaba a los estraños a su solicitud, y se estraia todo del reino. Por este motivo, Francisco de Castañeda, vecino de la Concepcion, propuso por arbitrio (como consta del segundo libro del cabildo de aquella ciudad) que se bajase a seis quilates ménos, para que se hiciese ménos apreciable, y no tan buscado. Estas minas quedaron, con la desolacion de Osorno, en poder de los indios, y se mantienen hoi dia ignoradas; porque esta jente tiene a la pobreza por ausiliar de su seguridad, como el pescador Amielas que consideraba libre su cabaña de las armas victoriosas del César, porque no habia en ella cosa que convidase a la codicia. Atras dijimos que en la Concepcion hubo privilejio real para acuñar oro, y ahora inferimos de lo poco que este privilejio estuvo en uso, porque sin eso no podria ser de utilidad el arbitrio de Castañeda, como que no reduciendo el oro a moneda habia de quedar en el estado de las otras especies que se permutan o se venden, y así si cuando propuso Castañeda su arbitrio de bajar el oro de Ponsuelo a seis quilates ménos, hubiera estado en uso y ejercicio el privilejio de sellarlo, hubiera sido la proposicion mui inútil, pues lo que le quitasen de lei, le habrian quitado de valor, y no se conseguiria que no se estrajese. Tambien en la ciudad de Santiago se trabajaban por este tiempo las minas de oro y de plata, y se comenzó a entablar la labor de la jarcia, y que en años en que su misma abundancia no la envilece, es de mucha utilidad a sus dueños.

CAPITULO IV.

Fúndase la ciudad de San-Bartolomé de Chillan.

Por este tiempo el presidente Rodrigo de Quiroga dió órdenes y poderes a su yerno el mariscal Martin Rui de Gamboa para fundar una

ciudad y fortaleza que sirviese de frontera contra las avenidas de los pehuenches, y fundó la ciudad de San-Bartolomé de Chillan en 1580, poblándola de jente de honra y esfuerzo, como era necesario para hacer oposicion a dos naciones tan belicosas. Despues, el año de 1655, la desampararon los vecinos porque estando infestada de peste, fué acometida por un numeroso ejército de indios acaudillados por Putapichun, y no obstante el contajio, se defendieron tan animosamente que Putapichun no pudo ganarla. Sabiendo que éste volvia a su tierra a levantar mas jente para volver a la empresa no quisieron aguardarlo por juzgarse insuficientes para segunda resistencia, y habiéndose retirado a Maule, volvieron a poblar la ciudad nueve años despues, en cuya reedificacion se halló de capitan de una compañía de a acaballos don José Basilio de Rojas, cuya relacion histórica, compuesta en gran parte de las cosas que él mismo vió y manejó, nos sirve mucho para la averiguacion de la verdad, y porque este autor vecino a aquellos tiempos, fija la primera poblacion de esta ciudad en 1580 no hemos de sentir a la declaracion de don Pedro Figueroa que le da un año mas de antigüedad; pero lo seguirémos en la narracion del hecho de su fundacion, y en la descripcion de su pais, pues es digno de fe por verídico e imparcial, y dice así en su historia manuscrita en tiempo calamitoso por las guerras. «Dispuso el gobernador fundar una ciudad, y le dió asiento veinte leguas de la Concepcion, mas para el tráfico en 36 grados de elevacion, casi en la promediacion del reino en un jénero de península que hace el caudaloso Ñuble y el rio de Chillan, en cuya derechura, que habrá dos leguas del uno al otro, hai un plan de notable lonjitud, tan fértil y ameno, que parece se esmeró y desveló la naturaleza, pues representa un abreviado paraiso con cuantos agrados puede apetecer el deseo. En éste delicioso valle, a orillas del rio de Chillan, que es de moderado caudal, fundó la ciudad de San-Bartolomé de Chillan Martin Rui de Gamboa. De las primeras justicias, y el vencindario que tuvo al principio, el dia de hoi se ignora, porque la desolacion y abandono que de ella se hizo en el año de 1655 consecutivo a la sublevacion jeneral de los indios, lo sumerjió todo en el olvido, haciendo mas sensible este trabajo el estar la ciudad contajiada; y fué tal la confusion que dejaron enterrada en un tremedal una imájen de San-Sebastian que se venera hoi en la plaza de Yumbel. Todo el distrito de su jurisdiccion está bien poblado, y es mui abundante de granos y de ganados mayores y menores. Hai en la ciudad un cura y cuatro conventos de relijiosos, gobiérnala un correjidor que es lugar teniente de capitan jeneral y cabildo con todos los oficios consejiles: habitan nobles familias. Es un rio tan benévolo que tienen fácil estraccion sus aguas; casi sin dispendio y al arbitrio de sus habitadores se puede regar la vasta estension de sus campiñas que por sí son tan fértiles que rinden a ciento por uno con el neglijente cultivo; y en lo mas de su jurisdiccion se esperimenta esta abundancia. Hai muchos jardines dentro y fuera de la ciudad. El agua del rio es mui selecta y de tan singular claridad que casi sin estorbo de ella se re-

jistra al plano de sus raudales y los pejes que lo surcan, de que hai abundancia entre ambos rios. Opúsose el cabildo de la Concepcion al establecimiento de esta nueva colonia, por temor de que con su ocasion se disminuyese su vecindario. Mas el gobernador la tuvo por necesaria, como lo es y ha sido, y en la calamidad que arruinó las ocho ciudades se efectuó ésta siendo mas reciente porque no pudieron los indios rendirla, aunque sus vecinos la desampararon con poco acuerdo, y volvieron a reedificarla poco despues.» Esto dice de la ciudad de San-Bartolomé de Chillan don Pedro de Figueroa, y yo no he querido omitirlo ni mesquinar a mi patria el justo elojio que le dá un estraño. Pero no quiero poner nada de mio, ni alargarme mas en esta materia por no caer en el error de aquel sofista que se jactaba de hacer descripciones largas de cosas pequeñas: a quien reprendió un rei de Esparta diciendo así:—"vos si fuerades zapatero, hicierades para un pié mui pequeño un zapato mui grande.»

CAPITULO V.

Muere el gobernador Rodrigo de Quiroga; señaló en su lugar a Martin Rui de Gamboa; comienza este gobernador, y viénele de sucesor don Alonso de Sotomayor.

Con muchos aciertos en lo político y militar y muchas virtudes en lo cristiano, manejaba las riendas del gobierno Rodrigo de Quiroga cuando le llegó la noticia de su próxima muerte, que él miraba mui cercana, avisado de sus muchos años. Gobernó el reino tres veces: la primera cuando le entregó el baston don García Hurtado de Mendoza: la segunda por nombramiento de la audiencia de los Reyes: la tercera por real despacho con título de adelantado y facultad de mandar sucesores. En virtud de ésta, dejó el mando a su yerno Martin Rui de Gamboa, de cuyo oríjen vienen los Gamboas de la ciudad de Santigo: familia antigua y noble por ámbos abuelos, aunque no está hoi, por falta de haberes, en el esplendor que corresponde a su nobleza, ni en toda la estimacion antigua, porque hemos llegado a tiempo, en que se atiende mas a la cantidad que a la calidad.

Por marzo de 1580 se recibió del gobierno Martin Rui de Gamboa, y luego pasó a la frontera en donde consideraba mas necesaria su presencia para reformar los abusos que trae consigo la vida de soldados en las costumbres y en la misma disciplina militar. Llegado a la ciudad de Cañete, despachó desde ella varios destacamentos que hiciesen entradas al pais enemigo, que se hallaba en constitucion de no poder hacer guerra ni querer admitir la paz, contento con dividirse por las selvas y breñas para inutilizar la fuerza de los españoles, no hallando cuerpo contra que operar. Sin embargo, el arbitrio que tomó el gobernador de enviar piquetes de soldados a incomodar al enemigo, fué como dictado de su mucha esperiencia, y el mas propio de la ocasion. Se hicieron en estas corridas mas de 200 prisioneros, y otros que solo

estaban acompañados del mucho valor, propio de los indios chilenos: murieron con las armas en las manos, por no querer darse a partido.

Tres años poco ménos duró el gobierno interino de Martin Rui de Gamboa, y por el mes de junio de 1583 llegó a Mendoza don Alonso de Sotomayor, caballero del órden de Santiago con 600 hombres que enviaba Felipe II con el propósito de hacer la guerra con las veras que requeria un enemigo de tanto esfuerzo y teson, y porque la estacion del año no daba lugar a que el gobernador pasase la cordillera hasta que el sol deshiciese las nieves, envió su poder para que en su nombre gobernasen varios sujetos de mérito, que fueron: Lorenzo Bernal, Alonso Reinoso, Gaspar de la Barrera, Pedro Lisperguer, Pedro Alvarez, Diego García Maldonado, que en el mando igual de muchos juntos, se entendieron entre sí con admirable, y pocas veces vista, conformidad. No hizo mencion de Martin Rui de Gamboa, aunque era para mucho y habia dado mui buena cuenta, siendo el gobernador antecedente o porque los émulos (que nunca faltan a los que mandan) lo pusieron en mala opinion con el sucesor, oscureciendo su merecida gloria, o porque se viese tan bien en este grande hombre la rectitud de las cosas humanas y que tenemos la dicha prestada y al quitar, o porque no careciese la posteridad de un ejemplo de grandeza de ánimo i superioridad a la adversa fortuna o conformidad con la divina disposicion, pues en efecto se obró en este desaire con mucha injerencia y alto disimulo.

El gobernador llegó a Santiago por setiembre de 1583, y tuvo noticia como los indios desasosegaban a los españoles de Valdivia y Villarica. No quiso que tomase brio la insolencia con verse tolerada, y prontamente envió a su hermano don Luis, a quien traia consigo de España, con 180 hombres al socorro de las ciudades, y a que ejecutase en los indios el castigo competente de estos, y arbitrio absoluto de todos los negocios de la paz y la guerra. Era Alonso Diaz mestizo desertor, que o por justa quejas no satisfechas, o por deseo de mas libertad, o por ambicion de mando se habia pasado a las banderas de los bárbaros, y con un ejército de 2000 hombres se puso de celada en un paraje llamado la Quebrada Honda, paso necesario a la tropa española que se encaminaba a la Villarica. Allí se vieron los españoles de repente acometidos por la vanguardia, retaguardia y costados peleando a un tiempo contra el número superior y contra el lugar fragoso y estrecho; pero era don Luis de ánimo tan excelso y despejado que sin hallar embarazó en tantas dificultades, dió tan acertadas las órdenes, y los suyos que eran jente escojida, las ejecutaron con tanta intelijencia y ánimo, que reconociendo los indios que eran inútiles sus esfuerzos, se retiraron despues de media hora de un empeñado combate, maldiciendo a Alonso Diaz y su suerte, y exajerando a los indios, porque con toda su ira y persuasion, no habia podido contenerlos mas constantes en la pelea; y desde entónces se le traslució que en don Luis y en su hermano el gobernador se le prevenia sus émulos que habian de cortarle todas sus palmas, y marchitarle todos sus laureles. Con esto, desembarazado el camino, prosi-

gieron los españoles el suyo, hasta dar socorro a las ciudades amenazadas.

CAPITULO VI.

De algunos reencuentros de indios y españoles.

Estos adversos golpes de fortuna que esperimentó el enemigo al ingreso del nuevo gobernador, en lugar de abatirle el ánimo se lo recreció; y el ya conocido valor de los jefes españoles, les parecía darles a ellos ocasion de una gloriosa competencia, y obligarlos a mayores esfuerzos de ejemplos para restituir la gloria menguante de sus armas al esplendor pasado. Y porque don Luis hacia la guerra incesante y violenta, acordaron ellos defenderse por entónces con flema que contra el ardor no suele haber igual remedio que la lentitud de sábios. Con este consejo, se retiraron a una cima alta y despejada en su cumbre, rodeada por toda la circunferencia de precipicios con solo una subida angosta y pendiente como aquella roca en que se fortaleció Arimalec contra Alejandro el Grande, y en ella recojieron bastimentos para mantenerse, hasta tanto que amortiguando el tiempo el brio del español, les diese ocasiones de mejorar su fortuna y el estado de sus armas. Pero don Luis que entendió el propósito de los indios, caminó luego con su campo a desalojarlos. Se principió la accion acometiendo los primeros los rodeleros y arcabuceros españoles: y no obstante que los indios impedian la subida, arrojando infinidad de dardos, desde la cumbre llegaron unos y otros a las armas cortas: y aquí en el empeño de espugnar y defender, se pasó una hora larga, hasta que los españoles estimulados de la costumbre de vencer, y de la presencia y hechos de don Luis que se ponia a todos los riesgos, rompieron la batalla que parecia impenetrable de las picas de los indios y los hicieron huir con precipitacion a un ángulo del plano superior por último recurso; pero rara vez se vuelve prontamente del temor al esfuerzo; y tambien aquí fueron desbaratados con mayor mortandad y total rota. Murieron los mas, parte al acero español, parte despeñados furiosamente, y parte quitándose las vidas con sus mismas armas, en donde se repitió el espantoso ejemplo de los aguntinos y numantinos. Escaparon pocos y entre ellos su caudillo el mestizo Alonso Diaz para causar con su vida desastrada mayores ruinas a su mismo partido.

Por otra parte andaba Tiburcio Heredia, cabo de esperiencia y valor, haciendo sentir los efectos terribles de la guerra a los enemigos. Y estos obstinados en su misma infelicidad, no hallándose suficientes para hacerle oposicion en campo raso, lo aguardaron en un camino estrecho dominado a una y otra parte de cumbres inminentes, y aquí pelearon los indios con desesperacion de hombres perdidos. El reencuentro fué ardiente y porfiado de parte de ellos, y de gran riesgo para los españoles que se vieron cortados y próximos a su ruina; pero

haciendo el último esfuerzo, no solo se unieron, sino que rechazaron a los indios, haciéndoles volver las espaldas con mucho daño, pero sin escarmiento. Porque poco despues acometieron a don Antonio Galleguillos así mismo en un lugar que juzgaron a propósito para asechanzas, y mas como los españoles andaban siempre armados de la cautela que debia tenerse con un enemigo incidioso, no fueron hallados en la ocasion desprevenidos, y tambien dieron cabo a la ocasion con mortandad de los enemigos.

Los indios pehuenches y puelches estaban mal contentos con la recien fundada ciudad de San-Bartolomé de Chillan, y comenzaron a infestar su territorio con continuas correrias: lo cual sabido por el gobernador mandó que lo aguardasen en dicha ciudad las dos compañías de jente pagada de su guarnicion y las milicias de indios ausiliares que pudiesen juntarse. Con estas fuerzas salió contra los enemigos, los domó con las armas y ejecutó en ellos tan severos castigos, que les quitó la gana de esponerse otra vez a esperimentar su indignacion.

CAPITULO VII.

Refiérense otros hechos de armas hasta la prision y muerte del rebelde Alonso Diaz.

Domados asi los indios pehuenches, pasó el gobernador con su campo a la plaza de Yumbel, en donde se le juntó su hermano don Luis, y con la jente que éste traia se completaron setecientos españoles infantes y caballos, toda jente escojida. En esta ocasion se juntaban en la cuesta de Marihuenu, que vulgarmente llaman de Villagran, algunas partidas de indios, y la habian hecho como su plaza de armas para guardar socoro con que poder oponerse a las fuerzas españolas. Súpolo el gobernador oportunamente, y ántes que aquel malvado fraguado en la alta cima de aquel monte causase otra tempestad como las de años atrasados, envió a aquel que lo disipase, que fué el maestre de campo Alonso García Ramon con 150 hombres. Este acometió a los enemigos en tan buena sazon y tan inopinadamente, que no tuvieron tiempo ni aun de ponerse en defensa; y así fué horrible la matanza que se hizo en aquella caterva descuidada; grande el número de prisioneros y el botin de caballos y ganados mayores y menores.

Despues de una funcion tan venturosa y un golpe tan bien dado, se juntó el maestre de campo con el gobernador, y ámbos dieron la vuelta para Puren, en cuyo camino ejecutó Alonso Diaz la última osadía que lo llevó a la muerte, pues raras veces es dichosa la temeridad; y no hai en la guerra mas afortunado valor que el que está disciplinado por la prudencia. Salió este rebelde con mil hombres a presentarle batalla al gobernador que llevaba 700 de tan buena calidad y tan aguerridos como se ha dicho. Por eso los españoles indignados y teniendo a mengua suya verse acometidos de casi igual número de indios, recibieron el chóque con tan buen órden y tanto esfuerzo,

que luego despues de las primeras cargas llegando a las armas cortas rompieron sin resistencia los escuadrones mas cerrados de los indios, y comenzaron a hacer una carnicería espantosa. Esto los hizo entregarse a la fuga; pero fué tan infelizmente elocuente Alonso Diaz que parte afeándoles la cobardia, parte instándoles y aun rogándoles con lágrimas, los hizo volver a la pelea: habíanla instaurado no sin mucho valor suyo y algun daño de los españoles cuando habiendo muerto Juan Zapata a un capitan enemigo de valor y hechos sobresalientes, se entregaron los demas a desordenada fuga, y entre ellos el mismo rebelde caudillo que, temeroso de la pena que le aguardaba, se ocultó en un cañaberal de caña brava, que en la lengua del pais llaman coligües. Si fué grande la pérdida de los enemigos en la pelea, aun fué mayor (como sucede) en la fuga, a que se allegó la captura de su caudillo Alonso Diaz, a quien hallándolo oculto un soldado llamado Juan Mon, y queriéndolo matar, dejó de hacerlo cristianamente, porque le pidió por amor de Dios que le diese tiempo para confesarse, y se entregó preso. La muerte se ejecutó en él despues del espacio que pareció bastante para que se previniese a recibirla; y él lo logró mui bien, dejando mui claras señas de su predestinacion, y mucha materia para alabar la bondad divina para con quien el arrepentimiento verdadero lava las mas feas y mayores culpas, y abre el paraiso aun a los ladrones y mas atroces derramadores de sangre humana.

CAPITULO VIII.

Reedifícase la plaza de Arauco; y batalla famosa de indios y españoles.

En los años atras habia reducido a cenizas a la plaza de Arauco un casual incendio, y conociendo el gobernador que esta plaza era el freno del indómito araucano, la reedificó: puso en ella la buena guarnicion y de su comandante al maestre de campo García Ramon, y dejada en buena disposicion de defensa, pasó con su campo a talar el pais Mariquenu. De este territorio, que entónces estaba tan lleno de jente como desabitado hoi, era señor Cayamcura, quien fuera de la enemistad comun de la nacion con los españoles, estaba entónces lastimado de sus propios daños, y para satisfacerse envió por todas partes sus emisarios a solicitar socorros; y como los indios no son perezosos para la guerra, se le juntaron tan en breve 5000 combatientes, que cuando el gobernador volvia con su campo de talar el pais enemigo, y habia puesto su real a orillas de Curapangue, rio distante de Arauco una pequeña legua, ya estaba Cayamcura en aptitud de acometerlo. Pero el mismo vehemente deseo que tenia de vengar sus propios enojos, lo hacia no precipitar las cosas ni fiar del acaso en cuanto pudiese jugar sobre seguro; y así determinó asaltar al campo español en las horas del sueño, al cual suelen entregarse con mas descuido los vencedores; y para saber mejor porque partes podria acometer con mas ventaja suya, envió

un soldado nuevo, pero astuto, que reconociese los reales. Éste era un indio llamado Andresillo criado fujitivo del capitan Fernando Alvarez de Toledo, vecino de la ciudad de Chillan, que tambien iba en el campo, quien creyendo al traidor las simuladas muestras de arrepentimiento, lo admitió a su gracia y servicio con afecto mas de padre que de señor. Pero el indio correspondió a la confianza que de él se hacia, con hurtarle un caballo de su mismo amo, y pasarse al enemigo, a informarle que el campo español era numeroso de jente; pero que los reales estaban mal defendidos con una débil trinchera, y los españoles que tenian sus estancias repartidas en tres calles no se cautelaban de un enemigo, a quien orgullosos despreciaban como inferior, y como vencido. Con esta noticia se determinó Cayamcura a acometer a los españoles al punto de la media noche, en que es mas profundo el sueño. Repartió su jente en tres columnas, cada una de 1700 soldados, de la una cojió él mismo el mando, la otra encargó a Lonconaguel, y la tercera a Antelebu, capitanes de valor y esperiencia. Cayamcura tomó para sí la empresa de acometer la calle que defendia el maestre de campo, Lonconaguel enderezó sus escuadrones a la calle en que mandaba el mismo gobernador, y Antuleubu a la que estaba a cargo del capitan Francisco Hernandez; y comenzaron todos a avanzar a un tiempo con callado movimiento; pero la gran guardia que al traves de la luz de la luna (pues estaba llena) vió el polvo que lebantaban los enemigos, tocó al arma, y los españoles a quienes habia puesto en cuidado la fuga de Andresillo, acudieron a sus banderas. Los indios, viéndose sentidos, apresuraron el paso por si lograban alguna desprevencion en los españoles, y Lonconahuel acometió por su parte con los mejores de los suyos, delanteros acaudillados de él mismo, atropellando con ciego furor algunas pequeñas partidas que le salieron al opósito y lanceando las tiendas a una y a otra mano, comenzaba la accion sangrienta para los españoles y favorable a los indios, cuando el mismo gobernador reprimió todo aquel torrente, oponiéndole su valor y el de los reformados de su guardia. Y lo mismo fué sujetarlo que hacerlo retroceder con mucho daño de los mas valientes indios, hasta echarlos fuera de los reales. A este tiempo andaba mui trabado el combate entre la jente de Antuleubu y la del capitan Francisco Hernandez; pero dando éste varias descargas de su arcabucería, que era buena y de que no se perdia tiro por estar los enemigos apiñados y a corta distancia, los hizo volver mucho ménos de lo que habian avanzado. Cayumcura como a quien mas le importaba, peleó con mas teson por espacio de media hora y sin conocida ventaja contra la jente del mando del maestre de campo; pero acudiendo a tiempo con la suya el sarjento mayor por la retaguardia, no fué aquella pelea sino mortandad, cayendo al rigor del acero los que huian del peligro. Aquí murió un hermano del comandante y uno de dos mulatos desertores que servian de caudillos a los enemigos. Así se retiró Cayamcura con mayor pérdida que los otros comandantes, como que por defender lo que era propio peleó con

mas empeño y valor. Éste lo alentó a probar otra vez la mano, y juntando sus dispersos escuadrones en una pequeña montaña no distante a los reales, habló con tal vehemencia a sus soldados, que le redobló con sus razones aquel espíritu de fiereza y osadía de que estaban decaidos. Volvieron a la pelea pero con un aliento que habia de durarles mui poco. Su propósito era forzar con el dia las trincheras de los españoles; pero al tiempo de acercarse mandó el gobernador a combatirlos en campo raso. Éste era despejado, y la embestida de la jente de a caballo, dividida en dos escuadrones, fué terrible y atroz; pero como no hallasen menor resistencia en los indios que, bien unidos y determinados a morir o vencer, hacian con sus lanzas una valla impenetrable, se habia comenzado a derramar mucha sangre de ambas partes, hasta que los españoles afrentados de que unos hombres ya vencidos les disputasen tanto el fin de la victoria, abrieron brecha rompiendo y atropellando los escuadrones enemigos; y así puestos los enemigos primeros en desórden y luego en huida declarada, los siguieron los españoles lo mas del dia por entre las breñas y matas pasando a cuchillo cuantos encontraban con espantosa carnicería que se hizo sentir de los mismos ejecutores. Se sabe que perdieron la mayor parte de sus tropas, y aun a los españoles no les salió barata la victoria. Pero aunque el gobernador don Alonso de Sotomayor significa bien lo sangriento de la accion en una merced que hizo a Nuño Hernandez, y lo mismo don Martin García en otra que hizo a Francisco Buiza, ninguno esplica el número de los muertos de alguna de las partes.

CAPITULO IX.

Vienen ingleses a la mar del sur.—Sitio de Arauco; y una memorable batalla entre indios y españoles.

Durante el gobierno de don Alonso de Sotomayor salió del puerto de Plemua (Pymouth) Tomas Candish, ingles de nacion, el dia 21 de junio de 1587 con tres bajeles, y el dia 9 de enero del siguiente año arribó a la boca oriental del estrecho de Magallanes molestado de repetidas tempestades, y desembocó a la mar del sur, y corrió las costas de Chile, hasta el puerto de Quinteros: allí echó jente a tierra con intento de hacer bahía. Pero los vecinos de Santiago acaudillados de su correjidor Alonso de Molina Parraguez, cuya descendencia permanece hoi en el reino con estimacion igual a su nobleza, lo asaltaron y le mataron algunos soldados, haciéndole 14 prisioneros y entre ellos al mismo capitan Candish. Este desastre obligó a abstenerse de intentar otro desembarco en Chile, y enderezaron las proas a las costas del Perú: aquí batieron a Arica y quemaron a Paita, de donde navegaron a la Carlifornia, y dando la vuelta por Filipinas y la India Oriental, llegaron a Inglaterra.

Ahora, volviendo a la guerra con los indios chilenos, decimos que

aunque la mayor parte de esta nacion, conociéndose desigual al valor y fortuna de don Alonso de Sotomayor, habia recibido el yugo de la sujecion, con todo eso los animosos araucanos y tucapeles se alentaban a mantener su libertad con la guerra, aunque para ellos tan costosa, que en nueve años que gobernó don Alonso les mató 14,000 hombres como espresa en sus memorias el capitan don Basilio de Rojas; y dejando por de poca consideracion varios pequeños reencuentros que pasaron en estos tiempos con alguna pérdida de ámbas partes, voi a referir la batalla mas famosa y mas digna de singular nota de horror en los fastos de los españoles a que dió ocasion el sitio de Arauco. Habia fortalecido esta plaza el gobernador con la mira de domar la contumacia del araucano, proveyéndola no tanto de muchos cuanto de buenos defensores, y lo que es mas confiándola al comando de Alonso García Ramon, caudillo de mucha esperiencia y victorias, y tan acertado en el consejo como valiente en la ejecucion. Cayamcura, que fué ántes vencido, tuvo elocuencia para insinuar en los ánimos de los indios que el modo de reparar la quiebra a su fama era ir a ganar la plaza de Arauco y sacrificar los españoles en ella encerrados a sus amigos perdidos en la batalla infeliz, asegurándoles que él daria forma de suscitarle al gobernador por otras partes tantos embarazos de nueva guerra que no tuviese ni aun pensamiento de acudir al socorro de la plaza sitiada. En efecto, envió sus emisarios a Puren, y consiguió que esta provincia belicosa y numerosa de jente, hiciera por su parte una poderosa diversion, gobernando la guerra Cadehuala, enemigo acérrimo del nombre español, y que solo a no poder mas habia ofrecido una paz forzada e incidiosa. Viendo Cayamcura bien hurdida a su parecer la tela de sus disposiciones, se acercó a la plaza de Arauco con seis mil combatientes, y no queriendo arriesgar su jente en los asaltos, determinó fuera de su costumbre, tratar de ganarla por asedio, y comenzó sus líneas regulares de circunvalacion y contravalacion, enseñado de larga guerra por los españoles en las prácticas de la ciencia militar. El comandante español conoció desde luego que no lo habian pensado mal los indios, porque no pudiendo aguardar de parte del gobernador sino socorros débiles a causa de la guerra que por Puren se habia encendido, y no habiendo en la plaza víveres ni municiones para mucho tiempo, no podia tardar mucho el caso si se mantenian sobre la sola defensiva de ser preciso entregarse a la discrecion y piedad de una jente que no usa de alguna con los prisioneros. En este aprieto llamó a consejo a los oficiales, y en él se determinó que el sufrir el sitio seria perderse sin remedio, y que el mejor acuerdo era dar la batalla a aquella confusa muchedumbre con la mira de vencer, o siquiera de morir con reputacion. De este mismo parecer fueron el mismo comandante y Pedro Gutierrez de Mier, capitan de mucho aliento y que habia militado en Malta y en Flandes, bajo las banderas de don Juan de Austria, y de don Luis de Requesens. Con este animoso pensamiento, despues de confesados y comulgados para merecer el ausilio del que quiso llamarse dios de los ejércitos, salieron de la plaza 44 hombres de

caballería a pelear contra 6000. Capitaneaba esta pequeña tropa el mismo comandante Alonso García Ramon, y despues de ordenados, le encargó en breves pero vivas razones que peleasen como los que no debian temer otra cosa que la deshonra, y venciendo; que no desconfiasen de conseguirlo, pues a Dios tan fácil le es vencer con pocos como con muchos; que se mantuviesen mui unidos y que por ningun caso se dejasen tomar prisioneros, pues bien le constaba el triste paradero que tienen los tales en la bárbara crueldad de los indios que celebran sus banquetes con el ludibrio y carnicería de los cautivos. Dicho esto, avanzó él mismo con su jenerosa lejion; que ese nombre puede dársele, si se atiende no a su número sino a su aliento. Los indios al principio no creian que aquella fuese verdadera batalla, sino alguna estratejia militar y acometida finjida para facilitar la fuga; pero viendo que los suyos iban muriendo deveras, pasaron de la admiracion a un efecto de ira atroz, por la que les parecia increible audacia de los españoles; y tocando sus cornetas y pífanos comenzaron a pelear y luego al principio los rodearon por todas partes. Estos hacian prodijios de esfuerzo, pero midiéndolo siempre con la prudencia para no desunirse ni dejar su ordenanza, ni aun por cebarse en la matanza de los enemigos, cuadraron su pequeño escuadron viéndose precisados a pelear por los cuatro costados. Pero cuando acometian, tenian dos buenas advertencias: la una de no dar a los caballos toda la rienda para mantenerlos vigorosos: la otra de no poder emplear el acero, sino en los enemigos sobresalientes, perdonando la chusma que por sí habia de caer como un cuerpo a quien les cortan los miembros. Los indios pateaban la tierra y ponian los gritos en el cielo, animándose unos a otros, y afeando la vileza de los que huian del riesgo. Con esto acometian como perros rabiosos, y con ánimo de comerse a bocados a los españoles; pero éstos se portaban con un valor tan eficaz, como pausado, y con aquel ánimo que da la fortuna cuando comienza a decantarse por algun partido; o mas bien la divina mano cuando se pone de ausiliar de los que defienden su causa; y así cada choque de los españoles era de funesta mortandad para los indios. Tres horas duró esta obstinacion de pelear, si pelea puede llamarse una accion en que solo de una parte mataban, y de otra solo morian. Al fin de las cuales se retiraron los enemigos, dejando el campo cubierto de cadáveres y sin muerte de algun español, aunque hubo muchos heridos. ¡Batalla célebre y famosa! Si no se miden las acciones grandes por la cantidad, sino por la calidad, y que aun siendo el hecho mui verdadero, no pudiera haber ánimo para referirlo, a no tener de él tantos instrumentos auténticos, que seria fácil probarlo en juicio contradictorio; como una certificacion del capitan Pedro Cortez, a favor de Francisco Buiza, en que refiere el hecho como lo hemos referido, una merced de don Alonso de Sotomayor hecha a Francisco Ortiz de Aténas y otra de don Martin García a Pedro Gutierres de Mier con insercion de la narrativa del suceso. Debe atribuirse a especial asistencia del cielo, porque aunque los españoles tienen valor para mucho, esta victoria es tal, que excede todo el valor y pericia

militar de los hombres: y siempre nos estará bien el creer, que los españoles con los actos de cristiandad que hicieron ántes del combate, merecieron el favor divino, y que éste ordinariamente se pone de parte de la piedad y buena causa.

CAPITULO X.

Intenta Cadahuala sorprender la ciudad de los Confines; no lo consigue.—Sitia la plaza de Puren, y muere en singular batalla.

Por este tiempo vinieron dos veces del Perú socorros de jente que envió el virei don García Hurtado de Mendoza, quien como que habia guerreado con los indios chilenos, sabia mui bien cuan fieros enemigos son, y cuanto necesitaba el ejército de Chile de nuevos refuerzos. El primero, que constaba de 200 hombres, lo trajo don Pedro Paez Castillejo, y el segundo don Luis de Soto, hermano del gobernador, en buena coyuntura por cierto, porque Cadahuala, mal hallado con el fuerte, que en tierras de la provincia de Puren habian puesto los españoles para enfrenar el orgullo de tierra tan belicosa, habia meditado una poderosa diversion. Era su propósito ganar por interpresa la ciudad de los Confines que por la larga paz que pasaba, habia remitido el cuidado de la guerra: para esta empresa sacó Cadahuala de su caballería (que ya entónces usaba) cien hombres escojidos y los ocultó en los bosques inmediatos a la ciudad, y él se quedó atras con mil hombres de infantería para seguir a los primeros y dar calor a la accion. Habia de comenzarla Cheuquetaru con otros de su adherencia y de igual disimulo, quien por la frecuente comunicacion que mantenia con los de la ciudad podria lograr alguna buena oportunidad de actuar su traicion. Así fué que a las horas de la media noche, que ocupa mas grave el sueño a los mortales y en que se duerme la misma vijilancia, comenzó Cheuquetaru a quemar algunas casas de la ciudad para que sus llamas sirviesen a los indios de fanales que les avisasen que ya ardia Troya, y Cadehuala sin alguna pereza, embistió con su caballería e infantería; y aunque le salieron al opuesto algunos piquetes de españoles, fué esto tumutariamente, y como en caso imprevisto, por lo cual desbaratados prontamente tuvieron por buen consejo retirarse a la plaza de armas y hacerse en ella fuertes. Hasta aquí llegó Cadahuala con sus soldados victoriosos, y hubiera pasado el mal a ser mayor si por una feliz casualidad o por especial providencia del cielo no hubiera entrado el gobernador a la ciudad aquella misma tarde, quien con la jente que traia, su buena disposicion y valor, y él que infundia a los que peleaban a su vista, alentando el desmayo y poniendo en buena órden la confusion, primero restauró la pelea, y despues de dos horas de porfiado combate, obligó a los indios a que se retirasen con grande daño y tan amedrentados, que enviando en su seguimiento al capitan Luis de Monte con 40 de caballería, les quitó la presa e hizo en ellos una

mortandad formidable sin intentar alguna defensa, habiendo para cada español mas de 20 indios. Tan cierto es de que en las victorias ninguno cuenta a los vencidos ni a los vencedores.

Fué éste un lance mui pesado para la arrogancia de Cadahuala, y pensó tener desquite en la plaza de Puren poniéndole formal asedio y conociendo el negocio con mas flema; así fué que luego se puso en contorno de ella, con 5000 hombres, y la sitió como cabo de esperiencia, formando sus líneas regulares, haciendo montar la guardia y poniendo centinelas que se remudasen con sus señas y contraseñas, todo al modo de los españoles. Esta nueva forma de sitiar con tanto acuerdo y pericia y tan diferente de lo que solia practicar esta nacion bárbara puso en cuidado al comandante Alonso García Ramon que defendia ahora esta plaza, como ántes la de Arauco, y dió parte al gobernador de su aprieto. Este que era sumamente vijilante y animoso, se puso en marcha con la jente que pudo juntar de pronto para apresurar el socorro. Pero habiendo de pasar necesariamente por un desfiladero angosto, les salió al opuesto Cadahuala con 500 hombres escojidos de toda su compañía, y le disputó el paso con tanto valor y porfia que el gobernador, aconsejado de sus mejores capitanes, hubo de ceder a la superioridad del empeño, y se volvió atras por no arriesgar mas su persona y las de sus compañeros que eran muchos oficiales de consecuencia.

Esta retirada del gobernador enjendró en Cadahuala demasiada opinion de sus fuerzas, y lo trajo a aquella ruina que es el último paradero de los soberbios, porque volvió tan hinchado y orgulloso de haber hecho retirarse al gobernador, que luego que se puso en frente de la plaza retó al comandante Alonso García Ramon, para que si era valiente y estimado tal entre los españoles abreviase aquel litijio, saliendo con él a singular batalla, que tambien tenia nombre entre los suyos, y señalaba por término el tercer dia. Alonso García Ramon, que era un varon de tanta cristiandad como esfuerzo, tuvo por ventura suya el capricho de Cadahuala, y rogó a Dios que no permitiese por la especial providencia que tenia de los cristianos que aquel bárbaro mudase de dictámen, y aceptó el desafio para el término que señalaba Cadahuala. Al tercero dia se presentó el indio en el lugar del combate con moderado séquito que dejó en lugar que no diese sospecha; y luego llegó Alonso García Ramon, dejando 40 españoles un poco atras, a quienes mandó que se mantuviesen en tanta distancia como estaban los indios, a ménos que no hubiese traicion de parte de ellos. Se pusieron, pues los dos combatientes a vista uno de otro en poderosos caballos armados de las armas que juzgaron mas a próposito, y con sus picas en la mano, con las cuales comenzaron y acabaron la pelea, porque habiéndose envestido a toda brida al primer encuentro, cayó mui herido Cadahuala y aunque no queria confesarse vencido, y se esforzaba a montar, la la muerte que venia mui ejecutiva, lo hizo dar traspié, y dentro de poco espiró. Y los indios contentándose, ya que mas no podian, con llevar el cuerpo de su jeneral, levantaron el sitio y se retiraron.

CAPITULO XI.

Traicion de Catipuigüe y Peruantu.—Peligro en que se ve el maestre de campo con su jente, del cual lo saca bien su valor y fortuna.

La fortuna que consiguió de este Goliat chileno el valor de maestre de campo, abatió el orgullo de los purenes, reduciéndolos no a que deseasen la paz, sino que afectasen la sujecion y obediencia para que adormecido el cuidado de los españoles, tuviesen ellos lugar de poner en planta sus trasas maliciosas. Catipuigüe y Peruantu, que era a quienes se hacia mas odiosa la paz y mas amarga la obediencia, simulaban mas pronto y mas rendido el obsequio, que tambien tiene sus hipocrecias la política, y en sus congresos ocultos maquinaban la traicion; y para darle mas firmeza la aseguraron con comer el corazon palpitante y beber la sangre caliente de un español, a quien habian preso ocultamente a imitacion de las injurias de los antiguos; que en todos tiempos y naciones dicta el demonio a los suyos superticiones crueles y hace que al sacrilejio se le dé el nombre falso de sacrificio. Los mismos Catipuigüe y Peruantu, que eran autores de estas maquinaciones, dieron noticias de ellas al maestre de campo, haciendo mui de los leales y acusando la traicion lo animaban a la venganza. Dijéronle que los indios, que pensaban que estaban ocultos su delito y sus intentos, estaban celebrando la muerte dada a un español con festines y embriagueces, y que esa era buena ocasion de cojerlos descuidados, y ejecutar en ellos el merecido castigo. El maestre de campo creyó el consejo de estos hombres porque eran tan traidores que parecian leales; y llevado del deseo de castigar el delito y de matar la llama en sus principios, se encaminó con 40 españoles y otros tantos ausiliares al lugar en que sabia estar los enemigos: se llegó a ellos que estaban en un valle con la mitad de su jente, dejando la otra mitad en una altura que miraba al valle. Los indios que estaban mui avisados de lo que el maestre de campo disponia y con hombres armados en el bosque, cuando lo vieron bajar, finjieron maravillosamente el sobresalto y la fuga para desmentir la prevencion y para que el maestre de campo embistiese sin órden y como quien iba a degollar a jente indefensa; pero éste, que sabia mas de cautelas de guerra que los enemigos de traiciones, llegó a los sitios en buena disciplina, lo que le importó no ménos que la vida; porque luego que llegó al lugar que parecia de regocijo, lo halló trocado en teatro de Marte con 600 indios bien armados que le salieron al opuesto, y se trabó una pelea feroz aun en tanta desigualdad de número. Mas a los españoles alentaba su propio valor, porque era jente escojida y la confianza en su maestre de campo. Con todo, teniendo por imposible mantenerse firmes contra número tan superior, comenzaron a retirarse peleando; para lo cual dió el maestre de campo dos frentes a su pequeña tropa. Los indios acometian con horrendo furor, y el maestre de campo y los suyos los recibian con tan buena órden y valor,

que de cada ataque se retiraban algunos ménos. En uno de ellos hirieron al maestre de campo en el lagrimal, y dándole mayor aliento el dolor, se arrojó sobre los indios tan animosamente que matando algunos de los de mas osadía, hizo que los otros se retirasen algun tanto, y pudo con pérdida de 5 de los suyos, unirse al cuerpo que habia dejado de reserva. Aqui los enemigos perdieron el brío, conociendo bien que los que desunidos no habian podido ser desbaratados, ménos podrian serlo estando ya en un cuerpo, y dejaron ya perseguirlos. Los españoles tuvieron a buena dicha que cesase la hostilidad, porque ya estaban, a mas la fatiga de la pelea contra tantos, debilitados de las heridas que no hubo quien no sacase algunas. Fué esta accion una de las mas heroicas que se hayan visto en ámbas Américas. Y aunque el suelo chileno, ínclito en armas y varones fuertes, ha dado siempre mucha materia a la mayor elecuencia, esta hazaña es tal, que solo puede exonerarla la admiracion.

CAPITULO XII.

Hace el gobernador la guerra en persona.—Imprudencia y desgracia de Cristóbal de Arana.—Batalla que da don Luis de Soto a los indios, en que prende al jeneral de éstos, quien hace amistad con los españoles; y muere por mantenerla.

Por estos tiempos vivia entre los indios un español cautivo que, en medio de la desdicha de carecer de la amada libertad, gozaba la ventura de serles grata su persona y que los mismos bárbaros reconociesen y apreciasen los aciertos de sus consejos. Éste, o agradecido al buen tratamiento y estimacion que hallaba en sus dueños, o aficionado a la paz hermosa y feliz, comenzó a entablar entre los indios pláticas a fin de conseguirla y era oido de muchos sin digusto, y el gobernador que aunque labrado de victorias, estaba lleno de máximas pacíficas, fomentaba por su parte los buenos conatos del cautivo. Pero como los indios hacen un cuerpo que por tener muchas cabezas no tiene alguna, y en cuyos consejos no se pesan los votos, sino que se cuentan, dejándose llevar del imprudente orgullo de los mozos, resolvieron negarse a todas las negociaciones de la paz y dejar al arbitrio de las armas que decidiesen el gran problema tantas veces disputado de su libertad o sujecion. El gobernador tuvo a desaire despreciasen la proposicion que se hacia tan a conveniencia y provecho de ellos, y comenzó la guerra con muchas fuerzas, llevando en su compañía al coronel don Luis su hermano. Los tucapeles fueron los primeros que esperimentaron el rigor de las armas, de que se hicieron reos con sus reiteradas sublevaciones. Y aunque el ejército español halló la provincia desierta por haberse retirado los enemigos a los bosques, con todo eso se talaron los granos que estaban en yerba y se hizo alguna presa de ganados y hombres, de los cuales a los que podian tomar las armas, los dejaron en los caminos colgados de los árboles para escarmiento. De Tucapel

se encaminó el gobernador con su campo para las partes mediterráneas; y cerca de la ciudad de los Confines levantó un fuerte de que llamó por comandante a Cristóbal de Arana con competente guarnicion. Los indios que sentian gravemente se aumentasen en su pais los presidios españoles, juntando un trozo de soldados escojidos, se vinieron al fuerte con ánimo de combatirlos. Y Cristóbal de Arana, capitan de mas ardor, que buen consejo, dejando la ventaja que le ofrecia el recinto, salió contra los indios con 22 hombres. Se trabó la pelea animosamente de ambas partes; y Arana que peleaba con la misma temeridad con que lo determinó, se metió por el escuadron mas fuerte de los indios con Pedro Calderon y Juan Rubio que lo siguieron; y así los indios solo con volverse a cerrar los pusieron en la necesidad de morir aunque murieron vengados. El resto de la tropa española se retiró para el fuerte con buena órden, y aunque los indios los perseguian con esperanzas de romperlos y acabar con ellos, no lograron otro lance favorable; y poniéndose los nuestros en seguro, los indios desconfiados de conseguir su principal intento, se retiraron.

Así mismo los indios circunvecinos a la Villarica, en número de 4000, se pusieron en campaña mandados de Huechumturey, cabo de reputacion entre ellos, y el gobernador que cortaba dilaciones en los negocios de importancia, envió prontamente en su busca a su hermano don Luis, quien como César, llegó, vió y venció con grave mortandad de los indios y prision del mismo Huechumturey. Éste, puesto a vista del jeneral español, escusó sin abatimiento el haber tomado las armas, dando por motivo el amor natural a la libertad, y se quejó sin encarecerlo, el mal tratamiento que esperimentaban los indios de los españoles. Pero ofreció que si le otorgaban la vida, corresponderia el beneficio con traer a la obediencia a su nacion, espresando sin jactancia el predominio que tenia en ella. Don Luis se agradó grandemente del modo señoril del indio en medio del reciente cautiverio, y le pareció hallar en su semblante y voz aquel aire nativo de la sinceridad que no puede representar bien la ficcion, y le concedió benignamente vida y libertad para que cumpliese lo prometido. Huechumturey comenzó desde luego a atraer con sus razones y autoridad a muchos de su nacion; pero Catipuique, aquel cacique que fraguó contra el maestre de campo las acechanzas de que hablamos arriba, conociendo que los españoles bien podrian perdonar a un enemigo, pero no a un traidor, y que, aunque para conseguir al presente la paz le ofreciesen impunidad, a la corta o a las largas habian de buscar color de castigar su alevosía, se opuso tan ágriamente a los intentos de Huechumturey que se redujo el negocio a trance de armas, en que por desgracia venció el traidor, y fué muerto el leal con sentimiento grande de los españoles, y mucho daño de su nacion, que faltándole este interlocutor de la paz, prosiguió en mantener y mantiene con la guerra su libertad para su condenacion.

CAPITULO XIII.

Batalla famosa en que vence el gobernador a los indios en la cuesta de Marihuenu dan por esto la paz los araucanos; y prosigue la guerra con las otras provincias.

La buena dicha y acertada conducta del gobernador le producia en todas las campañas que hacia infinitas palmas y laureles. Mas los indios chilenos que aunque vencidos en el cuerpo, nunca domados en el ánimo que mantenian superior a las iras de su mala fortuna, esperaban siempre con jenerosa emulacion a marchitar la gloria y a ajar la lozanía de los espíritus españoles, y así de sus mayores ruinas sacaban mayores alientos, por lo cual la alabanza que en circunstancias como las nuestras, dió Tito Livio a los españoles de que no hai en el mundo nacion tan llena de jénios marciales, ni tan fecunda para reparar las quiebras de la guerra, le viene igualmente bien a esta nacion de indios chilenos porque en el valor ninguna la excede, y en la defensa de su libertad ninguna la iguala. Quintehuenu, cabo de reputacion entre los araucanos, armó 4000 de los suyos, y se fortaleció en la cuesta de Villagran, tan famosa por muchas batallas que en ella se ha dado. El gobernador marchó prontamente en su busca con 600 españoles, y llegando a dar vista al enemigo, asentó su campo al pié del monte para acordar con consulta de sus capitanes lo que debia hacer. Al otro dia comenzaron a avanzar hácia el enemigo llevando el gobernador la vanguardia, y a la mitad de la subida que, como se ha dicho otra vez, era áspera y angosta, se le opuso un buen trozo de enemigos, que habiendo disputado el paso un largo rato, al fin se retiraron en buen órden, y sin señas de fuga a sus atrincheramientos. El gobernador los cargó poderosamente por su persona y con los mayores de los suyos, pero sin poderlos romper. En la espugnacion y defensa de la trinchera, se renovó con mucho vigor el ardor de la pelea hasta que veinte españoles mejores la forzaron por un ángulo, como lo refiere Fernando Alvarez de Toledo, testigo de vista, aunque la fortuna se decantaban en favor de los españoles, no perdió el ánimo Quintehuenu, ántes procuraba infundirlo a los suyos, acordándoles que aquel monte era y habia sido fausto para ellos, y fatal para los españoles, que mas estranjeros habia allí sepultados, que los que veian al presente vivos, que se esforzasen y diesen el merecido castigo a aquellos ladrones de la patria y usurpadores de la libertad ajena; que siguiesen su ejemplo, porque él por su parte, mas queria morir en libertad que vivir en servidumbre. Así dijo, y en verdad que lo cumplió, porque el gobernador teniendo por obligacion suya medir la lanza con el jefe araucano, se fué para él y a pocos lances lo derribó en tierra herido mortalmente, y los indios consternados confesaron su vencimiento con huida, en la cual y en la batalla perecieron seiscientos. De los españoles murieron veinte peleando honradamente, y entre ellos un caballero portugues del hábito de Cristo que ántes de las batallas braveaba, segun el jénio de su nacion, diciendo que él habia batallado con varias naciones

de Europa, y que no veia cómo aquellos pobrecillos desnudos se pudiesen comparar con ninguna de ellas. Pero cuando los vió en la batalla jugar tan bravamente sus picas, y repartir tan valientes golpes con sus clavas que abollaban las armas de acero y quebraban los huesos, reconoció el valor sin igual de estas jentes, y su antecedente engaño, aunque la muerte no le dió tiempo a retractarse. En estas mismas circustancias corria la escuadra del Perú las costas de Arauco hácia donde desagua en el mar el rio Chinvilinga, y reconociendo la victoria de los españoles por la esparcida fuga de los indios, la celebraron con vivas y repetidas descargas de la artillería, a que correspondió el campo con igual agradecimiento y salvas de toda su fusilería. Esta victoria junta a todas las antecedentes, hizo conocer a los indios que luchaban en valde y con inútil esfuerzo contra la impetuosa corriente que los arrebataba, y aunque haciéndose violencia, que tambien este es acto de valor, se mostraron sumisos y pidieron la paz por medio de un embajador. El gobernador que era para todo, lo recibió entre agradable y severo para no malquistar lo grave, ni desautorizar lo dulce, que es un temperamento necesario en los que mandan, y de que saben valerse pocos; y habiéndoles traido a consideracion las frecuentes infracciones de la fé dada y cuán dignos eran del último rigor que podria actuar con tan válidas fuerzas como las que tenia, los recibió a su gracia y amistad y a la obediencia del rei, ofreciéndoles perdon jeneral de lo pasado y moderarles los tributos; pero con calidad que habian de venir en persona los caciques de Arauco, que eran los de la solicitud, a ratificar los capítulos de paces. Todo se ejecutó como lo propuso el gobernador, y quedaron pacíficos todos los indios, ménos los tucapeles y purenes.

Aunque las cosas de la guerra tenian tan prósperos sucesos que habian obligado a la mayor parte de los indios a negociar la paz, y aunque el gobernador se hallaba asistido de diestros oficiales y valientes soldados, con todo por conocer el natural inquieto y belicoso de los indios chilenos, y que lo mismo era sentase la paz con algunas provincias que encenderse la guerra en otras, entendió que para dar cabo a la total pacificacion, era menester mayores fuerzas; y a este fin envió al Perú al maestre de campo Alonso García Ramon, para que solicitase recluta de soldados y dinero para la paga.

Entre tanto que el maestre de campo fué a la ciudad de los Reyes, no levantó el gobernador la mano de la guerra, sino que la hizo a los tucapeles y purenes con la quema de sus casas, tala de sus sembrados y presa de jente y ganados, porque los indios no hallándose con fuerzas para mantener la guerra, no queriendo admitir la paz, tomaban por partido ocultarse en los bosques hasta que la fortuna y el tiempo los pusiese en estado de defenderse, o de ofender con formal ejército. Sin embargo, en Tucapel se habian animado a probar la mano con los españoles, porque andando estos en sus acostumbradas hostilidades, se les presentó al opuesto una pequeña partida de enemigos que despues de una corta defensa, se retiró simulando el terror. Los españoles los

siguieron con priesa y sin cautela, y se hallaron de repente acometidos de un trozo numeroso de enemigos arrestados y mandados por un valiente capitan. Aquí se renovó el choque con coraje, animados los españoles de la costumbre de vencer, y los indios de haberles sucedido bien las acechanzas; se mantuvo la pelea con igualdad un largo espacio, hasta que muerto el caudillo de los indios que se señalaba mucho entre ellos, cayeron de ánimo y se retiraron con desórden y no sin daño, a la guarida de sus bosques.

CAPITULO XIV.

Castiga Dios a Chile con viruelas.—Vuelve el maestre de campo de Lima con corto socorro.—Resuelve el gobernador pasar en persona a solicitarlo; y le viene sucesor.

Es el reino de Chile verdaderamente de los paises de toda esta estendida América, en que se reconoce mayor relajacion de costumbres y mas devocion y piedad, y con todo lo vemos repetidamente aflijido de la mano de Dios con espantosos terremotos. La razon a mi ver puede ser, que como no hai oro en que no halle escoria que purificar el fuego, así no hai virtud en que no halle que visitar la divina justicia. Siempre la tardanza del castigo merecido se compensa con la gravedad de él, y nunca debe estar mas temerosa y sobresaltada la iniquidad que cuando se reconoce próspera. El año de 1591, envió Dios a Chile el contajio de viruelas que se padecia en todo el reino, con estrago funesto de los mortales, aunque aplacado con oraciones y penitencias. Soltó bravamente de la mano el azote, como que aquel breve castigo era advertimiento de padre a hijos para remedio de nuestra distraccion. Es creible que de las fatigas en que lo ponia su celo o de la afliccion de su ánimo por la calamidad de su pueblo, murió este año don Francisco Diego de Medellin, obispo de Santiago, del órden seráfico. Antes de tomar el hábito, fué colejial del colejio real de la ciudad de los Reyes, el primer sacerdote y primer doctor graduado que tuvo: fué provincial de la provincia de los doce apóstoles, y guardian del convento de Jesus de Lima: siendo provincial puso cátedra, y él leyó la ínfima de gramática. De él dice frai Diego de Córdova, que era predicador admirable y de celestial espíritu y mui perfecto en la práctica de todas virtudes. Fué electo obispo de Santiago, y el santo pontífice Pio V pasó la gracia en 18 de junio de 1574: gobernó su iglesia con gran santidad, y prudencia diez y siete años; y está sepultado en la capilla del nacimiento del Señor que él fundó y dotó.

En este mismo año llegó de Lima el maestre de campo con un corto socorro, y se encaminó a Santiago en donde halló al gobernador, quien viendo que no era suficiente para sus grandes intentos, juntó cabildo abierto, y en él propuso el propósito en que se hallaba de pasar personalmente a Lima, a solicitar ausilios competentes para la total sujecion de los indios y fin de la guerra. Se aprobó jeneralmente su dictámen

y razones, y se hizo luego a la vela, dejando encomendado el gobierno de las armas al maestre de campo Alonso García Ramon, y el político al licenciado Pedro de Vizcarra. Pero apénas habia llegado al Callao, cuando recibió órden del virei para que se retirase luego a Chile, en donde era mui necesaria su persona; mas como las razones que habian dado causa a su viaje fuesen de mucho peso habiéndolas representado al gobernador por un escrito, las aprobó el virei, y mandó que se le hiciese un honroso recibimiento, saliéndole al camino el cabildo y lo mas florido de la ciudad, y aun el mismo virei se dignó bajara cumplimentarlo al patio de palacio ántes que se desmontase.

A la grata audiencia que dió el virei al gobernador correspondió el fomento para la guerra de jente, armas y dinero. Esto se estaba ejecutando con gran calor, y el gobernador pronto a su regreso, cuando llegó la noticia de estar provisto por el rei para el gobierno de Chile don Martin García Oñez y Loyola del órden de Calatraba, noble güipuscuano y primo de San Ignacio de Loyola. Con esto acabó el suyo don Alonso de Sotomayor con pérdida lamentable del reino, porque aunque su sucesor mostró desde luego que la nobleza de la casa de Oñez y Loyola estaba en él bien acreditada por todas las calidades de cristiano y las prendas de caballero, con todo eso, su demasiada confianza en los indios a que le inclinaba su jenerosidad, y el tener por esposa a doña Beatriz Clara Coya, de la sangre de los incas, lo perdió llevándolo incauto a la traicion en que le quitaron la vida los purenes, como se dirá abajo. Con esto se cortaron las esperanzas justamente concebidas de que administraria la paz con justicia, y la guerra con valor y felicidad; mas volviendo a don Alonso de Sotomayor, él era tan cauto como fuerte, y tan fuerte como venturoso: fué asertado en los consejos, y pronto en las ejecuciones. Admiró a los indios con sus ciencia militar, los aterró con su esfuerzo y temblaban las provincias mas belicosas, cuando metia en ellas sus victoriosas banderas; que si no domó al indio de Chile, fué por ser indomable, y como hidra que en cortándole una cabeza le nacen otras igualmente fieras y armadas. Habia militado don Alonso en Italia, Alemania y Flandes con fama esclarecida. Como su ánimo excelso le inclinaba al amor de la fama, despreciaba el oro; y así tuvo su gobierno la loa de mui desinteresado, lo cual y sus muchos servicios, le recompensó el rei con cinco mil pesos de renta anual, en indios de la jurisdiccion de Santiago, especialmente de la Aconcagua; y aqui dejando un tanto aquietarse la fantasía cansada y la mano trémula de la guerra, pasaremos del cuidado a relacion mas grata, y que es como deseada bonanza despues de una furiosa tempestad.

CAPITULO XV.

Manifiesta Dios a algunas personas con luz divina, la venida de la compañía de Jesus a Chile.

Suele Dios con providencia amorosa manifestar anticipadamente lo futuro próspero o adverso, para que el beneficio encuentre al agradecimiento, o para que el castigo halle prevenida la resignacion, o por otros fines inescrustables de su altísima providencia; y así con divino consejo reveló a algunas almas mui suyas la venida de la compañía de Jesus a Chile ántes que sucediese. Cuatro revelaciones de éstas refieren dos autores de manuscritos e impresos, y yo me contentaré con escribir las dos, que a mi juicio, son mas auténticas y fuera de sospecha; la primera consta de un testimonio jurado del padre Luis de Valdivia, que está en las informaciones de San-Francisco de Borja, y lo trae el padre Juan Eusebio Nieremberg, en la vida de este santo, y es de la sierva de Dios doña Catarina de Miranda, natural de Villanueva de la Serena, en la Estremadura. Siendo esta señora de doce años solos, pero favorecida de Dios con mucho conocimiento y gusto de las cosas espirituales y estando en Sevilla para pasar a Chile con su tia doña Marina de Gaete, mujer del gobernador Pedro de Valdivia, un dia que oia la misa de San Francisco de Borja, vió que de su rostro despedia rayos de luz purísima, como la del mismo sol, de que le vino mucho aumento en la virtud, creyendo en la oracion, mortificacion, humildad y amor de Dios y del prójimo y le quedó juntamente un afecto entrañable a la relijion de la compañía de Jesus, por cuyo acrecentamiento rogaba continuamente al Señor. Cuando llegó a Chile esta sierva de Dios, le repetia a su majestad instantes súplicas a fin de que se dignase enviar sujetos de esta relijion para la reforma de innumerables pecadores y espiritual direccion de muchas almas, que necesitaban de guia en el camino del espíritu; y el benignísimo Señor, a quien siempre halla blando el ruego humilde, le reveló doce años ántes de la entrada de la compañía de Jesus en el reino de Chile, que veria en él a los de esta relijion, como sucedió, y la sierva de Dios comunicó con ellos todo el tiempo que estuvo en Chile, las cosas de su alma; y habiendo años despues pasado a Lima, en donde vivió y murió con opinion de santidad, nunca se apartó de la direccion de la compañía.

La segunda revelacion de la venida de los padres de la compañía de Jesus al reino de Chile, está asistida de todos los motivos que se pueden desear para calificarla de verdadera, porque viviendo en el monasterio de las relijiosas de la Concepcion de la ciudad de Santiago una india llamada Constanza, de grande y bien merecida opinion de santidad acreditada con muchos milagros, rogando un dia al Señor que le facilitase medios para no ser engañada en las cosas de su servicio y para saber distinguir las verdaderas hablas divinas de las que fuesen de mal espíritu, la consoló el Señor con mostrarle en vision imajina-

ria los varones vestidos con el traje de la compañía, y le dijo que aquellos vendrian a fundar casa de su relijion en la ciudad de Santiago; que serian sus padres espirituales, y que estarian asistidos de mucha luz soberana para el acierto en la direccion de las almas. Así lo comunicó Constanza a algunas relijiosas, y cuando años despues los padres de la compañía de Jesus llegados a la ciudad de Santiago, comenzaron a ejercitar los ministerios de su sagrado instituto, y los venerables padres Baltazar de Piña y Luis de Valdivia tomaron a su cuidado oir las confesiones de las relijiosas del convento de la Concepcion, dijo Constanza que aquellos eran los dos varones que Dios le habia manifestado vendrian a Chile para bien de su alma; se entregó a la direccion de ellos, pero mas tiempo a la del padre Luis de Valdivia que duró mas años en Chile, y para que con mas facilidad lo pudiese hacer, le infundió el Señor repentinamente la facultad de leer y escribir, que ignoraba totalmente ántes.

CAPITULO XVI.

Pide el reino de Chile al rei relijiosos de la compañía, y su majestad le envia ocho padres que se quedaron en el Perú, pasando otros a Chile en su lugar.

Muchas eran las instancias que el reino de Chile y las provincias del Tucuman hacian a la majestad católica de Felipe II para que les concediese operarios que empleasen su celo en la espiritual cultura de los españoles, y pedian mas encarecidamente a los relijiosos de la compañía de Jesus, como se puede ver en las narrativas de los pedimentos que estan insertas en varias cédulas reales. S. M. que como espresa en una dada en 13 de junio de 1573, tenia en poco cuanto se pudiese gastar de su real hacienda para tan santo fin, despachó muchos relijiosos para diversas partes y determinadamente para el reino de Chile al padre Juan Ramon con siete compañeros; y la cédula en que se contiene la licencia y habilitacion para su trasporte, dirijida a la casa de Contratacion de Sevilla, es fecha en San-Lorenzo, a 12 de setiembre de 1590.

Llegados a Lima los misioneros, el padre Juan Sebastian de la Parra, que era provincial del Perú, depósito de la santidad y oráculo de la prudencia, no quiso resolverse a enviárselos a Chile, sin consultarlo primero con Dios, como acostumbraba en todos las ocasiones de importancia, para saber de su majestad si seria de su mayor agrado que los dichos padres fuesen a su destino, o que se sustituyesen otros en su lugar, mas prácticos en la tierra, mas acostumbrados a los trabajos de las misiones y mas intelijentes en las lenguas de los bárbaros, y que tuviesen las demas partes que se requerian en los que iban a poner los fundamentos de una nueva provincia. Para esto multiplicó oraciones y aplicó mortificaciones, aunque las suyas ordinarias eran muchas, y recabó de la divina bondad que le asistiese con luces superiores para el acierto de tan grande determinacion; y resolvió por inspiracion divina enviar a Chile

otros diversos sujetos y por superior i vice-provincial de todos al venerable padre Baltazar de Piña, varon a todas luces grande en sabiduría, virtud y don de gobierno, acreditado en muchos empleos y con el que habia tenido de provincial del Perú. Habia sido procurador jeneral a las cortes de Madrid y Roma, y traido en su mision al mismo padre Juan Sebastian, que ahora lo enviaba a otra tan dificultosa. Con grande prontitud y alegría de su ánimo dedicó el venerable padre Baltazar de Piña lo poco que le quedaba de su preciosa vida, a los trabajos apostólicos para que lo destinaba la santa obediencia, supliendo el esfuerzo de su espíritu, lo que faltaba de vigor al cuerpo. Dióle el padre provincial facultad de elejir en la provincia del Perú seis sujetos, los que le pareciesen mas apropósito para la difícil empresa a que se destinaban, y con esta licencia escojió por su primer compañero al padre Luis de Valdivia, sujeto de gran mérito, lleno en letras, celo y virtud: habia leido artes y teolojía, y en la ocasion era maestro de novicios, cargo que no confia la relijion sino a sujetos de consumada virtud y prudencia: elijió así mismo a los padres Hernando de Aguilera y Juan de Olivares, que ademas de ser sujetos de muchos talentos y virtudes, sabian la lengua de los indios de Chile por ser naturales de él, a los padres Luis de Estela y Gabriel de Vega, mui aprovechados en letras y de probada virtud, y a dos hermanos coadjutores Miguel de Telena y Favian Martinez, que a mas de ocuparse con gran humildad y solicitud en los ministerios de Marte, tenian bastante celo para ayudar a tirar las redes apostólicas evanjelizando a los rudos y pequeñuelos, segun lo que admitia su estado.

A 2 de febrero de 1593 se hicieron los padres a la vela en el puerto del Callao, y desde luego soltaron las de su espíritu en beneficio de los navegantes, causando en ellos gran reforma de vida, con fervorosas exhortaciones, y mucho mas con el cotidiano ejemplo de todas las virtudes. En este viaje sucedió un prodijio que me ha parecido escribir por honra del santo a cuyo poder se debió. Ya estaba la nave en los 33 grados de altura cercana a cojer la vuelta de tierra y dejarse caer al puerto de Valparaiso, cuando se levantó una tempestad de sur tan deshecha que aseguraban los marineros no haber esperimentado igual. Por instantes se enfurecia mas el viento y levantaban tan soberbios montes de agua que cada ola les parecia a los navegantes la mayor y el sepulcro de sus vidas. El padre Hernando Aguilera, que era de elocuencia poderosa, ayudado del temor saludable que hacia mas dócil al auditorio, cojió la mano para disponer a todos a ganar la vida eterna y a que perdiesen lo temporal, y el suceso de las confesiones a gritos y señal de verdadero arrepentimiento era correspondiente al sagrado ardor del sacerdote y a la persuasiva que entónces tambien predicaba. Miéntras tanto, parecia que tomaba mas fuerzas la tempestad, y un furioso golpe de mar hizo zozobrar el combatido leño dando con las vergas en las aguas y quedando casi sumerjido. Dejó el predicador la plática, el piloto el gobierno y los marineros los cabos, rindiéndose al temor

de la muerte cercana todo el arte y el valor; en estas circunstancias se acordaron los padres venturosamente de una reliquia insigne que traian del glorioso apóstol San Matias, la mostraron a la jente de la nave y despues de haberla adorado reverentes y pedido su favor, la dejaron caer colgada de un liston sobre las aguas que a su contacto depusieron su zaña y calmó la tempestad, porque el santo ejercitó su imperio sobre el mar y los vientos, y se siguió una gran tranquilidad. Con esto, la nave ya casi zozobrada, surjió y comenzó a surcar un mar de leche, y como la tempestad la habia hecho rodar hasta los mares de la ciudad de Coquimbo o la Serena, enderezaron la proa a su puerto, desde el cual descalzos y en procesion devota, fueron a dar a Dios las gracias por haberlos librado de tan inminente peligro de la vida.

CAPITULO XVII.

De lo que los padres hicieron en Coquimbo.

Viéndose el padre Baltazar de Piña en la ciudad de Coquimbo por caminos tan estrechos y casi vomitado de las ondas, como otro Jonás, entendió y dió a entender a sus compañeros que sin duda queria Dios servirse de ellos en alguna empresa de su gloria, pues los habia traido como por fuerza a una ciudad destituida por entónces de bastante número de pastores que curasen lo enfermo, soldasen lo quebrado y redujesen a verdadero camino los descarriados de aquel rebaño; y luego para no frustrar los designios de Dios y tener bien empleado su celo, comenzaron a hacer mision a los españoles con admirable espíritu y copioso fruto, porque todos se confesaron son muestras de verdadero arrepentimiento y de pretender mui deveras enmendar sus vidas. A los indios se enseñó la doctrina cristiana y se les hicieron exhortaciones en la lengua del Cuzco, que los incas habian hecho comun en todas las provincias a donde habian estendido sus conquistas. Se concordaron las voluntades en una sincera amistad, que ántes estaban discordes en bandos y sediciones perniciosas.

Y aunque no quiero detenerme mas en esto, porque por si está dicho que unos varones de aquel espíritu no habian de enterrar el talento que se les confió para negociar con él, con todo eso me ha parecido no omitir un suceso que manifiesta bien claramente la benignidad de Dios nuestro Señor, y que por caminos a nosotros ocultos, guia a sus predestinados a la bienaventuranza. Habia en la ciudad de la Serena, cuando llegaron los padres, un mancebo como de veinte años de jentil disposicion que aun estaba sin agua de bautismo, ignorando él mismo la tamaña desventura, porque habiéndolo dado a luz una hija de nobles padres sin ser casada, procuró luego echarlo de la casa sin poder prevenir su bautismo, y aunque despues advirtió esta falta y tenia siempre presente la obligacion de procurar su bien, nunca se habia acordado de resolver por temor de que no se descubriese su delito; y en este estado

llegó el mancebo a la edad dicha. Pero como los padres hubiesen reducido con su predicacion a muchos pecadores a estado de salud, logró entre ellos este beneficio la madre del mancebo, que reconociendo el mal eterno que estaba causando a su mismo hijo y a sí misma, y detestando su delincuente silencio, se descubrió al padre Luis de Valdivia, quien lavó a la madre en las aguas saludables de la penitencia, y al hijo en la del bautismo.

Tampoco debo omitir como los padres no solo lanzaron a los demonios de la posesion que tenian de las almas, sino tambien de una casa que era como morada perpetua de malos espíritus, porque habiéndolos hospedado en una que su dueño tenia desierta por las visiones horrendas que en ellas aparecian, con la asistencia de los padres y el poder de los exorcismos de que usa la santa iglesia, se ausentaron las infernales sombras, y quedó la casa libre de tan importunos huéspedes. Por tan santas obras fué tal el crédito que se ganaron los misioneros con los vecinos, que se ofrecieron a fundar y dotar nuevo domicilio de la compañía, y les rogaron con amorosa importunidad que continuasen a cojer allí mas fruto espiritual correspondiente a lo mucho que habian sembrado y a la buena disposicion que en todos veian; pero los padres se escusaron con la obligacion de la obediencia que los habia destinado a la capital del reino y conversion de todo él, por lo cual era mui preciso que pasasen a evanjelizar a otras partes. Se hicieron cargo los vecinos de la razon de los padres y que era inescusable el partirse, pero los proveyeron de cabalgaduras y alimentos hasta la ciudad de Santiago, despidiéndose y dándoles el buen viaje con tanta ternura y reverencia, como en otro tiempo los fieles de Mileto al apóstol de las jentes.

CAPITULO XVIII.

Llegan los padres a Santiago: recíbenlos los reverendos padres predicadores; y comienzan a ejercitar sus ministerios.

Aun se hallaban los padres mui distantes de la ciudad de Santiago, en la continuacion de su viaje, cuando se conmovió toda la ciudad con aquella piedad y cortecía que es propia de su vecindario tan cristiano como noble; pero fué singular el esmero y caridad de los relijiosísimos padres predicadores que adelantaron hasta el valle de la Ligua, veintiseis leguas distante de la ciudad de Santiago, un sacerdote con cartas llenas de benevolencia en que convidaban a los padres con su convento con tan cariñosa instancia, que hubiera sido grosera rusticidad no admitir tan señalado favor, y en nosotros fea ingratitud el olvidarlo. Era a la sazon provincial el reverendo padre maestro frai Francisco del Rivero, relijioso de mucha virtud y letras, y merecedor de mayores empleos; y prior el reverendo padre maestro frai Pedro Alderete, natural de la ciudad de Osorno, que se destruyó poco despues del tiempo en que

vamos. Este padre murió en Lima con opinion de santidad. Admitió el padre Baltazar de Piña con el agradecimiento que se debia tal oferta, y habiendo entrado en la ciudad en las horas de la noche, porque su profunda humildad no se acomodaba con las honras de públicos recibimientos, se encaminó con sus compañeros al convento de Padres predicadores el dia 12 de abril de 1593. En él estuvieron juntos algun tiempo unos y otros relijiosos con tan esmerado agazajo y verdadera caridad de parte de unos, como singular agradecimiento de parte de otros, y aunque el capitan Gaspar de la Barrera ofreció su casa prestada a los jesuitas hasta que tuvieran otra, no lo consintieron los padres predicadores santamente codiciosos del grande mérito de la hospitalidad ejercitada con los peregrinos.

De este santo convento salian los jesuitas a los ministerios propios de su instituto; y el primero que predicó en la catedral, fué el padre Baltazar de Piña. Luego se siguieron otros con igual fruto al mucho espíritu de aquellos varones apostólicos. Lo que mas admiró fué oirles esplicar la doctrina cristiana y hacer exhortaciones en el idioma de los indios que podian preguntar como allá en tiempo de los apóstoles, ¿no son éstos estranjeros? ¿Pues como los oimos cada uno de nosotros hablar la lengua de la tierra en que hemos nacido? Fué tan extraordinario el conato que los padres estimulados del celo, pusieron en aprender la lengua de los indios que todos la pudieron hablar mui en breve, y con especialidad el padre Luis de Valdivia la hallaba corrientemente. A los nueve dias de haber saltado en tierra, y a los veintidos la sabia con tanta perfeccion, que desde entónces comenzó a componer el arte, diccionario y confesionario que hoi corren con su nombre, lo cual en lengua de tanta dificultad, como esperimentan los que aprenden en cosa que parece exceder los términos de lo creible; pero cierto es que la gracia obra mui presto, lo que la naturaleza mui despacio.

Obras tan santas y encaminadas al bien público causaban en grandes y pequeños extraordinario consuelo que veian ponerse las cosas de otro color y de otro semblante la república, por lo cual concurrieron los poderosos con gruesas limosnas y los mas con lo que podian para que los padres comprasen casa en que fijar su habitacion; se compró una mui capaz que habia sido de un gobernador, y despues de pagada hubo residuo bastante para darle forma de casa relijiosa, y para comprar el ajuar necesario y las alhajas de iglesia. Con esto, dadas las debidas gracias a los reverendos padres predicadores por el amoroso hospedaje y habida su buena licencia, se pasaron los nuestros a su nueva morada.

CAPITULO XIX.

Fúndase el colejio de Santiago con renta fija para su manutencion, impuesta por el capitan Andres de Torquemada y capitan Agustin Briseño.

El primer superior de la nueva casa fué el padre Luis de Valdivia por asignacion que hizo en él, al tiempo de partirse, el padre provincial

Juan Sebastian; y como su gran celo lo estimulase a emplearse todo en el bien de las almas, sentia el haberse de embarcar en las cosas temporales con toda aquella atencion que requiere el gobierno de una casa que comienza a fundarse cuando no tiene cosa fija, por lo cual dos vecinos de Santiago, determinaron, inspirados de Dios, acudir a la necesidad temporal de los padres, dejando los mas espeditos para emplearse en el bien de las almas; y fueron los capitanes Agustin Briseño y Andres de Torquemada que hicieron donacion intervivos de sus heredades para que se fundasen un colejio de la compañía de Jesus, con título de San Miguel Arcánjel, reservando para sí durante su vida, el usufructo que despues de ella habia de consolidarse con la propiedad y dando entretanto cada uno de ellos trescientos pesos de oro para cada un año, y otorgaron escritura en diez y seis de octubre de mil quinientos noventa y cinco con cláusula espresa que dice así—"y porque podria ser que alguno de los otorgantes faltase a lo que promete, de donde resultaria no ser suficiente la dicha donacion para el sustento de la dicha casa, colejio y padres de ella, quieren y es su voluntad, por lo que a cada uno toca y tocare, para que con mas cuidado se entere y cumpla la dicha fundacion, que este tal no sea fundador, sino solo benefactor insigne de la compañía de Jesus, y en tal caso le quede a la dicha compañía de Jesus la puerta abierta para admitir otro fundador en lugar del que faltare de dicha obligacion y no cumpliese la parte que debe poner a la dicha fundacion y de lo necesario para el sustento del colejio, supliendo por el que faltó, etc."

Se aceptó la fundacion del colejio en nombre de nuestro padre jeneral, que lo era entónces el padre Cláudio Aquaviva, quien avisado, confirmó la aceptacion, y de nuestra parte nos obligamos a no admitir otro fundador, en caso que los dos a mas de lo que habian dado, cumpliesen lo prometido. El capitan Andres de Torquemada que cumplió de su parte, recibió su patente de fundador, y murió poco despues en el año de 1604, mui bien dispuesto y con grandes prendas de su salvacion: fué noble caballero y reputado por tal en este reino: vino de España a las Indias llamado de la fama de las hazañas de los primeros conquistadores: fué uno de ellos, mandando una compañía de infantería española, y portándose en los varios reencuentros y batallas que entónces se ofrecian contínuamente con mucha honra y valor; fijó su vecindad en la ciudad de Santiago; tuvo en lo político y militar oficios honrosos, y no dejó sucesion.

Al capitan Agustin Briseño le salieron ántes de su muerte muchas deudas y fianzas que lastar, por lo cual no pudo enterar lo prometido para la fundacion: llegó a dar 6707 pesos, y contentándose con el título de bienhechor, dejó libre a la compañía el poder admitir otro fundador. Pero la relijion agradecida a su buen deseo y por haberse dado a sí mismo en el estado de coadjutor temporal, le dijo las misas de fundador y el colejio de San Miguel lo tiene como a tal. Fué el hermano Agustin Briseño de nobleza esclarecida consanguineo del duque del Infantado,

y del conde de Fuensaldaña: tuvo muchos parientes de altos empleos en lo civil y militar; y en lo eclesiástico al ilustrísimo don Lope Briseño, obispo de Cuenca, y al ilustrísimo don fr. Alonso Briseño, obispo de Arequipa. Sirvió al rei en el Perú fiel y valerosamente en la guerra contra Gonzalo Pizarro y contra otros que se levantaron despues de él, con mayor tiranía y menor disculpa. En el reino de Chile levantó a su costa una compañía de soldados escojidos, con la cual sirvió en la conquista de Tucapel y en la defensa de la Concepcion, en una de las ocasiones que padeció asedio de los indios y metió en la ciudad ganados abriéndose paso valiente y venturosamente por los escuadrones de los enemigos. En edad madura se retiró de la guerra al sosiego de la ciudad de Santiago, la que le empleó en los primeros oficios políticos. Su mucha hacienda la gastó en sacar de ahogos a los que se valian de su jenerosidad; y así en su vejez se halló pobre de hacienda y rico de méritos; y Dios premió su mucha caridad, y el desprecio que hizo de los bienes de la tierra con llamarlo a la relijion y en estado de menores cargos que el de los sacerdotes, que es doblada merced.

CAPITULO XX.

De los bienhechores de la ciudad de Santiago y su colejio.—El maestre de campo don Jerónimo Bravo de Saravia, y el maestre de campo don Francisco Bravo de Saravia, y del fundador Domingo de Madureira.

Como los bienes que dejaron al colejio de San-Miguel los dos sujetos de que hemos hablado fueron menores que lo mucho que era preciso gastar en la fábrica de iglesia, vivienda y oficina y en las alhajas sagradas y domésticas de un colejio que se destinaba para morada de muchos y para cabeza de una provincia, se vió dentro de algunos años cargada de deudas a que en ningun modo podia sacrificarse con el producto de las haciendas, pues aun no bastaban para el alimento cotidiano de los padres. El conocimiento de esta necesidad movió el piadoso ánimo del maestre de campo don Jerónimo Bravo de Sarávia para perdonar contra los bienes del capitan Agustin Briseño en que fué éste condenado en sentencia definitiva que se dió despues de su muerte; y el dicho don Jerónimo, por estar ya entónces en poder de la compañía las haciendas afectas a la deuda, la perdonó y quedó en el número de los benefactores. Esta misma cristiana jenerosidad imitó su hijo el maestre de campo don Francisco Bravo de Saravia y Sotomayor, señor de Almenar y marques de la Pica, mayorazgo en Soria, que donó al mismo colejio diez mil pesos, los primeros que se cobraran en Soria de los caidos de su mayorazgo: así mismo dejó dotada para despues de su muerte la fiesta del Arcanjel San-Miguel que durante su vida hizo todos los años con igual piedad y magnificencia. Este caballero casó una hija con don Francisco Meneses, de ilustre sangre y nobleza, enlazada en vínculo estrecho con las primeras casas de Portugal, que sirvió en Flandes con grande honor y despues

fué gobernador y capitan jeneral de este reino, y presidente de su Real Audiencia, y otra con don Fernando de Irarrázaval y Andia hijo del maestre de campo don Antonio de Irarrázaval y Andia, caballero feudatorio y hermano del marques de Valparaiso. Don Fernando tuvo por hijo a don Antonio de Irarrázaval, en quien recayó el marquesado de la Pica, por haber casado con prima suya, nietos ámbos del marques don Francisco Bravo. El señorío de esta casa está hoi en el marques don Miguel de Irarrázaval y Andia tan heredero de la grandeza de sus mayores como de su piedad y afecto a nuestra relijion, que trasmiten estos señores a sus descendientes, como sucesion hereditaria, y como bien vinculado en que no cabe enajenacion.

Luego que los padres se vieron con algunos haberes comenzaron a levantarle a Dios su casa, porque el templo que habia que ya no era bastante para los concursos del pueblo; por cual se comenzó en el año de 1595 y se acabó el año de 1631 otro de cal y canto mui hermoso y capaz, cubierto de cinco paños adornados de artesones primorosamente dispuesto. La capilla mayor se levantó sobre cuatro robustas y bien proporcionadas columnas con cuatro arcos tolares y una media naranja enlazada y ajustada. En la fábrica del tabernáculo no se reparó en gastos, midiéndose los padres mas con sus deseos que con sus facultades, y se colocaron en él San Miguel Arcánjel, patron de la iglesia, los santos que hasta entónces tenia canonizados la iglesia de la compañía y otros cuyos bultos habian sido hechos por artífices primorosos del Perú, provincia que como se gloria justamente del adelantamiento en todas las ciencias y artes, así tambien cree tener en la estatuaria sus Lisipos y Polícletos. Esta obra, que para aquellos tiempos era magnífica, solo tuvo la corta duracion de diez y seis años, porque el formidable temblor del año 1647, la echó por tierra como a todos los demas edificios públicos y privados de la ciudad de Santiago, aunque a los padres, a quienes habian dejado adeudados los gastos, los dejó en la calle el terremoto, y en estas penosas circunstancias se hallaban, cuando el Señor que es rei de los corazones, movió el del alguacil mayor del santo oficio Domingo Madureira Monterroso, para que compadecido de las necesidades del colejio, destinase su hacienda y persona para su alivio. Prometió desde luego dar veinte mil pesos para ser confundador del colejio de Santiago, y cumplió tan bien lo prometido, que enteró hasta cuarenta mil; y lo que fuera mas de estimar y mayor sacrificio, se dió a sí mismo a la relijion elijiendo el estado de coadjutor temporal.

Fué el hermano Domingo de Madureira, portugues de nacion, de noble sangre de la provincia de Entre Duero y Minho, hijo lejítimo de Diego Martinez y de doña Ana Viera y Aguial. Pasó al reino de Chile a ganar honra en la guerra, que entónces se mantenia empeñada y sangrienta contra los indios de Puren, Catiray y Guarava, se portó en ella como portugues, esto es, con honra y esfuerzo que le granjeó los primeros puestos de la milicia. Retirado de la guerra, fué alguacil del santo oficio, testimonio de la limpieza de su sangre; y ya en edad

madura y desengañada, se acojió de las borrascas del mundo al seguro puerto de la relijion en que dió muchos ejemplos de mortificacion, pobreza, humildad y contínua oracion, a la cual se levantaba dos horas ántes que la comunidad. Del trato continuo con Dios nuestro Señor le vino la baja estimacion de si propio y la caridad de sus prójimos: trabajaba con sus negros con teson inesplicable, y con una fineza que no se puede bastantemente estimar, en las obras del colejio no desdeñándose de emplear su persona grave y benemérita en los mismos afanes, con la humildad y perseverancia de un jornalero. Murió con tanto consuelo de su alma como sentimiento de los nuestros y edificacion del comun; y fué sepultado como fundador junto al altar mayor, al lado del evanjelio, y se le dijeron en su vida y muerte las misas y oraciones que acostumbraba decir la compañía por los fundadores vivos y difuntos.

CAPITULO XXI.

De los bienhechores insignes, el maestro Cristóbal Fernandez de Lorca y padre Alonso Ovalle.

El maestro Cristóbal Fernandez de Lorca, clérigo presbítero graduado en la universidad de nuestro colejio de Santiago, es digno de que se perpetúe su memoria en los hijos de San Ignacio, para que siempre se reconozcan ejecutados al agradecimiento por las no vulgares obras de su amor y fineza. Considerando este buen sacerdote y doliéndose, como que fueran propias, de los ahogos del colejio, máximo por haber perdido con el terremoto su hermosa iglesia, y todo lo demas edificado en él, y que habian quedado los padres adeudados y no con suficientes medios para desempeñar su crédito, se determinó a habilitar las heredades del colejio con su hacienda, esclavos y asistencia propia, y teniendo el colejio como a dos leguas de la ciudad, unas tierras que llaman de la Punta y eran desaprovechadas por falta de riego, él se lo dió y con él plantó una viña que ha sido siempre y es de mucho provecho por la abundancia y buena calidad de sus vinos; fertilizó las tierras adyacentes para que rindiesen todo jénero de granos y hortalizas como hasta ahora rinden. Edificó casa para los sujetos que deben cuidar de lo temporal y espiritual de la estancia y para los esclavos, y otra para que los estudiantes alojasen en el tiempo que se les da para recreacion, lográndose tambien sus afanes con las bendiciones del cielo que puso al colejio en mui diferente constitucion y en estado de mantenerse y de poder pagar sus deudas.

Fué el maestro Cristóbal Fernandez de Lorca hijo lejítimo de Gonzalo de Lorca, natural de la Andalucía que pasó a este reino de Chile de alferez de una compañía, en el cual sirvió muchos años los empleos de capitan de infantería y de jente de a caballo. Casó en la ciudad de Mendoza con doña María de Saagredo, de noble

sangre y de la misma casa que hai de este apellido en la república de Venecia. Esta nobleza y la mucha hacienda con que mantenia su lustre, renunció por amor de Cristo, el maestro Cristóbal Fernandez de Lorca, pues dió a la compañía cuanto tenia, que pasó de veinte mil pesos y para que los relijiosos tuviesen que comer y vestir, él se redujo a una sotana de clérigo, pobre y raida, y a mantenerse de limosna en los colejios de la compañía. No quiso ser recibido en la relijion diciendo que segun sus años y achaques no podia ya ser de servicio, sino de carga. Murió en el colejio de Bucalemu con tanta edificacion como habia vivido, hechos los votos relijiosos y con la sotana de la compañía: fué allí mismo sepultado, y años despues se trasladaron sus huesos con pompa relijiosa al templo de San Miguel de la ciudad de Santiago, en donde descansan.

El padre Alonso de Ovalle fué insigne bienhechor del colejio de Santiago, a quien donó toda su lejítima que pasó de diez mil pesos y muchas alhajas de valor. En el colejio convictorio dotó tres becas para que puedan estudiar mozos nobles y de buena inclinacion: fundó una mision anual para las granjas de los contornos de la ciudad de Santiago, de las cuales obras, ya se deja entender cuanta gloria se le siga a Dios y cuanto provecho a las almas. Fué el padre Alonso de Ovalle natural de la ciudad de Santiago en este reino de Chile, hijo lejítimo y primojénito del capitan don Francisco Rodriguez del Manzano y Ovalle, caballero conocido y mayorazgo en la ciudad de Salamanca, y en este reino vecino feudatario. Pasó a las Indias con los primeros conquistadores por capitan de una compañía e hizo con ella grandes servicios al rei; no siendo el menor haber militado a su costa y mantenido a su mesa muchos de los primeros conquistadores; fué biznieto de Gonzalo Nieto del Manzano, maestre de sala del rei don Juan el II de Aragon y Navarra, cuyo buen oríjen viene de Mem Rodriguez de Sanabria. No fué ménos esclarecido el linaje del padre Alonso de Ovalle por la parte de su madre doña María Pastene, que fué hija lejítima del jeneral Juan Bautista Pastene y de doña María Balcazar. Fué el jeneral don Juan Bautista Pastene de la mui ilustre república de Jénova, descendiente de la antiquísima y noblísima casa de este apellido, de cuyos hechos y proezas en servicio de su república se hallan en las memorias desde el año de 1599; en la guerra del Perú sirvió mucho el jeneral Juan Bautista Pastene y dió mucho peso en su valor y reputacion al partido del rei para que prevaleciese contra los tiranos. Fué prisionero de Gonzalo Pizarro que aunque procuró hacerlo suyo con promesas y amenazas, fué todo en vano, persistiendo constante como una roca la lealtad de este caballero contra todas las tentaciones de los sediciosos. Escapó por su buena dilijencia y ventura de la prision, y habiendo vuelto a Chile llevó al Perú en su nave a Pedro de Valdivia, que fué tanta parte con su valor y ciencia militar para la victoria que ganó el ejército real.

CAPITULO XXII.

Resúmen de las virtudes del padre Alonso de Ovalle.

Todo este lustre de linaje y la riqueza de su casa renunció el padre Alonso de Ovalle por seguir a Cristo que lo llamaba con eficaz vocacion a su compañía; entendió esto su padre don Francisco y puso para apartarle de su propósito, todos los medios que en tales casos sujiere el falso amor de la carne comprándole caballos jenerosos, costeándole ricas galas, facilitándole los divertimientos y ofreciéndole los puestos de la república de que era capaz su edad y las bodas con la doncella de mas dotes de cuerpo y alma que le propusiese su imajinacion. Suele ser esta guerra doméstica, cuanto mas blanda mas poderosa, y para esforzarla mas y probar todos los medios, solian juntarse a las promesas las amenazas; pero el jóven se mantenia tan constante contra unas y otras, como las rocas del mar, que no pierden su firmeza, ni por combatirlas las ondas alteradas, ni por halagarlas risueñas; y viendo mantenido esta guerra año y medio, le pareció que era ya de acusar su tardanza en entregarse a Dios; y así un dia de la inmaculada Concepcion en que su padre lo habia enviado a pasear la ciudad en un noble caballo acompañado de pajes, torció las riendas hácia el colejio de la Compañía en donde puesto a los piés del padre provincial, le suplicó lo recibiese entre sus hijos, y el provincial a quien ya don Alonso habia entablado esta proteccion mucho ántes y que estaba certificado de su firmeza, levantándole en sus brazos, le mandó vestir la ropa de la compañía. No tardó en llegar esta noticia a oidos de don Francisco que la tuvo por la mas acerva que podia sucederle, y al punto se encaminó para el colejio con ánimo de sacar de él a su hijo o a buenas, u obedientemente como dictase la ocasion; pero hallando las puertas cerradas, acudió a la real audiencia, implorando su ausilio para poner a su hijo en libertad, y léjos de las que él llamaba artes de los jesuitas. Bien entendió aquel sábio senado que la vocacion de don Alonso no era obra de los hombres, sino de Dios; pero, para calmar la borrasca que se iba encrespando, acordó exhortar al padre provincial que se pusiese el novicio en el convento de nuestro padre San Francisco. Así se ejecutó, y a que se renovaron sueltos los asaltos no solo del padre madre y parientes, sino de algunos relijiosos, procurando descubrir brecha por donde rendir aquel pecho de diamante; pero al fin de seis dias reconociéndose inútiles todos los conatos, envió la real audiencia un ministro de los de su cuerpo que restituyese el jóven a la compañía, y nos lo volvieron laureado con nueva victoria y con la reputacion de que era hecho a toda prueba, el que como Hércules vencia desde la cuna de la relijion a aquellos monstruos, que triunfan de la mayor parte de los hombres.

En la relijion fué tan edificativa su vida, como ejemplar su entrada:

honró a la compañía con sus letras y virtudes que uno y otro fué sobresaliente, y sirvió a Dios y a sus prójimos con su celo y predicacion. Fué electo procurador para las cortes de Madrid y Roma; y a la vuelta murió en la ciudad de los Reyes, en donde descansan sus cenizas. Escribió una historia breve y con muchas noticias de la conquista de Chile que es lo mejor que hasta ahora ha salido de este argumento y anda en las manos de todos. Por hacer este recuerdo agradecido de los bienhechores del colejio máximo de Santiago, y desembarazarnos de este ramo de historias ha sido necesario estender la narracion muchos años adelante del que lleva el cuerpo de ella, y ahora volvemos al año de donde salimos.

CAPITULO XXIII.

Comienza don Martin García su gobierno, y hace algunas fundaciones.—Muere el hermano Lope Salazar, y su elojio.

Con los primeros relijiosos de la compañía de Jesus que llegaron al reino de Chile, llegó tambien el gobernador don Martin García Oñes y Loyola, habiendo sido recibido al gobierno en la ciudad de Santiago, e informádole el estado del reino el maestre de campo Alonso García Ramon y el licenciado Vizcarra. Se pasó a la frontera para visitar las plazas, y el ejército a la ciudad de la Concepcion. Bajaron a felicitar su buena llegada los principales caciques de los aliados, y aun de parte de los enemigos vino Antupillan a negociar la paz. El gobernador respondió a todos benignamente y en particular a Antupillan, que si su proposicion nacia de ánimo sincero, era necesario que bajasen con él a capitular aquellos de su faccion que fuesen los principales y que pudiesen dar firmeza a los tratados. En esto se convino, y a dia señalado se hallaron en la Concepcion los caciques de mas nombre entre los enemigos. En este congreso habló en primer lugar el gobernador, y dijo: que tenia en su mano la guerra o la paz, segun ellos elijiesen, que les ofrecia la una, y no temia la otra, porque se hallaba con fuerzas para repeler a cualquiera que le acometiese, y para acometer a cualquiera que lo mereciese; que no pensasen que su poder estaba reducido a la jente española que veian en el reino, porque él tenia por señor a un rei tan poderoso que estendia sus dominios por todo el ámbito del mundo que alumbra el sol; que con inútil esfuerzo y contumacia perniciosa para ellos se oponian a un poder tan formidable; que les convenia la paz, y que por lo que deben los hombres de unos y otros le aconsejaban que la elijiesen; pero que fuese una paz sincera y no incidiosa, como parecian haber sido las que habian dado hasta aquel tiempo. Dijo el gobernador brevemente y calló, por no desautorizarse con hablar mucho.

Y Antupillan que sobresalia entre esta jente, que en medio de su bárbara crianza se parecia de saber hablar, dijo así, con elocuencia mas



que de indio: "Apo (así llaman en su idioma al gobernador); la noticia que nos dais del poder de vuestro príncipe, no es para nosotros nueva, que sin que nos lo dijera la fama, ello por sí se da a entender, que quien envia desde donde nace el sol hasta donde se pone, tantos valientes soldados armados de rayos, y esas grandes casas en que navegais los mares, ha de ser incomparablemente mayor que otros príncipes que mandan en el mundo. Pero esto debeis reducirlo a gloria nuestra, pues mantenemos la guerra ya tantos años con quien conocemos tan superior por defender la posesion de la libertad en que nacimos. No teneis que amenazar con las armas, a los que preciamos mas la libertad que la vida; quizá vosotros teneis por el mayor mal de la vida la muerte, pues nosotros tenemos por peor que la muerte la servidumbre. Lo que decis de las infracciones de la paz, por nuestra parte quisiera que la consideraseis mejor, y apartado del afecto de los vuestros: y que reflexionáseis quien hace primero la guerra, quien quebranta todos los derechos de la paz y toda la obligacion de los tratados. Que mucho que nosotros hagamos que vuestra paz no sea segura, si vosotros haceis que nuestra libertad no sea verdadera. Nos habeis ofrecido mantenernos en ella, siempre que despues de la guerra habeis capitulado con nosotros; y yo entiendo que la libertad es un poder de hacer alguno lo que quisiera de sí y de sus cosas. Pero, ¿cómo se nos cumple esto cuando al punto que dejamos las armas de las manos, comienzan los vuestros a pretender y hacer que les sirvamos con nuestras personas y bienes por fuerza y sin paga? En los tratados de paces que han dado vuestros antecesores, hemos sido tratados con el nombre de amigos y aliados, y aun nosotros nos sujetamos a ser vasallos del mismo rei, de quien vosotros lo sois. Pero queremos que así como para vosotros, respecto, de vuestro rei, se distingue el vasallo del esclavo, que la misma distincion se practique con nosotros. Cuando no se ha observado esto sino que se han quebrantado los pactos y se ha violado nuestro derecho, hemos acudido a las armas para defenderlo. Sobre lo cual no sé qué causas podais alegar para hacernos culpados si no es que penseis que a vosotros os es lícito el agraviarnos e insultarnos, y no a nosotros de ponernos a cubierto de vuestros insultos. Por eso, si bien lo mirais, no debeis decir que en los tiempos pasados hemos movido la guerra, sino que la hemos repelido; ni a nuestro teson debeis llamar rebeldía, sino constancia en defender su libertad, los que se juzgan dignos de ella. Por eso nosotros somos los que hemos de aconsejaros que querais ántes la paz que la guerra, y yo os protesto, de parte de los mios, cuyo cuerpo represento, y en cuya voz hablo, que si la paz que nos diereis, fuere de vuestra parte buena, de la nuestra será eterna, y que si de vuestra parte fuese mala, de la nuestra no será duradera."

Así habló el indio, y el gobernador quedó pagado de su desembarazo y buen efecto de su razon, y prometió guardar inviolablemente lo que se capitulase. Con lo cuál los indios satisfechos de su sinceridad y agradados de su buen tratamiento, le propusieron que se hiciese una pobla

cion de españoles en Millapoa, que es lugar cerca de la márjen austral de Biobio en el comedio de la latitud del reino. Aceptó el gobernador la oferta, y para seguridad de la nueva poblacion y que tuviese comunicacion con las otras del reino, dispuso levantar dos casas fuertes en las dos opuestas márjenes del rio, dejando al capitan Juan de Rivadeneira con cincuenta hombres de guarnicion que tuviese a cargo una embarcacion y asegurase el paso del rio.

Con estas providencias que dió el gobernador al durable establecimiento de la futura ciudad, se fundó en 1594 con el nombre de Santa Cruz de Coya, en atencion al apellido de su mujer. Fué su primer correjidor don Antonio de Abendaño y tuvo cabildo con dos alcaldes, cuatro rejidores y un escribano. Esta colonia facilitaba la labor de las minas de oro en Culacoyan, Huilquilemu, y ponia en sujecion a los indios de Catirai, Puren y Huadaba; pero los purenes como indómitos, y y a quienes parece que se habia traspasado toda la obstinacion y el ardor marcial de los araucanos, sacudieron el yugo con furor y cometieron el atroz insulto que despues se dirá.

Por este tiempo murió Lope Salazar, relijioso estudiante de la compañía de Jesus; habia sido secretario del gobernador don Alonso de Sotomayor, y florecia en nobleza, riquezas, hermosura, discrecion y mayor autoridad para con todos que lo que permitia su edad, los cuales dones aprovechaba mal dejándose engañar de la vanidad del mundo y de su falsa dicha; pero habiendo oido al padre Luis de Valdivia que en las honras de una niña de la primera nobleza, a la cual habia arrebatado la muerte en edad florida, declamaba altamente contra los engaños del mundo y de la carne de tal suerte que se mudó en otro varon que pisada toda la pompa mundana. Tomando a Cristo por ejemplo de su vida futura, comenzó a maserar su cuerpo con tanto rigor que postró casi del todo sus fuerzas y arruinó su salud. Vencido así el doméstico enemigo, y concebidos ardientes deseos del reino celestial, pidió y consiguió ser relijioso en la compañía de Jesus. Pasó a hacer su noviciado a Lima, en el cual hizo la guerra a sus pasiones con tanta fortaleza cristiana, que en espacio de veintidos meses llegó, a juicio de su maestro de novicios, a la altesa de la perfeccion relijiosa. Habiendo vuelto al reino de Chile, al tercero dia que tocó en tierra, dió el alma a Dios placidísimamente entre las oraciones de los sacerdotes, habiendo hecho los votos de la relijion. Pocos instantes ántes de su muerte, se le representó Cristo en forma visible, ofreciéndole la gloria eterna. El obispo de la ciudad honró su funeral con un sermon de sus alabanzas: el majistrado, las órdenes relijiosas y la nobleza asistieron a los oficios de la sepultura; para que se vea que con el desprecio del mundo no se pierde nada de aquello que los mortales aman despues de la muerte.

CAPITULO XXIV.

Viene a estos mares Ricardo Aquines, y fundan en Chile los padres de San Agustin.

El año en que vamos entró a estos mares, por el estrecho de Magallanes, Ricardo Aquines (Hawkins) con dos bajeles de órden de la reina Isabel de Inglaterra: corrió las costas de Chile, haciendo algunos daños, y habiendo pasado a las del Perú, envió contra él tres naves bien armadas el virei don García Hurtado de Mendoza, que habiéndole combatido, lo rindieron e hicieron prisionero con toda su jente.

En el mismo año en que vamos, representó el virei a la majestad de Felipe II, que seria de mucho servicio de Dios que viniesen a fundar en el reino de Chile relijiosos de la órden de nuestro padre San Agustin; y aprobando el rei la propuesta, espidió dos cédulas, una para el mismo virei, y otra para el reverendísimo padre provincial del Perú mandando pasasen al reino de Chile relijiosos de letras y celo; en virtud de las cuales fueron enviados el reverendo padre presentado fr. Cristóbal de Vera con cargo de vice-provincial, el padre lector frai Francisco de Hervas, el padre predicador frai Pedro de Torres y el padre predicador frai Francisco Diaz, que hicieron a la vela en el puerto del Callao en 19 de enero de 1595, y aun considerando el reverendísimo padre povincial que eran pocos para tan grande empresa, envió en pos de ellos al padre predicador frai Juan de Barcones, al padre frai Pedro Picon y al venerable hermano frai Gaspar de Pernia, que se embarcaron en el mismo puerto en 16 de febrero de dicho año. El reverendo padre vice-provincial presentó la real cédula a ámbos cabildos, y se le dió el pase para fundar las casas de su relijion que les pareciese conveniente, y entretanto que se proporcionaba los medios para mas cómoda habitacion, se les dió en nombre de S. M. una casa en la cañada junto a la hermita de San Lázaro, por estar aquel barrio ménos asistido de socorros espirituales y mas necesitado de celosos obreros. Al principio lo pasaron con tanta pobreza como edificacion por su tolerancia y despego de los haberes del mundo como guiados de aquella celestial máxima del gran padre San Agustin *Predium nostrum ipse Deus est.* Y se mantenian con las limosnas que allegaba la dilijencia del venerable hermano frai Gaspar de Pernia, cuyo bien reglado celo anhelaba a que el de los sacerdotes se pudiese emplear entero en el bien de las almas, como desembarazados del cuidado de lo temporal.

CAPITULO XXV.

Padecen los relijiosos agustinos una contradiccion, y salen bien de ella; y mudan su habitacion al lugar mas apropósito para sus santos ministerios.

La piedra del verdadero toque que dá a conocer la lei del oro de esta virtud, es la contradiccion, la cual es mas grande y dolorosa cuando

viene de personas dotadas de virtud y sabiduría, y que tienen a su favor la presuncion del acierto; y tal fué la que se levantó contra estos celosos y pios sacerdotes, porque como ellos comenzaron a dar la sagrada comunion a los indios con mas liberalidad que la que parecia justa, a otros que quieren hondar el abismo de la bondad de Dios por sus cortas medidas, empezaron a domar contra esta práctica con mas celo que ciencia, muchos espíritus avarientos de los dones de Dios, diciendo: que era desperdicio repartir el pan de los ánjeles a jente ruda y de escaso conocimiento, y que era irreverencia permitir que entrase la carne del cordero inmaculado en bocas manchadas con la embriaguez. Que el apóstol queria que fuese probado el que hubiese de comer este pan y beber de este cáliz; que aquel rei, que en el evanjelio convidó a una cena, arrojó de ella al que no se presentó con vestido de bodas; que esta prueba es obra del amor de Dios, y esta vestidura la de las virtudes, y que el amor no puede esperarse de quien no conoce lo que ha de amar, ni el atavío de las virtudes de quien no sabe su precio para poder granjearlas Así declamaban muchos contra el buen uso de dar la comunion a los indios, con propósito semejante al de aquellos sofistas que tenian profesion de contradecirlo todo. Pero los padres agustinos mantenian firmes el puesto que habian ganado, tanto por defender el crédito de su sana doctrina, cuanto porque los indios no fuesen lanzados de la profesion en que estaban, y decian en su abono que no era desperdicio dispensar los bienes del gran padre de familias, segun arbitrio, ni irreverencia facilitar su comunicacion a cuantos él quisiere; que allá en el evanjelio mandó a sus discípulos que dejasen acercarse a él a los pequeños, y que por tales se entienden no solo los de menor edad, sino los de poco saber; que si los indios son flacos y ciegos, por eso mismo necesitan mas de tal vianda, que los fortalezca y dé luz que los guie, que el mismo médico del cielo aseguró que no tenian tanta necesidad de su asistencia los sanos i robustos como los enfermos; que si era desdicha grande que los pequeños pidiesen el pan, y no hubiese quien se lo repartiese, seria aun mayor sin razon que padeciesen contradiccion los que tenian la caridad de repartirlo; que aquel rei que previno la cena, envió a sus criados no solo a llamar convidados, sino a forzarlos, y concurrieron tantos ciegos, cojos y liciados, que se llenaron las mesas, y no obstante entre aquellos que no estaban bien sanos, solo se halló uno que mereciese ser despedido del convite, y que este ejemplo condena la inhumanidad de los que pretenden apartar de esta mesa a una nacion entera, si no es que los criados tengan mas conocimiento que el dueño de la calidad de los convidados, o de la dignidad el convite; que el mismo Jesucristo profetizó que los indios de oriente i poniente vendrian a sentarse en el banquete eterno de la gloria con Abrahan, Isaac y Jacob; y que no guarda consecuencia quien concediendo a los indios este banquete, les prohiba el que es símbolo e imájen suya. Y que el mismo rei de la tierra, en cuyos dominios estaban, encargaba con tanto acuerdo como piedad, a los pastores que no negasen este pan del cielo a los indios

que hallasen capaces de él. Así clamaba la piedad de estos celosos padres, a favor de sus amados neófitos, y acallaron la voz de la contradiccion que solo anduvo discreta en darse por vencida.

Hasta este tiempo se mantuvieron los padres agustinos en el sitio que les dió la ciudad en la cañada, pero con desconsuelo porque no estando en aquellos tiempos frecuentada aquella parte, tenian el celo no tan bien ocupado como quisieran, y el Señor que destinaba a aquellos incansables operarios un campo de tanta fatiga como fruto, dispuso que se pasasen a paraje mas habitable; y aunque les ofrecia el maestre de campo Miguel Silva unas casas que tenia distante de la plaza una sola cuadra, no tuvo esto efecto por haberse opuesto otra relijion, alegando que con esta fundacion se contravenia a lo dispuesto en el derecho canónico sobre la distancia que han de tener entre sí las casas relijiosas, en cuya afficcion acudió el Señor al consuelo de sus siervos, tocando el corazon de Francisco Rivero, Alonso de Rivero y doña Catalina del Rivero, hermanos, a que cediesen las casas mismas de su morada para fundacion del convento que es el lugar en que hoi está distante dos cuadras de la plaza, entre oriente y septemtrion, mui apropósito para los empleos de su santo celo, y en donde es continuo el fruto de las almas.

CAPITULO XXVI.

Como se aumentó en domicilios la provincia de San Agustin de Chile; y cómo se dividió de la del Perú.

Habiendo el reverendo padre provincial y vicario frai Cristóbal de Vera dado la mejor forma a la regular observancia del convento de Santiago y a las santas ocupaciones de los relijiosos, pasó a la ciudad de la Serena, cuyos vecinos lo llamaban con instancia piadosa para que diese forma de que fundase convento de su relijion con los bienes que ofrecian para su dote, y se llevó consigo al reverendo padre frai Francisco Diaz para prior del nuevo convento, en cuyo celo y prudencia se podian afianzar los mayores aciertos, como lo acreditó la esperiencia.

El año de 1606, se celebró capítulo provincial en la ciudad del Cuzco en que salió electo provincial el reverendo padre maestro frai Diego Perez, y vicario provincial y visitador de los conventos de Chile el reverendo padre maestro frai Bartolomé de Montoró. Como por este tiempo iban creciendo los relijiosos, se fundaron varios conventos como en la Aconcagua en una eminencia que llaman el cerrillo de Santo Tomé, por la antigua tradicion de que desde él predicaba a los indios el santo apóstol. Duró poco este convento, porque un vicario provincial que vino del Perú lo destruyó, o por no tener fondos con que subsistir, o por el motivo político de que no se aumentasen tanto en Chile las cosas relijiosas que bastasen a formar nuevas provincias distintas de las del Perú. Otro convento se erijió en la Concepcion y otro en Millapoa,

en cuyo puesto habia fundado una ciudad el gobernador don Martin García. Mas la ciudad duró poco mas que su fundador, y el convento lo mismo, arruinados lastimosamente en el levantamiento jeneral de los indios que sucedió cuando quitaron la vida a este gobernador. Al de la Concepcion lo arruinó el temblor de 1657; mas el capitan Luis Jacinto de la Vega dió unas casas suyas para nuevo convento.

En la provincia de Cuyo fundaron convento a su costa los piadosos vecinos de las ciudades de Mendoza y San-Juan; y años despues se fundó otro en Maule, en el paraje llamado Talca, a espensas del noble y cristiano caballero Jil de Bilches. Otro en el puerto Valparaiso con el nombre de nuestra señora de Gracia. Y otro en el paraje llamado la Estrella bajo la proteccion de San-Nicolas de Tolentino. Las santas obras de estos apostólicos padres, así como han sido mui merecedoras, así han sido bien correspondidas de la devocion afectuosa y larga limosna de los fieles. Pero la familia que mas se ha esmerado en el amor constante a esta relijion, ha sido la de los señores Lispergueres, tan señalados en la nobleza y valor como en la piedad, porque han sido los bienhechores contínuos de los relijiosos agustinos. De estos beneficios ha participado mas, como mas inmediato, el convento de Santiago, no solo asistiéndole esta casa con el mantenimiento cotidiano y habilitando sus relijiosos con cabalgaduras y viático para sus apostólicas tareas o correrías, sino saliendo a la paga de cuantiosas deudas, sobre que el convento era ejecutado y no podia satisfacer. Pero lo que es mas estimable, el ser provincia de padres agustinos ésta de Chile, lo debe a la liberaliad del jeneral don Pedro Rodulfo Lisperguer, porque habiendo considerado maduramente los padres de Chile que el estar tan léjos el cuerpo de la provincia de la cabeza de ella, era estorbo para sus medras, y que ya habia conventos bastantes para poder pasar a ser provincia separada de la del Perú, acordaron enviar procurador a la corte de Roma, a fin de negociar esta separacion; y como faltase el dinero habilitó el jeneral don Pedro Lisperguer al enviado, y avivó la pretension con dos mil pesos: se entabló ésta ante el reverendísimo padre jeneral frai Alejandro Senense, quien habiéndose hecho cargo de la mucha razon que asistia a los padres de Chile, determinó crear en el reino provincia aparte y la dió por primer provincial al reverendo padre frai Cristóbal de Vera en patente que espidió en Nápoles, año de 1599, y en que despues de poner los títulos de su oficio comienza: *comandierimus*; no lo hemos querido omitir, porque como la historia sea vida de la memoria y monumento de la antigüedad, tienen derecho los lectores a que vindiquemos del olvido aquellas noticias que puedan serle de provecho.

CAPITULO XXVII.

De algunos relijiosos agustinos de singulares virtudes.

El reverendo padre frai Francisco Mendez fué una de las principales columnas de la provincia de Chile, y que renovó en esta parte todo el

primitivo espíritu de su ínclita relijion. Nació en la villa de Salvatierra, reino de Galicia, de padres nobles y piadosos, los cuales deseando fomentar la buena inclinacion que en su hijo veian a la ciencia y virtud, lo enviaron primero a la ciudad de Santiago a aprender las primeras letras y de ahí a poco a la universidad de Salamanca a estudiar la jurisprudencia; pero como Dios llamaba a Francisco al sacerdocio, pasó con beneplácito de sus padres a Arcalá de Henares para darse con mas quietud a las ciencias sagradas: en todo salió bien aprovechado y consiguió los grados correspondientes a la buena cuenta que en todas partes habia dado de sus estudiosas tareas, y como a la comprension del gran rei Felipe II no se les ocultase lo merecedor que era este vasallo de la real confianza en cualquier empleo de consideracion, le despachó la merced de justicia mayor de las provincias del Dorado en las Indias. Pasó a ellas en donde tomó estado con una señora principal de la cual tuvo un solo hijo; pero como Dios no lo queria en el mundo, le arrancó las raices que en él tenia, quitándole en breve tiempo a su hijo y a su mujer; y don Francisco que conocia que Dios ha de ser igualmente bendito cuando dá o cuando quita los bienes, sacó de estas pérdidas de los temporales muchos desengaños de su bajo precio, y mucho aliento para aspirar a los eternos. Pasó al Perú determinado a huir las borrascas del siglo, pero sin saber a que parte acojerse, conociendo lo que habia de dejar, pero no lo que habia de elejir. En estas circunstancias la interior voz de Dios lo llamó determinadamente a la relijion del gran padre San-Agustin. En el noviciado fué admiracion para sus mismos maestros y mayores, y para todos una perfecta imájen de la virtud, y profesó en 1595. Luego recibió las sagradas órdenes, y aunque era de grandes talentos y letras, se empleó por humildad en enseñar la gramática. De esta ocupacion le pasaron los superiores a la de maestro de novicios; y aunque este oficio es de la mayor confianza en los de la relijion, y se encomienda a sujetos de virtud perfecta, en frai Francisco aunque de pocos años, no se echó nada ménos para el desempeño suyo y total satisfaccion de la relijion: porque no hai canas mas honradas que las que acredita el buen seso, ni mas perfecta ancianidad que la madurez de costumbres y vida sin reprension. Fué tanta la aspereza de su vida en todo jénero de mortificaciones que parecia aborrecer su cuerpo tratándole mal con rigorosas disciplinas, largas vijilias, y escaseandole el alimento; como que conocia que en la carne losana y bien cuidada halla el demonio gran aparejo para hacer alianza perniciosa contra el espíritu. A ese paso era su blandura y benignidad con los otros, que quien es enemigo de sí mismo es amigo de todos; y por el contrario quien ama mucho a sí mismo no ama a ninguno o lo ama por sí, posponiendo con un jénero de soberbia luciferina y apostasía diabólica su último fin a sí mismo; su humildad solo estaba contenta con el hábito mas viejo, con el último lugar y el oficio mas humilde. Por eso habiendo llegado despues de otros empleos al de provincial, no se aquietó su humilde espíritu, hasta que renunciando el cargo se retiró a una granja:

aquí se ocupó por tres años en la mayor abnegacion propia, y en la contemplacion de las cosas celestiales, al fin de los cuales pasó a gozar en la otra vida el premio de sus trabajos.

El padre frai Manuel de Mendoza fué natural de las islas Terceras, hijo de padres honrados. Tomó el hábito en esta provincia de Chile, y aunque era sacerdote se empleó toda su vida por humildad y caridad en pedir la limosna para el convento de la ciudad de Santiago. Como su notoria virtud le habia grajeado tanta estimacion entre la jente seglar, y él tenia por sí un trato dulce y prudente, y mui ajeno de la molestia e importunidad, le daban de gana mucha limosna: de esta no usaba cosa para su particular, y solo obtuvo licencia de sus prelados para proveer de tinta, plumas y papel a los estudiantes relijiosos, y les decia:—«Hoi me descargo de buena gana de la solicitud en buscar estas cosas para que ocupeis todo vuestro cuidado en aprender las letras por servicio de Dios y honra de la relijion.» Cuando habia de cantar alguna leccion en el coro, la leia primero delante de algun estudiante, pidiéndole que le enmendase lo que erraba en la acentuacion por no faltar a la decencia en los ministerios sagrados y por ejercicio de humildad. Está sepultado en el convento de Santiago.

Frai Miguel de Canovio fué hijo de padres nobles y ricos; y para estar en la relijion, siguiendo el consejo de Cristo, renunció una gruesa herencia y la dió a los pobres. Fué prior de muchos conventos y vicario provincial de la provincia, poseyó eminentemente la lengua de los indios con lo cual y el estímulo de su santo celo, solia a tiempos correr las estancias de los españoles para enseñar a los criados el camino del cielo, dándoles preceptos de vida. Fué mortificado, mui devoto y mui desprendido de los bienes del mundo y de sus comodidades.

CAPITULO XXVIII.

Prosigue la materia del pasado.

El padre frai Juan Jufré fué hijo del jeneral don Francisco Jufré de Loaisa y de doña Juana de Lara. Estuvo lleno del mismo celo y ocupado en los mismos santos empleos que el padre frai Miguel Canovio: porque como por fuese sí mui elocuente y hablase perfectamente la lenguade los indios, hacia contínuas misiones para repartir el pan de la palabra de Dios a los pequeñuelos. Fué superior varias veces con tanto celo, como prudencia y benignidad.

El padre frai Diego de Losa, uno de los mas doctos graves y celosos padres que ha tenido esta provincia de Chile, fué natural de él y de noble familia: él dió primeramente forma al estudio de las letras en su convento de Santiago, siendo catedrático muchos años con merecida loa de claro y profundo. Era versado, a mas de la teolojía, en la jurisprudencia civil y canónica: fué el primer maestro numerario de esta provincia: obtuvo muchas prelacias con grande edificacion y medra de los

relijiosos. Predicaba con mucho celo y facilidad subiendo al púlpito a veces repentinamente, y hablando en especial en punto de reforma de costumbres con la elocuencia y vehemencia de un Crisóstomo y el celo de un Elias; se aplicaba mucho a ayudar a los agonizantes, para cuya buena disposicion le dió el Señor mucha gracia y destreza. Fué tan amante de la relijiosa pobreza que aunque tuvo muchas ocasiones de de adquirir, nunca se le vió alhaja de valor: y así cuando sus hábitos eran mejores que los de otros relijiosos pobres los trocaba con ellos. Está sepultado en el convento de Santiago. Cuando murió era provincial, y luego despues de su muerte, le sucedió en el mismo oficio su hermano, tanto en la carne como en las virtudes frai Andres de Losa que fué gran prelado y de vida inculpable: lo honró Dios con la incorrupcion de su cuerpo que se manifestó por cierta continjencia despues de un año de su sepultura.

En el reverendo padre maestro frai Bartolomé Montoro concurrieron muchas circunstancias para hacerlo grande: él fué mui noble y supo renunciar la grandeza; rico en el mundo y se hizo pobre por Cristo: fué sábio y juntó con la sabiduria la humildad. Fué benemérito de esta provincia, porque con sus muchas letras y reputacion defendió la justicia con que se habia separado de la del Perú, y porque siendo provincial la adelantó en observancia y letras: era consultado de todas partes y personas, como a oráculo, no solo por la sabiduria de sus respuestas, sino por la integridad de sus sentencias y resoluciones muchas que no sabia, como habia quien se atreviese a hacer una injusticia, conociendo que lo es. Ponia gran cuidado en adelantarse cada dia mas en todas las virtudes, como aquella alma que disponia en su corazon sus vidas; y así fué grande en procurar por todos modos parecer pequeño en celar la honra de la casa de Dios, en mortificarse interior y esteriormente, y en unirse íntimamente con su Dios por medio de la oracion.

El padre frai Miguel Romero fué varon de vida mui austera, y de continuo trato con Dios: tuvo así gran celo del bien de las almas, como de adelantar los estudios en su relijion para que se formasen ministros aptos para el oficio apostólico: este celo lo hacia juntar las tareas escolásticas con el ejercicio de la predicacion, tan sin embarazarse un afan con otro, ántes dándose tambien las manos, que parecia que del púlpito sacaba luces de sabiduria para la cátedra, fuego de celo para el púlpito, haciendo consonancia de cosas al parecer opuestas, como la música hace armonia de las voces altas y bajas.

Frai Manuel de Espinosa, hermano lego, fué de mucho provecho y edificacion al convento de Santiago. Tuvo muchos años a su cuidado el pedir la lismona, en el cual ejercicio se portó con toda aquella limpieza que pide la pobreza; mas despegado de comodidades y desprendido de bienes temporales, fué mui rigoroso y continuo en castigar su cuerpo con crueles disciplinas; y por la fama que habia de esta penitencia, como un dia pidiese a un caballero un libro de la vida de San

Nicolas de Tolentino, le respondió este:—"Si se lo daré, padre, con tal que lo gane con darse dos mil azotes." El hermano frai Manuel que tenia su cuerpo acostumbrado a prueba de mayores castigos, aceptó el concierto; y habiéndole cumplido de su parte, volvió dentro de algunos dias al caballero, y le dijo:—"Señor, ya es tiempo que me entregueis el libro, porque me he dado los dos mil azotes que pusisteis por condicion." Cuando el caballero edificado y admirado de tal espíritu de penitencia y rigor le entregó el libro diciendo que no habia intentado vendérselo tan caro, sino solo dárselo a desear para que lo estimase mas.

CAPITULO XXIX.

Dase fin a esta materia; y se trata del Santo Cristo de Mayo.

El hermano frai Pedro Navarro fué mui mortificado, pobre y humilde: su coversacion era con los cortesanos del cielo, y no con personas de este mundo, sino por necesidad, y entónces con palabras tan precisas y con tanto recato en sus sentidos, que no parecia que usaba de ellos, en especial tratando con personas del otro sexo. Esta abstraccion de las criaturas le premiaba el Señor con comunicársele familiar y amigablemente en visitas y revelaciones, segun su inefable dignacion. La mejor señal de que esto procedia de buen espíritu, era que el mismo frai Pedro se desconfiaba de todo y descubria todas sus dudas a sus mayores, para que con su prudencia y esperiencia separasen de la liga y dolo acendrado. Despues de muchos exámenes fué aprobado su modo de oracion y declarado su espíritu como ajeno de engaño. La particular de estas revelaciones y visitas no se ha podido averiguar, por no haberse tomado los antiguos el cuidado de escribirlas.

Frai Juan de Ibañez Lepe fué desde niño dotado de una inocencia y candor de paloma. Luego que profesó y fué enseñado en la práctica de oracion y penitencia, se aplicó a ella tan de veras y con tanta perseverancia, que fué admiracion en una y otra virtud. Por ser el hermano hecho a toda prueba, lo pusieron sus prelados al cuidado en un molino en que es menester mucho recato para tratar con mujeres de servicio y mucha paciencia para llevar las sin razones y descortesías de los mozos que ocurren a semejantes lugares. Para todo se armaba el devoto relijioso con la oracion, porque estando el molino al pié de un cerrillo, en cuya cumbre hai puesta una cruz: él subia la cuesta todas las noches meditando ternísimamente el camino del redentor, desde el pretorio hasta el Calvario, y en llegando a la cima consideraba aquel fruto debido. Pendiente del árbol de la cruz para nuestro remedio, en esta meditacion se encendia de manera el fuego de su amor que casi agonizaba entre dulcísimas penas, gozando en su corazon de todo el amor y padeciendo todo dolor de su dueño y Señor crucificado; esto lo convirtió en paraiso aquel desierto, y perseveró en su oficio hasta que por muchos

años y enfermedades lo retiraron los superiores a su convento, en donde murió en mucha paz, pasando a la otra vida a gozar el premio de sus trabajos.

El hermano frai Gaspar de Perria fué de alto linaje y dotado de alto entendimiento; pero en la relijion ocultó tanto lo que era, que jamas se le oyó palabra que de mil leguas se le pudiese aludir a hidalguia, nobleza o parentela; y la claridad y luces de su entendimiento los encubrió con el velo de simplicidad haciéndose pequeño por Cristo para ser grande en el reino de los cielos. Pidió la lismona por espacio de treinta años con rara edificacion y utilidad del convento; era continuo en la oracion en que pasaba las noches dando un corto reposo al cansado cuerpo puesto de rodillas y arrimado la barba a las varandillas del coro. Fué cordialísimo devoto y fidelísimo esclavo de nuestra Señora de Gracia, rindiéndola todos los dias continuos obsequios y cultos, rezándole el oficio menor por horas. Fué regalado de Dios y de su Santísima Madre con visitas, e ilustrado con revelaciones que en aquel humilde espíritu producian dos efectos propios de las hablas divinas que era profundisar mas en el abismo de la nada, conociendo mas su indignidad y tener motivos mas patentes para engrandecer la bondad de Dios con que gusta de comunicarse a sus criaturas.

De aquí le nacia el tener por gran pecador y rogar instante y humildemente a otros relijiosos que tuviesen lástima de él, porque tenia mui ofendido a Dios, y estaba en gran peligro de su eterna perdicion. Este es profundo misterio de la ciencia de los santos, a cuya intelijencia nunca llega toda la penetracion de la sabiduría de la carne, que es ser santos y tenerse por grandes pecadores; por lo cual dijo el esposo a la querida esposa que se ignoraba a sí misma, no conociendo su mucha hermosura; y el apóstol dijo:—"Vino Cristo a salvar pecadores, de los cuales yo soi el primero." Murió con opinion de mucha santidad; y fué testimonio de ella el sentimiento que hizo la ciudad de Santiago en su muerte, y el numeroso concurso a sus exequias. Se dice que su cuerpo fué hallado incorrupto algunos años despues.

El reverendo padre predicador frai Pedro de Figueroa fué uno de aquellos ministros de Dios que tienen tan bien ordenada la caridad, que segun el consejo del apóstol, atienden primero a sí, y despues a la doctrina: porque seria el mayor desacierto cuidar las viñas ajenas y descuidarse de la propia. No era de los tales el siervo de Dios, sino que con prudentísima economía partia los tiempos y los cuidados entre la vijilancia sobre su propia perfeccion y la solicitud de la salvacion de los prójimos; y así hacia el mejor logro y empleo de tiempo que se puede hacer. Era tan contínuo en la oracion, lectura de buenos libros y maceracion de su cuerpo, como en procurar por todos modos aprovechar a los otros, pasando incesantemente en el confesionario, trabajando como muchos, y dando abasto a innumerable jente que le seguia, dependiente de su lengua y manteniéndose con sus palabras, que todas eran de la vida eterna. Y porque la jente de servicio suele ser la mas destituida

de maestros espirituales, que segun somos hoi los dispensadores de la gracia de Dios, parece que aun para ganar el cielo es menester tener valimento en el mundo, el padre frai Pedro, que no era aceptador de personas y se tenia por igualmente deudor a los griegos que a los bárbaros, instituyó una cofradia, con santísimas leyes y piadosísimos ejercicios en que tenia mui arreglada y devota a toda esta jente: y para excitarles el afecto mas tierno hácia nuestro redentor, hizo, sin saber de escultura, imájenes de Cristo, ya orando en el huerto, y reo ante Pilatos, ya azotado en la columna, tan propias y perfectas que era admiracion. En lo que se vió que si, como dijo el otro, el amor es poeta, tambien es pintor. Con tales obras santificó su preciosa y apostólica vida, hasta que cargado de años, lleno de inútiles fatigas, y rico de merecimientos, pasó de esta vida a la otra, a gozar el precio de ellos.

Pero la imájen que sacó mas excelente fué la de Cristo crucificado, que es de cuerpo entero y de admirable majestad, a la cual llaman el señor de Mayo. Por esta ocasion, el temblor de 1647 que sucedió a 13 de mayo y derribó todos los edificios de la ciudad de Santiago, tambien echó por tierra el templo de los reverendos padres agustinos; pero sucedió que habiendo encendido las luces a los primeros movimientos de la tierra, y ántes que sucediese estrago alguno a esta santa imájen que estaba en una capilla, viniéndose el techo abajo que era de maderas mui pesadas y parte del muro que era de piedra, todo esto cayó a los divinos pies, como con reverencia, no solo sin tocar el sacratísimo cuerpo, pero ni a las dos antorchas que ardian cerca: y solo hizo el terremoto en la santa imájen el efecto de bajarle la corona, que estaba bien ajustada en la cabeza, hasta la garganta..... Y auque despues se intentó pasarla a su lugar, no se pudo; y en esa forma persevera hoi. Yo no me hallo en ánimo de reconocer en estas cosas milagro que es jénero de superesticion recurrir a ellos para aquello que puede provenir de causa natural; pero asi mismo será impiedad negar que Dios a veces nos habla con obras, y que como antiguamente con mostrar a un profeta atado con cadenas, o recostado de un lado por mucho tiempo, daba a entender anticipadamente la cautividad u otros trabajos de su pueblo, así nos pudo significar con haber bajado la corona de Cristo de la cabeza a la garganta, que nuestros pecados son tantos, que no solo le atormentan, sino que forman un mar amargo en que lo ahogan y sumerjen, y que si ellos fueron la causa de que las espinas tuviesen desde la planta del primer Adan hasta la cabeza del segundo, así lo es su mayor gravedad y número de que le punsen en parte mas sensible. Esto he querido escribir, aunque con cortas noticias de estos claros varones, para que no perezca su bien merecida memoria, que presto muere la fama, sino le dan vida los escritores.

CAPITULO XXX.

Intenta Lanosteva ganar por interpresa el fuerte de Jesus; y muere en el empeño.—Acciones políticas y militares del gobernador.

Hemos referido arriba como los indios de guerra habian solicitado la paz y pedido que en sus tierras se pusiesen poblaciones españolas: y que las paces se aceptaron y se hizo la poblacion. Pero como entre ellos son fallidos todos los pactos, no solo por su poca fé, sino porque no teniendo entre sí alguna cabeza que tenga fuerza coactiva para hacer guardar lo estipulado, basta que alguno disienta de lo que aprueban los mas, para que se quebranten los tratados mas solemnes; esto pasó con los purenes, porque habiendo entre ellos un cacique llamado Loncotegua que tenia a mal las paces hechas con los españoles y la nueva poblacion que le parecia ser un padrastro de su quietud, levantó quinientos hombres y se vino con ellos para el fuerte de Jesus, con el propósito de sorprenderlos. Para el mejor logro de su hecho, elijió las horas del sueño, y dividió su jente en tres escuadrones para conseguir por alguna parte la entrada. Comandaba en el fuerte un buen soldado llamado Francisco Guajardo, que se puso de los primeros con algunos soldados para defensa de la puerta principal. Los indios pegaron fuego a un baluarte y a dos casas vecinas; pero como lo hubiesen apagado las mujeres y jente inútil; abatieron dos troncos de la robusta palizada que servia de muralla. Aqui tambien se les opuso Francisco Guajardo que les impidió la entrada y volvió a cerrar la brecha. Así andaba la contienda por un costado cuando Loncoteva, se abrió paso por otro y entró con cuatro de los suyos que creyendo dejar su jente repartida en los puntos de mayor riesgo, se vino con solo un soldado a la defensa del nuevo portillo: allí halló a Loncoteva, en el afan de hacer entrar mas jente, y arremetiendo con él, le cortó a hacerse el brazo derecho, y queriendo defenderse con el izquierdo tambien se lo cortó y lo acabó con el acero. El ver muerto a su caudillo consternó a los indios y les turbó todas sus disposiciones; por lo cual se retiraron medrosos, dejándo la victoria a Francisco Gajardo, a quien y a los soldados que mas se señalaron, premió el gobernador.

Éste, para domar la ferocidad y castigar la insolencia de los purenes, salió a compaña con cuatrocientos españoles y dos mil ausiliares que estaban obligados a dar algunas provincias que no pagaban tributo. Sábia política que fué últimamente practicada por los romanos que dejaron a la Batavia libre de pechos, y sin mas carga que la de servir con su numerosa juventud para los usos de la guerra. Como los indios no se hallasen con fuerza para oponerse en campaña, se retiraron al comun asilo de sus bosques, y se taló la tierra con todo el rigor de la guerra. Estaban los españoles en el calor de la hostilidad cuando se descubrió una huella fresca que parecia ser de mucha jente: se siguió y en un prado que estaba en lo interior de una gran selva, se halló una

partida de indios que capitaneados de dos mulatos desertores aguardaban el descuido de nuestro ejército para asaltar a los indios ausiliares. Como los enemigos estaban sin prevencion de que podrian ser cojidos en el lazo que ellos armaban, fueron presos, sin escaparse uno, y se aplicó pena capital a los dos mulatos; y a algunos indios reos de daños hechos en las cercanias de la Imperial. Los demas fueron llevados como prisioneros de guerra.

Deseaba el gobernador proseguir la sujecion de los indios con todo rigor, porque habiéndoles hecho proponer partidos de paz, ellos los habian repudiado con descortesía y altivez; siendo autores de esto para con el comun Ayllamachu, Pelantaro y Millacalquin, caudillos principales. Esta repulsa hizo heridas bien hondas en el ánimo del gobernador por parecerle intolerable la contumacia en no querer la paz unos hombres así vencidos. En buena coyuntura y mui apropósito para sus intentos, le vino de Lima socorro de soldados, armas y caballeros que le trajo don Gabriel de Castilla por órden del virei don Luis de Velasco; y luego pasó el gobernador con quinientos españoles y muchos mas ausiliares a verse con el enemigo. Payllamachu y Pelantaro, no hallándose todavía con fuerzas bastantes para oponerse abiertamente, determinaron acomodarse con la presente fortuna dejando pasar aquella tempestad de armas y de armados, y recojiéndose entre tanto al abrigo de los pantanos de Lumaco, que es la Rochela de su pais. Con esto, viendo el gobernador que no podia sojuzgar a los indios por batallas, acordó apretarlos con fortalezas; y fundó una en el centro de la ciudad de Puren, y otra a la orilla de la dicha ciénaga de Lumaco. Con esto la aseguraba a su parecer de los cuidados y peligros de la guerra. Comenzó a entender en negocios civiles que eran dignos de toda su atencion: aquí arregló el buen gobierno de las encomiendas de los indios, haciendo las ordenanzas que la esperiencia y la piedad tenian por necesarias para la doctrina y buen tratamiento de los indios, las cuales estan cencebidas con máximas de tanta bondad y prudencia que bastan ellos para venir a conocimiento que Martin García Oñez de Loyola fué un varon de tantas luces con cristiandad y digno sobrino del grande patriarca San Ignacio. Por este tiempo fundó la ciudad de San Luis de Loyola en los últimos términos de Chile, camino de Buenos-Aires en la punta que llaman del Venado. La ennobleció con su apellido como a la de Santa Cruz con el de su esposa doña Beatriz Clara Coya. Esta poblacion no se ha aumentado considerablemente por la falta de comercio; pero se tiene por necesaria por ser escala a los que van y vienen de Chile a Buenos-Aires. Estan en ella establecidas casas relijiosas de padres predicadores y Jesuitas: la gobiernan en lo civil y militar un lugar teniente de correjidor de la ciudad de Mendoza.



CAPITULO XXXI.

Ponen sitio los indios al fuerte de Puren: socórrelo Pedro Cortés.—Visita el gobernador las plazas; y lo matan los indios.

A los caciques Paillamaco, Pelantaro y Millacalquin les parecia mui mal de llevar que el gobernador con las plazas de Puren y de Lumaco, hubiese puesto pihuelas a su libertad, y acordaron retituirse a ella con las ruinas de dichas plazas; pero pareciéndoles asunto arriesgado el ganarlas por asalto, acordaron rendirlas por asedio. Paillamacu cojió a su cuesta la empresa de sitiar el fueste de Puren, y se puso al rededor de él con cinco mil combatientes a entradas del invierno, elijendo este tiempo como contrario a los españoles para las operaciones de la campaña, y no a los indios que por su complexion cálida y recia y por su crianza hecha a toda prueba de incomodidad, resistirian fácilmente a las inclemencias del tiempo. Mas para quitar a los sitiados la esperanza de que se levantase el sitio por la poca paciencia de los sitiadores, que es efecto su de natural colérico, mas gastando determinar de su suerte buena o mala en media hora de batalla, que aguardar flemáticamente una victoria, que les dé la lentitud perezosa de tiempo, se asentó mui depropósito al rededor de la plaza haciendo para su jente barracas de paja y pieles para impedir todas las entradas y socorros de alimentos que pudiesen venirles de fuera. Bien lo habia discurrido Paillamucu, como hombre prudente y advertido y constante en las cosas de la guerra; [pero una prudencia y constancia grande es venida de otra mayor, lo cual pasó en este asedio, porque los españoles toleraron animosa y pacientemente todas las penurias y necesidades de un cerco rigoroso, resueltos a morir de necesidad, ántes que entregase. Por otra parte, el gobernador solícito del bien de los sitiados, determinó ir a socorrerlos en persona, y siendo impedido de los consejos de los capitanes, envió en su lugar a Pedro Cortes, capitan diestro y esforzado en grado mui alto, y ya muchas veces nombrado con alabanza en esta historia. Entró solo con ciento cincuenta hombres; y su mucha reputacion hizo a Paillamacu levantar el sitio, de que se retiró no tanto por hacer honra al ilustre capitan Pedro, cuanto por mirar por la seguridad propia.

Y porque ya otra vez no se ha de ofrecer la ocasion de hablar de Pedro Cortes en funciones de guerra, quiero que quede dicho para su fama lo siguiente: que nació en la Estremadura, y que aunque yo no sé ni he podido adquirir noticias de su linaje, me persuado ser del mismo que el gran conquistador del imperio de Méjico, Hernando Cortes: lo uno por ser ámbos naturales de una misma provincia: lo otro por tener ámbos el segundo apellido de Monroi; y lo tercero porque no ha habido en mas de doscientos años en las guerras de la América hombres mas semejantes y aun iguales en el esfuerzo y en la prudencia militar. Nuestro Pedro Cortés tuvo infelicidad, o la tuvo el reino

de Chile, de no mandar en jefe, sino ordinariamente bajo las órdenes ajenas que para su consejo y su espada era mui corta conquista la de una nacion aun tan belicosa como los indios chilenos. Pero en las funciones que se fiaron a su conducta, se portó tan superiormente, que no dejó vacío o deseo ni lugar a la envidia. Y aun en las batallas, que fueron muchas, en que se halló de subalterno cuando vió algun asar y el juego casi perdido, él se hacia cargo de capitan, cediendo a los oficiales mayores el puesto que le imponia la necesidad, y él usando de su valor y prudencia mayor que de hombre, al paso que redonaba el valor a los tímidos y que ordenaba a los desordenados, recojia los dispersos e infundia el terror en los enemigos. Cuanto tuvo de valeroso, tuvo de benigno y urbano, que rara vez deja un esclarecido valor de andar junto con buenos comedimientos; su moderacion fué singular, pues habiendo un gobernado nuevo, en ocasion de haber de atacar al enemigo, hecho consejo de guerra sin llamar a Pedro Cortes que estaba en el mismo ejército con mas luces que ninguno otro, él no rompió el silencio ni aun con una queja que seria disculpable en un tan gran mérito. Desdeñada su descendencia, paró en la ciudad de San-Bartolomé de Chillan, en ningun modo premiada, como se debia a tan benemérito ascendiente; pero ésta es comun queja de los hijos de conquistadores de este reino, que lo que han ganado los valientes lo comen los poltrones; y que para ayudarse a subir, mas importa la mas ruin vara de medir, que la mejor espada.

Despues del buen suceso de haber hecho alzar Pedro Cortes el sitio de Puren, salió el gobernador de la Imperial con sesenta reformados para pasar a la Concepcion, visitando las plazas intermedias y aquietando algunas discordias que habia entre los vecinos. Paillamacu con un campo volante, le venia siguiendo siempre los pasos, ocultando su viaje para no ser sentido y hacer su hecho sobreseguro, y lo consiguió. Porque habiendo llegado el gobernador con los suyos al valle de Curazaba, pareciéndoles no haber ya riesgo de enemigos, asentaron sus tiendas cómodamente para desquitarse de las malas noches pasadas, y despues de haber cenado con alegría, se acostaron a dormir tan sin centinela como sin temor. Conocieron este descuido las centinelas que habia avanzado Paillamacu, y le dieron aviso dilijentemente; quien se acercó a los pabellones de los españoles armado de fiereza y de traicion, y repartiendo su jente ocho y diez al rededor de cada uno, lanzearon a todos tan sin defensa, que el que mas hizo se levantó de su cama en camisa a tomar sus armas y luego era traspasado de muchas lanzas a un tiempo. Así murieron todos hasta tres relijiosos del órden de predicadores, de los cuales hicimos ántes mencion. Sucedió esta trajedia en 25 de noviembre de 1598 (1). Grande fué el sentimiento del reino por suceso tan infeliz porque como los muertos fueron vecinos enco-

---

(1) **Fué el 22 de diciembre.—(El E.)**

menderos y oficiales principales, apénas habia familia de distincion, a la cual no tocase parte de la calamidad y del motivo del llanto. Pero el sentido con mas veras fué el gobernador, como en quien afianzaba el reino su quietud y felicidad que siempre se siente mas la falta de lo que mas se necesita; y aparte de eso, concurrian en él muchas causas para el amor en vida y el dolor es muerte. Fué tan noble en las operaciones como en el nacimiento animoso, constante, liberal, benigno y piadoso; sirvió mucho y con grande honra en las guerras del Perú. Al virei don Francisco de Toledo lo sacó del cuidado en que lo tenia puesto el inca Tupac-Amaru, que en las cerranías de los Andes procuraba restablecer el imperio de sus mayores. A este príncipe prendió don Martin García, y el virei lo mandó degollar; si con bastante justicia o no es problema que no podemos decidir; pero en don Martin fué debido el obedecer sin exámen, a quien tenia potestad para mandarle. En premio de este servicio le dió el virei por esposa a doña Beatriz Clara Coya hija del inca Saini Tupac que era hermano mayor de Tupal Amaru. De esta señora dejó una sola hija que despues de la muerte de él fué llevada a España y casó con un ilutre caballero llamado don Juan Enriquez de Borja, llevando en dote el repartimiento de indios de Saira Tupac, y el marquesado de Oropesa, nombre de un pueblo que el virei don Francisco de Toledo fundó en el Perú por memoria del estado de su casa. Por el tiempo en que vamos murió el ilustrísimo don Agustin de Cisneros, obispo de la Imperial, y ántes dean de la misma iglesia. Gobernó desde el año de 1592 hasta 1598. Don Agustin de Cisneros, natural del reino de Chile, de profesion jurista, de dean de la santa iglesia de la Imperial, fué asunto al obispado de dicha iglesia; actuó el gobierno sin bulas por espacio de seis años, y murió sin consagrarse. Sus santas cenizas yacen en la santa iglesia de Concepcion adonde las trajo de la Imperial destruida, el marques de Baides: y a su recibo se le hicieron suntuosas exequias en que cantó misa de pontifical el ilustrísimo don Diego Zambrano Villalobos.

CAPITULO XXII.

Calamidades de Chile despues de la muerte de don Martin García; y gobierno del licenciado Pedro de Vizcarra.

Los indios por haberse salido con tan bravo hecho, como haber degollado al gobernador y gran parte de los mejores oficiales, se llenaron de ánimos, se revistieron de altivez, no solo para sacudir el yugo español, sino para esterminar la nacion entera; y con este gran propósito enviaron sus emisarios a rebelar todos los indios, y es cosa de maravillar y que dá a entender el jénio indómito de esta nacion, que aunque simile la paz y subordinacion siempre abriga en su pecho el deseo de la guerra para abrirse camino a su apetecida libertad; que en poco mas de 48 horas se sublevó el pais, que se

estiende por ciento y cuarenta leguas, desde el rio de Itata hasta el cañal de Meulli, que divide a la provincia de Chiloé del continente al reino de Chile; y se pusieron en armas treinta mil indios con tan jeneral resolucion y tan unánime consentimiento, que ni el cariño a sus heredades les impidió que abandonasen las que estaban vecinas a las poblaciones para ir a juntarse con los indios de guerra; ni la lealtad a aquellos amos que por su bueno y piadoso tratamiento eran acreedores a la benevolencia de los criados, estorbó que ellos los dejasen para alistarse en las banderas enemigas. Con la misma presteza y concordia comenzaron la hostilidad en todas partes, se apoderaron de innumerables ganados mayores y menores, quemaron los sembrados que ya estaban en madurez, saquearon las heredades, se llevaron lo que pudieron, pusieron fuego a las casas, destruyeron las parroquias y hospitales aun los que estaban fundados en los mismos pueblos y reducciones de ellos, profanaron los vasos sagrados, pisaron y quebraron las imájenes de los santos y del santo de los santos, diciéndole por improperio y afrenta que tambien ellos eran huincas, que quiere decir españoles, y quitaron la vida a mas de 240 personas de todas calidades, sin ablandarlos el sexo tímido y débil de las mujeres ni de la edad inocente de los niños, pues bastaba para que tuviesen sed rabiosa de beberla.

Luego que se supo en Santiago la fatalidad sucedida al gobernador, nombró el cabildo por sucesor suyo al licenciado Pedro de Vizcarra, teniente jeneral y juez de apelaciones, hasta que el virei que lo era don Luis de Velasco, diese providencia; y aunque se hallaba este caballero en edad de 70 años, viendo que el estremo peligro del reino le demandaba en la ocasion consejo y manos, salió a las empresas militares con cordura de anciano y con ánimo de jóven, y luego se puso en la Concepcion trayendo de Santiago alguna jente. A su llegada supo como estaban bloqueadas de los enemigos las ciudades de Valdivia, Osorno, Villarica, Imperial, los Confines y Santa Cruz de Coya, y sitiadas con formal asedio la ciudad de Cañete y la plaza de Arauco, y los indios que tan asistidos de tanta prudencia militar y saben tomar la ocasion por el copete hechos cargo de la consternacion de los españoles, saltaron de suerte las velas al lauro de su buena fortuna que para impedir el socorro de las ciudades sitiadas pasaron el rio de Biobio y se vinieron con un campo volante para la ciudad de la Concepcion con el ánimo de medir las lanzas con los españoles. Pero esperimentaron un reves que no esperaban, porque habiendo el gobernador enviado contra ellos a don Pedro Paes Castillejo con alguna jente de la que vino de Santiago, éste los aguardó con mucha prudencia y cautela y los derrotó enteramente, salvándose mui pocos que se volvieron a su tierra con con mas priesa que la que habian traido.

Despues de este buen principio de felicidad, se puso el gobernador en campaña, y pasado el rio Biobio asentó su campo en el paraje llamado la Empalisada, que era entre las ciudades de los Confines y Santa-Cruz para cubrir a las dos y con el ánimo de forzar las líneas de

los enemigos o de obligarlos a batalla. Pero ellos anduvieron mui cautos o poco valientes, porque como reconociesen al gobernador superior en fuerzas, temiendo desacreditar su buena dicha con otro azar como el del choque con el capitan Castillejo, se retiraron a sus tierras. Y del mismo modo el gobernador que no tenia bastante jente para penetrar al interior del pais enemigo y socorrer a las ciudades bolqueadas, regresó para la Concepcion, llevándose consigo a los pobladores de los Confines i Santa-Cruz de Coya: como que por sí no podrían mantenerse largo tiempo; y por otra parte no era conveniente repartir las fuerzas en circunstancias que aun unidas eran de dudar que resistiesen a la pujanza de los enemigos, caso que se pusiesen en campaña con todas sus tropas.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

Comienza su gobierno don Francisco de Quiñones, y la batalla que tuvo con Paillamacu.

Séame a mí tambien lícito con el ejemplo de escritores de primera nota, hacer al que me leyere una prefaccion en medio de mi obra para prevenirle el ánimo de constancia y valor cristiano; porque voi a escribir fieras y sangrientas batallas, supliendo la ira y el encono que señoreaba los ánimos por el número de los combatientes y éstos con alternada fortuna, decantándose Marte ya a una parte ya a otra como que las queria mantener en balanzas para que durasen hasta la mutua ruina. Resoluciones famosas y animosas interpresas ejecutadas con gravísimo daño de los españoles. Apretados y porfiados asedios que al fin paran en la horrible mortandad y cautividad triste de los sitiados, en la sacrílega profanacion de todo lo pasado, en la lamentable carnicería, despues de la victoria ejecutada en los cuerpos de los hombres cautivos, y en la mas lamentable violacion del pudor y honestidad de sus hijas y mujeres. En cuya consideracion aunque los que no tienen fé suelen acusar el capricho de la fortuna, los que reconocemos en todo esto a Dios como soberano arbitrio de los sucesos humanos que saca de la pena nuestro escarmiento, nos aflije para enmendarnos y nos mortifica para darnos vida, hemos de besar el azote con que nos castiga, agradeciéndole que visite con su vara de justicia nuestras iniquidades, y adorando las disposiciones tan severas como piadosas de su prudencia. Por otra parte, veremos grandes ejemplos para nuestra enseñanza, a las mujeres pelear con esfuerzo de varones; a las vírjenes consagradas a Dios hacer respetar su castidad de los mismos bárbaros infieles; y hasta el mismo cielo

declararse con maravillas a favor de la piedad que invocaba su ausilio. Y con esta preparacion pasarémos a representar las funestas trajedias que esperimentó Chile en los tiempos subsiguientes.

A los seis meses del gobierno del licenciado de Vizcarra, le señaló por sucesor el virei don Luis de Velazco a don Francisco de Quiñones natural del reino de Leon que era alcalde actual de la ciudad de los Reyes: y fué recibido el gobernador en 18 de mayo de 1599. Ya en este mes está en Chile mui entrada la estacion invernisa: el aire cubierto de espesas nubes que derraman sobre la tierra repetidos, no aguaceros sino diluvios; y los caminos impracticables no solo para ejércitos numerosos, pero aun para volar con desembarazado equipaje. Mas como los indios chilenos son de por sí de complexion recia, y está fortalecida con la contínua tolerancia de todos los rigores del tiempo, tan sanos y serenos están en el mayor furor de la canícula en que otros se asan como en las contínuas aguas en que otros se pudren; así no halló embarazo Paillamacu para ponerse en campaña con seis mil combatientes, y tuvo la animosidad de pasar el caudaloso rio Bio-Bio, con el fin de verse las caras con el nuevo gobernador. Éste bien conoció lo contrario que le era el tiempo para campar, asi por el poco provecho de que serian las armas de fuego, como por ser los españoles ménos sufridores de las contínuas aguas y frios. Pero como en la guerra no siempre es dado elejir el mejor tiempo y ocasion, hubo de aceptar el embite que le hacia Paillamacu y le salió al encuentro con la mas y mejor jente que pudo juntar, porque tambien por su parte tenia deseo de darse a conocer al soberbio bárbaro, y vindicar, si le fuese posible, la muerte de su antecesor. En los campos de Yumbel, iguales y espaciosos, se dieron vista los dos ejércitos. Paillamacu repartió su jente en tres gruesos cuerpos, uno de infantería i dos de caballería que puso a los lados de los infantes para cubrirlos. El gobernador puso así mismo su infantería, en el medio un lancero entre dos arcabuceros; la caballería colocó a los costados de la infanteria, y a la frente seis tiros de campaña. En este punto, habiendo Paillamacu exhortando a los suyos con aquella soberbia y jactancia que es propia de esta nacion, en especial cuando ha esperimentado algunos sucesos felices, y hablando el gobernador a los suyos con palabras de mucho peso, mostrando gran sosiego y presencia de ánimo; los indios envistieron con un furor desmedido, procurando llegar presto a las armas cortas. Pero los españoles con la fusilería y tiros de campaña que estaban bien servidos, procuraban mantenerlos en distancia, para que cuando llegasen a juntarse estuviesen ya disminuidos y ménos bien ordenados. Y aunque se logró este efecto, los indios que eran superiores en número y estaban en tanto crecimiento de ira como toros agarrochados, tragando la muerte inevitable de muchos, llegaron a las lanzas y porras con los nuestros con tanta fuerza y coraje que parecian habian de aportillar a nuestros escuadrones. Aquí don Francisco volviéndose a los oficiales, les mandó en voz mui alta y de mucha entereza que a los que huyesen les quitasen luego la vida y que si no, que por la del rei lo

pagarian con su cabeza. Ha sido esta práctica de buenos capitanes, como lo hizo Marco Emilio en la última batalla que dieron los romanos a Antioco, en la cual, como la caballería del rei hubiese puesto en fuga a la de los romanos, y no pudiese Emilio contenerlos, mandó a los soldados que tenia consigo que quitasen la vida a los fujitivos; con lo cual venciendo el mayor temor al menor, volvieron los romanos a la pelea, y se consiguió la victoria. Del mismo modo en nuestro caso, la amenaza severa del gobernador pudo contener en su deber a los que quizá meditaban la fuga, viéndose atropellados del mayor número y coraje de los indios. Duró la batalla dudosa una hora entera, al fin de la cual se reconoció que aflojaban los indios, porque caian muchos de los mejores de los suyos, y veian a los escuadrones de los españoles como un muro impenetrable. El gobernador que hacia en todas partes oficio de valiente soldado y diestro capitan, mandó a los suyos que avanzasen instando a a los que estaban ya medio vencidos. No sufrieron mas la furiosa carga los indios, y comenzaron a desordenarse y a huir. El campo español siguió al alcance; pero corta distancia por el recelo que no se rehiciesen los indios con algunos cuerpos de reserva. Murieron de ellos muchos y de los españoles algunos: ni podemos poner números ciertos, porque nadie los sabe. Sabemos sí que la victoria fué gloriosa, y que contuvo algun tanto el orgullo y altaneria de los enemigos. Se tomaron algunos prisioneros, y a todos ellos mandó el gobernador ejecutar con ejemplar y rigoroso castigo, haciéndolos cuartos y colgándolos de los árboles vecinos. Justicia que consternó mucho a los enemigos, como hasta entónces nunca ejecutada con tanta jeneralidad.

CAPITULO II.

Hace el gobernador retirar el presidio de Arauco.—Socorre en persona a la Imperial; y tiene con Paillamacu una gran batalla.

A la plaza de Arauco a la cual se habian retirado los pobladores de Cañete, le habian estrechado el asedio los indios, con cuya noticia envió el gobernador en su socorro a don Pedro Paez Castillejo con trescientos hombres, quien forzando valerosamente las líneas de los enemigos, se introdujo en la plaza, y segun el órden que le daba el gobernador, retiró a sus moradores y a los de Cañete. Y si los indios no se atrevieron a la ida a darle batalla, ménos pudieron practicarlo en la vuelta en que venia con su campo engrosado. Solo lo siguieron hasta Bio-Bio observando las ocasiones de algun buen lance, que no lograron, por la buena disciplina de este capitan.

Ya por este tiempo eran repetidos los avisos que el gobernador tenia, del aprieto en que estaban la Villa-Rica, la Imperial y Osorno; y habiendo enviado mensajeros que a todo riesgo penetrasen el pais enemigo, avisó a las ciudades que a Osorno le enviaria socorro por Chiloé, y a la Villa-Rica por Valdivia, y que entretanto se esforzase a la constancia

digna de cristianos y españoles. Y él con las mayores fuerzas que pudo juntar, se encaminó a la Imperial prevenido para todos los lances que ofreciese la suerte. En el camino hizo el daño que pudo de paso en las tierras del enemigo talando las mieses, llevándose consigo los ganados, y haciendo varios prisioneros, de los cuales a los que podian tomar armas dejaba colgados de los árboles. Así llegó a la Imperial, y los indios no osando aguardarlo, alzaron el sitio con estraordinaria alegría de la ciudad que estaba en el mayor aprito por falta de víveres. El gobernador para aprovecharla envió tres partidas de soldados por diversas partes con el fin de juntar todos los bastimentos que se hallasen, aunque esto tuvo poco efecto, porque los enemigos se habian retirado a donde no pudiesen ser habidos.

Socorrida y asegurada la Imperial lo mas bien que fué posible en aquellas circunstancias, disponia el gobernador retirarse porque ya se acercaba la estacion lluviosa, cuando supo que Paillamacu con dos mil indios de los mejores habia pasado el rio de Bio-Bio y se encaminaba a la ciudad de San-Bartolomé de Chillan, con el intento de sorprenderla, en la ocasion de estar el gobernador con lo mejor del ejército en tanta distancia; y no lo habia pensado mal el bárbaro. Pero el gobernador que como buen capitan sabia lograr las ocasiones, pues en la guerra no hai mas que saber que no perderlas, entendiendo que Paillamacu volvia del territorio de Chillan con bastante botin de caballos y vacas, lo aguardó en las márjenes de Biobio, en derechura de la isla de Pabon, con el fin de verse con él, y darle los parabienes de su buena campaña. Paillamacu no quisiera que se usara con él tanta cortesía, y de buena gana hubiera pasado a su tierra ménos atendido, para gozar sosegadamente de los despojos de sus correrías. Pero siendo inescusable el pelear hubo de acomodarse con la necesidad, y viendo que el gobernador le envestia con resolucion, él comenzó a defenderse sin pereza, habiendo ántes exhortado a los suyos breve y enérjicamente a la defensa de la hacienda adquirida, de la fama granjeada y de la pérdida libertando el choque. Desde luego se comenzó con furor increible; y aunque los españoles hicieron primero grande estrago con las armas de fuego, y despues mayor con las bayonetas y picas, no obstante los indios resistian con constancia y peleaban con bizarría como siempre acostumbran. Duró la batalla dudosa por dos largas horas, haciendo los bravos enemigos prodijios de esfuerzo: que tal debe reputarse combatir por tanto tiempo contra armas y pericia tan superiores en número casi igual, pues nuestro campo, inclusos los ausiliares, bien llegaria a cerca de dos mil soldados. Al fin de las dos horas comenzaron a retirarse los indios, pero usando mas de las manos que de los pies, y mostrando en los rostros mas afectos de ira que de temor; pero el gobernador que con veinticinco de su guardia hacia maravillas, aportillando y trillando los escuadrones que se mantenian mas unidos, los hizo confesarse vencidos con la fuga declarada; y por acercarse ya la noche no se siguió el alcance. Murieron muchos y los mejores de la parte de los indios; y de

los españoles no mui pocos; se les quitó todo el despojo, y se hicieron varios prisioneros, a muchos de los cuales, guardando el gobernador su método de severidad, mandó colgar de los árboles vecinos. Esta relacion tenemos bien escrita por Pedro Cortes, que era un César en la espada y en la pluma.

CAPITULO III.

Sitian otra vez los indios a la Imperial.—Milagros de nuestra Señora de las Nieves, para socorrer a los sitiados.

Cuando se retiró el gobernador de la Imperial hizo juicio que quedaba segura de todo el poder de los indios por haberla abastecido de soldados y pertechos; pero ellos que no juzgan cosa insuperable a su esfuerzo, luego que el gobernador dió la vuelta, se pusieron en cerco de la ciudad con diez mil combatientes, apretando el asedio mucho mas que la primera vez; y tanto, que sino hubiera asistido por los españoles el manifiesto favor de la señora de las Nieves, cuya milagrosa imájen se veneraba en la ciudad con esquisito culto, no hubiera escapado la vida alguno de los sitiados. Soi poco inclinado a creer, ménos a escribir milagros; ni debe tratarse esta materia sin mucha cautela, cuando vemos que los herejes corroboran su ceguera con nuestra credulidad, y la acusan con nombre de supersticion y de idolatría, como si nosotros adoráramos y pidiéramos favor a las imájenes de palo y piedra principalmente y no fuera enderezando el culto y el ruego a lo que representan, al modo que ellos dan sin nota de idolatría un culto político a las estátuas de sus príncipes. Con cuanta mayor razon podemos nosotros reprender su contumacia, pues habiendo en sus mismos paises imájenes y cuerpos de santos, cuyos cultos favorece Dios con milagros contínuos y estupendos, que son celebrados por las plumas de autores primarios, contemporáneos y testigos de lo que escriben, a quienes no se puede poner ninguna escepcion, o falta de la sabiduría, o de la dilijencia, o de la veracidad, se ven precisados, o a negar hechos tan notorios, tan contínuos y tan famosos o a decir que Dios hace milagros para confirmar doctrinas falsas, que ámbos son terribles escollos. Pero la herejía es ciega y si tiene ojos son como los del basilisco, no tanto para ver, cuanto para envenenar. Para no seguir a estos inconomachos ciegos, guia de otros ciegos, hemos de creer con la santa doctrina de la iglesia romana que Dios aprueba el culto que se da a las santas imájenes por la representacion que tienen, pues hacen tan manifiestas maravillas para cohonestarlo y retribuirlo. En este número pongo yo a las que obró nuestra señora de las Nieves, teniéndolas por verdaderas, pues al tiempo de su data se hicieron informaciones de toda forma ante el ordinario y están celebradas por varios autores de mucha piedad y crítica propios y estraños. La primera ocasion en que mostró la reina del cielo su poder y benignidad, fué en la de haber los enemigos cortado un arroyo que llamaban el rio de las Da-

mas, del cual bebia toda la ciudad, dejándola en estado de perecer de sed. En esta afliccion acudieron los vecinos al conocido favor de la señora de las Nieves en su venerada imájen, llevándola procesionalmente al brocal de una cisterna seca que se habia cavado, no a fin de que brotase alguna vena, sino para recojer el agua de lluvia. Y apénas llegó la santa imájen a aquel lugar, piamente importunada de los clamores y obligada de la fé del pueblo, cuando hizo que brotasen corrientes de agua viva con las cuales se mantuvo la ciudad durante el cerco.

Los indios proseguian en su tenaz empeño, y en el de hacer sentir a los españoles todos los efectos del hambre; mas éstos estaban determinados a sufrirlo todo ante que entregarse. En esta constitucion destacó el gobernador de la ciudad cincuenta hombres al mando de Francisco Galdames para què buscase alguna provision en las casas y repuesto de los indios; mas poco trecho habian andado cuando cayeron sobre ellos los enemigos en número tan superior que lo mismo fué atacar a los españoles que herir a casi todos y dejarlos en total inaccion, como inundados de olas de combatientes. En este punto Galdames, que era hombre piadoso y de mucha fé, mandó a sus soldados que se encomendasen a María santísima de las Nieves con segura esperanza que los habia de sacar de aquel aprieto: así lo hicieron los soldados y comenzaron a torcer para la ciudad. Mas sucedió caso maravilloso, que los indios que estaban unidos se dividieron en dos trozos, dejando el paso franco a los españoles; y lo que es mas, sin hostilizarlos, ni aun con la grita, como venerando a un númen superior y embargados de fuerza oculta. Maravilla igual a la de separarse las aguas del mar Rojo dejando senda segura al pueblo de Dios. Fué uno de los de esta faccion Diego Venegas, y por eso ocular testigo del prodijio que lo declaró con juramento años despues en la Concepcion en circunstancia que administraba la hermandad de esta milagrosa imájen Juan Palomino, y a pedimento suyo.

CAPITULO IV.

Prosigue el sitio de la Imperial hasta su fin.—Continúa sus favores María Santísima de las Nieves; y se trata de las hazañas de doña Ines de Aguilera.

No pararon los favores del númen propicio de María santísima de las Nieves en librar a los españoles de las lanzas y furias de los enemigos, sino que los defendió del hambre, enemigo mas terrible y mas interior que los consumia lentamente; porque como Galdames se volvió a la ciudad sin provision, todos los vecinos imploraron a su protectora en este aprieto, bien persuadidos a que no los habia libertado de la muerte temida a filos del acero bárbaro para dejarlos morir a manos mas terribles del hambre, y no se engañaron porque el efecto de su clamor fué caer sobre la ciudad tanta muchedumbre de aves mansas y que se dejaban tomar a mano, que tuvieron para abastecer todo el

asedio. Mas a la universal provincia de tan buena madre de familia pertenecia no solo dar a sus hijos los alimentos, sino todo lo que necesitaban para su conservacion. Así lo esperimentaron en ocasion de fabricar una embarcacion pequeña en que dar noticia del asedio y pedir socorro, porque faltando la brea para calafatear la chalupa buscando la poca que puede hallarse en los odres de echar vino, se encontraron milagrosamente dos de ellos llenos de fino y tanasísimo betun, con que se aderezó el pequeño barco que pudo conducir a cuatro o cinco navegantes y solicitadores del socorro. El viaje se hizo con repetido favor del cielo, para cuya providencia son intentos los que llamamos casualidades, porque siendo el destino de la chalupa la plaza de Valdivia, que era la mas cercana, y enderezando la proa al sur para tomar su puerto, siempre fueron aventados a la parte contraria y dejándose llevar de las mares llegaron a la Concepcion, en donde avisaron del aprieto de los sitiados, y el gobernador determinó ir a libertarlos en persona cuando en caso de haber seguido la derrota intentada hubieran, sin duda, quedado prisioneros de los indios que poco ántes habian ganado por sorpresa la plaza de Valdivia.

A esta portentosa imájen la trajo de los reinos de España don frai Antonio de San Miguel, primer prelado de la Imperial, quien cuando el año de 1587, fué promovido a la iglesia de Quito, la dejó a su primera esposa movido de los ruegos instantes del cabildo y pueblo, y cuando años despues que fué el de 1603, se retiraron los de la Imperial a la Concepcion, la llevó consigo don Francisco Rejinaldo de Lizarraga, que trasladó su silla a esta ciudad por auto fecho miércoles de ceniza, 12 de febrero de dicho año. En la Concepcion ha favorecido siempre, y continúa en favorecer la confianza de sus devotos en las ocasiones en que la invocan: y estas son tan frecuentes, que así como el hacer memoria de ellas es señal de agradecimiento, así el intentar numerarlas seria prueba de la ingratitud; y de no conocer nuestra rudeza, que así como son inestimables los beneficios de la reina del cielo por grandes, así no pueden contarse por muchos.

No obstante el manifiesto favor y amparo de la reina del cielo, prosiguió el sitio de la ciudad Imperial apretado y rigoroso, porque su majestad gustosa y agradada de que la fé de sus devotos, acudiesen siempre a su patrocinio, no quiso disipar de una vez como pudiera todo el nublado denso y proceloso de la guerra; como la madre amorosa a veces gusta de los espantos del tierno infante para que ocurra presuroso a su regaso. Llegó la aflijida ciudad casi al último estremo de angustia y de riesgos, muertos en los contínuos asaltos los oficiales de mejor consejo y los soldados de mayor valor, cuando en estas circunstancias la piedad de Dios por la intercesion de su querida madre levantó el espíritu de una mujer heróica, para que saliese a llevar con ventajas el lugar de los bastones. Esta fué doña Ines de Aguilera que habiendo perdido en el sitio a su marido y hermanos, muertos honradamente por la patria, se armó de todo el valor que ellos le dejaron como en testa-

mento, y fué en lo humano la mas principal defensa de la combatida ciudad, porque haciéndose caudillo de los hombres que la recibieron por tal, reconociendo en ella una superioridad de ánimo mayor que toda la adversidad de la fortuna, primero los desvió del propósito de entregarse a la fé del enemigo, que discurrian como desesperados de mas larga defensa, luego los redujo a que dejando la ciudad que por lo estendido de su recinto no podia ser mantenida de pocos, se retirasen a un baluarte, y últimamente en este baluarte con traje y mas con ánimo de varon y armada de su escudo y pica, hizo tales prodijios de esfuerzos que lo infundió en los pocos soldados, y se continuó una honradísima defensa, hasta tanto que el mismo gobernador vino en persona a hacer levantar el sitio. Para que no sea timbre privativo del rio famoso del Asia ver en sus riberas pelear contra los varones animosamente a las amazonas que tambien el Cagtun, ínclito rio de la América, vió combatir otra amazona con mas valor y por mejor causa, que comenzó las lides con el escudo blanco y debió salir de ellas con el mismo grabado de infinitas hazañas, mas verdaderas que las que sobrescribió Vulcano en el escudo de Eneas, y fué mérito para que el señor rei Felipe III, en cédula fecha en San-Lorenzo, a 17 de agosto de 1613, dirijida al marqués de Montes Claros, virei del Perú habiendo insertado la relacion de las hazañas de dicha doña Ines de Aguilera en el apretado sitio de la Imperial, que dice S. M. constaban por informaciones hechas de oficio y a pedimento de parte, mandase que situase dos mil pesos para cada año en repartimientos de indios.

Con el aviso que dieron los sitiados del aprieto en que se hallaban juntó el gobernador don Francisco de Quiñones el mejor ejército que pudo, y el que juzgó bastante para oponerse a las armas victoriosas de los indios, y se encaminó a la Imperial: aguardaron éstos en el camino al gobernador, y en los llanos de Yumbel junto al arroyo de doña Juana le presentaron batalla, en que los derrotó con muerte de mas de 400 de ellos. Pero juntando mas jente lo embistieron segunda vez en las márjenes del rio de Tabon con no mejor fortuna; y habiendo vencido dos veces en esta campaña a los enemigos, entró el gobernador triunfante en la Imperial con indecible aplauso de los sitiados, y retiró 42 hombres y muchas mujeres y niños ¡Miserables residuos de tan porfiado sitio! Y quedó hasta hoi desierta aquella famosa ciudad. No sabemos quién fué en el asedio el jefe de los indios, ni el de los españoles: culpa que no sé si imputemos a los hombres o a los tiempos.

CAPITULO V.

Ganan los indios por interpresa a Valdivia; y viene a estos mares Jacobo Mahu.

Nunca está mas cercana nuestra ruina que cuando estamos mas llenos de la opinion de seguridad; y al contrario a los mas valientes estados los mantiene en ser el temor de perderse. De todo nos repite tristes



ejemplos la memoria. Pero es de los mayores el de la repentina ruina de Valdivia, en la cual se vió repetido la fatal catástrofe que admiró Séneca de Leon de Francia, a la cual ciudad una noche la pasó súbitamente de la mayor grandeza a la última ruina. *Una nox intercesit inter, urbem maximam et nullam:* y así mismo Valdivia anocheció noble y rica, y amaneció nada. De todas las ciudades internadas en el pais enemigo, ninguna pareció que habia de subsistir, sino ella; porque habia recibido socorro por mar poco despues del principio de la sublevacion. Los indios habian abandonado el bloqueo que le habian puesto, y se esperaba otro socorro mayor en dos navíos que aguardaban, el cual se creia ser competente, no solo para la defensa de Valdivia, sino de la Villa-Rica y Osorno; porque el gobernador no perdonó desvelo ni cuidado para su breve despacho por no hallarse con tropas suficientes para penetrar por el pais enemigo. Entretanto que llegaban las dos naves, acordó el comandante de Valdivia ejecutar alguna sorpresa, para cuyo efecto destacó una pequeña tropa, la cual dió tan de improviso en los enemigos que mató a unos, aprisionó a otros y les quitó las vituallas. Este buen suceso exitó el deseo de darles otra mano y en buena ocasion. Se tuvo noticia que en un prado espacioso abrigado de cercados bosques, se hallaban muchos de ellos con sus familias bien atrincherados y que se podria ir por una senda reservada: así se ejecutó y llegando, sin ser sentidos, los atacaron con mucha resolucion; y aunque hallaron mucho vigor en los indios por el amor a sus hijos y mujeres, les forzaron las trincheras, y los deshicieron enteramente. Volviéronse las tropas a Valdivia, persuadidas con lijereza de que las dos victorias pasadas habrian refrenado el orgullo de los indios y amortiguado su aliento; y que ya se podria vivir con ménos desvelo y mayor quietud. Este engaño fué la causa de la ruina de los españoles; porque Paillamacu y Pelantaro, sabedores del descuido que habia en la ciudad, no solo en el comun, sino en el cuerpo de guardia, y tanto de noche como de dia, para lograr la oportunidad de algun grande hecho, se pusieron en marcha desembarazada y lijera para la plaza con cinco mil hombres bien montados y armados, y tomaron tan cabales las medidas para la sorpresa, que no pudieron ser mas justas. Llegaron a la infeliz descuidada ciudad, entre la una y dos de la mañana, dia mártes 22 de noviembre de 1599, luego al principio se apoderaron de la principal guardia: diversas partidas ocuparon las principales calles, y hecho esto, sin ser sentidos, comenzaron a un tiempo a tocar a arma viva y a quemar las casas; y a esto se siguió una estraña confusion, y a las voces de incendio y enemigos, salian los desdichados vecinos mal vestidos i peor armados; y a los umbrales de sus casas los recibia la muerte, porque estaban los indios tan bien distribuidos, que apénas podia escaparse alguno de sus lanzas.

El caso no pudo llegar a mas estrecho ni lo deplorable de la calamidad a mas grave; todo era horror y desventura, arecreciéndolo los llantos y lamentos, pues sin distincion de edad, sexo ni condicion, a todos qui-

taba la vida el acero inclemente o la voraz llama: perecieron cuatrocientas personas, fueron hechas prisioneras otras tantas, y se salvaron muchas en las lanchas de dos navíos que estaban surtos en el rio, las cuales iban y venian para fomentar el embarque. Los indios se apoderaron del oro y plata y los demas apreciables muebles de la ciudad que libraron del incendio y quemaron las casas, cuya total pérdida fué de casi de dos millones, y de presente permanecen en poder de los indios muchas alhajas de plata de las robadas en esta y otras ciudades, lo que podemos bien testificar por haber tenido en nuestras manos muchas de ellas.

Hizo mas sensible esta pérdida el haber llegado a los diez dias el coronel don Francisco del Campo con dos navios, jente, municiones y armas de la ciudad de los Reyes; y así parece que solo se anticipó el infortunio porque despues no pudiera suceder. Son incomprensibles los juicios de Dios, quien ha hecho todos los tiempos para su clemencia, y reservado un dia para su justicia, sirviéndose de los perversos para el castigo de los malos.

Fué cautivo niño en esta ocasion Rodrigo de las Cuevas, que despues crecido en edad y valimiento entre los indios, lo tuvo para libertar a don Basilio de Rojas en el año de 1608, que con su breve y exacta relacion de las cosas de Chile, ha dado mucha luz a nuestra historia, a quien poco ántes habian cautivado los indios toltenes. Así misma fué cautiva con su madre doña Ana de Almonasi y Santander que era de solos nueve dias de nacida, y juntamente don Pedro de Sotomayor nacido de ocho dias. Los llevó el destino a un mismo lugar de cautiverio, y crecidos en edad se casaron lejítimamente entre los indios; no obstando la clandestinidad a lo válido y lícito en tales casos de faltar los párrocos. Tambien le cautivaron al coronel don Francisco del Campo dos hijos pequeños, y consiguió su rescate; y la misma dicha tuvieron tal cual persona a solicitud de sus parientes. Los demas prisioneros del uno y otro sexo quedaron en el miserable cautiverio; a muchos quitaron la vida, segun su bárbaro uso en sus públicas celebridades. Pero fué mas deplorable que la misma muerte la separacion entre el padre y la hija, entre el esposo y la esposa, lo que fué de sensibilidad tan llena que a muchos abrevió la vida, y a otros quitó el juicio; ni faltaron mujeres animosas que por evitar la violacion de su pudor, y para vengarla elijieron la muerte queriendo ántes morir limpias, que vivir manchadas: émulas de las Susanas hebreas, y de las Lucrecias romanas.

En tiempo del gobierno de don Francisco Quiñones, año de 1600, entraron por el estrecho de Magallanes cinco bajeles de guerra que las provincias de Holanda, émulas de la Inglaterra, despacharon a cargo del jeneral Jacobo de Mahu del almirante Simon Cordes. Al desembocar tuvieron tales contratiempos y vientos contrarios, que se dispartieron unos de otros; pero ni las tempestades ni la desunion estorbaron sus principales intentos; porque cada uno como mejor pudo reconoció y fondeó las costas donde tapó y demarcó los surjideros mas apropó-

sito del reino de Chile. La almiranta de Simon Cordes llegó al puerto de Chiloé, y degollando con rávia heretical los pocos españoles que apresó, dió libertad a los indios isleños que agradecidos le ofrecieron vasallaje. A este tiempo llegó el coronel Francisco del Campo con 200 españoles de socorro y no pudo lograr otra ocasion de volverle la vez al enemigo que degollarle cuatro soldados a causa de estar los indios unidos con ellos. Otro navio de la escuadra estuvo en la isla de la Mocha, y la capitana de Jacobo de Mahu habiendo tomado puerto en la isla de Santa María frente de Arauco, y echado su jente en tierra los indios isleños que eran tan tratables o fáciles de engañar como los de Chiloé, lo acometieron y les degollaron como 23 hombres; y habiendo perdido el patache y otro bajel, los tres restantes se juntaron en las costas del Perú, de donde pasaron a Filipinas, y de ahí a Holanda con poco fruto de tan costosa jornada.

CAPITULO VI.

Acaba su gobierno don Francisco de Quiñones; sucédele Alonso de García Ramon, y a éste Alonso de Rivera.

Quince meses gobernó a Chile don Francisco de Quiñones, y aunque en este tiempo dió tan buenas manos a los indios que no podia tener queja de su fortuna, ni arrepentirse de su gobierno, con todo eso, por hallarse cargado de años y achaques, y tener reconocido el teson del enemigo con que combatia y las pocas fuerzas del reino, solicitó su dimision; y proveyó el virei don Luis de Velazco el gobierno en Alonso García Ramon. Fué don Francisco de Quiñones prudente y justo gobernador y valiente capitan; con la buena ventura de sus armas y la severidad de los castigos, tuvo a raya a los indios para que no osasen propasarse del rio de Bio-Bio; y cuando lo osaron los hizo volverse a sus tierras mas que de paso y poco contentos de su fortuna. Fué la mala ventura del reino que no se hallase con fuerzas suficientes para penetrar hasta Osorno y la Villa-Rica; que caso de haberlas tenido, se hubiera evitado el funesto fin de estas dos míseras ciudades.

De la conducta y valor de Alonso García Ramon se debian esperar no pocas felicidades, y que por su mucha esperiencia de la guerra de Chile y de las causas de nuestros desastres, fuese el mas oportuno médico del reino gravemente enfermo y aun agonizante; pero la brevedad de su gobierno de seis meses y que no llegó sino hasta febrero de 1601, pareció cortar en yerba tan bien fundadas esperanzas. Pero es cierto que no se concibieron menores cuando se supo del sucesor. Este era Alonso de Rivera, natural de la ciudad de Ubeda, soldado de grande opinion en Flandes y uno de los capitanes que con Hernando Tellez Porto Carrero con el sabido ardid del carro de nueces, sorprendió a la ciudad de Amiens, plaza de armas de la Picardia. Este caballero trajo de España 500 españoles, y cédula de la majestad de Felipe III para

que se situasen en la caja real de los Reyes 78,000 ducados de plata para el pagamento de la tropa.

CAPITULO VII.

Asedio y pérdida de la Villa-Rica.

La Villa-Rica estuvo sitiada con vigoroso cerco dos años y once meses padeciendo todas las calamidades que trae consigo tan apretada constitucion, en especial una hambre tan estrema que llegó a lo mas mísero de las mas famosas que se han padecido en el orbe; hasta que por fin y colmo de tanta desventura, fué entrada por los indios el dia 7 de febrero de 1602; no hubo crueldad que ejecutase su zaña irritada de tan valiente y larga defensa, y de que hubiese sido hecha por número tan desigual, pues cuando fueron rendidos los españoles, ya estaban reducidos a mui pocos. Y aun en ese estado, desconfiando los indios de solo el acero, se valieron del fuego quemando una pieza que servia a los españoles de plaza de armas. Echados de aquí por el temor de morir quemados, hicieron prodijios de esfuerzos y estremos de desesperacion; porque capitaneados de Rodrigo Bastidas, no aspirando a conservar la vida, sino a vengar su muerte y la afrenta y mísera cautividad que preveian de sus hijas y mujeres en poder de tan bárbara jente y tan vil canalla, salieron combatiendo unidos contra número superior, y a no haber sido tan incomparable la distancia, se hubiera visto verificada la juiciosa espresion del poeta, de que a veces consiste la salud en no esperarla, pues los vencidos se vieron mui cerca de ser vencedores; mas al fin, primero se acababan los pocos, y asi murieron aquellos esforzados españoles, unos acribillados de las lanzas y molidos de las clavas de los indios, otros precipitados voluntariamente en la profundidad del lago vecino, para no ser inspectores de la afrenta y violacion del pudor de sus hijas y consortes, hallando en medio de la acerbidad de la muerte algun alivio en elejirla. Acabados casi todos los españoles y muertas las mujeres que por su edad avanzada no provocaban la lascivia de los indios, quedó la turba de niños y mujeres mozas como rebaño entregado a la voracidad de los lobos, y pasaron a servidumbre tan calamitosa como infame, quedando hasta hoi desierta aquella noble ciudad.

De los hombres vencidos reservaron los bárbaros algunos que les eran ménos odiosos para servirse de ellos. Entre éstos es digno de memoria el suceso de un Heredia, que aunque pasó dos años adelante lo escribimos aquí por no separarlo de la principal narracion de que es apéndice. Estaba este caso con Marcela de la Grajal y con dos hijuelos que habian procreado: servian a un cacique principal. A los dos años de cautiverio, ya se habia granjeado el Heredia estimacion con los indios por su esfuerzo y buen término, y estaba en estado de ser en la casa poco ménos obedecido que su dueño. Comian y bebian juntos repetidas veces hasta los términos de oscurecer la razon, en cuyas ocasiones solia el

amo descomponerse con el español en tanto exceso, que le era a éste mui sensible, y solo le abstenia de la venganza por verse rodeado de enemigos y en pais mui distante de los españoles; mas como un dia con ocasion de la embriaguez hubiesen pasado de rayas las sinrazones y demasías del cacique, agotado todo el sufrimiento de la herida, le quitó la vida a puñaladas, y para huir la muerte atroz que debia temer de aquellos bárbaros, se escapó por sendas escusadas a tierra de españoles, frustrando sus dilijencias e industria, con que era seguido por los indios. Vueltos éstos sin poder ejecutar su zaña en el homicida, la actuaron inhumanamentente en el mayor de sus hijos, quemándolo vivo a vista de la madre, sin compadecerse del llanto del inocente, ni del de la mísera y desventurada. Y si dijo un poeta con espresion tan animosa como verdadera: *con lágrimas ablandarás a las piedras*, se sabe ser estos indios mas duros que las rocas, pues no se dejaron mover de tan sentidas y piadosas lágrimas. La madre, despues de tan funesto espectáculo, tomando al pequeño hijo en su regazo, dijo así:—¿"que hacemos, hijo amado, entre jente que venga en los inocentes, lo que cometen los culpados? Y si fué causa de la muerte de vuestro hermano, ser hijo de español y de homicida, la misma hai en vos: ahora sois mi único consuelo, y mui en breve podeis serme causa de nuevo dolor; salgamos pues, de tierras tan crueles, y séanos alivio morir ántes a manos del hambre, que de la inhumanidad de los hombres." Esto dijo, y por lo mas oculto y enmarañado de los bosques, enderezó sus pasos a tierra de españoles. Habia caminado tres dias, cuando estando junto a una fuente atormentada de la fatiga y del hambre, y mucho mas de la tristeza de sus pensamientos, vió venir a cojer agua a una india moza de jentil presencia que hizo con la española los buenos oficios que el ánjel con la fujitiva Agar; porque oyendo los sucesos y haciéndose la paz, no solo la proveyó de alimento, si no que se ofreció por compañera hasta la plaza de Arauco, que era la mas vecina. Llegaron a ella con felicidad, en donde hallándose en la ocasion el padre Luis de Valdivia correspondió a la piedad de la india con varios dones y con el mas precioso de la fé, en que la enseñó mui en breve por la docilidad del injenio de la catecumena, a la cual dió en el bautismo el nombre de María.

CAPITULO VIII.

Asedio y varios sucesos de la ciudad de Osorno.

Unidos el furor y la potencia de los indios, eran por este tiempo como un voraz incendio que todo lo abrasa, porque viéndose tan pujantes y superiores, instaban a su buena fortuna como si estuvieran en la creencia de otros jentiles de que merece ser desasistido de ella, el que no disfruta sus favores; y así esgrimiendo por todas partes las armas victoriosas, luego que se vieron desembarazados de los sitios de la Imperial y Villa-Rica, lo pusieron a la ciudad de Osorno. Al principio tu-

vieron poco de que alabarse, porque hicieron los españoles tan vigorosas salidas que matando a muchos de los sitiadores, los obligaron a la retirada; mas ellos juntándose hasta 8,000 hombres, se asentaron al derredor de la ciudad, con intento de no desistir hasta ganarla. A la miseria del hambre, que se comenzó a ser mui sensible desde los principios en una ciudad hecha a la abundancia, se llegó el desasosiego y susto que causaban los contínuos asaltos de los sitiadores; hasta que rindiéndose a la fatiga toda la tolerancia de los sitiados, se entregaron al sueño en una noche que por ser tempestuosa, creyeron de menor riesgo. Bien decia Scipion Africano el mayor, ser cosa fea en un capitan decir: *no pensaba;* pues de no pensar se orijina la desprevencion: ésta lograron los indios para apoderarse de un postigo, y entrar a la ciudad matando y prendiendo hombres y mujeres. En lance de tanto riesgo y confusion tomaron algunos vecinos la acertada resolucion de retirarse al fuerte: desde aquí veian el miserable estrago que hacian los indios; y lo que mas les dolia que estaban aprisionando a sus hijas y mujeres, y haciéndoseles mas tolerable la muerte que tan acerbo dolor, uniendo los ánimos y los consejos, salieron a los enemigos, no sin alguna esperanza de la victoria, por verlos desmandados en el pillaje. Correspondió el suceso a la audacia del intento, porque los indios con el susto de un ataque tan inopinado, y con el error de que tanta pujanza no podia ser sino de mucho número de españoles, comenzaron a caer aun sin ponerse en defensa, y viendo que su daño iba tan adelante, tuvieron por bien retirarse a sus reales, dejando en manos de los españoles la mayor parte de la presa, y llevando algunas de las alhajas de precio y cautivos de uno y otro sexo. Los españoles, aunque con el dolor de su pérdida, sacaron del escarmiento el aviso de fiar su seguridad en el cuidado propio, y no en el descuido ajeno, y como andando los dias se les hiciese mas dura la paciencia de tantos afanes, acordaron pasarse a Castro, Chiloé, cuando reconocieron estar ménos atendidos de los enemigos.

Se ejecutó con tanta ventura que cuando éstos (que el mejor tiempo ocuparon en el pillaje) fueron en seguimiento de los españoles, ya se habian puesto en salvo: pasando en pequeñas embarcaciones, que en la tierra llaman piraguas, el canal que divide la provincia de la tierra firme. Con esta transmigracion ha quedado hasta hoi desierta la ciudad de Osorno, sin que haya sido atractivo eficaz para su reedificacion ni la abundancia y exelencia de sus minas de oro, ni la fertilidad de su suelo, ni la benignidad de su clima, ni la oportunidad del mar y comodidad del rio Bueno que facilitaba el regalo y el comercio.

Entre otras personas fué cautiva Sor Francisca de Ramirez, monja profesa de la regla de Santa Isabel, reina de Ungría, como se dice en instrumento otorgado a favor del monasterio de Osorno, veintiseis años ántes de esta calamidad. Era la sagrada doncella de poca edad y de mucha hermosura, a la cual daba realce una singular modestia: y como prenda de tanta estimacion le tocó la suerte y parte de despojos a un capitan de los principales. Este comenzó desde luego a

sentirse enfermo de la dolencia de amante, y a reconocerse cautivo de su misma prisionera y procuró atraerla con caricias y ofertas, a condescender con su apetito; mas ella que vió que el deseo del hombre era sumamente criminal y un atentado horrendo contra el honor de su divino esposo, le habló con una gravedad que se acercaba mucho a imperio y a indignacion, de este modo:—"Oh hombre, ¿que bárbaro desafuero es el que intentas? Solamente tu ignorancia te puede librar de la venganza justa del Señor del cielo! Porque si con conocimiento bastante resolvieras violar la entereza que le ¡tengo prometida no hubiera suplicio que fuese igual castigo de tu sacrílega temeridad. Este anillo y este traje que me distingue de las otras mujeres, me pone en esfera tan alta que aun la licencia de los ojos en mirarme, es delincuente contra mi pureza y contra el honor del hijo de Dios que me elijió por suya, para que lo amase con el amor mas casto; y así te digo otra vez por la compasion que de tí tengo, que no pongas en mi los ojos, sino para el respeto." La grandeza de este razonamiento mudó en reverencia la lascivia del bárbaro, y le obligó a tener a raya su apetito. Continencia que le granjeó de Dios ausilios eficaces para conversion y perseverancia final, porque no solo separó a la relijiosa de las otras mujeres que servian al desahogo del apetito y de las que le preparaban lo que habia de comer y beber, sino que sabiendo de ella que le hacia mucha falta un breviario en que pagar a Dios el tributo de las preces diarias, no descansó hasta que lo consiguió hallándolo entre los despojos de la ciudad perdida. Y años despues que pasó Sor Francisca a ser confundadora del monasterio de Claras de la ciudad de Santiago, fué tan constante el casto afecto que cobró el indio a la relijiosa y estimacion de su virtud, que la siguió por mas de ciento cincuenta leguas, sirviéndola como fidelísimo criado; y así perseveró en Santiago con edificacion y cristiandad muchos años, hasta su muerte que el Señor le concedió mui dichosa y principio de mejor vida.

CAPITULO IX.

Lastimoso estado de los cautivos de las ciudades perdidas.

A un gran dolor nacido de gran causa no lo dijiere el tiempo, y le es mui dificultoso el silencio; por eso disculparán nuestros lectores que aun pasados tan largos años despues de esta calamidad, nos quede afliccion para el lamento, y la justa querella contra la indelecta de los que mandaron en los tiempos subsecuentes. Porque unos se descuidaron totalmente de causa tan piadosa, como la redencion de los míseros cautivos; y otros la trataron con tibieza, cuando no era difícil efectuarla, o por canje de indios prisioneros que se habian en la guerra, o por rescate que ofrecia la compasion cristiana; mas cierto es que cuando se apodera del ánimo el demasiado deseo de intereses temporales, no deja lugar para atender a ganancias de otra clase, y se echan en olvido las

promesas que Dios hace a los misericordiosos. Por eso los indios prisioneros de guerra se vendian por esclavos en las ciudades; y en la misma guerra que debia hacerse para plantar el evanjelio, y por otros fines loables, se hacia por esta vil granjería. Y así ninguna debe admirarse de las repetidas desventuras de nuestras armas, ni es razon atribuirlas al valor de los enemigos, ni a nuestra impericia y flojedad, sino a nuestros pecados, crueldad, humanidad y avaricia que dejaban estar los cautivos españoles hombres, mujeres, viejos y niños en la mas villana y triste sevidumbre que se pueda buenamente representar. Los varones aguardaban por momentos la muerte cruel que sus inhumanos dueños les daban para regocijar sus celebraciones; y raro fué el venturoso que habiéndole tocado en suerte amo ménos fiero, escapase de tan lastimoso fin. A las mujeres quitándoles el traje español, echaban a los hombres una triste manta de lana vasta, aun no suficiente para cubrir la honestidad; y las hacian servir no solo en los ministerios de ministerios domésticos, sino en saciar el brutal apetito de sus amos, aun mas desdichadas como esposas, que como esclavas. Los niños se criaban en una total ignorancia de todo lo que convenia como cristianos y como hombres, y en una vida brutal. Cuarenta años duró esta cautividad, sin que entretanto les amaneciese a los desdichados un crepúsculo de buena ventura, ni viesen mitigarse o mudar de semblante la terquedad de su fortuna adversa, hasta que vino a gobernar este reino el marqués de Baides, cuya piedad estrajo del cautiverio muchas personas de uno y otro sexo, ya por rescate, ya porque los indios en señal de sujecion al rei, y de amistad con los españoles, en las paces jenerales hicieron esta restitucion: práctica usada en las paces de naciones ántes belijerantes, como hicieron los mismos españoles con Caton, y los griegos con Quincio, jenerales romanos, volviéndoles los cautivos de sus repúblicas.

CAPITULO X.

Gobierno económico y prudencia militar de Alonso de Rivera, que es removido por haberse casado.

En este estremo de desgreño y desventura halló al mismo reino de Chile Alonso de Rivera; y a los antiguos pobladores que en tiempo de la prosperidad no cabian en el mundo, en tanto desmayo y desaliento que no estaban seguros de la tierra que pisaban, como que tambien ésta tragóse a sus habitadores, segun el escarmiento que los hebreos hicieron de la de Palestina. Y así disponia mudarse al Perú, o a España, o a otra cualquiera rejion, con tal que saliesen de la que les era tan funesta, y se librasen de una jente que les era no ménos terrible que los Ciclopues a los troyanos compañeros de Eneas. Pero el gobernador atento a los tímidos, confirmó a los fuertes, sostuvo a los vacilantes, y estimuló a los perezosos con igual espíritu al que en otro tiempo mostró Escipion para contener a los romanos que de temor de los Galos, deter-

minaban dejar a Roma. Luego puso prudentes medios para tener el corto ejército bien mantenido, y a los soldados bien pagados: estableció en Quillota un obraje de paños y frazadas para su abrigo: puso en Catentoa una cria de ocho mil vacas para el abasto de la tropa; y en Buena-Esperanza sementeras de trigo y atos de ganados de lana para el mismo frio. Trataba con gran economía la hacienda real, que es crecida entrada ahorrar superfluidades y gastos escusados. Es la riqueza el nervio de la guerra; y asi se vió que luego que tuvo con que pagar y mantener bien la tropa, se evitaron deserciones: se alistaron muchos bajo las banderas; y se vió con oficiales y soldados renovado el antiguo valor. Visto esto por el gobernador, aplicó el cuidado á asegurar la frontera, levantando fuertes con buenas guarniciones en los pasajes de Biobio que podian dar tránsito a los enemigos, y los enterró en su casa, manteniendo en su poder la llave para cerrar la puerta a las invasiones enemigas, y abrirlas para las propias cuando les tuviere cuenta. Habiendo dispuesto de este modo la defensa de lo propio, hizo en persona una entrada con 700 hombres a las tierras de Quechereguas, Malloco, Angol y otras mediterráneas, mirando que la guarnicion del fuerte de Leubu hostilizaba a los indios costeños. En ninguna de las dos campañas se encontraron enemigos, porque como desapercibidos para la guerra se ocultaron en los bosques y serranias con sus familias. Pero se les hicieron muchos daños en tales empresas; y para no padecerlos otra vez, muchos indios o mas pacíficos, o ménos belicosos, se sometieron a las armas españolas; y ofreciéndoles el amparo contra los rebeldes, les concedieron vecindad y tierras para crianzas de ganados y sementeras al abrigo de los fuertes de Talcamávida, Colcura y Marintuco, con tan buen acuerdo y feliz suceso que han perseverado hasta lo presente fieles a los españoles.

Así por la bondad de Dios y aceptada conducta del gobierno, corrian con prosperidad las cosas de Chile, cuando el amor hizo de las suyas. Dijo un filósofo de este afecto que caduca como viejo, niña como párvulo y tropieza y cae como ciego y flaco. Esto le sucedió a Alonso de Rivera, porque habiendo visto a doña Ines de Córdova, hija de doña Ines de Aguilera, aquella famosa heroina que defendió a la Imperial cercada. Luego al principio se halló vencido de todo el poder de la hermosura y discrecion que en ella se juntaban, y dispuso darle la mano de esposo. Sus amigos y capitanes le disuadian del propósito, pór ser contra lei real que trae anexa privacion de oficio, porque habia de quedar en vida de particular sin los haberes correspondientes a su calidad y estado. Mas fueron sin efecto las persuasiones, porque le aconsejaban la libertad al que amaba sŭ prision, y gustaba del peso de sus mismas cadenas. Luego que supo el rei de su casamiento, lo privó del gobierno de Chile, aunque en atencion a su notorio mérito lo transfirió al de Tucuman.

CAPITULO XI.

Viene a estos mares Olivero de Nort: y a Chile el padre visitador Estévan Paez.

Durante el gobierno de Alonso de Rivera entró por el estrecho de Magallanes a la mar del Sur Olivero Nort, holandes, con dos bajeles: se apoderó de uno nuestro en Chile y pasó a las costas del Perú y California. El virei don Luis de Velazco envió en su seguimiento dos galeones y un patache a cargo de don Juan de Velasco; y habiéndose perdido en las costas de dicha península de la California el patache, se volvió el comandante sin haber hecho cosa de consideracion. El holandes pasó por Filipinas a la India, y de ahí a la Holanda, entrando el mismo año que salió en un puerto del Meusa.

Por este tiempo llegó a Chile su primer visitador el padre Estévan Paez: lo era del Perú, Chile y Tucuman, que componian una sola provincia, del cual pide la ocasion que se haga alguna memoria debida a su mérito. Nació el padre Estevan Paez en España en la villa de Masta; y en los años primeros dió muestra de que le habia tocado en suerte una alma pura inclinada a la virtud y apartada de todo lo que podia oscurecerla con la menor sombra de vicio. En la edad mui temprana le amaneció aquel claro conocimiento que conduce a huir del mundo; y se acojió a la compañía de Jesus: aquí se adelantó mucho en todas las virtudes relijiosas de humildad y desprecio de sí mismo, mortificacion, obediencia y amor de Dios; de modo que era el ejemplo de sus con-novicios. Concluido el noviciado pasó a oir ciencias mayores y a causar singular admiracion su raro talento y soberana capacidad que descollaba con eminencia entre sus condiscípulos. Logró por maestro al pasmo de los injenios de su tiempo, al Iltmo. padre Alonso Dasa, que mereció al comun este elojio: *Otros dieron al mundo escritos, yo dí escritores*. Este insigne maestro encarecia mucho la capacidad de su discípulo, el cual salió tan aprovechado, que luego que concluyó sus estudios fué señalado a leer la cátedra de teolojía en el colejio de Nápoles, y la rejentó muchos años con crédito de estraordinario talento. Acabada su lectura, lo pasaron los superiores al mando de varios colejios, y de ahí a ser compañero del provincial de la provincia de Toledo: poco despues a serlo así mismo del padre visitador Diego de Avellaneda que pasaba con este empleo a la provincia de Méjico. Concluida esta visita, vino señalado provincial de la misma provincia. Puesto aquí en mas alto lugar, descubrió la gran prudencia y talento de gobierno con que Dios le habia enriquecido, y para que lograse mas de los benignos influjos de su mucho celo, fué enviado visitador de la provincia del Perú, Tucuman y Chile: corrió su estendido distrito, como el sol el zodiaco, sin dejar casa grande o pequeña a que no comunicase sus luces. Pasó para Santa Cruz de la Sierra, de ahí al Paraguai; del Paraguai al Tucuman; de ahí a Chile, que solo tenia entónces un colejio. Recibíanle en todas partes como ánjel tutelar, y padre amante y celoso; y él correspondia con los efectos

de tal a la esperanza de sus hijos. Acabada su visita en Chile volvió al Perú, y se fué señalado por provincial de aquella sábia y apostólica provincia, madre de todas las de la Austral América; en cuyo cargo volvió a jirar los mismos dilatados espacios que cuando visitador, hasta que absorbió el círculo de su gobierno y término de su vida en Lima, a 5 de noviembre de 1603 años, y voló su incansable espíritu al descanso de la patria celestial de que hubo calificada revelacion, y a que dieron autoridad sus muchas virtudes, que son la mas lejítima prueba de la gloria de los siervos de Dios.

CAPITULO XII.

Viene provisto de gobernador Alonso García Ramon: prosigue la guerra con los indios.—Sujétanse muchos, y algunos malos sucesos durante su gobierno.

A los principios del gobierno de Alonso García Ramon llegaron por Buenos-Aires 1,000 hombres a cargo de Antonio de Mosquera que habia llegado de Portugal, y 250 que el capitan Villarroel trajo de Méjico. A estos habia pedido el gobernador Alonso de Rivera, ofreciendo con ellos acabar la guerra: y dice Pedro Ugarte de la Hermosa, que segun su buena conducta y militar prudencia, lo hubiera cumplido; y que fué el reino desgraciado en no haber logrado mas tiempo tan gran gobernador. Alonso García Ramon con esta jente y la que tenia de antemano, se halló con 3,000 hombres efectivamente pagados. De lo cual y de la promesa de Alonso de Rivera se dá el rei por entendido en cédula de 1606, enderezada a Alonso García Ramon, insinuándole, que no podria satisfacer a la real confianza con ménos que con hacer otro tanto, como su antecesor habia prometido de finalizar la guerra. Por este tiempo Juan Sanchez que se habia pasado al partido de los enemigos diez años ántes, y habia sido su caudillo en muchas empresas, se redujo de su voluntud a las banderas españolas; y aunque el gobernador lo recibió con agrado y gusto, por ver privados a los indios de un capitan de tanta ruputacion, se portó con él con cautela, o por dictámen propio, o por real despacho que tuvo para que no se confiase de él.

El gobernador, animado por las muchas fuerzas de que se hallaba asistido, hizo dos campañas, una por las provincias de Arauco y Tucapel, y otra por Puren, Quechereguas y Cholchol: de que resultó sometérsele 5,600 personas de las provincias de la costa. Los indios de los llanos que son las partes mediterráneas de las tierras que ellos poseen, se mantuvieron en su contumacia, y para que hiciesen forzados lo que no hacian a buenas, y tenerlos con las riendas tiesas, se internó el gobernador con ejército por su pais: y en la provincia de Boroa, vecina a la Imperial, levantó una fortaleza que puso al comando de don Juan Rodulfo Lisperguer con guarnicion de 300 hombres.

Pensaba el gobernador haber puesto las cosas de la guerra a buen recaudo con estas dilijencias; pero lo engañó su imajinacion, porque al

llegar a Angol de vuelta de Boroa supo como los enemigos habian derrotado en Chichaco al maestre de campo Alonso Nuñez de Piñeda y le habian muerto muchos soldados de importancia: entre ellos el capitan Villarroel, llevándose muchos caballos y el bagaje. El mismo año por el invierno, habiendo salido del fuerte de Boroa don Juan Rodulfo con 160 hombres a recibir un convoi, lo derrotaron enteramente los enemigos con muerte del mismo comandante; y como los malos sucesos suelen venir autorizados con funesta pompa de triste acompañamiento, por el mismo tiempo fué derrotado el maestre de campo don Diego de Sarávia con 40 hombres, sin escapar alguno de muerto o prisionero. De manera que quien viese al principio del gobierno de Alonso García Ramon un ejército tan florido compuesto de ilustres caballeros, espertos capitanes y valerosos soldados, y previese los fines lastimosos en que habian de parar tan alegres principios, podria decir con otro sábio pontífice que vió pasar por Italia al gallardo príncipe, asistido de nobleza alemana a guerrear en Sicilia contra Cárlos de Anjou:—"aventajado capitan, que bellas victorias se llevan al sacrificio!"

CAPITULO XIII.

Asedio de la plaza de Boroa.—Segunda situacion del ejército.—Batalla de Lumaco.—Fúndase en Santiago la real audiencia.

Mucho sabe en los negocios humanos y tiene andado para llegar al acierto gran parte del camino, el que estudia en aprovecharse de las ocasiones; y los indios victoriosos del comandante don Juan Rodulfo, determinaron dar la última mano a la obra de su suspirada libertad atacando a la plaza de Boroa que se hallaba por la desventura ya dicha disminuida en mas de la mitad de la guarnicion. Por la muerte del comandante quedó la plaza al cuidado del subalterno Francisco Jil Negrete, quien avisado de la desgracia para prevenir lo futuro abandonó la mayor parte del terreno que ocupaba la fortaleza y la redujo a mas estrecho recinto. Atacáronla 3,000 indios, y sin poder ser detenidos por el daño que hacia en ellos la artilleria y fusiles, llegaron con intrepidez sin igual a pelear en el foso, intentando abrir brecha por varias partes, abatiendo los maderos que hacian las murallas. Ciento cuarenta soldados que habia de guarnicion, se portaron con mucho valor y desembarazo, castigando la temeridad de los indios con las armas cortas y de fuego. A los indios favorecian el número y su natural bravura, el ódio contra los españoles y la codicia del pillaje: y a los españoles alentaba la pericia del comandante, su propio valor y la esperiencia de la felicidad con que solian hacer este jénero de defensa. De este modo duró el combate mas porfiado que igual, dos horas enteras, porque los indios que peleaban a cuerpo descubierto llenaban con sus cadáveres el foso y lo teñian con su sangre hasta que se retiraron disminuido el número pero no el coraje, y amenazando volver luego a la cuestion hasta decidirla.

Tres avances jenerales dieron los indios que fueron sostenidos de los españoles con sumo valor, hasta que dejando los asaltos que les salian inútiles y perniciosos, determinaron cercar la plaza con formal asedio para que consiguiese el hambre lo que no podia el acero. Se asentaron al derredor de ella; pero los sitiados se mostraron ahora tan constantes y sufridos contra el hambre y necesidad, como ántes valerosos aguardando el socorro, que llegó a los treinta y cinco dias del asedio. Los enemigos no aceptaron la batalla que se les presentó, aunque los provocaron un largo rato con el rápido sonido de clarines y cajas; y así sin oposicion alguna se retiró la guarnicion, y se demolió la plaza a los siete meses de su construccion con algun desaire de las armas españolas, pues aun victoriosas cedian el terreno que debian mantener, si la plaza se erijiera con buen consejo. Pero ha sido un repetido desacierto de la guerra de Chile internar plazas al pais enemigo, y luego retirarlas con la menor ocasion aumentando gastos a la hacienda real, con la fundacion de plazas y fuertes y disminuyendo la reputacion de las armas con su abandono y demolicion. Los indios siguieron a nuestro ejército observando los movimientos de él para lograr alguna ocasion favorable de darle una buena mano. Pero nada lograron por la buena disciplina y aviso del jeneral, cuyo nombre no espresa Pedro Ugarte de la Hermosa, de quien hemos tomado esta relacion; pero don Basilio de Rojas dice que lo comandó el mismo gobernador.

En el año de 1606, a 1.° de noviembre, espidió cédula S. M. dirijida al marques de Montes Claros, virei del Perú, para que formase ejército de 2,000 hombres, soldados efectivos para la guerra asignando de situado 212 ducados de plata que reducidos a pesos hacen 292,279 ps. 3 reales, arreglando los sueldos y ventajas en el modo que le pareciere consultándolo con el gobernador: en cuya conformidad, por real provision despachada en Lima en 24 de marzo, dos años despues se consiguió esta paga en las cajas de la ciudad de los Reyes y se comenzó a pagar el mismo año. En el de 1607 se separó la provincia de jesuitas de Chile y Paraguai de la de Lima, siendo primer provincial el padre Diego de Torres, como se dirá luego que nos desembaracemos de algunos ramos de la historia civil.

El tribunal de la real audiencia se erijió en Santiago, a 8 de setiembre de 1609, a los treinta y cuatro años de su supresion. Afirma Santiago Tesillo que el real despacho vino equívoco, porque dice que se erija en la ciudad de Santiago en donde ántes habia estado; lo que no se verificaba por haber sido ántes el asiento de este juzgado la ciudad de la Concepcion. Vinieron a fundarla el doctor Luis Merlo de la Fuente, Fernando Talaverano, Juan Cajal y Gabriel de Alada; y fué su primer presidente el jeneral Alonso García Ramon. Éste y sus sucesores quedaron exonerados, porque siendo ántes jueces de apelaciones no se daban bien la mano la madurez y quietud que requieren las causas de justicia con el bullicio y estrépito de los negocios de la guerra.

El gobernador parte receloso de los alientos que podian haber cobra-

do los indios con las buenas manos que habian dado a los subalternos españoles, parte confiado de su propia conducta porque siempre habia manejado el baston con acierto y la espada con vigor, salió a la frontera con 800 españoles y otros tantos ausiliares, y habiéndole salido al opósito seis mil entre infantes y caballos del enemigo, se batieron los dos ejércitos en el desaguadero de Lumaco. La batalla fué recia y porfiada, y se vieron los españoles mui apretados; pero el gobernador aunque cargado de años acordándose de lo que habia sido en mejor edad, se puso en la primera fila de la vanguardia con una pica en la mano infundiendo tanto terror a los enemigos, como aliento a sus soldados, y fué el único campeon que motivó la victoria con estrago grande de los contrarios.

CAPITULO XIV.

Llega a la provincia de Chile el padre Diego de Torres Bollo, de quien se comienza a dar noticia desde su nacimiento al mundo y a la relijion.

Por los principios del año de 1608 llegó a Chile el padre Diego de Torres, grande honor de esta provincia y de toda la compañía, y porque este incomparable varon ha de ser leido muchas veces en nuestros anales, se hace necesario dar a los lectores una previa noticia de su vida. De Diego de Torres Bollo, que nació en Benavente, ciudad de Castilla la Vieja, y orijinario de las montañas de Burgos y que fué correjidor de su misma patria con opinion de recto y pio correspondiente a sus muchas obligaciones heredadas, y de una matrona honestísima hija de un capitan de fama en tiempo del glorioso emperador Cárlos V, la cual despues de la muerte de cuatro hijos abrazó, con dos hijas que le quedaban, el instituto de las Carmelitas reformadas por la gloriosa vírjen santa Teresa, nació el padre Diego de Torres el año de 1550 en Villalpando. Aquí y en Salamanca lo aplicaron sus padres al estudio en las escuelas de la compañía, y aprendió de sus maestros a tener en mucho a la sabiduría; pero en mucho mas a la cristiana piedad. Purificaba su alma frecuentemente por la confesion para merecer llegar dignamente a la sagrada mesa, en la cual y en su oracion le comunicaba el señor las mas puras delicias del espíritu, y el jóven para merecerlas maceraba su cuerpo con todo jénero de aspereza. De estas obras de Dios conjeturó un sacerdote, a cuya tutela estaba, que tenia la mira puesta en el estado relijioso; y para divertirlo de este pensamiento, lo envió a casa de sus padres que moraban en aquella sazon en Valencia, para que las delicias le hiciesen olvidar una vida tan austera como habia empezado. I sus padres no tardaron mucho en enviarlo a Valladolid en donde estaba actualmente la corte. Aquí lo introdujeron en la casa de un señor de cuya gracia se hizo luego dueño el mancebo con las singulares dotes del cuerpo y espíritu. Pero como reconociese en su amo que no arreglaba su vida a las leyes del evanjelio, se animó a hacerle una representacion

por escrito acordándole las muchas obligaciones que tenia a Dios por la misma grandeza humana en que lo habia criado y cuan indigna cosa era valerse de los demas, para ofender al dador de ellos. Una fineza de tan raro ejemplo en los palacios era esponerse a perder la gracia del dueño porque el dueño no perdiese la gracia de Dios, que debia haber granjeado a nuestro Diego mas estimado proceder, fué causa del que la perdiese, interpretando a osadía la santa libertad de la amonestacion, y haciéndole saber que estaba fuera de su gracia, y despedido de su casa. Nuestro Diego se encaminó a la de su padre que era actualmente correjidor en Monreal, y como con los modales cortesanos y dulces se insinuaba poderosamente en los afectos de todos, comenzó desde luego a ser el ídolo del pueblo. Esta estimacion y amor comenzó a borrar de su mente las máximas mas importantes y severas de la moral cristiana, y a inspirarle deseo de los placeres vanos, pero procurar satisfacerlos era causa de irritarlos: porque así como las pasiones son causa del pecado, así el pecado es aumento de las mismas pasiones. Ya se hallaba nuestro Diego perdido, y tan perdido que no veia su misma perdicion. Cuando a este tiempo Dios que lo tenia destinado, como a otro Pablo para vaso de eleccion que llevase su santo nombre a diversas jentes, lo postró con una gravísima enfermedad para que se levantase esforzado. Estando en cama comenzó a meditar sériamente en los diversos lances que por él habia pasado, y a hacer cortejo de la paz y tranquilidad que acarreaba a su alma la vida inculpable en un tiempo, y de las tempestades y ahogos que en otro le habia causado la vida licenciosa, y asistido de la clara luz de Dios y de su gracia vencedora, determinó despedirse de las vanidades del mundo, rompiendo los lazos hermosos con que lo aprisionaban, y huyendo de los imanes como de escollos.

Así lo cumplió, porque luego que se levantó sano, se encaminó al aposento del padre Alonso Rodriguez, que era rector del colejio de Monreal, aquel célebre maestro del espíritu que ha bañado en luz de celestial doctrina el camino que guía a la perfeccion. Bajo su direccion hizo los ejercicios de San Ignacio; y saliendo de ellos resuelto a pedir ser alistado en las banderas de la compañía de Jesus, fué luego admitido por el padre provincial y enviado a Medina del Campo a tener su noviciado bajo el majisterio del padre Baltazar de Alvarez, nombre no ménos famoso que el de Alonso Rodriguez en la ciencia del espíritu. Hecho su noviciado fué destinado a Valladolid a estudiar estudios mayores, en donde fué cuatro años oyente en teolojía del eximio doctor padre Francisco Suarez, como si la providencia, llevando las cosas por vía ordinaria para los grandes fines que Dios dispuso, para sacar un Diego de Torrres, héroe en santidad y letras, como que forjase para la perfeccion en la oficina de Rodriguez y Alvarez, y para la sabiduría en la de Suarez, tan grandes maestros de ámbas cosas, que no sé si los ha tenido mayores la iglesia de Dios.

CAPITULO XV.

Pasa a Indias el padre Diego de Torres; y de sus hechos en sus primeros empleos.

Ordenado de sacerdote comenzó luego a ser mirado de todos como acreedor a los divinos oficios mas considerables del gobierno; y él por huir los riesgos y escollos del mundo, pidió y obtuvo ser destinado misionero para la India oriental. Pero como por representaciones de los primeros padres, se le revocase esta asignacion, negoció con el padre Baltazar de Piñas que pasaba a Roma de procurador de su provincia del Perú, que alcanzase del padre jeneral que lo enviase para las Indias de occidente. Así se consiguió, y desde luego se opuso con tanta viveza a cualquiera que le procuraba frustrar su destino, que no solo vino él a la América, sino que persuadió lo mismo al padre Juan de Atienza, que era rector del colejio de Valladolid. Llegado a Lima primero fué señalado ministro del colejio máximo de San Pablo, y poco despues superior de la Mision de Jesuitas, en el lugar de este nombre que tiene a su cuidado cuatro parroquias de indios, y los jesuitas que las sirven están unos con el nombre de párrocos, otros con el de coadjutores; pero de todo es uno superior con el título de rector. Luego que el padre Diego fué señalado para este empleo por las letras patentes del provincial, sucedió alguna cosa ajena de nuestras costumbres, porque cierto sujeto tenido por literato, se opuso a que tomase el mando por afirmar que la espresion de la patente no era clara. Y el padre Diego que no tenia alguna cruz por mas pesada que la del gobierno, se desvió de él fácilmente, y tomando por compañeros a los padres Diego Martinez y Diego Gonzalez Olguin, pasó a predicar la fé a los jentíles, sirviéndose de las lenguas aimara y quichua que habia aprendido con perfeccion. Mucho era el fruto que con sus apostólicos compañeros hacia en alumbrar errores, descubrir y convencer patrañas de hechiceros, derribar altares de ídolos, y levantarlos al verdadero Dios: y aun meditaba mayor progreso, cuando se le entregaron otras cartas del padre provincial en que condenando la temeraria interpelacion del sujeto que dijimos arriba, mandaba al padre Diego de Torres volviese luego a entender en su rectorado. Aquí dió a su celo mayores ensanches, trabajando en la reforma de los cristianos y conversion de los infieles con sus manos y las de otros muchos que le ayudaban a cultivar la heredad del Señor, y a tirar las apostólicas redes, con todo aquel esfuerzo y espíritu que debian del de su superior y maestro. Poco ántes de este tiempo habian nacido en el obispado de aquella diócesis algunos solos con los padres de Julí sobre materia de dependencia; pero los desvaneció el padre Diego con ponerse con toda sumision en manos del prelado y permitirse a su disposicion, de que resultó hacerlo tan benévolo y afecto a nuestro instituto que concedió por voluntad mucho mas de lo que podia pretenderse por derecho, y como hubiesen llegado las competencias de jurisdiccion a noticia del padre Claudio Aquaviva, porque habian sido algo ruidosas ántes de poner

en ellas manos, el padre Diego le agradeció a aquel gran jeneral el modo prudente y manso de proceder, como sacado de la doctrina de Jesucristo, y de la escuela del apóstol del oriente. Del rectorado de Julí que tuvo por seis años, fué promovido al del Cuzco, ciudad amplísima, en tiempo de los príncipes Incas, y que aun despues de mudado dueños, no ha perdido cosa de S. M. Aquí se empleaba con tanto esmero en atender a la perfeccion de sus súbditos, y en aprovechamiento de indios y españoles, que no se podia bien entender como un hombre mortal podia bastar a los trabajōs y los afanes del púlpito y confesonario, a los que se allegaba el de responder a muchísimas consultas que concurrian como a oráculo del pico de su sabiduría y a que daba fácil entrada su relijiosa urbanidad. Estas obras le granjearon en mayores y menores tan singular estimacion, que solo pudo aumentarse con el caso siguiente: predicando un dia el padre Diego con su ardor acostumbrado amenazó, llevado de superior espíritu, a la ciudad del Cuzco con una mortal pestilencia, si no mudaba de costumbres; y como su elocuencia era tan poderosa que se entraba por las puertas de los corazones donde los halla abiertos, y las rompia cuando las hallaba cerradas, ahora que se llegó a la eficacia de su facundia, el terror de la amenaza causó en el pueblo una consternacion tan grande, como saludable; y como esto no fuese de la aprobacion de cierto prelado que asistia al sermon presidiendo a su comunidad por juzgar por arrojada la predicacion, la recibió por desprecio con carcajadas; pero sucedió que el mismo dia castigó Dios la temeridad de su risa con herir de peste a él y a toda su comunidad, y el padre Diego olvidado de su idjuria, les asistió por sí y por los suyos con todos los socorros de alma y cuerpo.

CAPITULO XVI.

De su rectorado en Quito.

Despues de siete años que rijió el colejio del Cuzco con opinion de varon tan grande como santo, fué promovido al de Quito, ciudad no ménos ilustre por populosa, rica, noble y de benigno temple aun con estar debajo del ecuador, y que fué así mismo corte de los príncipes Incas. Singular providencia de Dios fué que un hombre de tan alta reputacion y singular destreza en manejar los ánimos, llegase a aquella ciudad en tiempo que sin su sábia y valerosa intervencion se hubiera visto en ella la mas funesta trajedia de cuantas el furor y la reveldía hayan representado en algun tiempo en el gran teatro del Perú, porque los ciudadanos de Quito, hácia a los fines del siglo décimo-sesto por reusar unos nuevos derechos que se les querian imponer, ardian en fuego de sedicion, y se habian puesto en armas contra el gobierno y majistrado. Defendian la parte del rei el mismo gobernador con buena soldadezca, y Pedro de Arana, fiel y valiente caballero con algunas centurias de ciudadanos leales. El virei marques de Cañete habia enviado ausilios y estaba el ne-

gocio en estado de un funesto rompimiento, porque aunque de parte del rei estaban los mejores, por la contraria estaban los mas. Ya no faltaba sino llegar a las manos y ejecutar una atroz carnicería, cuando se puso en medio de las armas huestes con toda la opinion de su santidad y toda su insinuante elocuencia el padre Diego de Torres, quien apartó por entónces de sobre Quito aquella tempestad de ira para disiparla despues, haciéndose escuchar del indomable vulgo, calmando la turbulencia de los ánimos y ablandando la terquedad de los pechos. *Ille regit ánimos et pectora mullet.* Poco despues se encrespó de nuevo la borrasca y levantó las olas hasta el cielo, queriendo ejecutar su zaña hasta en lo sagrado; porque como corriese entre el vulgo que el padre hacia saber a muchos un diploma del virei para que se cortasen sesenta cabezas de los principales amotinados para conseguir perdon los demas, fué horrendo el clamor que se levantó contra el padre pidiéndolo para la muerte. Pero él, animado de la confianza que ponia en Dios y sin temor por el desprecio que hacia de su vida, se introdujo en el centro de la sedicion que constaba de 800 armados: la cual con su vista comenzó a aquietarse por ver a un hombre mayor que los peligros y que les hablaba con tanta tranquilidad y presencia de ánimo como si tratase a un penitente en su celda. En esta ocasion no solo disipó aquel nublado de rebelion, sino que atrayendo la parte del rei a dos de las cabezas y algunos soldados principales, debilitó por entónces este partido; poco despues les quitó otro cabo de reputacion con el pacto de un casamiento de muchas ventajas para él. Ya con estos que el padre Diego con su santa industria habia apartado de los contrarios, eran las fuerzas iguales, y ámbos partidos estaban resueltos a darse la batalla de poder a poder. Pero aquí el padre, movido de una entrañable compasion de las lástimas y derramamiento de sangre que habia de seguirse de una pelea entre ciudadanos, en la cual hasta los vencedores salen perdidos, suplicó a los realistas que se contuviesen un tanto: se lo otorgaron y en este espacio redujo al bando del rei a algunos otros de los sediciosos. Con lo cual considerándose éstos débiles, se esparcieron por diversas partes. Y el marques de Cañete por interposicion del padre, perdonó a la muchedumbre, esceptuando solamente seis de los mas culpados que separó para enviar a España, y estando presos en el pueblo del Nombre de Dios, murieron con la súbita ruina de la cárcel.

CAPITULO XVII.

De su rectorado de Potosí.

Fué grande la estimacion que de la maravillosa conducta del padre Torres en tiempos tan calamitosos hicieron todos los buenos; pero con singularidad el gran virei marques de Cañete que cuidó de significárselo al rei con encomios esquisitos; y S. M. tuvo por bien darle las gracias mui cuidadosamente y con grandes espresiones, en carta dada en

el Escorial, año de 1594. Despues del rectorado de Quito fué señalado secretario de provincia, y concluido este empleo con satisfaccion comun, pasó al rectorado de Potosí con potestad de vice-provincial para las casas de la compañía que caen hácia el mediodia. Aquí tuvo ocasion de emprender grandes hazañas y se salió con ellas, porque habiendo un grave altercado que ya amenazaba pasar a manifestar rompimiento entre el presidente de la audiencia de la Plata y la villa de Potosí, éste se serenó solo con dejarse ver y oir de ámbas partes este íris de paz que siempre anunciaba la tranquilidad y causaba la concordia. Renovó y adornó el templo de su colejio con gasto de ciento veinte mil pesos que recibió de la liberalidad de los vecinos: instituyó una anual limosna de seis cientos pesos que repartió el portero del colejio. Despues despidió de la compañía a tres coadjutores temporales que olvidados de su primera vocacion, aspiraban con demasiado empeño y reprensible ambicion al sacerdocio, de los cuales los dos acabaron la vida con fin trájico y lastimoso, y del otro se ignora el paradero. Pero de esta pena nos consolará el fin dichoso de otro coadjutor llamado a la compañía por modo singular: fué éste un mercader rico engolfado en la negociacion y engolocinado en las ganancias, el cual habiendo leido algunas pocas líneas del admirable libro de *Contentus Mundi*, fué tan saludablemente herido de sus sentencias, que dejando todo lo que tenia y aun su tienda sin cerrar, porque le ponia mucha prisa el espíritu de Dios, se encaminó al aposento del padre Torres, y repitiendo con voz atónita las palabras que habian causado aquella repentina mudanza, protestó que no se levantaria de sus pies, sin ser recibido en la compañía. Consiguió lo que pedia, y murió a los treinta dias, de novicio, mostrando por todos modos el liquidísimo goce de su espíritu, por haber dado fin a su navegacion en puerto tan tranqilo.

CAPITULO XVIII.

De la procuraduría del padre Diego de Torres a las cortes de Madrid y Roma.

En el año de 1602 fué electo procurador por la congregacion provincial, ofreciéndosele con el empleo mas ocasiones en que actuar su celo y mas dilatado campo en que se manifestasen sus raros talentos. No se puede decir por estenso, sin hacer volúmenes de esto solo cuanto hizo en servicio de Dios, bien comun y de su provincia; y asi nos ceñirémos a apuntarlo y no todo. Su viaje a España fué en una real escuadra. Reconoció por gran dicha haber llevado a un varon de tan relevantes calidades y virtudes: porque como en el estrecho de Cádiz la acometiese otra de Inglaterra que aguardaba a la nuestra para ese fin, y como la batalla fuese porfiada y sangrienta, el padre Diego con aquel ánimo que le era tan connatural y con aquel celo que daba alientos superiores a su mismo ánimo, andubo con la imájen de un santo Cristo por el buque alentando a los que combatian sin temor de las balas de artillería y fu-

silería que volaban por todas partes; y fué despues de Dios la causa principal de que una escuadra destituida de competente número de soldados y marineros que se habia quedado en la América, saliese del combate con enemigo superior en fuerzas, sin daño de consideracion.

El padre Diego fué recibido en Madrid.

(Aquí suspende el copista la transcripcion del final del capítulo XVIII i de todo el XIX, porque solo trata del padre Diego de Torres, cuya vida ofrece un interes secundario para la historia.)

CAPITULO XX.

Espide el rei la cédula de esclavitud contra los indios de Chile, y se publica.—Muere Alonso García Ramon; y sucédele don Luis Merlo de la Fuente.

En el dia 26 de mayo de 1608, espidió el rei Felipe III una cédula fecha en Ventocilla, en que da por esclavos a los indios de Chile de uno y otro sexo que se cojieren en la guerra, con la esplicacion de que esto se entienda con los varones de diez años y medio, y con hembras de nueve años y medio para arriba en caso de mantenerse protervos en su rebelion, dos meses despues de hecho saber el real despacho. Y para la calificacion de la justicia de lo mandado, hace la preparacion de que esto se proveyó despues de maduro acuerdo de varones sábios y de conciencia que hallaron ser esta pena no merecida de los indios por infractores de las capitulaciones de paces; por quebrantadores del derecho de las jentes, quitando la vida a sangre fria a los prisioneros de guerra; por violadores de la fé y relijion que profesaron en el bautismo: por profanadores de las iglesias y cosas sagradas y por otros delitos enormes. Esta cédula publicó don Luis Merlo de la Fuente que se recibió en Santiago de los puestos de gobernador y capitan jeneral por muerte de Alonso García Ramon que falleció en la Concepcion en 19 de agosto de 1610.

Alonso García Ramon, natural de la ciudad de Cuenca, fué hidalgo por su nacimiento, i mas noble por sus acciones. Militó en Flandes con reputacion de soldado valeroso y de mucha honra. Pero en Chile hizo hazañas que le granjearon fama esclarecida: bastarán para hacer inmortal su nombre las ilustres victorias que hemos referido de Puren y Arauco. Siendo maestre de campo y en buena edad, gobernó el reino dos veces con acierto y felicidad; y aunque en la segunda vez esperimentó algunas adversidades en funciones mandadas por sus subalternos, como que fuera verdadero el dicho de Cárlos V cuando se retiró desairado del sitio de Metz de que la fortuna es amiga de los mozos, con todo eso, como no quebranta la adversidad a quien no desvanece la dicha, mostró este gran varon tanta magnanimidad en los malos sucesos cuanta moderacion en los felices, como que llevase atadas al carro de su triunfo las pasiones humanas. Y al fin, en la batalla de Lumaco que dió a los rebeldes purenes poco ántes de su muerte, peleó con tanto brío y

estrago de los enemigos que al rededor de su féretro como debian ponerse cipreses funestos por la triste memoria de su pérdida, tambien palmas victoriosas por magnífica pompa de sus triunfos.

El que le sucedió, aunque de togado pasó a militar, mostró bien que acertaron los mistolójicos en hacer una misma a Minerva diosa de las ciencias, y a Palas de las armas, porque pueden mui bien juntarse en una persona ámbas profesiones. Tal fué nuestro gobernador que si proveyó justicia y daba a cada uno lo que es suyo en el juzgado de oidor, con el mismo acierto mandaba los ejércitos en la campaña. Por noviembre del año en que vamos, habiendo sabido que maquinaban la rebelion algunos caciques del Aillaregue de Leubu, los sorprendió súbitamente, y castigando a los movedores con suplicio capital, aquietó a los demas que la severidad de la pena produce el escarmiento y la impunidad convida a la práctica de los delitos. De aquí salió con 800 hombres y 900 ausiliares para la provincia de Puren; y habiendo vencido a los enemigos en tres batallas campales, se retiraron a su Rochela de Lumaco, en donde los combatió con el hambre y el acero de suerte que rindió su contumacia, y los obligó a recibir la paz como quiso concedérsela. Mas sabiendo que el virei marques de Montes-Claros les habia enviado por sucesor a Juan de Jara Quemada, se volvió a Santiago laureado de victorias y celebrado con víctores, festivas aclamaciones que le tributaba el público tan sin lisonja como con sinceridad; porque fué este insigne hombre severo castigador de los malhechores, solícito remediador de los necesitados, y sábio y fuerte caudillo contra los enemigos.

CAPITULO XXI.

Del gobierno de Juan Jara Quemada.—Sucédele Alonso de Rivera.—Llega de España el padre Luis de Valdivia con varias providencias.

El nuevo gobernador Juan de Jara Quemada que de mayordomo del virei ascendió a este empleo, fué admitido en Santiago al ejercicio en 17 de enero de 1611. Catorce meses le duró el gobierno, y en ellos se portó maravillosamente en las artes de la paz y de la guerra; pero no hallando en los escritos de que me valgo cosa individual, solo digo que don Basilio de Rojas, nada encarecedor, afirma que era caballero de famosas prendas y talentos que tuvo con los rebeldes vigorosos combates y que su maestre de campo Alvaro Nuñez de Pineda peleando bajo de sus auspicios, derrotó a los indios en una brava y sangrienta batalla a orillas de Biobio. El padre Alonso de Ovalle dice que fué competidor de este famoso gobernador, el valiente Aillavilu.

Don Pedro de Figueroa escribe que fomentó mucho el adelantamiento de los vecinos, y que tuvo bien cerrada la frontera. Fué natural de las Canarias, caballero del hábito de Santiago.

En este año se fundó el convento de Santiago que está a cargo de la compañía de Jesus en la capital del Reino. Fueron veinte los primeros convictores, y su primer rector el padre Juan de Humanes.

A Juan de Jara Quemada sucedió por muerte de la majestad de Felipe III, Alonso de Rivera que comenzó a gobernar segunda vez al reino de Chile por marzo de 1612 (1): a éste propuso el padre Luis de Valdivia para gobernador como a propósito para la nueva administracion de la guerra que se habia acordado en la corte; porque el dicho padre que habia hecho viaje a España el año pasado de 1606, habia persuadido que lo que convenia para la promulgacion del evanjelio y conversion de los indios era que se redujese la guerra de ofensiva a defensiva. Como lo propuso el padre lo mandó el piadoso rei en cédula dirijida al marqués de Montes-Claros y al gobernador Alonso de Rivera, señalando por barrera entre indios y españoles el rio de Bio-bio, disponiendo que los relijiosos de la compañía de Jesus pasasen a tierras de indios a predicarles la santa fé, prometiendo a los indios que si se redujesen a la obediencia de la iglesia y a la suya, nunca serian encomendados a persona particular, sino encabezados en la corona real; y en la misma cédula insertó el rei la prohibicion ya ántes hecha del servicio personal a que aun obligaban muchos españoles a los indios.

CAPITULO XXII.

Que sea servicio personal, y de las resultas de su prohibicion.

Desde los primeros conatos que en Chile y toda la América sujeta al rei católico se pusieron para reducir a los indios a la fé romana, luego se entendió que todos serian inútiles, sino se quitaba de raiz el pernicioso abuso del servicio personal. Por lo cual el padre provincial Diego de Torres se aplicó, segun su grande celo a que se pusiese en ejecucion la última cédula de S. M. de que hemos hablado, dada sobre el asunto. Ya que el lugar pide, para cabal intelijencia de la materia, declararé con la brevedad posible, que sea este servicio para que así se entienda con cuanto aumento de la relijion cristiana, bien de los indios, quietud de las conciencias y loa del rei, y su real senado se habia prohibido. Está puesto en costumbre en la América, que a los sujetos beneméritos de la república, les den por recompensa los gobernadores en nombre de S. M. repartimiento de indios que llaman encomiendas, tomando a mi juicio, la apelacion de los beneficios eclesiásticos cuando se confieren no en título perpétuo o en union, sino encomendados, para que acabada la vida del comandatario, se devuelvan a la disposicion del principal. Esta práctica que comenzó desde el principio de la conquista de este nuevo orbe, dura hasta nuestros tiempos, i duraria en conocida utilidad de encomendados y encomenderos, y mucho aumento del público, si se observasen las justas y pías disposiciones de los reyes católicos sobre esta materia. Pero como no hai lei tan firme que no la atropelle la codicia, ni tan santa que no la viole desde luego, se hizo notar que

(1) Equivocacion del autor. Felipe III murió en 1621.—(El E.)

los encomenderos, puesta la mira en su ganancia temporal atendian ménos o del todo no atendian a la autoridad y justicia de las leyes reales; de donde no contentos con el moderado tributo que el rei les concedió pasaban a servirse de los indios, de sus mujeres e hijos, sin pagarles algun jornal pactado, dándoles solo un pobre vestido y comida todo tasado al arbitrio del amo, no de otra suerte que se hace con los esclavos. Por lo cual estos indios encomendados, aunque en el derecho son libres nada ménos que los españoles, en el hecho están en servidumbre mucho mas dura que la de los etiopes, y porque son tratados para el servicio como propios, y para el desprecio como ajenos; y como los indios chilenos son por su naturaleza altivos y exentos, domados (como dijo Tácito de los britanos) para obedecer no para servir, no se puede esplicar buenamente con cuanta aversion han mirado siempre este intolerable abuso y práctica inícua del servicio personal. De aquí ha venido la contumaz enemistad con los españoles, la paz sospechosa cuando la han tratado con ellos, y las guerras tan porfiadas como sangrientas; y como entre el ruido de las armas no se deja bien escuchar el clarin que anuncia la paz evanjélica, se sigue que este servicio es orijinalmente la causa de atrazarse la pacificacion de los indios y de estorbarse la propagacion de la fé; por esto han reiterado varios y apretados diplomas el emperador Cárlos V y su hijo Felipe II, monarcas de gloriosa memoria para mantener a los indios en su natural libertad: los cuales diplomas los gobernadores algunas veces no han querido ejecutar por atender a sus particulares aprovechamientos, depuesto todo afecto de justicia y piedad; otras no han podido por hallarse desiguales a la gravedad del mal y a la ruidosa aplicacion de los remedios, hasta que en los tiempos que vamos, Felipe III, siguiendo las pisadas de sus reyes predecesores espidió la cédula que tenemos dicha con mayor aprieto y mas graves penas contra los transgresores. Al mismo tiempo el padre Claudio Aquaviva, jeneral de la compañía de Jesus, de mucha probidad y superior talento de gobierno, habiendo sabido que algunos vecinos primarios habian donado al colejio de Santiago de Chile algunos indios de que usábamos en los servicios domésticos, mandó que si examinada la materia maduramente por los padres mas sábios y de mayor rectitud se hallase no haber certeza en la justificacion del dicho servicio, fuesen puestos en su libertad, pagándoles lo que se considerase por su trabajo avaluado como de jente libre y que hubiese servido por contrato.

CAPITULO XXIII.

Túrbase el sistema de la guerra defensiva por falsos pretestos.

El padre Luis de Valdivia y el padre Diego de Torres, considerando que el piísimo rei Felipe III habia exhonerado su real conciencia en la de ellos, y que el padre Valdivia le habia conferido en el particular de la conversion y pacificacion de los indios igual potestad con el gobernador,

haciéndolo su asociado, se persuadieron a que no satisfarian a su obligacion ni a la real confianza, sino ponian todo conato en atajar la guerra ofensiva, reduciéndola a términos de puro defensiva. Tuvieron de su parte al virei marques de Montes-Claros que no tenia otra mayor atencion que dar el debido obedecimiento a las cédulas reales, en cuya virtud se mandaron publicar, y a los principios el mismo gobernador Alonso de Rivera fué de este mismo dictámen, segun se habia creido de él, que aun por eso fué electo para su ejecucion, como se dijo atrás. Pero como los capitanes y soldados que acostumbraban sacar utilidad de la guerra ofensiva con la venta de los cautivos, creyesen que era atrazo suyo el reducirla a puro defensiva, tuvieron sobrada persuasiva para hacer al gobernador de su parecer; mas para dar color a su desobediencia, tomaron por pretesto la muerte de los padres Horacio Vechi, Martin de Aranda y hermano Diego Montalban, ejecutada por los purenes, como que era obligacion de cristianos el salir y honor de las armas no permitir impunidad de los homicidas, porque la sabiduría de este mundo, que es contraria a la de Dios en las pretensiones de sus fines, oculta las verdaderas causas y manifiesta otras de mejor color; pero este pernicioso conato de los capitanes y mudanza de dictámen del gobernador, fué despues de la muerte de los padres, de la cual y de la ocasion de ella es este el lugar de tratar. El padre provincial Diego de Torres y el padre Luis de Valdivia, que como se ha dicho no se proponian negocio de mayor importancia que la pacificacion de los indios, acordaron que convenia que algunos sujetos de la compañía de los mas aceptos a esta nacion, entrasen a la provincia de Puren, que era la que se habia mostrado por aquellos tiempos mas rebelde y mas pujante en armas, para docilitarlos con la comunicacion y obligarlos con la confianza de entregarse a su fé; y aunque era cierto que el padre Valdivia considerábase el mas apropósito para este fin, por la autoridad que tenia con estos indios, y la benevolencia que de ellos habia granjeado, como quien navegó tan dilatados mares, como de América a Europa, solo por negociarles su bien, sin embargo, por creerse necesaria su asistencia al lado del gobierno para las consultas y resoluciones que sin él no podian tomarse sobre materias de indios, se tuvo por mejor consejo el enviar a la dicha provincia de Puren a los padres Horacio Vechi y Martin de Aranda, que eran de tanto celo del bien de las almas, como destreza en el manejo de negocios graves; mas aunque en esta deliberacion no podemos negar el lugar que tuvo la humana prudencia, nos persuadimos a que nació de mucha mas alta causa, que fué la divina disposicion, la cual halló a estos varones dignos de sí, y merecedores por sus altas virtudes de ser honrados con las laureolas del martirio y de que lo glorificasen con su muerte. Porque fuera de los ardientes deseos que les dió a ellos de sacrificarse por el bien de los jentiles, inspiró aun mismo tiempo al padre Luis de Valdivia que estaba en Arauco, y el padre Diego de Torres en Santiago, y tenian arbitrio en el negocio, que habiendo otros muchos sujetos de realzadas calidades, elijieran a

Martin de Aranda para confiárselo, como se reconocerá en las cartas siguientes.

CAPITULO XXIV.

Se ponen a la letra las cartas del padre Luis de Valdivia y padre Diego de Torres.

El padre Luis de Valdivia dando cuenta a su provincial, el padre Diego de Torres, de lo que habia determinado sobre el negocio que traian ámbos de establecer la paz entre ámbas naciones, le escribe en 22 de octubre de 1612 la carta siguiente:—«Ayer estuve todo ocupado en consultar sobre la resolucion que aquí he tomado de enviar los padres de nuestra compañía a Puren que son el padre Horacio Vechi y padre Martin de Aranda sobre que ha diez dias que pienso y encomiendo a Nuestro Señor, y nunca he sentido los impulsos que ahora, y por razones eficaces y las esperiencias que en lo pasado he visto y a las mociones interiores y las consultas de seis padres que aquí estamos, y por la confianza en las oraciones que se han hecho y hacen en todas partes, y por las de V. R.ª y de mis padres y hermanos de ese santo colejio que yo agradecido en mi alma y en mi nombre, pido a V. R.ª me los abrace a todos; tengo confianza que en esta resolucion hai mucho de Dios." Hasta aquí las palabras de esta carta sobre el asunto que vamos tratando; y las del padre Diego de Torres que hacen a lo mismo, son estas en carta escrita al reverendísimo padre Claudio Aquaviva, jeneral de la compañía de Jesus. "Hai en esto una cosa maravillosa, y es, que al mismo tiempo que Dios le movió con tanta eficacia en Arauco al padre Valdivia para que enviase los padres que he dicho, en ese mismo me sentí yo movido interiormente a lo mismo, y que fuesen los mismos padres que él tenia señalados y encomendándolo a Nuestro Señor, se lo escribí, y las razones que me movian para ello que eran las mismas que le movian al padre, como dirémos abajo y que lo que últimamente se me ofrecia era, que pues Nuestro Señor y el rei habia fiado esto de la compañía que no dejase pasar ocasion por alto para asentar estas paces no perdonando riesgo ni trabajo. Recibió mis cartas al mejor tiempo y coyuntura que podian llegar y con mucho consuelo de que tuviésemos un mismo querer y sentir (como por la misericordia de Dios lo hemos tenido) me responde estas palabras: «acerca de lo que V. R.ª me dice que no se pierda punto en lo tocante a estas paces, está obedecido aun ántes de mandado, porque la voz de V. R.ª como es de Dios, llega a mi aun ántes que salga de su boca, que parece que nos oimos o entedemos, como ánjeles, en los corazones en todo;" y de la ida de los padres me dice mas abajo: «por la consulta que hice de todo, pareció necesario enviar a los padres Horacio Vechi y Martin de Aranda a Puren y a la Imperial, y lo mismo juzgaron todos los maestres de campo y capitanes, clérigos y frailes que aquí estaban, y que yo fuera a Paicaví con ellos; lo cual nos confirmó despues la carta de V. R.ª, que voi respondiendo, que parece

se halló con la misma consulta, y nos consoló mucho ver, que es uno mismo el espíritu que acá y allá nos mueve." El buen padre Horacio mui agradecido de que yo hubiese confirmado su eleccion, me escribe estos renglones: "al punto que esta escribo me parto para Puren con el padre Aranda y el padre Valdivia, el cual se quedará en Paicaví miéntras entramos la tierra adentro a tratar estas paces, de las cuales depende la conversion de todo este reino, y no puedo pensar otra cosa, sino que esta jornada que hacemos ahora, es claramente de Dios, el cual al mismo tiempo que inspiró a V. R.ª escribiese al padre Valdivia para que me enviase con el padre Aranda a Puren, inspiró tambien al padre Valdivia, de cuyo parecer fueron todos los padres, señor gobernador, maestres de campo y capitanes; el Señor nos gobierne y dé gracias que le sepamos servir y agradecer una tan grande merced, como es la que nos hace, y particularmente, en haberme escojido para esta empresa: bien se verifica ahora lo de San-Pablo: *stulta mundi elegit Deus ut confundit forté.* Tambien agradezco a V. R.ª la buena voluntad que siempre me ha tenido y ahora en particular me ha mostrado, en nombrarme para esta jornada, cuando vino la carta de V. R.ª; con todo eso, se confirmó todo con la suya; y todos a una dijeron, asi de la compañía como de fuera de ella: *Digitus Dei est hic.* El contento que tengo no lo puedo fácilmente esplicar: V. R.ª me haga encomendar al Señor que tengo gran necesidad de ello, y asi lo siento." Hizo saber el padre Valdivia al señor presidente el parecer universal de todos acerca de la entrada de los padres, y su señoría respondió: que fuesen en buena hora, y las razones que a los padres de Arauco y ánimos movieron; en suma son la primera, el haber encargado S. M. el pacificar estos indios y predicarles, y enviado para esto a su costa diez padres que fueron los compañeros del padre Valdivia; la segunda y mas principal, la quietud de este reino, el atajar la guerra tan larga, la salvacion de tantos infieles, la redencion de tantos cautivos, son fines tan altos que podian se pusiesen medios, y ninguno parecia tanto, como que estos dos padres de tanta santidad y prudencia fuesen a tratar de ellos con los indios de guerra; la tercera para responderles y satisfacerles a sus dudas, quitándoles los temores y darles a entender que esto se les trataba verdad, que por su mucha capacidad y por saber bien la lengua, como la sabian, no fuera dificultoso, y deshacer las mentiras que otros habian sembrado; la cuarta porque no habia cosa que temer en contra, pues todos juzgaron que a lo mas que se podia estender, era quedarse con ellos y no dejarlos salir, porque matarlos casi nadie imajinó tal cosa y cuando hicieran prenda y los cautivaran no hacia mucho peso, porque a eso venimos y a eso nos envia S. M. para que nos entremos por esas tierras de infieles, y no se cojeria poco fruto en el cautiverio, pues dos sacerdotes tan fervorosos consolarian a los cautivos y los confirmarian en las cosas de la fé, para que ayudados de ellas, y de los consejos de los padres resistieran a muchas ocasiones que hai de ofender a Dios. No siendo esto nuevo en los hijos de la compañía ponerse a grandes

peligros por tan gloriosos fines, como lo hacen en Inglaterra, Japon y China, y cuando no hubiera tantas y tan superiores razones bastaba ver que Pedro Melendez, que era el mensajero que habian enviado, hizo su embajada en la tierra con tanta seguridad, y lo bien que habian sido recibidos de todos, y la familiaridad con que entraban los indios de guerra a nosotros, a comprar y vender." Estas son las cláusulas del padre Diego en la carta citada, que prueban bastantemente el desinio de Dios nuestro Señor en haber inspirado a los dos superiores a sus siervos que los destinasen a empresas que no habian de tener otro éxito que el de su dichosa muerte.

CAPITULO XXV.

Suspéndese la entrada de los padres por la huida de las mujeres del cacique Ancanamon.

En el mismo tiempo que el gobernador y el padre Luis de Valdivia hacian repetidas consultas sobre los mas eficaces medios para efectuar las paces, estaba cautivo entre los indios don Alonso Quezada, quien hecho saber por cartas del contenido de las cédulas reales, y conociendo por el trato de los indios, que aunque tan belicosos estaban ya cansados de los afanes y riesgos de la guerra, acordó para ayudar con su buena maña, abrir la venturosa puerta de su libertad de poner en noticia de sus principales caciques las nuevas providencias que habia traido de la corte el padre Luis de Valdivia para su bien y quietud, y buena intelijencia de ámbas. Los caciques deseando saber si era verdad lo que tan bien les estaba, determinaron enviar con algunos caballos lijeros a un capitan valiente llamado Turculupí, para que dando un salto en nuestras tierras, cojiese algun español, y cuando tanto no pudiese algun indio amigo, de quien tomó lengua. Salió a su faccion Turculupí, mas con tan mala ventura, que en lugar de cautivar él fué desbaratado y preso. Traido a presencia del gobernador, estimó el lance como feliz y de buena consecuencia, juzgando que la prision de un capitan de tanta importancia, y de otros de los suyos con la ocasion de negociar su libertad, facilitaria el venir a un buen ajuste, y que se podria enviar a ese fin algun español a tratar de paces, suponiendo estaria seguro entre los enemigos, teniendo en nuestro poder tal prenda como Turculupí.

Como se pensó, se ejecutó; y fué el exijido para esta negociacion el alferez Pedro Melendez, quien lo hizo tan a satisfaccion que persuadió a los indios era verdad lo que les habia dicho don Alonso Quezada, y que les estaba mui a cuenta la paz en el modo que les proponia, de quedar ámbas naciones sin sujecion de una a otra, no pasando jente armada de una a otra parte del rio Biobio, y manteniendo perpétua alianza y confederacion. Fué esta propuesta tan del agrado de los indios, que el principal cacique de Puren llamado Ancanamon y otros caciques menores, se vinieron con el alferez Melendez a verse con el

gobernador, y dar la última mano a la deseada pacificacion, trayéndose consigo a don Alonso Quezada y a otros españoles para permutarlos por sus cautivos. Fueron los caciques recibidos del gobernadar y padre Valdivia con grande benignidad y agasajo, y Ancanamon por la autoridad que tenia en toda la tierra, se ofreció ir a la Imperial, Osorno y Villa-Rica a traer a los caciques al mismo dictámen y a la presencia del gobernador, para que firmasen las paces. En esto andaban este cacique con mucha dilijencia i buen efecto, cuando un accidente impensado turbó todo lo bien dispuesto y cortó los hilos de esta tela que tan bien se iba tejiendo. Tenia Ancanamon entre sus mujeres una española en que habia tenido dos hijos: ésta o descontenta del marido, o deseosa de vivir cristianamente, emprendió con hecho mui arriesgado y se salió con él: resolvió irse desde Puren al fuerte de Paicaví, llevándose consigo a sus dos hijuelos y a dos mujeres indias y dos hijas adultas de Ancanamun, a las cuales con elocuencia feliz persuadió la mayor conveniencia de alma y cuerpo que se les ofrecia de vivir entre españoles. Llegadas a Paicaví fueron instruidas en la fé y recibieron el bautismo las que carecian de él, ménos una doncella. El padre Valdivia, el gobernador y demas españoles, aunque festejaron la conversion de estas mujeres, entraron en grave cuidado por el tropiezo que se ofrecia con Ancanamon, porque volverlas despues de cristianas y del enojo que le habian causado, no lo permitia la relijion ni la piedad; y no volvérselas era un estorbo invencible para la paz deseada. Mas luego se reconoció ser justo el recelo de algun siniestro accidente a causa de la indignacion de Ancanamon, porque éste que volvia de su jornada mui contento del buen éxito de ella, trayéndose consigo muchos caciques de los rebeldes, cuando supo la huida de sus mujeres e hijas y que estaban ya bautizadas, y por eso constituidas en estado que hacia mui dificil su entrega; no se puede buenamente decir la amargura y la ira que se le apoderaron del corazon. Luego torció la rienda al caballo para su casa y provincia, resolviendo consigo mismo soberbios y crueles pensamientos, y levantando en su pecho una tempestad de contrarios afectos el amor y el deseo de la venganza. Todo esto bien se dejaba entender, y así lo entendian los españoles. Por lo cual el gobernador y padre Valdivia acordaron suspender entretanto la entrada de los padres hasta ver en qué se resolvia el nublado del enojo de Ancanamon, y si se podria dar algun corte en negocio tan intrincado que fuese bastante a contentarlo. Cuando en este enredo como de trajedia, salió al teatro un nuevo personaje que deshizo el nudo y volvió a poner las cosas corrientes, con lo cual se volvió al primer intento de avisar la entrada de los padres con la ocasion que luego se dirá.

CAPITULO XXVI.

Resuélvese segunda vez que los padres entren a las provincias rebeldes por la confianza en la amistad y proteccion de Utaflame.

Utaflame era cacique principal de la provincia de Illicura, de gran fama y reputacion entre los indios por su valor y contumacia en no querer paz con los españoles; en cuyo propósito se habia mantenido muchos años en ámbas fortunas entre sucesos prósperos y adversos. Habia guerreado con todos los gobernadores desde el primer Villagra hasta el presente Alonso de Rivera, hallándose como soldado y capitan en infinitas batallas y reencuentros que habian radicado profundamente en su pecho el encono y la emulacion con la jente española. Pero con el comedimiento y buen término que usó con el padre Luis de Valdivia, lo rindió como jeneroso a que solicitase la paz como agradecido. Estaba entre los nuestros un indio prisionero jóven, y sabiendo el padre Valdivia que era hijo de Utaflame, se lo remitió sin rescate y cargado de dones con la misma buena política con que Antioco, rei de Siria, envió a Escipion africano el mayor, un hijo que le habia cautivado. Fué a Utaflame tan grata la vista del hijo y la accion bizarra del padre Valdivia, que luego trató con el segundo gobernador de Illicura llamado Paiñiguili de reducir toda su jente a la paz y amistad con los españoles. Y porque la grandeza de su deseo de conocer a su bienhechor y adelantar el negocio de las paces no le permitian dilacion, envió delante algunos principales al fuerte de Paicaví para que cumplimentasen a su nombre al gobernador y al padre, y le certificasen que el mismo Utaflame llegaria luego. Así fué que al fin de la tarde, fué visto desde el fuerte que venia de la otra banda del rio con su comitiva que se componia de 63 personas, y el padre Valdivia pasó el rio con algunos capitanes a recibirlo y llevarlo a presencia del gobernador. Despues de las primeras salutaciones y de significar Utaflame la causa de su no esperada y repentina mudanza de enemigo acérrimo, a solicitador de la paz con los españoles, comenzó a razonar con grande autoridad y con discursos y voces dignos de que fuesen fruto de mayor estudio que el de un bárbaro. Asentó por fundamento los bienes y quietud que se granjean por la paz y los riesgos, daños y afanes que acarrea la guerra infiriendo, que tanto españoles como indios debian afeccionarse de la una y huir con todo conato de la otra. Disculpó su teson y el de los suyos en la guerra y quitándoles el nombre odioso de contumacia y rebelion, lo calificó de empeño justo y natural defensa de su libertad. Desaprobó con discrecion el modo de proceder de algunos españoles que aun en la paz mostraron tener ánimo de enemigos, y en el gobierno mas que superiores parecian amos. Propuso y decidió el modo de alianza que debian ajustarse, y los términos del vasallaje a S. M. Pidió que se demoliesen las fortalezas que habia de Biobio para el sur, y que este rio seria el límite que no deberia pasar armada ninguna de ámbas naciones: requirió al gober-

nador que se le entregasen las mujeres e hijas de Ancanamon para contentar a este cacique, sin el cual, decia, no podian asentarse conciertos que fuesen firmes; y concluyó que siendo esto conveniente a las dos partes, debia esperar que los españoles no estorbasen con condiciones gravosas, una paz tan necesaria; pero que no podria efectuar de otro modo que del propuesto. Pareció a todos mui bien el razonamiento de Utaflame y mui puestas en razon las condiciones que pedia, y habiendo el gobernador querido espresarle de su parte en punto de vasallaje y confederacion, que deberian salir a servir a S. M. con sus armas y caballos siempre que fuesen requeridos y dar a rescate todos los cautivos españoles de uno y de otro sexo, consistió en ello Utaflame y los suyos con buena voluntad. Con esto se juntaron las capitulaciones de una y otra parte, mataron los indios las ovejas de la tierra: ofrecieron al gobernador el ramo de canelo, segun su uso, y quedaron las paces asentadas; porque el punto de las mujeres de Ancanamon que era uno de los de la proposicion, quedó por entónces indeciso, y satisfecho Utaflame con asegurarle que los padres que tenian que enviar a Ancanamon, para que tambien los purenes fuesen comprendidos en la pacificacion, verian el mejor medio de contentarlo, con lo cual y ofrecerse Utaflame a llevar y traer los padres con toda seguridad, quedó resuelta la entrada para cuando se le volviese.

CAPITULO XXVII.

Entran a tierra de Ilicura los padres Horacio Vechi, Martin de Aranda y un novicio coadjutor llamado Diego de Montalvan, y mueren a manos de los purenes.

Mui grande es sin duda la gloria que le resulta a Dios nuestro Señor de que sus siervos logren el premio de la vida eterna que lo tienen merecido y estan en punto de ser llamados a gozarlo, o de que afinen o aumenten su virtud con la tribulacion o padecimiento de grillos y cadenas, pues para ello estorbó los medios y atrasa los caminos que se ofrecian para la conversion de provincias y naciones como hizo con el apóstol San Pablo, que teniendo primero determinado entrar a la Asia, y poco despues a la Bitinia, a anunciar el nombre de Jesus a los jentiles, en ámbas ocasiones fué impedido por el Espíritu Santo y traido a Filipos, ciudad de la Macedonia, donde lo que le aguardaban era azotes y cadenas; y al apóstol del oriente, que estando disponiendo los medios de llevar la fé a la mayor monarquía de la misma Asia, que es la China, aceptó Dios la voluntad e impidió la ejecucion llamándolo para sí en la isla de Sanchou, puerta de aquel imperio. Esta misma práctica tuvo nuestro Señor con los siervos suyos de que vamos hablando; pues cuando meditaban predicar en Illicura, Puren y otras provincias de infieles su santo nombre, y hacer otras cosas mui de su servicio y gloria, tuvo por mejor que estos fieles ministros que habia enviado a cobrar de los ingratos arrendadores de

su heredad el fruto de adoracion, fuesen muertos a manos de ellos y calificasen con el derramamiento de sangre la fidelidad de su ministerio; porque habiendo el 9 de octubre de 1612, acompañados de Utaflame y de otros indios principales, y entre las aclamaciones y lágrimas de todo el ejército español, que ya les hacian las honras en vida, salido a su apostólica empresa el dia 14 del mismo mes a las nueve de la mañana en que estaban los sacerdotes purificándose para el sacrificio incruento que iban a ofrecer, y deseando hacer otro sacrificio de sí mismo y el hermano disponiendo vestiduras y vasos sagrados, llegando a este tiempo Ancanamon con 200 vasallos, les hizo quitar impíamente la vida. Al padre Horacio el primero le dieron un fiero machetazo en la cabeza por cima de la oreja: luego le aseguraron otro en la misma parte: le dieron una cruel herida en el pecho; y últimamente lo acabaron atravesándolo con una lanza. Al padre Martin de Aranda le hicieron pedazos la cabeza con una clava de las que usan armadas de puntas de yerro: y tambien lo alanzearon. Y al hermano Diego Montalvan le atravesaron el cuerpo con muchos botes de pica; tambien murieron Utaflame y muchos indios de Illicura que se pusieron honradamente en defensa de los padres; y aunque ninguna de las impresas y manuscritas historias afirma esto determinadamente de Utaflame lo hallo así declarado en las informaciones que se hicieron del dichoso fin de estos padres ante el vicario jeneral de la ciudad de Santiago; ni se puede pensar otra cosa del valor y honra de este cacique, sino que procuraria defender de todo riesgo la vida de los padres que se habian entregado a su fé y proteccion.

CAPITULO XXVIII.

Se da alguna noticia de estos siervos de Dios.

El padre Martin de Aranda natural de la Villa-Rica en el reino de Chile, heredó de sus mayores juntamente con la nobleza, la propension a las armas con las que sirvió valerosamente a S M. gobernando una compañía de caballos. En debido premio, segun cédula real para que a los beneméritos de la guerra de Chile los acomodasen en correjimientos del Perú, le confirió el virei marques de Cañete el de la villa del Riobamba. En esta prefectura probó al rei su fidelidad y vijilancia, descubriendo una oculta conjuracion contra la pública quietud, y enviado preso a Lima al movedor. Pero lo que ilustró mas su nombre y fama fué un suceso de los mas raros y ejemplares que se celebren en las historias. El correjidor Martin de Aranda, acompañado de varios nobles vecinos, habia ocurrido a oir misa: y como el sacerdote elevase el cuerpo de Cristo para que fuese adorado del pueblo, un hombre nefario que estaba presente, no pudiendo sufrir la adoracion que se daba a la divinidad que no reconocia en la hostia consagrada, arremetió furioso con el sacerdote, se la quitó de las manos e iba a hacer pedazos, cuando el

correjidor y demas nobles en caso tan horrendo y repentino, hallándose mas prontos de manos que de consejos, desnudando los aceros quitaron la vida a aquel sacrílego en el mismo altar que habia profanado. Mas sucedió ¡caso maravilloso! que estando traspasado de heridas, de ninguna arrojó sangre el cadáver en tanto que estuvo en la iglesia, hasta que sacándolo de ella la virtió por infinitas bocas como que cuidase Dios que su templo no fuese violado con efusion de sangre ni aun de aquel impío. Desde entónces dispuso nuestro don Martin de Aranda que la ciudad tomase por armas una custodia con el cuerpo de Cristo, y un hereje abajo traspasado de muchas espadas; y el virei marques de Cañete confirmó el premio del privilejio con premio de la piedad: lo mereció sin duda el celo, aunque el modo de proceder no es fácil escusarlo de violencia. Era nuestro Aranda diestrísimo hombre de a caballo y mui señalado en las escaramuzas que se ofrecian contínuamente entónces como en tiempo de guerra, por las cuales y otras buenas cualidades se habia granjeado la gracia del virei; pero estimando mucho mas la de Dios, dando de mano a las vanas esperanzas del mundo, solicitó ser admitido en la compañía para coadjutor temporal; mas siendo gusto de los superiores para sacerdote vino en ella con la docilidad y sumision que es propia de los que son llevados de buen espíritu. El virei, que le dió dificultosamente la licencia para entrar en relijion porque perdia en él un buen soldado y un recto juez, cuando supo estar ya en el noviciado, fué a visitarlo con gran benignidad y le dió saludables consejos para perseverar en lo comenzado. Ordenado de sacerdote, fué enviado con el padre Miguel de Ureta a la conversion de los chunchos, nacion bárbara y cruel, si otra alguna lo es en la América. Su compañero murió a manos de los indios, y él se retiró a Lima. Con los trabajos y peligros que describe difusamente el padre Aligambe, dice que con increible afan y peligro pasó ochenta veces el rio Supimari, que fué desamparado en tan largo y peligroso camino de todos sus compañeros, que padeció los riesgos de bestias, fieras y animales venenosos, que se hallan muchos en una tierra donde hasta los hombres estan armados de veneno de crueldad, que pasó la molestia de las tempestades y los rigores del hambre, sed, y desnudez, trabajos que lo conducian para la batalla que le aguardaba en Chile. Desde que entró en relijion pareció haberse mudado su natural complexion por los ejemplos que despues dió de inalterable paciencia y mansedumbre, siendo ántes de natural fogoso y arrebatado. Decia un poeta: *naturam expellat furca tamen usque recurit;* porque ignoraba que en la guerra de la carne con el espíritu cuando este vence, entra a sustituirse la gracia por la naturaleza. Igual era su constancia en tolerar los dolores mas acervos: y así como en cierta curacion se le hubiese de cortar un pedazo del hueso de la quijada, sufrió el grave tormento sin dar un quejido, ni mudar la serenidad del rostro.

Al padre Horacio Vechi, noble patricio de Sena en la Toscana y de familia con parentezco con la del pontífice Alejandro VII, hacian

recomendable la gran pureza virjinal conservada toda la vida, la cordial devocion a la reina de los ánjeles, el celo ardiente de la salud de las almas, el frecuente uso de la oracion, la varia erudicion y ciencia, y la pureza esperimentada en muchas ocasiones: cualidades que causaban lo destinase el comun sufrajio a los mayores cargos de la relijion. Estando aun en Italia, se le imprimió en el alma tan indeleblemente la esperanza de morir por Cristo, que nunca dudó del suceso; y esto le movió a pedir instantáneamente al padre Diego de Torres lo señalase a la mision de Arauco, en la que logró el cumplimiento de su antiguo deseo.

De tan esclarecidos campeones fué digno conmiliton el hermano Diego Montalvan. Nació en Méjico y militó en Chile mui honradamente en tiempos de las guerras mas récias: durante su milicia se le notaron varias virtudes, en especial la abstinencia, porque en el tiempo cuaresmal, aunque podia lejítimamente comer carne por el privilejio concedido a los soldados que estan en guerra actual, se abstuvo siempre de ella, y aun a falta de otros alimentos concedidos en dias de ayuno se mantenia con solo pan; y pidió instantáneamente ser recibido en mejor milicia, y habiendo sido probado por espacio de un año en los ministerios humildes de cocina y despensa, y dado satisfaccion en ellos, fué admitido en la compañía por el padre Luis de Valdivia, seis dias ántes de su muerte. Los venerables cuerpos se hallaron entre los de los indios muertos, con la diferencia de estar incorruptos y respetados de las aves carnívoras que se habian cebado en los cadáveres de los indios. El padre Luis de Valdivia los recojió con lágrimas y veneracion, y pasó primero al castillo de Leubu y dos años despues al colejio de la Concepcion, en donde se guardaron al lado del altar mayor en una caja de cedro cubierta de brocado, observándose en lo demas aquella modestia que se debe con aquellos cuya gloria no está aun declarada por nuestra madre la santa iglesia.

CAPITULO XXXIX.

De los fundamentos que mueven al prudente ascenso de la felicidad eterna de estos siervos.

Los fundamentos que vamos a alegar en prueba de la gloria que creemos gozan estos siervos de Dios, no solo inducen aquella fé que se debe a autores dilijentes y veraces que aunque tales, al fin están sujetos a los achaques de nuestra miseria y padecen las escepciones de nuestra limitacion; por la cual a veces dubitamos en la averiguacion de los sucesos, y a veces nos dejamos cegar de algun afecto para aumentarlos y disminuirlos por ser grande el poderío de la voluntad para pintar o despintar lo que quiere en nuestro entendimiento, sino que dichos fundamentos deben mover a aquel ascenso mas firme y ménos vacilante a que es acreedora una informacion plenísima de testigos jurados, y tal es la

de que vamos a valernos para prueba de las virtudes de estos siervos de Dios y de la voluntaria aceptacion de la muerte por motivo sobre natural. Esta recibió el vicario jeneral de Santiago ministro don Alonso de Córdova, a pedimento del padre vice-provincial Diego Rosales y pasó ante Francisco Vejarano, notario público, en que declararon no solo los testigos que llama el derecho mayores de toda escepcion, sino varones de primera nota, que fueron el padre Juan de Alvis vice-provincial que habia sido de la provincia de Chile, lector de teolojía, comisario del santo oficio y su calificador, el hermano Pedro del Castillo coadjutor temporal de la compañía de Jesus, que ántes fué soldado y trató mucho a los venerables padres, el padre Hernando de Mendoza de la misma compañía, el padre Baltazar Duarte asi mismo de la compañía, el rector del colejio de San-Miguel maestro de teolojía y varon esclarecido en santidad y letras, el sarjento mayor don Juan de Mendoza Monteagudo, el capitan Juan Ferrer, el jeneral don Juan Velasco de Covarrubias, frai Miguel Crespo relijioso de San-Juan de Dios, y el licenciado don Alonso Venegas presbítero secular. Todos estos a la pregunta sobre las virtudes de los padres que es la segunda sobre el interrogario, responden: que fueron varones de santa vida y raro ejemplo. A la pregunta tercera, cuarta y quinta que contienen si saben la causa de la muerte de los siervos de Dios, y responden uniformes, que la causa fué la obediencia a sus superiores que les mandaron ir a predicar a los jentiles, y el celo que los siervos de Dios tenian de su conversion, y que ántes de morir predicaron a los jentiles la fé y lei de Dios. A la undécima pregunta cuyo contenido es si saben que el hermano Alonso Ronjel que era mui favorecido de Dios con revelaciones, tuvo una de la muerte de los padres el mismo dia y hora que sucedió estando en la provincia de Córdova distante 300 leguas de Illicura, aunque unos dicen, no saber el contenido de la pregunta, otros responden afirmativamente y en especial el padre Juan de Albis que se hallaba con particulares noticias del asunto, dice que como e venerable hermano Ronjel condujese por obediencia algunos relijiosos de la compañía de una parte a otra en un dia que se le alojaron las mulas, salió a buscarlas y llegando a lo alto de un recuesto tuvo nna revelacion en que vió a los tres siervos de Dios que estaban muriendo a manos de los infieles en la provincia de Illicura, reino de Chile, y luego bajó a dar parte a los compañeros de lo que habia visto, diciéndoles en voces mui altas: ¿qué hacemos padres y hermanos mios, que nuestros hermanos están derramando sangre en Chile por Jesucristo? Y que los padres apuntaron el contenido de esta vision el dia y la hora de ella y que hicieron propio al padre provincial Diego de Torres, quien leyó la carta a toda la comunidad: y que vieron entre el gozo y la admiracion como concordaban en todo la noticia con el hecho, cosa que humananente no podia suceder, estando el hermano Ronjel en distancia tan enorme de la provincia de Illicura.

A la décima quinta pregunta que es si saben, que estando diciendo misa el padre Agustin Villaza, relijioso de la compañía de Jesus, mui

favorecido de nuestro Señor delante de los cuerpos de estos siervos de Dios en llegando a aquellas palabras *quorum reliquiae hic sunt*, los vió en el cielo con grande gloria, como despues lo refirió. Responden el padre Juan de Albis, don Juan de Mendoza, el capitan Juan Fernandez, y el jeneral don Juan Velasquez de Covarrubias que lo han oido decir y lo tienen por cierto; y el licenciado don Alonso de Venegas añade que un papel que vió de letra del mismo venerable padre Villaza en que escribió por obediencia los favores que recibió de Dios, contenia lo de la pregunta y que se esplicaba diciendo que los vió *ante tronum Dei.*

A la décima sesta pregunta que contienen si saben, que habiendo consultado el padre Diego de Torres al eximio doctor sobre la muerte de los venerables padres, habia respondido: que sentia que eran verdaderos mártires. Responden varios testigos afirmativamente, y el padre Juan de Alvis añade particularmente que el padre provincial Diego de Torres despachó a la universidad de Ebora, al padre Juan de Viana sujeto de muchas letras y virtud, para que informado al eximio doctor del hecho le pidiese su parecer y que éste fué que sentia ser verdaderos mártires, y que se debia pedir su declaracion a la santa sede. Esto es lo que me ha parecido sacar de las citadas informaciones, dejando otros puntos que me parecen inconducentes y equívocos y no bien probados, bastando lo dicho para que cualquiera de sano juicio asienta la eterna felicidad de estos siervos de Dios con aquella firmeza de creencia humana a que obligan los fundamentos tan graves y que los que nos gloriamos de hermanos suyos, digamos envidiando su dichoso fin *muera mi ánima con la muerte de los justos.* Escribieron de estos ilustres varones en obras impresas y manuscritas el padre Juan de Rho en su varia historia, el padre Nadasi en su año de dias memorables, el menolojio de la compañía, los fastos de la misma compañía, el padre Eusebio Nieremberg en sus varones ilustres, Jacobo Gualterio en la tabla cronolójica, el maestro Jil Gonzales Dávila en el teatro de las grandezas de Madrid, las annuas de la provincia de Chile del año en que vamos, Jerónimo Lumadoro en la relacion hecha en la curia romana, Jacobo Damiano en su sinopsis, el padre Nicolas del Techo en su historia del Paraguai, padre Diego de Rosales y padre Alonso de Ovalle en la de Chile, don Francisco Bascuñan en su *Cautiverio Feliz*, don Pedro de Figueroa y don José Basilio de Rojas en lo que escribieron del reino de Chile. Ultimamente la provincia de Francia ofreció a la santidad de Alejandro VII la memoria de estos esclarecidos varones dignamente laureada en un poema épico que omito por no fastidiar al lector.

CAPITULO XXX.

Del resto del gobierno de Alonso de Rivera, y de la vida del padre Luis de Valdivia, hasta la muerte de ámbos sujetos.

El dichoso fin de los tres misioneros dió ocasion a los que sentian mal de la guerra puramente defensiva para que levantasen el grito di-

ciendo que tocaba al celo de la justicia y la reputacion de las armas el vengar con ellas tan horrendo sacrilejio, como haber muerto los indios a sus padres y pastores: que tan atroz delito fuera de su propia malicia, tenia la del mal ejemplo con que quitarian la vida a españoles aunque entrasen de paz y sin maquinar algun daño a las tierras de los indios. Que atar a los españoles tan estrechamente las manos para la guerra ofensiva y obligarlos a estar velando sobre la defensiva, era causar los mismos gastos en mantener ejército sin sacar el menor provecho, y dar a los soldados, por decirlo así, facultad para poder ser vencidos, pero no para vencer. Que los bárbaros que ignoran los preceptos del evanjelio que a veces prohibe lo que se puede hacer con provecho temporal por el logro de fines mas altos y que no conocen otro móvil de las acciones u omisiones sino lo útil o inútil, posible o imposible atribuirian a flaqueza nuestro sufrimiento y que no vengábamos sus insultos, no por falta de enojo, sino de fuerza. Así peroraba el vulgo y aun el no vulgo de los soldados paliando el deseo del aprovechamiento particular en las presas y cautiverios que ofrece la guerra con la capa del bien comun. El padre Valdivia y demas misioneros aunque tenian que decir en contrario que siempre se recibe mejor el evanjelio cuando se predica evanjélicamente, y por eso Cristo cuando envió a sus discípulos a promulgar su santo nombre, no les dijo que los enviaba como lobos entre corderos, sino como carneros entre lobos, y no como soldados, sino como labradores mandándoles que convirtiesen las lanzas en arados; y él mesmo venció a la muerte, con su muerte, no peleando, sino muriendo, y conquistó el mundo no con acero, sino con un leño. A cuyo propósito tambien dijo que el grano del sembrador evanjélico no fructificaba, sino muere; pero que si muere rinde mucho fruto; lo cual se verifica mal cuando muere el mismo sembrador, y que al presente en la feliz circunstancia de haber padecido la muerte y derramado su sangre los tres padres por anunciar la fé, debia esperarse de la divina piedad que la hiciese crecer y fructificar con este riesgo. Con todo eso, como la muchedumbre por tener muchas cabezas no tiene alguna, y no se gobierna por razon sino por ímpetu, tuvieron los misioneros por mejor consejo el callar en Chile y hablar en España, envió allá el padre Valdivia al padre Gaspar Sobrino, sujeto de grandes prendas y virtudes que tiempo despues fué vice-provincial de Chile y provincial de Quito: y el ejército envió de su apoderado y procurador al jeneral Pedro Cortez que tan bien sabia parecer en la curia como pelear en la campaña, hijo de aquel Pedro Cortez que tanto lugar se ha hecho en los anales, quien como elocuente habló sobre la conveniencia de hacer la guerra, y como soldado sobre el modo de hacerla o administrarla. Pero como el piadoso rei Felipe III consultaba con el cielo sus disposiciones, decretó por última resolucion que se continuase en Chile en la pura defensiva, hasta que otra cosa mandase. Con lo cual se volvieron para Chile los procuradores, y el gobernador viendo que las órdenes reales eran tan absolutas que no admitian interpretacion, teniendo fortalecida la fronte-

ra, aplicó el cuidado a aumentar las crias de vacas, ovejas, caballos y las siembras de trigos para el abasto del ejército en que logró feliz suceso a medida de su acertada economía.

Durante el gobierno de Alonso de Rivera, enviaron los estados jenerales de la república de Holanda a Jorje Espeljerio (Spilberg) con nueve bajeles a la mar del sur. Éste, en 28 de marzo de 1615, reconoció la boca del estrecho de Magallanes: en 6 de abril llegó a la mar del sur, y habiendo demarcado las islas, puertos y costas del reino de Chile, pasó al Perú. El virei envió a combatirlos una armada de ocho bajeles bien artillados y mucha jente a cargo de don Rodrigo de Mendoza, y su almirante el esforzado caballero Pedro Alvarez del Pulgar. Pero habiendo éste atacado a los enemigos, le echaron a pique la almiranta: luego se perdió el patache, y los demas bajeles viéndose inferiores a causa de estas pérdidas, cojieron varias derrotas: con lo cual la armada holandesa prosiguió su camino sin contraste. A 20 de julio surjió en el puerto del Callao en donde se mantuvo hasta el 28: árbitra de los mares del Callao pasó a Filipinas, y de ahí a Holanda.

El mismo año, aun sin esperar resultas de la armada dicha y solamente con las conjeturas que dejaron escritas algunos autores, de que al lado siniestro del estrecho habia otro mas seguro y ancho pasaje para la mar del sur, despacharon dos vajeles y un patache al comando de Guillermo Escute (Schouten), su almirante y piloto mayor Jacobo le Maire; los cuales habiendo salido del puerto de Tejel a 14 de junio, reconocieron la boca del estrecho nuevo, en 25 de enero de 1616 y a la parte de la tierra del Fuego una cordillera inminente, y en la ribera contraria tierra mas brava. Aquella llamaron cabo de los estados de Holanda y a estas costas de Mauricio de Nasau; hallaron que la isla tenia cinco leguas de largo y tres de ancho, y que por estar en mucha altura, reinaban en ella mui destemplados frios. Pero el pasaje del nuevo estrecho, al cual del nombre del almirante llamaron de le Maire, le hallaron mas breve y seguro que el de Magallanes. Hicieron grandes festines y banquetes el dia 12 de febrero en celebracion del feliz hallazgo, y vueltos a Holanda fueron aclamados como venturosamente osados que habian facilitado la navegacion mejor que los areonautas a tierra mas opulenta que la Colquida.

Como al hierro no usado lo come el orin, así el gobernador que era de jénio marcial y estaba acostumbrado a las fatigas de la campaña, lo fué consumiendo lentamente la inaccion en que estaba forcejeando su obediencia contra su indignacion, y murió en la Concepcion en 9 de marzo de 1617. De su mujer doña Ines de Aguilera dejó tres hijos a don Jorje Loreto de Rivera del órden de Santiago, que murió en la Concepcion sin sucesion; a una hija que fué casada con el licenciado don Juan de Canseco, presidente de Guadalajara, y otra que se entró relijiosa en un monasterio de la ciudad de Santiago, juntamente con su madre doña Ines, la cual sobrevivió a su marido muchos años, y ámbas pasaron el resto de su vida con la edificacion de saber tolerar la pobreza en que las de-

jó el desinteres del gobernador, que como empleado totalmente en la pública utilidad, se descuidó de su aprovechamiento particular y con ejemplo pocas veces visto y ménos imitado fué pobre habiendo tenido tantas ocasiones de enriquecerse. Muerto el gobernador entretanto que venia otro provisto por el rei, quedaron las cosas de la paz y de la guerra en manos del padre Luis de Valdivia conforme a las cédulas reales, y él logró esta coyuntura empleando el poder y el celo en solicitar el bien espiritual de los indios: hizo una visita jeneral de todos, en que bautizó infinitos. Dias hubo (como refiere una carta anua de este tiempo), que el padre y sus compañeros bautizaron tantos indios trabajando en esto desde la mañana hasta la noche, que al fin del dia quedaban tan fatigados que no podian alzar los brazos.

Pero como las felicidades son de corta vida, no duró mucho ésta que se ofrecia de la conversion de esta jente, porque los que medraban con la guerra y se utilizaban con el servicio personal de los indios, atacaron con tanto coraje al padre Valdivia para que sobre cediese en la ejecucion de las cédulas reales, concernientes a la paz y a la libertad de ellos, que considerándose otro Jonas causa de tan deshecha tempestad, se lanzó al mar para serenarla, embarcándose para España a dar cuenta a S. M. del obedecimiento que habia dado a las reales órdenes, y de las resultas y consecuencias de todo. En el mismo navío fueron informes contra el padre, no solo culpándole la conducta, sino manchándole la honra; pero como la vida de cada uno es el mejor proceso para absolverlo o condenarlo, y eran tan esperimentadas del rei las virtudes, celo y prudencia del padre, castigando con el desprecio a los acusadores, lo mantuvo en el mismo grado de estimacion que ántes. Y sabiendo que deseaba quedarse en el sosiego de su provincia de Castilla, le mandó ofrecer primero una plaza de consejero de Indias, luego un obispado y rehusando el padre estos honores, como ajenos de su instituto y su modestia, se dignó S. M. recomendarlo por una real carta a los superiores de la provincia de Castilla, y habiéndole mandado dar una buena limosna para que comprase una buena librería, se retiró el padre a Valladolid, en donde vivió muchos años con mucha estimacion por sus méritos, virtudes y letras hasta el de 1642, que fué el de su dichoso fin. Nació en Granada ciudad ilustre, la cual pudiera juntamente gloriarse de haber dado tal hijo a la compañía de Jesus, cuando no la ennoblecieran, fuera de otros muchos, un Francisco Suarez y un Tomas de Sanchez. No será fácil determinar en que fué mayor, si en la erudicion con que enseñó en la universidad de Lima las ciencias sagradas, o si en el celo que lo hizo aprender las lenguas bárbaras con incansable aplicacion para doctrinar a los indios, lo obligó a pasar cuatro veces el mar océano en solicitacion de su bien, y lo hizo el blanco de las calumnias y persecuciones por defender su libertad, o si en la ciencia militar en que fué maestro consumado habiendo gobernado con sumo acierto almas de mucha perfeccion, participando con ellas de su espíritu, o si en la elocuencia con que se hizo admirar del

consejo de Indias, cuando en su último viaje a España dió razon de su conducta. Tenemos en nuestro poder una pieza singular en este jénero de la misma letra del padre Valdivia, que es una suma de cargos que hace al gobernador Alonso de Rivera, sobre el disimulo que tenia contra los que contravenian a las órdenes reales en punto de indios, y una conjuntacion a la respuesta de dicho gobernador que es una buena muestra de la sólida elocuencia de este varon, pues no habla como quien tira a deleitar con pueril armonía de períodos sonantes que no pasan de los oidos, sino como quien pone la mira en convencer y afear lo que reprende usando de las voces con la parcimonia de quien elije las precisas para darse a entender, a semejanza de aquel Arístides que preguntándole porque estaba pensativo, dijo: "estoi meditando como ahorrar palabras en mi oracion." Hemos adelantado muchos años la noticia de este sujeto, porque ya no se ofrecerá hablar de él en cosas de Chile, y era debido a su mérito hacer de él esta breve memoria.

LIBRO SESTO.

CAPITULO I.

Viene a Chile la relijion de los hermanos de San Juan de Dios.

Desde la fundacion del reino de Chile acordó su primer gobernador Pedro de Valdivia que era sumamente necesario para el buen estado de la república fundar en la capital de Santiago un hospital que fuese jeneral, así para todo jénero de jente, como para todos los pueblos que quisiesen enviar allá sus enfermos; y se fundó a la parte oriental de la cañada, dándole por dote una estancia en tierras de Chada, un repartimiento de indios en el principal de Maule, y la facultad de poder enviar a cada mina de oro un indio de su repartimiento a sacarlo para utilidad de dicho hospital. El cuidado de la buena economía de esta renta, y el de señalar cada año dos administradores, estaba a cargo de la ciudad de Santiago, en la cual forma permaneció este hospital muchos años, hasta que el gobernador Alonso de Rivera, en su segundo gobierno, pareciéndole que una obra tan santa estaria mejor en manos de los que se empleaban en ella por instituto, pidió al príncipe de Esquilache, que era entónces virei del Perú, le enviase para este fin relijiosos de la órden de San Juan de Dios. El virei obtuvo de los superiores del Perú ocho relijiosos de aventajada virtud, caridad y esperiencia en la cura de los dolientes. Luego que llegaron a la ciudad de Santiago, mostraron que vivia en ellos el espíritu de su santo fundador en el esmero con que se aplicaron a la asistencia corporal y espiritual de los enfermos, de los cuales se juntaron tantos con el dulce

atractivo de sus nuevos enfermos que afirma el padre Diego Rosales que en 47 años se curaron en el hospital veinte y siete mil doscientas treinta personas: lo cual no parecerá increible, a quien considerase que el hospital es jeneral para todas edades, sexos, estados y naciones: y que en los tiempos de la guerra solamente los soldados que volvian heridos y lliciados de la campaña hacian buena parte de los enfermos.

Entre otros relijiosos de rara virtud que ha tenido este convento hospital de la ciudad de Santiago fué mui señalado frai Francisco Velazco, que por humildad se llamaba Francisco Pecador: fué varon de mucha oracion, en la cual empleaba todo el tiempo que no gastaba en la asistencia de los enfermos. Con esta andaba junta su hermana y compañera inseparable la mortificacion esterior e interior, fué mas abstinente en la castidad y calidad de los manjares. No comió carne todo el tiempo que vivió en relijion, si no fué mui poco ántes de su dichosa muerte a instancias del obispo don frai Gaspar de Villarroel. A mas de la dilijente y caritativa asistencia corporal de los enfermos, ponia la mira en otra cura mas importante que era la de sus almas con consejos y exhortaciones acomomodadas discretamente al estado y capacidad de las personas mereciendo aquel premio que ofreció el caritativo samaritano al enfermero, hiciese con él otras obras de suprerogacion, y él se las pagaria en volviendo. Consumido de años y de trabajos descansó en paz en este convento de Santiago con dolor universal. Acudieron a cohonestar su entierro los dos cabildos y lo mas principal de la ciudad por veneracion, y todos los pobres por agradecimiento, lamentándose en su muerte como de bien hechor de todos y padre de cada uno.

Frai Gabriel de Molina, natural de la Mancha e hijo de la provincia de Italia, fué uno de los primeros fundadores de los conventos de Chile, exelente en todo jénero de virtudes, y por ellas de tanta autoridad, aun con las personas de mayor carácter, que habiendo nacido un pleito entre el obispo don Francisco de Salcedo y el dean don Tomas Perez de Santiago, ámbos se redujeron al dictámen de frai Gabriel, y él los ajustó tan a satisfaccion de ámbos que quedaron en perfecta concordia.

No se deben pasar en silencio los venerables relijiosos frai Francisco de Gomez Avila y frai Pedro Jibaja, los cuales fuera de aplicarse con ardiente caridad a las obras de su santo instituto, sufrieron con invencible paciencia las desazones de los enfermos, y acudiéndolos en todas sus necesidades con la dulzura y cariños de quien consideraba en cada uno de ellos a Jesucristo enfermo. Tambien fueron mui señalados en la oracion y mortificacion. Murieron los dos con opinion de santos.

CAPITULO II.

Gobierno de Hernando de Talaverano, y principios del de don Lope de Ulloa; y se refiere un reencuentro entre los indios infieles y los españoles.

Por muerte de Alonso de Rivera, entró a gobernar el reino de Chile Hernando de Gallegos Talaverano, oidor mas antiguo en el cual, ador-

nado de muchas virtudes, sobresalieron la justicia desinteresada y relijion. Habiendo dispuesto el padre Diego de Torres colocar imájenes de nuestra señora de Loreto en todos los colejios de la provincia de Chile para tutela de todo el reino, salió Hernando de Talaverano a solicitar limosnas de puerta en puerta para adorno de la que se puso en el colejio de Santiago, y cuatro hijas suyas doncellas devotísimas dieron para el mismo fin ornamentos costeados de su dinero y bordados con esquisita curiosidad de su mano que se apreciaron en dos mil pesos. De este gobernador escribe don Melchor Jufré del Aguila, que pasando en una ocasion por cierta parte, en donde estaba de manifiesto mucho oro acuñado, cojió unas monedas en la mano y dijo: "¡qué hermoso color! a cuantos engaña! Doi gracias a Dios que no le ha permitido poder para encantarme a mí." En la frontera hicieron los indios en tiempo de este gobernador dos irrupciones con poco fruto y algun escarmiento. Pero Lientur, que habia servido a sueldo del rei, se reveló trayendo de su partido a los indios de Neculhuenu y Santa Fé, y habiendo pasado de trasnochada al territorio de la ciudad de Chillan, se robó cuatrocientos caballos y se retiró por el angosto boquete de la Silla Vellaga sin poder ser alcanzado, bramando por esta ocasion los españoles de que los indios pudiesen venir a tierras de ellos a cometer tales insultos sin poder volverles la voz a causa de las reales órdenes que mandaban contenerse en la pura defensiva.

Habiendo gobernado el reino Hernando Talaverano poco mas de diez meses, le envió el virei, príncipe de Esquilache por sucesor a don Lope de Ulloa que se entregó del mando por enero de 1618, y trajo por secretario a Pedro Ugarte de la Hermosa que fué uno de los mas famosos escribanos de su tiempo, y escribió un compendio abreviado de las cosas de Chile. Al segundo año de su gobierno, Lientur, famoso partidario, dió una famosa mano a los españoles. Habiendo juntado un trozo de soldados escojidos, se vino con ellos al territorio de la ciudad de Chillan no con ánimo de acometerla, sino de hacer algunas presas de cautivos y ganados en las heredades del campo. Luego tuvo noticia el correjidor, que era un tal Osorio, de que Lientur andaba con su escuadron volante, y teniendo por grave atrevimiento éste del indio, salió arrebatadamente a buscarlo con los pocos soldados y vecinos que pudieron juntarse determinado a seguirlo por la huella. Algunos de mejor consejo, le representaron que aquello no servia sino para fatigar los caballos inútilmente y ponerlos en estado de no servir en la ocasion; que seria mas acertado buscar los indios por el atajo aguardándolos en un paso preciso de un riachuelo vecino que habian de repasar para volverse. No hubo que tratar con el hombre de esto, porque su terquedad y cólera lo llevaba ciego a la muerte. Lo que él erró, acertó Lientur como capitan avisado, porque se apostó con su jente en el mismo paso que le habian aconsejado al correjidor que ganase; y habiendo una pequeña selva a una y otra mano ocultó en ella algunos lanceros, poniendo el resto de su jente formada en escuadron de la otra banda

del arroyo. A este tiempo llegó el correjidor, y determinando pasar luego, volvieron a aconsejarle que no se precipitase, que Lientur era un caudillo mui astuto, y que sin duda habria puesto emboscada en la montaña de aquel paso, que habria otro por donde podrian pasar sin riesgo ni conceder ventaja al enemigo. Pero Osorio prosiguió en su infausta empresa con el mismo desacuerdo con que la comenzó; y Lientur, que luego le conoció el humor, comenzó a decirle oprobios, tratándolo de cobarde para precipitarlo mas. No era menester tanto para que embistiese como un furioso. Los indios que estaban ocultos, lo recibieron en las lanzas y cayó luego muerto. Iban con Osorio dos hijos suyos y algunas personas del lugar: los hijos movidos del dolor, se empeñaron en la vengaza de su padre y murieron víctimas de la honra y del amor. Así mismo murieron el alférez real del lugar y un rejidor, de cuya desgracia se hace cargo el rei en despacho dirijido a la capitanía jeneral. Juntamente perecieron tres soldados y quedaron cuatro heridos. Si tuvieron los indios alguna pérdida de su parte, no hallo hecha mencion de ella. Los españoles se retiraron así por verse sin caudillo, como por haber comenzado el fuego con azar, y llevando el cuerpo del correjidor y los demas muertos, les dieron sepultura con pompa militar. Los indios se retiraron con felicidad a su pais, porque aunque con el aviso que dieron de la ciudad de Chillan a la plaza de San-Felipe de Austria destacó el comandante Juan Fernandez Rebolledo doscientos hombres y los pasó en celada a orillas de Duqueco para sorprender a los enemigos a la retirada, habiendo adelantado Lientur algunos batidores y aprisionado los españoles a tres de ellos con poco acuerdo, pues debian haber aguardado a tener todos los pájaros en la red para tirarla, y como dijo el marques de Santa Cruz "hai en la guerra momentos preciosos, cuyo logro está en no adelantarlos, ni atrasarlos;" Así se perdió esta buena ocasion, porque los batidores que escaparon avisaron a los indios, que desbandándose y pasando a nado el rio Biobio frustraron la dilijencia de los españoles.

CAPITULO III.

Desgraciada batalla de las Cangrejeras.

Las dos facciones que hemos referido tan bien ejecutadas por Lientur, lo habian puesto en alto predicamento entre los indios que acaudillados por él se metian sin temor en los riesgos, y él no perdia las ocasiones de adelantar su fortuna y dar nueva materia a la fama. A este propósito consideró que en el valle de Quillin y cercanias de San-Felipe podria hacer un buen tiro llevando bastante jente a su mando, sin que se lo pudiese estorbar la guarnicion de dicha plaza, por ser poco mas numerosa que de doscientos hombres: y que en caso que saliesen a campaña a defender el territorio, seria esa ocasion de nueva victoria. Todo esto le salió a Lientur como se lo pintó su imajinacion, y a 15

de mayo de 1619, cinco dias despues del reencuentro que tuvo en Chillan, se halló en las cercanías de la plaza de San-Felipe de Austria con mil hombres que repartió en diversas patrullas por las heredades de los españoles a robar y cautivar, con órden de que a tal hora se juntasen en cierto paso del arroyo que llaman de las Cangrejeras. Luego que el comandante de la plaza, que lo era el sarjanto mayor Juan Fernandez Rebolledo, supo del daño que hacian los indios en cautiverios, muertes de jente y presas de ganados, envió setenta hombres de caballería a ganar el paso ya dicho de las Cangrejeras por donde suponia haber de volverse los indios; pero ya a este tiempo, que eran tres horas ántes de la noche, lo tenia ocupado Lientur con 200 hombres: los españoles embistieron con los indios para desalojarlos, los que se defendieron con tan buen continente, que en no largo rato de combate murieron quince españoles entre ellos el capitan Rodrigo Aranguren, y quedaron prisioneros tres, y los cincuenta y dos restantes se retiraron a ordenarse a una loma rasa. En este tiempo se supo en la plaza que la caballería estaba peleando, y el comandante envió 110 hombres de infantería en su socorro a cargo de los capitanes don Francisco Bascuñan, Alonso Tinoco y don Juan Jacinto de Morales a los cuales se agregó la caballería gobernada por el capitan Alonso Moran. Ya en este tiempo se habian juntado todos los destacamentos de los indios y se vinieron para los españoles, poniendo en medio su infantería que era de 600 personas, y guardando los costados con la caballería que era de 400: esto con tanto denuedo y brevedad que apénas dieren a los españoles espacio de ordenarse, y aunque hicieron contra ellos una descarga de fusilería tuvo poco efecto, por razon de que fué ántes de tiempo, y con el dia contrario por correr norte, que en Chile es viento lluvioso y ya comenzaba a llovisnar. Reconociendo los indios las ventajas que tenian de su parte, procuraron llegar a las armas cortas y las comenzaron a manejar con tanta braveza que nuestra caballería huyó y quedó sola la infantería en el duro trance de sostener el ímpetu de tantos y tan furiosos enemigos. Mas cercados por todas partes fueron cayendo casi todos muertos o prisioneros. Perecieron sesenta y cuatro infantes, y quedaron treinta y dos prisioneros para ser víctimas sangrientas de la venganza de los indios en sus acostumbrados festines. De los muertos fué el capitan Juan Jacinto Morales y de los prisioneros don Francisco Bascuñan. No sabemos que se le diese castigo a la caballería como debia hacerse en leyes de milicia. Los romanos practicaron en semejantes lances gran severidad, y a eso en parte se han de atribuir muchas victorias; porque a la lejion o escuadron que se portaba mal en la batalla solian diezmarla, y a los que dejaban con vida bajarlos de caballeros. Pero el mayor rigor se usaba con los oficiales: a Matirno, tribuno militar que se portó cobardemente en un reencuentro con los numantinos, lo mandó el senado azotar rigorosamente por mucho tiempo, y despues vender por dos monedas de cobre. Y el cónsul Calfurnio Cayo Tito, oficial de la caballería que no cumplió con

su deber en un lance de la guerra servil en Sicilia lo mandó degradar y que descalzo y con la cabeza rapada y descubierta marchase delante de la infantería. Y no se tenga por supérflua la mencion de estos ejemplos, cuando el repetirlos en la ejecucion seria la única salud de los ejércitos, y cuando se ven ir las cosas tan al reves que los honrados mueren peleando por la fé y la patria, y lo cobardes en vez de castigo suelen llevarse los premios, porque los que les falta de valor, les sobra de astucia para dar color de prudencia a su vileza, y para valerse de los medios que ellos saben ser los únicamente eficaces para valer y subir.

CAPITULO IV.

Otros sucesos, y muere el gobernador Lope de Ulloa.

Lientur despues de tan felices sucesos determinó solemnizarlos con la sangre de los españoles, y repartió a los miserables cautivos de diversas parcialidades, para que en todas hiciesen con su muerte el primer papel de las funestas alegrías de los bárbaros. A estos horrendos espectáculos, se destinaron casi todos los 32 prisioneros de la batalla de las Cangrejeras, reservando a mui raros de los mas principales por interes del crecido rescate. Porque el indio es como se dijo de Caligula, una masa de barro y sangre, como que es tanta su bajeza en cosas de interes, como su fiereza en actos de crueldad. De los que dejaron con vida fué uno don Francisco Bascuñan que fué rescatado a los siete años de su cautiverio, y nos dejó escrita una cumplida relacion de lo que en este tiempo le pasó en poder de los indios, y Damian del Prado que escribió una memoria de los muertos y prisioneros.

La prosperidad que Lientur esperimentaba en los negocios de la guerra lo puso en tanta estimacion propia y menosprecio de los españoles que tuvo la animosidad de intentar ganar por escalada la plaza de San-Felipe de Austria y habia cojido tan bien sus medidas que lo hubiera logrado a no estar por comandante de la plaza Andres Jimenes de Lorca, cauto y prevenido capitan, quien hizo a Lientur retirarse con pérdida pero sin escarmiento porque despues se empeñó en otras funciones contra los españoles de que salió tan bien que ya se tenia por el hijo primojénito de la fortuna.

El gobernador desde tiempo atras andaba valetudinario, y cargándole ahora los cuidados en que lo ponia un enemigo tan acerbo y contínuo como Lientur, se rindió a la cama y murió por noviembre de 1620, dejando mejor opinion de buen juez que reputacion de capitan; a lo ménos el vulgo y otros no del vulgo que ponen acusacion a la prudencia en vista de los sucesos y no miran si las empresas se dispusieron con bueno o malo consejo, si no si tuvieron fin próspero o adverso, le culparon no haber puesto mayor guarnicion en San Felipe de Austria cuando las contínuas correrías de Lientur en sus contornos habian de precisar, sino querian

dejarlo dueño del campo y árbitro de las vidas y haciendas de los labradores a venir con él a las manos: y yo juzgo que el mal se puede escusar en este particular, especialmente si es cierto lo que refiere don Francisco Bascuñan, que ántes de la infeliz batalla de las Cangrejeras advirtió al gobernador el maestre de campo Alvaro Nuñez esto mismo que se notó despues del suceso.

CAPITULO V.

Gobierno de don Cristóbal de la Cerda Sotomayor, y muerte del obispo don Cárlos Melgarejo.

Por muerte de don Lope de Ulloa entró a gobernar el reino don Cristóbal de la Cerda Sotomayor oidor mas antiguo en su gobierno, que no duró un entero año. No pudo hacer la guerra ofensiva por la prohibicion real, y en la defensiva tuvo la mortificacion de que Lientur habiendo acometido a la reduccion de Nivechuenu, degolló la guarnicion de españoles que allí habia y se llevó todos los indios amigos.

Por octubre del año en que vamos murió en Trujillo, patria suya, don Cárlos Marcelo, obispo de dicha ciudad de quien afirma el maestro Jil Gonzalez que fué de Santiago de Chile; y aunque no se halla en el rejistro que tiene esta iglesia de sus prelados, es de creer que esto sea por no haber tomado la posesion de ella: y a mí me basta la autoridad de Jil Gonzalez para contarlo entre los obispos de Chile, y hago de buena gana esta grata memoria por los muchos beneficios que le debió la compañía de Jesus. Fué hijo de padres franceses: su padre se llamó Juan Cornerino: fué cañónigo majistral de la iglesia de Lima, predicador de mucha fama y ejemplo poderoso en palabras y obras, fundó en las casas en donde nació un colejio de la compañía, dando para este fin 44,000 pesos y despues añadió 60 pesos para acabar el edificio poniendo al colejio la obligacion de casar cada año dos niñas huérfanas. Está sepultado en el colejio que fundó en la capilla mayor al lado del evanjelio.

Estando el gobernador en Yumbel por la semana santa de 1621, habiéndose pegado fuego en unos de los alojamientos de los soldados, se continuó en todos los demas y en la muralla que era de maderos. Fué providencia de Dios que se hallase presente el gobernador para que dando pronta providencia no tuviesen los indios oportunidad de levantar su fortuna sobre nuestras ruinas, como la dió para que el fuerte se pusiese luego en estado de defensa y despues se levantase en mejor forma. Para protejer a una reduccion de indios que está situada junto a dicho fuerte, levantó a otro con el título de San Cristóbal santo de su nombre, al abrigo del cual se mantienen hasta hoi dichos indios que han sido siempre fieles a los españoles y fuertes contra los de su misma nacion. En su gobierno, que solo duró once meses, a haber sido mas largo hubiera logrado muchos aciertos, porque era amigo de oir consejos y los escuchaba silencioso, como escribe Pedro Ugarte de la Hermosa, gran calidad en

los que mandan: que así discurren con muchos entendimientos, ven con muchos ojos y obras con muchas manos, porque hallan fácilmente quienes den vida con la ejecucion a las disposiciones que han sido partos suyos.

CAPITULO VI.

Gobierno de don Pedro Sores de Ulloa, y muere el obispo don Juan Perez.—Refiérese un suceso de edificacion.

Por nombramiento del virei príncipe de Esquilache sucedió a don Cristóbal de la Cerda don Pedro Sores de Ulloa del órden de Calatraba, jeneral del Callao que llegó al reino por noviembre del año en que vamos. Dió el empleo de maestre de campo a don Francisco de Alava, jentil hombre de la compañía de hombres de armas del Perú, que vino en su compañía. Por este tiempo murió en Sevilla don frai Juan Perez de Espinosa, obispo de Santiago: fué natural de los reinos de España y relijioso de la órden Seráfica: gobernó su obispado algunos años, en cuyo tiempo fundó el seminario de la ciudad de Santiago para servicio de su iglesia, volvió a España sin licencia, y aunque dió motivos de esta determinacion, se tuvieron por insuficientes, y se le mandó que volviese luego a su iglesia. Estando para ejecutarlo lo cojió la muerte. Habia fundado memorias en Toledo, Alcalá de Henares y Sevilla de 60,000 pesos que habia llevado; pero por sentencia jurídica se anularon estas disposiciones, y se restituyó el dinero a la iglesia de Santiago.

En el año en que vamos, sucedió en la Concepcion un caso, cuya relacion no será ingrata al lector y dará motivo de alabar la infinita bondad de Dios. En consideracion de lo que los indios de guerra practicaban con nuestros prisioneros, quitándoles la vida a sangre fria, en sus infaustas alegrías, determinó el correjidor de la Concepcion volverles la mano quitando la vida de algunos cautivos que estaban en prisiones en la ciudad a tres de ellos cuyo jénio sangriento y aborrecedor de españoles era mas merecedor de este castigo. De que supo la sentencia de muerte dada contra ellos, se metió en la cárcel el padre Rodriguez Vasquez a instruirlos en los misterios de nuestra fé para poder bautizarlos, y que la muerte temporal fuese puerta de la vida eterna. Halló este varon celoso tan dóciles a los dos pára todo lo que les convenia, como al tercero rebelde a la luz de la fé y de la verdad. Pareció al juez colgar a todos tres del infeliz leño, y sucedió que no habiendo recibido el bautismo, al tercero se le cortó la soga aunque era bien robusta y cayendo al suelo vivo y con la voz entera, comenzó a clamar que lo instruyesen en la lei del Señor del cielo para ser bautizado y no perder los bienes que habia conocido en aquel momento que tenia aparejados para los que son suyos. Así sucedió que volviendo el padre Rodriguez otra vez a instruirle lo halló tan dócil como ántes rebelde, y despues de bautiza-

do acabó la vida temporal en el suplicio con igual ánimo y conformidad suya, que confianza de los circunstantes de que aquel era uno de los escojidos de Dios para poblador de las eternas moradas.

CAPITULO VII.

Venida de Jacobo Hermit a la mar del Sur.—Y otros sucesos hasta la muerte del gobernador, y el gobierno de su sucesor.

Durante el gobierno de don Pedro Sores de Ulloa entraron por el estrecho de le Maire en la mar del sur once bajeles con dos pataches que despacharon el príncipe Mauricio de Nasau y los estados de Holanda con 294 piezas de artillería y 1637 hombres de guerra con intentos de quitar el tesoro de la armada del sur, o por lo ménos estorbar los envios, en tiempo que España tanto lo necesitaba, a fin de atrasar los progresos de las armas españolas en Flandes. Salió esta armada de Amsterdan a 29 de julio de 1623, y pasó el estrecho por fines de febrero del año siguiente sin haber sido vista ni sentida en tan larga navegacion. Apareció de improviso en el puerto del Callao en donde surjió a 8 de mayo, manteniéndose hasta 14 de agosto, tan señora del mar que no solo impidió el comercio con saco y quema de muchos navios, sino que tambien envió una escuadra al puerto de Guayaquil y quemó la fábrica de navios que allí habia y a no haber muerto el jeneral Jacobo Hermit, y haber esperimentado los holandeses otros infortunios con que el cielo suplió nuestra desprevencion, se hubieran apoderado del puerto del Callao sin mucha resistencia; y por no haber tenido asilo alguno en el mar, se partió aquella armada aumentada de vasos y dió la vuelta a Holanda a cargo de su almirante Ugon Escaphenan.

Las irrupciones que por este tiempo hacian los indios a tierras de españoles, aunque no eran de mucho daño por reducirse a llevar algunos caballos, causaban mucha inquietud en consideracion a la insolvencia con que pasando la barrera de Biobio, se atrevian a burlarse de toda la dilijencia de los españoles, fácilmente como que viniendo en cortas partidas y bien montados, no podian ser habidos.

Para proveer algun remedio a estos males y que los indios no pudiesen entrarse en nuestra casa sin ser vistos, puso el gobernador una atalaya en Negrete, orilla meridional de Biobio sobre un elevado cerro, que tiene en su cumbre una clara fuente. Por considerarse de provecho para el fin intentado, la aprobó el rei por su real despacho. Los indios aunque no hacian la guerra, se preparaban para ella con ensayes militares: porque bien conocian que la inaccion de los españoles era una obediencia forzada por las órdenes reales, y que esta nube preñada de iras, habia de descargar en alguna furiosa tempestad de sangre.

El rei habia confirmado en el gobierno a don Pedro Sores de Ulloa por ocho años; pero ántes de cumplir los tres se lo quitó la

muerte que le sobrevino en la Concepcion en 11 de setiembre de 1624. El padre Ovalle le da la alabanza de limosnero; pero Pedro Ugarte de la Hermosa imprueba su conducta en cuanto a gobernador; y nosotros siguiendo el juicio de Marco Tulio, que pone por regla al historiador. no afirmar lo falso ni callar lo verdadero, podemos decir que en su gobierno estuvo la tropa mal pagada, mal vestida y peor ejercitada cuando los indios estaban diestros y bien montados; que los atos de ganados prevenidos por Alonso de Rivera para el abasto del ejército estaban casi destruidos; que se llevó mucho ganado de lana a Potosí, cosa nunca ántes ni despues vista, y que llegó a valer el carnero ocho reales, y cuatro reales la oveja: precio en Chile mui exhorbitante. Quizá las contínuas dolencias del gobernador que no le dejaban atender los negocios públicos, darian ocasion de que los subalternos hiciesen sus ganancias particulares a costa del comun, como a Galva desinteresado y cuidadoso del dinero ajeno, lo desacreditó la codicia de Icelo Lacon y Vilio validos suyos para los cuales todo era ménos que el interes.

El gobernador por su muerte, nombró por gobernador y sucesor suyo a don Francisco de Alava, maestre de campo y cuñado suyo. Su gobierno duró seis meses, en el cual no hizo cosa por la prohibicion de la guerra ofensiva.

CAPITULO VIII.

Cédula nueva sobre la guerra ofensiva.—Gobierno de don Luis Fernandez de Córdova.—Castigo hecho en los indios, y desercion de Putapichon.

Ya por este tiempo habia subido al último punto el orgullo de los indios por ver que no obstante sus contínuas provocaciones y daños hechos en nuestro pais, los dejábamos estar pacíficos y quietos en el suyo; y siendo nuevo en el mando el virei marques de Guadalcazar y el rei Felipe IV, fué informado éste de aquel que el sistema infeliz del reino. Juntamente con el informe del virei, se dirijeron a España cartas de particulares de sujetos de primera nota sobre el asunto de que era de necesidad indispensable la guerra ofensiva. Lo que movió a que el rei mandase hacer varias juntas de teólogos y consejeros de guerra sobre el particular, y salió de última resolucion que la guerra ofensiva podia y debia hacerse a los indios de Chile. Así lo mandó S. M. en despacho cuya data es en abril de 1625, disponiendo que actuase la guerra ofensiva segun y de la manera que se habia practicado ántes de su prohibicion; y que se diesen por esclavos los prisioneros de uno y otro sexo. De este modo terminó la guerra defensiva despues de 13 años de su duracion, en que hablando con injenuidad no se habia esperimentado provecho porque se habia causado gastos de siete millones en pagamentos de soldados que no hacian cosa y en construcciones de fuertes y atalayas que eran mui

corta defensa de las vidas y haciendas. El virei, que en la guerra que se iba a emprender practicaba un acto de obediencia mui de su gusto, proveyó para gobernador de Chile al que creyó llamaria toda su confianza que fué don Luis Fernandez de Córdova, sobrino suyo, jeneral de la armada de Filipinas y actual del presidio y puerto del Callao, señor de la villa del Carpio y veinticuatro de Córdova: persona de grande mérito y calidad, quien fué admitido al gobierno de la Concepcion el mismo año en que vamos, y luego despues de su recibo dió el cargo de maestre de campo jeneral a don Alonso de Córdova primo suyo.

El gobernador, puesta la mira en que iba a emprender la guerra con una nacion de las mas valientes que conoce el mundo y que estaban los enemigos orgullosos y llenos de la satisfaccion de su poder por las buenas suertes que habian logrado contra nosotros, comenzó las operaciones de su gobierno por la reforma de la tropa; prohibió severamente los juegos entre los soldados con que se despojaban unos a otros; ordenó que el pagamento fuese justo, estorbando los fraudes de los que intervienen en ello. Mejoró los caballos supliendo los que faltaban y ordenando el buen tratamiento de este animal belicoso y que tanta parte tiene en la gloria de la victoria.

Aquí es de notar el jénio de los indios por nuestros aliados que habian estado quietos por todo el tiempo de la guerra defensiva cuando padecian muerte y cautiverios de parte de los rebeldes: ahora que ven que los españoles se van a poner en estado de agresores determinan dejar nuestro partido y alistarse bajo las banderas de los contrarios. Tuvo esta noticia el gobernador, y no desestimándola mandó prender a los culpados, y castigando con pena capital a cinco que habian sido los motores, escarmentó a los demas. Pero no fué esta dilijencia tan feliz que no la frustrase Putapichon, indio de la hacienda de Tomeco y de la encomienda de Diego Trujillo, quien se pasó a los enemigos y dió tantas pruebas de su valor y prudencia militar que tendremos que hablar de él muchas veces con admiracion de sus proezas, hasta que lo quebrantó el valor sin segundo de don Francisco Lazo de la Vega, como se verá en el discurso de la historia.

CAPITULO IX.

Campaña que hace el maestre de campo por tierra de Tucapel; y Putapichon intenta ganar la plaza de Nacimiento sin suceso.

El gobernador, deseando dar a los enemigos alguna muestra de su poder y buena disposicion para la guerra, mandó que el maestre de campo la hiciese a los indios costeños. Salió éste para la provincia de Tucapel con 400 españoles y 150 ausiliares con tanta celeridad que ántes se esperimente la ejecucion que viese el amago. Llegado a esta provincia, se puso en buen paraje un cuerpo de reserva y envió varios

destacamentos a talar los campos y hacer presas en toda la circunferencia; pero con órden de no alejarse, sino a aquella distancia en que estaban desprevenidos, y se les hicieron prisioneros 115 personas de ámbos sexos con la presa de 400 caballos y algun ganado vacuno.

Murieron ocho indios que con temerario empeño se pusieron en defensa por no darse a prision.

Esta campaña no abatió el ánimo, sino que irritó el coraje de los indios, y comenzaron luego a discurrir entre ellos quien seria capaz de tomar el mando de las armas en tan grave guerra como se comenzaba. No fué tarda ni difícil la deliberacion: todos pusieron los ojos en Putapichon para su caudillo, de cuyo aliento y esperiencia ya habian comenzado a confiarse. Este, queriendo darse a conocer por una empresa osada, habiendo elejido tropas veteranas de todo el grueso de los indios, se vino a la sordina a atacar la plaza de Nacimiento que estaba a orillas de Biobio en el comedio de mar y cordillera en el mismo lugar en que está al presente, aunque en años pasados con mal acuerdo se habia trasladado a otro. El sitio de la plaza es un monte tan ágrio que su subida es mui trabajosa aun a los que van de paz. El gobernador la habia proveido de lo necesario, como que comenzaba la guerra sobre todo de un cabo de toda satisfaccion. Pero nada de esto arredró el buen ánimo de Putapichon: embistió la plaza al frente de sus tropas con tal brio que luego a los principios se apoderó del foso. Los cercados acudieron todos a aquella parte; así porque por las otras era la plaza inaccesible, como porque habiendo quemado los indios con flechas de fuego los alojamientos de los soldados y las demas casas por huir del incendio, se retiraron todos a un baluarte, y aquel lienzo de muralla que quedaba libre. Aquí se comenzó un combate atroz: los indios por derribar los maderos de la palizada y los españoles por desalojarlos y alejar el riesgo, hacian estremos de valor tirándose calientes botes de lanza por las junturas. A los indios favorecia el número y a los españoles la ventaja de las armas, porque el baluarte que se libró del fuego y caia a la izquierda de los indios, y de la derecha los escopeteros que tiraban de encima de la muralla, hacian un fuego incesante y un fatal estrago en los enemigos. Putapichon era tan animoso como prudente, y viendo que no le decia bien el fuego acordó dejarlo por entónces, reservando el resto para cuando hallase a la fortuna mas favorable y se retiró; pero llevaba doce personas que habia cautivado ántes de comenzar la funcion, algunos caballos y cabezas de ganado.

CAPITULO X.

Otros sucesos de Putapichon, y campaña del sarjento mayor y maestre de campo en tierras de indios; y batalla en que comandó el gobernador.

No se retiró Putapichon de las murallas de Nacimiento tan mal satisfecho de su fortuna que desconfiase de su asistencia en otro asunto de

mayor riesgo. Habia en Quinil, valle vecino a la plaza de San Felipe de Austria, un destacamento de 600 hombres entre españoles y ausiliares puestos a consideracion de las interpresas del mismo Putapichon para que acudiesen donde fuesen mas necesarios. Quiso Putapichon quitarse este padrastro de sus designios, y agregando mas jente a la que retiró de Nacimiento, de modo que juntó mil y quinientos lanceros, dió de improviso en los españoles de Quinil y comenzó una batalla sangrienta y porfiada. No sé quienes fueron los cabos de la tropa española, y me duelo de ello, pues quisiera nombrarlos como que se portaron bien; solo en jeneral puedo decir, que en una pelea no prevenida contra Putapichon que peleaba con número tan superior, no solo sostuvieron el combate, sino que lo obligaron a retirarse, teniendo por imposible el buen efecto.

Pero este hombre de fuego no podia sosegarse, y despues de las dos acciones nada ventajosas en Nacimiento y Quinil, resolvió probar la mano en territorio de Chillan: allá fué y arreó ganados a su voluntad, y aunque el sarjento maryor que tuvo esta noticia procuró cortarlo a su vuelta, no pudo conseguirlo, tanta era la astucia y celebridad de este bárbaro.

Habian irritado al gobernador las irrupciones de Putapichon y con buen acuerdo, semejante al de los romanos cuando por evitar la guerra de Aníbal en Italia determinaron enviar a Scipion africano el primero contra Cartago, resolvió pasar la guerra al pais de los enemigos; y mandó que el sarjento mayor entrase en sus tierras por la derechura de la plaza de San Felipe y el maestre de campo por Arauco. La campaña del sarjento mayor se redujo a alguna presa de ganados y caballos que no fué poco bien, por ser estos brutos las alas de los presurosos vuelos de los indios. El maestre de campo con 1,200 hombres entre españoles y ausiliares caminando por la costa, penetró hasta el rio Cauten, en cuya márjen estuvo la antigua ciudad Imperial, hizo que lo pasasen algunos destacamentos en pequeñas embarcaciones; porque por aquellas partes no descubre vado, se hicieron muchas presas: murieron con las armas en las manos 30 indios que se pusieron en defensa: se cautivaron 200 personas, y se cojieron 700 caballos y 1,000 vacas con cuya presa se retiraban al campo cuando una furiosa tempestad de agua y truenos que duró veinte horas cual no hai memoria se halla esperimentado en Chile, los cojió en el camino. Los hombres y los caballos se entumecieron, quedando yertos como estátuas; lo que fué ocasion de que se perdiese mucha parte de la presa.

En el tiempo que estaban el maestre de campo y sarjento mayor en las funciones dichas, se prevenia el gobernador para dar por su persona una buena mano a los indios; y a la vuelta de estos oficiales entresacando los mejores soldados de sus cuerpos y agregando otros hasta 1,200, jente toda escojida, fué a hacer la guerra en Puren, Cholchol y Maquegua centro de la rebeldía. Los indios retiraron sus bienes y familias, cuanto dió lugar el acometimiento improviso; pero siempre captando las ocasiones de volvérsela a los españoles con ventaja. Se retiraba el

gobernador con una considerable presa de cautivos y ganados, cuando Putapichon con 3,000 soldados buenos se presentó al campo español, echando de una vez todo el resto del coraje y de la braveza. Esta acometida perturbó los ánimos y confundió las órdenes de modo que se vieron los españoles perdidos. Pero como iban en el ejército oficiales de toda esperiencia, y los mas de los soldados eran veteranos, al fin no sin dificultad y pérdida ordenaron sus bases y se comenzó una batalla mas regular. Aquí ya estaban iguales los partidos y caian muchos de unos y de otros; y Putapichon considerando que a mas andar le podria salir mui cara la contienda, habiendo cautivado algunos españoles y recobrado la mayor parte de su presa que era su principal intento, se retiró no sin justa causa.

CAPITULO XI.

Fundacion del colejio de Bucalemu.—Elojio del padre Gaspar Sobrino y nacimiento.—Patria y padres del padre Juan del Castillo, y su entrada en la compañía.

Por este tiempo era vice-provincial en Chile el padre Gaspar Sobrino que trajo de Roma este cargo, habiendo ido allá de procurador y porque despues fué provincial en Quito y rector en Lima, en donde murió en estrema vejez, por lo cual no se ofrecerá hablar mas de él, se hace preciso esta memoria. Sus mayores fueron de estirpe nobilísima en el reino de Aragon: su padre en el año de 1595, fué diputado de la nobleza, majistrado mui principal en dicho reino, y nuestro Gaspar tuvo por ayo a don Pedro Paulasa que años adelante fué obispo de Zaragoza. Despues de entrado en la compañía caminó tanto por el servicio de Dios y bien de las almas, que llegó a cumplir el número de diez y siete mil leguas, como testifica el padre Bartolomé Tajur, rector del colejio máximo de Lima. Gobernó muchos años, y pidiéndole al padre jeneral Vitileschi dimision de sus empleos y tiempo para cuidar de sí, le respondió que *en la compañía el mandar era el mas breve camino para la paciencia.* Cada dia daba tres horas a la contemplacion de las cosas divinas. Siempre que se sentia fatigado de los estímulos de la carne, tomaba disciplina de sangre por espacio de media hora. Por tiempo de diez y seis años nunca se desnudó para dormir: todos los sábados hacia trescientos actos de amor de Dios. Para conservarse en estado de humildad y de penitencia se habia imajinado una casa que tenia en el reino infeliz de los condenados. Murió en Lima santamente muchos años adelante del que vamos.

Entre los varones y esforzados conquistadores de la espiritual milicia de Chile, tiene mui merecido lugar el glorioso mártir de Cristo, padre Juan del Castillo por haber ilustrado este reino con su presencia, virtudes admirables y celo ardiente de las almas que en todas edades le abrazaba el alma. Nació este esclarecido capitan del Señor en la villa de Belmonte el año de 1596, a 14 de setiembre, dia en que se hace memoria



de la exaltacion de la santa cruz. Sus padres fueron mui nobles y ricos, los cuales dieron a nuestro Juan estudios para que con ellos llevase adelante el esplendor de su nobleza: en este loable ejercicio de letras estaba en Alcalá, suando nuestro Señor que le tenia predestinado para empresas ilustres de su gloria, hizo el corazon del estudiante con fervorosas ansias de solicitar su mayor honra y servicio, y como con su gran capacidad y luces que participaban del cielo, conoció que no podria emplearse en tan alto ministerio por medio de las virtudes cristianas y que el estado que tenia no era acomodado para conseguirlos, determinó mudarlo por el de la relijion, donde pudiese lograr las inspiraciones divinas; entró en consejo consigo mismo para determinar que relijion tomaria y se resolvió a entrar en la compañía de Jesucristo. Con esto interrumpió los estudios, y pisando las esperanzas que el mundo le prometia pidió y consiguió ser admitido en la compañía a 21 de marzo de 1614, estando los diez y ocho de su edad.

Tuvo en Madrid su noviciado en el cual fué a todos ejemplar de virtudes, cuyos primores copiaba en sí. No habia cosa tan baja que no abrazase su humildad ni tan trabajosa que no emprendiese su mortificacion. En el tiempo del estío, se ocupaba en encender el horno para el pan, barrerlo y lo demas que requiere este trabajoso y humilde ministerio. En las noches mas heladas de invierno esparcia por su aposento, al acostarse, sus vestidos para verse por la mañana con el insufrible frio, obligado a buscarlos y recojerlos desnudo, y de este modo esperimentar mayor mortificacion: nunca presumia de sí cosa grande, ocupado siempre en los mas viles oficios y en que pudiese servir a todos. Finalmente, cumplidos los dos años de noviciado ajustadamente con muchos progresos en las virtudes, hizos sus votos con comun aplauso.

Del noviciado de Madrid pasó a Huete a estudiar letras humanas. Logró mui bien el tiempo que ocupó en este estudio; pero como su fervoroso espíritu le incitaba a mayores empleos, apénas halló puertas para solicitarlos, cuando con repetidas instancias obtuvo de sus superiores licencia para pasar a la provincia de los reinos del Paraguai y Chile que entónces estaban unidas. Llegó a Córdova y oyó el curso de filosofía que en aquella ocasion empezaba a leer el padre Juan de Alvis. Acabado el curso le envió la obediencia al colejio de la Concepcion del reino de Chile para que leyese gramática e instruyese a la juventud en buenas costumbres. En este ejercicio se ocupó algunos años y tambien en enseñar las primeras letras a los niños, teniendo a su cargo la escuela con mucho cuidado, humildad y aprovechamiento de unos y otros discípulos: entre los mancebos que tuvo a su cuidado fueron dos mui señalados, el hijo del gobernador Alonso de la Rivera y el del maestre de campo jeneral Alvaro Nuñez de Pineda a quienes industriaba, inspiraba la virtud y temor de Dios, y como le veian tan modesto y virtuoso le tenian todos gran respeto y estimacion: de donde nacia un imperio amoroso con que los sujetaba imprimiendo en sus almas mui buenos ejemplos. Procuraba con todo cuidado desviarlos de las ocasiones y

torpezas que suelen traer consigo la mocedad, exhortándolos a la frecuencia de los sacramentos. Llegó a entender de un estudiante un divertimiento y que para solicitar la ocasion de su ruina tenia escrito un papel, llamóle a su aposento, hincósele de rodillas, pidióle con lágrimas que por la pasion de Jesucristo y sangre que por él habia derramado, no le ofendiese que aunque pudiera usar del rigor con su maestro no queria sino obligarlo por el amor del redentor. Palabras fueron estas que como zaetas hirieron el corazon del estudiante y lo rindieron a la voluntad de su buen maestro, consiguiendo que no se despeñase en el abismo de su fatal ruina, quedando tan impreso en él el santo temor de Dios que toda su vida le fué preservativo de semejantes peligros.

Tan bien opinado estaba en la ciudad en ocasion que el padre Nicolas Duran provincial entónces del Paraguay y Chile fué a visitar a aquel colejio, y conociendo las singulares prendas del hermano Juan del Castillo le trajo al colejio de Santiago para que prosiguiese sus estudios, donde por espacio de dos años oyó teolojía al padre Baltazar Duarte bien conocido por sus letras; y habiendo sido el ejemplo de los de la compañía por aquel tiempo, como nuestro Señor le tenia destinado para que con su sangre rubricase su constante fé, así le iba guiando y disponiendo las cosas para que consiguiese tan gloriosa corona. Cumplidos los dos años le llamó la obediencia al colejio de Córdova del Tucuman, para que allí acabase sus estudios. En Córdova tuvo por maestro segunda vez al padre Juan de Alvis, y habiendo acabado sus cuatro años de teolojía y cumplido tambien el año de tercera aprobacion despidiéndose del maestro que se partia para Chile y el discípulo para las misiones gloriosas, le dijo:—"vaya V. P. mi padre maestro que aunque ahora le llaman para que lea teolojía en el colejio de Santiago por mucho tiempo, porque ha de ir a ser rector al colejio de la Concepcion donde yo estuve leyendo gramática." En estas no cargó la consideracion el padre Juan de Alvis porque no tenia entónces cosa mas olvidada que lo que le decia el discípulo; pero despues que llegó a Santiago donde leyó poco tiempo teolojía, tuvo órden de nuestro padre jeneral para que pasase al colejio de la Concepcion por su rector y no solo un trienio, sino cuatro le tuvo su paternidad en este ejercicio, en el cual refrescó muchas veces la memoria de su discípulo que le habia profetizado lo que estaba esperimentando, aunque no le pareció cosa nueva segun la veneracion en que siempre le tuvo.

CAPITULO XII.

Su apostólico celo y fervorosos empleos con los infieles.—Ayuda al padre Roque Gonzales; y fundan una nueva reduccion, y los trabajos que en ella pasó.

Luego que el fervoroso padre Juan del Castillo acabó el año de su tercera probacion, quiso aquel volcan que le abrazaba el pecho encen-

der a sus prójimos en el santo temor y amor de Dios. Logró mui bien estos sagrados deseos en la reduccion de San Nicolas, a donde le envió la obediencia fiando de su virtud y celo los nuevamente reducidos, y si bien en Chile y el Paraguay su trato humanísimo y pureza mas que humana le granjearon en todos una veneracion amabilísima, aquí en este nuevo plantel fué donde su virtud despidió mayores rayos y su celo se ostentó mejor porque mirando a los de aquella reduccion como a hijos olvidados todos de sí, solo cuidaba de la salud espiritual y corporal de ellos con tanto desvelo que llegó a perder la salud y perdiera la vida, si el cuidado de sus compañeros no hubiera advertido el peligro, porque aunque sin fuerzas en el cuerpo eran las de su espíritu tan crecidas que suplian mui bien su cortedad, llevado del provecho que veia en el pueblo y la frecuencia de todos en buscarle atraidos de sus anjélicos tratos.

Atendiendo pues la obediencia a las espirituales ganancias que se esperimentaban en aquella jente por el fervoroso celo del padre Juan del Castillo, y a la pérdida de su salud, le interrumpió sus fervores para que sobrase las fuerzas que le habian consumido los trabajos; pero aunque se rindió a la obediencia como tan relijioso sin haberse rendido a la necesidad, no duró mucho su achaque porque las fuerzas del alma alentaban al cuerpo para comunicar los tesoros del evanjelio a jente tan necesitada y que tambien admitia el pasto celestial; y así apénas se sintió con algunas fuerzas cuando juzgándolas inútiles en otras ocupaciones, quiso mas que las consumiese el trabajo de su reduccion, que el ocio del retiro relijioso. Volvió a San Nicolas a proseguir sus empleos guiado de mas alta mano que ya le iba disponiendo el premio a sus trabajos.

Desde esta reduccion corria las tierras del Uruguay aquel su grande apóstol padre Roque Gonzalez, el cual como esforzado capitan de aquella espiritual milicia, andaba en gloriosas conquistas derramando el nombre de Cristo por aquellas tierras y alistando bajo su bandera a sus habitadores. Llegó este animoso guerrero a un puesto que llaman Caro, cinco leguas de la reduccion de la Candelaria, el cual era habitado de un cacique cuyo nombre era Cuarobai. Procuró el padre Roque granjear para Dios a este bárbaro, y con presentes pequeños que hacia mas preciosos la necesidad de los que lo recibian que el caudal de quien los daba, quedó ganado el indio para su misma ganancia. Dió, pues, Cuarobai licencia al padre para pasar a sus tierras a donde en la disposicion de los montes que es todo el sustento de los indios y en el natural de ellos mismos halló cuanto deseaba para una florida reduccion que es el primer paso que dan estos jentiles para entrar en la fé.

Contento con tan feliz principio como quien en él tenia la mitad de la grande obra que emprendia, trató de pasar el Yui rio que desembocando en el de Uruguay distante solo tres leguas de la reduccion de San Nicolas, pequeña distancia pero grande en su dificultad, porque en una montaña que está vecina a este rio se habian fortificado algunos indios enemigos desde donde habian hecho frontera aquel sitio contra nuestras reduc-

ciones. El cacique principal de las tierras, famoso mas por los hechizos e invenciones májicas con que asombraba la bárbara ignorancia de aquellos hombres que por el valor con que los sujetaba, añadia al respeto de sus diabólicas industrias quinientos indios que habian aumentado el número de sus antiguos vasallos. Necú (éste era su nombre) con el poder adquirido por el miedo, que hace mas soberbios a los cobardes, habia reducido su jente en poca distancia de tierra a treinta y cinco casas o atarozanas grandes a donde se recojen tumultuariamente en cada una muchas familias, con la disposicion que pudieran otras tantas cabezas de ganado. No le bastó al bárbaro su fiereza contra la afable industria del padre Roque: ántes atraido con secreta virtud, si ya no fué ambicion de su propio lucimiento, bajó con el padre a la reduccion de San Nicolas, a donde pagando al indio el viaje con el aparato de su recibimiento y aplausos y con los regalos y presentes útiles mas que preciosos, volvió al parecer de los nuestros mas ganado que ganancioso, volvió pues a disponer el ánimo de sus vasallos para que en su pueblo formasen casa e iglesia competente, miéntras el padre Roque por el mismo rio arriba a siete leguas llegó a las tierras de Tabay cacique famoso para tratar de nueva reduccion que dejó bien dispuesta. En este tiempo, los indios de Necú, obedeciendo a sus mandatos, hicieron la iglesia y casa para los padres de que tuvo noticia el padre Roque en San Nicolas; y así trató de partirse a lograr el trabajo de los indios y pagarles con reducirlos a la fé.

Para esta nueva empresa elijió el padre Roque Gonzalez al padre Juan del Castillo, porque como ilustrado de Dios conocia mui bien su gran talento para semejantes empleos, a que aunque mozo en la edad era mui cano en el seso, relijion y fervor. Partiéronse los dos a tomar la posesion en nombre de Jesucristo poniendo el título de su glorioso estandarte en las tierras de Necú. Dia de la asuncion de nuestra señora (que dió nombre a aquel pueblo) del año de 1628, vieron aquellos campos los primeros rayos del evanjelio, levantando el sagrado trópico de nuestra redencion y consagrándolo con el sacrificio santo de la sagrada misa. Venturoso dia para tan ciegos paises, sino hubiese tenido contra sí la maliciosa envidia del demonio y los azares de felicidad acelerada. Estos fueron los breves principios, y para adelantarlos quedó algunos dias allí el padre Roque Gonzalez, dando a los indios ejemplos de benignidad y al padre Juan del Castillo algunos avisos de que necesitaba mas su esperiencia que su capacidad.

Partióse el padre Roque de la nueva reduccion dando la vuelta a las demas de aquella provincia; y en pocos dias llegó a Itapoa, donde halló al padre Alonso Rodriguez el cual solicitó con el padre Roque lo mismo que él deseaba que le llevase consigo a la nueva fundacion del Caró que con sagrada avaricia pretendia enriquecerse en el nuevo tesoro del trabajo: consiguió el padre Alonso Rodriguez su deseo, y así se partió con el padre Roque a la buena reduccion con alguna provision de donecillos pequeños, especialmente cuñas de hierro que son el único instru-

mento de sus labranzas. Acudió la jente al principio con fervorosa frecuencia a la casa de los padres y a la iglesia disimulando algunos la ambicion de los cortos dones que pretendian con la devocion que mostraban. Contentos los padres, prometiéndose que responderian los fines a la felicidad de estos principios, engañan con esta esperanza al contínuo trabajo. Pero mas les engañó su esperanza, porque las lentas felicidades a que se abre paso con el sudor infatigable son de mas segura duracion que las que corrieron a largas jornadas a su aumento. La benignidad de Necú y de sus secuaces se logró tan en breve, que apénas dió lugar a la esperanza porque aun no le vió el padre Roque cuando a toda prisa edificó la iglesia, labró casa y formó nueva y numerosa reduccion. No podia pues asegurar firmeza tan apresurada mudanza de un ánimo envejecido en los males.

Fué así porque habiendo quedado solo el padre Juan del Castillo en las tierras del bárbaro Necú trabajando incansablemente en reducir la ferocidad intratable de aquella jente no acostumbrada al freno de los preceptos evanjélicos ni aun a las leyes humanas, sintió el demonio la batería y que le iban echando de su antigua posesion, pues por sus apostólicas exhortaciones dejaban los vicios, seguian la virtud, se bautizaban muchos adultos e infantes; y no pudiendo ya sufrir tan fuerte oposicion se valió del principal de todos y mas poseido de sus diabólicas trazas, Necú, el cual sintió en breve la introduccion de los padres en sus tierras porque la diferencia de costumbres se oponia a sus depravados vicios. Era este famoso hechicero soberbio a maravilla ayudado del aplauso del pueblo que fácilmente se persuadia que reinaba en él alguna deidad soberana. Necú a quien estaba mui bien esta aprension engañosa, la fomentaba con el mentido imperio de las fieras de los montes, de los tiempos y de los cielos que se atribuia; y con el pretesto de esta fabulosa tiranía la ejercitaba mas verdadera en cuanto veian sus ojos, de cuya codicia no escapaba libre mujer alguna de cuantas el Uruguay celebraba. De esta suerte creció tanto el número de sus concubinas que no cabiendo en su propia casa, tuvo en otra una copiosa zaurda; pero como de esta lasiva posesion habia de despojarle el evanjelio de que ya veia principios en las pláticas del padre Juan del Castillo encaminadas siempre a introducir un solo matrimonio, mas temeroso de este despojo que de su deidad usurpada, trocó los halagos en iras y los aplausos en injurias que con gran paciencia e invencible sufrimiento toleraba el celo del apostólico padre probando si de aquel modo podia sujetar aquella indomable fiera que con tanta furia ejercitaba su coraje en dar pesadumbre al siervo de Dios que no trataba sino de remediar su alma para que consiguiese la salud eterna. Con todo eso estaban algo reprimidos los afectos de Necú, quizá luchando con la nota de breve inconstancia, cuando Poliraba (indio apóstata de otra reduccion que rabiosamente aborrecia a los padres y habia jurado la muerte al que cuidaba de la suya) encontrándose con Necú dándole lugar la tibieza que en él reconoció fácilmente del amor de los padres, le persuadió

con diabólica elocuencia a deshacerse de ellos quitándoles la vida. A estos soplos creció la llama, y hubo de apoderarse de Necú con saber que un muchacho confidente del padre habia descubierto la casa de sus infames mancebas. Que los delitos cuando se descubren, si no obligan al reo a la enmienda le empeñan a sustentarlos con mayor obstinacion. Erale imposible a Necú lo primero, y así se precipitó con dura frente a lo segundo.

CAPITULO XIII.

Trata Necú de dar la muerte al padre Juan del Castillo, y del modo con que lo ejecutó.

Ya estaba el soberbio ánimo de Necú poseido de diabólica furia, e impaciente quiso salir de aquella servidumbre y vergüenza en que por sus vicios vivia a vista de la cristiana relijion. Y como lobo carnicero, no contento con dar la muerte al pastor que el Señor le habia enviado para encarnizarse en el rebaño, trató de quitar la vida tambien al padre Roque Gonzalez y padre Alonso Rodriguez que entónces se hallaban en la reduccion del Caró, en la cual a este tiempo tenia el demonio a un cacique cuyo nombre era Caarupé con un hermano suyo Aregoaté, gran hechicero y que con la misma facilidad que Necú se tomaba el nombre de Dios del ciele y de la tierra. Así dividian estas pestes las deidades del Uruguay: a este cacique y otro llamado Caaburé envió Necú una embajada con Canaracuo persuadiéndoles el parricidio de los sacerdotes de su reduccion que él ejecutaria en la suya, pasando despues con sus indios a las demas reducciones, con cuyos caciques estaba ya deliberado el mismo acuerdo; porque se viese que a la comun injuria que lentamente se tejia por los padres, se oponia la comun satisfaccion, y que a los que en esto se mostrasen remisos castigarian en su nombre los tigres, sobre cuyos impetus se preciaba de tener dominio.

Oida fué y aceptada la legacion por los traidores del Caró. Tanto supo mover sus ánimos el demonio por boca de Necú que moderadamente deseaba meter en esta sacrílega alevosía a los vecinos caciques, o fuese por la sed insaciable de su ira o por perpetrar mas seguramente su delito con el consorcio de tantos. Dispuso Caarupé su jente para el insulto; entretanto que Necú, ya desvergonzadamente, instaba a los que con él quedaban, a bautizar sus hijos y a seguir el evanjelio; y poseido del demonio, amenazaba con la saña de los elementos y con la esterilidad de los campos, como quien todo lo rejia a su arbitrio.

Los ilustres soldados de Cristo que estaban en el Caró, Roque y Alonso, ninguna cosa pensaban ménos que estas traiciones, ántes con aquella seguridad que infunde en los corazones leales su propia felicidad, se daban los parabienes del dichoso estado de aquel nuevo plantel y de los progresos que aumentaban, aumentando aquella reduccion copiosísimamente. Con esta seguridad, una mañana que acababa el padre Roque de

decir misa y dar gracias por tan alto sacramento, salió a levantar un palo grueso en cuya orqueta habia de colgar una campana: en tanto el padre Alonso se recojió a su chozuela a rezar las horas canónicas. Habia acudido con el achaque de esta novedad mucha jente a la plaza de la iglesia, y el padre por sus propias manos trabajaba en aquel ministerio; o fuese por dar autoridad a aquel relijioso instrumento, o por ejercitar su humildad, en que iba como cordero dando pasos mudos a su sacrificio. Apénas le vió Caarupé, cuando tomando por ocasion para su traidora acechanza lo que debiera serle piedad y desenojo, mandó a un esclavo suyo que estaba ya prevenido ejecutase la traicion: llevaba Marangoa (así llamaban a este verdugo) una arma que los indios llaman itaiza, que es un palo como de dos tercias a modo de huso que tiene por tortera una piedra con una espina mui viva: sacó este esclavo (mas del demonio que de Caarupé)la itaiza y dándole al padre en el cerebro le hizo fácilmente pedazos la cabeza, poniendo en libertad a aquella alma dichosísima para que volase a las moradas eternas; y dando juntamente ánimo a los demas conjurados para que encrueleciéndose cobardemente con el cadáver le moviesen el rostro y gran parte del cerebro.

No para un delito el que piensa que gana delinquiendo. Animóse Caarupé con la sangre inocente que debiera desmayarle, y acaudillando a sus cómplices partió a la casa a donde estaba el padre Alonso Rodriguez, que con las desacostumbradas voces a un mismo tiempo llegaron él y su muerte a sus umbrales. Porque el infame Aregoatí abrazándose con el padre en la misma puerta, mandó a un criado suyo que lo matase: éste y los demas conjurados probaron en el padre las macanas, mas no de suerte que sus primeros golpes le quitasen la vida, porque (como despues se averiguó con informacion mui copiosa) el anjélico varon con aquella su indecible mansedumbre tuvo lugar de decirles:—"hijos ¿qué haceis? ¿qué haceis hijos?" Con estas palabras se fué acercando al cuerpo de su compañero para renacer en el valor a vista del que ya miraba con la corona. Pero pareciéndole mejor morir a donde tantas veces renovó la memoria de la muerte de aquel Señor por quien él daba su vida, se llegó a la iglesia para ser víctima en las aras en que tantas veces fué sacerdote. Atajaron los pasos los bárbaros parricidas, y mas que ellos su propia dicha que le adelantó la corona ántes de llegar a las puertas de la iglesia anticipándose el premio a sus mismos deseos: allí cayó para levantarse sobre el sol y las estrellas. Esta es la muerte dichosa que tuvieron estos valerosos soldados de Cristo que me ha parecido poner aquí por la conexion que tiene con la de nuestro venerable padre Juan del Castillo, dejando las demas circunstancias que se pueden ver en los autores que tratan de propósito de estos ilustres varones.

Llegaron al perverso Necú las nuevas de la muerte que por su diabólico consejo habia ejecutado la tiranía insolente de los caciques del Caró. Y animado con el ejemplo, aquella noche consultó con horrendos ritos al demonio, y habiendo conseguido la respuesta que su perver-

sidad deseaba, se vistió como tenia de costumbre con unas alas hermosísimas de aves y con horrible voz y estupendo ruido que hacia con el movimiento de sus piés, llenó a los indios de amenazas, que sin duda ejecutaria su furia sino martirizaban al padre Juan del Castillo que tenian en su reduccion, y que para ejecutar su ira en venganza de su inobediencia, se subiria al cielo volando, pues para eso salia tan adornado como le miraban con aquellas alas y que los habia de dejar, pues como el mayor de los dioses para todo tenia poder.

Con tan horribles amenazas y espantoso aspecto, se apoderó del corazon de los indios tanto temor que con facilidad les persuadió lo que Necú intentaba. Determinados, pues, a la atrocidad, a 17 de noviembre, estando el padre rezando las horas canónicas, acudieron muchos de los conjurados a su choza finjiendo iban a pedirle algunos de los donecillos que ellos estiman. Pidieron cañas y anzuelos, y habiéndoles dado buena cantidad de ellos, de repente le asieron los brazos y las manos prendiéndole fuertemente infames corazones los que del beneficio hicieron estratajema para su traicion. Viéndose el padre preso cuando los regalaba y entre los mismos agasajos cautivo, presumiendo que la codicia de los demas anzuelos y cañas que le quedaban era la causa de algun mal intento, les ofreció liberalmente cuanto poseia y las pobres alhajuelas de su choza, y tambien asímismo por esclavo. Los tiranos que aspiraban a mas sacrílegas presas, desdeñando las cortas ofertas:—"aquí te habemos de matar, le decian, morirás a nuestras manos como a las de Caarupé murieron Roque y Alonso." Esta voz hizo en el padre varios efectos y sus palabras, de que hubo muchos testigos que las repitieron fielmente, fueron de ellos indicio manifiesto. Porque asegurado de que su muerte era por causa y odio de la relijion que predicaba su ánimo soberanamente con la consideracion de su dicha, pues sabia que era aquel linaje de muerte medio seguro de su eterna gloria. Es verdad que la nueva de las muertes de sus compañeros hirió gravemente su corazon, porque con ellas quedaban aquellos nuevos rebaños sin pastores; pero como está la verdadera fortaleza cristiana en ser insensible, sino sufrido y constante entre las luchas del tierno dolor, sacó nuevos esfuerzos la fé que le animaba a la esperanza de la corona. Llevábanle asido los traidores dándoles grandes bofetadas e innumerables ignominias, respondia palabras amorosas como de padre, grave como de apóstol y heroicas como de mártir; mas los verdugos repetian las afrentas y los golpes; animábalos Curboray con otros sacrílegos, y entre ellos se oyeron estas palabras:—"matemos con la maldicion a este hechicero: echémoslo de nosotros; tengamos por nuestro padre a Necú, y solo se oiga en nuestra tierra el sonido de nuestros calabazos y taqueras," que son los instrumentos de que usan en sus borracheras y hechicerías. Conociendo el padre su muerte cierta, pidió à aquellos aleves siquiera una corta piedad en el último trance de la vida y que le llevasen a morir con los demas padres que ellos decian habian muerto.—"Llevadme, decia, a morir donde mis hermanos murieron y vea yo

en vosotros este indicio de humanidad." La respuesta le dió Araguira, diciéndole:—"aquí tengo de matarte, tonto furioso."

Y con estas voces cargaron tantos sobre el venerable padre que no pudo distinguir mas las razones. Aquí comenzó a padecer de veras, primero dándole palos terribles, y despues atándole con una soga las manos a la cintura, le sacarón del pueblo para darle con mas dilatados tormentos la muerte. Queriendo con esto Necú recompensar las ventajas que en haber comenzado la traicion le llevan los del Caró. Comenzaron pues a arrastrarle hasta un arroyo; y como en arras de lo que aguardaba que padecer, le dió Cuarobay tres heridas con una espada que para animar a los suyos llevaba en la mano. Que aunque tan fácil al parecer la empresa y la victoria de un cordero que iba voluntario al sacrificio, el conocimiento de la maldad hace mas poderosa resistencia interior, y acobarda mas que la vista de escuadrones enemigos. Con las heridas y falta de sangre cayó el valiente soldado de Cristo, y era esto lo que ellos querian que ayudase la flaqueza del padre a la crueldad de sus matadores; y así le arrastraron por la falda de un monte tan áspero y con tal violencia que a pocos pasos no le quedó hilo de su vestido, sino sola una media y dos vendas con que se ligaba las fuentes de los brazos, molesta pension de sus achaques. De esta suerte desnudo le arrastraron tres cuartos de legua sacándole gran copia de sangre. Los traidores mas duros que las piedras que le herian, ayudaban a las peñas con su dureza, y unos le pasaron los hijares con zaetas, otros con los arcos le punzaban los ojos, otros otras partes igualmente sensibles haciéndose su inhumana crueldad injeniosa en los tormentos contra el santo. En todo este dilatado morir solo se oian en su boca aquellas dulces voces de Jesus y de María y en la lengua propia de los indios:—"sea por amor de Dios," varias veces repetido.

Pero lo que mas admiraba es que habiéndosele, con la violencia, desatado la soga con que le ataron las manos, él mismo les dijo:—"volvedme a atarme, que muero de buena gana." Razones que en lo natural son dignas de un valor heroico, y en lo sobrenatural admirable argumento de la fuerza de la gracia. Volvieron los bárbaros a atarle, y para concluir mas con su cansancio que con el valeroso mártir, con dos grandes peñas le deshicieron la cara y le molieron el cuerpo, dando con esto fin a su vida. Mas pareciéndoles a aquellos ingratos homicidas que era poco haberse conjurado los hombres contra la inocencia y la bondad, quisieron hacer cómplice de su delito a las fieras y dejando el venerable cuerpo en los montes:—"Vengan, dicen, los tigres y consuman las relíquias de este traidor." Pero las fieras, enseñándoles mansedumbre con mayor respeto, le dejaron intacto! Que no fué pequeña maravilla, estando en el monte un dia y una noche en aquella tierra adonde son tán frecuentes los asaltos de los tigres que se entran por las puertas de las casas cada dia a hacer presa en los indios. Volvieron el dia siguiente mas para gozarse de verle despedazado por los tigres que

con pensamiento de hallarle como le dejaron; pero ellos mas inhumanos, viendo que se conservaba sin nuevo daño, en una grande hoguera consumieron aquellos venerables despojos de la muerte, y nos privaron de la herencia de tan preciosas reliquias.

Esta era ya la ocasion en que la llaneza de la historia se trocase en exhortacion; pero ¿qué pluma por mas elocuente podrá comprender los títulos de la felicidad y corona de gloria de este esclarecido mártir? La prolijidad de sus tormentos bastará para celebrarle en todas las edades, pues llegó a admirar tanto su paciencia que excede toda ponderacion. El menor era en edad Juan, y nuevo en las conquistas de Cristo; y para igualar a aquellos antiguos soldados convino que con la mayor crueldad de sus enemigos redimiese los años y con la paciencia multiplicase los triunfos. Dijo San Máximo que a los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo se les decretó el dia de su muerte, segun su mérito, en lugar de su martirio para su gloria y el perseguidor segun su fortaleza: reflexion que apropiamos no mal a nuestro Juan, pues segun su grande merecimiento se le adelantó el dia de su muerte que recibió en edad temprana de treinta y tres años en atencion a su gloria. Aun en este mundo fué su sacrificio a vista de sus ovejas sellando su fé con su sangre en el lugar de su predicacion, en atencion a su fortaleza. Se la decretó el tirano, pues en crueldad y odio de la fé verdadera, era Necú el Neron de Uruguay.

Ejecutó Necú la muerte en el padre y pastor mas amante de sus ovejas, y luego inmediatamente para menosprecio de la fé, entró en la iglesia y rompiendo cuanto habia de venerable en ella, reservó las sagradas alhajas para contaminarlas con sus diabólicos ritos a imitacion del sacrílego Baltazar: hizo pedazos las cruces y pegando fuego a la iglesia se vistió la casulla y otras sagradas vestiduras, o ya por gala en ostentacion de su rogocijo, o por ludibrio de nuestras eclesiásticas ceremonias. Vestido de aquel modo salió triunfante a la vista de su pueblo y haciendo traer delante los infantes bautizados por el mártir, con diabólicos ritos ruyéndoles la lengua y el pecho daba a entender que les borraba la divina señal que hermoseó sus almas con el bautismo; y con las exhortaciones que le dictaba su ambicion, instaba a aquella miserable canalla a que olvidando y aborreciendo los dogmas evanjélicos fuesen sin resistencia volviendo por la casa del demonio, que miéntras vivió el padre Juan del Castillo andaba fujitivo de su antigua posesion. Despues de degradados los niños, a su parecer, con aquellas ceremonias, les bautizaba en los piés por ser mas contrarios al bautismo verdadero, con una agua que tenia escondida en una calabaza; y con cierto artificio hacia parecer que manaba de su cuerpo, y les decia—"¿no os parece que soi buen Dios y que bautizo bien?"

Hace esta buena relacion con afectuosas palabras el venerable padre Juan Eusebio Nieremberg con-novicio y con-discípulo de nuestro fortísimo mártir, con palabras dignas de aquel espíritu ardiente de su autor y del valor de nuestro esclarecido mártir. Fué su dichosa muerte a

los 17 de noviembre, año de 1628, a los 33 de su edad y 15 de compañía. Escribieron de este ilustre mártir Francisco Xrspo [*sic*] en una relacion que hizo en castellano que despues se volvió en italiano, frances y latino. El padre Juan escribió en el segundo tomo de los varones ilustres de la compañía, y en un panejírico que se imprimió en Leon de Francia y está al fin de la obra que escribió de Arte voluntatis, el padre Juan Bautista Ferrufino en la relacion que como procurador jeneral de la provincia del Paraguay hizo a S. M. católica del martirio del padre Juan del Castillo y sus dos compañeros padres Roque Gonzalez y Alonso Rodriguez, el padre Antonio Ruiz de Montoya, In expea, tione spirituali Paraguarig, las letras annuas de dicha provincia del Paraguay del año de 1626 y 1627 el Menelojio de la compañía, Jacobo Lobecio. De fortitudine christiana, Jacobo Damiano In synopsis societatis Jesu y Joan Rhovariarum virtutum historis.

CAPITULO XIV.

Entra al gobierno de Chile don Francisco Lazo.—Batalla sangrienta entre el maestre de campo don Alonso de Córdova y Putapichon y Piculhue.

A los tres años poco mas del gobierno de don Luis Fernandez de Córdova proveyó el rei Felipe IV para sucesor a don Francisco Lazo de la Vega, natural de Secadura, pueblo de las montañas de Santander, caballero del órden de Santiago, del consejo de guerra, correjidor de Badajoz, y que habia servido muchos años. Llegó al puerto de la Concepcion en 24 de diciembre de 1629. Desde luego pareció el suyo un gobierno de feliz auspicio, porque se mostró tan justo como benigno y tan buen cristiano como soldado. A su antecesor trató con mucha atencion y cortesía, corrijiendo la perversa práctica de muchos a quienes parece que entrar en algun gobierno trae anexa la adversion al que precedió y la reprobacion tan universal de todas sus acciones que deshacen hasta lo bien hecho y abandonan hasta los ministros mas útiles, solo por la razon de haber sido estimados de su antecesor. Dictámen pernicioso y que acarrea a los estados mui funestas resultas, y cuando ménos atraso de los intereses comunes. Así mismo encargó a todas las justicias la buena administracion de ellas y el castigo de los pecados públicos; escribió cartas a los obispos y relijiones, pidiéndoles encarecidamente que en sus oraciones encomendasen a Dios los aciertos de su gobierno y la felicidad de las armas; procuró traer a los indios a la paz ofreciéndoles buenos partidos y enviádoles sin rescate muchos prisioneros que estaban en poder de los españoles. En consideracion de esto nadie podrá admirarse, que Dios asistiese con un manifiesto favor a quien solo fiaba en el divino, y que consiguiese la felicidad el que la solicitaba por el camino único de llegar a ella, que es la virtud. Así sucedió porque repudiando los indios la paz como que se veian poderosos en fuerzas y estaban gobernados de caudillos de valor y de industria, el gobernador les dió tan

fuertes y repetidas batallas que humilló su altivez y domó su braveza, aunque en la primera funcion tuvimos alguna pérdida, como luego se dirá.

Entrado que fué apénas el año de 1630 comenzó Putapichon a juntar sus tropas para la próxima campaña, y completó cuatro mil hombres de a caballo y mil infantes con el propósito de llegarse con ellos a la plaza de Arauco a medir las armas con el maestre de campo don Alonso de Córdova. El gobernador tuvo luego noticia de este aparato y se la participó al maestre de campo, quien luego hizo poner los ganados bajo el cañon de la plaza; y hallándose Remulea, capitan de indios amigos, con doscientos de ellos en la boca del rio Biobio envió el maestre de campo el dia 21 de enero al capitan Morales con cien hombres entre indios y españoles, para que los retirase. Hechas estas prevenciones, que todas eran necesarias, se supo el dia 24 que el campo de los indios mui numeroso se hallaba en el paraje de Piculhue distante como dos leguas de la plaza, y luego se tocó en ella arma viva: y el maestre de campo ordenó que saliese la gran guardia hasta una legua de distancia, y que allí hiciese alto hasta su llegada, y él siguió con seiscientos hombres entre españoles y ausiliares. Cuando llegó a distancia de una legua, halló que la guardia avanzada, habiendo peleado con la enemiga, la habia derrotado y que estaban actualmente los nuestros cantando victoria. Pero al mismo tiempo tuvo mensajes de Lázaro, mestizo desertor que servia en el campo de los enemigos, avisándole del gran poder que traia Putapichon. Esto dió motivo a que el maestre de campo juntase sobre la marcha consejo de guerra, sobre si seria mas acertado proseguir en lo comenzado o volverse atras; y se resolvió que por estar el capitan Juan Morales y Remulea con 300 hombres, camino de Cudico para la plaza, seria la retirada no otra cosa que abandonarlos al acero de los enemigos, y que debian avanzarse mas hácia ellos para cubrir la retirada de los nuestros, y que agregándose ésta a nuestra tropa completaban novecientos hombres, número no despreciable aun para batallar con enemigo tan soberbio y tan pujante.

En virtud de este acuerdo, se adelantó el maestre de campo con la caballería comandada de los capitanes Antonio Gomez, don Francisco Rodriguez, don Juan de Adaro y Hernando Muñoz, y mandó que con dilijencia le siguiese la infantería que iba a cargo de los capitanes don Jines de Lillo, don Alonso Bernal, don Antonio Avendaño y Francisco de Carmona. Iba el maestre de campo acercándose al paso que llaman de don García, que es único en un desfiladero montuoso que desprendiéndose de una sierra costeña llega hasta la mar, cuando mandó que el capitan Antonio Gomez con cincuenta españoles, llevando a sus órdenes al capitan Alonso Ranjel que mandaba doscientos ausiliares, se adelantase a apostarse en dicho paso. Estos capitanes, no se sabe movidos de qué espíritu, quebrantaron la órden de su jeneral, y pasando de la estrechura que debian guardar, se formaron adelante en un pequeño llano en que habia algunas partidas de indios y traban con ellos escara-

muzas. Cuando el maestre de campo llegó al paso vió quebrantadas sus órdenes y a los suyos en gran riesgo, porque Putapichon que tenia el grueso de sus tropas emboscadas en la espesura de la selva, iba enviando destacamentos que cargaban con los nuestros cada vez mas. El maestro de campo luego reconoció que la retirada de los suyos a vista de tantos enemigos era peligrosa, y que no era de menor daño dejarlos perecer, porque mal se atiende a la conservacion del todo por la pérdida de alguna parte: en cuyo conflicto, aconsejado de su mucho valor, determinó pasar en su socorro y se incorporó con ellos.

Lo que deseaba Putapichon era tener a los españoles en campo raso sin la ventaja de la estrechura, y luego avanzó con todas sus tropas con marcha reposada, y exhortando a los suyos a apretar los puños, embistieron los indios feroces, segun su natural ardimiento, y fueron recibidos de la misma forma. Duró la accion sin ventaja cosa de media hora, cuando por la izquierda comenzó a ceder la infantería de los indios con prisa y confusion; entónces don Jines de Lillo y don Alonso Bernal, teniendo la victoria por segura, dieron tras de ellos siguiendo la primera fila de infantería con ardor tan inconsiderado, hiriendo y matando en ellos, que se apartaron muchos del campo español. Mas Putapichon que tenia en grandes riesgos mucha presencia de ánimo, y sabia tomar la ocasion por el copete, dió al punto dos órdenes mui oportunas: la una que avanzasen los infantes por uno y otro costado a cojer en medio a los nuestros: la otra que tambien se allegase un buen trozo de caballería a cargar la nuestra, para que no tuviese tiempo ni lugar de favorecer a los infantes. Así perecieron éstos, dando pruebas de su mucho valor en su defensa y vender cara su vida, y muriendo al fin en pena de su temeridad.

Habia el maestre de campo mandado desmontar algunos indios piqueros y que se pusiesen en la infantería entre los arcabuceros: mas estos ausiliares se consternaron de suerte viendo la pérdida que hemos referido de nuestros infantes que comenzaron a desamparar las banderas; y aunque el maestre de campo mandó que les quitasen la vida a los que huyesen, y se ejecutó así con algunos, no se pudo estorbar el daño: y así todos los indios arrojando sus picas como embarazo, ganaron a lo espeso de la selva. Esto fué motivo de que nuestra infantería se viese precisada a estrecharse a menor frente. Y así prosiguió la batalla retrayéndose poco a poco los españoles al paso que hemos dicho de don García, a solo el cual y a poco espacio de la izquierda y de la derecha se redujo el combate de algunos millares de hombres. Dentro de poco tiempo se vió el lugar cubierto de cuerpos de hombres y caballos que estaban muertos o muriendo; la sangre teñia las armas y teñia la tierra: al maestre de campo, gravemente herido, le mataron el caballo y subió con dificultad en otro, segun la priesa que metian los enemigos, y lo espesas que andaban por todas partes las lanzadas y los golpes de las clavas de estos Hércules chilenos. Cinco horas enteras duró esta porfia de matarse unos a otros; y ya iban faltando las municiones a los espa-

ñoles, cuando Putapichon viendo a su jente fatigada y pareciéndole imposible desalojar a los nuestros del lugar en que se habian fortalecido, tocó la retirada, quedando muertos cuarenta españoles y de los indios enemigos novecientos. Se retiró Putapichon braveando y amenazando a los nuestros con otra pesa-mano que volveria a darles; pero no le decia su corazon que cuando volviese la primera vez a Arauco, que seria dentro de dos años, habia de esperimentar mui adversa la suerte.

CAPITULO XV.

Hostiliza el gobernador en persona el pais enemigo: ejecuta lo mismo Putapichon en el nuestro, y sucede la batalla de los Robles.

La batalla que referimos ántes entre el maestre de campo y Putapichon voló a Santiago con velocidad en las alas de la fama y pintada con mui tristes colores; representándola los émulos del maestre de campo para desacreditar su conducta como mui sangrienta y desgraciada para los españoles. Esto obligó al gobernador à ponerse luego en camino para el estado de Arauco, y hacer la guerra en persona, porque ya que no habian recabado cosa de la terquedad de los indios con sus propuestas pacíficas, queria probar el medio de ablandar a los contumaces y soberbios que es el rigor. Trajo consigo buena jente y bien pagada por el conde de Chinchon, virei por este tiempo del Perú, que le habia asistido con dinero y quinientos hombres escojidos. Mas sabiendo en la marcha que la dicha batalla no habia sido mui ventajosa para los indios y que tanto llevaban que contar de adverso como de próspero, se desvió del camino de Arauco y torció a la izquierda para la provincia de Puren, sabiendo que las bestias fieras se han de buscar en sus cuevas, y siendo cierto que nunca Roma hubiera sojuzgado a Cartago sino hubiera enviado contra ella a Escipion al Africa. Componíase la tropa de setecientos españoles y cuatrocientos ausiliares, y se hostilizó el pais con todo el rigor del hierro y el fuego. Esto miraba Putapichon con cólera reposada, consolándose en las pérdidas de su pais con las que meditaba causar en el ajeno, como lo ejecutó.

Porque siendo ya el mes de mayo y habiendo entrado rijido el invierno, se retiró el gobernador con cuatrocientos hombres a Buena Esperanza habiendo repartido los demas en las plazas vecinas y licenciados a los ausiliares. Esta ocasion era la que aguardaba Putapichon, y juntando quinientos soldados escojidos y bien montados, pasó sin que nadie lo sintiese a Biobio burlando la vijilancia del sarjento mayor Juan Fernandez Rebolledo que mandaba la plaza de San-Felipe de Austria, y habia asegurado al gobernador que Putapichon no pasaria sin ser advertido; mas este bárbaro pasó y ejecutó muchas hostilidades e hizo varias presas en el territorio de la ciudad de Chillan. En esto estaba cuando llegó al gobernador la noticia de todo; y aunque se hallaba enfermo de fiebre, posponiendo su salud a la pública, se puso en marcha arrebatadamente

con doscientos hombres a caballo mandando que todos llevasen un arcabucero a las ancas en lo cual dió él primero el ejemplo. Se encaminó para el territorio de Chillan, y no hallando a Putapichon lo siguió por la huella. Al siguiente dia de su marcha llegaron los españoles a la orilla septentrional del rio de Itata, hácia su nacimiento en la falda de la cordillera y en un paraje que llaman la Roblería que es de mucho hervaje y sembrado de selvas a trechos. En terreno llano se arrojó el gobernador con toda su jente por darle a ella descanso y pasto a los caballos, que habian caminado treinta leguas. La caballería formada tomó las avenidas: la infantería puso las armas en frente y se ocupaba en disponer las tiendas, entretanto que el gobernador, fatigado de la calentura, cojia fresco sobre la grama, mui ajenos todos de tener cerca al enemigo.

Cuando Putapichon que estaba oculto con quinientos hombres en una selva vecina, y sabia por instantes por medio de sus espías lo que pasaba en el campo de los españoles, entendiendo estaban descuidados, repartió su jente en tres trozos, y embistió con tanta furia con nuestra caballería que se la llevó por delante; pero montando a caballo el gobernador con espada en mano acompañado de oficiales y reformados, contuvo el furor de los bárbaros. Luego puso en órden la confusion de la caballería, y llamando por sus nombres a los que conocia mas esforzados alentó a todos y comenzaron a caer muchos mas de los enemigos que de los españoles, de modo que en media hora que duró la funcion perdió Putapichon la mitad de los suyos, la cual pérdida y verse él mal herido le obligó a retirarse. De los nuestros murieron cuarenta y un capitan de caballos. Pero por haberse llevado los indios un capote de escarlata del gobernador, éste le sirvió a Putapichon de gran trofeo, como que no lo habia comprado mui caro con la vida de doscientos cincuenta hombres. Así pasó la batalla de los Robles que se dió el dia 14 de mayo de 1630.

CAPITULO XVI.

Aplícase el gobernador al adelantamiento del público, trata con economía la hacienda real.—Retírase a Santiago, y vuelve a la frontera con la noticia de estar armados Putapichon y Queupuantú.

Los adversos sucesos de la guerra en los gobiernos anteriores y las contínuas correrías de los indios en el pais español, tenian a los españoles tan caidos de ánimo que no cuidaban de la hacienda, pareciéndoles que harto harian en guardar las vidas. Las campañas estaban yermas sin granos y sin ganados. A remediar este mal aplicó gran cuidado el gobernador, exhortando y alentando a los pobladores a que criase ganados y trabajasen sus heredades; y habilitó para este fin a los que se hallaban sin medios haciéndoles empréstitos de la hacienda real que habian de sastisfacer en los víveres que necesitaba el ejército. Luego, considerando que era mui grande el gasto anual que se hacia en comprar ocho mil vacas para soldados y ausiliares, pobló la estancia de Caten-

toa de ganados mayores, como con buen acuerdo y fruto habia practicado su antecesor Alonso de Rivera. Dadas estas disposiciones y dejando a don Alonso de Córdova de su lugar teniente y a don Fernando de Sea de maestre de campo con mil trescientos españoles y seiscientos ausiliares, pasó a la ciudad de Santiago en donde levantó dos compañías de infantería y una de caballos para fortalecer las plazas fronterizas cuando se ofreciese sacar de ellas las guarniciones veteranas para algunas funciones como se ofreció poco despues una mui famosa. Porque habiéndose escapado dichosamente dos prisioneros españoles del poder de los indios, se pusieron a vista del gobernador, y le informaron como Putapichon y Queupuantú, habiendo juntado un grueso de siete mil hombres, determinaban venirse para Arauco con ánimo de que una batalla decidiese de la fortuna de ámbas naciones, y que suponian habian de haberlas con el gobernador que como valeroso y amigo de gloria, no podria ménos de solicitarla en la faccion de mayor importancia.

Esta noticia trajo al gobernador con la brevedad posible a la plaza de Arauco, y desde el camino escribió al sarjento mayor que comandaba en San-Felipe de Austria que con tres compañías de caballería y algunas tropas de ausiliares se le viniese a juntar. Hízose la revista y se halló el gobernador con ochocientos españoles y quinientos ausiliares, pequeño ejército en el número pero grande en la calidad, por ser jente toda escojida a satisfaccion del mismo gobernador y mandada por él mismo, que era como otro ejército. A este tiempo llegó Catumallú, capitan de indios confederados con un prisionero espía del campo enemigo que fué sentido al tiempo que de la puerta del mismo Catumallú estaba desatando un caballo para llevárselo. Este, preguntado por el número de los suyos, respondió que eran siete mil hombres arreglados y resueltos, y que los cabos eran Putapichon y Queupuantú. La noticia de tanto poder aterró a algunos, y en el consejo de guerra aconsejaron al gobernador que se encerrase con su ejército en la plaza, y desde allí, jugando sobre seguro, captase las ocasiones de salir ganancioso; pero él, repudiando todo lo que era contra el pundonor, y diciendo que entra con mui mal pié en la guerra quien empieza perdiendo la reputacion, resolvió presentar al otro dia la batalla al enemigo, buscándolo en campo raso.

CAPITULO XVII.

Batalla de la Albarrada, en que consiguen los españoles una insigne victoria sobre los indios.

En grave cuidado puso al gobernador el parecer de algunos capitanes de que no se presentase batalla a enemigo tan aventajado en fuerzas, no obstante que él con superior conocimiento comprendia ser conveniente presentársela; porque como conocia juntamente que suelen

engañar las esperanzas que suelen parecer mas bien fundadas, y que en la guerra lo próspero se atribuye a todos y lo adverso solo a uno; mas como su esperanza la ponia en solo Dios, y tenia bien entendido que el modo de granjear la divina asistencia es merecerla con el ruego humilde y la pureza de la conciencia, dispuso la noche antecedente al dia de la batalla las cosas de su alma, implorando el divino favor y por su ejemplo y el presente peligro que suele ser buen consejero, hicieron lo mismo todos los oficiales y algunos de los soldados, confesándose con ocho sacerdotes que habia en la plaza. Aquella noche se tocó al arma porque algunas partidas de indios se acercaron con increible audacia hasta nuestras murallas; el gobernador salió fuera de la plaza con algunos piquetes y estuvo mui cerca de los enemigos con manifiesto peligro de su persona, accion que debe acusarse de arrojada y temeraria en un jeneral de quien depende la salud de un ejército, como se acusó a Gustavo y a Alejandro Farnecio haberse aventurado a reconocer de cerca a Egra y Caudibec. Tarde de la noche quemaron los enemigos las casas del rededor de la plaza de los indios confederados, con cuyas horrorosas luces esclareció funestamente la noche infundiendo terror un enemigo poderoso y que mostraba su cólera hasta en lo inanimado. Poco ántes del dia mandó el gobernador que se pusiesen en marcha las tropas; iban delante los ausiliares con escarapelas blancas para que en la batalla se diferenciasen de los contrarios. Luego se seguia la caballería española y a lo último la infantería, todos mui bien armados. A breves trechos de la marcha. se encontraron nuestros batidores con los enemigos, y habiendo peleado murieron cuatro de éstos y se aprisionaron dos, de los cuales se adquirieron noticias que fueron útiles. De nuestros ausiliares quedaron heridos algunos, y con esto se retiraron de ámbas partes, como de comun acuerdo.

Prosiguió el campo la marcha hasta un terreno que pareció a propósito para la batalla por ser una loma llana y que por estar cortada a la izquierda i a la derecha, de modo que su area no era demasiado estendida, sería incómoda para el enemigo que abundaba en jente y en especial en caballería. Iba ya bajando el sol por el oriente el dia 13 de enero de 1632 cuando los dos campos se dieron vista uno a otro, ámbos en buena ordenanza; de modo que el gobernador ejercitadísimo por veinticinco años en las guerras de Flandes, alabó mucho la buena formacion de los indios. Él dispuso el suyo de esta manera acomodándose el terreno. Hizo una línea de la infantería y caballería: la infantería colocó a la derecha al comando del sarjento Juan Fernandez Rebolledo, y la caballería a la izquierda gobernada por el maestre de campo don Fernando de Sea; el gobernador se puso en medio asistido de muchos reformados; y la retaguardia encomendó al comisario Alonso de Villanueva Soberal. El capellan mayor frai Juan Lazo de la Vega, sobrino del gobernador, fraile trinitario, echó a todos la absolucion, porque la quietud de la conciencia quita el horror a los peligros. Ya en esto se venian los enemigos para los españoles en número de dos mil

infantes y cinco mil de caballería montados en famosos caballos, y los indios adornados gallardamente con sus airones de plumas de varios coloridos y sus lanzas de cuarenta palmos, al son de sus belicosos instrumentos, con aspecto tan sereno y regocijado como que fuesen a sus festines. A distancia que no podian ser ofendidos de las armas de fuego, mandó hacer pausa en la marcha Queupuantú, y conociendo el gobernador que este jeneral no queria ser el primero en embestir, dijo en alta voz:—"Ea! démosle gusto a Queupuantú," y mandó al maestre de campo que principiase la accion con la caballería y que al mismo tiempo el sarjento mayor hiciese con la infantería una justa descarga; pero estas descargas fueron de tan poco efecto, que no solo no desordenaron a los indios, pero que no los obligaron a hacer el menor movimiento, ántes recibiendo a nuestra caballería con sus picas de que hacian delante de sí como una fuerte valla, lo hicieron retroceder con desairados remolinos y casi a espaldas vueltas, como dice Santiago Tesillo y llegó así a abrirse de la retaguardia sin poderla contener los oficiales. Entretanto, nuestra infantería se portaba bien haciendo un fuego mui regular y ganando siempre terreno, y el gobernador aprovechando la oracion, mandó que abrazase otra vez la caballería exhortando a todos a hacer su deber y llamando a los principales por sus nombres, como tenia por costumbre en semejantes ocasiones. La caballería embistió ahora con aliento y deseo de resarcir la honra perdida en la retirada. Sostuvieron los indios el encuentro por un buen rato, pero como muriesen muchos de ellos y hubiese recibido Putapichon, que cumplia mui bien con su obligacion, una peligrosa herida que lo dejó incapaz de pelear ni de mandar, se pusieron los indios en fuga declarada sin poder contenerlos Queupuantú que, como valientísimo que era, se esponia a los mayores riesgos obrando con la mano y la voz cuanto podia un gran capitan, y aun hiriendo y matando a los fujitivos; pero nada pudo contenerlos, porque en tales casos ninguna cosa se teme mas que lo que comenzó primero a tomarse. Despues de esto huyó tambien la infantería de los indios que hasta este tiempo se habia mantenido firme, por haberla desamparado la caballería cuando estaba para mezclarse con intento de inutilizarnos las armas de fuego. Deste este tiempo la batalla ya no lo fué si no matanza y carnicería; siguieron nuestras tropas el alcancè por espacio de dos leguas, en el cual y en el campo de batalla murieron mil doscientos de los enemigos arreglándome al cómputo menor de lo que hallo escrito como debe hacerse, pues la jactancia de los vencedores suele acrecentar ambiciosamente la mortándad de los vencidos: como notó la severidad de Tito Livio en la vanidad del historiador Valerio Anciate. Se hicieron prisioneros seiscientos indios y se les cojieron cerca de cuatrocientos caballos que fué toda la remonta que traian de reserva. De los nuestros murieron solo dos, y cuatro ausiliares quedando mui pocos heridos, para que se conociese mejor que esta victoria fué del cielo, el cual convirtió a los leones chilenos en liebres fujitivas y nos dió de gracia una victoria

tan completa sin costo alguno. Así lo reconoció el gobernador que mui en breve se retiró para la plaza con su ejército victorioso, y mandó que todos asistiesen a una misa que se cantó en accion de gracias. Luego convidó a un banquete a los oficiales y soldados particulares que se portaron mejor, como hizo Gustavo rei de Suecia con sus capitanes despues de la victoria de Leipsick, y es bien que así se haga porque como esperar al enemigo en la mesa entre los vinos y manjares ántes de la batalla, como hacia Dario con Alejandro es necia presuncion: así despues de la victoria es premio militar que se vean los soldados por sus proezas puestos a la mesa de sus jenerales y se les condena entónces aunque el vino y la demasiada alegría les esprima alguna jactancia.

CAPITULO XVIII.

Prosiguen los sucesos de la guerra.—Desobediencia de los españoles a su sarjento mayor y su paradero.

El aprovechar las buenas ocasiones que presenta el tiempo es el mayor acierto en todas las ocasiones políticas y militares y en éstas en especial es importantísima saber usar de las victorias. Por no haberlo hecho así Aníbal cuando la batalla de Canas, fué Cartago presa de Roma, cuando pudo Roma haber sido presa de Cartago. El emperador Trajano que sabia vencer y usar de la victoria, luego que sojuzgó a la Dacia, le quitó las armas y los artífices de ellas para precaver las rebeliones. Con este dictámen, el gobernador habiendo dado al virei noticia de su victoria y pedídole fomento para acabar la guerra que decia seria en término de dos años, despachó al maestre de campo don Fernando de Sea con cuatrocientos hombres para que se asentase en Negrete a orillas de Biobio y que cubriese el territorio de la ciudad de Chillan, el partido de Buena Esperanza y la plaza de San Felipe de Austria. Y el mismo gobarnador, acompañado del sarjento mayor Rebolledo, salió con mil doscientos hombres para la provincia de Culacura, en donde se sabia estar los indios juntando a un buen trozo que ya tenian nuevas reclutas de varias provincias, porque creia que acabar con estas reliquias de los vencidos era acabar de vencer. Llegado el gobernador al paraje llamado Coipú en dicha provincia, y no hallando enemigos destacó al sarjento mayor con la caballería para que pasando el rio Cauten que baña las murallas arruinadas de la antigua Imperial, hostilizase a los enemigos de la otra banda. Llegó el sarjento mayor a la orilla de dicho rio, y dejando de esta banda a su subalterno con la mayor parte de la jente española, despachó a los indios y a algunos españoles a la otra banda a que hostilizasen a los indios enemigos. Esto hizo tumultuar a los españoles que se quedaban, y con voces irreverentes le dijeron que por aprovecharse él solo de los indios cautivos para venderlos por esclavos, los dejaba a ellos fuera de la faccion, sobre lo cual le trajeron a la memoria otros ejemplos de su avaricia, en

que me persuado a que dijeron verdad, y si la dijeron es grave motivo de escarmiento para los superiores codiciosos, pues procurando éstos dejar bien puesta a su posteridad, la del sarjento mayor Rebolledo está tan desconocida por pobre que apénas podrán dar noticia de quien desciende de aquel tronco los que estan mui instruidos en noticias de Chile. No solo dijeron los soldados a su superior estas palabras de descomedimiento, sino que llegaron al acto sedicioso de pasarse todos al rio Cauten y practicar las hostilidades y hacer las presas que les habia prohibido. Ni el sarjento mayor se resolvió a hacerles causa: se las hizo el gobernador diciendo que pasaria a un castigo severo; pero éste no se siguió. Debe hacerse concepto de que no se tuvo por conveniente ni por seguro castigar a tantos, y que aquel seguimiento de juicio fué una hermosa apariencia para absolver salvando la autoridad del superior y precaviendo el riesgo de motin en los súbditos, estos son altos golpes de política, porque muchas veces no conviene cortar el nudo cuando se puede desatar.

CAPITULO XIX.

Despacha el gobernador procurador a España; y prosigue atendiendo a las utilidades del reino.

Habia conocido el gobernador de propia esperiencia, y por informes de los prácticos del reino, que el indio es un enemigo que no se halla cuando se busca, sino cuando le conviene, y que es un enemigo duende como se esplica Santiago Tesillo, que no hace reputacion de huir ni de pelear: que no hace punto de pundonor faltar o no a su palabra y que no hace cargo de la relijion y gravedad del juramento; y no obstante envió a la corte a don Francisco de Abendaño pidiendo socorro suficiente y ofreciendo que con tal que no le faltase, él acabaria la guerra en dos años: promesa que ántes habia hecho al virei conde de Chinchon. Engañóle su grande ánimo porque no conocia que este enemigo es hidra que cortándole una cabeza le nacen otras. Lo mismo le habian ofrecido al rei Alonso de Rivera y Alonso García Ramon, ámbos grandes hombres, y este último especialmente asistido de tropas tales que en cantidad y calidad no las ha tenido algun gobernador de Chile; no obstante lo cual ninguno cumplió lo prometido. El procurador cumplió en parte con su encargo; pero mas solícito de los acrecentamientos propios, y habiendo conseguido para sí el hábito de Santiago y el gobierno del Tucuman, olvidó a Chile a quien debia sus primeros ascensos y estimaciones. El reino se quejó de su ingratitud y quedó en él oscurecida su fama: ni pudo gozar largo tiempo de los goces y honores de su empleo porque luego despues de su ingreso perdió la vida.

El gobernador atento y celoso, procuraba incesantemente las utilidades del reino, y con todo no se libró de murmuradores que el mando es oficio de hacer descontentos: y pues siempre ha de haberlos, mas vale

que no lo sean aquellos que miran de mal ojo a todo lo bueno. Mejoró todas las plazas en la habitacion y en la calidad y forma de las murallas, hizo que se acudiese a los soldados enteramente con sus sueldos y raciones, en cuya práctica se cometian enormes abusos, porque segun refiere don Francisco Bascuñan, buen testigo de las cosas de aquellos tiempos, las vacas que se compraban a dos y medio pesos, se las cargaban al soldado por seis, y en esta proporcion la harina y los caballos; de lo cual resultaba que dando el rei doscientos doce mil ducados que bastaban para mantener dos mil soldados bien pagados y estimados y armados, se mantenian muchos ménos y éstos desarmados y desnudos; porque los oficiales mas querian subir por medio del cohecho, y para esto derivaban a su particular la hacienda comun, que por falta de limpieza y honrado proceder en grave servicio de Dios y del rei es causa de la perdicion del reino. Como lo reconoció el doctor Juan Canseco Quiñones, juez visitador de la real hacienda y ejército de Chile en el año de 1619; estos males inveterados y llagas encaceradas tuvo que cortar y cauterizar el celo y severidad del gobernador don Francisco de Lazo, y se mostró tan valiente con la pluma y peleando con los decretos y edictos contra la avaricia de los suyos, como con la espada batallando contra el valor de los enemigos, felicidad de aquellos tiempos lograr un celador de justicia; y es mayor la de los tiempos presentes que así como en el señor don Alonso Guill y Gonzaga tienen las iglesias y obras pías patron beneficentísimo y los pobres un padre misericordioso que gasta en tan santas obras su caudal, así tiene el reino y ejército un juez incorrupto y vijilante que sujeta de la brida a la bestia fiera de la codicia y malas artes de enriquecerse las mayores a costa de la miseria y calamidad de los menores.

Volviendo a las obras de don Francisco Lazo, no solo atendia a que se hiciese íntegro el pagamento de los soldados, sino que ponia cuidado dilijente en su cura cuando estaban enfermos, visitando para esto por su persona varias veces el hospital real de la ciudad de la Concepcion que está a cargo de los hermanos de San Juan de Dios. En todo circulaba su desvelo frecuentemente: hacia inspeccion de las armas, municiones y pertrechos, como que en todas cosas tienen mui saludables influjos a fuer de soles los ojos de los superiores de celo. No habiendo en la Concepcion casa de morada para los gobernadores, edificó una mui capaz disponiendo suficiente fondo para su costo en las vacantes de encomiendas. Así mismo mandó fabricar una buena bodega para almacen de la pólvora.

CAPITULO XX.

Muerte y elojio del padre Gaspar Monroi.

Por no interrumpir intempestivamente los sucesos del gobierno hemos dilatado hasta aquí dar noticia del perfectísimo relijioso padre

Gaspar Monroi que murió el año pasado de 1631. Nació en la ciudad de Valladolid de la noblísima casa de los Monroyes; aunque él, verdadero humilde, no ponia en otra cosa mayor cuidado que en vivir desconocido. Entró en la compañía, y encendido en deseos de la conversion de la jentilidad, pidió pasar a Indias. Fué destinado a la provincia del Paraguay y Chile, y trabajó apostólicamente en las misiones en compañía de los incansables obreros Alonso Bercena, Pedro de Añasco y Juan Romero. Mas no pudiendo la flaqueza del cuerpo igualar a la valentía del espíritu, se rindió a la fatiga contrayendo una fiebre lenta que lo iba consumiendo poco a poco. Esto dió motivo a que los superiores acordasen enviarlo a Chile en cuyos aires benignos y semejantes a los de España creian que podria recobrar la salud perdida, como en efecto sucedió.

En Chile trabajó con el mismo celo de apóstol y vivió con el mismo deshacimiento del mundo y amor de Dios de un relijioso consumado; creciendo de dia en dia sus perfecciones como luz resplandeciente hasta llegar al mas perfecto en que pasó a mejor vida, y fué a gozar el premio de sus trabajos a los 80 de su edad, 50 de relijioso y 30 de profeso de cuarto voto en la ciudad de Santiago. Acudió toda ella a honrar sus exequias: la real audiencia, el ilustrísimo señor obispo, ámbos cabildos, toda la nobleza y pueblo declarándole todos santo como le habian estimado en vida. Y a la verdad muchas cosas lo hacian digno de la estimacion: a su rostro y talle singularmente hermosos y bien puestos recomendaban la virjinal modestia y compostura; lo que nacia de su grande amor a la pureza y presencia de Dios que sacaba de la contínua oracion que siempre tuvo de rodillas delante del santísimo sacramento con suma reverencia, no contentándose con la hora de la mañana, sino adelantándose al mismo sol a cojer el rocío y maná del cielo que se niega a los perezosos.

Tuvo señaladísimo don de Dios para dar los ejercicios de nuestro padre San Ignacio reduciendo a muchísimos hombres perdidos a camino de su salud, y poniendo a muchas buenas almas en estado de mayor perfeccion. Todas sus conversaciones eran de la grandeza y amor de Dios, esparciendo por todas partes centellas que encendian los corazones, haciéndoles sentir lo fácil, dulce y provechoso de este divino amor y lamentando contínuamente la infelicidad de los que como brutos animales estaban ajenos de la gratitud y respeto que se debe a tan benéfico padre y tan supremo Señor.

En la observancia de los votos fué siempre exactísimo. Su vestido era pobre y remendado: su cama no mejor que la de un mendigo, y no tenia otra alhaja que la de un crucifijo con la calavera a los piés, su obediencia pronta, rendida sin repugnancia ni contradiccion. En la pureza fué tan anjelical que lo miraban todos como una imájen de la castidad y virjinal vergüenza. Sin embargo, para que subiese de precio esta virtud, fué probada con el contraste de la tentacion, porque dos mujeres livianas una en la Europa y otra en la América aficionadas a su

jentil presencia y agrado, lo provocaron a deleite lascivo; pero el padre Gaspar se portó en varias ocasiones como un José, segun testificó su íntimo confidente el padre Juan Romero.

No podia faltar a tan celestial virtud su inseparable compañera y guarda, que es la humildad. Era el padre en su opinion el mas defectuoso y relajado relijioso que habia y se tenia por la basura de los colejios desconociendo y echando en sí ménos hasta una virtud mediana y un porte relijioso tolerable; pero a este paso fué la estimacion que todos tenian de sus singulares virtudes, la veneracion de su persona y el sentimiento por su falta.

CAPITULO XXI.

Desazones del gobernador con los oidores.—El maestre de campo sorprende la provincia de Ilicura, y muere en ella Queupuantú; y poco despues su sucesor Loncomilla.

Como las iminencias que son las primeras que logran las luces del sol al mismo paso estan espuestas a los rayos del cielo, del mismo modo los que mandan en el mando que estan en lugar mas esclarecido, estan sujetos a las tempestades de la discordia, a la cual dan el nombre honrado de competencia.

Esta sucedió entre el gobernador don Francisco Lazo y la real audiencia de Santiago, porque habiendo el gobernador mandado que algunos vecinos por ser de feudo, fuesen a la guerra y enviasen escuderos, rehusándolo ellos mas con contumaz desobediencia que con racional representacion, el gobernador determinó castigarlos, y ellos recurrieron a la real audiencia a querellarse de agravio. El tribunal admitió el recurso de que se siguió el resentimiento del gobernador y dar por vulnerado su honor. Pero los graves cuidados de la guerra hicieron olvidar estas discordias civiles. El gobernador, entretanto que venia a la frontera por fatigar a los indios con guerra contínua, ordenó que el maestre de campo entrase a tierras de Illicura, a solicitar la muerte o captura de Queupuantú. Vivia éste en medio de un pequeño llano circundado de bosques espesos que tenian difícil entrada, y su casa era de cuatro puertas a los cuatro vientos para tener fácil el escape siempre que fuese acometido; tenia apercibidas sus armas y prevenidos los indios de los contornos para que en cualquiera invasion acudiesen a su socorro. El maestre de campo salió a su empresa con cuatrocientos entre españoles y ausiliares, llevando por cabo de éstos a Loncomallú, hijo del valiente Catumalú, capitan fidelísimo a los españoles. Llegó el maestre de campo a la guardia de Queupuantú, quien defendiéndose algun tanto con sus domésticos tuvo modo de ganar el bosque inmediato. Pero llegándosele alguna jente con la novedad de la venida de los españoles, y haciendo punto de honra no deber la vida a la fuga sino a su valor, salió de la selva capitaneando a los suyos, y peleó con los españoles con estraña bravura cosa de media hora, mas viendo que las armas aventajadas de los espa-

ñoles hacian mucho estrago en su jente, se retiró otra vez a la espesura, y habiendo hecho llamada de mas jente, pareciéndole que igualaba al número de sus enemigos, salió otra vez a la pelea diciéndoles oprobios y echándoles maldiciones. De esta vez pereció casi toda su jente, y el jóven Mallú quiso dar prueba de su fidelidad y valentía batallando singularmente con Queupuantú. Mostraron en el combate un vigor de ánimo y cuerpo singular y rara destreza en el manejo de las armas: llegaron a quebrar ambos sus picas, y aquí Loncamallú, echando mano a su clava, le deshizo la cabeza a Queupuantú y tuvo fin la batalla con estrago total de los indios que no quisieron sobrevivir a su jeneral. De los españoles y ausiliares murieron mui pocos.

Muerto Queupuantú, elijieron las provincias costeñas por su jefe a Loncomilla, valiente y esperto capitan, teniendo atencion fuera de estas calidades a la consanguinidad con el muerto. Sucedió Loncomilla a Queupuantú en el odio y en el cargo dispuesto a continuar la guerra con obligacion de jeneral y sentimientos de parientes tan empeñado por el dolor como por el oficio. Inmediatamente a su ingreso al mando, hizo juntar sus tropas con intento de comprender a los españoles o a los indios confederados: y precaviendo que este designio no llegase a su noticia, mandó cortar dilijentemente la comunicacion con nuestra frontera. No obstante la precaucion de los indios llegó su designio a noticia del maestre de campo don Fernando de Sea, quien conociendo era necesaria la celeridad, porque no tuviese tiempo de engrosarse el enemigo y que se hallaria con desprevencion por ser la estacion invernìza, armando prontamente un ejército de cuatrocientos hombres, se vino en busca de Loncomilla y le presentó la batalla. El caso fué inopinado para el bárbaro, y pudo evitar el riesgo ocultándose en los bosques frecuentes en su tierra; pero ántes quiso pelear con riesgo que huir con deshonor, y siguió a su antecesor en la jenerosidad y en la desgracia, porque murió con cincuenta de los suyos. Hechos algunos prisioneros, huyeron los demas a los bosques. Estas dos acciones oportunas y bizarras ejecutó el maestre de campo durante el invierno, con que desempeñó colmadamente la confianza que de él hizo el gobernador.

CAPITULO XXII.

Hace el gobernador la campaña en persona; y a su retirada obliga con una estratajema a empeñarse en batalla a los indios y los desbarata.

Al mismo tiempo que a los indios de la costa se les habia abatido el orgullo con los dos adversos sucesos que hemos referido, los de los llanos formaban un cuerpo considerable de tropas para proseguir en el tenaz empeño de mantener la guerra y el gobernador para prevenirlos, salió por octubre de 1633 con mil quinientos hombres entre españoles y confederados; y de Curalebú destacó al sarjento mayor Rebolledo

con ochocientos soldados y órden de llegar hasta Repocura haciendo en ida y vuelta cuanto daño pudiese al enenemigo hasta volver a juntarse en Cuillin en donde le aguardaba. Cumplió el sarjento mayor tan a satisfaccion las órdenes dadas, que habiendo aterrado en todas partes a los enemigos, se volvió con trescientos prisioneros de todas edades y sexos, con mil doscientos caballos y cosa de siete mil cabezas de ganado mayor y menor. Los indios enviaron luego sus mensajeros a negociar el rescate de sus cautivos; y respondiendo el gobernador que solo podria esto efectuarse a condicion de la paz, respondieron los enviados que un punto tan grave no estaba contenido en los capítulos de su comision, y fueron despachados sin conseguir cosa.

De Quillin pasó el gobernador hasta las orillas del rio Captum, y sabiendo que de la otra banda estaban los enemigos en número de mil quinientos, envió al sarjento mayor con mil hombres para que los deshiciese. Estos ganaron la fragocidad de los bosques, y habiendo el sarjento mayor hecho tales presas y cautivado con todo el rigor de la guerra, se volvió para el gobernador y luego todo el campo a nuestro pais. El gobernador entendiendo que su marcha era observada de los enemigos que en cuerpo no despreciable se venian atras, pero no tanto que no pudiese lograr la ocasion de algun descuido nuestro, arregló sus movimientos con mucha precaucion y fortaleció dilijentemente todos los alojamientos. Y queriendo obligar a los enemigos a combate, usó de un ardid que le salió bien. Mandó que Catumalú con los indios amigos saliese de noche a ocultarse en un bosque de los delanteros, y que yendo el ejército en su marcha, simulase combate con nuestra retaguardia, para que viéndolo los enemigos que nunca perdian al campo español de vista, creyesen que peleaba con éste alguno de los trozos de los suyos que venian separados y acudiesen a su auxilio. Hicieron tan bien su papel Catumalú y los ausiliares con los españoles de la retaguardia remedando con tanta propiedad las veras de un combate, que a los mismos que lo habian inventado les parecia verdadero. Mucho mas les parecia asi a los enemigos, y convocándose embistieron tambien con nuestra retaguardia pensando socorrer a los suyos: con cuyo punto volvió para ellos Catumalú y los españoles la frente y las armas y se les hace considerable mortandad con que dejaron de seguir mas el campo español.

CAPITULO XXIII.

Correría de los enemigos en las cercanías de Arauco; y se refiere el porfiado combate que tuvieron los españoles con los indios de Illicura.

Conocia mui bien el enemigo que habia llegado el tiempo de la adversidad, porque don Francisco Lazo con mano pesada les habia ajado toda su floreciente fortuna; por lo cual acordaron prudentemente mudar el sistema de la guerra, y creyeron que cuando no podian medir las armas

en batalla campal con los españoles, convendria fatigarlos con correrías convirtiendo las peleas en latrocinios, de lo cual podria resultar que los que vencian en las batallas fuesen vencidos en la guerra. Para este efecto elijieron partidarios de valor y astucia, uno de los cuales fué Huenulcalquin, nombre famoso en aquellos tiempos. Éste se vino para las cercanías de la plaza de Arauco con algunos indios esforzados y buena remonta, y dando en nuestros confederados que estaban acimentados a orillas del Carampangue una corta legua de la plaza, hizo varios prisioneros, robó caballos y se retiró con suma celeridad. Los interesados pidieron licencia al comandante para ir en su seguimiento, quien se la concedió agregándoles una compañía de caballería española. Por mas prisa que pusieron, no pudieron dar alcance a Huenucalquin: pero se encontraron con una partida de enemigos que andaba en lo mismo. Pelearon con ella, les mataron cuarenta, hicieron cincuenta prisioneros, con mucho botin de buenos caballos y se volvieron contentos del buen despique.

Poco despues de esto envió el maestre de campo seiscientos entre españoles y ausiliares a hostilizar la provincia de Illicura: a la entrada de ella se encontraron con una corta partida de enemigos que no obstante su corto número se pusieron en defensa; pero habiéndoles muerto ocho, se pusieron los demas en fuga. El comandante español (cuyo nombre hoi se ignora) gastó seis dias en correr la provincia sin encontrar enemigos; al fin de los cuales hizo apariencia de retirarse suponiendo que los que estaban emboscados habian de venir en su seguimiento, y para atraerlos a combate con ventaja suya, dejando la mitad de su jente en la celada, se retiraba pausadamente con los demas. Aquí se comenzaron a descubrir indios a no larga distancia, y parándose él para hacerles frente, comenzaron de ámbas partes a combatir fuertemente, reconocieron la pelea encarnizada los de la emboscada, y saliendo de ella decidieron la batalla a favor de los suyos matando ochenta de los enemigos y se retiraron los demas; pero haciendo muchos fieros y amenazas de que no tardarian en probar otra vez la mano con los españoles. Decian esto porque les quedaba de reserva otro mayor cuerpo de tropas, lo que sabido por los españoles determinaron irse para ellos con intento de deshacerlos. Con el aviso de esto se previnieron los indios para el combate, y elijieron con grande acuerdo un llano espacioso y despejado en que esperar a los españoles, y en que pudiesen usar con ventaja de sus caballos descansados y lozanos, cuando los de los españoles por la fatiga de caminar tantos dias de unas partes a otras estaban descarnados y sin fuerzas. Cuando llegaron los españoles al lugar del combate se habia enturbiado el dia y mostraba pasar luego a lluvioso, como sucedió, y no obstante que preveian que esto habia de inutilizar las armas de fuego se hacia necesario, o ser obligados al combate con deshonra, o presentarlo con bizarría: elijieron esto. Luego que se trabaron, murió el comandante de los indios, y estos sin desanimarse por su falta,

ántes estimulándose a la venganza de su muerte, encendieron mas la pelea redoblando el esfuerzo. Hombres y caballos caian, porque la contínua lluvia habia hecho el terreno resvaladizo e intratable: así pelearon largo rato sin conocida ventaja, hasta que engrosándose mas la lluvia se apartaron de comun acuerdo para tomar aliento acusando de ámbas partes la misma tempestad que deseaban. Los indios se retiraron en aspecto de volver a pelear y reteniendo en el rostro las amenazas: y los españoles les aguardaron bien formados y unidos para suplir con el órden la falta del número; otra vez chocaron los indios procurando romperlos, y en todo el dia hicieron cinco arremetidas todas sin fruto, hasta que la noche les apartó, y los españoles sin ser mas hostilizados, se retiraron para Arauco: de éstos y de los ausiliares murieron treinta, y de los indios ochenta. Este fué el fin del combate mas porfiado que se ha visto en los campos de Chile, y todo lo referido consta de certificaciones que dió el maestre de campo a un soldado de los que en esta ocasion pelearon.

CAPITULO XXIV.

Varias correrías de los españoles, y algunos reencuentros con los indios, todos favorables.

Dijo un autor de primera órden que los españoles saben vencer y usar de la victoria. Esto es claro no sucederá siempre, pero se verificó en el gobierno de don Francisco Lazo, porque estando los indios tan atemorizados de las victorias pasadas que no osaban mostrarse en descubierto, y mucho ménos presentar o admitir batallas, sino que vivian en las selvas y breñas, en ellas los buscaban los españoles para domar con la porfia a la contumacia. El maestre de campo destacó por la costa quinientos hombres a hostilizar a los enemigos y aunque los hallaron sobreaviso, se volvieron los españoles al quinto dia con trescientos caballos y cuarenta prisioneros habiendo dejado muertos muchos mas. Pero es digno de particular nota el arresto de estos indios que ordinariamente nos ministran especies maravillosas de la confianza de su valor, y del pundonor que hacen de morir honradamente. Andaba a caza de ellos una partida de cincuenta españoles sin pensamiento de tenerlos tan cerca cuando dos indios irritados contra su mismo terror, salieron armados de sus lanzas y clavas a presentarse a los españoles provocándolos al combate con voces de improperios; en efecto murieron los dos como era necesario peleando contra tantos; pero ofendiendo y ofendiéndose largo rato con estraordinario esfuerzo y coraje; de modo que esta accion, fué materia de la conversacion de los soldados.

Por la frontera de San Felipe hizo otra irrupcion el sarjento mayor Rebolledo en persona con setecientos hombres: lo ejecutó con felicidad y se retiró con mucho despojo. Así mismo el gobernador que vino para esto de la ciudad de Santiago, se internó por la provincia de Purem y

hostilizó a los indios con todo el rigor de la guerra. Esto obligó a algunos caciques a venirse a los españoles ofreciendo la paz, aunque finjidamente, como se conoció despues, y Cheuquemilla, que estaba entre ellos con apariencia de amigo, por habérsele probado que mantenia oculta y criminosa comunicacion con los enemigos, murió o se le hizo morir en la cárcel.

Retirábase el gobernador despues de haber recorrido las provincias enemigas con contínuas marchas y contra-marchas; y como se dejasen ver varios pelotones de indios hácia la retaguardia, izquierda y derecha, mandó que el capitan Juan Vasquez quedase en celada para cojerlos en medio y enviarlos bien castigados. Tuvo el ardid buen suceso, porque cojeron en la trampa a los que pensaron armarla, y murieron muchos indios haciéndose veinticuatro prisioneros atacados por la una parte de la retaguardia del ejército y por la otra de los de la emboscada. Proseguia el ejército su marcha sin pensamiento de hallar mas enemigos, cuando la gran guardia se encontró con Curanteu, partidario famoso que volvia de tierras de españoles con alguna presa. Al punto fué atacado, y habiéndole muerto algunos, los demas fueron hechos prisioneros, a los cuales mandó el gobernador arcabucear, y los dos recibieron el golpe fatal con verdadero o afectado menosprecio de la vida.

CAPITULO XXV.

Disposiciones justas del gobernador en lo civil.—Severidad que practica con los rebeldes, y algunas facciones militares.

Decia Vespasiano que el príncipe ha de morir en pié, queriendo dar a entender que en toda su vida no ha de tener tiempo que destinar a su descanso, ni en que deje de emplearse en bien de los súbditos, porque es razon que así como todos los miembros se ponen a riesgo por la conservacion de la cabeza, así ésta les envíe a ellos incesantemente el jugo y nutrimiento con que se mantengan en buena constitucion. Todo esto tenia mui comprendido el alto entendimiento de don Francisco Lazo, por lo cual el tiempo que le dejaban libre las fatigas de la campaña lo empleaba en arreglar a los súbditos y dar forma a la justicia. Solian los oficiales del ejército comprar a los indios amigos los prisioneros de guerra en bajo precio para venderlos ellos por esclavos en mucho: y él desterró este abuso y corruptela, prohibiéndola con un severo edicto; y se sabia que lo que él mandaba se habia de ejecutar, porque queria que las leyes así como hablan con todos, así todos les prestasen el debido homenaje de la obediencia. Vedó tambien los monopolios y estancos que hacian los particulares en especial en las especies precisas para el mantenimiento, y así todo abundaba y corria a precio mas cómodo. Mandó así mismo con severo edicto que a todos los indios adultos que se hiciesen prisioneros de guerra se les quitase la vida sin remision, dejando para venta los niños y mujeres, en lo cual tuvo dos miras: la

una de que entendiesen los enemigos que la práctica cruel que ellos usaban con los prisioneros españoles daba motivo a la que se comenzaba a entablar con ellos; la otra mira era atraerlos por todos modos a la paz interponiendo para esta consecucion dos diosas, como decia Temístocles a los andrios, la *persuasiva y la violencia*, porque habiéndolos convidado ántes amigablemente con la concordia, ahora queria obligarles a ella con la fuerza. Y desde luego se reconoció en los enemigos la gran solicitud y cuidado de la vida de sus prisioneros en que los puso el rigoroso mandato del gobernador, pues comenzaron a fatigarlos con humildes embajadas de canjes o rescates. Y persistiendo el gobernador en que esto solo podria efectuarse dando ellos la paz, y prescribiéndoles para la respuesta el término de tres dias, no volvieron con ella con que se ejecutó lo mandado y se les talaron sus campos con el mayor rigor. Esta campaña hizo el gobernador en persona, y sabiendo los indios que para ella se habia sacado parte de la guarnicion de Arauco, dispusieron enviar novecientos hombres a tentar las fuerzas de la plaza y ver si podian sorprenderla. No se ocultó este designio al gobernador, quien para obligarlos destacó a Felipe Ranjel con alguna jente para que fuese a incorporarse con la guarnicion, disposicion que desvaneció los intentos de los indios.

El gobernador se retiró de'ando funestos rastros de su inobligacion y sabiendo que en la costa se habia juntado un no despreciable cuerpo de enemigos, mandó al maestre de campo que fuese a deshacerlo. Este pasó por Tucapel y Tirica sin encontrarlos; pero llegado a Calcoimo, desbarató algunas partidas, matando y haciendo prisioneros. De ellos fué Curimilla, famoso bandolero que habia fatigado a los confederados de San Cristóbal con contínuas correrías. Para acallar su justa ira les enviaron su cabeza los indios de nuestras tropas.

CAPITULO XXVI.

Hace el gobernador ciertas ordenanzas; manda que de la provincia de Chiloé se haga una entrada contra los indios cuncos; y funda la ciudad de San-Francisco de la Vega.

A un jenio sublime no lo ocupan todos los negocios de una clase aunque sean mui graves, y don Francisco Lazo aunque empleado con tanta actividad como felicidad en la guerra y aquejado de dolencias de que nunca se vió del todo libre, se hacia lugar para las providencias civiles y de gobierno. Reconoció que la codicia de los vecinos de feudo pasaban los límites de lo justo en exijir de sus indios encomendados los servicios y tributos; y para proveer al bien espiritual de unos y temporal de otros, hizo unas ordenanzas tan llenas de justicia, equidad y prudencia que habiéndolas trasmitido al consejo de Indias, tuvo por bien el aprobarlas y mandar su observancia.

Por estos tiempos los indios cuncos que se estienden desde el grado

cuarenta y dos para el polo, se habian hecho ausiliares de los indios de guerra; y como los romanos cuando acabaron la segunda guerra púnica comenzaron otra contra Filipo, rei de Macedonia, para que lastase el haber sido ausiliar de los cartajineses (Livius dec. IV. lib. I), del mismo don Francisco, hallándose desembarazado de la guerra con los indios mas cercanos a quienes habia domado con las armas, quiso satisfacer de los cuncos, y para castigarles mandó que el capitan Pedro de Mejorada saliese de Chiloé a esta empresa con las fuerzas de la provincia. Este, habiendo pasado el canal que la divide de la tierra firme, se internó en el pais enemigo llegando hasta la arruinada ciudad de Osorno. Los indios se le presentaron al opósito briosamente con *tres mil* hombres de infantería y caballería, y embistieron al campo español en forma de media luna, intentando rodearlos por todas partes como la consiguieron. En la batalla en que venció Ciro a Creso, como el ejército de éste fuese mucho mayor, cojió en medio tan perfectamente al de Ciro que dice Heródoto, quedaron ámbos ejércitos como si se descubriese un círculo pequeño dentro de otro mayor. Lo mismo pasó con el campo español y el de los indios que apretaban los puños y se animaban bravamente, aun pasando a insultar a los españoles como que los tuvieran cojidos en las Horcas Caudinas. Pero Pedro Mejorada, que era capitan de la eleccion de don Francisco Lazo, lo cual basta para su calificacion, les hizo breve el gozo a los enemigos, porque con los arcabuceros y lanceros bien cerrados hacia tanto estrago en los enemigos, como quien bate un muro en brecha que al fin de una porfiada resistencia los rompió y puso en fuga, en la cual y en el combate murieron muchos de los cuncos, y mui pocos de los españoles y se taló el pais con todo rigor, haciendo mucha presa de cautivos y ganados.

Ya estaba don Francisco Lazo cerca de los fines de su gobierno y lo atormentaba la palabra empeñada a S. M. de la entera sujecion de los indios, los cuales aunque ya estaban domados, no estaban sujetos. Para perfeccionar la obra y darle perpetuidad, acordó fundar en Angol una ciudad con el nombre de San Francisco de la Vega que tuviese a raya a los indios, y velase sobre su quietud. Para su poblacion se destinaron cuatro compañías de caballería, y dos de infantería de las mejores del reino.

Pero como esta fundacion fué poco tiempo ántes del retiro de don Francisco Lazo, y pocas veces promueven los sucesores las obras de los antecesores, la ciudad acabó con muerte temprana que se pudo equivocar su oriente con su ocaso.

CAPITULO XXVII.

Hostilizan los holandeses las costas de Chile.—Acaba su gobierno don Francisco Lazo, y muere en Lima.

Mui desdichado es quien carece de enemigos, porque la envidia nace y se cria al pié de la felicidad. Los muchos enemigos y envidiosos que

ha tenido la América son clara prueba de que el autor de la naturaleza la mejoró en el tercio y quinto de sus bienes y tesoros. Estos son los que han irritado la rabiosa sed de oro y plata de los enemigos de la iglesia y de España; y por estos tiempos las provincias unidas de Holanda, suponiendo estar el reino de Chile despoblado de españoles, y poblado de enemigos acérrimos, acordaron confederarse con estos y establecerse en el reino, echando de él a sus antiguos poseedores. ¡Tan vastos son los proyectos de la ambicion! Pero tuvieron mal éxito sus conatos, porque habiendo pasado a estos mares varios bajeles holandeses, encontraron en casi todas partes la desgracia o el justo castigo. Uno de ellos aportó a la isla de la Mocha que está en frente de la desembocadura del rio de la Imperial, y habiendo echado jente a tierra en una lancha artillada, acometieron los naturales a los holandeses, y habiéndolos muerto, se apoderaron del bajel.

Otro navio tomó puerto en Llaguapi, que los españoles corrompiendo el vocablo, llaman Lavapié; y habiéndoles los indios muerto alguna jente hizo velas con deshonor. El tercer bajel fué aventado del puerto de Valparaiso. El cuarto, hizo desembarco en la Quiriquina, isla que cierra el puerto de la Concepcion: hizo tres prisioneros, y no pudiendo proveerse de bastimentos, tambien se retiró con desaire.

A los diez años del gobierno de don Francisco Lazo, le sucedió por merced de Felipe IV don Francisco Lopez de Zúñiga, marques de Baides, conde de Pedroso, caballero del órden de Santiago, por los fines de abril de 1639 que tomó residencia a su antecesor, y siendo los cargos pocos y de ninguna sustancia, lo dió por buen ministro y excelente capitan y trató con particular estimacion. Don Francisco se trasladó a Lima, en donde en breve le dió una tal dolencia que luego hizo perder la esperanza de su vida. Fué su muerte mui sentida del virei, que conocia cual ministro perdia la monarquía, y de todos los apreciadores de lo bueno. Porque fué justísimo sin especie de crueldad; limosnero, sin ostentacion; cristiano y relijioso sin hipocresía; valiente con prudencia y cordura. Supo elejir idóneos instrumentos para la paz y la guerra, y cuando no los hallaba hechos, él los hacia y mantenia en un proceder honrado y justo con su ejemplo, que es el mas poderoso mandato. Manejó las armas con tanta felicidad diez años, que no solo venció a los enemigos, en infinitas batallas y reencuentros por sí, sino tambien por sus subalternos sin haber tenido en tan larga série de sucesos uno siquiera de consideracion que fuese desgraciado. Me persuado firmemente que debió esta continuacion de prosperidades a que la mucha fé con que imploraba el favor del cielo por sí y por medio de los sacerdotes le granjeaba la especial asistencia del que se dignó llamarse "Dios de los ejércitos," a quien sea la honra, la gloria y la alabanza por infinitos siglos de los siglos.

FIN.

INDICE.

HISTORIA MILITAR, CIVIL Y SAGRADA

DE LO

ACAECIDO EN LA CONQUISTA Y PACIFICACION DEL REINO DE CHILE.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

PAJ.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SESTO.

FIN DEL ÍNDICE.

INTRODUCCION.

El licenciado Luis Tribaldos de Toledo, autor de la historia de la conquista de Chile que publicamos en el presente volúmen, nació en la villa de San Clemente en la Mancha, en España, por los años de 1558. Hizo sus estudios en el colejio trilingüe de Alcalá, donde adquirió algun conocimiento de las lenguas latina, griega y hebrea y mas tarde recibió las órdenes sacerdotales y abrazó la vida del claustro. Desde su juventud, alcanzó cierta reputacion literaria por diversas poesias latinas o castellanas dadas a luz en las publicaciones destinadas a describir fiestas. Mas tarde obtuvo el cargo de preceptor de la familia de los condes de Villamediana.

Aparte de aquellos conocimientos, Luis Tribaldos de Toledo poseia la erudicion indijesta que se encuentra en algunos escritores de su tiempo. Se nota particularmente ésta en un tratado latino que compuso sobre el Ofir de Salomon. Dió a luz tambien la *Guerra contra los moriscos de Granada* que don Diego Hurtado de Mendoza habia dejado inédita, acompañándola de una introduccion en elojio de su autor. Hizo, ademas, una traduccion de la jeografía de Pomponio Mela, que han criticado otros traductores talvez con excesiva dureza y que no fué dada a luz sino despues de la muerte de Tribaldos de Toledo, de modo que éste no pudo hacer en ella las correcciones necesarias para purgarla de los errores que se le han criticado. Estas obras, que ahora nadie consulta, le dieron gran nombradía. Lope de Vega, pasando en revista a los injenios de su tiempo en el *Laurel de Apolo*, se espresa así en la silva VIII al hablar de este autor:

Tejed a Luis Tribaldos de Toledo,
Musas griegas, latinas y españolas,
Tres verdes laureolas;
Que aseguraros puedo
Que de ninguno mas gloriosamente
Ciñen la docta frente;

Severo en el Parnaso,
Para todo difícil, grave caso,
Arbitro de las musas tiene asiento:
Sus letras celebrad, su entendimiento,
Su condicion amable y jenerosa,
Su dulce verso y su fecunda prosa.

Esta reputacion de erudito le granjeó la proteccion del ministro de Felipe IV, el conde duque de Olivares, que lo nombró su bibliotecario particular, destino mui codiciado por los literatos de aquel tiempo. Merced a esta proteccion, Luis Tribaldos de Toledo gozaba de algun valimiento en la corte.

En 1625 murió Antonio de Herrera, el célebre historiador de los *Hechos de los Castellanos en las Indias Occidentales.* Su muerte dejó vacante el cargo de cronista de Indias, creado por Cárlos V, un siglo ántes, para formar la historia completa de la conquista del nuevo mundo. Felipe IV dió el destino a Tribaldos de Toledo; y por indicacion del consejo de Indias, le mandó escribir la Historia de Chile. Entónces, la corte se preocupaba mucho de este pais, no por su importancia ni por sus riquezas, sino por el ensayo que en él se habia hecho de un sistema de conquista pacífica dirijida por los misioneros de la compañía de Jesus. Habíanse propuesto poner término a la prolongada guerra contra los indios araucanos, empleando en su lugar la predicacion evanjélica como medio de propagar la civilizacion y de reducir a los indios a la obediencia y la sumision. Este nuevo sistema, en el cual se habian fundado tantas esperanzas, no produjo los resultados que se esperaban. El consejo de Indias queria que un cronista intelijente y laborioso estudiara la historia con toda prolijidad para sacar de ahí la esplicacion del mal resultado de aquel ensayo.

Tribaldos de Toledo acometió la empresa con entusiasmo; pero no poseia la laboriosidad incansable ni la intelijencia clara del cronista Herrera, su predecesor. En vez de trazar la historia con el estilo llano a la vez que animado y colorido que distingue a la obra de Herrera, en lugar de reunir muchos hechos con claridad y sencillez, que era lo que principalmente interesaba a los contemporáneos y a la posteridad, Tribaldos de Toledo tomó por modelo los escritos de Hurtado de Mendoza y de otros historiadores retóricos, y se propuso dar a su obra un lenguaje elegante y rebuscado, creyendo talvez que esta era la parte principal en un trabajo histórico. Reunió los libros así impresos como manuscritos, y los documentos que hacian a su objeto; y despues de estudiar prolijamente los hechos, se propuso revestirlos con las galas que solo saben usar los grandes maestros del arte.

La muerte sorprendió a Tribaldos de Toledo ántes de dar fin a su trabajo. Falleció en Madrid, el 19 de octubre de 1634. La obra comenzada con tanto empeño quedaba inconclusa: en mucha parte solo habia reunido y agrupado documentos de alguna importancia, pero los hechos no estaban todavía repartidos de un modo lójico y arreglado. Sus tra-

bajos quedaron sepultados en el olvido sin que nadie pensara en darlos a luz, o siquiera en utilizarlos. Solo a fines del siglo pasado, don Juan Bautista Muñoz, comisionado por Cárlos III para escribir la historia del nuevo mundo, encontró los manuscritos de Tribaldos de Toledo, y sacó una copia de todo lo que consideraba mas importante. Muñoz hizo completa abstraccion de lo que el cronista habia escrito acerca de los primeros tiempos de la historia de Chile, y en que se habia limitado solo a reproducir lo que decian otros historiadores; pero copió todo lo que Tribaldos de Toledo habia dejado escrito sobre los sucesos del siglo XVII y los primeros trabajos de los jesuitas para la conquista pacífica de la Araucanía. Esta parte de su historia, evidentemente trunca e incompleta, tiene para nosotros una alta importancia porque encierra hechos desconocidos y documentos cuyos orijinales no existen quizas. Talvez los manuscritos de Tribaldos de Toledo han desaparecido ya; pero la parte conservada por Muñoz, que sin duda alguna era la mas interesante de su obra, tiene un verdadero interes para los que se propongan hacer un estudio sério y razonado de la historia patria.

Por esto nos ha parecido útil publicar en la *Coleccion de Historiadores Chilenos*, los considerables fragmentos que nos quedan de la obra del cronista de Indias Luis Tribaldos de Toledo. Esos fragmentos que, como ya hemos dicho, no recibieron la última mano del autor, se resienten de un notable desórden, y no constituyen una obra de arte; pero contienen hechos y documentos que no se encuentran en ninguna otra parte.

DIEGO BARROS ARANA.



VISTA JENERAL

DE LAS CONTINUADAS GUERRAS: DIFICIL CONQUISTA DEL GRAN REINO,

PROVINCIAS DE CHILE;

desde su primer descubrimiento por la nacion española en el orbe antártico hasta la era presente.

ESCRITA POR

LUIS TRIBALDOS DE TOLEDO,

CRONISTA MAYOR DE INDIAS, NATURAL DE LA VILLA DE SAN CLEMENTE EN LA MANCHA;

VECINO DE LA INSIGNE CORTE DE MADRID.

DESCRIPCION O SITUACION DEL REINO DE CHILE, SU LATITUD Y AMPLITUD, NOMBRES DE PUERTOS, RIOS Y VALLES CON LAS DISTANCIAS DE UNOS A OTROS, Y OTRAS COSAS DE NOTABLE GRANDEZA Y CALIDAD.

El remate de las provincias de Atacama está en veinticuatro grados del Sur y en este punto y límite acaba la jurisdiccion del reino del Perú y comienza la de Chile, corriendo por el rumbo de Norte Sur hasta cuarenta y cinco grados en que se halla la ciudad de Castro, y acaba en cuarenta y siete el Archipiélago de Chiloé, hasta donde llega y fenece el distrito de las provincias del reino de Chile.

Desde los cuarenta y siete grados hasta el Estrecho de Magallanes restan seis que todos desde la Equinoccial hacen de latitud austral cincuenta y tres en que está el estrecho tan nombrado.

Suman los veintitres grados que este reino tiene de largo de Norte a Sur a diez y siete y media leguas por grado, cuatrocientas dos y media leguas por línea recta tirada por el aire, que caminando por tierra o navegando por las costas de sus mares, son muchas mas sin comparacion.

Su amplitud o anchura desde que comienza en el estremo de Atacama hasta que acaba su lonjitud no es mas de treinta leguas escasas porque de la banda del Oeste le estrecha el mar del Sur, y por la del Este le limita una cordillera y montaña cargada de nieve, imposible de atravesar por muchas partes que corre el mismo rumbo de Norte Sur. A las espaldas de estas sierras al Este o parte oriental está el Paraguay y el Tucuman y mas adelante, hácia el dicho Estrecho, están los Césares y Patagones o Jigantes, tierras todas por conquistar. Tiene este reino de Chile por la costa hasta donde se acaba la tierra de cristianos y comienzan algunas provincias de paz y todas las de guerra los pueblos de españoles, puertos y rios que por su órden irán referidos en esta manera: Desde Atacama que está en veinticuatro grados hasta el

cabo de la Vela que está en veintitres mui poco menos hai sesenta leguas, y desde aquí a la cordillera toda es tierra despoblada, estéril y sin fruto alguno. Desde el cabo de la Vela a Copiapó hai veinte leguas, está en veintinueve grados y es pueblo pequeño de indios, y la tierra adentro hasta la Sierra neveda hai algunos naturales, pero tan pocos que así se tiene por tan despoblada como la de atras. En este pueblo reside de ordinario un juez puesto por el gobernador de Chile, que sirve de guarda para que los soldados mal contentos no se huyan al Perú por este despoblado, como no pocas veces lo hacian.

Desde Copiapó hai hasta un pequeño rio o arroyo que entra en el mar llamado el Huasco, treinta y cinco leguas está en treinta grados y un tercio, y desde este paraje o sitio hasta la cordillera es la tierra mas fructuosa que la de atras donde hai algunos mas indios y arboledas y frutos naturales. Desde el Huasco hasta la ciudad de Coquimbo hai cuarenta i cinco leguas: está en treinta y un grados y dos tercios: tendrá esta ciudad como doscientos españoles y algunos mestizos, mulatos y mas de cuatrocientos indios: en este asiento hai labor de minas de oro en mediana cantidad, y otras de cobre riquísimas. Trájose de estas minas la mayor cantidad de lo que gastó el príncipe de Esquilache en la artillería que fundió para defensa del Callao de Lima. La tierra que hai desde este asiento hasta la cordillera tiene indios cristianos en mucho número: tiene así mismo todo jénero de ganado de Castilla y los mas frutos de acá y naturales de aquella tierra. Desde Coquimbo hasta el puerto de Valparaiso que está en treinta y tres grados y un tercio y setenta leguas por tierra, hai algunos pequeños puertos de poca consideracion escasos de agua, salvo en tiempo de lluvias, porque solo hai en ellos algunos arroyuelos como Limarí, Chupai, las Salinas, que no tienen mas que el nombre estando sin sal, i si alguna se hace es poca y trabajosa, como son el puerto del gobernador, la Ligua el de Tuntero, el Papudo y punta y rio de Concon.

Este puerto que llaman de la Ligua tiene uno de los mas regalados y fructuosos valles de todo el reino: viven en él, ademas de los indios, muchos españoles en sus entancias donde cojen abundantemente trigo, cebada, todo jénero de legumbres, frutas de la tierra y de Castilla, y en los términos de este valle y demas puertos referidos hasta la cordillera tienen innumerable cantidad de todo jénero de ganados de Castilla; de manera que sin tratar de los demas ganados de don Gonzalo de los Rios ni de otras personas mas, que de solo un jénero es cosa indubitable que tiene este caballero en los términos de este valle mas de cuarenta mil cabras de cria. En la punta de Concon hai una gruesa hacienda del capitan Pedro de Recalde donde se coje mucho vino y bueno, abundancia de pan y de los demas jéneros de frutas y legumbres que se cojen en la Ligua, sin faltar ninguna cria de ganados de todas suertes.

En Concon entra en la mar el rio del valle de Quillota: este valle es de los mas fructuosos y regalados de todo el reino, y es comun opinion que excede a todos, por que fuera de haber en él y en sus contornos los

ganados y frutos en la abundancia que en los demas hai tiene tambien vino y cosecha de lino, muchos dulces y sobre todo mucho cáñamo, a cuya causa en algunas haciendas, particularmente en las de Peña de Arias de Villagra, y el licenciado Villarroel, se labran muchos cables y todo jénero de jarcia para los navíos de aquellas costas, y buena cantidad de ella se lleva a vender al Perú.

Comienza este valle a subir por la falda de la cumbre nevada desde cuatro leguas la tierra adentro distante del mar: es el rio de Quillota el mas caudaloso que hasta él hai: nacen éste y el de Aconcagua en la sierra o cordillera dentro de la provincia de Mendoza y Cuyo que es el paso por donde se pasa y comunica este reino con el del Perú y Buenos-Aires.

En todo el largo de esta sierra nevada que alcanza todo Chile, no hai por donde atravesar a estas otras partes, sino es por tierra de Mendoza, y aun por aquí ha de ser forzosamente por los meses de diciembre, enero y febrero, porque todo el demas tiempo del año está tan cerrado de nieve este paso como los demas de la dicha montaña. La punta de Concon hace la entrada de Valparaiso, puerto principal donde surjen las naos del Perú y otras partes que van de la ciudad de Santiago de rejistro. No hai en este puerto poblacion mas que una sola capilla donde se dice misa, y las bodegas bastantes donde se recoje la hacienda que se embarca y desembarca. No hai rio en este puerto, sino un arroyuelo distante de allí como dos tiros de mosquete que llaman el Almendral, y en él se hace la aguada para los navíos.

Desde este puerto de Valparaiso hasta la ciudad de Santiago, Corte de este reino, hai diez y siete leguas de camino la tierra adentro yendo al Este sud este: hai en el camino un arroyo que en un llano hace una laguna o tabla de agua donde hai mucho pescado, y en particular muchas y mui buenas truchas salmonadas, tales que no se han visto hasta hoi en otra ninguna parte de Indias o Nuevo mundo.

Tiene la ciudad de Santiago maravilloso asiento en un llano: pasa por la parte del Oriente de ella un pequeño rio que llaman la "Chimba" y al Poniente una asequia de agua, cuyo nombre es la "Cañada," en donde hai muchos molinos. Habrá en esta ciudad de cuatrocientas cincuenta a quinientas casas mui buenas, y en ellas seiscientos hombres españoles, poco mas o ménos: de mujeres de España se hallarán tres tantas mas, a causa de haber bajado a esta ciudad muchas de las ciudades que se perdieron destruidas por los chilcanos, y asi mismo por haber muerto en la guerra hombres y no mujeres. Hai en ella Iglesia parroquial y obispo, con título de Santiago de Chile: hai conventos de Santo Domingo, de San Francisco, de la Compañía de San Agustin, de nuestra Señora de la Merced: hai asi mismo dos conventos de monjas, uno de la órden de San Agustin que tiene mas de ciento setenta relijiosas, y entre ellas habia, por los años de 1625, ocho hermanas todas monjas profesas, hijas del capitan Jerónimo de Molina y de Juana Francisca su mujer: dejaron otra, en el siglo, casada con el maese de campo don Diego Flores

de Leon: el dicho convento es de la órden de San Francisco, retiráronse a esta ciudad cuando la Imperial se perdió.

Está en esta ciudad la Real Audiencia de este reino: hai en ella oficiales de la majestad real, es toda ella y todo cuanto tiene al rededor el mas gallardo verjel del mundo: hai abundancia de todo jénero de frutas, legumbres, trigo, cebada y demas frutos de Castilla y naturales: el temple es el mejor que se conoce: llueve mui suavemente los meses de mayo, junio, julio y agosto, y en lo restante del año hace sol y en ningun tiempo frio, y el calor tan moderado que nunca por demasiado congoja a los que allí habitan. Diez, doce, veinte leguas en parte hai al contorno de esta dicha ciudad mui gruesas haciendas de campo donde se hacen grandes cosechas de pan y vino, y en especial muchas y numerosas crias de todos ganados de Castilla, de que hacen los dueños todos los años mui estraordinarias matanzas de ganados para solo aprovecharse del sebo cordobanes y cueros curtidos para cuyo beneficio tiene cada dueño de hacienda en ella su terceria, y es infalible que entran de sebo y curtiembre y frutos de este reino cada año en el Perú mas de seiscientos ducados.

La carne vale tan de balde que la queman por los campos, y es mal considerado, pudiéndose aprovechar de ella salándola con gran beneficio de la tierra y otras partes.

Está la dicha ciudad de Santiago mui adornada y rodeada de huertas, olivares y viñas de que se coje mucho y mui buen vino y algun aceite y mejores aceitunas que en España: cúrase mucha cantidad de higos particularmente en el Salto y en las haciendas de los capitanes Jerónimo de Molina y Diego de Araya.

Abunda tanto en las mejores gallinas del orbe que no valen mas de a real y el mejor capon real y medio, dos o tres pollos un real y un mui grueso cordero, otro, y el cabrito al mismo precio: el mejor carnero que puede haber dos reales y el que mas dos y medio, y a esta causa no hai carnicería pública en la ciudad; de manera que son tantas las excelencias que hai en este buen temple que se pueden en suma encarecer con solo decir que hasta los ratones que se crian en los campos se comen y estiman por mayor regalo que en España los mejores conejos de ella.

Volviendo ahora a la costa de la mar desde el dicho puerto de Valparaiso hasta el puerto de San Antonio, hai de distancia quince leguas, está en treinta y cuatro grados. Hállanse en el mismo paralelo, ochenta leguas la mar adentro al Oeste, las Islas de Juan Fernandez; fueron pobladas de españoles cuando se descubrieron y pasados algunos años las desmantelaron quedándose en ellas algunos ganados perdido y en particular muchas cabras, que no hai minadores que mas trepen por los cerros y riscos que ellas. Hai entre estas Islas grandes pesquerías especialmente de tollo, que solo de este jénero muchos años van uno o dos navíos cargados a venderlo al Perú. El año de 1624, cuando el enemigo Plandez pasó el Estrecho de Magallanes no fué sentido en todo el reino de Chile, como otras veces lo ha sido, hasta que pareció sobre el Callao de

Lima dos dias despues de haber partido los primeros de mayo la plata a Panamá y a esta causa se puede decir que estuvo mas de dos meses reparándose y proveyéndose de matalotaje en las dichas Islas, supuesto que el mas seguro tiempo para montar el Estrecho es por los meses de diciembre, enero y febrero, y desde el dicho Estrecho hasta Lima son bastante veinte dias y aun ménos por ser el viento sur cierto y ordinario en aquella costa.

Desde el puerto ya dicho de San Antonio se sigue mui a poco trecho la entrada en la mar de los rios Maipo y Rapel caudalosos y de rápida o furiosa corriente.

Síguese el puerto de Topocalma sin rio: mas adelante corre el Lora rio grande y luego el Maule mas caudaloso que todos los dichos, sin embargo que no son pequeños. Habrá desde el dicho San Antonio hasta este rio Maule como treinta y cuatro leguas y estará en treinta y cinco grados y medio. Las tierras que hai entre San Antonio y el Maule hasta la cordillera las ocupan indios cristianos y algunos españoles que viven en sus haciendas.

Hai en este rio Maule astillero para fábrica de los navíos de este reino. Desde el Maule hasta el rio Cobquecura habrá como siete leguas, y desde éste al de Itata cuatro: en este mismo de Itata, rio célebre, se acaba la jurisdiccion del obispado de Santiago, y dice para arriba hai, aunque muchos de paz, mui pocos indios cristianos. Es Itata el rio mas apacible y estendido de madre que hai en todo el reino: vánse poblando por sus términos mui grandes haciendas. Tiene S. M. ántes de llegar a dicho rio dos o tres mil yeguas de cria de caballos, y son de manera administradas que no hai hombre que les dé alcance, mas que si fueran venados, que solo en hacienda de S. M. se señalan los descuidos. Hai desde este rio de Itata hasta el puerto de la Herradura ocho leguas, y desde la Herradura a la ciudad de la Concepcion cuatro. Esta ciudad está en treinte y siete grados en las doce leguas que hai entre el rio de Itata y la Concepcion otras doce la tierra adentro Este o Oeste está poblada de españoles. La ciudad de San Bartolomé de Chillan, tendré como doscientos españoles, y suelen estar en ella otros cincuenta o sesenta soldados de presidio: hai, en fin, muchas villas y haciendas de no ménos frutos y regalos que los mejores del reino.

La ciudad de la Concepcion tiene este nombre por la fundacion de los españoles y el sitio se llama en lengua de los naturales Penco, es plaza de armas de aquel reino. Asiste a ella de ordinario el gobernador: acostumbra a nombrar por correjidor de ella un capitan vivo con título de capitan de guerra, asistiendo su compañía y otra de presido y otra en esta ciudad. Está en la Concepcion la parroquial del obispado de la Imperial despues que poseen los indios las ciudades que adelante referiré. Hai en ella otros tantos conventos y de las mismas órdenes que en Santiago, excepto monjas que por estar tan cerca de guerra se han escusado. Hai asi mismo allí oficiales reales: su poblacion está a la legua de la mar; tendrá como trescientas casas no de mucha consideracion. Tie-

ne su playa a todas horas las mejores pesquerías del mundo mui buenos y particulares mariscos, que aunque toda la costa de este reino es bien adornada de estos jéneros, en ninguna parte hai tantos ni tales como en ésta. Desde la Concepcion a las islas de Talcahuano y Quiriquina hai como dos leguas al Sur-Este: hacen abrigo al puerto de la Concepcion del ordinario Sur de aquella costa: enfrente de ellas al Este entra en la mar en el puerto que llaman de San Vicente el rio Bio-bio grande y caudaloso, que hace raya y division entre la paz y la guerra. Súbese por el Bio-bio como tres a cuatro leguas al Este y al cabo de ellas entra un riachuelo o quebrada y otras dos leguas mas adelante que bajan de la cordillera nevada en donde el año de 1606 estaban reducidos muchos indios Qualquis y Quilacoyas.

Desde la última quebrada sube el dicho Bio-bio la vuelta del Sur-Este mas de veinte leguas: por este rumbo y a las tres leguas primeras de estas veinte baja de la cordillera y entra en el Bio-bio el rio de la Laja y antes de llegar a él a la orilla del dicho Bio-bio estaba el fuerte de Jesus: dos leguas arriba de este fuerte a la orilla del rio de la Laja y Banda del Norte estaba la estancia que dicen del Rei por serlo i el sitio de Guiriquilemo con el fuerte de la Esperanza: en este asiento estaban el año de 1606 reducidos muchos indios Catirais y Cugundicas y encima de la estancia del Rei a la márjen del rio de la Laja al Septentrion de él le seguian en esta sazon los indios de santa Fé, Nacimiento y los Lobos.

Como tres leguas adelante del rio de la Laja desciéndese la sierra nevada y entra en el Bio-bio el rio que llaman claro y está el fuerte de la Magdalena en la junta que hace con Bio-bio a la parte del norte caminando de la dicha junta al Sur Sur-Este por la orilla del dicho Bio-bio a poco mas o ménos de otras tres leguas está el fuerte de Santa Fé en la junta que hace el rio que llaman del Estero de Vergara con Bio-bio y desde Santa Fé como tres leguas al Este está el fuerte de Yumbela. Trae su corriente el estero de Vergara del sur, y desde esta junta sube a la sierra Bio-bio la vuelta del Este Sur-Este y cuatro leguas arriba en su orilla, y al norte está el fuerte de los Lobos, última frontera de la guerra hácia la parte de la cordillera, con que se acaba de dar razon de lo que hai entre la sierra y la vuelta del Bio-bio.

Ahora volviendo a tratar de seguir la costa desde donde se dejó en la entrada que hace el Bio-bio en el mar y puerto de San Vicente y de la disposicion de la tierra y cosas de ella que hai entre la ribera de Bio-bio y la mar, digo que en la ribera de Bio-bio hácia el Sur algo apartado del mar poco mas de media legua está el fuerte de San Pedro y luego en la costa el sitio de Lasaquete donde el año de 1606 estaban reducidos algunos indios de Lebo, Quidici, Quiayo, Lavapie y Colcura por ser sitio seguro del enemigo. Siete leguas de este asiento al Este y orilla del Bio-bio está el fuerte de Talcamávida algo mas adelante que en todas, desde el Bio-bio no habia mas de diez leguas, está el castillo fuerte de Arauco en treinta y siete grados y medio, y el año dicho de 1606 estaban redu-

cidos a este asiento muchos indios de las provincias del mismo Arauco que son Pengueruega, Millarapue, Longonaval y Lasaquete.

Desde Arauco como siete leguas al Este-Oeste, orilla de Bio-bio enfrente del fuerte de la Magdalena está el de Monte-Rei, y desde el dicho Arauco cuatro leguas al Sur-Este está el fuerte de San Jerónimo, y desde San Jeronimo otras cuatro por el mismo rumbo está el fuerte del Nacimiento junto a la entrada que hace el Estero de Vergara en el Bio-bio enfrente del de Santa Fé que está al bordo del propio Bio-bio a la orilla de la banda de la sierra.

Poco adelante en la costa está Lavapie y enfrente al Oeste una legua apartada de la tierra está la Isla de Santa María donde habia como ochocientos indios de paz y alzados cuando quieren estarlo, están hoi encomendados a Juan de Contreras comisario de la caballería del reino de Chile: estos indios isleños socorren muchas veces a los de guerra de lo necesario de víveres o bastimentos.

Adelante está el puerto del Carmelo y Quepiayo y poco despues el rio y puerto y fuerte de Lebo. Habrá desde Arauco a Lebo como ocho leguas, y desde aquí a Paicaví otras ocho: está este asiento en treinta y ocho grados y dos tercios: tiene rio sin puerto.

Desde Paicaví por la misma costa habrá hasta la provincia de Licolles como cinco leguas poco mas a Claroa y otras tantas al asiento de Tirva y ocho o diez leguas adelante entra a la mar el rio que desagua todas las ciénagas de Puren: desde esta entrada que hace en la mar demora la dicha ciénaga al Nor-Oeste, y está como diez y ocho o veinte leguas la tierra adentro por el dicho rumbo: es esta ciénaga la mayor maleza y sitio fuerte que se conoce en toda la tierra de guerra.

Desde la orilla de la mar entre el asiento de Tirva y la entrada del desaguadero de la dicha ciénaga corre la raya al Este hasta la sierra nevada que es el punto y paraje hasta donde alcanzan las correrías de los españoles en seguimiento del enemigo desde el principio del rio Bio-bio hasta esta dicha raya.

Todas estas tierras de guerra que se señalan por nuestras correrías y alcances del enemigo desde la ciudad de la Concepcion no dejan de servir a los indios de guerra de la misma contra los nuestros y con mayor efecto y provecho suyo que nuestro, pues jamas hemos hecho lance en ellos que podamos contar por desconsideracion como podemos confesar muchas suertes suyas importantes, de las cuales aunque en sus tiempos y lugares se tratará como conviene con sus circunstancias: referiré aquí en suma lijeramente, por que se entienda que se puede hablar de esto con fundamento.

El año de 1606, Navalbari grande y capital enemigo, por entre todos los fuertes de nuestros españoles, pasó a vado el Bio-bio con seiscientos indios de acaballo y dejando trescientos guardando el paso del rio; a vista de los fuertes se fué con los otros trescientos al fuerte de Yumbel, donde a la sazon habia cien españoles a caballo y topó los treinta que estaban

de escolta, de los cuales degolló los veintinueve y se llevó las armas, caballos y sillas y todos los tanaconas y chusma de servicio.

Vióse asi mismo que tres años ántes llegaron a la isla de Talcahuano que está dos leguas de la Concepcion, y robaron y se llevaron de ella cuanto ganado mayor i menor tenia, dejando muertos a los españoles que hallaron, llevándose por delante mujeres, indios e indias con que volvieron a sus tierras sin mas pérdida de su parte que mirarlos los españoles desde los fuerte, sin salir de ellos a hacer resistencia.

En el mismo tiempo Longotegua enemigo de nuestro nombre, que fué ya reducido, tuvo cercada la ciudad de la Concepcion donde mató los españoles que pudo haber y se llevó las mujeres españolas y tambien los indios de servicio, sin dejar ganados ni caballos algunos, ni dió lugar a que de dia saliese persona de la ciudad que de noche se encerraban en San Francisco.

A poco mas o ménos tiempo se llevaron los enemigos chilcanos pasando por entre todos los fuertes la ciudad de Chillan que está doce leguas de la Concepcion y de esta banda de Bio-bio con todo lo que tenia de mujeres, niños chusma y hacienda, dejando degollados los españoles que en ella habia.

Finalmente de estos sucesos y otros que adelante se diran, se puede inferir que no son los fuertes de la importancia que han dado a entender los que los han hecho, pues son de parecer y opinion hombres de esperiencia que todos los mas de ellos no han servido de otra cosa que de fundarlos unos gobernadores y deshacerlos otros persuadidos de que hacian en ello servicio de S. M. Porque decir que los fuertes que han puesto los españoles a los pasos y vados de este rio han inpedido al enemigo el daño que nos han querido hacer, es burla y donaire, porque como naturales de la tierra saben muchos mas pasos de los que los gobernadores españoles han conocido y mas que aunque les dé el agua a la garganta no tienen pólvora que se les moje, ni dejan de ser tan buenos nadadores como los pescados del mar.

Por esta razon quien bien lo considere echará de ver que es verdad lo que han dicho personas prácticas que allá han asistido o gobernado que para asegurar la tierra no hai otra cosa mas eficas que volver a reedificar y poblar las ciudades de españoles hasta hoi perdidas, poblando los pueblos que mas convengan, españoles en toda la tierra que con la jente que se ocupa en los fuertes y no mucha mas que se saque de la que anda valdia, en el Perú se podrán poner en cada pueblo de españoles mas de doscientos hombres que serán bastantes para resistir y apremiar a los indios de cada jurisdiccion de estas villas o poblaciones, porque dejándoles vivir a todos en un cuerpo como ahora están no se puede esperar mejoria de nuestra parte sino pérdida mui evidente de todo el reino.

Mas dejando esta digresion, volvamos a la costa donde dejamos la entrada que hace en la mar el rio que desagua la dicha ciénaga de Puren y Pillanguer, y caminemos por ella hasta acabar la jurisdiccion de este reino de Chile.

Enfrente de esta entrada en el dicho desguadero poco mas de dos leguas la mar adentro al Oeste está la Isla de la Mocha, tiene mas de mil diez indios rebeldes que socorren a los de guerra proveyéndoles de comida, leña y frutos de su tierra, y lo mismo hacen al enemigo holandes cuando llega a esta Isla. Pero el uno y otro socorro se podria bien escusar, si de ello se diese a quien con buen celo se emplearia en ello y lo ejecutaria con jeneral aprobacion.

Desde el dicho desaguadero hasta Valdivia hai treinta y dos leguas por tierra : está en cuarenta grados y queda ántes de llegar a ella el rio Tolten, caudaloso.

Este puerto de Valdivia es tan estrecho a la entrada de la mar que tiene poco mas o ménos de tercio de legua, lo que hai de una punta de tierra a la otra: de dentro se ensancha mas de dos leguas. Tiene dos farellones media legua el uno mas de una legua ántes de llegar donde dan fondo los navios que entran en este puerto: es tan fondeable por todas partes que con mui gruesos navios se puede dar fondo junto a la tierra de toda su redondez. No se puede decir que se haya conocido otro puerto en el mundo semejante ni mas seguro: por ser sitio tan fuerte es necesario de antemano fortificarle quedando lugar a que cualquiera otro le fortifique perderáse por poco cuidado que tenga sin poderse recobrar. Hai en este asiento mucho y el mejor oro que se puede hallar en el mundo, pues del primer beneficio sale de veintitres quilates y medio. Tiene maravillosas y diversas maderas para cualquiera fábrica de navíos.

Desde este puerto de Valdivia hasta la ciudad de Castro y Archipiélago de Chiloé hai mas de ochenta leguas por tierra: está en cuarenta y cinco grados. Toda la tierra que hai desde el asiento de Paycaví de que atras se ha hablado hasta el de Chiloé, desde la dicha costa hasta sierra nevada es fertilísima, tiene muchísimas riberas y fertilísimos valles de muchas viñas y crias de todo jénero de ganado de Castilla y en la misma abundancia de todas las cosas que la de Santiago de Chile y aun en mayor pujanza por haber sido todo plantado y poblado de los españoles de las ciudades perdidas que luego nombraré, refiriendo en la forma que se han despoblado. De toda esta prosperidad gozan hoi los indios de guerra con los alzados de estas dichas ciudades.

El asiento de la ciudad de Castro que está en cuarenta y cinco grados y su Archipiélago en cuarenta y siete que es el punto donde acaban los términos y jurisdiccion de este reino y provincias de Chile, tienen temples nublosos mui de ordinario, lo mas del año lluvias y lo restante nieblas, sitio húmedo y frio. Tiene muchas ciénagas y pantanos que aislan la dicha ciudad y su tierra en tanto grado que aunque las ciudades, que luego diré de las tierras de atras, se perdieron y despoblaron por el temor de los indios de guerra, está por el seguro de su Archipiélago ni los indios la han tomado, ni los españoles la han desmantelado: socorrimosla por mar.

Tiene esta ciudad mas de ciento cincuenta vecinos y mas dos fuertes

de presidio con cincuenta o mas soldades cada uno; pero realmente supérfluos, porque aunque hai indios en la tierra y de ellos se tiene poca confianza en lo que toca a la paz, el mismo seguro tiene la ciudad y sus términos y haciendas de ellos viviendo los mismos soldados de los presidios en la misma ciudad donde se podrán ir casando y poblando haciendas y no consumirse de hambre y desnudez en las fuerzas. Tiene esta ciudad muchas maderas que se llevan a Lima para la fábrica de las casas de ella y muchos ganados y cosecha moderada de trigo y cebada. Tiene grandes pesquerías sin faltar ningun pescado y hácia la parte de la sierra muchas criadillas o termas de tierra que en el Perú llaman papas.

Todo lo largo y ancho de este reino es con puntualidad lo que está declarado en esta descripcion: los dos tercios de todo el ancho de este reino comenzando desde la mar para la sierra por todas las partes de él son tan buenas las tierras y fructíferas como está dicho y mui habitables y apacibles en la mayor cantidad: tienen algunos pedregosas montañas y alguna incomodidad de pasar los rios; porque como la sierra está cerca de la mar bajan de ella mui rápidos, y a esta causa no hai en ellos puentes, ni se pasan sino en balsas.

El otro tercio que todo a lo largo pende de la cordillera y montaña nevada es mas montoso, áspero y de tierras mui quebradas casi inhabitables por muchas partes, porque solo cuando los indios de guerra se ven algo apurados de los españoles, se arrinconan y retiran a ellas.

Digamos ahora qué ciudades son las despobladas, como hemos prometido: están desde el principio del Bio-bio la tierra adentro hasta la ciudad de Castro, postrero y último sitio de este reino, y son las siguientes:

Desde la Concepcion plaza de armas de estas provincias de Chile hasta la ciudad de Monte-Rey y de la frontera que empezó a poblar y no acabó el gobernador Alonso García Ramon pasado el Bio-bio, y a su orilla hai catorce leguas y está de allí a un lado media legua la de Santa Cruz de Puez y Loyola a la cual, despues de muerto, despobló el licenciado Vizcarra su Teniente: hai desde Monte-Rey a la ciudad de Angol que despobló el gobernador don Francisco de Quiñones, seis leguas. Hai desde Angol a la ciudad de la Imperial que tambien despobló don Francisco de Quiñones, veinte leguas. Hai desde la Imperial a la ciudad de Valdivia, que se llevaron los indios así mismo en tiempo de don Francisco de Quiñones, veinticinco leguas.

Desde Valdivia a la ciudad de Osorno que despobló el gobernador Alonso de la Rivera, hai catorce leguas.

Hai desde Osorno a la ciudad de Chiloé que esta poblada, como hemos ya dicho, cuarenta y cinco leguas. Hai desde Chiloé al Estrecho de Magallanes ciento setenta leguas de tierra fragosísima, fria y sierras mui altas y encumbradas. En las cuatrocientas diez leguas y media que hai por línea recta en los veintitres grados que este reino tiene de Norte a Sur se caminan por tierra y camino derecho quinientas diez leguas que a las cuatrocientas se añaden que la tierra es mas apacible y ménos áspera que las muchas partes de las Indias particularmente la de los

guijarros del Nuevo reino de Granada que tienen mas de ciento, mas por tierra que por el aire y con ser tierras abiertas y tan fragosas como digo y los indios no menos belicosos que los chilcanos se acabó la guerra con ellos luego que se mandó hacer la ofensiva en menos de tres años, lo que en treinta no se habia podido remediar.

La enemistad que los indios de Chile tienen a los españoles es tan conocida en aquel Orbe Antártico y en el nuestro por las guerras que con ellos se han perpetuado, que no hai que referir las hostilidades que de una parte y otra se han hecho por cosa no averiguada hasta hoi pero porque quieren desear tener mas especificada noticia de las causas de tanta constancia o pertinacia entre ámbas naciones, puede enterarse en pocas palabras de las principales de ellas. Tocaré aquí algunos de los agravios que los españoles en diversas ocasiones han hecho a los naturales con que los irritaron a mayor venganza, y hoi en dia los de guerra descubiertamente y los reducidos y sobresardos con interior y disimulado rencor prosiguen en nuestro aborrecimiento.

La primera y jeneral vista es que procede de ver que siendo los chilcanos una nacion tan valerosa, tan esforzada y tan inclinada a las acciones militares y siendo tanta la multitud de los naturales y los estranjeros tan pocos se hallan visto tantas veces ellos privados de sus haciendas y términos y aun de sus libertades con sujecion miserable de príncipes que nunca vivieron, ni jamas hasta la entrada de los españoles dijeron sus nombres; pero aunque esta es bastante y comun para granjear el odio implacable de los nuestros, hai otras particulares que causan nueva enemistad y comun desprecio de nuestra fidelidad y buena correspondencia, pues por faltar ésta con los indios que se reducen a nuestros presidios i poblaciones se ha dado causa a muchos daños que de esto han resultado, y en priner lugar este caso fué que un cacique de la ciénaga de Puren, jurado enemigo nuestro, tenia casada una hija con otro cacique de la misma profesion: esta apurada del marido se volvió a casa de su padre el cual envió a llamar al yerno para volvérsela a entregar, y no queriendo ella tornar a vivir con él se vino a los españoles que estaban en el fuerte de Arauco casi veinte leguas de la dicha ciénaga de Puren, y trajo consigo una española que su padre tenia cautiva, pasándola por los rios y esteros a cuestas por fuera de caminos y pasos ordinarios: el amparo que halló y el pago que le dieron los nuestros fué que uno, indigno de nombrarse entre ellos, engaño con mal ánimo a esta cuitada cacica llevándola de Arauco a la ciudad de Santiago donde la tuvo con título de cautiva y esclava, y dentro de no muchos dias le vieron tratar de venderla en el puerto de Valparaiso, y el que la hubo la pasó al Perú en un navío ingles.

Un soldado cuyo sobre-nombre fué Urbanejá hacia veinte años que se servia de un indio Ianacona, todo este tiempo hacia lo mismo a su mujer, al cabo determinó darle el pago de este trabajo y servidumbre y sacóle un dia al campo i matole a lanzadas por quitarle de todo punto la mujer, y aunque se averiguó el delito y halló el cuerpo del desdicha-

do indio, no hubo castigo para semejante maldad, ni se halló quien le hiciese por justicia.

Este mismo Urbanejá estando en Aranco mató malamente a un cacique de paz, a lanzadas, dando a entender que estaba confederado con los de guerra, siendo esto al contrario porque se averiguó haberlo muerto por quitarle la mujer y la hacienda que tenia, como al fin lo hizo y se quedó con todo sin ser castigado por ello, hasta que el cielo le envió la pena tan merecida que en suma los indios le mataron a lanzadas.

Y no hai para causar admiracion a buenos sujetos que aquel pagase sus insolencias a manos de los ofendidos, considerando las crueldades que algunos soldados han usado con los que de los indios ménos lo merecian como en aquella entrada y maloca que hizo el gobernador Alonso García Ramon el año de 1606 cuando trataba de mal poblar la ciudad de Monte-Rey a frontera que habiendo cojido a un indio llamado Alvaro, el maese de campo don Diego de Saravia por cuyo rescate nos dieron al capitan Pablo Hernandez de Córdoba, y a su mujer, y a su madre, y a sus dos hijos, todos españoles que habia ocho años que los indios los tenian cautivos: dentro de pocos dias despues se supo como este Alvaro era de Guanahuyal, cacique principalísimo hermano porque era el mayor de toda la provincia Imperial, hombre de gran reputacion, mui valiente y belicoso, asegurándole de palabra y prometiéndole no hacerle mal ni daño alguno por ser órden de S. M. el capitan Florian le envió a llamar, y él vino sin armas con la confianza con que le habia llamado, y estando hablando con el dicho capitan mandó a uno de los soldados que con él estaban mozo y de tan poco juicio y ruines respetos como el que le diese un arcabuzaso, y puesto en ejecucion se le dieron por los pedios con que le acabaron en su presencia, siendo cosa tan mal considerada, pues con su vida se pudieran conseguir mui buenos efectos y mayores rescates de nuestra jente, aunque no fueron pequeños los primeros cuando no quisieron guardarle el seguro prometido y debido.

El capitan Tomas Machinco, que lo fué siempre de los indios reducidos que de los de guerra se venian a amparar a los españoles haciéndose nuestros amigos, se llegaba a ellos muchas veces y les pasaba una navaja por la garganta y dejandolos muertos decia despues por gracia: de los enemigos los ménos.

Este mismo, en el rio de Itata, porque no llegó tan pronto un indio valuro a quien llamaba o porque acaso no lo oyó por ser el indio sordo le arrojó la cabeza de los hombros con una espada ancha que traia y por no tener castigo esta y otras semejante crueldades en la tierra, permitió Dios que bajase del cielo, pues el año de 1606 murió a manos de los indios como merecia.

El consentimiento que se dió a la introduccion de la venta de los indios fué la total destruccion del reino y rebelion de ellos; porque cualquier particular español que queria se iba a los pueblos de los indios y traia varones y mujeres, muchachos y muchachas a medida de su deseo, llevándolos a las ciudades de españoles los vendia como si fueran bi

ıes heredados de sus padres, no dudando que muchas veces serian de los le paz los vendidos a título que eran de los de guerra, sin jamas haber astigo ni cuidado de guardar el decoro que a la razon y justicia era lebido.

Vemos en esta jeneracion chilcana una solicitud, un estudio y cuilado de su honor y de sustentar en él su patria y natural con reputacion, que con haber corrido, despues que españoles lo descubrieron, mas le un siglo, la mayor parte de tantos años ha peleado por su libertad on grande constancia y gallardía haciendo rostro y ahuyentando no pocas veces a maltraer a un enemigo armado con tan notoria ventaja, lisciplinado en empresas militares y acostumbrado a vencer las mayores dificultades que la variedad de la fortuna y la guerra sangrienta traen consigo.

Toda esta consecuencia resulta de buenos pensamientos y respetos de valerosa determinacion, de no abatirse sin estrema violencia a sufrir demasías ni exorbitancias de esclavitud en tierra donde nacieron libres sin conocer sujecion a persona del mundo, ántes habiéndose hecho reconocer por superiores de muchos de sus vecinos que se les hubiesen descompuesto por emulacion, y aunque este esplendor y pujanza de valentía es comun y jeneral a todas las provincias de Chile, lo relevado de ella se ha mostrado y lucido con eminencia siempre en tres o cuatro grandiosos y principales valles situados en el corazon casi de aquellos estados que son los Promancaes, los Araucanos, los Purenes y Pencones; cuyo terror y asombro ha puesto ordinariamente el freno a todo aquel habitado contorno con una mui grande y conocida opinion, no solo a los comarcanos de la tierra, sino a los españoles que con verdad se pueden loar de haber tenido algunas suertes venturosas viniendo a las manos con jente tan altiva y de tan gallardo coraje que aunque le tienen ocupado el término de la frontera del Mar Meridional, o segun ellos Occidental, no e han despojado ni desposeido de lo fragoso y retirado a sus montañas y quebradas desiguales, pues hoi dia prevalece en ellas y aun talvez baja llos llanos a pesar de sus contrarios que reputan a cortesía cuando sin resa o asolamiento de ciudades se vuelven a emboscar.

Este belicoso y animoso brio cobran desde su tierna edad, platicando costumbre de sus pasados y mayores, que a los niños que comienzan a ener conocimiento de sus fuerzas les obligan con dádivas y amenazas a bir de carrera por la cuesta que mas empinada y fragosa se halla a la no un razonable precio en competencia unos de otros, previniéndole un premio al vencedor, con el cual ejercicio se vienen a hacer tan eltos y tan vigorosamente alentados que pueden con su velocidad omo de Aquiles canta a cada paso el emperador de los poetas de todos siglos, Homero) desalentar y rendir los ciervos y gamos, émulos del nto borrascoso y tiempo volador. Estando, pues, tambien instruidos y ovechados con aprobacion en la soltura de los piés, cosa que por excete gracia se estima para los transes de la guerra, cuando despues en- en mayor edad y de mas firmeza son sin ninguna escepcion con rigor

apremiados a los mayores trabajos de ejercicios marciales con varios ensayos segun su mas robusta nervosidad, habilitándose en lo finjido para mostrar en las veras con evidencia los efectos de su disciplina y profesion; y si acaso entre los que así se habilitan se trasluce alguna flojedad o cobardía, u otra cualquiera incapacidad para el ejercicio de la milicia desde luego lo inhabilitan y reprueban como al suficiente y valeroso le dan conforme a su fortaleza el grado que en esta tiene con demostracion merecida; por que no quieren fiar su honra y seguridad de flaqueza pudiéndola asegurar de virtud militar y esfuerzo conocido.

De aquí viene que los cargos y gobiernos de la guerra a ninguno se conceden por cumplimiento, favor, ni amor, ni por ser de mejor sangre procedido ni mas poderosa en bienes de fortuna, como riquezas y estado, si él por su persona es flaco medroso o de ruin resolucion solo se emplean en hombres diestros de buenas manos, robusta complexion, atrevidos, mañosos y bien afortunados, partes que para tales ministerios son esenciales, pues los habilitan y hacen ilustres entre todos sus contemporáneos; ademas de esto son mui recatados en no necesitar jamás a otra ocupacion ni servicio personal a los que para la guerra una vez son escojidos y señalados; porque nunca se entretienen en cultivar la tierra como labradores, ni en trato de pastoría, viviendo bien tratados en materia de sustento a costa de la jente mecánica y plebeya, pues por decreto y determinacion de sus leyes y estatutos están continuamente a punto bien proveidos de armas para defenderse y ofender, ejecutando prontamente cualquiera empresa militar que justificadamente se ofrezca, y aunque no visten lucidos arneses, no están faltos de otras armas y de las que mas se valen y que mejor manejan en la guerra son las alabardas, picas, lanzones, y otras armas con puntas enastadas, mazas bien barreadas, hachas, martillos, dardos, o hazconas, bastones, arcos, flechas, macanas, hondas y otros tiros arrojadizos de que se han aprovechado no poco, habiéndolos ganado y esperimentado en diversos rompimientos con nuestros españoles, sin otros instrumentos que han descubierto apretados de la necesidad que despierta los injenios humanos para valerse conforme al tiempo de mui particulares invenciones. El arma mas comun y mas tratada entre los conas o soldados son los coseletes de fuerte cuero y doble trabazon, y otros como corazas breves, o sayetes mas modernos y mas usados: traen así mismo grevas, brazales, golas y cascos o morriones de pieles curtidas y bien obradas de varias hechuras que les defienden con su impenetrable dureza de las agudas y afiladas puntas de las lanzas y espadas españolas.

Para que con mayor facilidad salgan diestros, ninguno se ha de ejercitar en mas de una arma a que mas se inclina su naturaleza desde la niñes, sin divertirse el piquero al arco, ni el flechero a jugar la pica, y a esta causa salen tan diestros por no embarazarse mas de en un singular que pueden ser maestros de lo que platican en toda la redondez de la tierra.

En suma en cuanto al estudio astrolójico alcanza y puede juzgar del

clima de estas naciones peregrinas, toda su inclinacion no aspira a otra cosa que a contiendas, barajas, furor bélico, disencion y tumulto militar y en solo esto hallan su mayor gusto y regalo sin presuponer fuera de él otro bien ni mal que mas haga a su jénio y natural. Sus condiciones a esta causa son coléricas y ásperas que por lijerísima ocasion se encienden y arrebatan en ira implacable. Son hombres de terrible ferocidad, mal sufridos, deseosos de guerrear y poner por armas en sujecion cuanto del mundo viniere a su noticia. Los talles, fisonomías y retratos de sus personas no pudiera el mismo Apeles ni otro pincel al suyo semejante, representarlos tan al vivo como la pluma del ilustre caballero y famoso poeta don Alonso de Ercilla, que largo tiempo en el gobierno de don Gracía de Mendoza peleó con ellos y discurrió por las mas de sus provincias, y así como testigo de vista los pinta en estos jentiles versos con incomparable propiedad, diciendo:

Son de jestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos, y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervios bien fornidos,
Ajiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo y sufridores
De frios mortales, hambres, y calores.

FORMA DE SUS EJERCITOS Y FORTIFICACIONES.

Como el fin para que a su parecer fueron criados sea entre ellos morir o vencer, no solo son bravos para apetecer los encuentros dudosos de las batallas, sino cautos y pláticos en ordenar sus campos, hacen fuertes de tal forma que les aseguren por buena disposicion la victoria a que aspiran. Forman, pues, sus escuadrones distintos y enteros concertando cuerdamente sus hileras y poniendo en cada una cien soldados o mas, y entre pica y pica sus flecheros que desarmando con furia los arcos desde léjos al abrigo de los piqueros, ofendiendo a su salvo al enemigo yendo hombro con hombro entre sus valedores que marchan a buen paso para medir sus picas con las de sus contrarios. De esta propia suerte están por órden diversos escuadrones esperando el suceso del primero, que si acaso viene a ser roto o desbaratado, al punto acude otro a ocupar su lugar y esto con tanta brevedad que apénas hai espacio para poderlo considerar. Si este tambien pierde el encuentro lo que en su intento pretendia, arremete otro de la misma manera bien ordenado y entre tanto el primero vuelto a reformar no puede dejar el puesto en que se halla hasta ver en qué para el suceso del segundo, y con este arte y traza han conseguido muchos vencimientos de sus adversarios: porque los demas que con ellos pelean llevan todas sus fuerzas juntas y empléanlas en el primer choque; pero como aunque allí descompongan al ímpitu del escuadron chilcano, hai otro y otros muchos que acudan de refuerzo a socorrer los primeros, y los desbaratados tienen lugar de rehacerse necesariamente vienen a causar sus opositores por briosos que ántes se ha-

yan mostrado, para que al fin desalentados les vengan a dejar la victoria entre las manos: cosa que no pocas veces ha sucedido. Dos cosas son en las que en estas ocasiones ellos han hallado perjudicial contrariedad, los caballos, y la artillería gruesa y menuda de que en muchos años no se han sabido aprovechar hasta que hoi con la esperiencia que se les ha comunicado con los españoles y con los que de ellos han hurtado y criado en sus alojamientos donde andan retirados, se estima que tienen en su poder diez mil caballos y mas con muchas lanzas que han armado de hojas de dagas, puñales y espadas que de los nuestros han habido, parte por estratajemas y lances de guerra y parte voluntarias: la razon de esto es porque estando los soldados españoles o italianos de presidio en diferentes fuertes en las fortalezas de guerra, y siendo mal proveidos de mantenimientos por los gobernadores a cuyo cargo está su provision, los indios comarcanos que de esto no están ignorantes se llegan a los hambrientos con color de paz y les ofrecen muchas cosas de comida que aunque no sean mui regaladas para quien padece tanta necesidad, serán ambrosía y néctar suavisimos a trueque de las armas que le ferian por ellas, y con este ardid desarman nuestras guarniciones y arman las suyas: esto mismo sucede con los arcabuces que se dice manejan ya, los que han alcanzado mas desenvueltamente de lo que a nuestra nacion conviene. Pero lo que para su defensa procuran hallándose a pié con desigualdad es guarecerse valiéndose de pantanos y ciénagas que las hai mui grandes contra el furor y tempestad de los caballos y otra cualquiera violencia que los descomponga en la batalla campal. Entrados en semejantes cenagales no pueden ser con largo trecho ofendidos y ellos usando sus flechas hacen daño en los que mas cerca hallan; porque el sitio peligroso de que no se pueden fiar los caballos, hace que se detengan sin poder proseguir la victoria.

Antes de trabar la pelea estando en campaña rasa cuando unos y otros se han acercado para embestir, es costumbre entre los chilcanos adelantarse algunos sobresalientes con grandes cantaneos y ademanes de soberbios combatientes y que desean mostrar braveza al enemigo y arrastrando las picas por el cuento con diferentes y arrogantes posturas al son de sus caracoles y atambores desafian con voz desentonada y orgullosa al que de los enemigos se tuviese por tan valeroso que tenga atrevimiento de combatirse con ellos mano a mano. Suelen salir a esto de cuarenta en cuarenta, mas o ménos, con gran demostracion del deseo que tienen de honra y de ganar crédito de esforzados y animosos vencedores. Van bizarros con armas matizadas de varios colores, grandes plumas y penachos, blandiendo las picas y dando saltos desmesurados a todas partes por gentileza y dar claro indicio de su ferocidad.

Cuando el sitio convida en lugar fuerte y seguro o promete evidente interes o comodidad y cuando pretenden conquistar algun territorio circunvecino, o si se hallan en manifiesto aprieto, fabricando así mismo sus fuertes o estacadas donde se defienden i salen de rebato a darlo al enemigo de improviso, en quien habiendo hecho a su salvo buena suerte

se retiran y recojen a tiempo dentro de su fortificacion, cuya traza es de la manera siguiente: En el asiento que han escojido cercan un grande espacio cuadrado de troncos de árboles fornidos y labrados en forma de estacas que hincan y afirman fuertemente en el suelo juntando unos con otros, de suerte que a los de fuera impiden su entrada para poderlos combatir, y validos de este reparo con mucha facilidad pocos se defienden gallardamente de una notable multitud. Ya fué costumbre de ellos antigua hacer dentro del fuerte mayor otro diminuto y abreviado retraimiento cercado todo de tablones récios y bien encajados, interponiendo de trecho en trecho, para mas firmeza, unos troncos gruesos y rudos fijados profundamente con aparente proporcion, levantando a las cuatro partes bien compartidas cuatro torreones que quedan a caballero del cerco que primero habian fabricado. Hecho este muro le henchian todo a la redonda de troneras o saeteras, quedando en parte segura sin recelarse de los de afuera, por la parte esterior de estas plazas no desviado de ellos hacen muchos hoyos cerca unos de otros de diferente manera unos largos y otros cortos, anchos unos y estrechos otros, con fin de que cuando alguno inadvertidamente acometa a rienda suelta su caballo tras el que por aquella parte se retrajese trabuque en aquellos hoyos donde ántes que se pueda levantar quede alanceado y degollado del mismo que primero le huia. Estos hoyos o barrancos usan tambien hacer en varias partes mas hondos y anchos hincando dentro de ellos muchas estacas con puntas agudas y cúbrenlas por encima con muchas yerbas carrizos y ramas floridas y otras cosa menudas con que se engaña la vista, para que cuando sin sospecha del riesgo ora sea galopando por descubrir la campaña, ora picando los caballos en seguimiento de los que se retiren, de repente dando en aquellos barrancos queden miserablemente atravesados en las estacas caballos y caballeros, y penetrados de aquellas ocultas puntas perezcan sin remedio humano donde ménos temieron peligrar.

ASAMBLEAS O JUNTAS DE LOS CHILCANOS, DONDE SE HACEN, Y COMO DE ELLAS SALEN SUS ACUERDOS.

Para hacer sus concilios entrando en consejo acordado tienen de tiempo inmemorial señalado un asiento mui ameno y hermoso, donde el campo se muestra mas alegre y florido y donde los espesos y altos árboles se mueven suavemente y con el viento fresco y apacible hacen un manso y agradable ruido corriendo por los prados frescos y vistosos, limpios y sosegados arroyuelos que por las yerbas y troncos van cruzando con diversas vueltas y rodeos.

En este lugar tienen puesta una hermosa y alta alameda por órden y artificio injenioso, en que está alrededor una hermosa y alta alameda, digo una plaza mui capaz donde se asientan en rueda cualquiera compañía o congregacion de jente.

Estas comunidades luego que se ofrece alguna cosa nueva y señalada tienen por costumbre hacer un banquete o convite mui solem-

ne que los nuestros llaman borrachera con vocablo no mui cortés, donde se brindan a menudo como cualquiera europeo cuando con alegres festines hacen lo que llaman borrachera. Quien primero entre ellos tiene esta nueva, despacha a todas partes avisando del caso a todos los ulmenes y advirtiéndoles que hai necesidad de juntarse. Hecha esta publicacion no hai hombre que hallándose sin forzoso impedimento no acuda luego al puesto determinado donde a todos se les propone el caso, que siendo por ellos bien examinado tratan luego de poner el remedio que mas convenga. Porque si bien hai algun voto diferente de los demas, ninguno puede eximirse de su obligacion que en todo se ha de seguir la mayor voz y el acuerdo de los mas. Habiéndose ya resuelto en este ayuntamiento lo que mejor les parece, luego la fama de todo corre y se va estendiendo por todas las poblaciones de la jente ordinaria, y si es cosa que por armas se haya de averiguar se va publicando con grande estruendo y rumor de trompetas y tambores. Señalan así mismo un plazo para verse de nuevo y despues que por tres dias se ha ventilado y remirado con grande atencion queda rectificado y no hai lugar de retractarse y ninguno puede, pasado este término, tener la opinion contraria, que por lei establecida es prohibido el revocar y mudar de parecer y así necesariamente de disponer a ejecutar la determinada resolucion.

DE LA CREENCIA Y RELIJION DE LOS CHILCANOS Y RITOS DE SU JENTILIDAD.

No se les conoce como a otras naciones jentílicas, deidad ni otra cosa que adoren sino solo al engañador príncipe de las tinieblas a quien tienen por grande y poderoso profeta, a cuya causa le celebran con música en sus cantares con notoria devocion perpétuamente. A este condenado y reprobado espíritu invocan y llaman con fin de que en todas sus operaciones les favorezca y manifieste lo que hubiere de suceder, estimando sus respuestas por infalibles oráculos y que sin duda alguna vendrá a cumplirse lo bueno o malo que él hubiere pronosticado: por tanto habiendo de dar una batalla lo primero lo comunican con este infernal jénio y si lo que les certifica no es a gusto por ser equívoco y claramente no prometer próspero suceso por caso del mundo no la darán aunque mas el deseo de hacerlo, que nunca les falta, crezca en sus corazones y les incite a ejecutarlo. En suma no hai cosa de importancia, ni negocio árduo y grave donde no consulten a este malvado y diabólico mal, sino a quien de comun consentimiento le tienen impuesto por nombre Eponancon, y como naturalmente son tan inclinados a las hazañas de la guerra a cualquiera que sobresale en valentía le dan el apellido de Eponancon. El oficio que en esta materia ménos se puede alabar entre ellos es el falso y entre varias naciones desde el principio del mundo abominado de hechizos: porque no hai conocimiento de cosa estravagante en esta vida a que mas atentamente se inclinen y en que particularmente se procuren adelantar, reparando en abusiones de señales y

agüeros por quien pretenden determinar cualquiera cosa. Por esto los ignorantes profesores de agüeros y adivinaciones son entre ellos respetados y tenidos en grande veneracion, suponiendo que su ciencia les dice con tiempo lo que está por venir. No falta entre estos falsos intérpretes quien predique a los demas sus desconcertados discursos, sus frívolas y aparentes inauguraciones, ni quien por esto los estime y juzgue por sujetos dignos de particular reverencia como jente relijiosa y sagrada, y es así que los tales viven vida penitente y de mucha abstinencia, y con esta demostracion y ser personas de una elocuencia natural mas que vulgar, llevan tras sí la simple comunidad que se entrega del mismo modo a la creencia de su desatinada doctrina que nosotros a las sagradas letras, profecías y evanjelios dictados por el Espíritu divino y celestial. Pero estos mismos penitentes que profesan pobreza y áspera vida, ninguna lei tienen, ni obligacion de guardar decreto ninguno inviolablemente, ni se persuaden que hai algun Dios a quien temer, ni creen que hai pecados de que dar cuenta a ninguna superioridad; solo hacen aquella vida austera por vanagloria y para que por ello les tengan por hombres de ciencia y virtud conocida. Mas los Conas que son los que siguen las armas y creen mas en un venablo que en todos estos embelecos son de parecer que la macana, la pica, el arco, las corazas y otros tales instrumentos de vencer y derramar arroyos de sangre es la verdadera ciencia, afirmando que el agüero alegre o triste solo consiste en la fuerza del brazo vigoroso, en el valor del ánimo y su grande osadía, y ésta es la mas seguida resolucion que en sus aforismo de estado se halla en jeneral y de lo que mas se precian, continuando la guerra a sangre y fuego en todo tiempo combatiendo y asolando lo que les hace resistencia y defendiendo sus provincias del poder contrario valerosamente con grande union y conformidad.

PRINCIPIO DEL GOBIERNO DE GARCIA RAMON.

Despues que Alonso García Ramon entró por gobernador en el reino y provincias de Chile, a lo primero que atendió fué a fortificar y avituallar el fuerte de Tucapel que halló tan maltratado, que se retiró al de Arauco, de donde visitó otros ocho fuertes de la ribera del caudaloso Bio-Bio, los cuales dejó proveidos de vituallas y de todo lo demas que fué necesario para aquel invierno, dejando entre todos mil y doscientos soldados repartidos. Luego bajó a la ciudad de Santiago a prevenir lo que era menester para los mil hombres que traia de España a su cargo Antonio de Mosquera, que invernaron en la ciudad de Mendoza por estar cercada la cordillera con tanta nieve, que no fué posible por entónces poderse atravesar. Tuvo de allí aviso por setiembre, que es cuando allí es casi pasado el invierno, que toda aquella jente tenia salud entera y estaba con gran deseo de entrar a servir; pero que estaban faltos de vestido y casi desnudos los soldados, atento a esta nueva hizo el gobernador Ramon novecientos vestidos con los treinta mil pesos que el virei para ello envió del Perú en ropa y plata: con este socorro tuvo el reino grande esperanza, que dentro de pocos años

se gozaria en aquella tierra el sociego y paz que tanto deseaba. En esta misma coyuntura de Nueva-España ciento y veinte soldados de cuatrocientos que se habian mandado juntar con aviso del Perú, que llegarian a Chile con brevedad los demas, entónces se tuvo noticia de que habia quietud en los fuertes de Arauco y Tucapel y en los demas de la frontera. Envió aviso, hechas estas prevenciones, el gobernador a S. M. y Consejo de indias con palabras mui confiadas de que con este socorro de jente y la que allí estaba, aseguraba hacer aquel verano un grande efecto, haciendo de ella dos ejércitos, para que el uno anduviese campeando por la orilla del Bio-bio y el otro penetrase a lo interior del enemigo, corriendo toda la tierra y talando la campaña, con lo cual se les necesitaria a dar la paz y ésta no se les recibiria, si no fuese reduciéndose a mui buenas poblaciones que estuviesen cerca de las ciudades que se hubiese de poblar en las provincias; que con esto y quitarles las armas y el andar a caballo y sobre todo castigando con severidad a los inquietadores, se persuadian que la paz seria firme y segura, y se daria con estos medios fin a tan antigua y sangrienta guerra, y en otra manera la paz seria finjida y paliada, como la que el verano pasado habian dado las provincias de Arauco y Tucapel al gobernador Alonso de Rivera, que fué solamente por poder cojer sus sementeras. El conde de Monte-Rei envió una provision de perdon a los indios de guerra en nombre de S. M. ofreciéndoles quitar el servicio personal, que es la cosa de que ellos siempre mas han abominado; pero no fué posible dárselo a entender, ni persuadirles con esto a que dejasen de hacer las hostilidades acostumbradas; atento a lo cual lícitamente se les hacia la guerra a fuego y sangre. Habíanse hecho en aquella sazon algunas correrías de importancia, donde se rescataron tres españoles y algunos indios amigos, de los que los de guerra tienen en su poder, despues que asolaron aquellas ciudades y esperabase que aquel verano se rescataria mucha jente semejante que está padeciendo en grande opresion y particularmente las mujeres principales que tienen en su poder.

Publicáronse las pagas señaladas a la jente de guerra de aquel reino de los ciento cuarenta mil ducados, que estaban consignados en el Perú para ellos, y porque a la infantería y caballería estaba asignado un mismo sueldo, cosa que en todo el mundo es diferente, allí lo debia ser mas por ser la jente de a caballo de grande importancia, el gobernador envió a suplicar al rei que a los capitanes de a caballo se señalasen cien ducados mas que a los de infantería y a los soldados veinte ducados mas que a los de infantería cada año; añadió mas, que tampoco habia señalado ventajas a los mosqueteros y cabos de escuadra se les señalase dos ducados mas al mes a cada uno y que para concluir de una vez aquella guerra, convenia que los primeros tres años asistiesen en aquel reino hasta dos mil soldados efectivos, sin embargo de que ántes habia parecido, que eran bastantes mil quinientos por estar entónces las cosas en diferente modo, y así con ciento y cuarenta mil ducados no se podia por ningun camino cumplir con aquella jente, por manera que importaba se creciese la situa-

cion necesaria conforme a la memoria que enviaba, en que se mostraba, que con doscientos y doce mil ducados que se diesen en cada uno de los tres años, habia suficiente dinero para cumplimiento de lo tanteado en ella, fuera del gasto que se hace con dos navíos y dos barcos, que andan por cuenta de S. M. en aquella costa. Prosiguió mas diciendo que en aquel campo servian cincuenta capitanes reformados con lustre aventajado y con armas y caballos, y otros cincuenta alféreces y tenientes, así mismo reformados, sin haberse hecho mencion de ellos para que se les diesen ventajas; porque suplicaba que a los tales capitanes se les señalasen ochenta reales mas de paga de la de un soldado de a caballo, y a los tenientes y alférez a cuarenta reales, y a los sarjentos a veinte y cinco, como el virei del Perú lo escribió: Dijo ademas de esto que eran necesarias en el ejército dos personas jenerales, un auditor, y un proveedor, y sin éstos un barranchel de campaña, dando al auditor cuatrocientos reales de sueldo y al barranchel trescientos; item que era corto sueldo el de trescientos ducados, que tenia señalados un capellan mayor, y así mismo el de doscientos a cada capellan, de dos que se mandaba anduviesen en el campo, por tanto que el capellan mayor convenia señalarle cuatrocientos ducados y a los otros a cada uno trescientos, atento que de otra manera no se hallaria quien sirviese. Fuera de esto, que para concluir aquella guerra convenia poblar siete ciudades y dar estipendio al cura que hubiese de residir en cada una; todo lo cual importaria cometerlo al virei para que lo proveyese: que seria así mismo conveniente que hubiese un fator y contador del campo a cuyo cargo estuviesen las municiones; que seria bien mandar se pagase lo que en aquel reino se tomase para el ejército y sus jornales a los indios amigos que servian de gastadores en las tres sementeras que habian hecho, de donde espera proveerse de mucha comida. Finalmente pedia se le mandase acrecentar su sueldo por ser corto el que tenia para el gasto forzoso y sus obligaciones, y que se les diese libre en lo situado y no en los aprovechamientos del reino, como entónces lo estaba porque no los habia. De todo esto dió parte el mismo gobernador Alonso García Ramon al virei del Perú para que escribiese su parecer al rei sobre ello, que era el conde de Monte-Rei, el cual ponderando las razones del Ramon, despachó a S. M. en favor de ellas, el cual lo mandó ver a la junta, y visto, respondieron: que atenta la conformidad del gobernador y virei la cuenta de los dos mil hombres efectivos que convenia asistiesen en Chile era mui corta, respecto de haber hallado mas de mil y trescientos de (1)......y haber llegado mas de mil y doscientos cincuenta de Castilla y Nueva España, y que importaba al servicio de S. M. y al breve remedio con

(1) Tanto en esta pájina como en las siguientes, los suspensivos ocupan el lugar de un blanco que existe en las copias traidas de Madrid por los señores don Diego Barros Arana y don Manuel J. Irrarázaval, por las cuales se corrije esta publicacion.

que convenia acudir a poner de paz una vez aquellas provincias rebeldes que se acrecentase el situado de los ciento y cuarenta mil ducados; porque aun con doscientos mil era imposible poderse acudir a todo lo necesario, sin faltar por ventura a lo mas principal de ello, por lo cual y porque si se hubiese de esperar el parecer del virei, que se habia de proveer en lugar de Monte-Rei que por fuerza habia de tardar en llegar allá y siendo nuevo no podria tener la noticia conveniente de las cosas de Chile y para tenerla y enviar a informar a S. M. con la resolucion que se tomase, se pasaria y perderia el tiempo en que habia esperanza, conforme a los avisos de poder acabar de pacificar aquel reino, donde cuanto mas durase la inquietud, tanto mayor habia de ser el costo de la hacienda real, les parecia que siendo el rei servido podria mandar aprobar lo que habian consultado con él, pues la ejecucion se habia de remitir al virei y gobernador; porque de esta suerte se prevenia a todo y se ganaba tiempo y cuanto mas presto se acabase la guerra, con tanta mas brevedad cesaria el gasto en la hacienda real. Tómese la resolucion de esto en Madrid, último del mes de agosto del año de 1606.

Consultado el caso y visto lo que a la junta habia parecido, mandó S. M. que hubiese dos mil soldados efectivos en Chile, y que para la paga de ellos y de los sueldos y ventajas, que se habian de acrecentar era servido de crecer la consignacion que estaba hecha a cumplimiento de doscientos y doce mil ducados por tres años, espresando su real voluntad al gobernador y capitan jeneral de las provincias de Chile Alonso García Ramon, especificadamente, diciendo: como por las cartas que de Chile le habia escrito por junio, setiembre, octubre y noviembre del año precedente de mil seiscientos y cinco, habia entendido todos sus avisos de lo sucedido, despues que entró a servir en el gobierno de aquel reino y el estado que tenian los cosas de la guerra y jente que habia en él, y como habia llegado la que se envió por el rio de la Plata a cargo de Antonio de Mosquera y lo que ademas se contenia en sus advertencias, de que habia recibido contento y agradecia su cuidado, y que habiéndose considerado lo que representaba sobre que no alcanzaba la situacion de los ciento y cuarenta mil ducados que estaban consignados en el Perú para la paga de los sueldos que habia mandado señalar a la jente de guerra de aquel reino, respecto de la mucha que habia entrado en él, y todo lo demas que decia acerca de las ventajas y sueldos que eran menester se acrecentasen, siendo para todo ello necesarios doscientos y doce mil ducados cada año que tenia por bien hubiesen en aquel reino dos mil soldados efectivos y que se acrecentase consignacion para la paga de ellos hasta aquella cantidad por tiempo de tres años, como se le habia pedido, fiando de su cuidado y esperiencia, que ántes que aquel tiempo corriese, quedaria concluida la pacificacion de aquel reino; de manera que diese y guardase la paz seguramente que los demas de las Indias tenian dada, aliviando y escusando en adelante los gastos que en aquel reino de esto a su real hacienda resultaban.

Y que en cuanto al crecimiento de los sueldos de los capitanes y soldados de a caballo, habiendo considerado las obligaciones y trabajos que tienen y lo que en otras partes se hace con las compañías de a caballo, acordaba que se les acrecentasen sus sueldos en esta forma: A los capitanes de a caballo que entónces tenian cincuenta ducados de paga al mes (como los de infantería), cien ducados mas al año a cada uno y a los soldados de a caballo, que tenian a razon de setenta reales al mes (como los de infantería) veinte ducados mas al año. De manera que los capitanes de a caballo hubiesen tener y gozar de allí adelante cien ducados de sueldo al año cada uno ademas, y ultra de los cincuenta ducados de sueldo al mes que tenian al presente y los soldados de a caballo cada uno veinte ducados al año, fuera de los setenta reales al mes que por entónces se les pagaban, el cual dicho acrecentamiento mandaba se proveyese y ordenase por el gobernador y se señalase por via de socorro o ventaja, así para el sustento de los caballos, como para alojamientos o en otra cualquiera forma que mejor le pareciese, presupuesto que no habia de causar consecuencia para que la demas jente pretendiese el mismo crecimiento de sueldo, cosa que no se pasaria por ello.

A los mosqueteros y cabos de escuadra que se dijo no tener mas sueldo que un soldado, resolvió S. M. que se les señalasen dos ducados de ventaja al mes a cada uno de mas del dicho sueldo, con que se advirtiese que en cada compañía de cien hombres bastaria que hubiese diez mosqueteros; de suerte que en los dos mil hombres hubiese doscientos mosqueteros efectivos. Mandó así mismo que el gobernador tuviese cuenta como habian los tales de servir con los mosquetes que se les entregasen, teniendo particular cuidado con que no los acortasen.

Y por lo que escribió que en aquel campo servian algunos capitanes reformados con sus armas y caballos, y así mismo algunos alféreces y tenientes tambien reformados, de quien no se hacia mencion en la cédula de la consignacion de los sueldos y que convenia se les señalase en la cantidad y forma pedida y porque tal jente suele ser de servicio, pareció a S. M. que era justo tuviese diferencia en el sueldo respecto de sus personas y obligaciones, y de los oficios que hubiesen tenido, atento a lo cual tuvo por bien que se diesen a los dichos capitanes reformados ochenta ducados al año a cada uno de mas de la paga ordinaria de soldado, y que las compañías que vacasen se proveyesen en los dichos capitanes reformados, así por su esperiencia y partes, como por ahorrar y escusar sus sueldos: y que ademas del sueldo ordinario de soldado que se daba y ganaban al presente los tales alféreces y tenientes de capitanes de caballos y sarjento reformados, queria que se diesen a los dichos alféreces y tenientes cuarenta ducados en cada un año a cada uno, y a los dichos sarjentos veinticinco, con que para gozar de estos sueldos hubiesen de haber servido los alféreces por lo ménos seis años, los cuatro de alféreces, y los tenientes otros seis años, los cuatro de tenientes, y los sarjentos cuatro años, los dos de sarjentos.

Y para que el auditor jeneral que se pedia para el ejército, que al pa-

recer no se podia escusar se nombrase, mandó que tal oficio se diese a personas que tuviesen las partes necesarias y se le señalasen cuatrocientos ducados de sueldo al año en el dicho situado. Al capellan mayor que en aquel ejército hubiese de haber se sirvió de acrecentarle cien ducados mas de sueldo al año sobre los trescientos para que en suma gozase de cuatrocientos ducados al año, para lo cual mandó se diese la órden necesaria; y a los otros dos capellanes que en el campo habian de asistir, otros cien ducados mas al año a cada uno sobre los doscientos que tenian, para que cada uno por todo tuviese trescientos ducados al año, como mandaba se ordenase y cumpliese.

Y como quiera que conforme a lo dicho hasta aquí habia mandado acrecentar los sueldos de los capitanes y soldados de a caballo y de los mosqueteros y cabos de escuadra, y tambien el de los capitanes, alféreces, tenientes y sarjentos reformados en la cantidad advertida y pedida por el gobernador, le encargó y mandó, que si del crecimiento de los dichos sueldos se supiese y le pareciese que se podia hacer alguna moderacion, la hiciese de manera que su hacienda real se beneficiase y se ahorrasen los gastos que de ella se pudiesen acusar, y que todos los ya dichos capitanes, oficiales y soldados tuviesen sueldos bastantes iguales y conformes, con que de ninguna forma excediesen de los que, como se ha dicho, les mandó acrecentar.

Y porque el dinero que se consignaba para la paga de los sueldos de la jente de guerra que sirviese en aquel reino, habia de entrar en poder de sus oficiales reales de la ciudad de la Concepcion y habian de tener la cuenta y razon de su distribucion interviniendo a todo el veedor jeneral del ejército, le pareció que se podrian escusar el proveedor jeneral, contador y fator de municiones que se habian pedido, pues todo esto habia de estar a cargo de los dichos sus oficiales reales; y así mismo se podia escusar el sueldo de barranchel de campaña, habiendo capitan de campaña con sueldo real.

Y por cuanto el gobernador habia escrito, que el salario que el rei le tenia señalado, no se le podia pagar por estar librados en frutos de la tierra y haber falta de ellos consintió S. M. que se pagasen enteramente de la misma consignacion, y que si alguna parte faltase, o no alcanzase de los dichos frutos de la tierra, se supliese de todo lo cual habia de constar a sus oficiales reales de la Concepcion por certificacion de los de Santiago de Chile de lo que allí faltase de los dichos frutos para cumplimiento del tal sueldo, para que ellos se le pagasen de la dicha consignacion, mandando que así lo hiciesen en virtud del traslado signado de este capítulo y de la dicha certificacion.

Y visto que con esta nueva consignacion habia suficiente cantidad para cumplir los sueldos y ventajas de los dos mil hombres que habian de servir en aquel reino en la manera dicha encargó y mandó al gobernador que con la buena distribucion, cuenta y razon de los dichos doscientos y doce mil ducados tuviese mui particular cuidado de escusar todos los gastos y sueldos que fuese posible, para que con lo que

sobrase de la dicha consignacion se acudiese a otros gastos forzosos de la guerra y se pagase lo que hubiese de tomar para el ejército y a los indios sujetos y de paz, que sirviesen de gastadores y en las sementeras que se hiciesen por su cuenta, se satisfaciese a sus jornales, y encargóle que sobre todo tuviese cuidado, que no se les hiciese agravio, procurando su conservacion y buen tratamiento y que pues allá tenia su jente necesaria y se proveia tan cumplidamente de paga para ella por el espacio de aquellos tres años, que habia pedido que le encargaba mui apretadamente procurase acabar aquella guerra y poner de paz aquel reino con la brevedad que ofrecia por lo mucho que tendrán entendido importa, así para que los naturales gozasen de la quietud que convenia como para que su real hacienda se aliviase de tantos gastos, habiendo tantas cosas a que acudir con ella en defensa de la cristiandad y de sus reinos, y que de lo que en todo se hiciese le enviase aviso, enviando cada año relacion precisa de lo que montasen los sueldos de la jente que se sirviese en aquel reino y de todo lo demas en que se hubiese distribuido la consignacion y con que se tomase la razon de esta misma cédula por los contadores que residian en su Consejo de Indias, y así la tomasen sus oficiales reales de la ciudad de la Concepcion de Chile y el veedor jeneral de aquel ejército, y esta es la subsistencia de la cédula real, que se despachó por agosto del año de 1606. Luego S. M. escribió al gobernador de Chile el aviso de lo que se habia proveido acerca del crecimiento de los sueldos y ventajas, y situacion que habia pedido para la jente de guerra de aquel reino y lo que habia de hacer acerca de castigar los sediciosos; el tenor de la carta es el siguiente:

EL REI.

Alonso García Ramon, mi gobernador y capitan jeneral de las provincias de Chile, habiendo visto todo lo que me habeis escrito acerca de la jente de guerra que habia entrado y quedaba en ese reino y que se habian publicado las pagas de los sueldos, que les mandé señalar a los capitanes y soldados de a caballo, mosqueteros y cabos de escuadra, capitanes, alféreces, tenientes y sarjentos reformados se los he mandado señalar en la cantidad que me escribís y para la paga de todo he acrecentado la situacion de los ciento y cuarenta mil ducados a cumplimiento de doscientos y doce mil cada año; como me lo suplicais y vereis por los despachos que con ésta se os envian, y a mi Audiencia Real de Lima escribo que miéntras no hubiese virei haga proveer la dicha situaciony las cosas que por ella y por cuenta de ella le enviáredes a pedir; y tambien os he mandado pagar vuestro sueldo que teneis librado en los frutos de la tierra a falta de ellos en la dicha situacion. Y pues sin reparar en las necesidades tan precisas y forzosas, como se ofrecen de valerme de mi hacienda, he librado la cantidad que me pedis para los sueldos de esa jente, os encargo mucho lo hagais así, poniendo para ello el cuidado y esfuerzo posible y usando de los

buenos medios y trazas, que fio de vuestro celo, esperiencia y dilijencia; y con lo que toca a la distribucion de la dicha situacion, y que se escusen los sueldos y gastos que se pudiere, poneis el mismo cuidado, y en que la jente ande contenta y bien pagada y si entre ella hubiese algunos soldados sediciosos, inquietos y revoltosos conviene que a los que dieren causa para ser castigados los castigueis con tanta demostracion, que sea escarmiento y ejemplo para todo el ejército y a los otros por cualquiera indicio o sospecha que de ello se tenga, en razon de esto los echareis de ese reino con disimulacion y recato, enviándolos con cartas y despachos al Perú, o a estos reinos y usando de los otros medios y trazas que conviniere, previniendo que tampoco queden allí ni en otra parte de las Indias, siendo posible por los inconvenientes y daños que podrian causar semejantes hombres en esas partes; y siempre estareis en esto con la vijilancia, cuidado y recato que fio de vos y conviene habiendo tanta jente como hai al presente en ese reino; que en todo ello me servireis por agosto de 1606. Con esta carta fué otra para la Audiencia de Lima, avisando de lo que se habia resuelto en las cosas de Chile y crecimiento de la consignacion para la paga de los sueldos de la jente de guerra por estas formales palabras.

SUCESOS DE LA GUERRA ENTRE ESPAÑOLES Y CHILCANOS LOS AÑOS DE 1606 Y 1607 EN EL GOBIERNO DE ALONSO GARCIA RAMON.

Del daño que el enemigo recibió en diversos encuentros se averiguó, que habiendo entrado corriendo la tierra se salió al opósito con un buen escuadron contra sesenta indios que vinieron a Nacimiento, donde no pudieron hacer algun daño y perdieron a su capitan llamado Ragon Huenu, muriendo con él otros dos de los mas temerarios y valientes, y se prendió al hijo mayor de Inavilu, difunto, que se decia Coluomangue y a otros cuatro Conas o soldados suyos y se cojieron otras diez y siete piezas de indios y muchachos que por todo fueron veinticinco y muchos caballos y ovejas de la tierra. Sin escarmentar el enemigo con su daño, volvió a infestar la campaña y encontrado y puesto en huida, en otro alcance en Piciburai se cojieron once piezas, y cuando vino la junta a Cayuhuanu se le mataron tres indios y siendo rotos se le ahogaron en el rio otros tres, y se prosiguió el alcance hasta Cauten en que mataron los soldados un indio y prendieron diez y siete piezas, que por todas cumplieron el número de veinticuatro. En castigo de este mismo caso se entró de noche a castigar a Jurcilipe en Pellabuen y se le cortó al dicho, que era jeneral de los demas, la cabeza, y lo mismo se hizo a otro bravo llamado Nahuel Pichum, y se prendió al capitan Lincojere con otros tres soldados suyos, y las cinco mujeres y cinco hijos de Jurcilipe con otras seis piezas de indias y muchachos y caballos. Continuando en estas hostilidades, otra vez topó nuestro capitan dentro de nuestra tierra sesenta Aveas, cuyo capitan era Pinchumilla, que fué preso y sus soldados se escaparon: en esta refriega se cojieron algunos caballos en una entrada que hizo un capitan de Piliguen hácia el fuerte de

Lebo con sesenta soldados a caballo, estando acaso descuidados, y siendo descubiertos de nuestros indios amigos, y habiendo dado de repente sobre ellos les mataron uno y prendieron al capitan llamado Rinconlecvico (o Jincon) y a otros seis: cojiéronles cuarenta caballos ensillados. Entre estas escaramuzas se vinieron de tierra del enemigo a vivir entre los españoles los primeros de todos trece indios a Cayuhuaru con su chusma, que por todos fueron treinta personas. Despues con Chapelen, cacique de guerra, se fueron otros seis al fuerte de Santa Fé, cuya chusma vino con ellos hasta el número de diez y seis; otros dos se vinieron a lo de Neculhucun, y sin los dichos vinieron otros dos a Santa Fé; otros cuatro pehuenches se vinieron a Paillilihuto con otras tres personas; vínose Janamilla de Tecupuza por haber muerto allá a su mujer; vínose Huichalas de Puren por haber muerto allí un indio, que le mató primero a un hermano suyo, trajo consigo mujer e hijos; vínose tambien Cuyas Hiriae y Libuymey y Llancolucan con otras cinco mujeres e hijos que por todos fueron ocho. Ahorcáronse en Yumbel y en Viquilemo y en la Concepcion, Arauco y en Lebo muchos ladrones que vinieron a hurtar caballos en estos dos años hasta veintidos. Rescatáronse y cobraron los muertos del enemigo once personas españolas y mestizas, que fueron doña María Chicino, doña Ana Basurto, un hijo suyo Juan de Acebedo, una niña mestiza, Juan Fernandez, soldado, Juan Gonzales de Villanueva, y Vallejo, y Cordero, y Licama: viniéronse otros dos indios cristianos de la Imperial, que por todos fueron trece. Viniendo dos indios con embajada, movidos de mejor espíritu que hasta allí, se quisieron quedar de su propia voluntad para ser cristianos, Jepinamen, hijo de Pelantaro y Llauquetican y otros dos que estaban en rehenes o prendas de Pelantaro se quisieron quedar entre los españoles y convertirse a la fé cristiana. Francisco Counemangue, que lejítima y cristianamente estaba casado y Josef y Navilo y otro se prendió porque con color de mensajero hurtaba caballos, llamábase Yuqucante. De manera que en estos dos años se le quitaron al enemigo mas de doscientas personas.

Redujéronse los indios de Colcura junto a la Marina por el daño que recibian en sus tierras; lo mismo hicieron los indios de Lais y los de Quidico y Quiapo a Lavapie y así mismo los de Langonaval y Laraquete a Carampagui; los indios de Cayuchiram al fuerte de Apaillehua y los del Nacimiento a Santa-Fé. Restaron por reducirse los de Conlevo, Huenuzaque, riberas de Bio-bio y los de las Lagunillas, y quedóse trazando el sitio para reducirlos. Labróse de adobes el fuerte de Jesus de nuevo con que se escusó el fuerte de Talcamávida, donde asistia la jente española que se pasó de esta parte a amparar los Caniaes. Hízose de nuevo el fuerte de San Francisco de Borja en Negrete, en que se trocó el de San-Jerónimo que estaba inútil. Edificóse el fuerte de San-Ignacio tambien de adobes, como el de San-Francisco de Borja para reducir a él los indios de Cayuhuanu; y en la Concepcion se hizo un gran fuerte, ni mas ni ménos de adobes, porque el que allí habia era de madera y

palos maldolados; y váse edificando por consiguiente de adobes una firme y récia plataforma para plantar en ella la artillería en defensa de aquel pueblo.

De los enemigos que estaban entre Bio-bio y Cauten, se retiró y huyó la mayor parte por la cordillera a la otra banda de Cauten y los indios de Pilen y cuantos tenian su habitacion en la costa no mostraron en el discurso de aquellos dos años movimientos ni inquietud alguna; y porque la verdad siempre ha de tener su lugar, en aquel mismo tiempo el enemigo hizo sus entradas y correrías; de manera que una junta de indios de guerra bajó a Cayuhuanu y trabando escaramuza con ellos se llevó la presa que pudo, matando veintiun indios amigos; otro tanto hizo una junta yucalenza ántes que se redujesen, llevándose a Curapilian con treinta piezas. A Conilebo vinieron cien indios, y se llevaron diez y ocho niños de cinco años abajo y nueve mujeres, mataron dos viejos porque los hallaron a todos solos, habiéndose los amigos ido a una borrachera, cosa mui usada entre aquellas naciones chilcanas. Huyéronse dos al enemigo en Catiray y otros tantos en Conilebo y cinco en Culhuanu y otro de Santa-Fé. En Arauco mataron ladrones en el monte a un indio viejo, y llevåronse otros dos que venian con cartas, y en diversas veces se llevaron cuarenta caballos; de modo que el enemigo en igual tiempo recibió doblado mayor daño y la disposicion del reino estaba en mejor forma para que no pudiese hacer el que solia, andando retirado y huido, teniendo el castigo merecido. Restaba por hacer en aquella sazon el fuerte de la boca de la Laja; y para esto tenia el gobernador cortada madera y sacada la piedra necesaria y este quedaria acabado para enero. Habíase de edificar un torreon en Huenoza para defensa de aquellos vados y balseaderos, que así mismo se acabaria aquel verano. Habíanse de hacer en la ribera de Puchanhuy cuatro o cinco torreones a imitacion de las torres de las costas de Andalucia, donde en lugar de hachas se habian de avisar unos a otros con piezas de artillería de a libra de bala que se oyen en gran distancia. Serian los torreones los que pidiesen los vados del dicho rio, que el gobernador cuando escribió los iba a ver por su persona y a mas tardar se acabarian de hacer aquel verano y hasta tenerlos a todos en perfeccion no se habia de quitar el fuerte de Cayocuano, que en estando cerrado quedaria infructuoso por estar reducidos los indios que se abrigan al amparo del fuerte de Pailegua que tambien era de adobes, y la cerca que el enemigo tiene. Con lo que estaba representado se tuvo por sin duda, quedarian fortificadas las riberas del Bio-bio y Puchanhuy, para todo lo cual y para seis chatas que se quedaban en esta coyuntura fabricando, fué necesario hacer larga espensa, ademas de las deudas que la caja tenia, que eran mas de cinco mil pesos a soldados y particulares; envió el gobernador por menudo la razon de todo al virei, diciendo que todo se podria efectuar, como se enviase lo que restaba del situado del año precedente; porque de otra manera siempre la casa estaria adeudada con los ejércitos:

cosa que en todos los de S. M. perpetuamente causa malos efectos, que entónces se podrian relevar con enviar el resto que se esperaba y que la falta de jente era mui grande en estremo, pues como tenia avisado, donde quiera los soldados dormian una noche en cama y otra hacian guardia en vela, trabajo que se tenia por insufrible y que daba causa para recelar algun mal suceso.

LO QUE EL AÑO DE 1608 SE CONSULTO CON S. M. SOBRE LA GUERRA DE CHILE, Y LO QUE DE ELLO RESULTO.

Despues de aquellos sucesos mas encarecidos que importantes, que Alonso García Ramon tuvo con los de Chile, escribió el de 1605 a catorce y diez y seis de junio las cartas que acá se recibieron el de 1606; como habia bajado a la ciudad de Santiago, a prevenir lo necesario para los mil hombres de socorro que se le enviaron de España por el Rio de la Plata, a cargo, como está dicho, de Antonio de Mosquera, encareciendo que este socorro fué mui acertado y llegado a buen tiempo para concluir con brevedad aquella guerra; pero que para este efecto convenia que los primeros tres años hubiese dos mil soldados efectivos y que se acrecentase el situado, como atrás queda concedido. Pasado este tiempo el año de 1607, por enero, avisó él mismo del estado de las cosas de la guerra en aquel reino y que con haber seiscientos hombres de guarnicion en el estado de Tucapel, los indios de allí que habian dado la paz al gobernador Alonso de Rivera, viendo que se tomaba de veras el fortificarse, se rebelaron de tal manera, que no quedó indio que dejase de tomar las armas, y no solo sucedió esta rebelion con tanto atrevimiento; pero en otra guarnicion y fuerte que habia en la Imperial, mataron los indios ciento y treinta hombres y a su capitan, a donde el gobernador acudió y que se acordó que se despoblase aquel fuerte, retirándose la jente y municiones que en él habian quedado. Hiciéronse algunas correrías en el estado de Tucapel, en partes fragosas, pasóse a cuchillo mucha jente y ganado; pero la guerra quedó tan encendida y el enemigo se mostró con tanta fuerza de caballería que no quedó cosa segura, llegó el negocio a tal estado que los españoles no se podian defender sin ir ganando la tierra a palmos, y fortificándose mui a menudo, por esta razon las fuerzas quedaron divididas y la jente que fué de socorro por Buenos-Aires, no aprobó bien que algunos se dejaron morir por huir del trabajo, y otros se pasaron al enemigo que no hicieron poco daño por el ánimo que con esto cobran los indios. Pedia que para acabar aquella guerra de una vez, convenia mucho que S. M. se sirviese de mandar enviarle otros mil hombres en términos de dos años: los quinientos luego, y el año siguiente otros quinientos.

Encarecia la importancia de los caballos, de que habia gran falta; consultóse tambien esto con S. M., a treinta de octubre de 1606 y que convenia proveer al gobernador de lo que pedia acerca de los quinientos hombres que para luego pedia; pero porque de acá no podian

enviarse con la brevedad que era menester, parecia seria bien se ordenase al virei del Perú que los hiciese juntar en aquel reino donde le pareciese mas a propósito para que fuese jente de mas servicio, y por entenderse que lo era mucho y para mayor trabajo la jente del Rio de la Plata y Tucuman con otros mestizos y criollos que se crian en contínuo ejercicio y trabajo, procurase levantar en aquellas provincias los ciento y cincuenta de ellos o los que mas pudiese para cumplimiento de los quinientos y tantos, ménos se levantasen en el Perú, y que en el Rio de la Plata y Tucuman se recojiesen y juntasen hasta mil y quinientos caballos para llevar a Chile por la falta que habia de ellos y la que hacian para aquella guerra. Para llevar estos caballos y la jente que se levantase en el Rio de la Plata y Tucuman pareció se podria dar la comision y conducta al capitan Pedro Martinez de Zavala. Proponia tambien el gobernador que seria mui conveniente que el virei del Perú fuese en persona a Chile para acabar aquella guerra, aunque se ofrecieron grandes dificultades y costos en su ejecucion, se consultó con S. M. que seria bien pedir relacion y su parecer sobre ello al mismo virei. S. M. resolvió y mandó se escribiese respondiendo al gobernador y al virei se encargase, lo que pareció que se proveyese de allá y lo mismo se ordenase, por otra parte a lo que habia de ir por el Rio de la Plata y el Tucuman, lo cual llevase el capitan Pedro Martinez de Zavala, y lo demas se escribiese al virei, sin nombrarle su persona, ni cosa de su ida, sino preguntándole en jeneral cual de los medios que podria haber, tendria por mas eficaz para acabar aquella guerra y como quiera que en conformidad y cumplimiento de ello se habia escrito así al virei como al gobernador; vinieron despues cartas del mismo gobernador de doce de abril del año precedente, en que referia y pedia lo que ántes y con ellas, una de don Juan de Videla, oidor que era de la audiencia de Lima y proveido por el presidente de la audiencia de la Nueva Galicia, enviado a tres de junio de 1607, diciendo: que despues de haberse consumido en la guerra de Chile tan grande suma de jente y dinero con la esperanza de ver el fin de ella tan deseado y procurado, estaba tan a los principios, como si nunca se hubiera puesto mano en ella, metiendo nuevas prendas para mayores gastos y cuidados; por tanto y por lo que del discurso del gobernador se dejaba entender del mucho tiempo que habia de durar y la mucha jente y hacienda que habia de consumir, le habia dado motivo para pensar, que seria visto contra pesar todas estas causas con la importancia de aquella guerra y la pacificacion de las tierras que están rebeldes en Chile (no obstante que sean buenas y fértiles) que no podian ser a S. M. de tanto fruto, que sacase de ellas en mui largo discurso de años lo ménos de lo que entónces gastaba en un socorro de los que hacia, y que la reputacion en esta parte no era considerable para tanto gasto y cuidado (como si el de la reputacion no fuese precio inestimable y el que mas los reyes han de apreciar y tener por timbre de su estado); pero el consejero fué prosiguiendo, que estando todas aquellas provincias en suma paz y quietud, atendiendo todos a las comodidades

de sus vidas y haciendas, sin acordarse de armas, ni guerras, se le representaban algunos léjos de inconvenientes, durando tanto tiempo la guerra en aquel rincon de Chile con tanto número de soldados desnudos y descontentos y mal pagados, y que ademas de esto persuadidos de que no se les habia de gratificar lo mucho que trabajaban, podria esta desconfianza causar en ellos algun desden, y aun desesperacion que viniese a turbar la quietud y público sosiego, alterando los ánimos que entónces estaban remotos de sedicion; para remedio de lo cual tratando de estas materias con personas prudentes y de grande esperiencia en las cosas de aquel reino, y sin esto celosas del servicio de Dios y S. M. cuanto era posible desear, habia colejido que por ventura seria mas conveniente despedir aquel ejército y reducir todos los soldados y jente española a las tierras y provincias que estan de paz desde Bio-bio a la parte del Norte; haciendo raya y frontera en las riberas de aquel rio, poblando en ellas algunas ciudades en tal asiento que pudiesen permanecer perpétuamente, las cuales y la de la Concepcion estuviesen bien pobladas y con alguna guarnicion de soldados por entónces, no para ofender a los indios de guerra de las fronteras, sino para seguridad de que no hiciesen algun daño, y con esto dejarlos algun tiempo, para que con la paz y discurso y ócio viniesen a deponer la fiereza, que entónces les tenia tan obstinados, y admitiesen predicadores que les enseñasen la lei evanjélica y encaminasen a su salvacion; con esto y con tener noticia que a los indios de paz sus vecinos se hacia buen tratamiento, como S. M. lo tenia mandado, podria ser que abriesen camino a ser gobernados y administrados con policía en justicia y paz y consiguiesen el bien que S. M. les procuraba y deseaba. Por este medio así mismo los vecinos y moradores y soldados de aquel trabajado reino, decansarian en alguna manera y reducírianse a ocupaciones y ministerios de paz y a la cultura de la tierra y crianza de ganado, teniendo aquella tan buena disposicion para todo, sin necesidad de lo que en aquel tiempo estaba de guerra y que por causa de él, con la propagacion de la jente española, se podrian ir tambien continuando allí sus poblaciones poco a poco; que la esperiencia tenia mostrado ser ésta la mas segura forma de conquistar y pacificar nuevas provincias en aquellas partes. Este parecer seria en otras juntas con diversos papeles, estando presente don Alonso de Sotomayor, hombre de gran noticia y esperiencia de la guerra y cosas de Chile; examinóse tambien una relacion de apuntamientos que él habia hecho de lo que le parecia en razon de todo; considerado, pues, el ruin estado que tenia aquel negocio y que cuando el rei fué servido de crecer el situado de la jente de guerra a los doscientos y doce mil ducados, que atras dijimos, sin mas la costa de dos navíos y otros dos barcos que se traian por la mar, se entendió segun los ofrecimientos del gobernador que dentro de tres años tendria fin aquella guerra y que entónces estaba de peor condicion, pues se pedian de nuevo mil hombres mas de estos reinos, y trescientos del Perú y los inconvenientes que podrian resultar de no enviarse con los de poner en Chile

mayor número de jente que podria sufrir y sustentar la tierra; en aquel estado presente pareció a las personas, que en aquella junta se hallaron que eran el conde de Lemos, el de Puño en Rostro, el de Salazar, don Diego de Ibarra, marques de San Jerman, don Alonso de Sotomayor, los licenciados Valtodano, don Tomas Ortiz, Villa-Gutierre y Luis de Salcedo, que siendo S. M. servido se podria ordenar al gobernador de Chile, que hiciesen frontera a las ciudades de Angol y Monte-Rei, y al fuerte de Arauco, sustentando ademas de ellas solamente los fuertes que fuesen forzosos y viese convenir para los pasos de la ribera del Bio-bio y amparar los indios de paz y tales fronteras; y que en ellas tuviese la jente de a pié y de a caballo que fuese necesaria, así para su custodia; como para correr la campaña y hacer retirar los indios a lo largo y desamparar a sus tierras u obligarles a que diesen la paz, y que hasta que estuviesen los indios de los términos de aquellas fronteras asentados y poblados en los valles que él les señalase, no pasase adelante con las poblaciones sino fuese en caso que las cosas fuesen sucediendo de manera que él viese convenir seguir la victoria y buenos sucesos, que en tal caso esto se le podia remitir solamente, advirtiéndole que en ninguna manera dejase enemigos atras, ni aventurase el todo por la parte; y que tuviese gran cuidado de que los soldados estuviesen a caballo, siendo claro, que en esto consiste el servicio y no en lo contrario, y que no consintiese que ningun indio de los que se tomasen en la guerra, de doce años para arriba, quedase en aquel reino. Resolviese tambien que con esta concesion se reformase y redujese la jente de guerra que habia, solamente a mil y cuatrocientos soldados efectivos, y que de aquellos se repartiesen mil en las fronteras dichas y en los fuertes que hubiese entre ellas, y con los cuatrocientos que restaban y los que mas pareciese al gobernador, ir sacando de las fronteras podria comprar cuatro, y ocho y doce leguas, haciendo la guerra con el cuerpo de jente que le pareciese o con cuadrillas.

Podria así mismo tener sueltos los veranos seiscientos soldados, que con ellos y la ayuda de los indios amigos que fuesen dando la paz, juntos cuando conviniese, o repartidos en divisiones de cuadrillas, harian buenos efectos. Salió tambien acordado, que se escribiese al virei del Perú y al mismo gobernador de Chile que habia parecido que del número dicho de soldados los cuatrocientos fuesen de a caballo, las setecientas picas y los trescientos restante arcabuceros, como en Europa es costumbre; pero que sin embargo se les remitia el ordenar y acomodar esto como mas conviniese.

Y porque don Alonso Sotomayor habia propuesto, que lo que podia ser de mayor efecto para seguir y acabar esta guerra y de lo que mas falta habia era de indios amigos, convendria que a los tales indios amigos que estuviesen de paz en las fronteras y términos de Angol, Monte-Rei, Arauco, Concepcion y Chillan, se les hiciesen buenos tratamientos y el gobernador siendo conveniente se sirviese de ellos en la guerra dando a cada uno un vestido de paño y pagas de ovejas y de

carneros y que la tasa que daban a S. M. él mismo la pagase por ellos. Esto pareció poderse ordenar así remitiéndola al virei y gobernador, y que los indios que actualmente sirviesen en la guerra no pagasen tributo a sus encomenderos por el tiempo que sirviesen en ella, advirtiéndoles que no entrometiesen en la guerra tantos indios que tuviesen mas fuerza que los españoles por el inconveniente y peligro que podia resultar de ello, y que tambien se considerase el daño que recibirian los encomenderos, y así enviasen a la guerra lo ménos que pudiesen de los indios encomendados.

Al Conde de Lemos, y al de Puño en Rostro don Diego de Ibarra, y a don Alonso de Sotomayor, y al licenciado don Tomas Jimenez Ortiz, pareció que en cuanto al tributo seria justo que por cuenta de S. M. se recompensase a los encomenderos el que se les dejase de pagar por los indios que se ocupasen en la guerra. Advirtió mas don Alonso de Sotomayor, que convendria que todos los indios e indias que aquellos amigos tomasen entre las armas, se les diesen por esclavos, como a los demas soldados y que se publicase entre los indios de todos los términos de las ciudades que estaban de guerra que todos los que viniesen con sus hijos y mujeres a dar la paz y a poblarse donde les hubiesen señalado se les daria, como a los demas, racion para que el primer año hiciesen sus sementeras y hasta que cojiesen el fruto de ellas; afirmaba que con dos mil indios de estos amigos se hacia mas guerra que con mil soldados, dándoles capitanes mestizos y mulatos. Pareció mas, que siendo S. M. servido de mandar tomar resolucion de lo que por el consejo se le habia consultado, sobre el punto de darse por esclavos los indios que se cautivasen en esta guerra, se podria hacer con los indios amigos lo mismo que con los soldados españoles, con la condicion, que no pudiesen tener en Chile, ellos ni los españoles, los esclavos que tuviesen doce años arriba, sino que los vendiesen para fuera del reino, dándoles el término que pareciese competente para ello, y que lo que tocaba a la racion se remitiese al gobernador para que si no pudiesen sustentar y entretener sin ella a los que viniesen a dar la paz se la diese por el ménos tiempo que pudiese, y si no reservase y escusase la hacienda real de estas espensas y coste; ademas de esto, arbitró asi mismo don Alonso que convendria mucho asentar con los indios que fuesen dando la paz que a los que de ellos sirviesen de amigos en la guerra hasta acabarla se les daria libertad sin que pagasen mas tributo que doctrina y correjidor y serian libres de todo servicio personal, poblándose en sus tierras en las partes y lugares que el gobernador, les señalase donde hacian grandes sementeras y crianzas de ganados y vivirian con libertad, descanso y riqueza, que es lo que ellos mas apetecen y que lo se les ofreciese se les cumpliria inviolablemente; y que por esta misma órden se pacificaron los indios de Tlascala y Cabanes, y los negros cimarrones de la provincia de Tierra Firme. Todo esto pareció al Conde de Lemos, don Alonso de Sotomayor y licenciado Baltodano, Juan de Villa Gutierre y Luis de Salcedo, que se

podia remitir al virei, para que pareciéndole necesario, y no se le ofreciese inconveniente, lo proveyese y ordenase en cuanto a reservarlos de servicio personal y por haberse entendido que se habian recrecido algunos gastos y sueldos supérfluos y excesivos, se acordó convenia dar órden al gobernador para que reformasen y escusasen todos los que fuesen de esta calidad y se hubiesen creido desde el gobierno de Alonso de Rivera: asi mismo que a todos los hijos de vecinos y encomenderos de las provincias de Tucuman y Rio de la Plata que fuesen de su voluntad a aquella guerra y sirviesen en ella cuatro años, S. M. les hiciese merced de alargarles por una vida mas sus encomiendas de indios y a los naturales y bastardos de las mismas provincias que por serlo no sucedian en las encomiendas de sus padres, sirviendo en aquella guerra dos años quedasen hábiles para que a falta de lejítimos pudiesen suceder en tales encomiendas, y que a estos que fuesen a servir, se les diese licencia de volver a sus casas en cumpliendo el tiempo que con ellos quedase acordado.

Que se ordenase a los gobernadores de las ya dichas provincias y a los demas que conviniese, que todo el tiempo que durase la guerra de Chile no saliesen ni enviasen a ninguna conquista, ni descubrimiento en sus gobernaciones, ni diesen paso, ni retasen a soldado alguno que se huyese de Chile, sino que lo prendiesen y volviesen con las penas a que estuviesen sujetos, haciendo lo contrario. Que se mandase al gobernador de Chile, que de ningun vecino ni morada, ni estanciero, ni de indios amigos se tomase jénero alguno de ganado, comida, ni caballo, ni otra cosa sin pagarlo de contado.

Sobre todo, esto mismo advirtió el mismo don Alonso, que se podria ayudar al gasto ordinario de aquella guerra con despoblar la Isla de la Mocha, cosa que tambien lo escribió el gobernador, pasando los indios isleños a Coquimbo donde tendrian doctrina, tierra sana y fértil donde vivir, y podrian sacar oro para ayudar a los gastos de la guerra, que no seria de poca importancia, los cuales indios de la Mocha jamas sirvieron, ni quisieron recibir doctrina, siendo la mayor parte de ellos retirada de los de guerra y a estos tales se les hacia beneficio con semejante transmigracion con que la tal se remitiese al virei y gobernador de Chile para que pudiéndose hacer en conciencia y justicia, y siendo conveniente se ejecutase y mas intimo, que adelante habia de ser forzoso poblar en la provincia de Tucapel por ser una de las que principalmente convenia conquistar y poblar siendo de la comarca de mas indios y mas belicosos de toda aquella guerra, ayudados de sitios ásperos, montuosos y de grandes quebradas, a cuya causa con haberse poblado tres veces, se resolvió siempre a despoblar por convenir sustentar en ella mucha jente y no tener puesto para proveerse por la mar de vituallas, ni poder hacer sementeras en sus tierras por haber poca comodidad, siendo las tierras ásperas y los indios belicosos. Pues para tal caso y poder conservar aquella poblacion cuando se hiciese seria mui conveniente que despoblándose la isla de la Mocha de los indios que allí se hallasen,

que cae tres leguas de la costa de Tucapel, se poblase de indios de Chile y sus islas y archipiélagos por haber allí gran muchedumbre de ellos, y seria traerlos a mejor tierra que la que dejasen, siendo como eran los indios de allí buena jente, cuidadosos labradores, domésticos y humildes, que todos podrian ir con sus mujeres y familias, y que con las sementeras que hiciesen en la dicha isla de la Mocha se podria sustentar la guarnicion que estuviese en la ciudad de Tucapel, cuando se pueble, habiendo por lo ménos de ser de doscientos soldados los primeros años, y caso que se despoblase la isla de la Mocha de los indios que tuviese, seria mas acertado no poblarla de otros indios algunos, sino dejarla inhabitada y desierta.

Y como quiera que todo lo referido, se juzgó por conveniente conforme al estado que tenian las cosas de Chile cuando vinieron los postreros avisos y relaciones porque despues le podrian tener diferente y ser inconveniente lo que iba apuntado, o parte de ello, pareció que por carta aparte se remitiese todo al virrei, para que como quien está mas cerca comunicándolo tambien con el gobernador lo hiciese cumplir, no pareciéndole tener inconveniente, o que se diese sobre su cumplimiento, o importar el alterar algo en todo o en parte, que en tal ocasion podria hacer lo que mas importase al servicio de S. M., avisando de ello así mismo al gobernador de la resolucion que el rei mandase tomar, y que por remitirse, segun está dicho, al virei, guardase y cumpliese la órden que le diese.

Esto se consultó este año, a veintitres de febrero, y S. M. fué contento se hiciese como está referido, remitiéndolo al virei para que lo resolviese y ejecutase, como viese que mas convendria.

LO QUE EL GOBERNADOR RESPONDIO A LOS PUNTOS QUE EL VIREI LE PROPUSO, HABIENDO RECIBIDO EL DESPACHO DEL CONSEJO DE ESPAÑA.

Luego que el virei del Perú recibió el despacho que S. M. le mandó enviar en razon de lo que en España se habia consultado, leido atentamente lo que en él se le encargaba, comenzó a discurrir por todos los puntos mas importantes y despachólos al gobernador de Chile Alonso García Ramon, para que viéndolos respondiese, si reparaba en alguno o parte de ellos, lo que conforme a la esperiencia que tenia de aquella guerra le pareciese. Examinólos el gobernador, y no satisfecho de sus resoluciones, respondió: como práctico y versado en los negocios de paz y guerra de aquel reino. Habia llegado al puerto de la Concepcion una fragata llamada *Santa Inés*, a diez de enero de 1609, con una compañía de soldados que llevó el capitan Hércules de la Vela, y en ella vinieron del Perú los apuntamientos del virei, de veinticinco de noviembre de 1608, por los cuales decia: que deseando S. M. dar fin a tan larga y prolija guerra, como la de aquel reino, habia mandado viese el virei los medios que para ello se pudiesen ofrecer y consultados con el gobernador, se pusiesen en efecto los mas convenientes y los que en la

junta de guerra de Indias habian parecido serlo. Referia el virei en la suya, que habiendo considerado con la atencion que pedian las cosas de aquel tiempo y con el celo que siempre habia mostrado del servicio de S. M., siendo aquel de los mayores que se podian esperar, ni ofrecer con particular secreto y claridad, enviara su parecer con toda brevedad; porque con ella se pusiese la mano en la ejecucion, no siendo para ello necesario esperar nueva órden.

Respondió a estas palabras tan resueltas el gobernador, como S. M. en treinta y uno de marzo de 1608, que se despachó en San Lorenzo del Escorial, recibió un traslado de la que Su Excelencia habia de recibir, mandándole lo mismo que él hacia por la suya y en cumplimiento de todo procuraria satisfacer a todos los puntos de S. M. y a los que él le enviaba con la mejor disposicion y claridad, y con la puntualidad y verdad que debia; y para que mejor se pudiese entender fué distinguiendo las preguntas y respuestas por mejor satisfacer a lo que S. M. mandaba.

Habia propuesto el virei, que considerando que las tierras que entónces estaban de guerra, si bien eran fértiles y de mucha utilidad para poblar en ellas, se podria cómodamente sustentar los ganados con ménos costa que lo hacia el ejército que en aquella ayuntura estaba en pié, y que se viese si seria conveniente reducir la jente española a las provincias de la paz que estaban desde Bio-bio a la parte del Norte, haciendo raya y frontera de las riberas de aquel rio y poblando allí alguna ciudad en tal sitio que se pudiese sustentar; y que aquella y la de la Concepcion estuviesen pobladas y con alguna guarnicion de soldados que sirviesen de seguro y reparo de los daños que se podrian recibir de los indios de guerra, sin que el principal intento fuese hacérsela, porque con esto seria posible que la quietud y ociosidad diese lugar al discurso de lo bien que les estaria hacerla durable y perderian la fiereza tenaz con que entónces campeaban y admitirian el Evanjélio y entendiendo y viendo el buen tratamiento que se hacia a los indios amigos, se consiguiese el fin que se pretendia de su bien y provecho, y los vecinos, moradores y soldados del reino descansasen con aumento de sus caudales, dándose a la cultura de la tierra y cria de los ganados para que son tan a propósito aquèllas provincias, pudiendo tambien ser al mismo tiempo diese despues ocasion a continuar las poblaciones poco a poco, y que por este camino la esperiencia mostrase ser lo mas seguro, y que así se estendiesen los límites de la conquista y pacificacion.

A este primer punto respondió: que sin jénero de duda se podrian sustentar los moradores de Chile desde los términos de la ciudad de Angol y rio de Lebo hácia el Norte sin los demas del reino, aunque no seria con tanto descanso y comodidad; porque sin indios en ninguna parte de las Indias le habia y que aquello tendria alguna ménos costa, que la que por entónces se hacia en aquella conquista y pacificacion era cierto; pero segun las cosas en aquel tiempo corrian y las mercedes grandes, que Dios les habia hecho los dos veranos precedentes, y las que en su divina bondad y misericordia esperaban recibir adelante, era de

parecer que no convenia hacer raya ni poner límite a la guerra, como S. M. y S. E. advertian, sino continuarla y apretarla en aquella ocasion con las veras posibles por diversas razones, siendo la primera que para sustentar en alguna paz y quietud lo que estaba entónces de paz y reducido y ahuyentar al enemigo, era necesario y aun forzoso un presidio de mil y seiscientos soldados efectivos, repartidos en tal manera los ciento y cincuenta en Arauco, y ochenta en el fuerte de Lebo, para la seguridad de aquella reduccion; setenta en el fuerte de Paicaví; trescientos y los que mas conviniese sacar de los presidios para andar de ordinario en campaña; en el de la costa ciento; en la ciudad de la Concepcion y fuerte de San Pedro, para la seguridad de la Chata, ciento; en el fuerte de San Jerónimo siendo la frontera de mas importancia de aquel reino, ciento; en la ciudad de Chillan y estancia de S. M., ciento; en la ciudad de Monte-Rei, ciento y veinte; en los fuertes del Nacimiento y Angostura, ciento; en Yumbel, ciento; y en la ciudad de Angol otros tantos y ciento ochenta con alguna mas jente que se pudiese entresacar de aquellos presidios para campear el verano y en invierno en cuadrillas con fuerza hacer guerra; de suerte que aquel presidio y costa en el estado que era presente y de la suerte que las cosas estaban no se podia escusar el tenerle, ni tampoco que fuese su fuerza, que le hubiese perpetuamente y para siempre, por cuanto el dia que faltase y no le hubiese no habia que hacer cuenta de Chile y de aquellos mil y seiscientos hombres, los seiscientos era fuerza que fuesen de a caballo. Otra razon tras esta dió diciendo que con la esperiencia que tenian podia asegurar, que si se hiciese raya, como se habia propuesto ese mismo dia (segun los indios orgullosos y belicosos), decian lo que mui de ordinario solian decir, que de cobardes y tímidos dejaban los españoles de pasar adelante y procurarian echarlos de sus propias casas y cuando no fuesen poderosos para ello les darian a lo ménos tantas inquietudes y rebatos, que no les dejasen alentar ni vivir y que en conformidad de lo que S. M. tenia mandado se procuraba con todo cuidado jente de a caballo, por ser cosa de grandísima importancia, aunque se hacia con mui notable dificultad respecto de la gran falta que habia de servicio. No le pareció al virei que hacia fuerza aquella presuncion contra la resolucion tan importante y que las inquietudes que se tenian eran inescusables, pues por mas que se desviase la guerra habia de tener raya y frontera sujeta a semejante daño y tanto mas dificultosa de socorrer, cuanto mas distante. Continuó el gobernador, diciendo: que como el enemigo viese que no se continuaba la guerra, ni se pasaba adelante, y que los de guerra comian y bebian y estaban a su placer de dia en dia se irian poco a poco los de paz al enemigo, como muchas veces se habia visto claramente en aquella tierra, donde sin indios no se podian sustentar los españoles, ni tener labranza, ni crias de ganados, ni habia que imajinar que se pudiese hacer con ellos lo que con los negros del Vallano, porque de jente, sin Dios, sin rei, ni cabeza, ni justicia, ni honra, ni palabra, ningun concierto ni tregua se podia esperar firme ni segura.

Aquí replicó el rei, que el gobierno de la paz que se suponia habia de ser a la ejecucion de aquel nuevo intento tan suave, que asegurase de todo punto a los nuestros y atrayese a los de guerra, prosiguió el gobernador, que era vana imajinacion pensar que aquellos indios hubiesen de hacer jamas cosa por bien no siendo jente que atendian a buenas obras, no habiendo persona entre ellos, respecto de no tener rei ni cabeza, como se ha dicho, que ose tratar mas que de guerra y su libertad, que era tras lo que andaban y por ella habian de perder las vidas, y cuanto mas lozanos y descansados estuviesen, tanto mejor y con mas fuerza lo habian de procurar, cosa que conformes decian cuantos hubiesen militado en aquella tierra, como se tenia buen ejemplo y freno en lo que con ellos hizo el gobernador Martin García de Loyola, difunto, pues habiéndoles hecho las mejores obras que ellos pudieron imajinar al cabo le mataron tan atrozmente, y con su muerte estuvo en términos de perderse el reino, y estaban en la sazon que esto se trataba tan orgullosos con tantas victorias, como habian tenido y tan ricos y ufanos con los despojos que tenian, que no se contaba por hombre, ni osaba parecer en jiro, ni fiesta, el que en ella no trajese fresco de español, y hallándose muchos mas soldados para la guerra, que nunca se habian juntado, nadie se podria, con buen fundamento, persuadir a esperar con ellos condiciones, que en alguna manera fuesen permanentes.

No dejó de replicar aquí el virei, que en lo que toca a que no harian nada por bien, era medio que estaba por probar; pues jeneralmente escusaria a los indios de los alzamientos y daños que habian hecho en el mal tratamiento, que sin intermision recibian y servicio personal a que los obligaban.

En quinto lugar, continuó diciendo el gobernador, que era por demas imajinar que por mas que con aquella nacion se hiciese que los que entónces eran hombres y los que despues se criasen en sus vicios se habian de hacer cristianos, como se echaba de ver en los que habia sesenta años que estaban de paz, que por fuerza lo eran, donde aunque los obispos y maestros de doctrinas habian hecho lo posible, no habian sido poderosos a quitarles muchas costumbres antiguas, como de tener cada uno ocho o diez mujeres a las que alcanzaba el caudal de cada uno respecto que las compraban. A esta razon replicó el virei que el gobernador de Chile esperaba cortamente en lo que Dios tanta parte tenia, que en caso desconfiado mas fuerza tenia la opinion para dejar aquella guerra, donde el fin de S. M. era solo reducirlos a doctrina y correccion. No contento el gobernador con lo dicho, prosiguió adelante diciendo: que los soldados, despues de tantos trabajos, no tenian mas quietud que solian, sino ántes mas trabajos y ménos aprovechamiento, como tambien los vecinos ménos caudal por las grandes alarmas e inquietudes que de ordinario habian de tener, todo lo cual cada dia habia de ir en aumento, sin que pudiesen tener, ni alcanzar descanso aun semejante al presente, siendo tambien cierto que las ciudades no irian a mas, sino a mucho ménos y procurando concluir la guerra dentro de pocos años,

seria Dios servido se fuesen rehaciendo y reformando de todo lo necesario y poblándose como mas conviniese con mayor fuerza y mas indios.

A esto decia el virei que bien se sabia que los soldados se hallaban mal sin la guerra; pero que dificultosamente se entendia, que ayudase a ser su quietud menor reducido el trabajo a solo defenderse.

La séptima razon del gobernador fué, que haciéndose lo que S. M. y S. E. advertian seria fuerza al punto despoblar a Chiloé, porque en ninguna manera se podrian aquellos españoles sustentar, ni los indios lo hacian tampoco, viendo que no se proseguia la guerra, que si entónces estaban de paz era por parecerles que se iba ganando tierra y que en breve los españoles habian de ser señores de todo, considerando asi mismo los grandes castigos que en los rebeldes se iban haciendo.

Replicó el virei que por esto no se alteraba la forma de socorrer a Chile, pues desde que se asolaron las ciudades se habia socorrido continuamente por mar.

Octava razon del gobernador, fué, que seria gran crueldad a su parecer y poca reputacion de la jente española dejar de procurar libertad de tantas señoras como estaban cautivas en poder de aquellos bárbaros, esperando el dia de su redencion, considerando que cada dia iban ganando tierra los de su nacion, con lo cual confiaba en Dios continuase la guerra que en breve pondrian en libertad muchas de ellas, como de ordinario se veia y de la manera que se proponia, era vana imajinacion pensar que en ningun tiempo se rescataria ninguna; y así andando el tiempo como el rei y virei decian se habia de continuar la guerra adelante, cuando le podrian tener mejor que entónces, llevando tan decaido con el favor de Dios aquel enemigo, y teniendo entablado con todos, que no habia de haber paz sin reduccion y mas yéndose ejecutando tan bien y con tanta facilidad, como nunca se habia pensado.

Habia el virei en segundo lugar propuesto, que se hiciese frontera a las ciudades de Angol y Monte-Rei, y al fuerte de Arauco, sustentando ademas de esto los fuertes que pareciesen al gobernador precisamente necesarios para los pasos de la ribera del Bio-bio y amparo de los indios de paz y aquella frontera, y que en ellas asistiese la jente de a pié y de a caballo necesaria, así para su custodia, como para correr la campaña y hacer retirar los indios, y obligarles a desamparar sus tierras o que diesen paz.

A esto respondió el gobernador que para sustentar lo que entónces estaba de paz y reducido eran necesarios y forzosos los fuertes y fronteras referidas en el primer punto, con la jente que tenia dicha, y que sin duda dando prisa al enemigo se ahuyentaria la tierra adentro; pero que de cualquiera parte do estuviese venia por momentos a inquietar los españoles y correrles las tierras, para lo cual no eran necesarios mas de ciento o doscientos caballos, y era la mas cruda y trabajosa guerra que se podria pensar, porque venian por sus tierras sin que nadie los viese ni se lo pudiese estorbar, y un dia por una parte y otro por otra, de modo que así de invierno como de verano se viviria con grandísima in-

quietud, sin que nadie fuese bastante a estorbárselo, como por entónces se veia manifiestamente, y que verdaderamente del modo que S. M. y E. advertian era atar las manos del gobernador para que no hiciese nada, ni aventurase cosa con recelo y temer de desgracia, siendo notorias a S. E. cuantas se ofrecian cada dia en la guerra y que convenia dejar libremente al gobernador y capitan jeneral para que con acuerdo y parecer de la jente y oficiales, hiciese lo que mas conveniente fuese, siendo así que de otra manera jamas se hacia cosa alguna acertadamente. Replicó a esto el virei que los límites de la guerra siempre habian estado a la voluntad del príncipe y dentro de ellos juntamente se debia fiar a la disposicion del capitan jeneral; pero ni en ésta ni en las demas réplicas se satisface mas de mostrar agradarse de su aprehension y atender mas al ahorro de los gastos reales que a la necesidad del caso y del tiempo.

En el tercero punto decia el virei, que hasta que estuviesen los indios de los términos de aquellas fronteras asentados y poblados en los valles que el gobernador les señalase, no se pasase adelante con las poblaciones, si no fuese sucediendo las cosas de manera que evidentemente conviniese seguir la victoria, no quedando enemigos en ninguna manera por las espaldas, con advertencia que siempre estuviesen los soldados a caballo, y que los indios de doce años arriba que se tomasen en el reino, saliesen todos fuera de él, sin que por ningun respecto se dejase de poner en ejecucion. A esto respondió Alonso García Ramon, el jeneral, que la guerra se iba haciendo con consideracion de no dejar cosa que no estuviese de paz por la parte de atras y las poblaciones, de suerte que su comarca estuviese quebrantada y se hubiesen reducido algunos indios de paz, que de otra forma, sin embargo que muchos antiguos del reino eran de contrario parecer, era de grande importancia, que se echasen fuera los que en la guerra se tomasen de doce años, y que así se procuraría hacer, aunque para cada cosa, se hallaban en aquella tierra llena de miserias, infinitos inconvenientes. Decia tambien el virei, en cuarto punto, consultando si presupuesto lo dicho seria suficiente número el de mil y cuatrocientos soldados con los que mas le pareciese al gobernador entresacar de ellos para campear a cuatro, ocho o doce leguas, haciendo la guerra con el cuerpo de jente que quisiese o con cuadrillas y que los veranos anduviesen sueltos seiscientos soldados, con los cuales y la ayuda de los indios amigos que fuesen dando la paz todos juntos o en escuadrones podrian hacer buenos efectos y si de aquellos soldados convendria fuesen los cuatrocientos caballos y setecientas picas, y trescientos arcabuceros. Respondió el gobernador lo que atras tenia dicho, que eran necesarios y forzosos mil y seiscientos soldados repartidos en la forma ya referida y que no era poderoso un campo para la tala y seguridad de las fronteras y ahuyentar como convenia al enemigo y que era fuerza hubiese dos campos como estaba dicho, uno en la costa y otro en la tierra adentro, por ser mucha la que habia que guardar con grandes cordilleras de por medio, y ser diferente la tierra de la costa a la de la tierra adentro. Por lo cual era conveniente hubiese fuerza

de jente en campaña en todas partes y que para todo eran necesarios seiscientos caballos, y que los mil restantes fuesen todos arcabuceros y algunos mosqueteros, que era arma de ellos mas tímida y que mas los ofendia, y que cuando fuesen menester picas, que las de los amigos eran tan buenas y aun algunas mejores que las españolas, las cuales suplian mui bien para reparar de la caballería enemiga.

Replicó el virei, que a su parecer la guerra habia de ser precisamente defensiva, y si la ofensiva se admitia aun con la limitacion de este capítulo no pedia mucho el jeneral, ni andaba mui léjos de lo que S. M. le concedia.

En el quinto punto decia el virei, como consultando, si por la necesidad que habia de indios amigos, que era como se entendia, que seria de mayor efecto para acabar aquella guerra, convendria que a los que lo eran y estaban de paz en las fronteras de Angol y Monte-Rei, Arauco, la Concepcion y Chillan, haciéndoles buen tratamiento se usase y valiese de ellos, dándose a cada uno un vestido de paño, ovejas y carneros, y plata por cuenta de S. M. para pagar la tasa a sus encomenderos el tiempo que sirviesen en la guerra, puesto que pareciese preciso el habérseles de pagar, y si se habia de ir con advertencia de que el número de aquellos amigos no fuese mas del preciso necesario, así porque no se les hiciese mala obra a los encomenderos, no habiéndoseles de pagar el tributo, como porque si esto habia de ser preciso no fuese tanta la costa de la real hacienda, ni ellos pudiesen tener fuerza, de manera que pusiese en cuidado a los españoles; a lo propuesto respondió el gobernador, que para hacer la guerra como S. M. y E. apuntaban seria fuerza llevar indios amigos de los que estaban de paz en las fronteras y pagarles y darles alguna recompensa por su trabajo, lo cual si se hubiese de satisfacer como el rei y S. E. decian seria otro gasto mui excesivo, porque por lo ménos para conseguir buenos efectos cada campo habia menester traer trescientos amigos, y dando a cada uno tan solamente un vestido de paño, manta y camiseta, habria menester tres varas, que a cuatro patacones serian siete mil y doscientos, y si de la hacienda real se hubiese de pagar la tasa a los encomenderos, seiscientos indios a seis pesos de oro vendrian a hacer otros siete mil patacones, y que a esta causa convenia que corriese como siempre hasta allí habia corrido, advirtiendo que los que entónces servian de amigos eran de los nuevamente reducidos y que de ningun modo se sacaban indios de los antiguos, sino para garlanes, a los cuales se les pagaria bastantemente su trabajo, y que de ninguna manera daban servicio personal, sino solamente una mitad conforme a la cantidad que eran para hacer edificios y guardar ganados y los demas servian de soldados, remunerándolos de quince en quince dias, o de mes a mes, segun se ofrecia la ocasion; con lo cual se aprovechaban de los percances de la guerra, sin que en ello se les hiciese agravio estaban contentos, y los vecinos asi mismo hasta que fuese tiempo de tasarlos, y si se hubiesen de pagar, como se apuntaba, seria como ya se ha referido otro gasto mui grande de por sí; y los encomen-

deros sin poderlo remediar recibirian notable daño porque aquella jente traidora era de tal calidad que el que mas de paz y quieto se hallaria, como fuese para ir a la guerra, dejaria cuanto tuviese, de mui buena voluntad y con decir despues que era soldado, no le hacia persuacion ni fuerza humana arar ni guardar ganado, y si viniese a hacerlo seria con estrema violencia y mal por mal cabo, y que a esta causa era conveniente que los amigos que fuesen, no fuesen de los que habia mucho tiempo que estaban de paz, sino de los que nuevamente se habian reducido, como entónces se hacia.

En el lugar sesto decia el virei, que supuesto que S. M. habia mandado que todos los indios que se prendiesen fuesen esclavos y se sacasen de aquel reino, repartiéndolos entre los soldados españoles que se hubiesen hallado en la prision, se viese si convendria hacer la misma gracia y merced a los indios amigos que curasen la guerra, dándoselo a entender a ellos y a todos los que estuviesen de guerra, que a todos los que viniesen con sus hijos y mujeres a dar la paz y a poblarse donde se les señalase, serian admitidos y se les daria el primer año, hasta que hiciesen sus cementeras y las cojiesen, racion, aunque de tal medio por ser de tanta costa a la real hacienda, se debia el jeneral valer en precisa necesidad, y no de otra manera.

Respondió a esta duda el gobernador con decir, que una de las cosas de mas consideracion que se podia ofrecer para concluir aquella guerra, era haber S. M. mandado que aquellos indios fuesen esclavos; pero que no convenia en ninguna manera que los indios amigos gozasen de la merced que habian de gozar los españoles, mas que seria mui acertado procurar dar a entender a los rebeldes que estan de guerra, que si viniesen de paz se les admitiria y trataria a como hijos y donde no, que se habian de vender y comprar como caballos, aunque no habia para que imajinar que de ellos habian de admitir buenas razones; y así que convenia se siguiese la órden que en aquello estaba puesto, que era que por cada caballo que los amigos tomasen en la guerra se les diesen doce ovejas, que entre ellos eran gran paga, y por cada pieza de mujer o niño que tomasen, un capotillo o capa de paño, a que ellos son mui inclinados y con que se hallaban bastantemente pagados, lo cual se hacia en consideracion que ellos eran los que hacian la presa respecto de ser la tierra tan áspera como era, y ser jente desembarazada y acostumbrada a andar por breñas, y así a arrojarse a las quebradas y hacer la presa con resguardo de los españoles que de ninguna manera se atreverian ni lo hicieran. Hacer, pues, novedad en aquello, seria ponerlos en malas costumbres y quitar a los españoles la gana de ir a ninguna parte con gusto por llevarse ellos solos el provecho. Añadió mas, que lo que le parecia seria mas acertado era que junta la presa y satisfechos los amigos de las piezas que hubiesen tomado por el modo ya dicho o por el que mejor pareciese conforme a la cantidad en que se vendiesen, juntando el valor de todos por iguales partes se distribuyese entre los soldados que hubiesen ido en la jornada, declarando el mismo virei la parte que hubiese de

haber el cabo que fuese y la que hubiese de tener el capitan, alférez y sarjento vivo, y la que hubiesen de llevar los reformados y los que sirviesen de a caballo, cabos de escuadra y mosqueteros, y la que hubiese de haber el gobernador como se hacia en Oran, Metilla y otras fronteras y se hacia en la goleta en su tiempo, con lo cual todos tendrian parte y no se arrojarian temerariamente a las quebradas, como lo harian sin duda, por tomar un esclavo, cosa que seria causa de muchas muertes, que todas se evitarian de la manera referida: porque entendiendo que irian a la parte para cualquiera ocasion que se ofreciese procurarian juntarse tres o cuatro, y de esta suerte mediante el favor divino se hacia todo con mucha seguridad; y seria de mucha consideracion hacer alguna provincia libre, como lo tenia suplicado a S. M. y que gozasen de las preeminencias que gozan los Cañares en el Perú, pero que hallaba una gran dificultad, y era estar todos los indios encomendados; pero que S. M. y E. podrian dar, a los que les tocase la suerte, alguna merced en el Perú en situacion los cuales tenian entendido que con poco se contentarian. A esto replicó el virei con decir que era bien no hacer novedad permitiendo esclavos a los indios y que mandandolo S. M. seria fácil hacer la particion con igualdad, y que seria bien reservar de tributo cualquiera provincia de indios sin daño, ni agravio de tercero.

En sétimo lugar consultaba el virei si teniendo efecto el despoblar la Isla de la Mocha convenia poblarla de nuevo con jente del archipiélago de Chiloé, para que cuando fuese forzoso como parecia lo habia de ser adelante el poblar la provincia de Tucapel, siendo de tanta importancia pudiesen los indios que habitasen la Mocha proveer los bastimentos a las poblaciones de Tucapel y que habia parecido al consejo que despoblándose una vez aquella isla, no convenia que se volviese a poblar, sino que quedase inhabitada y desierta; a esta duda dijo el gobernador, que seria mui acertado despoblar la Mocha y no mui dificultoso el hacerlo, mas que él habia tratado aquella materia con muchos teólogos de aquel reino, respecto de una cédula que antiguamente S. M. mandó despachar acerca de despoblar aquella isla, y ninguno habia hallado que dijese, que con justicia se podia desnaturalizar a ninguno, por no haber sido jamas conquistada, ni ellos haber dado la obediencia al rei, y que aunque era verdad que ella no servia de otra cosa mas que de albergue de cosarios, como se habia visto, y entónces de retiramiento y receptáculo de los de Tierra Firme, que hallándose apretados con la guerra que se les hacia eran muchos los que se habian recojido a ella, segun la voz que entónces corria y así que aunque no seria difícil el despoblarla, no convenia sacar jente de Chiloé para hacer en ella nueva poblacion, sino que quedase desierta y despoblada, como prudentemente decia el consejo, porque cuando estuviese poblada en ninguna manera se podria tener favor de bastimentos, que era lo mas que se pudiera pretender para los presidios de Tierra Firme respecto de ser como era la costa tan brava, y no haber en ella desde el rio de Lebo hasta Queule, puerto ninguno ni caleta en que se pudiese con seguridad favorecer un

barco en tiempo de norte y cuando se hubiese aquella a hora no se sabia ni tenia conocimiento ni noticia de él. Lo que aquí replicó el virei, fué decir que aquella plática habia cesado tiempo ántes porque se tenia por escrupulosa.

En octavo lugar, decia el virei al jeneral de Chile, como S. M. le mandaba que para tomar resolucion en algunas otras cosas tocante a aquellas provincias viese los despachos que le escribia al gobernador y que convendria, llegados que fuesen a su mano, enviarle luego un traslado de todo, a lo cual satisfizo con enviar la sustancia de todo, afirmando que pues el gasto de conservar la tierra de paz y conquistar lo demas habia de ser uno, y que no era posible escusarse sino era dejando de todo punto a Chile, se siguiese la victoria y se pusiesen los límites lo mas a lo largo que fuese posible.

LO QUE EL MARQUES DE MONTES CLAROS ESCRIBIO A S. M. HECHA LA CONFERENCIA CON EL GOBERNADOR DE CHILE, A 30 DE MARZO DEL AÑO 1609.

Luego que recibí la de V. M., de 31 de marzo de 1608, sobre las resoluciones de las cosas de la guerra de Chile, envié al gobernador un sumario de los puntos en que me pareció era nenester su conferencia, y últimamente he tenido respuesta suya que va con ésta y en los márjenes lo que se me ofrece a sus réplicas y hablando por mayor en la materia, digo, señor, que las razones que mueven a V. M. para atajar el progreso de esta guerra son de grande consideracion, y que a mi ver prevalecen a todo otro respeto, y afirmo a V. M. con verdad, que ántes de entender, se habia resuelto así en la Junta de Guerra, tuve en mi ánimo proponer a V. M. parte de este motivo, habiendo cargado mucho el pensamiento aun desde ántes de mi llegada a este reino, con ocasion de una carta que recibí en él de nuestra España, cuando ya estaba de partida, en que don Juan de Villa, oidor que fué de esta Audiencia, hacia el mismo discurso, advirtiéndome del estado de aquella conquista y pacificacion y despues que he acercádome mas a la dificultad no hallo cosa que me haga mudar de parecer. Es cosa cierta que la demanda tras que vamos no tiene materia sobre que cargue la victoria, porque ni hai lugar cierto donde topar los enemigos, ni fuerte que batirles, ni hacienda que tomarles, ni casi se halla cuerpo en que hacer la ofensa. La guerra siempre ventajosa por su parte, pues la hacen en su casa, manteniendo con raices y frutos del campo, cuadrillas de hombres desnudos que bastan a resistir y a inquietar ejércitos armados, que sustenta V. M. con tanta costa de su real hacienda. Las penalidades son igualmente mas para todos y ménos sensibles en ellos por estar acostumbrados a vivir con cualquiera incomodidad, y asi los trabajos de una continua y prolija guerra que en otra jente suelen bastar a poner amor de la paz, a éstos les hace aborrecerla, porque comen y se sustentan con la inquietud, y se puede decir con verdad, que lo que en tantos años se ha hecho, no ha sido mas

que haberlos ejercitado y alentado. De que resulta, que aunque el poder de V. M. es grande en toda parte, ora sea porque el útil de la empresa no pide tanto empleo, ora porque la distancia embaraza y desharia los medios por donde se suele mostrar ha obrado tan limitadamente en Chile, que despues de tantos años no ha podido atropellar el estorbo de un enemigo sin honra que se aliente, ni interes que le obligue. Todo lo que se gana por los nuestros es tomar tierra prestada para volvérsela a dar en mudando los pres de los que con increible trabajo llegan a ella y como estaban persuadidos, que lo mas que aventuran es desviarse temporalmente de lo que volvieron a poseer siempre, que quisieren, ni temen los encuentros, ni temen las entradas, que son golpes en el aire los que reciben, y a veces hacen los suyos en vidas de españoles, que es la cosa mas preciosa que V. M. tiene; y si para gozar las ciudades que ya perdimos, es menester poblarlas de nuevo, porque están asoladas, no sé en que se funda la instancia de llegar a los sitios donde quedaron, si en lo que están de paz se podrán elejir otros mas aventajados y con ménos peligro. Suplico a V. M. considere, que cada palmo que se va ganando, pone en obligacion de nuevos gastos, y yo tengo esto tan entendido así que confieso oigo con sobresalto cualquier buen suceso porque sé cierto que tras el capítulo que el gobernador lo cuenta, viene otro en que pide jente y plata para tenerlo seguro. Ademas que cuando se consiga el mejor suceso que se pretende y las banderas de V. M. hayan llegado a lo postrero de esta conquista, supuesto que entónces no podrán ser tan fáciles y puesto los medios de conservar, como habrán sido los de adquirir, no se escusara de congoja, quien habiéndose dejado correr al paso de la violencia de la guerra se hallase con trescientas leguas de tierra, las ciento y cincuenta mal pobladas de españoles, y las restantes llenas de enemigos sin ninguna seguridad ni defensa en que poder confiar; el negocio pide apresurado remedio y téngole por dificultoso, porque aunque con mediano discurso se alcanza el mas acertado, como su ejecucion ha de ser por mano del que fuere gobernador, si él se desagrada de ello que parece forzoso, pues se le quita tanta parte de la mano y autoridad del que goza con el ejercicio de la guerra, está mui a pique de deslucirse cualquiera buen consejo.

El que yo elijiera el empezar la resolucion de la guerra, disponiendo las cosas de paz en aquella provincia y quitando de hecho el servicio personal, apoyar el buen tratamiento de los indios que para otro quizá seria menester el ejército que allí está por ser interesados los vecinos en la confusion que corre, y habiendo conseguido que seria fácil enviando persona de autoridad a ello con diferente nombre y voz, se habian de ir reformando poco a poco las compañías y cercenando la costa, sustentando los presidios que precisamente son menester todos de la parte del norte de Biobio, y así como este rio ha de ser la raya de la guerra echar otra a la esperanza, tomando resolucion de no reducir ni poblar mas tierra que la que hai desde aquella ribera hasta Cauten y sitio antiguo de la Imperial, siempre por la banda de la costa en que

entra Arauco y Tucapel y las mejores provincias circunvecinas, y esto dejando al tiempo y dilijencia de los relijiosos con medios de paz y de introduccion de doctrina que si una vez se llega al sitio referido, todo lo demas no es menester para nada; pues cuando conviniese hacer defensa a algun enemigo que quisiese tomar puerto en el de Valdivia, no está tan léjos ni entran tan secretos los corsarios que habria dificultad en hacerlo, ántes los mismos indios ayudarian a ello, y que en prosecucion de este pensamiento se le quitó al gobernador la mano para hacer la entrada nueva por via de guerra, sino que defienda aquello como teniente de capitan jeneral del virei del Perú, sin cuya órden no dé paso adelante, ni trate mas que de conservar, porque si quedasen mil y cuatrocientos hombres como V. M. tiene acordado, o mil seiscientos, que dice el gobernador, no se escusa nada de los gastos que hai, pues no es mas la jente efectiva que allí sirve hoi conforme a las listas que de allí vienen. Este modo de guerra está mui aprobado en las Indias i particularmente en la Nueva España, donde siempre inquietaron los Chichimecas, hasta que el virei Marqués de Villa Manrique se resolvió a reformar presidios y compañías, usando de los mismos medios que aquí se apuntan, y con lo que entónces se pensó que habia de aumentarse el peligro de los caminos, pues se les quitaba la jente que les hacia escolta, se aseguró todo y se aquietaron aquellos bárbaros; de manera que si alguna vez salen a hurtar mulas con un español que entre, se le vienen a sujetar ya recibe castigo, y muchos de ellos están poblados en sitios mui importantes y aman mas la conservacion de sus hacenduelas y la labor de sus campos que los mismos españoles. El padre Luis de Valdivia de la Compañía de Jesus tiene mucha intelijencia de todas aquellas provincias, por haber administrado en ellas la doctrina con mucha edificacion y buen nombre, y porque me parece que esta causa pide relacion mas particular que la que se puede hacer por escrito, habiéndole comunicado mis motivos le envio y suplico a V. M. le oiga y cuando la materia esté resuelta le mande volver, porque será necesario para efectos importantes de su servicio. El Gobernador envia por su parte al capitan Lorenzo del Salto, y como en la materia va tanto es mui justo que todos sean admitidos y que V. M. mande digan lo que sienten sobre ella. Los sucesos de la guerra son buenos en la presente ocasion, y esto y el ser el gobernador de diferente parecer que el mio y juzgar yo que no se consigue el fin que V. M. quiere si el negocio no se estrecha mas, me ha hecho no tomar resolucion y ejecutarla como V. M. me lo manda. La reformacion que por el último capítulo de 31 de marzo del año pasado me manda V. M. hacer con los sueldos sobrados, he puesto en ejecucion y siempre se tendrá la mano para que no se exceda.—Guarde Dios a V. M. como la cristiandad ha menester, del Callao, y de marzo 30 de 1609.

El Marqués de Montes-Claros.»

En esta carta y en las réplicas al gobernador y en las respuestas a todo del jeneral de Chile se echa de ver como no hai peor cosa que mu-

chos gobernadores de una partida y cuan en su punto está la ambicion de mandar y ser cada uno solo en ella, que bajo del color del servicio real, ninguno para él quiere compañía, y a esta causa nunca conforman en pareceres, aunque el del gobernador segun aquella guerra parece mas acertado.

SINIESTRO SUCESO DEL MAESTRE DE CAMPO DON DIEGO BRAVO DE SARAVIA CON LOS INDIOS DE GUERRA.—AÑO DE 1609.

Entre tanto que los ministros reales andaban en disputa sobre la guerra defensiva, los indios chileses que éstas materias de mejor gana remite a las manos, tuvieron un encuentro con el maestre de campo don Diego Bravo de Saravia y la jente que llevaba consigo en que los nuestros fueron desbaratados, y sucedió de esta manera: Salió el ya referido don Diego Bravo de su gobernacion a los diez de diciembre de 1609 con seiscientos amigos y trescientos cuarenta hombres a la lijera sin dar trasnochada, y llegó hasta legua y media de Coyuncaví, marchábase como por tierra de paz saliéndole a darla en Cayocupil toda la jente que habia quedado resagada: fueron tomando siempre los caminos los de Cayocupil, mezclados con los de Arauco y Lebo; dos leguas ántes Coyuncaví cojieron un indio y se escaparon otros cuatro, que hicieron daño para no cojer mayor presa, examinado el preso dijo que todo aquel contorno estaba descuidado sin ningun recelo de los presidios de apuella parte porque solamente tenian el pensamiento en San Jerónimo.

Con esta noticia dió el maestre de campo en Coyuncaví al amanecer y con cuadrillas de amigos y el capitan Zuazo, que corrió con la caballería una loma que cae sobre el valle de Puren quedó la infantería toda en cuerpo con él. Prendiéronse en el bebedero cincuenta piezas y ocho gandules que poco despues se degollaron, matáronse allí dos caciques, el uno de Guadaba y el otro de Coyuncaví, sin otros dos valentones de Puren. Con este suceso se juntaron todos los nuestros sin pérdida ninguna, habiendo cojido al enemigo mucho ganado de Castilla y ovejas de la tierra con algunos caballos y quemado mucha comida; dentro de otra se salió fuera el maese de campo dos leguas y media distante de aquel puesto; alejándose entre Cayocupil y Elicura en un cuartel bien fuerte. Porque todos los prisioneros afirmaban habia salido una junta a maloquear a San Jerónimo: otro dia marchó con esta órden, echó delante trescientos amigos con los rocines y algunos bagajes de la infantería, llevó él mismo la vanguardia con la compañía del capitan Zuarzo y alguna infantería dejando la demas en vanguardia, batalla y retaguardia que la llevaba el capitan don Francisco Barrera con doscientos amigos de Arauco; entre todos no habia mas caballos que la compañía del capitan Cristóval de Morales, que iba en la batalla. Yendo marchando con esta órden con mas angosturas y no mui estrechas, que estuviese la retaguardia de la vanguardia, si no mui breve espacio en las cuales habia mas plazuelas mui pequeñas al remate de una cuestecilla mui pequeña, en

cuya caida o a la mitad de ella estaba el maestre de campo hecho alto por no poderse hacer mas arriba respecto de la maleza y espesura que lo impedia; en este paso se mostraron unos pocos indios, y hasta veinte caballos del enemigo en la retaguardia. Dióles el capitan don Francisco dos cargas en que les mató uno de a caballo y algunos de a apié; con lo cual se cebaron los nuestros, que era lo que el enemigo queria y desampararon el puesto y el hilo que le llevaban. Arremetieron los enemigos a tomársele y los amigos que a lo que se entendió, eran mas que ellos, huyeron atropellando la infantería, con esto todos volvieron las espaldas, sin que el triste capitan que peleó como mui alentado y valiente caballero, quebrando su lanza y echando mano a su espada los pudiese detener rogándoles no le desamparasen. Todas las demas compañías de infantería hicieron los mismo, viendo que venia huyendo la retaguardia sin que sus oficiales les pudiesen detener; fué Dios servido que al primer arcabuzado (aunque todos decian al maese de campo, que no tenia necesidad de volver atras respecto de haber fuerza para pelear con diez mil indios) lo hiciese por ver lo que pasaba a vista de ojos, llegó a tiempo que venian huyendo doscientas o mas bocas de fuego, y otros tantos amigos y la compañía de a caballo que los venia atropellando y perdiendo los caballos de hasta cincuenta indios, que no se vieron mas; amonestóles el jeneral que volviesen las caras, y con ver que él se paró y quedó el postrero con la retaguardia, y que con cinco o seis hombres de obligacion los embistió con que les quitó al sarjento Mercado que estaba en su poder mal herido y a otros siete u ocho que habian cautivado, sin otros que con oir que su cabeza estaba allí, se salieron del monte donde se habian encerrado, no pudo de ninguna manera con ello, ni fue posible con voces ni amonestaciones quisiesen seguirle, ántes al capitan Zuazo que llegó en mui buena ocasion a ayudarles y les apretaba a que socorriesen su jeneral, le decian que se desengañase que era una grande emboscada y pasaba la voz que al maese de campo le habian llevado; con lo cual fué maravilla como no se arrojaron todos por aquellas quebradas, tanto temor habian concebido; volvió el maese de campo a ellos y lo que habia podido con buenas palabras acabar lo hizo con afrentosas reprensiones que les dió a vuelta de muchas cuchilladas, con que al fin se dió la vuelta y se apretó al enemigo, hasta que se fué encerrando en sus malezas, con pérdida y muerte de algunos, aun que en las primeras dos cargas les mataron muchos.

El capitan Zuazo con indios amigos y alguna infantería, quedando el jeneral en escuadron, retiró los cuerpos muertos, y salieron algunos soldados del monte y a gran trecho yendo marchando los echaron en una gran quebrada, creyóse haber llevado por entóncess muchos vivos, porque solo quedaron catorce cuerpos, y ménos cuatro cabezas; y faltaron por todos cuarenta y cuatro, sin tres que de las heridas despues murieron en su fuerte. El capitan don Francisco no pareció vivo ni muerto: entendióse haberle llevado el enemigo; sintió gravemente el jeneral su pérdida aquel dia; murió entre los demas su alferez y el sar-

jento del capitan Miguel de Silva, y tampoco pareció el de aquel fuerte que estaba a su cargo.

En esto se puede echar de ver con que jente el buen maestre de campo militaba en su provincia, que por ventura era bisoña y sin práctica en la milicia, como de ordinario sucede, cuando se reciben debajo de bandera hombres de baja condicion, usados a la vida ociosa y enemigos de buena ocupacion, mas inclinados a conservar su vida, que su honra y reputacion. Pues dando solo en la retaguardia, sin tener el enemigo otra emboscada, y llegar por las espaldas, tan presto como llegaron, mataron jente de todas compañías y de la vanguardia se llevaron un caballo con dos botijas de pólvora, por ir todos huyendo sin órden ni concierto, atropellándose los unos a los otros, que si el jeneral no acertara a llegar aquel tiempo, fuera una total ruina. Tomóse lengua de un enemigo que quedó medio vivo, el cual dijo que eran mui pocos y hasta veinte de a caballo y que era parte de la junta que a los arcabuceros de Coyuncaví se volvió de hácia Corupoille que iban a esperar en emboscadas la jente que sabian venian a maloquear los de San Jerónimo. Con este aviso el maese de campo envió a los del fuerte de San Jerónimo aviso y al comisario para que estuviese con cuidado hasta ver en lo que aquello paraba; envió tambien a pedir al gobernador que entrase en Lebo una nueva compañía de infantes, porque los que allí habitaban de paz no entendiesen que les faltaban fuerzas, aunque fuese para volverse luego, que acudiendo el gobernador allá, veria si convendria campear la tierra adentro, porque Elana, Pangaloe y Lleolleo se habian retirado hácia Caleocino y la Imperial y la mitad de Elicura, que era la que no trataba de dar la paz a Puren; y en todo el valle no habia cuatro chácaras; la otra mitad, que era el otro Llacaví trataban de darla y despues de aquel suceso le salieron al maese de campo en Cayocupil cuatro caciques apridanados con Quintuhen, que fué el primer mensajero con diez y siete indios y toda su chusma y ovejas, y halló allí otros mensajeros de otros tres caciques de Elicura que dijeron se querian venir con toda su jente. Tambien llevó otros treinta y tres indios el maestre de campo de Cayocupil con toda su chusma que habian quedado allá en guarda de los silos de las comidas, temiéndose que los habian de maloquear los de Puren y lo mismo temian los de Elicura.

Tambien le salió al camino con su hijo y otros siete indios Guerrapillan el de la Caramávida, y fué con él a la maloca y otros cuatro indios que quedaban allá. Les envió un mensajero para que se volviesen. Enfermó entónces en aquella plaza mucha jente, sin quince hombres que escaparon heridos; la mitad de la compañía del capitan Cristóval de Morales quedó desencabalgada y muchos infantes sin arcabuces, aunque se cobraron muchos cuando volvió a retirar los cuerpos, porque todos los iban arrojando y desechando de sí, porque no les embarazasen la huida. Deseaba el maese de campo saber si vivia el capitan don Francisco para pedirle a trueque del toqui de Videregua y Paillaguille, cacique de la Imperial, que estaban en su poder cautivos.

LO QUE EL AÑO DE 1610, SE CONSULTÓ DE NUEVO SOBRE LA GUERRA DE CHILE CON S. M.

Mucho dió siempre en que entender la guerra ofensiva de Chile, y mas despues que se tomó resolucion de que fuese solamente defensiva no sé que tan acertadamente porque luego se fué descubriendo si convenia o nó; pero como el virei de aquel tiempo condescendió siendo consultado con lo que en duda se le propuso, ayudado del parecer de Luis de Valdivia, no quiso jamas mudar de opinion, habiéndole el gobernador Ramon desengañado desde el principio en balde; porque le debió de parecer, que seria quiebra de su calidad dejar de perseverar en lo ya dicho, como si no fuese mas acertado mudar consejo cuando el primero no va bien encaminado. En suma el padre relijioso trató de este negocio contra lo que sentia la esperiencia del gobernador gran soldado y práctico en la guerra de aquel reino, fundándose en leves apariencias como si hubiera de negociar con jente mui acojida a razon y mui amiga de honra y guardar palabra mui desapasionada y conforme a la voluntad de los terceros y amiga de paz, por hallarse inferior en la guerra, siendo todo esto al contrario, pero en consideracion de ello se consultó nuevamente a S. M., recapitulando lo pasado en esta forma, diciendo: que la guerra de Chile habia sido tan larga y prolija, como S. M. tenia entendido, y aunque aquellos últimos años se habian hecho gruesos socorros de jente a los gobernadores, y acrecentado la situacion con las esperanzas que daban, de que dentro de tres o cuatro años se acabaria las cosas habian mejorado mui poco en materia de ella, y que mirando con particular cuidado la junta en lo que tocaba a la pacificacion con los indios con ocasion de algunos papeles y advertencias que algunos ministros de las Indias habian dado, tenidas por personas celosas del servicio de S. M., sobre lo que convenia que se cortase aquella guerra y pasase la jente española y los indios de paz a la parte del norte del rio Bio-bio, haciendo raya y frontera en las riberas de él. Tratóse esto y S. M. resolvió el año de 1608, que se cortase e hiciese defensiva aquella guerra, haciendo frontera a las ciudades de Angol, Monte-Rei, y al fuerte de Arauco, sustentando ademas de ellas solamente los fuertes que fuesen forzoso para amparar los indios de paz que estaban de la otra parte del Bio-bio al sur y que en tales fronteras hubiese la jente necesaria para su custodia y correr la campaña y se redujese a mil y cuatrocientos soldados efectivos, de los cuales se repartiesen los mil en los fuertes y fronteras y con los cuatrocientos y los que mas pareciese al gobernador se pudiese campear desde cuatro a doce leguas y que sin embargo de que parecia de que los dichos soldados, los cuatrocientos fuesen de a caballo y las setecientas picas, y los trescientos restantes arcabuceros y que el virei y el gobernador lo acomodasen como mas conviniese y que todo ello con los medios que fué bien advertir se remitió al virei del Perú, marques de Montes-Claros, para que comunicándolo con el gobernador de Chile lo ejecutasen, no pareciendo que ten-

drá inconveniente, y que se debia sobreseer o alterar, y que en tal caso avisase y que el marques mismo en carta de 30 de marzo pasado avisó haber recibido aquel despacho y lo que el gobernador de Chile le respondió habiéndole comunicado de la parte que le pareció de él; y dijo el virei que las razones que movian a S. M. para atajar el progreso de aquella guerra eran de grande consideracion y que prevalecian a todo otro respeto y por muchas causas y razones que dió de parecer, que se cortase la guerra y se hiciese frontera y raya al rio de Bio-bio, sustentando los fuertes que estuviesen a la parte del norte de él, disponiendo las cosas de paz, quitando el servicio personal, apoyando el buen tratamiento de los indios, dejando lo demas al tiempo y dilijencia de los relijiosos, introduciendo con esta doctrina, y que de esta misma opinion y parecer fuese el padre Valdivia de la Compañía de Jesus que pocos años habia venido de aquel reino, representando larga esperiencia de las cosas de él, a quien se habia oido en tal materia, y que habiéndose discurrido sobre todo en aquella junta, se consideraron los muchos años que habia durado aquella guerra la gran suma de hacienda y jente que se habia consumido e iba consumiendo en ella sin esperanza de verla acabada; porque la demanda tras que se iba, no tenia materia sobre que cargase la victoria, no habiendo lugar cierto donde encontrar los enemigos, ni fuerte que batirles, ni hacienda que tomarles, ni honra entre ellos que les obligue a defenderse, ni casi se hallaba cuerpo en que hacer la ofensa, porque aquellos indios de Chile nunca se dejaban representar la batalla, ni acometian juntos sino divididos en cuadrillas y en diferentes puestos, y solo a tiempo que se hallaban tan superiores al número de nuestra jente, que tenian certidumbre de la victoria; que su vivienda era de enramadas en rancherías como los aduares en Berberia, teniendo en su mano la paz y la guerra de que se habia seguido, que aunque el poder de S. M. era grande, habia obrado tan limitadamente en Chile, que despues de tantos años no se habia podido hallar firmeza ni sustancia en nada, y así se veia por esperiencia de cuan poco efecto era hacerse la guerra como hasta allí, pues todo lo que se ganaba era tomar tierra prestada para volvérsela a dar en levantando los piés los españoles, y que cuando las banderas de S. M. hubiesen llegado a los últimos términos de las provincias de guerra, los medios de poblar y conservar lo ganado eran dificultosos, y aun casi imposibles. De manera que en aquella empresa no se conseguian los fines que se llevan en otras, que era conquistar tierras o ganar reputacion, ni era este el intento principal que se habia tenido y tenia en la de Chile, si no atraer a la obediencia de la Iglesia aquellos indios y asegurar el reino del Perú, y para tal efecto se juzgaban por mejores medios los de paz y la guerra defensiva, como el virei del Perú lo sentia, asegurando, defendiendo y conservando lo que estaba de paz, y llevándose adelante la guerra defensiva como se habia dicho, parecia conveniente que se hiciese en esta forma.

Ante todas cosas, que la raya y frente fuese de la otra parte del rio

Bio-bio a la del sur, conservando los fuertes que entónces estaban hechos con suficiente guarnicion, que asegurase la ribera del dicho rio y amparase las ciudades de la Concepcion y Chillan y sus términos, defendiendo los indios poco ántes pacificados habiendo dado la paz y a los relijiosos que los hubiesen de doctrinas, y que tambien se conservasen los fuertes que estaban de parte del norte del mismo rio, y que la línea de la frontera se cortase de modo que quedase todo lo de las espaldas seguro y se pudiese resistir a todas las invasiones del enemigo y estorbar que los indios de guerra no se comunicasen con los de paz, ni se pudiesen dar la mano con los corsarios que entrasen por la mar del Sur y llegasen a aquellas costas por juzgarse que esto se podria hacer con facilidad estando la fuerza junta, y cayendo en lo de paz los mejores puertos de la costa, con que se conseguiria lo que se deseaba y pretendia que era la seguridad del reino del Perú. Item, que solo se entendiese a la conservacion y defensa de lo pacífico, sin consentir que nuestra jente hiciese correrías en la tierra que estuviese de guerra, pues la hora que nuestras fuerzas estén juntas y sean superiores a las del enemigo, no peligrará la reputacion, y por vía de comunicacion de los relijiosos y contratacion mejor, que por otros medios se podria tratar del rescate de las mujeres españolas y españoles que tenian cautivos y habian llevado de las ciudades que asolaron, y cuando no sucediese tambien que de ello no se siguiese la paz y quietud jeneral, se habia dado lugar a la predicacion del Evanjelio, y que a los indios de guerra se les hiciese verosímil el beneficio que de parte de S. M. se les ofrecia, y viendo que el intento de S. M. no era el de sujetarlos a duro vasallaje y servidumbre, se irian desengañando y deponiendo su ferocidad y obstinacion en la quietud de la paz y utilidad del comercio. Y mas que con este presupuesto se tratase de su educacion por vía de la predicacion del Evanjelio por medio de relijiosos y particularmente de los de la Compañía de Jesus que tanto fruto hacian en aquellas partes, y mediante la enseñanza que los eclesiásticos hacian en los muchachos y la comunicacion de hijos con padres se podia esperar, que templarian el rencon y coraje y la desconfianza en que entónces vivian en la amistad de los españoles.

Dijeron tambien que se tenia por medio mui mejor y mas eficaz para la reduccion de los indios de guerra el alivio y buen tratamiento de los indios de paz que allí estaban en servicio y obediencia de S. M., porque el ejemplo de los agravios y vejaciones que hasta allí habian padecido, les habian hecho tomar las armas en las manos y mantenerse en su rebeldia, y que al contrario se esperaba, que viendo que eran mejor tratados los que servian a S. M., se volverian a su servicio y vasallaje para gozar del beneficio y abrigo que hallarian en su proteccion real, a lo que parecia mui conveniente que S. M. mandase al virei del Purú que hiciese introducir y guardar en Chile la cédula de los servicios personales en todo aquello que permitiese el estado de entónces de las cosas que por la turbacion en que se hallaban los de aquel reino podria importar que alguna parte de la cédula se suspendiese; pero que esto se habia de

entender en caso tan apretado, que la conservacion de Chile se aventurase y no de otra manera, no obstante que lo pidiese la contradiccion o mayor comodidad de los españoles; porque en la observancia de la tal cédula, no solo se pretendia atraer con ejemplos los indios de guerra al servicio real, sino tambien el descargo de la conciencia de S. M., y que sus vasallos fuesen administrados en justicia y gozasen de la libertad que les daba el derecho natural, y que por lo que en un año puede ser de inconveniente a la seguridad y conservacion del estado público, podia ejecutarse en el siguiente sin peligro; se le debia ordenar al virei que fuese con tanto tiento y cuidado en tal materia que por momentos se informase de la situacion actual de aquel reino, para que en caso que se hubiese suspendido alguna parte de la dicha cédula la fuese introduciendo y ejecutando, siempre que hallase lugar y la ocasion que se deseaba y fuese avisando cada año de lo que fuese haciendo acerca de la observancia de aquella cédula, y que para mejor ejecucion de aquel intento se le enviase al virei el papel de apuntamientos que habian hecho don Alonso de Sotomayor y el padre Valdivia con la remision a su arbitrio, como arriba se habia dicho.

Añadieron que por entónces no se enflaqueciesen las fuerzas, sino que se entretuviese la jente de guerra que a la sazon habia en aquel reino, que se presuponia serian hasta mil y quinientos hombres y que se escribiese al virei que con comunicacion del gobernador de Chile avisase el número de jente que precisamente seria necesario tener en aquellos presidios y fronteras, segun el intento que se llevaba, cuantos piqueros, cuantos arcabuceros, y que tantos de a caballo, y que entre tanto se conservase la caballería que fuese menester para salir al encuentro y resistencia del enemigo cuando acometiese las fronteras; pero no para que hiciesen correrías, como estaba dicho, sino fuese en los límites de lo pacífico y para su mayor seguridad y ahuyentar al enemigo.

Item, que para el mes de setiembre se previniesen y enviasen de estos reinos por el Rio de la Plata trescientos soldados al gobernador de Chile para entremeter con los que allá estuviesen en lugar de los que hubiesen muerto o faltado por otra causa, para que el enemigo, que sabia bien en todo tiempo nuestras fuerzas, entendiese que el hacerce defensiva la guerra no era por falta de ellas y que el fin que S. M. llevaba era procurar su bien, pudiendo destruirlos, si fuera su voluntad.

Ademas de esto, que se fuese cebando el número fijo de jente que hubiese de haber en aquellas fronteras con ciento y cincuenta hombres cada año en lugar de los que la guerra consumiese; que así mismo habia parecido que por entonces no se podia escusar la consignacion que S. M. tenia hecha para el entretenimiento de la jente de guerra de aquel reino, porque esto era lo que habia de alentar y de tener allí los soldados y vecinos, mayormente si se les quitase el servicio de los indios para lo cual se habia de prorogar por tres años mas, y conforme al estado, en que se fuesen poniendo las cosas, se podrian ir acortando los gastos y la jente de guerra, advirtiendo al virei que si habiendo pagado lo

que allí quedase, sobrase alguna cantidad de la consignacion y se pudiese escusar de gastos se hiciese asi, o que se enviase de allá aviso de cómo y en qué efecto se hubiese gastado en conclusion, que con estos medios se podia esperar en la misericordia divina, que se conseguiria la pacificacion de aquel reino tan deseada, con mas brevedad, que por la fuerza de armas, y esto se consultó por entónces en Madrid, a dos del mes de enero del año de 1610.

Despues a dos de junio del mismo año salió otra nueva consulta de la junta, a cuyo cargo estuvo la primera, diciendo: que por haber visto en aquella junta, lo que S. M. fué servido responder y mandar en la consulta inclusa sobre la guerra de Chile, cuyas palabras fueron: "*agradezcoos el cuidado con que habeis mirado cosa que tanto importa a mi servicio y habiéndolo visto todo, me resuelvo en que se envie al virei del Perú la relacion inclusa de puntos particulares sobre esta guerra, para que use de ellos en las ocasiones, como quien tiene las cosas mas cerca y que mire con la atencion que se fia de su buen celo, y que siempre vaya avisando de lo que se hiciese, o se le ofreciese de nuevo.*" Y el memorial de puntos particulares que habia venido con ella y volvia allí, que S. M. mandaba se enviase al virei y tratando de hacer los despachos en aquella conformidad, habia parecido oir en la junta al padre Luis de Valdivia de la Compañía de Jesus, persona enviada por el virei, solamente para informar a S. M. de las causas y motivos en que se fundaba para que se atajase la guerra y se hiciese defensiva en razon de lo cual el tal padre habia hecho un tratado, y dádole a todos los de la junta y del consejo que reducido todo a cabos y puntos particulares habia parecido a la junta referir y dar cuenta a S. M. de la sustancia de ellos, diciendo juntamente su parecer, para que sirviéndose S. M. de verlo, proviese y mandase lo que fuese servido, dijeron, pues, que aquel relijioso Valdivia insistia grandemente en procurar pesuadir cuanto convendria que la guerra se atajase e hiciese defensiva, representando que el virei, a quien primero se cometió tal punto con mas latitud duraria mucho en la resolucion y cuando mucho remitiria la determinacion al gobernador, teniendo mucha razon para hallarse perplejo, viendo que de España no iba determinado y en cuanto a ello que supuesto que S. M. se habia resuelto en remitirlo al virei, y ésta era materia acabada, parecia que no habia que innovar; pero que convenia mucho que fuese con toda claridad, porque aunque la junta en su consulta se conformaba con el parecer del virei acerca de que la guerra se atajase e hiciese defensiva, la relacion que habia venido con ella no traia determinacion, mas de que fundando él un medio y el otro, así de la guerra ofensiva, como tambien de la defensiva, se resolvia en que se cometiese al virei, poniéndolo S. M. en su mano, asegurando de que elejiria lo mas conveniente y que así seria bien se dejase al virei con la resolucion, que como en la misma relacion se apuntaba probase por entónces por tres o cuatro años la guerra defensiva, poniendo particular cuidado en el buen tratamiento de los indios de paz y en que se cumpliese lo man-

dado por S. M. en cuanto a quitarles el servicio personal y en conservar los presidios en la forma y para los efectos que en la consulta estaba dicho, y que conforme a lo que en aquel tiempo se viese, y efectos que resultasen se tomase la última resolucion, o en atajar la guerra, o en que se rompiese la misma con el rigor que merecia la obstinacion y dureza de aquella jente y que avisase de lo que fuese haciendo, como S. M. lo mandaba en la dicha consulta con que no se innovaba de lo que S. M. tenia mandado, sino que se ponia con la claridad conveniente para sacar de confusion al virei. Acrecentóse a esto que se hiciese tasa de lo que los indios que estaban encomendados y repartidos habian de pagar a sus encomenderos, procurando que fuese con toda justificacion, de modo que los indios en ninguna manera recibiesen agrávio, ni se diese materia para que se desacreditase la promesa hecha a los de guerra del buen tratamiento y alivio que todos habian de tener pacificándose.

Pidió tambien el padre Valdivia que se le diese cédula de S. M. en que se suspendiese la ejecucion de otra que se habia enviado, en que se declaró y mandó que se diesen por esclavos los indios de diez años arriba que se tomasen en la guerra, lo cual pareció no solamente conveniente; pero siendo forzoso, pues el parecer del virei que la guerra se atajase e hiciese defensiva, en que era de creer que habia de perseverar, no habiendo nuevas causas que obligasen a hacer mudanza, cesaba el efecto de la cédula, cuyo cumplimiento ántes seria impedir, que ayudar al intento que llevaba y habia de usar de la primera cédula en caso que la guerra se prosiguiese.

Referia ultra de esto el padre Valdivia que convenia, segun parecer del virei, se proviese nuevo gobernador y capitan jeneral de Chile, porque Alonso García Ramon, que entónces lo era, se hallaba impedido con enfermedades y mucha edad y tenia natural aversion a la paz, pareciéndole tambien que seria de grande estorbo en caso que se mandase atajar la guerra por haber sido de contrario parecer y ántes que llegase a esta corte el padre Valdivia, ni se recibiesen los despachos del virei por consulta de la misma junta del año pasado de seiscientos y nueve, tenia S. M. resuelto que se escribiese al virei que en caso que se entendiese, que las indisposiciones o vejez de Alonso García Ramon le cargasen tanto, que conocidamente le impidiesen el acudir a servir a aquellos cargos, como convenia nombrase en su lugar la persona mas suficiente y a propósito que hubiese en aquellas provincias, en el interior que S. M. lo proveia y que en tal caso ordenase que al dicho Alonso García Ramon, se le acudiese con su salario en su casa miéntras S. M. no mandase otra cosa, la cual órden y despacho no se habia enviado hasta entónces al virei, supuesto lo cual y lo que demas quedaba referido, y que el virei era de parecer que se quitase el dicho gobernador, pues para cualquier medio que se hubiese de tomar en atajar o seguir la guerra eran tan grandes impedimentos la enfermedad y vejez de Alonso García Ramon, y así pareció a la junta que era necesario y forzoso poner nuevo gobernador de asiento y no en el interior; y porque en el Perú no se ofre-

cian personas con las partes que se requerian para aquel cargo, y para que mejor se acertase con la eleccion, iba mirando la junta en las que serian a propósito para negocio tan grande, y se proponian a S. M. para que elijiese la que fuese servido, siéndolo de quien se hiciese.

En las mismas juntas donde se habia tratado de estas materias, y de donde habia resultado lo que se acordó en la sobredicha consulta inclusa se habia hablado en lo mucho que convenia que el padre Luis de Valdivia volviese con los despachos de lo que se acordase, pareciendo que ademas de lo que importaria asistir al virei para todas las determinaciones por lo mucho que le podria aprovechar por su prudencia y buen celo y grande intelijencia de las cosas de aquel reino, donde habia asistido largo tiempo entre los mismos indios de guerra y saber sus lenguas y haberles sido mui acepto, como porque el mismo virei le escribia y pedia en sus cartas, y de esto no se habia tratado en aquella consulta, porque habia de resultar de la resolucion que S. M. tomase pues su persona no era necesaria si la guerra habia de proseguir, como hasta allí; pero ya que esto quedaba al arbitrio del virei, con que como estaba dicho, se podia esperar, elejiría la paz, venia a ser forzosa la ida del padre Valdivia, por ser el instrumento con que se habian de conseguir los buenos efectos; pedia él mismo se le diese una carta de creencia de S. M. para los indios en que se les asegurase, que tendria cumplimiento cuanto se les prometiese de parte de S. M. en lo tocante a su buen tratamiento y aliviarlos de los servicios personales. y que se cometiese juntamente con el gobernador la composicion de las cosas y asiento de la tierra y que para todos llevase mano y autoridad y jurisdiccion, y que se enviase al virei el tratado que tenia hecho sobre las utilidades de atajar la guerra para que en caso que elijiese aquel medio se aprovechase de sus avisos y pareció a la junta ser esto mui justo y conveniente; pero que los despachos todos se remitiesen al virei para que el padre Valdivia usase de ellos conforme a la órden y con las limitaciones, que le ordenase el virei a quien solo estuviese subordinado en las cosas que le cometiese, sin que el gobernador ni Audiencia, le impidiesen, ni estorbasen, ni tuviese dependencia de ellos, sino solo la buena correspondencia, que seria justo. Y para que segun estaba dicho el mismo Valdivia con mas mano y autoridad pudiese acudir a aquellas cosas y disponer las de la reduccion de aquellos indios por medio de la predicacion del Evanjelio y doctrina, pareció, pues, al obispo de Santiago de las dichas provincias de Chile por breve mandado de S. S. a su aplicacion de S. M. le estaba cometido en lo espiritual el gobierno de unos pueblos que quedaron en pié en el obispado que llaman de la Imperial donde andaba la guerra en el interior que se proveia aquel obispado, teniendo mas asiento las cosas de él, que se escribiese carta de S. M. al dicho obispo de Santiago para que encargase lo tocante a lo espiritual de aquella parte al padre Valdivia y a los de la Compañía removiendo la persona o personas que allí tuviese, representándole lo que esto convenia para el buen efecto de lo que se pretendia y lo que en ello se serviria a S. M.

Ademas de esto pareció que el padre Valdivia llevase un duplicado del despacho principal que se enviaba al virei y se le diese la comodidad conveniente para su viaje y relijiosos de su órden que le habian de ayudar, a los cuales desde aquí allá fuese enseñado la lengua de los indios con quien habian de comunicar, llegados al reino de Chile, concluyendo con esto la consulta en Madrid, a dos dias del mes de junio del año de 1610.

A todo respondió S. M. estaba bien que se escribiese al virei con la claridad, que se habia propuesto, remitiéndoselo en suma todo, llevando el duplicado el padre Valdivia y los demas despachos que habia parecido, con que lo que se hubiese de enviar al obispo de Santiago, no fuese órden precisa sino diciéndole: que aquello habia parecido a propósito, y que así se le hacia saber para que si no hallase inconveniente en ello lo hiciese, o lo que mas le pareciere convenir.

DON ALONSO DE SOTOMAYOR Y PORTUGAL ADVIERTE AL VIREI LO NECESARIO PARA LA GUERRA DE CHILE.

Estando el año de 1608 irresoluto el virei de S. M. y Consejo Real de Indias sobre las calidades competentes al gobernador, que para la guerra de aquel reino de Chile se hubiese de nombrar acertadamente.

A don Alonso de Sotomayor y Portugal, caballero de grandes prendas y esperiencia en la guerra de aquellas provincias, donde ántes habia sido gobernador, parecióle tener obligacion de advertir lo que acerca de esto convenia, en tan buena ocasion, sirviendo en ello a Dios y a su rei como leal y esperimentado caballero, y así desde Méjico le remitió en compendio al Conde de Monte-Rei lo siguiente, diciendo que la parte primera y principal del gobernador que hubiere de serlo de Chile, será que sea hombre de conocida prudencia y esperiencia, y si con estas calidades fuese noble y bien nacido, será en suma lo mejor que en él se puede desear, cosa que aunque no se puede con brevedad esplicar, está bien esperimentado en el mundo en diversos tiempos y acontecimientos; porque siendo hombre discreto y bien entendido con pocas palabras alcanza y comprende lo importante para facilitar los inconvenientes que hallare y los que en lo que emprendiere se le fueren ofreciendo en cada cosa, que por ser en la guerra tantas y tan variables no se pueden de una vez comprender ni dar reglas ciertas para ellas, solo se puede advertir lo jeneral y las condiciones que un buen gobernador debe tener en aquella tierra, apuntando algunos principios para que con su buen entendimiento vaya haciendo mas largos discursos para tomar resolucion de los medios que ha de tener para despues de tenerlos todos juntos hacer un compuesto con que se alcanzasen y hagan los buenos efectos que se pretenden, advirtiendo que ha de prevenir cinco cosas necesarias y principales como son jente, armas, caballos, comida y servicio, que son los fundamentos de aquella guerra.

Siendo, pues, como está dicho, noble y prudente es fuerza que sea afable, y comedido, discreto y reportado, hombre que acaricie mucho a

los suyos; porque estas partes le harán de mui acertado gobierno; siendo cortés obligará con su buen trato a que todos le amen y comuniquen con mucho gusto y le adviertan con amor y claridad y llaneza las cosas que le estuvieren bien, atento a esto no ha de comenzar nada, particularmente a los principios, sin comunicarla primero con los mas prácticos, para que si sucediese mal, le sirva de bastante disculpa y ellos la tomen a su cargo, como lo hacian al reves, holgándose con las desgracias que sucedieren, sino les dieren parte del caso, o no se procedió por el modo que ellos habian advertido.

Servia así mismo para que le tengan aficion y traten bien de sus cosas en ausencia donde se suelen descubrir y decir las verdades, aunque algunas veces con pasion; pero con su buen proceder verán a decírselas en presencia con el comedimiento y respeto debidos y escusarian que se les vayan perdiendo por diverso camino, haciendo dilijencia para que las murmuraciones no comiencen a estenderse y a cobrar fuerzas en público, porque es un mal irremediable, sin embargo que se hagan muchos y rigorosos castigos, pero es mas acertado y fácil atajarlos al principio.

Conviene sea grande agasajador y acaricie mucho a los suyos, así pequeños, como grandes y lleve mui entendido, que en lo esterior va por gobernador, y en lo secreto lleve puesto en el alma que es padre de todos, y amparo y consuelo de los pobres que ménos pueden que como ha habido y hai tantas calamidades en aquel reino hai grande necesidad de persona que se compadezca de su miseria y ha de ser de manera que a todos les parezca que ha ido solo a hacer bien a cada uno de ellos, mostrándoles entera voluntad y consolándolos con buenas razones, teniendo siempre para esto noble ánimo y gran deseo con jenerosa resolucion, de manera que nunca muestre aflijirse por mui rodeado que se vea por todas partes de mil impertinencias y con tan poca y mala comodidad en la tierra para repartir con tantos, ántes con alegre demostracion satisfará lo mejor que pudiere con palabras cuando no pueda con obras alabando los buenos servicios y dando esperanzas de buenos sucesos para que adelante en mejor tiempo haya con que ayudarles a todos, y que salgan de su presencia consolados cuando no fueren bien pagados, y en particular los mas honrados y beneméritos, estado bien informado y tenga por mui cierto, que nunca por causa de su afabilidad, le perderán el respeto, ántes irá con esto ganando las voluntades, de modo que le sirvan mas por amor que por interés; que esto es lo que mas conviene en aquel cargo y tierra, aunque podria ser de algun inconveniente en otros gobiernos, de manera que en lo jeneral ha de ser afable y reportado, y cuando suceda alguna cosa particular donde convenga el rigor la misma ocasion lo trae consigo; pero ni dure mucho, ni sea demasiado el enojo, pues conviene sea accidental y raras veces y la reportacion natural y ordinaria.

Es, pues, necesario que sea mui sufrido, y no se azore ni alborote

con facilidad por mas cosas que sucedan en la paz y en la guerra y esté mui advertido siempre cuando le vengan con novelas y cuentos de que alguna persona ha dicho mal de sus cosas de hacer dos dilijencias: la una procurar, que aquella no se diga con verdad, que es lo mas principal; y la otra enviar a llamar luego al apasionado que dijo mal de él, y satisfacerle en lo que tuviere razon de quejarse, y sino en presencia del otro que vino a pedirle la causa de su querella por si acaso fuere testimonio que le quisieren levantar al ausente por alguna pasion y para escusar zizañas que no traen jénero de provecho, será bueno juntar a los dos que fueren y que se descubra la verdad allí, y de esta suerte no osarian otros andar en semejantes vecindades constándoles, que se han de descubrir luego y hacer averiguacion de ellas y en las cosas de importancia ha de procederse por otros términos y caminos honrados, por cuyo medio sin pesadumbre de persona las sabrá, procurar que todos sean amigos será uno de sus cuidados, y que tengan paz y amistad y ha de escusarse de que le traigan inquieto con sus pasiones, porque si las hai, las partes han de procurar tenerle cada uno de la suya; para averiguar sus enojos y para otras muchas cosas importará grandemente la conformidad entre todos, porque no hagan inútil los unos, lo que los otros trabajaren encendiéndose por otra causa envidias y rencores, y así conviene que se tenga buena órden en que los soldados estén bien acomodados unos con otros. Agradezca y estime mucho al que procurase tener consigo camaradas honrados para ayudarle con servicio y caballos y honre a personas semejantes cuanto pudiere y alábeles en público, para que los demas se animen a hacer otro tanto tambien. Nombre oficiales honrados que no hagan agravios en tierra de paz, llevando servicios, caballos, cohechos, ni otras cosas, dándole órden por escrito al preboste y capitan de campaña de lo que han de hacer y advirtiéndoles que no den causa a que haya queja de su mal proceder con razon. Ha de honrar y tener en mucho a los nobles que aportaren a aquel reino y mas si lo merecen por su honrado término; porque suelen ser causa que los demas se aseguren cuando quieren intentar alguna maldad, huyéndose al enemigo o de la guerra que por ser jente de obligacion se escusan de semejantes casos, y no teniendo noticia que otros lo procuran, los persuaden y apartan de sus malos intentos y son los que con mas paciencia suelen llevar los trabajos que se ofrecen y este ejemplo no hace poco al caso para los demas. Ha de tener gran cuidado de no tocar los puestos y oficios que diere, mirando primero a quien los encarga, procurando informarse ántes de emplearlos con toda puntualidad y no solo contentarse con esto sino verlo tambien por los ojos, ordenándoles algunas cosas ántes para conocer los talentos de los hombres de quien se ha de aprovechar, que unos son buenos para mandar, que son los ménos y muchos para ser mandados; y así ha de ir despacio conociendo el asiento y juicio de cada uno, procurando no engañarse en esto que importa mucho y es difícil conocerse un hombre en poco tiempo, y ademas ha de advertir para elejir amigo si le quiere tener con quien

trate sus secretos y de quien tenga confianza para que acuda a las cosas que el no pudiere hacer por su persona, y si le hallase cual conviene, hágale toda amistad y hónrele cuanto fuere posible, porque es gran ventura acertar con un buen amigo fiel, prudente y verdadero, secreto, virtuoso y poco desvanecido, mas inclinado a mansedumbre y misericordia, que a rigor y aspereza.

No entre de ningun modo en la guerra sin tener prevenido con tiempo todo lo necesario, aunque tarde y gaste en esto algunos dias y aun años, porque si de una vez no se entra con pujanza y buenas trazas, se iria haciendo un mal irremediable a donde se gaste mucha hacienda, jente, reputacion y tiempo; y así conviene que el negocio vaya desde el principio bien encaminado, y de manera que el principal intento sea, que en comenzando a entrar por la provincia que fuere, no se les ha de dar a los indios espacios para alentar, ni sembrar, ni cojer, sino con mucho riesgo y trabajo, y si para esperar nosotros alguna cosa que no esté bien prevenido, les diésemos algun tiempo y lugar por poco que sea, despues aquella breve tardanza, nos vendrá a costar mucho mas trabajo y pesadumbre que ántes nos costara, si no nos hubiéramos detenido; y asi hemos de hacer como el buen arquitecto, que ántes de comenzar la obra tiene a punto todos los materiales que si despues de comenzada le faltase alguno podria suceder, que lo trabajado se malograse y perdiese, y fuese menester el tiempo doblado para procurar lo que faltase; y si tal obra fuese procediendò a pedazos previniendo mas cosas ahora y otras despues de haber rompido la guerra, será con riesgo nuestro y a ménos daño del enemigo; y así sera mas a proposito no irle a buscar, campeando ni haciendo poblaciones hasta tenerlo todo bien prevenido y en tanto haga atajar la guerra en Bio-bio, a donde puede estar ahora la frente de ella, poniendo sus puestos a proposito para que no salgan los indios a hacer daño, ántes de allí, le reciban invierno y verano, no formando campo, sino dando trasnochadas a diversas partes.

Y cuando le parecia algunas veces y visite y dé vuelta a la de paz, yendo a Santiago, Quillota, la Ligua y otras partes para remediar algunas cosas con su presencia, así para que aten y domen mas potros y de algun medio con que se crie mucho ganado y esté la tierra mui abundante de comida, porque de todo está mui descansada y los indios mui trabajados; conviene, pues, visitarla para que con alguna brevedad se reforme y procure de camino dar buena órden en remediar la perversa costumbre de los hurtos de caballos, que jeneralmente se ha introducido en aquel reino en gran daño suyo y vea las dificultades que hubiese en todo para facitarles mejor y despues que lo de paz esté en mejor estado, proveido de mucho ganado y bastecido de víveres y comida para aprovecharse de todo y habiendo hecho sus prevenciones de las cosas de mas importancia con que pueda entrar con pujanza a hacer la guerra, hará mas daños en un año que en muchos del otro modo y con mejores efectos mas ciertos y seguros.

Ha de tratar bien a los indios que estuvieren de paz y mostrarles y tenerles amor; pero con gran recato de ellos, sin fiarse jamas de su amistad por mas que hagan de ella grandes pruebas. Mas no obstante esto se les han de hacer buenas obras y tratamiento, mandándolo así a sus ministros, mirando por sus personas, familia y tierra y sementeras; con los de Itata para arriba puede usar de maña por estar en frontera de guerra, encargándoles algunas ocasiones para que entren a hacer malocas a los enemigos, haciéndoles algun resguardo y que se vayan enemistando, trayendoles a la memoria algunos agrávios que hayan recibido de ellos, que no les falten rencillas y pasiones, y así se les pueden encargar cosas semejantes para que se ofendan y hagan daño los unos a los otros y se maten y roben cosas que para ellos suelen ser de mucho gusto, y para nosotros de grande alivio; y lo mismo se ha de procurar con los que fuesen dando la paz, a los cuales se les ha de cumplir lo espuesto con mucha puntualidad, sin jamas quebrar la palabra que se le diere, procurando que hallen verdad siempre en nosotros en cuanto les hubiéremos prometido, aunque ellos ni la digan ni la guarden jamas.

Despues de haber tomado muchos pareceres, y estando el gobernador bien informado y enterado de lo que hubiese de hacer guárdelo secreto para sí solo hasta que llegue el tiempo en que lo haya de poner en ejecucion, y si lo tratare en público y con mas de una persona entrometiéndolo entre otras cosas para ir advirtiendo en los inconvenientes que puede haber en todo y en cada cosa sin declarar su intento; pero no ha de ser esta regla jeneral en cuanto tratase que cosas habia que convenga, que todas las entiendan; mas en los mas importantes conviene mucho secreto y que vivamos al trocado de lo que hasta aquí que alcanzamos de los indios lo que ordenan en sus quebradas y montes, y que no sepan ellos nuestros designios, que nos han tenido en esto gran ventaja, sabiendo ántes el como y cuando de lo que hemos de hacér; y asi vea el prudente y práctico gobernador lo que dice y trata y con quien y lo que fuere de importancia, guardelo para sí hasta su tiempo, y si lo tratare sea entre otras cosas como está dicho y en los negocios y preguntas de alguna consideracion, que se ofrecieren con algunos espías o con los indios de guerra, hállanse presentes mas de un intérprete para mas declaracion y certeza del caso, y lo que mas importa es secreto y recato en lo que se determinare.

Entre otras cosas ha de procurar que le tengan gran temor los indios de guerra; y hará esto mejor en las primeras ocasiones, que se ofrecieren haciendo un castigo riguroso, habiendo causas bastantes para ello, y de modo que se atemoricen todos, porque jeneralmente le teman y que vivan de diferente modo que hasta aquí y que no esten confiados y seguros de alcanzar a ser nuestros amigos, cuando a ellos les pareciere. ni que los han de regalar, ni acariciar, sino fuese a los que con brevedad vinieren a dar la paz y los que no la procurasen con tiempo, entiendan que les ha de ser mui dificultosa de alcanzar y cuanto mas se tardaren, mayor pena y castigo han de esperar y esté siempre mui advertido, como

en cosa que es de grande importancia, que los indios vivan mui temerosos como lo estarán si ven buena jente, bien gobernada y disciplinada para que con mas brevedad se vengan a rendir.

Las condiciones que se asentaren con los que dieren la paz, se pongan por escrito y se les declaren para que las sepan y entiendan mui bien; porque despues al cumplirlas no tengan escusas y los que estuvieren remisos en acertarlas o dieren muestras de tener poco gusto con ellas, o se tuviere de ellos alguna sospecha que vienen de falso y con cautela, considere primero el gobernador y esté sobre aviso advirtiendo si tiene fuerzas suficientes para entrar en aquella provincia, sin hacer falta en otra parte que convenga no hacerla, mas de manera que con gran venventaja pueda rendirles y sujetarlos, será, pues, mejor por entónces despedirlos sin daño ni amenaza por el seguro con que vinieron, dándoles a entender, que no les quiere recibir su paz finjida, ni la estima por cuanto ni ellos ni los demas pueden vivir seguros de nosotros, y luego con la brevedad posible entre en sus tierras a castigarlos, cautivando y matando y allanando la tierra. Esto si es a los principios de su gobierno será mas acertado, y mas si es con los primeros que con cautela vinieren a tratar de paz, porque haciendo un ejemplar castigo quedarán bien escarmentados, y todos los demas temerian lo mismo, para que no tomen atrevimiento a venir con embustes y marañas, que en esto son estremados, y estará prevenido y advertido para penetrarle sus intentos por mucho que los disfracen y disimulen, así en este como en los demas tratos y negocios con que vinieren que no es dificultoso a un hombre práctico y viendo ellos que han sido entendido, se turban, atajan y confunden en sus trazas, y mas si esto les sucede algunas veces no harán cosa concertada en pasando la palabra entre ellos, de que el gobernador les alcanza sus pensamientos, y conociendo ellos que siempre les sale a la parada y le hallan mui adelante, yéndoles apuntando lo que parecia estar mui de secreto entre ellos, que esto solo será bastante a que se atemoricen, de suerte que con facilidad se rindan, viendo que sus invenciones son entendidas, porque no dejarán de emprender cosa del momento, y si la intentaren iran con temor y mas si al principio les saliese mal lo que intentasen a pocos lances vendrán a rendirse, perdiendo por solo esto el ánimo y confianza , y no sabran a donde meterse, sin que para ello aguarden muchas refriegas; en esto no hai que dudar en alguna manera, pues es cosa natural en todas las naciones del mundo perder el ánimo y brio cuando ven que los alcanzan sus designios, y mas cuando ven aquellos bárbaros; pero al contrario se les va aumentando el coraje y se vuelven leones, viendo que no les hemos bien entendido, por lo cual talvez habran tenido buen suceso, y con esta fé y confianza de lo que tenian siempre, estarán rebeldes y obstinados perpetuamente, considerando que si ignoramos lo que ellos hacen y ordenan de ordinario, acertaron en sus intentos y saldrán con su pretension adelante, como lo han hecho; y así importa mucho y en ésto consiste el todo en conocerlos y saberlos entender, porque es cosa cierta, que para con ellos

no hai armas que mayores efectos hagan, que alcanzarles su modo de proceder. Para esto se ayudará el que gobernase de su buena industria y esperiencia y de buenos espías, bien pagados y de los que se declarasen los indios que se fueren cautivando, no enfadándose de hacerles mil jéneros de preguntas cada dia y cada hora, si fuere meneste y por diversos caminos y términos, poniendo por memoria lo que dijeren y apuntaren; que por este modo y otros que se irán ofreciendo tendrá mucha noticia de todos los indios mas señalados y de sus principales designios y secretos.

Tambien será de consideracion tener alguna comunicacion oculta con los mas enemigos para que a vueltas de esto pueda echarles en sus tierras algunas nuevas y tales, que se crie entre ellos sospecha y desconfianza, y que no se tengan por seguros los unos de los otros cosa que tambien ellos la suelen hacer, así poniendo enemistad entre nosotros y algunos de los suyos, que vienen a darnos la paz, porque no nos fiemos de ellos.

Es, pues, necesario estar advertido el gobernador y con cuidado que los indios que vienen a dar la paz o a otros negocios, no traigan ni tengan en su poder nuestras espadas, dagas, lanzas cotas y celadas, vestidos o presas que hayan sido de españoles y mas siendo señal y muestras que se las quitaron con la vida; porque todas o las mas que traen es por este camino, y así mandaria que no las traigan, o que trayéndolas, no las estimen a los que los trajeren y hacer que no las lleven al campo, ni parezcan con ellas, porque es una grande ocasion para que su desvergüenza se aumente mas cada dia, disimulándoles esto y nos pierdan el respeto y temor y vengan a hacer tan poco caso de nosotros, como hacen pues nos traen a los ojos prendas tan conocidas de nuestros parientes y amigos; y asi no es razon que nos vean con tan poco sentimiento que no parezcamos hacer caso de esto, estimándolo ellos en mucho, y honrándose con ello; por lo cual debe mandar jeneralmente que no los acaricien, ni honren por ello, porque es mui gran causa para que los indios que mandan y valen algo entre ellos repugnen y contradigan la paz; pues han visto que por ella les hacen servir a palos y bofetadas; por lo cual la aborrecen grandemente y aman y apetecen la guerra, por haber hecho tan clara y manifiesta esperiencia de que por ella son libres, honrados, estimados, respetados, temidos y regalados de sus enemigos; y así desde ahora tengan mui entendido que esto ha de ir mui diferente, y que el gobernador y su jente solo han de acariciar, favorecer y amparar a los que fueren pacíficos y quietos amigos de españoles y a los que aconsejaren a los demas que vengan a su amistad y solo por esto entiendan que ha de ser el regalo que recibieren que no por no tener fama de bravos y valientes ántes a éstos para que mejor lo entiendan todos, no les hable y ántes haga echarlos de su presencia y del campo, y que se vuelvan luego a sus tierras; mas primero, que esto haya de considerar el tiempo y la ocasion, porque en algunas convendria disimular. Tambien se les dará algun tiempo para que si se les ha de recibir la paz, haya de

ser haciéndose cristianos y llevando sacerdotes que los doctrinen, y esto se hará con mucha blandura, sin jénero de importunacion, diciéndoselo como acaso para ver lo que responden y advertir bien en ello para cuando haya mejor ocasion, porque no hai cosa mas aborrecible para ellos que tratarles del negocio de nuestra lei.

En lo que toca a las armas, infórmese del número que hai de ellas para cuando haya ocasion de encabalgar la jente que conviniere, porque ántes sobren que falten y así las irá previniendo igualmente con los caballos y procurará se lleven buenas cotas, cueros y coseletes, y que se tenga mucho cuidado con los arcabuces y frascos y en que esté buena la pólvora y cuerda y no se tenga tan guardada, que para repartirla se espere al punto crudo, cuando con fúria y priesa se está tocando armas. Las espadas serán anchas, y no se consienta se traigan los pequeños estoques que han comenzado a usarse, avisando no los pasen del Perú, pues no sirven de cosa alguna, sino de quebrarse con facilidad y no los traen mas de por ser lijeros, y de esto vienen a parecerles pesadas las espadas de cuerpo.

Los caballos se han de procurar con gran cuidado y dilijencia y mirar mucho por lo que ahora hubiere, y al soldado que fuere aficionado a esto lo estime y honre para que los demas se animen a mirar por ellos y pongan buena órden en tierra de paz para que se crien en paz y domen con curiosidad y dilijencia que de esta suerte todo jénero de jente lo procuraria tener y buscar por su interes, sabiendo que se los han de pagar y habiendo mas cantidad de ellos se hallarán mas baratos; para esto pondrian en Santiago dinero y ropa para que allí acudan a venderlos, señalando personas de confianza, que los aprecien con moderacion y la misma dilijencia se puede hacer en Cuyo de la otra banda de la cordillera nevada, encargándolo al correjidor y a las persouas que le pareciere ser mas apróposito avisándoles, que pase la palabra al Tucuman y Paraguai, que trayendo de allá buenos caballos, se les pagarán como tales, que ya podria ser con esto acudiese tanta cantidad de ellos que sobrasen y que fuese el precio mucho ménos, y que para que en aquellas provincias se certifiquen mas de esto envie al principio dos o tres personas honradas para que lo traten por allá y animen a que todos los procuren traer asegurando la paga tan cierta de Cuyo, y que tambien adviertan para los que se trajesen, sean buenos de talles y obras, porque importa mas uno de éstos, que una docena de esos otros rocines. Tambien se puede hacer otra dilijencia, cuando el gobernador fuere a Santiago que ya podrá ser importante y es que el año pasado los vecinos de aquella ciudad pedian al gobernador les diese a cada uno de ellos un indio de sus encomiendas para yegüerizos, y se obligan a dar cada año buen número de caballos y no tuvo efecto, y el que ahora gobernare puede volver a tratar de esto.

Entre las cosas de mas consideracion es una el castigar con gran rigor los hurtos de los caballos que jeneralmente se usan en todo el reino de Chile con mucha libertad; y si hasta ahora se ha disimulado esto por

ver que los mas caballos hurtados van a parar a la guerra, de aquí adelante no se debe permitir, porque los que se llevan allá por este camino son pocos y por temor de los hurtos se dejan de criar muchos, que con remediar esto y que tengan quien los criare la paga cierta se aumentarán en gran número y acudirán luego a venderse y remediarse a esta perniciosa y dañosa costumbre haciendo castigo con algun rigor, así en algun español como en los indios que han tomado este mal oficio, aunque no tienen ellos toda la culpa, porque entiendo son las mas veces mandados, y con todo conviene castigarlos; que si ya no los ahorcase a lo ménos sea de manera que escarmienten todos, que con esto se remediaria algo y escribiendo a los correjidores y administradores, que vivian todos con gran cuidado y vijilancia en este particular, y que los indios de su jurisdiccion, así de los pueblos, como yanaconas de las estancias no tengan caballo, ni yegua sin manifestarlos primero poniendo por memoria de quien los compraron y adonde y el hierro y color; y el que hiciese otra cosa colgarle o castigarle con rigor y en sucediendo algun hurto echen luego los indios que sigan el rastro y hácia donde fuere den aviso al pueblo mas cercano; del cual harán la misma dilijencia volviendo a dar razon de lo que hallaron y todos tengan gran solicitud en esto, porque si a los principios se descubren los hurtos que sucedieron se atajarán con mucha brevedad y el correjidor o administrador que no hiciere estas dilijencias lo pague con quitarle el oficio; y ántes de un año se echará de ver el gran provecho que esto ha de causar. Aunque entiendo no faltarán personas de diferente parecer, diciendo convendrá disimular con semejantes hurtos, lo cual sin duda es un engaño mui grande, como le hai en otras muchas cosas.

Tambien conviene que se aten pocas yeguas de las que se potrearen simarronas, porque no se vayan acabando y así volverán a saltar de los corrales y en algunas partes desacomodadas para poder curar los potros cerreros, convendrá que alguna jente ande por allí algunos dias, corriéndolos y espantándolos para que se huyan y retiren a otras partes adonde haya mejor comodidad para cojerlos y los que se hallaren viejos y mancos que hai muchos los maten porque no son de provecho y echan ruines potros.

Tambien importará que se procuren los herradores que hubiere en la guerra para elejir los mejores y los que fueren menester, así para el campo como para las poblaciones y fuertes; y aunque es verdad que hai algunos soldados que hierran sus caballos y los de algunos amigos, despues de mui importunados son pocos y todos los demas que no lo saben, no lo aprenderán en todo el tiempo de su vida, a los cuales es forzoso traerlos desherrados, y así trabajan ménos y se apuran y enflaquecen mas presto, que andando herrados sufrirán mas el trabajo y durarán mucho mas tiempo y pueden haber mejores efectos, y aunque todos desean traerlos así, muchos no pueden porque no saben y por falta de quien lo haga y aun hasta se echa de ver ahora, pues no hai caballos, despues que los haya será mayor, y así, el herraje que

les dán lo truecan a otras cosas, porque ni se aprovechan de ello, ni lo pueden aderezar; ni tienen recado para ello, y esto no es pequeño inconveniente y se debe remediar, pues se puede hacer con mucha facilidad, habiendo siempre la cantidad de herradores que se señalase, dándoles algunas ventajas porque acudan con gusto al trabajo, para lo cual será menester llevar del Perú todo recado de martillos, tenazas, pujabantes y algunas vigornias y buena cantidad de traspuntadores; y estos se han de repartir por camaradas; todas estas prevenciones convienen para ayudar a los pobres soldados, porque todos se animen y aficionen a mirar mucho por los caballos para que puedan sustentarlos mas en el trabajo, y procurarles buenas sillas, bridas y jinetes y advertirles que traigan pecho e hijada y en particular a los que se han de hallar en las mejores ocasiones, ayudándoles en esto y en todo lo demas que se les ofreciere.

Hánseles de buscar buenos potreros adonde puedan echar a reformar los caballos que se les fueren apurando y sea en parte, que, los tengan mui seguros asi de los indios de paz, como de los de guerra, que para esto todos son unos.

Tambien será de importancia, que se vayan remediando las escoltas, que se hacen con caballos y se escuse el cargarlos todo lo posible, porque se consumen muchos en esto, socorriendo los fuertes y en otros efectos y es razon se advierta que atar un potro cuesta gran trabajo a los indios de paz potreando muchos dias y meses en medio del invierno, corriendo por los montes y dejando de acudir a sus sementeras y a otras cosas que importan, y es esta una de las principales causas de haber poca comida y sustento y ganados por acudir a la dicha ya, y es lástima que no luzca tanto trabajo y cuidado, como cuesta encerrar los potros, domarlos y llevarlos arriba a la guerra, adonde se ofrecen llevar luego cargas con que en veinte leguas se maltratan y matan, que si hacen segundo viaje se quedan muertos o cansados, aunque tambien es mucha causa de esto el poco cuidado de los malos arrieros y de los ruines aparejos que llevan; pero advirtiendo en esto con mucha facilidad puede remediarse; y lo mas acertado seria ir haciendo recuas de mulas para todo jénero de cargas, pues con mediana dilijencia se podrian haber en aquel reino, que algunas personas han dado en tener cria de ellas, y esto se puede ir acomodando de modo que las haya en mas cantidad por lo mucho que han de importar y se ahorraran cada año gran número de caballos; y en fin son mas a propósito las mulas o acemilas para el trabajo de las cargas; y si esto viene a tener efecto búsquense algunos hombres que entiendan bien de este oficio o ministerio y dénseles indios amigos prácticos en este servicio.

Para juntar buena parte de comida o mantenimiento, es buena traza la que se habia dado en el valle de la Ligua, que se obligasen algunas persona que tienen comodidad para hacer grandes sementeras un tanto por la fanega de trigo puesto en el puerto y porque todos los años va entrando jente de refresco se podrán ir renovando los conciertos para

que se lleven la mayor cantidad que sea posible y si el gobernador visitare la tierra de paz podrá hacer una buena dilijencia para que por otros medios se lleve mucha provision de mantenimientos arriba con las personas de la Ligua y Quillota y otras partes que la puedan enviar por la mar, animándoles para que se determinen a ello y advertirles que les señala en la Concepcion una casa o alondiga donde la ponga con todas las cosas que demas enviaren y que la encargará a una persona honrada y de confianza, con quien ellos puedan tener correspondencia y se le hará cargo de todo para que dé buena cuenta de ello, no señalando precio en cosa, sino dando libertad para que se venda a lo mas que se pudiera vender, asegurándoles que no se tomará por el rei ni para otro algun efecto se tocará en ello, que es de lo que mas se temen y recelan en aquel reino, donde les toman sus haciendas a título de que se las pagarán; pero ahora certificándose que se hará esto por otro modo, se determinarán a enviar lo que tuvieren de sus cosechas no solo trigo, harina y bizcocho, maiz, cebada, vino, cecina, tocino, manteca, grasa, sebo y vino; y si vieren que con esta granjería sacan, algun interés, aunque sea poco, lo continuarán y harán fragatas algunos de compañía para este propósito y para otros, y así en la guerra sobrará la comida y a ménos costa y trabajo, y parecerá que aquel reino va resucitando en algo y se alargarán, mas que a buscar que comer.

Será de importancia que el gobernador vaya a visitar la tierra de paz, como ya se ha dicho, para dar órden a que sigan las fuerzas y comodidad de los indios, siendo posible haya grandes sementeras para que toda ella esté abundante de sustentos y ganados, y remediará que de ellos no se hagan matanzas por el tiempo que pareciere convenir, ejecutando las penas puntualmente en el mas amigo, porque de esta manera estará en pocos años mui llena, proveida y abundante, y podrá valerse de esta prosperidad para las poblaciones que hubiere de hacer. Resta tratar del servicio que es de grande importancia, y así se ha de permitir que se procure por todas las vías que fueren posibles, para que en otro tiempo los soldados tengan buena comodidad de buscarlo en las ciudades que se perdieron arriba de donde sacaban gran cantidad de ello; pero como se acabaron, acuden despues acá a la de Santiago que lleva esta carga con molestia y pesadumbre de sus moradores porque les sacan los indios e indias que tienen que por ser tan importantes en la guerra, son hurtos que se pueden permitir, y que los indios que quisieren ir a ella puedan hacerlo con libertad, elijiendo el amo que mas gusto les diere, y aun con todas estas dilijencias se hallarán mui pocos.

Luego que en aquel reino se acabe de juntar la jente de a caballo que conviene que haya y para entónces el gobernador habrá dado algunas buenas trazas que no se dejarán de ofrecer y ahora no se pueden advertir todas, salvo a los indios de paz, podrá ayudarse y repartirlos entre su jente por un tiempo limitado, y esto será cuando comenzare la guerra con véras y en dando alguna provincia la paz, le pedirá jente, para que

una parte de ella ayude con sus armas y la otra para que acuda a servir a los soldados, y si esta órden pareciere acertada, teniendo efecto, señalará dos o tres hombres honrados que sepan la lengua para que sean veedores, o como protectores de los dichos indios que sirviesen para que no reciban ningun mal tratamiento, ni los soldados que lo tuvieren los apuren con demasiado rigor; advirtiéndoles que haciendo lo contrario, los despojarán de ellos y los darán a otro que los trate con suavidad. Todo lo cual se ha de hacer con tanto recato, cuanto al favorecerlos que ellos no vengan a entender de todo punto el mucho cuidado que de ellos se ha de tener, porque con la confianza de que en yéndose a quejar les han de dar nuevos amos, no harán cosa que buena sea, ni servirán derechamente, ántes son jente que de industria se descuidarán de lo que hubieren de hacer, porque siendo maltratados se quejen y los muden a otros con quien harán lo mismo, y será necesario que los soldados tengan paciencia del cielo para haberlos de sufrir; y así los veedores aunque vean estar castigando a algun indio no llegarán a rogar por él, y que no pase adelante el negocio del castigo sino aparte luego al soldado y repréndale, advirtiéndole que mire lo que hace, porque a otra vez lo sabrá el gobernador y le quitará el servicio que tuviere, pues no se lo dieron para tratarle con aquella aspereza, sino para que lo acaricie y sufra. Despues hablé con el indio, diciendole: que porque no acude con voluntad a servir como debe, y que entienda que sirviendo bien lo tratarán mejor y regalarán, y sino a él y a los demas les darán el castigo conforme al mal servicio que hicieren. Han, pues, los veedores de andar con cuidado para mediar entre los españoles y los indios amonestando a los unos que sirvan bien y a los otros que no los traten mal y en acabando su mitad y el tiempo que vinieren a servir, les darán licencia y libertad que se vuelvan a sus tierras, habiendo primero venido de allá otra cantidad igual a la que se licenció.

Llevan tambien los soldados indias para su servicio en la guerra y si se hallare algun remedio para escusar que no las tengan consigo será el hacerlo mui acertado, aunque por algunas consideraciones se pueden permitir en el campo; pero se debe consentir en las poblaciones que se hicieren, ni que los soldados que allí quedasen las tengan en sus alojamientos, sino que pues ha de haber mujeres españolas en semejantes pueblos las tengan repartidas en sus casas de donde podrán acudir a servir a sus amos y señores, y en esto conviene ir despacio, porque quitar de golpe una costumbre antigua y arraigada en los ánimos de la jente de guerra de aquel reino, que es llevar indios consigo será mui dificultoso y se irán ofreciendo muchos inconvenientes, y poco a poco tendrá mejor remedio.

Las cosas que hasta aquí se han referido con algunas advertencias y apuntaciones que podrán servir de principios para sacar de ellos otros muchos y grandes medios y trazas de que se ha de usar con la jente, armas y caballos, comida y servicio de todo lo cual se ha de ir haciendo prevencion igualmente, porque si alguna cosa de estas faltase las demas

vendrian a ser inútiles y así en estando todo esto en su punto se podrá dar principio a la guerra mui de propósito, campeando y haciendo poblaciones, donde pareciere que mas conviene, pues se deja entender que el que gobernare lo habrá ido mirando y considerando despacio, aunque en todo cuanto propusiere le darán diferentes y varios pareceres, porque hai mucho de esto en aquel reino, y por esta razon ha tenido tan varios sucesos; pero no obstante esto, apúntanse algunas cosas, por si despues saliese alguna a propósito; y así digo que lo mas importante es que en ninguna manera entre en la guerra como está dicho, hasta tener hechas todas las prevenciones convenientes de muchos caballos, mucha comida y ganado, y que por ser este el punto mas esencial de la guerra no se contente ni satisfaga, cuando quisiere entrar en ella, con decir que de las particularidades dichas no lleva falta, sino que mire y advierta que ha de tener de todo mucha sobra, bien que tardase en ello todo cuanto tiempo fuese necesario: porque cuanto mas se detuviere en prevenir cumplidamente estas cosas tendrá mas breves y ciertos los buenos sucesos, y lo que primero despues se hubiere de hacer será apurar los indios que están arrimados a Bio-bio de la otra parte y apretarlos, de suerte que vengan a dar la paz, o se retiren la tierra adentro, porque no los obliguen a que haya mucho cuidado y fuerza en los presidios y fuertes que estuvieren de esta parte del rio, y que se pueda de la Concepcion y demas partes con seguridad hasta los llanos de Angol, a donde se han de hacer las primeras poblaciones por la buena comodidad y disposicion de la tierra tan en nuestro favor y las que despues se hiciesen irán encaminadas hácia Villarrica, tomando los fuertes mas a propósito para cojer las espaldas a los de Puren; y a los que con ellos se hubieren de recojer y favorecer de Tucapel y Arauco y han de comenzarse con tan buenos principios y fundamentos que cada dia vayan en mas aumento y que en pocos años se puedan de allí sacar socorros para otras partes, por tanto conviene que el gobernador, con la mayor fuerza que sea posible, asista allí el tiempo que le pareciese, para que todos los indios de aquella comarca se vengan a reducir y en particular los de hácia la cordillera nevada, no dejando enemigos a las espaldas y los que dieren la paz sea de manera que se pueblen a donde se les señalare y no léjos de nuestros puertos por tenerlos mas a la mano para lo que se ofreciere y tambien porque si intentaren alguna ruindad se entienda y remedie con mas presteza, que estando apartados, a los que no quisieran reducirse los apretará tanto con malocas de dia y de noche, que los fuere a dejar a sus tierras alejándose mucho de ellas y vivan en las ajenas, cosa que sienten estrañamente, y hágase de modo que no quede por allí mala vecindad, porque no sea causa que con facilidad puedan tocar armas de ordinario en nuestros pueblos, los cuales han de quedar tambien proveidos de jente y caballos y todo lo necesario, que no sea forzoso acudirles con nuevos socorros, porque seria trabajar en vano y sin fruto; conviene pues que no solo puedan defenderse y sustentarse, sino que ofendan y hagan mucho daño de ordi-

nario con malocas y entradas a diversas partes; de suerte que vayan cobrando tanta opinion con los indios circunvecinos que no se atrevan a salir de sus tierras a dar en las nuestras y despues de haber dejado en buen estado lo que se hubiese poblado hácia la cordillera, volverá a la costa de Arauco y Tucapel a donde se han de hacer otras poblaciones y fuertes. Los caballos podrán ser socorridos mui a punto, por mar y tierra, y por esta buena comodidad se les puede dar priesa a aquellas provincias, y seria posible no haber mucha dificultad en allanarlas y en estando llanas éstas la de Puren no se podrá sustentar largo tiempo y mas habiendo quien los apure por las espaldas la tierra adentro; y así estando de paz estas tres provincias de Arauco, Tucapel y Puren se pueden tener mui ciertas esperanzas de que con brevedad lo estará todo aquel reino; la causa de esto es mui notoria, porque han sido siempre el corazon de aquella guerra, y quien mas la ha sustentado y adonde se fué recojiendo el fuego que despues volvió a abrasar aquella tierra; por esta razon están los indios de allí tan lozanos, que quieren solos llevarse la gloria de las victorias pasadas, y en particular los de Puren que son los mas temidos y respetados que los de Tucapel y Arauco se reconocen sus inferiores de ellos, y así el mayor y mas importante negocio que allí hai y mas difícil es rendir aquellas tres provincias para que luego todas las demas arriba hagan lo misma con mucha brevedad, porque estando ellas en pié, principalmente la de Puren, todas las demas vivirán siempre con esperanza de recobrar la libertad. Por tanto considere bien el gobernador lo mucho que le importa acabar esto que ha de tener por blanco para encaminar allí todos sus designios y ardides, y no descanse un momento ni sosiegue hasta concluirlo, porque en ella consiste la mayor fuerza y dificultad de la guerra. Pero ha de advertir que para apurar y rendir aquella provincia de Puren mas presto no ha de comenzar por ella, que le será empresa mui trabajosa, cuyas causas creo estan bien entendidas de los hombres prácticos de aquella tierra; pero tome el principio por las de Arauco y Tucapel, que quitándole este calor y socorro que de ellas recibe, no podrá despues ella por si sola sustentarse y mas teniendo a las espaldas las poblaciones de Angol que se han de hacer en partes acomodadas para este fin y propósito, porque no puedan por allí retirarse, ni escusarse de venir a nuestras manos y apurándolos por los dos lados, lès ha de ser forzoso rendirse, y cuando esto suceda esté advertido que toda la jente de Puren se despache para otras partes sin dejar de ellos uno solo en su tierra, si fuere posible, entiendo las mujeres y niños, que de los ya hombres si viere que lo merecen, pueble los árboles y montes con ellos, aunque en esto como en lo demas se gobernará y guiará, segun el tiempo y las ocasiones lo fueren advirtiendo.

Teniendo llanas y pacíficas estas provincias en donde consiste la mayor y la mas trabajosa empresa es cierto que las demas no se podrán sustentar muchos dias ántes vendrán luego a dar la paz porque los soldados de las poblaciones y fuertes que hasta allí habrán andado divididos, corriendo los unos la costa y los otros por la cordillera, de allí

adelante podrán ir todos juntos, y con esto sacar de Tucapel y Arauco gran número de amigos, luego se rendiran viendo tantos españoles y tan bien gobernados y apercibidos y porque se temerán de los castigos que atras quedarán ejemplarmente hechos.

Advierta sin esto el gobernador y con especial cuidado vaya trazando que si ántes de esto que se ha dicho se ofreciere algun modo para entrar en la tierra de arriba a solo rescatar las muchas mujeres españolas que están cautivas hará mayor servicio a Dios Nuestro Señor, que en reducir todo el reino, pues causa tan gran lástima y compasion la memoria de esto, que no se puede decir sin mucho sentimiento viendo que estén así quinientas mujeres españolas tantos años en poder de aquellos bárbaros: S. M. sabe el fin que esto tendrá y los varios sucesos que de ello se pueden seguir; y así digo: que si le pareciere que con seguridad puede subir a ponerlas en libertad, lo procure con la mayor brevedad que sea posible, en ofreciéndose ocasion, aunque deje suspenso lo demas, que siendo con tan justa y santa demanda, no le faltarán grandes favores y socorros del cielo, que cuando no haga mas un gobernador que rescatar aquellas pobres señoras podrá entender que ha hecho con esto tan gran hecho, aunque no reduzca ninguna provincia, ni gane una legua de tierra, lo cual se ha de entender ofreciéndose ocasion, como puede ser posible que sea propósito para ello, pero conviene primero tantear las cosas, porque si se determinare en tierra de enemigos, sea de manera que tenga cierta la presa, y no salga incierto su intento, porque se perderá mucho por otros mil caminos y el tiempo y lo que es mas de estimar, su reputacion.

Aunque esto queda atras lo dicho, lo vuelvo a referir por lo mucho que importa que en tanto que las prevenciones se hacen como será menester el gobernador se vaya espacio a espacio y no niego que habrá otros muchos pareceres y por ventura abominarán de éste dando algunas causas que apuradas serán mas aparentes, que concluyentes y así puedo afirmar que no se verá el fin de aquella guerra hasta que haya un gobernador que siendo buen soldado los primeros años, no sea mas que labrador y ganadero que lo quiero decir por este rústico y grosero estilo, porque se tenga mas en la memoria que el tiempo adelante manifestará esta verdad cierta y segura.

No dejaria tambien de haber algunas personas prácticas de aquel reino que tengan por dislate el haber dicho que se pueble primero en los llanos de Angol y hácia la cordillera, diciendo que será mejor comenzar por la costa atento que los socorros se podrán hacer por allí con mas facilidad, y esto no se niega que sea verdad, mas para que se entienda cual resolucion sea la mejor y mas acertada, se ha de advertir una de dos cosas: o que la guerra conviniere se haga como hasta aquí con pocas comodidades de lo que es menester para ella o que se haga por otro modo diferente llevando adelante todas las cosas forzosas y necesarias, de suerte que no obligue volver atras a buscarlas, y así parece mucho mejor lo primero. De manera que teniendo muchos

caballos, bastimentos, ganados y servicio, con razon se puede decir y entender, que para conservar lo poseido y aumentarlo seria mejor haciendo los poblaciones hácia Angol, por la buena disposicion de la tierra con tanta comodidad nuestra para criar ganado en gran abundancia y hacer grandes sementeras, pues hai por aquella parte mejor aparejo, que por otra; pero es cierto que no lo habria, ni seria acertado comenzar por allí si faltasen las cosas referidas, o algunas de ellas, que faltando ni por la costa ni por la tierra adentro se puedan hacer buenos efectos, y así queda claro y bien entendido que si la guerra se hace con pocas ventajas de comidas y caballos, menor mal será comenzar a poblar por la costa; mas si hubiere de ser con las ventajas que conviene con pujanza de jente y mucha abundancia de todo lo necesario manifiesta cosa es ser mui a propósito por los llanos de Angol, porque se aumentará el ganado mejor y las sementeras, y tambien porque allí le cojen las espaldas al enemigo, sin dejarle adonde despues se retire.

Entenderse ha con este discurso algo del estado que ha tenido y tiene aquella guerra, que es como un enfermo de mucho tiempo que no puede cobrar salud, ni convalecer si se trata como sano, metiéndose en trabajos y ocasiones, que aun estando mui fuerte no podria con facilidad salir bien de ellas y seria sin duda causa de que cuando no acabase su vida brevemente con alguna lesion perpetua; de esta misma suerte pasa en este negocio de Chile, que habiendo sucedido tantos males y desgracias o vuelto muchas veces a recaer, porque no teniendo los pertrechos y cosas forzosas y aventajadas, como era menester para reducir aquel reino, se han entrado en la guerra con poco que comer y ménos caballos y servicio y así es fuerza que volviesen a recaer y lo que en el verano se aventajaron, no lo pudieron sustentar en el invierno como convenia y de esta manera vuelven cada año a recaer y trabajar de nuevo, y si algo sustentan es con excesivo trabajo, lo cual así conviene buscar los medios que vuelve a ver para tan gran desman en suma a los que ahora parece seria acertado reparar los fuertes que están en la frontera de guerra y ver donde se podrán hacer grandes sementeras y crias de ganado y caballos y mulas apercibirse de todo lo importante y necesario, que ántes sobre que falte; y cuando el que gobernare tenga mucha abundancia de todas las cosas convenientes para entrar con pujanza, sea por donde quisiere y puéblese adonde le pareciere, que pudiéndolo sustentar y no andando con hambre, como hasta ahora se ha hecho, cada dia irá ganando tierra sin recelo de volver atras, o cuando ménos sin tantas ocasiones de pérdida, que por este modo no embargante, que parece que es detener, alargando el tiempo se ha de entender, que es ir por el atajo y con mas brevedad y a ménos costa en todo.

Y quien esto dudare considere los años que se han pasado despues que se han tenido grandes esperanzas de que con brevedad se habia de acabar aquella guerra, diciendo los que llegaban de nuevo, que para ellos estaba guardada aquella empresa y ántes ha ido cada dia empeorando y esto se-

rá perpetuo en tanto que las cosas no fueren guiadas por otros caminos y trazas diferentes, previniéndose y apercibiéndose de todo lo importante ántes de entrar en la guerra, aunque se pasaron algunos años en esto sin atender a otras cosas, que mas vale yendo con pié de plomo hacer seguramente el efecto que se desea, que arrojándose temerariamente aventurar la vida y la reputacion.

COMO LA AUDIENCIA DE CHILE AVISO A S. M. DE LA MUERTE DEL GOBERNADOR ALONSO GARCIA RAMON; Y DEL ESTADO DE LAS COSAS DE AQUEL REINO, POR ENERO DE 1611.

A cinco de agosto del año de 1610, murió Alonso Garcia Ramon, presidente de la Audiencia real que asiste en Chile y gobernador jeneral del reino dejando nombrado en su lugar, por virtud de la cédula que para ello tenia de S. M., al doctor Luis Merlo de la Fuente, oidor de la misma Real Audiencia; de esto se dió aviso al marqués de Montes-Claros, virei del Perú ; el cual proveyó luego en aquella provincia y gobierno al capitan Juan Jara Quemada, que a primero del de 1611, llegó a Chile, hombre de buena edad y prendas, cristiandad y prudencia, partes necesarias para esperar en todo buenos sucesos de gobierno, dentro de breve tiempo de como fué recibido se partió de Santiago para la guerra, de cuya dilijencia y progresos, diremos, conforme a su relacion despues. Ahora conviene especificadamente referir la sustancia de lo que los señores de aquella Audiencia advierten a S. M. del estado de la jente de guerra y mala administracion del situado por culpa de los que tiempo ántes lo habian manejado; que habiéndose la Audiencia informado enteramente y por menudo de muchos capitanes y soldados y otras personas prácticas y de grande intelijencia, supo como las cosas de la guerra estaban mui trabajosas y con mucho desórden, porque desde el levantamiento de Tucapel y pérdida de la jente que murió en la Imperial no se habia ganado palmo de tierra, ni adelantado cosa ninguna, y así todas las cosas andaban mui desordenadas por no guardarse con puntualidad lo que S. M. acerca de esto tenia ordenado y mandado.

Ante todas cosas las compañías no tenian el número de soldados que estaban obligadas a tener, que sola una o dos de las de a caballo llegaban a tener cincuenta soldados, y las demas eran de a cuarenta y de a treinta, y constaba haber habido algunas de ménos número ; lo mismo se hallaba en las de infantería, que sola una o dos tenian a cien soldados y las demas eran de a sesenta, cincuenta y cuarenta, con que se consumia mucha cantidad de la real hacienda, pudiéndose escusar si se hicieran de los números que el rei tenia determinado.

Ademas de esto las plazas de los capitanes y demas oficios de guerra por la mayor parte se daban y habian dado por particulares fines y contemplaciones a hombres mozos y de poca esperiencia de que habia resultado, que muchos de los capitanes viejos y espertos en la guerra se habian retirado a sus casas y dejado el servicio del rei.

De esto se habian seguido muchos malos sucesos como el del año ántes de este, que habiendo entrado el campo a maloquear a la vuelta por culpa y descuido de los capitanes y llevar la jente en tropas, y sin órden una emboscada de mas de doscientos indios que les acometió, mató cincuenta soldados sin los heridos y se llevó mas de ochenta armas de fuego y mucha cantidad de municiones y mas de setenta caballos ; con esto el enemigo tomó tanta avilantez, que se atrevió a entrar despues en las reducciones de Lebo y mató y se llevó mas de cuarenta indios y tuvo convocada para alzarse la mayor parte de los indios reducidos en Lebo y Arauco.

Estaban fuera de esto los soldados mui abatidos y peor tratados que los indios padeciendo mui gran desnudez y hambre por no poder gozar con libertad de sus sueldos; que el situado que S. M. les hacia merced, se traia casi todo en ropa del Perú, en la cual se les cargaba siempre a treinta y a veinticinco por ciento, y el año que ménos a veinte. Ademas de esto se les daba la comida a mui excesivos precios, porque siendo aquel reino de ganados y frutos de los mas fértiles del mundo, se les daba y contaba la fanega de trigo a treinta y dos rs. v. siendo sus ordinarios precios a mucho ménos de la mitad, y teniendo como tiene S. M. junto a los presidios y fuertes de la jente de guerra dos estancias, una de sementeras de trigo y cebada y otra de vacas que poblaron en tiempo del gobierno de Alonso de Rivera, que puso y dejó en la de vacas, como cuatro mil y quinientas de vientre y el costo de ellas fué a doce y a diez y seis rs. v. cada una y otras a ménos y con haberse muerto ordinariamente para el sustento de la jente del ejército cada año desde que se pobló mil y quinientas cabezas con los multiplicos habia ido siempre creciendo el aumento; de suerte que habia por entónces mas de ocho mil cabezas, sin tener aquella estancia casi costa alguna, porque las guardaban soldados pagados por el rei con algunos indios, se les contaba cada cabeza que se mataba para los soldados a cuarenta reales; y teniendo ordenado el rei que se les diese la comida y sustento a moderados precios, no se entendia qué razon hubiere para que se les diese y contase a mas del doble del costo principal que tuvieron.

La otra estancia de trigo y cebada tambien era de poca costa; porque las tierras eran como son del rei, y los bueyes con que se labran salen de la estancia de las vacas y los que la benefician son soldados del ejército que tiran sueldos con algunos indios, a quienes no se les daba mas de la comida, respecto de lo cual y de la fertilidad con que acuden en aquel reino: el trigo y la cebada tienen mui poca costa toda al rei, y es ménos la de cada fanega y siendo esto así se les contaba a los soldados a treinta y dos rs. v. cada fanega de trigo y a diez y seis la cebada.

Lastimábase la Audiencia ultra de lo dicho de que en aquella guerra se hubiese introducido una cosa tan reprobada cuanto digna de remedio y era que los mas que gobernaban en ella capitanes y soldados se habian vuelto tratantes y pulperos, que el cuidado que habian de tener en mi-

rar por los soldados y sus armas le ponian en investigar modos y trazas para despojarlos de sus sueldos, revendiéndoles los bastimentos a precios excesivos, porqne de sus propias estancias y sementeras que muchos de ellos las tienen, llevaban a los fuertes los carneros, ovejas y demas bastimentos, y los capitanes que no tenian estancias los enviaban a comprar a las de las riberas del Maule costándoles los carneros a cuatro reales y las ovejas a tres y ménos las vendian a los soldados a diez y seis reales los carneros y a doce las ovejas y a este respecto los demas bastimentos y comidas; y de esta manera la mayor parte del situado, o por mejor decir, todo se venia a consumir entre estos recatones y tratantes, pues cuando llegaba de Lima, ya el miserable soldado debia mas de lo que tenia ganado de sueldo y le era fuerza el ser esclavo perpetuo, porque para poderlo sustentar sin que pereciese, era necesario irle dando ordinariamente adelantado con que siempre quedaba empeñado por haber podido tanto la codicia que inventaron para pagar a muchos por libranzas adelantadas y con la necesidad que se pasaba, no pagándolas, le obligaban a que las vendiesen por la mitad o al tercio comprándoselas por terceros los que mas obligacion tenian de mirar por ellos, de esta forma ni los soldados vestian, ni calzaban, ni comian pasando miserablemente sin zapatos ni medias y sobre sí solamente por vestido una manta o pellejo con que andaban la mitad descubiertos, y así no faltaron algunos que apretados de la necesidad se habian pasado al enemigo, viviendo tan desesperados, que se podia temer mas que al enemigo algun motin de ellos, como lo intentaron el año de 607, si Dios no hubiera permitido que se descubriera y atajara, con haber ahorcado a los que en él fueron cabezas principales.

Advertian que los presidios que habia de la jente de guerra eran doce, el de Paicaví el de Lebo, el de Arauco, el de San Pedro, el de San Jerónimo, el de Monte-Rei, el de Nicol Bueno, el de Yumbel, el de Nacimiento, el de Cayuguanu, la estancia de S. M. y el frontero de aquella banda, cuyos edificios eran tan solamente unos corrales de tapias y dentro de ellos unos aposentos en que se recojian los soldados, y aun algunos de estos fuertes no eran de tapias, sino unas mui ruines empalizadas, con otras mas ruines barracas o chozuelas para la jente de guerra, sin que en estas tales postes o fortezuelos asistiese otra persona alguna que los soldados del rei.

Ademas de esto, en daño notable de aquella ciudad y reino de Chile, habian usado los gobernadores y usaban dar licencia todos los inviernos para que mucho número de soldados se bajasen a invernar a las ciudades de paz, y ordinariamente habian bajado a Santiago todos los años mas de cien soldados, que ademas de ganar sueldo los cuatro y cinco meses del invierno que se estaban en aquella ciudad no asistian al servicio de S. M. De esta bajada se seguian grandes escandalos y ofensas de Dios en mucho daño del reino, porque ademas de inquietar la república con deshonestidades y pendencias hacian muchos hurtos y otros diversos excesos y sobre todo cuando suben y vuelven a la guerra nin-

guno deja de llevar hurtado cuatro o seis indios varones y hembras con quienes van amancebados con color de llevarlos para su servicio; de manera que todos los años se llevaban trescientos o cuatrocientos indios, descasando a muchos, y a otros llevándoles sus hijos e hijas, con que se apuran y consumen los indios de paz.

No habia la Audiencia acudido al remedio es estos perjudiciales abusos por hallarse falta de poder por haberse S. M. servido despachando su real cédula el año de 1607, en que se mandó guardar por la ordenanza quinta de aquella Audiencia, que el gobernador y capitan jeneral privativamente conociese en primera y segunda instancia de las causas civiles y criminales de los soldados y jente de guerra, estaban en aquel tiempo en aquella Real Audiencia el licenciado Fernando Talaverano, el licenciado Juan Casal, el doctor Gabriel de Zelada, el licenciado Fernando Machado fiscal, vivian en toda conformidad, procurando acudir siempre al servicio de la Majestad Real administrando justicia estaban ausentes el presidente Juan de Jara-Quemada y el doctor Merlo en la guerra, como dirémos en el siguiente capítulo.

EL ESTADO EN QUE EL NUEVO GOBERNADOR HALLO LAS COSAS DE LA GUERRA EN CHILE, Y LO QUE HIZO VISITANDO SUS FRONTERAS.

Muchos comparan al reino de Chile a una vaina de un estoque o espada, y podríase mejor comparar a un escuadron prolongado, que esta planta hacen las fuerzas que S. M. tiene con él, porque se van continuando y prosiguiendo un fuerte tras otro, y dándose la mano los unos a los otros, y fuera bien que el de Paicaví, que está en la vanguardia de este escuadron, que es opuesto al enemigo y hace frente a Puren y Claroa y todas las tierras de guerra, así hubiera sido estimado de los gobernadores pasados por el mas esencial y de mas importancia de cuantos hai en el reino, como realmente lo es, y estuviera con la guarda conveniente; pero hallóle Juan Jara-Quemada, visitándole, cubierto de paja y a cargo de un ayudante mozo y de poca capacidad y esperiencia con sesenta hombres bisoños y los mas de ellos descalzos y sin camisa, y en esta poblacion y la de San Bartolomé de Gamboa y estancia de Buena-Esperanza que estan en la retaguardia y circunvecinas a la Paz, habia dos maeses de campo y un capitan con las personas y soldados de mas consideracion; y Paicaví que tiene al enemigo a cuatro y a cinco leguas, estaba con el mal reparo referido, hecho una cárcel de delincuentes y hombres sin obligaciones, cosa lastimosa de ver de donde en el invierno habiendo tres o cuatro dias buenos se puede inquietar al enemigo, sin dejarle sembrar ni hacer otra cosa de sus haciendas y apretándolo por estar tan a la mano, se les podia obligar a dar la paz: puesto que jamas harán cosa por bien, porque aquellos indios se precian mas de soldados que de otros intereses, desestimando todo aquello, que no viene por el camino de la guerra. Tienen buenos entendimientos, y desde que nacen y tienen discurso de razon, toda su ocupa-

cion es el trato de la flecha y de la pica, aventajarse cada uno a los demas en traer sus armas mui alistadas, y cualquiera cosa que hayan de hacer, ha de ser con ellas en las manos y porque mejor se entienda, lo que en materia de guerra y estado alcanzan, se dijo en aquella sazon, que dos indios aucaces, que pocos dias ántes se habian cojido, dieron este aviso y fué: que habiendose juntado en una borrachera Ainairlo, Pelantaro y Anganamon, cabezas principales de aquellos enemigos, acordaron por via de buen gobierno que viniesen de todas las provincias algunas parcialidades a sembrar a la de Puren, para que cuando los españoles entrasen por sus tierras tuviesen allí en qué entretenerse, sin pasar mas adelante a hacerles daño, por estar muchos retirados en la Imperial; porque se discurra si quien tiene estos ardides y cautela se puede tener por bárbaro.

Reparó Jara-Quemada las flaquezas de aquel fuerte quitando al capitan que estaba en él y dejando en su lugar al maese de campo Alvaro Nuñez de Pineda, cabo de la jente que militaba en el tercio de Arauco, que aquella es plaza que cuando uno deja de ser gobernador se puede apetecer por ser la de mayor opinion y la mas empeñada con el enemigo, seis capitanes reformados los de mejor nombre y de las tres compañías del tercio de cada uno seis soldados escojidos con un cabo de escuadra, que no pudo ser mayor el número por los pocos bastimentos que halló en Lebo para meterle, y visto que por este respecto no quedaba aquello como convenia para que otro año se enmendase, buscó ciento veinte fanegas de trigo, treinta de cebada, dos de habas y una de garbanzos y media de lentejas y otra media de cañamones para que se sembrase porque la tierra no la tiene la campiña de Córdoba tal, ni todo aquel reino mejor; quedóse haciendo aquella sementera que en quince dias a pala la acabaron seiscientos amigos que se ocuparon en ella y dos compañías de a caballo que hacian escolta a los gañanes y yanaconas que les habian de ir a hacer yerba para que los caballos estuviesen de noche en el fuerte, todo para esperar buena faccion el año siguiente.

Los gobernadores pasados quisieron retirar aquel puesto y los indios de guerra condescendiendo con ellos, dijeron que era imposible el sustentarle solo porque se les metia con escolta de mil hombres la comida, y así teniéndolá allí con esto les quebramos su opinion y luego es de entender que dirán que viendo el enemigo el daño que de ello le ha de resultar tratara de venir a cortar aquellas comidas; para lo cual se sigue otra consideracion, que como se fué con número de jente a hacer la sementera, con ese mismo se ha de ir a cojerla; dejado que lo que se siembra es debajo la mosquetería y arrimado al fuerte y no se atreveran a venir cuatro leguas a ofender los nuestros, teniendo la fuerza del tercio y del fuerte, y para lo que se podrá ofrecer el recojerse los del presidio es un espacio de un tiro de arcabuz y ellos la distancia dicha con un gran rio y laguna de por medio; y para que se entienda que esto fué con un gran fundamento y que se habia de hacer allí una gran pobla-

cion, se quedó fabricando una chata de porte de cien hombres o ciento veinte, con que se podria entrar a inquietar al enemigo de trasnochada hasta la provincia de Elicura por el rio y laguna, y dos hornos de teja para cubrir el fuerte con ella.

Una de las cosas porque aquella guerra no estaba entónces mas adelantada, era porque se habia hecho solo con las armas, midiendo el sustento con que los soldados se podrian entretener y una de las partes mas importantes con que esto se espera mejorar, es hacerse ante todas cosas labrador el que lo tuviese a su cargo, que en estando el ejército y fuerte abundante de mantenimientos, teniendo que darles a todos los que fueren a servir de su voluntad con que entretenerles no habrá cosa que pase por delante, pues no se ha tratado de esto, sino de ir a medias con el rei aprovechándose de los indios, de los bueyes, de las mejores tierras y soldados, de modo que acudiéndoles a ellos a quince y a diez y seis fanegas por una de sembradura y al rei a ocho y a nueve cuando mucho, esto quedará remediado, porque el beneficio que se hiciere por cuenta de S. M. no habrá quien tenga parte. Sembráronse aquel año trescientas ochenta fanegas mas que los pasados, y ciento veinte de cebada.

Y uno de los grandes socorros que aquella guerra pudo tener para caminar con semejantes intentos adelante, fué mandar que el Audiencia que residia en la ciudad de Santiago acudiese a aquella, pues decia en su real cédula que viniesen a establecerla y a sentarla en la ciudad de Santiago, donde ántes solia estar y allí no estuvo jamas sino en ésta porque todos estén a la mira unos de otros y se ayuden como conviene.

Las malocas y entradas que ántes se hacian del enemigo, miéntras de mas consideracion, eran mas perniciosas y dañosas al servicio real, porque si cojian cien piezas como se ganaron en una maloca que se hizo en dias pasados por el maestre de campo Alvaro Nuñez de Pineda en la provincia de Tirna, porque estos prisioneros se repartieron entre partes, cabo, capitanes y soldados, los unos como mas poderosos escojieron lo mejor, y a los soldados dieron el desecho y a todos los marcaron en el rostro. Algunos de los soldados vinieron a vender a la Concepcion los que de su parte les cupieron y el que tuvo buena venta, con el dinero que le dieron procuró huirse por la cordillera, como algunos lo hicieron, este es un daño y el comprar los hombres pobres; segundo porque como los quieren para sus haciendas no los pueden tener tan sujetos que en dos meses no se huyan y son tan entendidos, que aunque puedan irse juntos no lo hacen por ir a menudo sirviendo de espías y dando aviso de lo que entre los nuestros se hace; que una de las ventajas conocidas que estos enemigos tienen es que todos los dias entienden los designios de los españoles de los que se huyen y de los yanaconas que les sirven y si en nuestro ejército se ha de saber algo de lo que ellos hacen, es necesario con la mitad ir a tomar lengua y hacer para ello una maloca.

Lo que hacian los maeses de campo y cabos, de la parte que les cabia de prisioneros, era que con ocho o diez soldados enviaban las piezas

a sus casas y estancias ocupándolos en esto por tenerlos seguros, y dejando algunos de guardia con ellos y al tiempo de la paga cobraban éstos mejores jéneros que los que estaban sirviendo, que es un daño y el mayor que con estos esclavos y soldados trataban de hacer sementeras, guardar el ganado y beneficiar las viñas. Todos estos frutos se traian al ejército y se vendian a los miserables soldados a precios excesivos contra toda buena conciencia, quitándoles la pobre tentacion por este camino y llevándoseles todo el situado, dejándoles desesperados y con tan gran crueldad, que por cortesía les daban una vaina o el sombrero y luego ponian una tienda de todo, donde la volvian a vender fiado. De suerte que para otro año con la ropilla adquirian un vestido de lo que le volvian a dar al soldado.

Esto halló Jara-Quemada que pasaba cuando anduvo en la visita del reino luego que llegó del Perú. Véase, pues, como podrá ir esta guerra adelante y como aquellos miserables no habian de huirse y aun a los propios enemigos, como lo han hecho; a todos dijo a voces este gobernador que habia ido allí por inquisidor para quemar estos abusos y que quien de allí adelante tratase de semejante servicio de Dios y del rei no le habia de proseguir sin castigo; que esto debe hacer quien limpiamente gobierna, haciéndoles con la ejecucion temer y tener por un justo y riguroso fiscal.

Para impedir de todo punto los inconvenientes que resultaban de este modo de presas, mandó echar bando jeneral, en que ordenó que todas las piezas que se cojiesen en las malocas y correrías se hiciesen un monton y se repartiesen igualmente en todo el ejército, o jente que se hubiese hallado en ellas, con que se evitaron otros estorbos a mas de los referidos, porque el soldado aquien le cayese en las manos un indio de aquellos gandules, visto que la parte que le habia de caber de él, habia de ser poca, o ninguna, quisiese mas matarle que embarazarse en cojerle y proseguir libre de este embarazo el alcance que de ordinario se ha visto, que por codicia de una pieza deja un soldado de matar cuatro o cinco y aun se aventura a que le maten a él, como ha sucedido infinitas veces y este camino se habia de haber seguido para que aquella guerra estuviera en diferente estado; porque si los indios tuviesen certidumbre de que si los cojiesen habian de quitarles la vida no se hubieran atrevido tanto como hasta hoi, fiados que viniendo a manos de los nuestros podrán desacirse de ellos una vez u otra; y para ejemplo de que es bien que aquella guerra se trate con este rigor, conviene considerar, que a todos o los mas, que ellos han cojido de los españoles los han hecho pedazos, procurando con esto y diciéndolo en varias ocasiones, enflaquear nuestras fuerzas y tener enemigos ménos, y que si nosotros lo hubiéramos hecho con ellos de esta manera, hiciéramos la guerra derechamente; y en este mismo error se ha caido en los estados de Flandes con los rebeldes de Holanda, que cuantos ellos han cojido de los nuestros por mar, los han muerto a hierro o ahogádolos en la mar y lo que nosotros hemos habido a las manos no han perdido mas de la libertad

por algun tiempo, y de este modo el enemigo pierde el temor y ejecuta su venganza sobre seguro.

Hase de caminar de la parte del fuerte de Angol al igual de Paycaví que son las dos fronteras que están al opuesto del enemigo: este fuerte es importante notoriamente, y habíale mudado el doctor Luis Merlo de la Fuente; cuando allí llegó Jara-Quemada hizo juntar los capitanes y personas que podian tener voto en esto y todos le dijeron que aquel año se mudase una legua mas adelante; reconocióse el sitio y hallóse ser el mas conveniente lo que llaman el Cercado de Algarain, donde antiguamente tuvieron los indios hecho un fuerte junto al rio que llaman de Angol, que se parte en dos brazos, podíase con comodidad sacar madera para aquella poblacion del valle de Longotoro dos leguas de allí y bajarlas por el rio mismo, que viene a estar pegado al propio foso del fuerte; la madera es excelente y por una oveja solian traer los indios una balsa de ella; está allí cerca como a distancia de seis cuadras un molino de donde se determinó poblar y hacerse una isla en que se podian echar algunos caballos y la jente que saliese del fuerte podria tener comodidad de lavar su ropa en ella y otras cosas por estar debajo de la arcabucería y tener el fuerte al rio por foso, y una vega por frente hasta Angol, donde el año siguiente se podría sembrar trigo y lo necesario para el sustento de los soldados y demas indios que allí acudieran a reducirse; este parecer que se dió fué enviado a ratificar al marques de Montes-Claros para ponerlo en ejecucion.

Estaban en este tiempo con la continua práctica de la guerra los indios tan maestros que no habia lance que no comprendiesen; y así con esto como con los despojos de las victorias pasadas se habian ido pertrechando y armando de manera que ninguno estaba sin peto y espalda de cuero crudo y muchos de ellos cotas y petos de acero y una pica de treinta y tres palmos de largo, y sus caballos esmerándose en manejarlos y para cualesquier cosa que les mandasen sus cabezas y superiores en la guerra, grandísima obediencia; servíales de matolotaje para ocho dias una chupa con dos libras de harina de maiz y cebada, con que en un vaso o calabaza echaban un poco de agua y hacian un ulpo que es su bebida y con solo esto sin otra cosa la menor del mundo, atravesaban de su tierra a la de paz; todo esto entiendo que está en ellos y mucho mas en su punto; y para ir los nuestros a las suyas es menester, que el soldado de a caballo lleve tres criados, uno que le traiga yerba, y otro que le lleve la comida y cama y quien le aderece de comer, y es esto lo de ménos, porque hai muchos que meten a quince y a veinte caballos y seis yanaconas y el infante su trigo y piedra de moler y las armas; con que todas las veces que se aloja y levanta el campo parece que se funda o mueve una ciudad y en estos supérfluos aparatos se gasta lo mas del tiempo, y a esta causa por el embarazo que esto da a los nuestros y el poco que tienen aquellos bárbaros, son mas prestos en el alcance que nosotros, porque al peso de su cuidado es tanta la flojedad y tibieza que hai y ha habido en aquella milicia que se han visto de ordinario

muchos arcabuceros, que mas parecen los arcabuces que traen pistoletes, que otra cosa, por andar aliviados de carga y por el poco cuidado de sus capitanes,

Estaba en aquella coyuntura tambien mui caida la mosquetería, con ser la cosa mas esencial que hai en aquel reino respecto de la mucha caballería del enemigo, y tener mas esta arma, que otra ninguna y no halló Jara-Quemada en el ejército treinta mosquetes, y fué necesario alentase esto de manera que prometió que de allí adelante habia de sacar de los mosqueteros sarjentos y alféreces y darle compañías ; y con esta prevencion treinta que él trajo del Perú a Chile los que fué repartiendo y tomaron los tres alféreces reformados con que los demas se alentaron, esperando por ello notoria recompensa y merced. El principal daño que nuestra caballería tuvo para venir en tanta disminucion fué la poca dilijencia y curiosidad que hubo largo tiempo en la cria de ellos y la mucha que pusieron los que la pudieron escusar en la de las mulas por sus granjerías y particulares intereses ; aplicó algun remedio a ésto aquel gobernador, dando órden a que como hai en algunas compañías, tenientes y cabos de escuadra, hubiese alféreces y que las compañías de lanzas tuviesen su estandarte para los dias de las muestras y para los actos públicos que esto era bien estuviese adornado, pues no se crecia nada casi en el sueldo y no se tenia mas que una persona que mirase por la compañía y repartiendo ventajas en la caballería se alentaria notablemente la infantería, deseando servir en ella y pasando cada dia mas adelante.

Avisó el gobernador a S. M. como aquel ejército tenia necesidad de quinientas picas y otras tantas lanzas, cuatrocientos mosquetes, doscientas pistolas para los que servian a caballo con lanza para llevar en el arzon, que fuesen de tres palmos y de rastrillo; porque de estos jéneros no habia cosa ninguna en sus almacenes y aunque se habian enviado al Perú a pedir, respondieron que no los habia, y eran de grande consideracion ; pedia tambien doscientos o trescientos pares de armas cuanto a lo que toca a peto y espaldar y gola para sobre las cotas, y como habian de ser para la caballería convenian que fuesen cuatro dedos mas cortas de talle que para la infantería por los arzones de las sillas, que a las cotas solas no habia lanzada que no la pasase, sin embargo que llevaban coleto de ante debajo, de donde cada dia sucedian muchas desgracias, y con esto quedarian remediados y podria ir todo esto a cuenta del situado.

Habiéndose enviado tres mil ducados para emplear en caballos a cargo del capitan Pedro Martinez Zabala, y compró y dispuso de ellos tan lastimosamente, que no sirvió mas de perder el tiempo y la hacienda, causando una confusion mui grande el desengaño, porque no aportó caballo a Chile, que fuese de servicio de los que él envió ; y así por lo que tocaba al del rei lo mandó prender para tomarle cuenta estrecha de todo.

Confesó en aquel tiempo que todo el reino recibiria mui jeneral merced y beneficio si S. M. le proveyese de algun prelado de los recoletos de

San Francisco y de mui grande aprobacion, porque como la jente que en aquella provincia habitaba era tan miserable habria menester pastor que se condoliese de sus trabajos y no quien se los acrecentase, como algunos que habian estado en ellas, que solo procuraron devolver ricos a España y empobrecer para esto a sus feligreses con estravagantes excesos y notas de las repúblicas, que siempre son mayores en semejantes sujetos y mas en tierra tan poco asentada como aquella. Entendido lo que S. M. habia ordenado a peticion del padre Luis de Valdivia para que la guerra en aquel reino se hiciese defensiva y no ofensiva, procurando sustentar tan solamente lo que se tenia de paz, porque en estas cosas habia tantas sutilezas y cada dia mudanzas, con que era justo que hubiese en los pareceres; por cumplir con su obligacion el gobernador no se pudo escusar de decir en esto lo que sentia, diciendo: que estas dificultades que se le ofrecian eran considerables, porque cuando allá van a buscar los enemigos aucaces, que se entienden en aquel reino los de guerra, era de considerar, que los indios que llaman de paz que dejan en retaguardia, con cualquiera acontecimiento de desgracias son peores enemigos que los demas, porque no tenian cosa que los obligase en aquella tierra donde estaban reducidos a estar firmes en ella, sino que estaban suspirando por irse a la Imperial o a Osorno y Villa-Rica, de donde los mas eran naturales y por solo gozar de algunas tierras de las que poseian, estaban incorporados con las fuerzas de españoles para ayudarse de ellos a conseguir sus intentos, que eran de gozarlas libremente; y así con los parlamentos que entónces se habian hecho todos venian en decir, que el gobernador Jara-Quemada no hiciese lo que sus antecesores, quedándose en los puestos que ellos dejaron; sino que procurase pasar a Puren y a la Imperial, sin reparar en impedimento ninguno, pues no hai mar de por medio, que lo pudiese estorbar y que se doliese de ver que ellos estaban en tierras estrañas y los aucaces gozando de las suyas y cuando aquellos indios de guerra van a buscar a los nuestros, no es al ejército por estar enterados que pueden medrar poco en él, sino a las reducciones donde están los indios de paz; para llevarlos y levantarlos, porque cojiéndolos de esta suerte los tienen por esclavos para hacer las chácras o sementeras, enviándoles fuera de esto cada dia mil mensajes, con instancia dándoles ocasion de estar poco fijos en la paz lo cual no merecia tal nombre entre indios que no acudian a mita, ni tributaban, ni se les podia mandar con imperio, ni ninguno de ellos era bautizado y tenian los mas a cinco y a seis mujeres con pacto que no se les habia de impedir esto, ni sus borracheras, tratando entónces mas de establecer su jentilidad, que el primer dia, viendo, pues, que a los indios de fuera los españoles los dejan quietos y pacíficos, los que estaban de nuestra parte por gozar de sus naturales se iban con ellos y para mejor entender estos que se llaman amigos y reducidos y porque causa están separados de sus tierras gozando de ellas los aucaces de guerra, siendo todos unos, es de saber que los que los tienen escluidos de ellas y forzádolos

a venirse a amparar de los nuestros, han sido parcialidades mas poderosas por guerras y disenciones, que entre ellos ha habido, queriéndolos supeditar y el mayor seguro que de tal jente los españoles tenian y tienen hoi no es otro que el dicho y la jente que nos han ayudado a hacer en algunas ocasiones a los demas y están empeñados con ellos y todo esto con una vez de chicha y cuatro ovejas se les olvidaria y darian vuelta a su antigua amistad, de todo lo cual se tiene esperiencia en los alzamientos que ha habido y que no tienen los nuestros mayores enemigos que los que han andado con ellos y saben sus tratos, que es el mayor daño que aquella guerra tiene.

De donde se sigue con evidencia que dejando los españoles de perseguir y que sus enemigos gocen a su albedrio de sus tierras, y perdida la esperanza de que por medio de las armas con ayuda de los nuestros hayan de volver a poseerlas y vengarse de ellos que es el cebo con que los tienen por amigos que tambien querrán gozar de este beneficio y aunarse con los demas, como otras veces lo han hecho, y por este medio ser mui bien recibidos y agasajados de ellos. Ademas que no se puede tener satisfaccion de semejantes bárbaros que cuando los españoles quieran hacer la guerra defensiva, se estarán quietos y pacíficos en sus tierras, dejándonos descansar en las nuestras, sino que ántes viendo que no los apremian con las armas han de presumir que por no atreverse a sustentarlas contra ellos, de donde redundará el hacer a la de nuestra nacion la guerra mas cruel que jamas hayan hecho, porque es comun opinion de todos los que bien sienten de las costumbres de esta jente que en sintiendo tibieza en los ánimos de sus enemigos, no habrá quien se pueda averiguar con los suyos; y siendo mui conforme al cristiano celo del rei que los cautivos españoles que tienen que son muchos se rescataron, no puede quedar esperanza de que por los que de ellos tienen los nuestros lo hagan, por ser república sin cabeza con quien se pueda tratar de tales medios, sino jente descuidada, y que cada uno la hace de su juego, si no es cuando se aunan para venir a hacer guerra a los nuestros, que el cacique o toqui principal de una provincia (que hai muchos) los convocaba a una borrachera, y estando embriagados se decretara en ella lo que habian de hacer, obedeciendo de esta manera al tal cacique hasta el dia señalado, que entre ellos se señalaba y pasado no tienen costubre de hacer mas caudal del superior, que del mas triste indio; por donde se podrá conjeturar la esperanza que por este camino se puede tener de cobrar tantas almas como están entre ellos y muchos siendo hijos lejítimos de españoles, sin conocimiento de Dios por haberse criado entre aquella jente que no tiene noticia de él.

PROGRESO DE LO QUE AL GOBERNADOR JARA-QUEMADA SUCEDIO EN GUERRA CON LOS CHILCANOS POR FIN DEL AÑO DE 1611.

Estando alojado el gobernador Juan de Jara-Quemada con el ejército de S. M. en el Estero de Vergara a los once de diciembre de 1611

le llegó nueva como en la estancia de Gualqui, que era del capitan don Pedro Ibacache, circunvecina a la ciudad de la Concepcion, habian muerto los yanaconas de ella dos españoles, y que habiendo cojido algunos caballos, yéndose al enemigo les habia dado alcance y preso los agresores; considerando entónces el gobernador el daño que prometia este caso tan de las puertas de casa adentro, dió órden al comisario jeneral de la caballería Gaspar Viera de Alderete para que hiciese averiguacion del caso, y habiéndolo puesto en efecto halló que los indios estaban convocados con los de Talcamávida hasta Arauco para levantarse, porque uno de los yanaconas llamado Diego Menguant era ladino y habia sembrado y estendido entre todos grande sisma, diciendo; que como hombre que sabia nuestros tratos habia entendido que S. M. mandaba que se atajase la guerra por el rio de Bio-bio, y que los indios que quedasen de Talcamávida habian de ser muertos, y que a los demas les habiamos sembrado las viruelas y peste de que entre ellos escapaban los ménos en aquella ocasion, y que así se iban acabando vengándose los españoles poco a poco de ellos, y que presupuesto ser esto como era verdad, y cumplido ya el tiempo de los nueve años por cuyo espacio habian dado la paz, no aguardasen mas sino que desde luego se levantasen para gozar de la que luego tendrian, como se esperaba, todos los aucaces quitando la vida a cuantos españoles pudiesen, llevándose sus armas y caballos.

Hecha la dilijencia que convino y averiguada la verdad, se ahorcaron cuatro indios en aquella estancia y en Talcamávida otros tres; quedando presos algunos caciques y cabezas de aquella provincias, de quien se tenia sospecha en aquel trato, y para acabarlo de pacificar envió el gobernador al instante al capitan don Pedro de Ibacache del consejo de guerra para que hiciese aquella averiguacion y castigo con mas véras y fundamento, que como persona que tenia mucha noticia y conocimiento de aquellos indios y sabia mas trazas, presumió se conseguiria el intento. A los catorce partió Jara-Quemada por la via de Angol donde le recibieron con otro caso no ménos grave que absurdo y abominable, pues fué darle aviso como en aquel fuerte estaban conjurados muchos soldados para hacer fuga por estar iniciados en el pecado de sodomia, y considerando que para averiguar un delito tan atroz era fuerza detenerse algun tiempo mas de lo justo y que cualquiera dilacion seria de grande impedimento, así por estar el tiempo tan adelante como por no faltar en lo asignado acerca de juntarse el ejército de Angol el viejo con el tercio de Arauco (como se hizo a los diez y nueve), le pareció remitir la causa a mejor ocasion, y así sacó con todo recato los principales agresores de aquel delito y llevándolos consigo vuelto que fué de aquel presidio se hizo justicia de seis de ellos que se hallaron culpados, reparando de esta suerte aquel daño no de poca consideracion. Prosiguióse la jornada a Puren y de algunos indios que en trasnochadas se cojieron y otras correrías se tuvo noticia de una poderosa junta que Aynavillo, toqui principal de aquella provincia,

tenia convocada de muchos dias atras con determinacion de echar el resto y procurar de una vez llevarse al campo. A esta causa se caminó con gran recato y advertencia, así en los alojamientos y sitios, como en el marchar; y habiendo llegado víspera de pascua de Navidad al paraje que llaman la "Emboscada de Juan Ruiz de Leon," estando acuartelados con la escolta los maestres de campo Pedro Cortés y Alvaro Nuñez de Pineda con cuatro compañías de infantería y dos de a caballo, acometieron al cuartel veinte indios, y habiendo entendido como se verificó despues que venian con designio de sacar los nuestros a sus emboscadas, mandó el gobernador recojer los caballos y ganado, y que ninguno lo siguiese hasta que la jente de la escolta a quien se habia tocado arma se incorporase con la demas, que por ser tarde cuando lo acabó de hacer y tener el enemigo la ciénega por abrigo, fué de parecer se remitiese para mejor ocasion el pelear. Hízose alto allí el dia siguiente adonde se cojió un indio de mucha cuenta, hijo del cacique Coiyolauquen, a quien tenian ántes los españoles por prisionero nombrado Libgueño; a éste habia enviado Aynavillo para que con el achaque de tratar del rescate de su padre reconociese el campo español y habiendo entendido esta acechanza por amenazas que se le hicieron confesó lo referido y la determinacion con que estaba el enemigo de convertir con el ejército por la confianza que tenia en la mucha jente que habia juntado para poderlo hacer. Llevóse este indio a buen recaudo, el cual como persona a quien iba la vida trató siempre verdad y sirvió de buena guia.

Estándose acuartelando los nuestros a los veinte y siete en Renico acometieran al capitan don Iñigo de Ayala que gobernaba una compañia de caballos, y al teniente Guerrero que rejia otros veinte hombres, una gran tropa de caballería, estando haciendo escolta a unos yanaconas y amigos que cortaban unas cebadas, a la cual resistieron valentísimamente, y habiendo ido a su socorro el maese de campo Alvaro Nuñez de Pineda con algunos soldados particulares retirando al enemigo, quitándole a uno, que por estar de centinela le habian derribado de su caballo. El dia siguiente a los veinte y ocho se alojó en Lumague tierras de Callagüen, y estando en la escolta tocaron armas los centinelas españoles por haber descubierto mucha caballería del enemigo, a la cual salió con la española el maese de campo Alvaro Nuñez, a cuyo mando estaba y con ella le siguió a poco y con mucha consideracion de ir aguardando a que le fuese dando abrigo la infantería que llevaba al suyo el maese de campo jeneral Pedro Cortés, y habiéndose empezado a trabar la escaramuza, se fué retirando el enemigo adonde tenia sus emboscadas, haciendo algunas arremetidas, en que siempre fué recibiendo daño, dejando en nuestro poder perdida alguna de su jente, que como era en la vanguardia, donde ordinariamente echan sus capitanes y cabezas, se derribaron algunas, que fué causa juntamente con ver llegar nuestra infantería y amigos para que se retirasen con mas presteza de la que se entendió echándose la contraria un repecho abajo a un monte y es-

pesura que estaba cercana, donde con dificultad podia seguirla nuestra caballería, yéndose retirando la suya con alguna descompostura, la fué siguiendo el maese de campo Alvaro Nuñez, dándoles Santiago, y los indios por no perder los caballos se fueron retirando a un rio donde los nuestros los desbarataron y desbarrancaron con mucho terror suyo, despechándose y ahogándose algunos de los muchos que se amontonaron; siguióse el alcance hasta donde se pudo yéndoles dando caza nuestra caballería por ser el monte mui cerrado y llevando al enemigo desordenado y huyendo a rienda suelta, cantando a su usanza los amigos victoria con algunas cabezas de los indios de mas estimacion: murieron , segun se entendió, once capitanes y cuarenta valentones y buen número de ellos fueron heridos, y ocho se llevaron vivos al cuartel que al dia siguiente se ahorcaron: cojiéronse muchos caballos, lanzas y cotas; de parte de los españoles murió uno solo, y salieron heridos otros tres, que en breve fueron curados y sanos.

Estando en esta batalla acometieron por la otra parte del cuartel treinta indios de a caballo a cortar dos capitanes reformados que estaban de centinela en un cerro algo apartado de él a cuyo socorro fueron algunos de la compañía del gobernador, y los retiraron sin que recibiesen algun daño, usando el enemigo de una estratajema que fué hacerse uno de ellos caedizo de su caballo para obligar a que le siguiesen a una emboscada, donde se supo de los presos, que tenian cuatrocientos caballos y seiscientos infantes. Esto les salió al contrario, porque recelándose de esto mandó el gobernador se volviesen al cuartel como lo hicieron trayendo el caballo del indio: con ésto viendo el enemigo el cuidado que en todo habia y lo mal que siempre le habia ido, se despintó el suceso que soñaban de aquella junta, la cual se verificó, que pasaban de tres mil caballos, y tres mil quinientos infantes, que fué suerte de mucha consideracion e importancia, como fué reprimir la grande avilantez de aquellos bárbaros, pues hasta de Osorno, Marquina y Villa-Rica habian venido a ella; y porque con esto quedaron algo quietos los ánimos de los que estaban de paz que andaban tan inquietos, que en ausencia del gobernador no habia persona segura en la Concepcion y sus confines, y aun mucho mas adelante; de suerte que fué gran ventura remediar semejantes accidentes tan a tiempo. Taláronse los campos de Puren y sus circunvecinos, donde se hallaron pocas sementeras, porque los indios visto el daño que ordinariamente se les habia hecho en ellas las retiraron la tierra adentro, y las que entónces habian sembrado eran en partes ásperas y remotas acomodadas para sus designios y asechanzas por cuya causa y el reparo que al gobernador daba cuidado de aquellas provincias y fronteras, dió la vuelta a ellas con mas presteza que quisiera y así mismo por procurar el de los caballos y sustento del ejército de que se hallaba necesitado con intento y resolucion de que en consiguiendo este fin entrar a los seis del mes siguiente, a tierras de Guanocura y la Imperial donde se sabia por cierto haber gran suma y abundancia de comida y rancherías con esperan-

za de hacer buenos efectos, porque era tan puntual y activo, que en todo el tiempo de su ocupacion procuró siempre fuese a costa de mucho trabajo, y sin reparar en infinitas dificultades que cada dia se recrecian, causadas de la poca estabilidad de los naturales de aquella tierra, y esto prometia a S. M. en aquellos dias, no embargante, que este lenguaje, es mui propio de los gobernadores que llegan a estar tan en los últimos tercios de sus cargos, como él instaba, constándole que tenia nombrado sucesor en el suyo.

Habiendo en aquella ocasion salido de Paycaví el alferez Juan Dominguez con cuarenta soldados en un barco a tomar lengua, encontró en Elicura con una tropa de esta jente que habia entrado en aquella junta; y habiendo peleado con ella la desbarató, matando veintitres indios, y entre ellos a dos toquis de aquella provincia sin los heridos que fueron muchos, saliéronle de esta brega veinte españoles, de que ninguno murió. Cojièron ocho indios de a caballo en el valle de Quidico, de nueve valentones que habia enviado Ainavillo por su parte, así mismo a tomar lengua. Porque estando emboscado para el efecto fueron sentidos de los amigos del estado y en las trasnochadas, malocas y correrías que se hicieron entónces, campeando se cojió otra buena suma de gandules y chusma.

Y aunque lo que está dicho hasta aquí de las cosas de la guerra fué con algunos léjos por no haberse ofrecido ocasion de acercarse el gobernador a las tierras del enemigo se notaron, empero, y escribieron con pureza de verdad al rei, pues no se debia escusar ningun jénero de cuidado ni trabajo, habiendo de referir semejantes sucesos en el acatamiento real. Puédese ahora discurrir sobre esto, considerando que conviene habiéndose de hacer como se debe aquella guerra (que aunque lo dicho es de cosa pasada, ella se está hoi en el mismo estado) mudar el estilo usado mucho tiempo atras sin proseguirla, porque todos los prácticos y esperimentados sienten que los medios mas importantes para que las cosas mejoren, no son otros, que procurar arrimar nuestras fuerzas al enemigo y con jente suficiente, de tal manera, que se pueda hacer de modo que con el resguardo importante lo que nuestros españoles poseen en paz y se fuere ganando adelante, se obligue al enemigo a estrecharse, como se haria teniendolo siempre a la mano: cosa imposible de conseguir habiendo tan gran vacío de por medio, como en aquel tiempo tenian, y tanta imposibilidad para que yéndole a buscar, queden las tierras ganadas y poseidas con la seguridad importante. Porque a lo que se vé en la ocasion presente, podemos afirmar por infalible que Dios milagrosamente fué servido de guardar aquel reino con su poderosa mano, cegando aquellos indios mortales enemigos de nuestros españoles y oscureciéndoles los sentidos; porque está puesto en razon que cuando se van a buscar con el ejército sea fuerza llevar los mayores que en aquellos distritos hai, y los que quedan están metidos entre unas pocas estacas, que tales son las mas de los fuertes que allí hai, o a lo ménos los que en aquel tiempo habia, que creo no han mejorado mucho, estando en ellos

algunos soldados que los guarden, sin que puedan hacer otro efecto, y rodeados por todas partes de enemigos que con cualquier movimiento, pues se tiene esperiencia que viendo oportunidad son peores que los demas los indios de paz, y las suyas no son otras ciudades, ni posesiones, que cuando mucho un rancho pastoril de paja y una pequeña chácara o tierra de sembradura para sementera, de que se hacen los nuestros dueños, sin que lo puedan estorbar. Pues si una junta tan grande como la que en el gobierno de Juan de Jara-Quemada se hizo, y aun mitad ménos les diera lado a los que andaban en su busca y se fueron como pudieron con mucha facilidad a las tierras y poblaciones españolas, no tuvieran dificultad en arruinarlas todas hasta Santiago, sin que ninguna cosa se lo impidiese, y es de advertir que allí Jara-Quemada hizo lo mismo que reprobó en el oidor Merlo que habia gobernado ántes que él llegase, que todos sabemos culpar, y no vivir inculpables, pues las faltas ajenas las llevamos en la vicera delantera y las nuestras en la de atras, y vemos una mota en los ojos de otros y no una viga en los nuestros, de manera que fué ventura ámbas veces por haber juntado y llevado todas las fuerzas a la guerra no haber perdido en ausencia lo que quedaba sin bastante custodia y con estos milagros se ha vivido muchos años há en aquel reino, no siendo pequeño el que entónces sucedió por haber concurrido mayores causas para ello, como eran la mala voluntad con que los indios amigos estaban, ocasionada de haber concebido en sus ánimos la órden que el padre Valdivia llevaba para que la guerra se atajase por Bio-bio, y haberse cumplido los nueve años porque decian haber dado la paz; y el gobernador haber tenido la mitad ménos de jente que pudiera, porque así la que llevó como toda la demas, tenian vuelta la cara al nuevo gobernador, habiendo padecido Jara-Quemada por este particular no pocas pesadumbres; y la poca ayuda que los oidores le hicieron, amparando a cuantos quisieron quedarse en Santiago y escusarse de la guerra, pareciéndoles que aquellos indios como jente desnuda y a su parecer bárbara cualquiera cosa seria suficiente contra ellos, si bien la seguridad de sus personas y haciendas debió de ser el principal motivo, que los estimuló a ello; por tanto tiene aquel reino necesidad de socorro de jente y situado con particular largueza y brevedad en todo tiempo para hacer de una vez la guerra sin reparar gastos que escusarán otros mayores. Pues al paso que se ha llevado con esto, y en el estado en que hoi está aquella conquista, aunque no sin azares, como por su discurso se puede ver, jamas le haria cosa de importancia y échase de ver esto en la mucha pujanza y ardimiento que en tales enemigos se ha ido multiplicando a gran paso, todo adquirido de tan larga continuacion en la guerra, de que están admirablemente prácticos y esperimentados; de manera que se puede justamente temer daño irreparable y para prueba de ello bastará que un buen talento examinara a aquel indio Libgueño que entónces se cojió en Puren y apto de los mejores juicios se hallará que en todo el ejército real no habia mejor soldado, ni que mejor pu-

diera disponer, ni tratar las cosas militares y de éstos hai mucho número de ellos; porque desde que nacen no tratan de otra facultad, y a esta se inclinan con el mayor estremo y atencion y obediencia que nadie puede imajinar. De que puede ser buen ejemplo considerar que con dos cántaros de chincha fuese poderoso Aynavillo a hacer una tan gran junta y que gastando el rei doscientos y doce mil ducados en aquel ejército hubiese tan ruines voluntades en la mayor parte que no trataran de otra cosa que de relajar la milicia, procurando por mil caminos de no asistir en la guerra; fuera de esto habiendo entendido tambien las cosas de ella y la naturaleza de los chilcanos, don Alonso de Sotomayor consta que dijo muchas veces que si se encabalgasen seria perdurable y lo estan de modo que son señores de los mejores caballos de la tierra y tan diestros jinetes que pueden competir con los que mas se precian de serlo. Vease, pues, si daria cuidado a un gobernador de honra y celoso de su opinion semejante cargo y mas habiendo de proseguir la guerra al modo y traza que pretendia el padre Valdivia, y así le estuvo mas a cuento a Jara-Quemada la mudanza que el rei hizo de aquel gobierno, no obstante que se le siguieron tan notables gastos, aunque por haber sido tambien empleado, nunca de ello hizo sentimiento alguno y cuando no hubiera hecho otro servicio al rei mas de haber desentrañado el pensamiento de Valdivia, se debiera tener por mui señalado y particular, por ser uno de los mejores engaños que se pudieron pensar y el mas cierto camino para acabar de destruir y arruinar el reino, como de los indicios que quedan dichos atras se esperimentó y si con solas tan pequeñas centellas se verificaron semejantes efectos para los que se causarian ejecutando aquel intento, previno a S. M. Jara-Quemada, y no fué menor daño el que el fiscal de la Audiencia ayudado de algunos oidores causó en impedir que los indios presos en la guerra no se sacasen fuera del reino que aunque sobre aquel punto les envió un capítulo de una carta real fecha el año de 609, en que mandaba al gobernador que aquellos indios, como fueren de doce años arriba se procurasen echar de la tierra, y les dió a entender cuan justo y bien acordado habia sido, jamas quisieron abrir las puertas a ello dando algunas escusas de poco fundamento y si al fiscal y oidores se les mandara, que por sus turnos cada año se fuesen a hallar en la guerra, quedando la Audiencia en la Concepcion, no fuera conveniente no solo condescendieran con semejante artículo, sino que fueran de parecer que hasta los indios recien nacidos se desterraran, echando tan mala semilla de toda aquella tierra, que por haberlo entendido así en mucho tiempo no se cojió indio con las armas en la mano que no se le quitase la vida; y si esto se hubiera hecho en años atras y la codicia de algunos no lo hubiera estorbado, reservándoles de este rigor por servirse de ellos en sus chácaras y granjerías; seguramente que la guerra estuviera en mui diferente estado, como lo confiesan ellos mismos, que habiendo preguntado aquel año a un indio que se cojió qué le parecia de las justicias que estónces se hacian en

ellos, dijo: que decia Aynavillo, que ya los españoles habian caido en su pensamiento acerca de hacer la guerra como ellos, a cuya causa estaban con cuidado y temor, porque es trabajo perdido pensar que por bien se haya de sacar fruto de aquella nacion obstinada, y así convendria en esto poner remedio y así mismo que se hiciese lo propio en los oficiales reales de la Concepcion con mandarle, que por lo ménos asistiese uno de ellos con el gobernador en campaña así para ver distribuir la hacienda de S. M. como para las muestras y mudanzas de soldados por haber en esto notable desórden que ninguno deja sin particulares intereses, ni atienden al blanco que deben del servicio del rei.

DE LA JORNADA QUE LUIS DE VALDIVIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS, HIZO DE LIMA A CHILE POR ORDEN DEL VIREI.

El conde de Monte-Rei al principio de su gobierno, siendo virei del Perú, ordenó por mandado y en nombre de S. M. al padre Estévan Paes, provincial de la compañía de Jesus, que enviase al padre Luis de Valdivia, que tres años habia estaba ocupado en leer teolojía en su convento de Lima, con el nuevo gobernador Alonso García Ramon, a los reinos de Chile, y así recibidas instrucciones y órden del virei, partió el padre dicho, por febrero de 1605 continuando su jornada para Chile, donde estuvo catorce meses y éstos cumplidos volvió a su estancia de Lima; fué ocasion para enviarle la siguiente: Cuando el conde de Monte-Rei llegó al Perú, la primera cosa urjente que se le ófreció, fué la mudanza del gobierno de Chile; deseando, pues, tomar lòs medios posibles para el breve fin de la guerra de aquel reino, entre otras personas de quien se informó fué una el protector de los indios de Chile, Luis de la Torre, que a solo este fin habia ido allá; dióle particular cuenta de los agravios e injusticia que padecian los indios de paz por causa del servicio personal tan injusto que contra la voluntad real distaba èn aquel reino con gran daño del fisco, por haber sido tal servicio personal el motivo del alzamiento y fomento para la continuacion de aquella guerra y sobre este punto, habiendo Luis de Valdivia estado diez años en Chile, habló algunas veces al virei don Luis de Velazco, y comunicándose ámbos vireyes, ántes que entrase el conde en aquella ciudad, le mandó dar por escrito una relacion del hecho de aquellos agravios por haber sido testigo de vista en todo aquel reino y de la obligacion de conciencia como toólogo, dióle esta relacion, y mostrándola el virei al gobernador Ramon, y a otras personas, le respondieron: que la relacion del caso era mui puntual y consultando el derecho con los mas graves teólogos y jesuitas de aquella ciudad de Lima se acordaron en que atento que el dicho servicio personal manifiestamente era injusto contra la libertad natural, los indios de guerra se eximian de él justamente y se defendian con título justo; pues viéndole en lo de paz discretamente entendian que sucederia lo mismo en ellos y que habiendo cédulas de S. M. en que

lo habia mandado quitar donde quiera que habia quedado en Indias, reduciéndose a tributo y mitas, al modo del Perú que habia obligacion precisa a quitarle en Chile, no solo por la injusticia que en sí tenia, sino porque los indios de guerra se desengañasen de pensar que S. M. les hacia guerra con el fin de oprimirlos al dicho servicio personal, con tales votos y pareceres el conde se resolvió en quitar el dicho personal como a ocasion que en parte justificaba a los indios su defensa y cuanto a esto justificar mas la guerra que S. M. les hacia discurriendo sobre esto prudentemente, que despues de muchos años que la guerra acabase y todos los indios diesen la paz, S. M. no lo habia de poder conservar con la costa y gastos que entónces hacia y que de fuerza se habia de acudir a los medios del buen tratamiento obligándolos con él a conservarse en paz y quietud y que habiendo de ser así, mas acertado era desde luego ir entreteniendo con la guerra al enemigo, el buen tratamiento a los amigos que diesen paz, para que en esto los conservase en la paz y disminuyese al enemigo los motivos de su defensa y continuacion; de manera que oprimido por una parte con la guerra cruel, que se le hacia y por otra convidado con la suavidad y buen tratamiento que viese usar con los reducidos, tuviese mas ocasion de reducirse, porque ver guerra cruel por una parte y por otra malos tratamientos a los de paz, les habia hecho siempre tener por menor mal el de la guerra, con que podian tener esperanzas de escaparse; y esto habia dilatado los grandes gastos de S. M. Esta resolucion obligó al conde a hacer una junta para la prudente ejecucion en que se hallaron don Juan de Videla, oidor de aquella Real Audiencia, y acesor que habia sido del virei don Luis de Velazco, persona de grande noticia de aquel reino y del de Chile, y el doctor Acuña alcalde de corte, y el gobernador Alonso García Ramon y el padre Francisco Coello de la Compañía de Jesus que habia sido alcalde de corte y acesor del virei, y el padre Valdivia por la noticia que tenia del reino de Chile; convinieron todos los de esta junta en que desde luego se publicase por quitado el servicio personal, señalando dos años de término a los vecinos y moradores para que entre tanto se fuesen proveyendo de servicio voluntario de indios; pero que en aquellos dos años primeros se estuvieran los indios con los amos que tenian, permitiendo que esta primera mitad fuese de dos años, por no haber mejor espediente para que en el interior se acomodasen mejor las cosas y se avisase a S. M. y se intentasen algunos medios de traer negros y que ayudaria tambien a esto lo que S. M. mandaba por cédula suya, que no sacasen oro los indios de Chile; atento, que ya de tal ocupacion no tenia útil S. M. ni los vecinos, con lo cual habria esta parte de indios, que sacaban oro, para poder con ellos remudar mitas, y que desde luego se señalasen los jornales, que se hubiesen de dar a cada mitayo en lo que en las tierras hubiese comodidad y que se fuese haciendo visita jeneral en estos dos años para hacer la tasa y tributo conforme a los sitios y puestos, y que se revocasen los autos, en que los gobernadores pasados sin órden del rei, ni de su real consejo habian dado

por esclavos los indios de guerra y como a tales los habian vendido y marcado aun en Lima adonde habia casi trescientas piezas, a las cuales declarase por libres dejándolas en depósito hasta el fin de la guerra, para todo lo cual, que entónces el gobernador Alonso Ramon juzgó por mui factible y conveniente dió al conde seis provisiones que llevó consigo el gobernador; y así de esta resolucion salió la ocasion de mandar el virei que Valdivia fuese a Chile con la instruccion dicha y dos cartas, una del rei para los indios firmada del conde en su real nombre y otra de creencia del mismo virei, que contenian un perdon jeneral de todas las culpas pasadas, y que S. M. estaba tan fuera de pretender el servicio personal, que ántes lo mandaba quitar, y desde luego se quitaba de suerte, que ya ni se les tomarian sus mujeres para servicio de las casas de españoles; y que pagarian su tributo de lo que cojiesen en sus tierras, sin la ocupacion de sacar oro y que a los que viniesen de mita se les pagarian sus jornales, que era el principal punto de aquella embajada.

Antes que partiesen de Lima llegó un navío de Chile, por pascua de Navidad, con aviso de que habia dado la paz Arauco y que Tucapel y Catiray la iban dando, y aunque esto hizo dudar algo al conde en la mudanza del gobierno, no faltó en aquella coyuntura quien le dijese que aquellas paces serian como otras, que habian dado los de Chile por solo entrar a nuestro campo a tiempo que tienen sus cosechas por cojer y por tener órden de S. M. mudó el gobierno y se partieron a primero de febrero, y llegaron a Chile a 19 de marzo a tiempo que estaba el gobernador Alonso de Rivera en lo mejor de la guerra. Hallaron, en saltando en tierra en la Concepcion, nueva de que las tres provincias Arauco, Tucapel y Catiray habian dado la paz; y como en aquel reino siempre que hai mudanzas de gobernadores hai emulaciones sobre la informacion del estado en que queda la guerra, habia varias opiniones entre apasionados y desapasionados al gobernador antecedente sobre si aquellas paces eran falsas o verdaderas, fundábanse los que decian eran falsas en que muchas veces las habian dado y despues sin causa mas de por su voluntad las habian quebrantado y alzádose; los que eran de parecer que eran ciertas no ponian los ojos en el ánimo de los indios, sino en la fuerza de guerra, que les habia obligado a dar las paces, y en los presidios y fuertes que en tan buenos sitios estaban puestos, porque entre seis fuertes, tres de un lado por la costa que eran el de Arauco, el de Lebo y el de Paycaví, y tres por el otro lado a la ribera de Bio-bio el de Santa Fé de la ribera y Nacimiento y el de Nuestra Señora de Ale y el de San Pedro, estaban aquellas tres provincias encerradas y porque desde marzo del año pasado hasta entonces se habian vencido dos batallas a los de aquellas tres provincias y héchoseles muchas correrías en que les mataron muchos indios y cautivaron tantos, que les pusieron al antecesor por objecion, que debia al rei nuestro señor de quintos de esclavos cantidad de piezas; el padre Valdivia no juzgaba por una ni otro parte, sino que como

quiera que fuesen las paces les venian bien para su embajada y despues que lo vió, sintió llanamente que aquellas paces estaban bien ganadas y al parecer diferentes de las que en otros tiempos habian dado y así cojieron sus comidas y no se alzaron y otro año sembraron y cojieron sus cosechas segunda vez sin alzarse y pareció claramente que no seria difícil el conservarlas con solo la jente que habia entrado con el nuevo gobernador y la que llegando hallaron y que del cuidado del sucesor perderia el conservarlas, habiendo para ellos los fundamentos referidos. En suma Rivera en aquellos dos años primeros de su gobierno les hizo tambien la guerra que les obligó con fuertes a ir dejando las propias tierras y huir a las ajenas; y los que no le entendian la guerra que hacia juzgaban mal de aquellos fuertes de infantería no viendo efecto y el gobernador derribaba el cimiento para dar a una con todo en tierra, como lo hizo arrinconándolos con fuertes la tierra adentro, ganando con cada fuerte cuatro leguas en contorno hasta apoderarse de toda la mejor tierra de la costa, tomándoles el marisco y el mejor migajon de tierra para sementera y el enemigo que dos años perseveró ausente de su tierra y se vió en ajenas y estériles, vino como dicen de golpe por esto y por los daños de la guerra actual y campal sin cesar invierno ni verano a dar la paz, que entónces tenia estando tan encerrado y oprimido con aquellos fuertes, que a no haber descuido notable seria imposible alzarse con efecto de momento, sino fuese dejando sus tierras, que ya adonde llegaba la guerra no tenia adonde retirarse toda la jente de Arauco, Tucapel y Catiray si no fuera a la otra Catiray y Guadaba tierras montuosas y estériles donde no se daban sino pocos maices, como personas de crédito que todo lo tenian medido a palmos, lo afirmaban por verdad infalible. Sin embargo de lo dicho no faltó quien en tiempo ántes informase al consejo contra Alonso de Rivera con grande servicio del rei por haber sido el capitan de mayor comprension y suficiencia que manejó aquella guerra; porque estaba ya tan señor de ella y tenia tan atemorizado al enemigo que temblaba toda la tierra de él, habiendo hallado a todo Chile desde el Maule adonde tenia conquistadas cincuenta y dos leguas de las mejores provincias de Maule hasta Paycaví; y debióse estimar mucho el notable servicio que le hizo a S. M. y el crédito que llegó a tener en toda la soldadesca y la diciplina, en que tenia toda la malicia, que fuera de mucha consideracion el conservarla y perpetuarla en tan buen estado; pero es fatal desgracia de los que mas acertados son en sus acciones, que nunca hallan el agradecimiento que merecen en sus superiores, que parece que no usan emplear su reconocimiento en junto, porque no les ha de quedar caudal de esto para otros, o por no mostrarse deudores a sus ministros de lo que ellos por sí no fueran para alcanzar, que tienen por caso de deshonor reconocer ventaja por ningun camino a otro y mas cuando lo deben.

Partióse el gobernador Alonso Ramon por el mes de junio a la ciudad de Santiago a disponer lo necesario para mil hombres que le iban de España y otras prevenciones para el verano; quedóse Luis de Val-

divia a invernar con los indios de aquellos tres estados nuevamente pacificados por hacerseles mas familiar y hablándoles mas en particular tomarles el pulso despacio, como lo hizo andando nueve meses entre ellos, divulgándoles las cartas del rei traducidas en su lengua; mostraron recibir gran contento con ellas yéndose cada dia aumentando y confirmando las paces y en prueba de esto acudiendo a las mitas de Arauco y a las de Paycaví de cuatrocientos indios arriba al tiempo de las sementeras y a las de Lebo con mas veras en proporcion, sin que les diesen, ni pagasen jornal, ni de comer, llevándose ellos consigo un poco de harina; pero como lo que el padre Valdivia les ofrecia, nadie lo cumplia, dudaban de la verdad de las cartas, como si no importara en tanta manera para tener crédito con ellos, quitarles al principio de toda duda y lo mismo a los de guerra, y así muchas veces decian los caciques al padre, que como habian ellos de acabar con sus Quindujeres, que este nombre dán a sus vasallos, que ayer eran soldados libres de lanza y ya estaban cabando en sus mitas que perseverasen, sino les pagaban algo de tantos trabajos, y como creerian ellos, que no les quitarian sus hijos e hijas para el servicio de sus casas perpétuo, si veian y oian por relacion que con los amigos de paz se usaba esta inhumanidad? Qué podia esperar el que era amigo nuevo y enemigo antiguo? Respondiales a esto lo que mas apariencia tenia, pero desdecian luego los agravios que cada dia recibian de los españoles y el mismo Valdivia los veia y sentia en el alma, sin poderlos remediar. Llegó esto a término, que por el mes de agosto por ciertos agravios que un mestizo les hizo y por no poder trabajar sin paga ni comida, algunos metian plática en borracheras apuntando inquietud; avisaron de esto al padre cuatro caciques rogándole fuese a hablarles, y fué desde Lebo solo sin españoles y en tres puntos habló a diferentes concediendoles tener razon en sus quejas; pero que no por esto se inquietasen, presupuesto que presto tendria todo fin. Discurriendo entre otras razones, dijieron: "padre, si a los perros que ladran en vuestras casas les dais de comer porque ladran, como a los que van a las mitas de los indios pacificados, no les dais siquiera de comer?" Respondióles que por no haber podido mas se habia hecho aquello en los meses primeros; pero que en llegando el gobernador por verano seria otra cosa. Con estas pláticas se fué acompañado de ellos desde Lebo a Paycaví por las quebradas de Lincoyu, durmiendo y comiendo en sus casas. Con esto cobró tanto crédito entre ellos, que algunos por haber sido capitanes, corsarios se habian ido a tierra de enemigos por no ser mitayos, les salian a hablar al camino, por ir solo sin españoles con dos caciques de ellos, y diciéndoles él que los que habian sido capitanes, no serian mitayos, sino que servirian a S. M. de soldados, se fueron con el dicho a los fuertes a dar la paz, como lo hicieron Caynumávida y Marchaque, que Valdivia llevó al fuerte de Paycaví donde el capitan Juan Agustin los recibió de paz y al fuerte de Lebo, donde tambien el capitan Saavedra los recibió y de esta jornada que el padre Valdivia hizo

solo fueron testigos mas de ciento ochenta hombres que eran todos los soldados que estaban en los dichos fuertes, no poco admirados de ver la fidelidad y amistad que le habian guardado y en otra jornada, que solo atravesó desde Arauco por Tabolebo y Lapiren y Mahuida y estado de Catiray les salieron cuatro caciques con diez quedujenes a darles la paz que habian estado de guerra, eran los caciques Millihucien y Paiyayoco, que despues murió Calloncheque y Callohuala el último a quien envió al fuerte de Arauco al coronel Pedro Cortés a dar la paz en nombre de los demas, y los demas le acompañaron por Catiray, por donde los fué visitando y dando la noticia particular de las cartas de S. M. y tomándoles el de ellos y aunque en aquella jornada fué con riesgo por estar mui vecinas las tierras de enemigos que no habian dado la paz como eran los de Catiray del Sur y Guadaba y Puren, con todos los indios, recien pacificados que iban con él le llevaron con mucha vijilancia sano y salvo al fuerte de Nuestra Señora de Ale, adonde habia cien soldados, de que se admiró mucho el capitan de aquel fuerte y por haber hallado allí una carta del capitan Pedro de Contreras escrita en el fuerte de Yumbel, en que le avisaba que ciento y cuarenta indios de la Provincia de Cayuhuano iban preguntando por él para oir las cartas dal rei en razon de responder a un mensaje que les envió el gobernador Alonso García Ramon desde el dicho fuerte y la respuesta era dar toda la provincia de Cayuhuano, la paz, a que ayudó mucho estar preso en poder de los españoles Raillanca que era su cabeza. Partióse luego para allí y recibió la paz que este año de 607 duraba con un fuerte que despues puso el gobernador en la dicha provincia. Díjose que probaron matar al padre Valdivia los indios de guerra de Puren y Guadaba, y en la jornada dicha le echaron una emboscada en el camino de Arauco para cojerle a la vuelta y habiendo él dejado en el fuerte de Nuestra Señora de Ale, miéntras iba a Yumbel un mozo mestizo de edad de diez y seis años que andaba en su compañía le envió un capitan con una carta a Arauco para el coronel por camino mui seguro y como la emboscada le aguardaba allí, cojieron al mancebo y le llevaron vivo a tierra adonde le mataron y quiso Dios que saliendo el campo español la quinta vez que salió aquel invierno a defender a los indios de Catiray del Norte de los de Catiray del Sur, que con tan gran junta iban contra ellos, y en esta batalla se halló presente Valdivia; el suceso fué pelear el campo español con la junta y desbaratarla, murieron hasta doce indios y cojiéronse otros tantos vivos que confesaron ser ellos de la emboscada, que aguardó al padre en el camino de Arauco y de los que prendieron y mataron aquel mancebo. Con esto se deshizo una nueva farsa que los émulos del gobernador pasado tomaron de esta ocasion para desacreditar las paces, diciendo: que le mataron indios de paz. Iba el padre Valdivia, cobrando cada dia mas noticia de que hubiera sido de grande importancia, que se hubiera ejecutado lo que el conde tenia mandado, y que el nuevo gobernador perseverara en los buenos deseos con que partió de Lima, que por agradar a muchos de

los amigos que tiene en Chile, aumentó el servicio personal, aplicando para él los que iban a las minas y escusándose de no poder dar paga, ni comida a los de Tucapel, por tenerlos por enemigos y porque la plata que para esto habia traido la habia menester para los soldados.

Considerando, pues, el padre Valdivia de cuan poco momento era todo lo que de su parte se hacia, ofreciéndoles lo contenido en las cartas, si se borrase por otra con no cumplir lo ofrecido por el rei, escribió lo que pasaba al virei, sentido de que le exitasen a perder su crédito con los indios y de que se alargasen los gastos a la hacienda real y porque el conde le escribió, que no convendria volviese a Lima hasta que él lo consultase con el provincial y le avisase; volvió con el gobernador a la guerra desde seis de diciembre hasta fin de abril y pasando por las provincias de Guadaba y Puren hasta la Imperial adonde habló largamente con indios prisioneros que en algunas emboscadas se tomaban y parte de ellos se rescataban despues a trueque de mujeres españolas cautivas y llevaban luz de las mercedes que el rei les ofrecia y tomando el pulso a todos en todas aquellas provincias, halló siempre en ellos el temor y recelo de servir y conoció cuanto mas le importa a S. M; que los indios no le den de reconocimiento mas que una masorca de maiz a trueque de ahorrar sus grandes gastos que no continuar con ellos una esperanzas de conquistar los indios para que sirvan a españoles que a esto va ordenada la fundacion de ciudades, que han de poder pasar sin servicio, ni el servicio conservarse sin los muchos gastos con jente de guerra, porque en faltando estos si los indios sirven se han de alzar. Entre otros indios fué con salvo conducto allá un don Miguel de la Imperial, capitan bravo y valiente, que habiéndole dicho el gobernador, que cuando estaban de paz tenian muchos ganados y ropa, dijo: que la libertad sobre todo y acudiéndole el padre Valdivia con las cartas del rei, dijo en lengua española; el rei mui bueno es, y mui bien manda y ordena; pero vosotros los capitanes y gobernadores no cumplís cosa, y no hai justicia para los indios. Con esto se levantó para irse y diciéndole el gobernador, que con aquel ejército de setecientos hombres les haria sujetar, respondió: "para esto están haí, nueve mil indios, que si haceis dos compañías haremos, nosotros tres;" y a Valdivia le dijo aparte: "Padre obrad, y no podeis, cumplid lo que deis, que lo veamos, que no es tiempo de creer lo que se oye, sino lo que se vé, despues de tantos años como servimos; y así manifiestamente se vé, que la raiz principal de durar aquella guerra yel cebo y fomento de ella de parte de los indios, es el servicio personal de los de paz, como el mayor enemigo que hai en aquel reino; éste hace gastar la hacienda real, siendo su voluntad inculpada; sin interesar nada del tal servicio personal, ni de aquel reino, pues lo tiene mandado quitar; este es el azote porque Dios castiga aquel estado y a los de él tan a las claras que en retorno de estas culpas ven muchos años los españoles servir sus hijos de esclavos de los indios sus enemigos." Quedaron entónces los de paz en mayor servidumbre personal porque

los que ántes iban a las minas se aplicaron por yanaconas a sus encomenderos por órden de este gobernador dicho, juntos con los que tenian, que él publicó autos de nuevo en que dió por esclavos a los indios, que se tomasen de guerra llevándolos vendidos a Lima, y lo peor era que con esta capa llevaban muchos de paz, no habiéndoles justificado el cumplimiento de las cartas del rei, siendo tan necesario el cumplirse por parte de los españoles. Viendo, pues, que todo lo ofrecido en las cartas, se borraba por otra parte, aunque no rehusaba morir entre los mismos indios, el padre Valdivia tuvo por mas prudencia acudir al bien universal, dando cuenta al virei de todo, especialmente habiéndole llamado por medio del padre provincial. Partióse, pues, de la guerra y embarcóse para Lima, donde halló muerto al conde, que fué un gran daño porque estaba grandemente resuelto en quitar el servicio personal y con evidentes razones habia convencido a los obispos y aun se puede creer, segun la importancia del caso, que por tan acertada resolucion Dios le dió el premio en la vida eterna. En este tiempo hizo Valdivia imprimir un arte de la lengua de Chile, dos catecismos, un confesionario y bocabulario, para que ya que por aquel tiempo no se pudo hallar presto, aprovechase en el futuro.

COMO EL CAPITAN LORENZO DEL SALTO INFORMO AL CONSEJO DE INDIAS DEL ESTADO EN QUE EL GOBERNADOR ALONSO GARCIA RAMON TENIA LA GUERRA DE CHILE, CUANDO SE MANDO HACER FRONTERA POR EL AÑO DE 1609.

Por el mes de febrero de 1609 salió de la guerra de Chile el capitan Lorenzo del Salto con despachos de Alonso García Ramon, gobernador del aquel reino para S. M. dió cuenta de camino al virei del Perú, que era el marques de Montes-Claros, del estado en que quedaban las cosas de aquella guerra y de lo que el gobernador le respondia a los apuntamientos que le remitió tocantes al asiento que pretendia tomar en seguirla. Habiéndole oido fué de parecer que viniese a esta corte a informar de parte del gobernador de todo lo que conviniese y del estado en que entónces tenia la conquista que se gobernaba en la forma siguiente:

El reino y provincias de Chile son un jiron de tierra a lo largo (particularmente donde viven españoles) de trescientas leguas y de ancho por partes quince, veinte y veinticinco leguas. Por un lado que llaman el de la Costa, le ciñe el mar del Sur, y por el otro a la parte de los gobiernos del Paraguy y Tucuman y el Perú, le cerca la gran cordillera nevada, y siguiendo desde su principio por la parte del Norte va corriendo lo largo de la tierra conquistada y antigua de paz, cosa de doscientas leguas hasta el rio de Bio-bio. Desde el cual hasta la provincia de Chiloé (donde está poblada la ciudad de Castro de ciento cincuenta españoles y cuatro mil indios amigos, que solo se comunican las demas ciudades, sino una vez al año y esta por la mar por estar en medio la

tierra alterada con guerra perpétua), comienza la frente de la que entónces se hacia de esta manera: por la parte de la costa (sin la ciudad de la Concepcion, que está en puerto de mar donde llegan a desembarcar los socorros que van del Perú, y todo lo que se consume en la guerra) está poblada la ciudad de Arauco, once leguas mas arriba y de la otra parte de Bio-bio; en ella tres años ántes se habian reducido de paz cuatro mil indios; íbanse entónces levantando a prisa muchos edificios; siete leguas mas arriba en Tucapel estaba el fuerte de Lebo donde se habian reducido dentro de los dichos tres años mil indios de aquel estado; otras ocho leguas mas adelante y todo esto por la parte de la costa estaba otro fuerte sobre el rio de Paycaví, donde estaban reducidos cosa de año y medio ántes del de 1609 doscientos y mas indios todos con sus familias que eran otro gran número. Habia en estos dos fuertes y ciudad, trescientos hombres, ciento en cada parte; con estos y con otros cuatrocientos que andaban en un campo en la costa se amparaba y hacia resguardo a la jente recien reducida y se impedia que no viniese el enemigo a inquietarlos y hacerles daño, pues mediante la guerra que se les habia hecho, se habian reducido y rendido y por la defensa que con las armas españolas tenian, estaban de paz, y se tenia esperanza, que no faltando socorro a la jente militar de ordinario segun los buenos sucesos, que de dos años y medio hasta entónces se habian tenido dentro de otros mui pocos no quedaria indio sin rendir hasta los términos de la Imperial y lo que en esto mucho aseguraba era tener de nuestra parte en aquellos estados de Aranco y Tucapel de cinco a seis mil indios de paz poco ántes reducidos, a los cuales sin tocar a los de paz antigua con el buen tratamiento que se les hacia, no pidiéndoles por entónces tributo ni servicio personal, ni que asistiesen a sacar oro, sino solo que diesen algunos para soldados y hacer las viviendas de las ciudades y fuertes y las sementeras de S. M. se hacia mucha guerra a los rebeldes y eran su cuchillo porque como jente belicosa con resguardo de españoles, se arrojaban haciendo grandes presas en ellos, porque se metian denodadamente en las quebradas y ciénagas, donde no era posible entrar a los españoles a caballo y con dificultad a pié.

Por la parte que llaman de adentro desde el rio de Bio-bio, caminando por Angol y Puren en demanda de la Imperial, estaban poblados el fuerte de Buena-Esperanza de esta parte de Bio-bio donde de ordinario se cojian de cinco a seis mil fanegas de pan cada año y se sustentaba el ganado de que se proveia parte de la jente de guerra. Tenia este fuerte cincuenta hombres para su defensa. A seis leguas y cinco de la ciudad de Monte-Rei en triángulo estaba el fuerte de San Jerónimo de la otra banda del rio Bio-bio hácia el sur, con ciento y cincuenta hombres de guarnicion, al cual por haber sido grande la guerra que desde él se habia hecho, se habian reducido seiscientos indios con sus familias de los mas belicosos de Guadaba Counpuille, y toda aquella cordillera de Catiray que siempre fué la ladronera de la guerra. Siete leguas el rio de Bio-bio arriba sobre el mismo de la otra parte al

sur estaba el fuerte del Nacimiento, que servia de amparar mas de trescientos indios con sus familias, que allí se habian reducido y de defender el vado, que por aquella parte tiene el rio por donde pasaban de ordinario los rebeldes a hacer daño a los de paz. Tiénense allí las chatas y pontones con seguridad para pasar cuando queria el campo español a las tierras de los rebelados para hacer malocas y correrías en ellas.

Estaban en aquel fuerte ochenta hombres de guarnicion, ocho leguas mas arriba sobre el mismo rio de Bio-bio, y tres de Angol, de parte del sur estaba el fuerte de la angostura de Cayuguano, donde hai otro vado y pasaje y servia de lo propio, que el de Nacimiento y de dar resguardo a otros trescientos indios de los términos de Angol, que allí se habian reducido. Mas abajo de esta parte del dicho rio hácia el sur en los llanos de la comarca de estos fuertes, donde abre mucho la tierra con las pocas montañas y llanadas que tiene, estaba el fuerte de Yumbel donde asistia la jente de a caballo que traia a su órden el comisario y con ella y con la infantería que la sacaba de los presidios dichos de invierno hacia muchas correrías en tierras de rebeldes, consiguiéndose grandes efectos, poniéndolos en necesidad y hambre y de verano por andar los campos fuera talando y destruyendo las campañas hacia frente y resguardo a todos los indios de paz que estaban en los términos de las ciudades de la concepcion, Chillan, Santiago y Coquimbo en que habia mas de cuatro mil indios. Los seis meses del año juntaba el gobernador su caballería entresacando de aquellos presidios quinientos hombres, y con ellos y con otros tantos indios amigos salió en campaña y corria todo lo que se podia alcanzar en los seis meses, talando y destruyendo las sementeras y ganado de los rebeldes y buscándolos para pelear con ellos, valiéndose de cuantas estratajemas podia con fin de lograr su trabajo y luego se retiraba a invernar al presidio, que mejor le convenia, por estar mas a mano para cualquiera rebato que se ofreciese, el coronel que andaba en la parte de la costa juntaba otro semejante número de jente y amigos y haciendo lo mismo y de invierno muchas salidas para ahuyentar los indios y no dejarlos sosegar haciendo tambien resguardo a las reducciones de Paycaví, Lebo y Arauco.

Por manera que desde el Bio-bio a esta parte del Norte estaba el fuerte de Buena-Esperanza con cincuenta soldados infantes. El de la Angostura con sesenta. El de Yumbel con ciento cincuenta de a caballo; y de la otra parte de Bio-bio al Sur la ciudad de Monte-Rei con noventa hombres, y el fuerte de San Jerónimo con ciento cuarenta y el de Nacimiento con ochenta......

Y en la costa de la mar de la otra parte de Bio-bio al Sur estaban en la ciudad de Arauco cien infantes y cuarenta de a caballo; en Lebo sesenta infantes, y en Paycaví cincuenta, y en campaña cuatrocientos y cincuenta, los ciento cincuenta de a caballo; y sin éstos en la Concepcion cien infantes, en la de Chillan sesenta, y ciento y cincuenta en la ciudad de Castro en la provincia de Chiloé, que es lo último del reino hácia el Estrecho de Magallanes, siendo de ello los cincuenta de

a caballo que vienen a ser por todos mil y quinientos y ochenta hombres que estaban en la guerra de Chile por febrero el año de 1609 cuarenta soldados mas o ménos. En los términos de aquellas ciudades y fuerzas habia reducido a paz los indios siguientes: en Arauco cuatro mil, en Lebo mil, doscientos en Paycaví, seiscientos en San Jerónimo, trescientos en el Nacimiento, trescientos en Cayuguano, cuatro mil en la ciudad de Castro, sin las familias de todos que era otro gran número.

Los frutos que en los distritos del reino se cojian son por cuenta; en los términos de la ciudad de Santiago, se cojian por la del rei cuatro mil fanegas de trigo que era costumbre subirlas a la Isla de Santa-María, cinco leguas de Arauco, en dos navíos de alto bordo que allí tiene S. M., y desde allí con otras mil fanegas que se cojian en la misma Isla que se rescataban entre los naturales de ella, que tambien estaban de paz, con que llegaban al número de ciento cincuenta se lleva con las fragatas a Arauco y a Lebo y a Paycaví, y con esto y muchas vacas en cecina y sal se daba racion ordinaria a la jente de guerra, que allí militaba y a los indios amigos, que andaban en el campo; hacíanse tambien sementeras en Arauco y en el fuerte de Lebo por cuenta de S. M.

En el fuerte de Buena-Esperanza se cojian cinco mil fanegas de pan y con estas y otras cuatro o cinco mil que se compraban a los particulares cada año, se sustentaba toda la jente de guerra y con el multiplico, quedaba una estancia del rei en que habia como seis mil vacas, se cumplia con todo el gasto bastantemente. Costó mucho y mui molesto trabajo el entablar esta órden con mas de tres mil caballos necesarios, así para la guerra como para bagajes y llevar pertrechos y municiones, siendo como es la tierra áspera, donde no pueden andar carros y haber de poner el sustento en los presidios, previniendo que no falte la comida, cosa que faltando una falta todo lo esencial. Por esto y por las grandes incomodidades que para esto habia en aquel reino y por la obstinacion del enemigo, que siempre estaba atento al daño de los nuestros, no se podia imajinar de que ningun fuerte se desmantelase por aquel tiempo hasta tanto que las cosas fuesen mostrando mas seguridad y los indios recien reducidos, olvidando el brio de la guerra se reconozca que no son tan arriscados y entónces se podrian convertir los fuertes en las poblaciones, que mas conviniese segun el parecer del que gobernase aquellos reinos y estados, dándoles los términos y jurisdicciones con que se pudiesen sustentar y así lo pedia el gobernador por los despachos que con el capitan Lorenzo del Salto envió: podíase tambien desde cada fuerte de los dichos alcanzar a ofender al enemigo en las montañas donde asiste dividido y no en poblaciones, que si las hubiera, en balde se hubieran fabricado tantos fuertes; pero sin ellos no se podrian hacer efectos ningunos jamas, porque la guerra de los indios de Chile es sin cuerpo por parte de ellos; era pues necesario socorrer al gobernador con la jente y otras cosas que se pedian en su nombre, porque de no hacerlo así segun estaban las cosas, seria quedarse nuestras fuerzas arrinconadas y sin lucir lo que tanta sangre y hacienda

habia costado y ademas de esto por amparar a los indios de paz y no darles ocasion a que se levantasen como solian, no se podrá pasar adelante al presente con aquella conquista tan importante al servicio del rei con los límites y fronteras intimadas; que por haber precedido en la guerra dos años y medio ántes al uso antiguo y como convenia proseguirla, se habian degollado mas de novecientos indios y cojídoles en prision tres mil y quinientas mujeres e hijos y hécholes otros muchos daños en sus sementeras y ganados, estaban aquellos bárbaros temerosos y sin alzar cabeza; y a esta causa era menester apretarlos hasta dar con ellos al traves, sin dejarles volver en sí, ni rehacerse dándoles tiempo como otras veces lo han hecho llevándose las ciudades enteras con tanto estrago y quiebra de nuestra reputacion.

RAZONES EN QUE SE FUNDARON LOS QUE TUVIERON POR ACERTADA LA RESOLUCION DE CORTAR LA GUERRA DE CHILE, SEÑALANDO RAYA Y HACIÉNDOLA DEFENSIVA EN OPOSICION DE LA OPINION CONTRARIA.

La primera y principal razon que al parecer de los de esta parcialidad debia bastantemente convencer a cualquier entendimiento desapasionado era el maduro consejo que hubo, y la particular prudencia con que se habia considerado. Lo primero, porque S. M. tres años atras envió cédula al virei, que era el marques de Montes-Claros, en que decia, que algunas personas celosas de su real servicio le propusieron esta materia despues de haberla considerado con atencion y habiéndose dado y tomado en ella en su real consejo pareció remitírsela para que juzgando convenir el cortar aquella guerra con tal que oyese primero al gobernador de Chile la cortase. Lo segundo, aunque el virei despues de haber oido al gobernador que tuvo contrario parecer, juzgó convenir que se hiciese frontera oponiendo muchas razones a las dificultades que en contra representó el gobernador, sin embargo de esto no quiso ejecutarlo, sino volver el exámen de causa tan grave, enviando al rei su parecer por escrito y mui fundado con satisfacer a las contras del gobernador de la mejor manera que entónces pudo discurrir. Lo tercero, porque el gobernador envió a España un capitan de Chile, que fué Lorenzo del Salto, de quien aquí poco ántes habemos tratado, para que defendiese y estableciese su opinion de proseguir la guerra ofensiva con muchas cartas y poderes del reino de Chile en la misma razon, quiso el virei que el padre Luis de Valdivia de la compañía de Jesus, que en aquella coyuntura se iba a España y habia de asistir en la corte algun tiempo, informase al rei nuestro señor y a su consejo de Indias los motivos que él tenia mas largamente; y para esto se los comunicó todos, encargando en nombre de S. M. al padre Estevan Paez, provincial de la dicha Compañía, mandase por obediencia al dicho padre que acudiese a este negocio, que él le ordenaba de parte del rei, a cuyo servicio convenia, y así por mandado del dicho provincial obedeció el padre Valdi-

via asistiendo catorce meses en la corte. Lo cuarto, habiéndose acá visto este negocio, en muchas juntas de tres consejos, hallándose en ellos los mas graves consejeros de Indias, guerra y estado, despues de haber considerado todas cuantas razones se presentaron por el gobernador de Chile y de otras personas de aquel reino y los memoriales que de su parte dió el capitan Lorenzo del Salto y oido en los puntos al dicho Valdivia en contradictorio juicio todos los consejeros se conformaron, en lo que el virei sentia, fuera de don Alonso de Sotomayor, que contradijo al principio ofreciendo nuevos modos de hacer la guerra en Chile pero oido en presencia de los consejeros el padre Valdivia, y un tratado que él habia hecho declarando los motivos de S. E., no sé con que tan buen acuerdo mudó de parecer don Alonso conformándose con el virei.

Lo quinto, ademas de haber venido en esto los tres consejeros S. M. lo remitió a su confesor, con cuyo parecer vino a sentir el rei lo que el virei pretendia y así le escribió tornándole a remitir la deliberacion y ejecucion de esta causa, diciendo lo bien que acá habia cuadrado su parecer, y que no habiendo novedad que obligase a lo contrario, era el que se habia resuelto y determinado para ponerse en ejecucion.

Para esto mandó S. M. volver con los despachos al mismo padre Luis de Valdivia de quien como de instrumento el virei se ayudara. Llegado que fué al Perú el padre Valdivia, el virei mandó hacer dos dias junta jeneral así de toda la Audiencia de Lima como de algunos relijiosos graves y cuatro capitanes donde se leyeron de nuevo todos los papeles que en el consejo se habian leido por ámbas partes y el tratado del padre Valdivia y todos de un parecer juzgaron que se debia cortar la guerra, reduciéndola a defensiva y justificar el servicio personal de Chile, sin que de veinte votos faltase ninguno. Con estos resolvió el virei el negocio; y es el caso que esta opinion tuvo principio en Lima por buenas intenciones, pero no militares ni esperimentadas en las condiciones y natural de los indios de Chile y como con buenas apariencias se fué fomentando por lo mas poderoso, ya no osaban contradecir los esperimentados y así todos se congraciaban con asentir a lo que tantos, aunque engañados, determinaban. Habiendo, pues, llegado tras esta resolucion, navío de Chile, en que vino el padre frai Jerónimo de Hinojosa de la órden de Santo Domingo con poder del reino de Chile para contradecir la ejecucion de lo que en materia de cortar la guerra hubiese traido Valdivia de España y sabiendo aquel padre dominico el estado del negocio, y la conformidad con que en él se habia procedido, tambien quiso condescender con los demas no usando de su poder, y el virei no lo consintió, porque tenia el seguro de su parte, y así convocó otra vez toda la Audiencia Real y personas referidas, en cuya presencia ordenó al padre frai Jerónimo, propusiese vocalmente todo lo que en contra de la resolucion tomada se le ofreciese y diese por escrito las advertencias que traia de Chile, el cual informó vocalmente y dió un papel de razones, que la ciudad de la Concepcion le entregó firmado de los de su cabildo y rejimiento, que se leyó en la junta y todos como estaban aunados en



su parecer no hallando razon que no estuviese ventilada en consejo y juntas que se habian hecho en Lima y dada satisfaccion, segun entendian suficiente, juzgaron que lo que tenian acordado no se debia mudar; y dicen mas en abono de su sentimiento que dijo el fraile, que si todos los de Chile se hallaran en aquella junta quedaran como él convencidos; tan eficaces le parecieron las razones de un clérigo a otro fraile, que tales ministros corrian entónces de guerra: de todo esto formaron otras razones y la primera fué: si lo que Dios Nuestro Señor permitió en esta monarquía por consejeros y ministros del rei miraron negocio tan grave y tanto tiempo, y todos unánimes en España y en el Perú juzgaron aquel por medio tan ajustado con el tiempo y servicio de S. M., que Dios queria, que se ejecutase: esta razon, que para mí es paliada y colorida de no finos matices tuvieran por bastante, sino añadieran otras como decir que sesenta años hacia que se perseguia aquella guerra por unos caminos y por otros, escojiendo para ella los mejores gobernadores que se habian podido hallar, sin reparar en gastos de la real hacienda y se veia el poco fruto y el mucho daño que se habia recibido con pérdida de tanta jente y ciudades sin haber prudente esperanza de en cuantos años y con cuantos millones y jente se habia de acabar, habiendo de costar tanta sangre de españoles y que así seria razon, que pues por tal camino se habia errado tanto tiempo que se probase otro, pero que no habiendo otro mas justificado y prudente que el que se tomaba, pues con él se daria y cumpliria a los indios de guerra cuanto con ellos deseaban y lo que ellos poseian, que nunca antes se les habia dado, ni cumplido y esto con órden mui apretada del rei, porque lo verian primero que lo creyesen, que era su libertad, poniéndoles en cabeza de S. M., sin obligacion de servir a nadie, dejándoles sus tierras y sus mujeres e hijos, sin hacerles mal ni daño alguno; así mismo a los de paz se les aliviaba de la injusticia que habia en el servir; de manera que a los españoles les estaria tambien y mejor que ántes y los indios de paz de los pueblos se les aliviaba y quedaban con descanso; librábase a los soldados de las penalidades de campear; a los vecinos de acudir a la guerra; atendiase a descargar la conciencia de S. M. y de los vecinos en lo del servicio personal; al reparo de las ciudades edificadas y a la defensa y seguridad del reino, sin esperar daño considerable, ahorraba tambien S. M. los nuevos gastos y millares de soldados, que para proseguir la guerra se le pedian de nuevo ademas del situado; asi que seria prudencia probar siquiera alguno aquel camino que hasta allí no se habia probado, dejando el que tantos años tan sin fruto y con tantos daños se habia seguido. Pasábase a la tercera razon, diciendo: que si aquella guerra habia de ser infinita, sin esperanza de poderla acabar, ningun hombre prudente habria que no dijese que era mejor cortarla que proseguirla y que si era mayor el daño que se recibia prosiguiéndola que el fruto que podia esperarse de ella bastante causa era para poderla dejar y que si despues de haber esperado

muchos años en suma se habia de venir a los medios que entónces se tomaban, cuanto mas acertado seria tomarles luego que despues de largo tiempo con mucha costa y derramamiento de sangre de ámbas partes.

Que aquella guerra fuese infinita y al cabo de años se habia de tomar el medio que entónces se tomaba, se probaba a su parecer de esta manera, porque nadie sabia en cuantos años se podria acabar y dado caso que se señalasen veinte años, los indios que quedasen rendidos no se podrian conservar sin rebelarse? Porque ninguno de ellos tienen cabeza y si dijesen que se conservarian con fuerza de armas sobre ellos, concederian que la guerra habia de ser perpetua para rendirlos y para conservarlos rendidos. Pues quien podria tener fuerza sobre ellos en mas de cien leguas, sino fuese midiendo el sitio, que en las fuerzas españolas se pudiese defender reduciendo los indios a tanta tierra solamente, obligándoles a ellos a reducirse a ella, y entónces nadie les impediria que no se tornasen a ir a la tierra que sobrase, donde el español no podria poner guarnicion; de esta manera o se habria de comenzar nueva guerra con ellos no queriendo reducirse y seria eterna, o habriamos de dejar libre parte de ellos fuera de la tierra guarnecida y conservar parte de ellos dentro de tal guarnicion, y eso seria venir tarde a cortar la guerra y tomar los medios que ahora se tomaban. Ademas de esto, que los daños fuesen mayores, que el fruto que se esperaba, se podia probar, considerando que cuando podria el rei cobrar en cien años de Chile trescientos mil ducados, que entónces cada año gastaba, no habiendo quien sacase el oro, no era de provecho y dado gratis que aquellos indios lo quisiesen sacar despues de rendidos, si ellos entónces eran quince mil, cuando se acabase la guerra cuántos quedarian? Y si de aquellos pocos que quedasen sola la quinta parte sacase oro, bien poco serian; y si solo los quintos del tal oro fuesen para S. M. apénas alcanzarian aun para pagar sus ministros; y todo era dudoso, mal seguro y verdaderamente incierto, de donde se sigue inferir que de dónde cobraria lo que de presente gastaba en un año? Fuera de esto cuando restauraria las vidas que de tantos vasallos habia de perder, y así seria sin duda mayor el daño que recibiria prosiguiendo la guerra, que el fruto que esperaba sacar, con que quedaban probados los puntos propuestos al principio de esta razon.

En cuarto lugar proponian los que sustentaban esta opinion, que por el camino que entónces se tomaba de la guerra defensiva, se haria mejor guerra ofensiva mas cierta y con ménos daño nuestro, y mas efecto que por el que hasta entónces se habia seguido, y por otra parte era mas proporcionada al fin, que se deseaba de la paz de Chile, de la conversion de los indios a la fé, del sacar los cautivos, de defender la tierra de estranjeros, de justificar las conciencias de todos que por el camino usado hasta allí; y así que se debia seguir tal nuevo camino y dejar el primero. Para probar todo esto se habia de suponer que la raya fuese por la parte que mas conviniese, así para asegu-

rar las ciudades, como para amparar los sacerdotes, que predicasen a los que se pacificarian, como tambien para defender a los que se fuesen pacificando y donde los presidios pudiesen sustentarse mejor, y no por la parte que imajinaban, los que tenian falta de sustento, esto así supuesto se probaria lo primero, porque fortificada bien la raya, habia de suceder una de dos cosas, o que los indios jamas viniesen a buscar los españoles, o que viniesen a buscarlos.

Dando lo primero, que no viniesen por haberlos dejado libres en su tierra sin hacerles agravios, seguiríase que la guerra quedaria acabada, porque en tal caso, ya se irian aquietando y cesando en ellos el brio belicoso y ejercicio de las armas y no viéndose necesitados a ser soldados tratarian de sembrar, hacer sus bailes y darse al ocio, y no por esto perderiamos la esperanza de haberlos en nuestro poder, ordenándose a esto la predicacion del Evanjelio y los buenos medios que se les ofrecian y por el otro medio de la guerra estaba perdida la esperanza de poder conseguir efecto que jamas de consideracion fuese. Cuando se viese que los indios vendrian a buscar a los españoles, seria que mas lo podrian desear que es hallarlos sin el trabajo que cuesta buscarlos; porque cada año solian ir a campear y no los hallaban, y gastaban sus caballos y la jente padecia mil penalidades; los sitios donde se buscaban eran peligrosos y no iban todos por dejar guarnecidos los presidios y ahora les vendrian a buscar a mejor sitio donde les hallarian recojidos, y juntas sus fuerzas y el cuidado mas sin descuido, en tal caso los soldados cojerian piezas juntamente, y entónces se podrian dar por esclavos con mejor título pasado el tiempo suficiente y así la guerra seria mejor y con ménos daño que la que se hacia campeando y rompiendo los vestidos volviendo desnudos, enfermos y sin tomar al enemigo, perdidos muchos caballos y muertos o ahogados en los rios muchos españoles y cuando los indios viniesen secretos de trasnochada; todas esas estratajemas habian de hacer los nuestros en su raya, y que a esto acudirian mejor los indios amigos en su propia tierra, sin salir de ella, que como ladrones de casa los conocian. Esta razon tenian por demostracion moral; pero que lo mas cierto les parecia que no vendrian, porque quienes no se atrevia a esperar los españoles en sus casas, cómo se podria creer que vendrian a las de los nuestros viendo que los dejábamos. Pues si dijeran que acometieron a las ciudades de arriba y se las llevaron no se negaba, pero que la causa fué que las hallaron flacas, sin defensa suficiente y entre ellos mismos y temiéndose que les harian servir como ántes, mas ahora hallarian la raya mui fortificada y fuera de su tierra de ellos y juntas las fuerzas españolas y el sitio a nuestro propósito no al suyo y que no les hacian mal alguno, ántes se les ofrecia lo que ellos mismos deseaban y se les daria cumplimiento de todo: fuera de esto ciego seria no viese que este camino iria mas proporcionado a la quietud de todos, y a la conversion de los indios a la fé, ganándoles la voluntad para la pía afeccion que es necesaria para la fé y es cierto que los infieles que no tienen relijion

propia, toman mejor la fé que los que la han tenido, cosa que ha mostrado la esperiencia y la razon lo prueba, porque dejar su relijion por otra es difícil, ademas que no se fiaba de ellos cosa de importancia, porque se les daba lo que poseian, y no les pedian mas de que gozasen de sus tierras, y para eso no habia menester tener mas cabeza de las que tenian para defenderlas, y si no lo cumpliesen, sino que en todo caso viniesen a buscar los nuestros, seria lo que mas deseaban los que pedian, guerra que es topar con ellos para castigarlos; de esta manera los tendrian si venian, y si dejaban de venir, y esta seria la paz y quietud; y que mejor medio para sacar las cautivas todas juntas, que tratar de amistad con todos los indios por tal medio; que si no viniesen jamas en nuestra busca, por ahí serian amigos nuestros, y las darian y trocarian por comercio; y viniendo tomaríanse cautivos para trocar por españoles y en lo que tocaba a los estranjeros que les podrian ofrecer a estos indios para unirse con ellos, que mejor les estuviese lo que entónces les ofrecia S. M., como ganando por la mano a los estranjeros. Y qué mejor camino para justificar las conciencias de todos, que quitando la injusticia del servicio personal y para hacer esto mejor cesar de la guerra, señalando raya y término? Con esto los indios de paz que hasta allí habian perseverado sin pasarse a los de guerra, con estar oprimidos de este servicio por no dejar sus tierras ni vivir en las ajenas, donde eran oprimidos con mayor exceso, estarian mas contentos, viéndose no solo en sus tierras, sino aun mas aliviados que ántes y si cuando los de guerra los habian menester a ellos para ayudarles a guerrear contra los españoles, no se pasaron allá con temor de que los oprimirian, mas temerian ahora eso, si se pasasen, pues no los habrian menester para la guerra, no habiéndoselas de hacer por nuestra parte y así parece quedaria bien probado que para todas las cosas dichas al principio de esta razon, seria mejor camino éste que el que hasta allí se habia seguido y a esta causa que debia intentarse con mucho cuidado. No paraban aquí sin alegar otra quinta razon en que cuentan y especifican los grandes daños y notables inconvenientes que traia consigo el proseguir la guerra; los pecados, los agrávios que se hacian de que los vecinos tantos años ántes se habian quejado que dejando sus haciendas perdidas para ir a la guerra se empeñaban para aviarse cada año, empobreciendo cada dia mas: Item que los indios de paz se iban acabando, domando sin intermision potros, y haciendo pertrechos de guerra y hallándose en ella, los soldade una vez que salian a campear volvian sin vestidos y muchos ménos y enfermos y con ménos caballos; el gasto mucho, el fruto ninguno, las ciudades arruinadas, sin haber lugar de repararse; impedida la predicacion del Evanjelio, tanto en los de paz como en los de guerra por lo que ella ocupaba a todos sin poderse quitar la injusticia del servicio personal, por no dar lugar a ello la guerra.

Finalmente por otra sesta razon traian que no habia útil de consideracion, que moviese a proseguir la guerra, ni esperanza de acabarse por el caminousado, ni lo era el ganar tierra, porque la del enemigo era

de los españoles demasiado difícil de conservar. Ni habia daño que temer de momento, por haberse visto en el consejo todos cuantos se apuntaban, que se remediaban mejor por este camino con que quedaba respondido a todo lo que se alegaba en contrario, diciendo: que vendrian los de guerra, que no tenian cabeza, que se irian a ellos los de paz, que vendrian los estranjeros a unirse con ellos, que desesperarian las españolas cautivas. A que se respondió en la razon cuarta al fin, y así mismo a lo que alegaban que los grandes capitanes aconsejaban que se campease siempre, y asi por la esperiencia de diez y seis años se habia mostrado, que se engañaran, pues tampoco habia servido, ni serviria para la quietud del reino, y a lo que alegaban, que S. M. cobraria lo que gastase despues, como el gasto era tan cierto y lo que ofrecian tan poco, que no parecian convencer nada. Y que para sustentar los pobres que han servido y ocupar facinerosos se debia proseguir la guerra, que eso no era pedir guerra sino sustento para sí, cosa a que S. M. acudiria conforme a su obligacion. Respondíase mas que para los facinerosos no era menester que S. M. los ocupase en guerra, habiendo galeras y cuchillos, y mucho mas para los inquietos, ora fuesen soldados, u otras personas cualesquiera; a esto añadian otras palabras de poco fruto y consecuencia, y que en suma cuando en Chile se entendiese lo que en esto se habia resuelto que todos sin discrepar ninguno vendria en ello, como cosa tan acertada y bien acordada para la quietud de aquel reino.

LO QUE FRANCISCO ORTIZ DE ATENAS ADVIRTIO A S. M. ACERCA DE LA GUERRA DE CHILE RECAPITULANDO EL NUMERO DE LOS GOBERNADORES.

Andaban estas consultas y determinaciones sobre la guerra defensiva en Chile tan válidas y tan cerca de concluirse, como al fin lo hicieron, que muchos hombres prácticos y de buen celo en aquella tierra pudieron sospechar que el reino habia sido bien informado cuando se resolvió a mandar que se ejecutase el órden de la raya y frontera en aquel reino no le faltó ocasion bastante a los celosos al bien comun para sospecharlo, porque los consejeros de aquel tiempo hombres armados de leyes y otras letras y desarmados de práctica y esperiencia, acostumbrados a la sombra en sus academias a disputar y argüir en apariencias sobre algun punto de no mucha importancia, con mucha vehemencia; pero no acostumbrados a vestir coraza ni blandir pica en campaña al sol y al frio con intento de pelear con el enemigo, en aquel caso exedieron en número y votos a los espertos y mas entendidos en la materia; a esta causa pudieron atraer al virei a su opinion y fueron parte para que él la persuadiese a S. M. y habiendo de callar las leyes entre las armas, guardaron entónces silencio las armas entre las leyes; de esta suerte sin embargo de réplicas la raya se estableció con autoridad real y poca reputacion de nuestras armas y notorio daño de las cosas de aquel reino. Los injenios suelen unos tiempos ser mas caudalosos que otros y como los años no son

iguales en fertilidad, tampoco las edades gozan igualmente de esta prosperidad de grandes talentos. Las elecciones de ministros padecen muchas veces engaño, o porque aunque se nombren hombres doctos en derecho civil, y cánones eclesiástico no es bastante profesion, no siendo acompañada con la esperiencia militar, particularmente cuando los tales han de gobernar la paz y la guerra, porque estos puestos en supremo lugar cuando no alcanzan lo que en la guerra conviene, tampoco les parece tolerable dar crédito a los que lo entienden, porque seria dar su brazo a torcer, tomando consejo acertado de otros; que ellos no consiguieron con su discurso, teniendo título de consejeros: otros, que es lo peor con flacas o ningunas partes se nombran por saberes y no por méritos, de donde proceden los desaciertos en jeneral, porque aunque al fin unos y otros por lo sucesos reconozcan, que han errado por sustentar su reputacion, no lo confiesan y así por ventura contra el dictámen de su conciencia perseveran en llevar adelante lo mal comenzado y rebaten las buenas advertencias de otros, no mas que porque no son suyas, estribando siempre sobre que es mandato de S. M. habiendo ellos sido causa de inducirse al yerro por la confianza que de su consejo hizo en quien libra el acierto de las cosas mas graves ordinariamente; así sucedió esta vez, no porque de industria, quisieron errar, sino por las ofertas y aparentes razones con color de conciencia que otros tan cortos en materia de guerra les hicieron. "Los de acá, si condescendieron con los de Lima, fué porque traian la aprobacion del virei y tuvieron el mismo combate de relijiosos occidentales, que todo lo saben por decretado en el cielo, y es claro que habiéndose de dar crédito a los que tuviesen la presuncion de su bando, que se habian de persuadir, que los del Perú, como mas vecinos habian de entender mejor la matéria, y así fueron inculpables y sin nota de reprension en este particular.» Pero porque no se entienda que faltaron personas de ciencia y esperiencia que procurasen desengañar al rei, sin embargo de la contraria autoridad han de ponerse aqui sus pareceres libres y desinteresados, porque tuvieron en mas cumplir con sus conciencias, diciendo verdad, que recelar el ponerse bien o mal con los ministros de contraria opinion.

El primero en esta empresa es Francisco Ortiz de Atenas, hombre de mucha edad y aprobacion en aquel estado, que dice de esta manera: Temiendo que el rei nuestro señor no ha sido informado enteramente de las cosas de este reino de Chile, me atrevo como uno de los mas antiguos de él y de mas edad, a hacer puntual relacion de ellas para que siendo desengañado ordene lo que mas fuere servido; lo que se ofrece decir en primer lugar es, que estos naturales de Chile siempre han sido doctrinados y enseñados en las cosas de nuestra santa fé católica aunque a los principios y ántes que viniesen relijiosos no lo pudieron ser tan en forma; pero de ordinario los españoles les dieron noticia de Dios Criador de todas las cosas, de la pena o gloria que sucede a las almas, de cuya inmortalidad ellos tenian alguna opinion con máximas que los nuestros iban de la otra parte del mar, y con este celo

el gobernador Valdivia elijió un criado suyo llamado Villalobos mui conocido por buen cristiano y propio para el efecto, que con mucho cuidado doctrinó sus estados y en confirmacion de esta verdad al tiempo que don García de Mendoza gobernó, habiendo enviado su maestro de campo desde Tucapel a vender ganado, y asaltándole los enemigos, despues de rebatidos comenzaron a cantar: Amados hermanos, pues somos cristianos, etc.

Luego en los dias del mismo gobernador Valdivia entraron en el reino los venerables padres Franciscos frai Juan Torralba y frai Juan de la Torre, que comunmente es llamado el santo, y frai Cristóval de Ravaneda, hombres de singular vida y ejemplo y tales que con celo cristiano no dudaron reprender al mismo gobernador que no fué para él de poco disgusto. Con ellos vinieron otros del mismo crédito de la órden de Nuestra Señora el padre Correa que así mismo le tuvo; éstos tomaron con viva instancia la conversion de los naturales, y para esto aprendieron la lengua de ellos con cuidado estraordinario y con ella les predicaron la lei evanjélica, y todo lo necesario para su salvacion, y para mas atraerlos les compusieron canciones induciéndolos a la fé, estendiéndola por todo el reino. En la ciudad de Santiago salian en procesion todos los domingos al salir el sol gran número de naturales con el padre Correa, diciendo las oraciones con cruces y guirnaldas, y en la postrera de San Francisco habia de ordinario tres ruedas de catecúmenos adultos y penitentes, a cuyo ministerio acudia el buen frai Cristóval de Ravaneda, que bajó en aquella sazon de hacer lo mismo en las ciudades de arriba y despues le ví continuarlo en la Concepcion y últimamente en Valdivia donde lo habia hecho frai Juan el Santo, y donde con éstos y otros ministros llegó la doctrina a punto que do quiera que se encontraban indios ponian las manos, diciendo: Loado sea Jesucristo. Las demas órdenes prosiguieron lo mismo, a que no ayudó poco, cuando llegó el obispo de la Imperial frai Antonio de San Miguel, varon de singular vida y doctrina, que con gran celo les predicó de ordinario el Evanjelio de las domínicas, tomando de él con su mucha discrecion lo que convenia conforme a la capacidad de los oyentes y de allí adelante él y los demas obispos proveyeron las doctrinas con sus estipéndios; todo lo cual por ser tan público ninguno podria con verdad decir cosa en contrario; llegaron los padres de la Compañía de Jesus, gobernando Loyola, que con gran solicitud renovaron y prosiguieron lo que los antiguos habian instituido y lo llevan adelante con mucho cuidado y ejemplo; contra esto no se puede dejar de conceder, que han recibido algunos ejemplos en lo moderno, ademas del jeneral de los legos, de que está lleno el mundo y esto es cuanto se ofrece en lo espiritual y en lo temporal, lo que se sigue llevará la verdad que se requiera y la brevedad posible.

El gobernador Pedro de Valdivia llegó a la Concepcion de vuelta del Perú, dejando de paz los términos de Santiago en que habian pasado los trances, que es notorio, y pasando adelante una legua le asaltaron los enemigos una noche y le tuvieron casi desbaratado con llevar

doscientos españoles y los amigos de Santiago, y yanaconas del Cuzco, hasta que viendo que su caballería no podia romperlos, habiendo hecho él propio la prueba increpando a los demas mandó apear y con esto los rompió y mató muchos, sin embargo se retiró y fundó la Concepcion y se fortificó en la plaza, tomando por espaldas el mar y por frente un foso, vinieron sobre él mas de veinte mil indios, desbaratólos y prendió mas de trescientos, de éstos cortó las cabezas a los unos y a los demas las manos y colgándoselas a las espaldas con las cabezas de los muertos, los envió a sus tierras con mensaje, que si no daban la paz todos habian de pasar por semejante castigo; con esto se la dieron y envió a recibirla de la costa a su teniente jeneral Jerónimo de Alderete, que despues fué adelantado para que se juntasen con él en la Imperial adonde caminó él por los llanos, y al uno y otro salieron todos de paz. Pobló la Imperial, Villa-Rica y Valdivia. Puso tres casas fuertes en los estados de Arauco, Tucapel y Puren: pareciéndole, que esto bastaba para tenerlos sujetos, escusando fundar pueblos por no obligarse a repartirlos, como aquel que pretendia ser señor de ellos, que fué su perdicion y mayor cuando echó de la tierra a Francisco de Villagra con doscientos hombres que él trajo del Perú, jente mui granada, enviándolos a nuevos descubrimientos y esto basta para prueba de la paz, pues está claro que si no la tuviera no apartara de sí una compañía tan importante. Los indios viendo el reino sin jente se rebelaron, siendo el primero Puren, habiendo tres años que servia, porque de las guarniciones de Tucapel y Arauco, sacó para enviar con Francisco de Ulloa a descubrir el Estrecho toda la jente; no dejando en cada fuerte sino cinco o seis criados suyos. Declarada la rebelion Valdivia por no obligar a Villagra y su jente, que pudiera llamar, entró con sesenta hombres en Tucapel donde se perdió. Hase de considerar su inconsideracion y lo que puede el interés, y no querer dar su brazo a torcer pues habiéndose visto perdido con doscientos hombres en la Concepcion se metió en el riñon de la guerra con sesenta; y así en este ejemplo se prueba ser la tierra conquistable y haberla perdido por no conservar la guarnicion; sabido por Villagra, su jeneral y en su muerte electo, bajó luego y pretendiendo entrar al castillo fué roto en la cuesta de Andalican, porque los indios tomaron sitio conveniente contra nuestra caballería y visto que le herian la jente y que le ganaron las piezas de artillería se retiró y al retirarse perdió la mayor parte de ella, porque con la polvareda y priesa de los enemigos dieron en un despeñadero de donde él que llegaba con vida a lo llano hallaba quien se la quitase; de este punto se despobló la Concepcion con ciento y cincuenta hombres y volviendo a reedificarla, sesenta fueron desbaratados y muertos mas de la mitad y habiendo dado primero la paz, bajaron los enemigos luego de aquel cabo de Maule con su caudillo Lautaro, a cuya resistencia salió Villagra y le desbarató y mató. No mucho despues llegó al Perú el marques de Cañete don Andres Hurtado por virei y luego envió a su hijo don García por gobernador de

Chile con trescientos hombres mui lucidos y pretensores, que habian servido en la guerra contra Francisco Hernandez Jiron Llegado a la Isla Quiriquina dos leguas enfrente de la Concepcion y saltando en ella le enviaron dos espías en son de paz, a quien él recibió y habló mui bien, diciéndoles la recibiria y haria justicia, sin embargo que nadie les hiciese agrávio que era lo que queria S. M. y que así lo dijesen a todos. Lo que de esto resultó fué que le dieron un asalto en la Concepcion, que si no se hubiera fortificado tambien le rompieran sin duda alguna. Luego llegó la jente del reino con que juntó un ejército de seiscientos hombres, y en él muchos teólogos entre quienes habia grandes cristianos, sobre si la guerra era justa o nó, tuvieron larga disputa, al fin lo hizo venciendo los enemigos seis o siete veces con mucho estrago y la última rompiéndoles un fuerte entre Arauco y Tucapel, donde prendió a quinientos indios, de que mandó a su maestre de campo hacer justicia y él la hizo pasándolos a todos por una puerta del fuerte, dándoles un negro con una barra de hierro en la cabeza y lanzándolos en los hoyos estacados, que habian hecho para los españoles; con que puso gran terror ademas de las trasnochadas y lijeras correrías de Gonzalo Hernandez Buenos Años y don Pedro de Abendaño, capitanes famosos, con que los acabó de rendir y dió fin a la guerra, dejando el reino en paz con mucho fruto. De todo lo cual se sigue, que pues Valdivia se le dió y así mismo don García que no tiene dificultad invencible, pues si la tuviera, ni el uno ni el otro se le dieran, ni despues acá han hecho los enemigos más castillos ni levantado mas muros, de que se tratará adelante. Allanada la tierra y tasada por el licenciado Santillan la mayor parte de la jente que llevó consigo y trajo a Chile, le pidió licencia o de comer y como en aquel tiempo no habia sueldo y se sabia que venia Francisco de Villagra por gobernador, y a doña Marina mujer del gobernador Valdivia trajeron cédula y provision para que les restituyese el estado de su marido que don García habia tomado para sí; dió licencias y estendió las poblaciones de aquel cabo de la cordillera en Cuyo, y se fué, dejando el reino a cargo de Rodrigo de Quiroga, en que quedó Arauco con solos seis o siete sobrinos de doña Marina y Tucapel, que él pobló con veinte y ocho o treinta vecinos o moradores.

Vista esta flaqueza por los naturales tornaron a rebelarse, matando en Puren a traicion sin causa lejítima a don Pedro de Abendaño, que era su encomendero, y mui conocido de toda la provincia por las crueldades que ejecutó en la guerra con que se confirma lo que con el ejemplo del gobernador Valdivia queda probado que no solo poderse dar fin a esta guerra, sino haber dado causa a las rebeliones por no haber conservado la guarnicion conveniente para hacerles recibir leyes tan contrarias a su inclinacion, cuanto mas al yugo de servidumbre, que para cualquiera de estas cosas es menester la misma fuerza, que para la conquista hasta habituarlos a lo uno y a lo otro, y que hayan olvidado el bullicio de las armas. Ido Don García llegó don Francisco de

Villagra, a quienes ellos habian roto en la cuesta de Andalican; hizo jeneral a su hijo Pedro de Villagra, caballero de mui buenas prendas y mucha virtud aunque mozo, el cual movido por otros de su edad contra la opinion del maestre de campo que entónces lo era el licenciado Altamirano acometió un fuerte donde perdió la vida con otros muchos y luego su padre envió desde Arauco por la posta a despoblar a Tucapel, y él se salió a la Concepcion, dejando por jeneral a Pedro de Villagra vecino del Cuzco, que habia llegado veinte dias ántes, uno de los capitanes de mayor opinion que habia en las Indias y que siendo maestre de campo del gobernador Valdivia en su muerte sustentó la Imperial: andando, pues, en la guerra de afuera alzóse Arauco y Tucapel y toda la ribera del Bio-bio y términos de Angol, y sucedieron los cercos del uno y del otro y en ámbos estuvieron los españoles en grandísimo peligro, porque en el de Angol fué milagrosa la victoria que don Miguel de Velazco, teniente y capitan del pueblo alcanzó con treinta hombres entre viejos, e impedidos de tanta cantidad de indios que en opinion de algunos pasaron de siete u ocho mil con mucha prueba de su persona y a Arauco le dieron asalto poniendo fuego a la casa y fué menester dividirse unos a atajarlos y otros a rebatir los enemigos, que rompieron diez o doce portillos y ganaron un cubo, y de él se llevaron una pieza de artillería y si se quemara el tercer cuarto perecerian todos con haber en él ciento y treinta soldados tan buenos, como los podia haber en todo el mundo y con ellos el capitan que he dicho, el cual sucedió en el gobierno a Francisco de Villagra que murió luego y ántes de su muerte padeció Arauco segundo cerco, donde quedó por caudillo Lorenzo Bernal, éste fué largo por espacio de cuarenta dias, y trabajosísimo por ser en el rigor del invierno y tener falta de comida y estar la jente mui apretada con los caballos, y que de hambre morian tantos que comian las flechas que caian de los enemigos y las colas y crines de los muertos y por ser notables y hacer el caso para el conocimiento de esta jente, no dejaré de contar como viendo los españoles que la poca racion que habia, la comian unos indios amigos del mismo valle, parientes y hermanos de los cercadores, los echaron de la casa confiados en el parentesco de ellos y en saliendo los hicieron pedazos a vista de los españoles. Muerto, pues, Francisco de Villagra y por su nombramiento recibido en el gobierno Pedro de Villagra despobló la casa de Arauco y con esto se alzaron luego todos los llanos de la Concepcion y habiendo rompido una cuadrilla en la boca del rio Itata, y otra viniendo de socorro a la Concepcion, se alzaron hasta junto al Maule, y le cercaron por espacio de sesenta dias, estando allí el gobernador con mui buena jente y en los mismos cercaron a Angol, y en ámbos tuvo mui buenos sucesos, sin pérdida de nuestra parte. Despues viniendo de Santiago tuvo dos victorias mui señaladas, con que restauró lo que en su tiempo se habia perdido, que este efecto hacen, cuando es con estrago.

En esta sazon el presidente Castro envió doscientos soldados y e

gobierno a Rodrigo de Quiroga, con ellos y los del reino entró con cuatrocientos en la costa de Arauco y Tucapel; y en llegando le dió la paz habiéndoles resistido la entrada, y como su intento no fué mas que dejar pasar el primer ímpetu y cojer sus comidas en haciéndolo se alzaron. Hizoles guerra dos años rindiendo la mayor parte y teniéndola en este estado, envió a poblar a Chile a su yerno Martin Ruiz, que pobló en la ciudad de Castro y luego llegó la Audiencia. Llegaron a la Concepcion los licenciados Egas, Venegas y Torres de Vera, oidores de ella, que la asentaron y tomaron en sí el gobierno y porque los indios rebeldes hicieron un fuerte en Tucapel mandaron a Martin Ruiz, que habia sido jeneral de Quiroga, fuese allá y que él y el maestre de campo Lorenzo Bernal que manejaba la guerra entónces acudiesen a lo que mas conviniese y ellos acometieron el fuerte a instancias del maestre de campo, que entró de vanguardia, y le rompió con que dió la paz toda la costa y quedó de guerra todo lo de afuera desde Angol a la Imperial y riberas de Bio-bio; hecho esto nombraron por jeneral a don Miguel de Velazco y a Lorenzo Bernal hicieron correjidor y capitan de la Concepcion y como venia ya la primavera y tiempo de hacer la guerra, los oidores formaron grandes escrúpulos en hacerla sobre que hicieron muchas consultas de teólogos y despues de ellas se arrimaron a lo mas seguro, procuraron reducir los rebeldes con persuacion escusando los daños de la guerra; y para esto ordenaron a don Miguel, que no talase ni hiciese mas de enviarle mensajes atrayéndolos y llamándolos a la paz y que enviase ante ellos los caciques reducidos y los que pudiese haber de los demas; él lo hizo así, y para ello dió una vuelta por la tierra de guerra sin hacer daño alguno, ni consentir cortar una espiga; solo prendió treinta indios que salieron a unos soldados de su retaguardia y los envió a los oidores a quienes y a los reducidos hicieron grandes parlamentos induciéndolos a su quietud, dándoles a entender como S. M. queria se les guardase justicia y que no recibiesen agravio; regaláronles y diéronles bonetes de grana y camisetas y enviáronlos mui gratos al parecer; pero no por eso se movió alguno, ántes camino de la Imperial mataron un clérigo y otros dos caminantes. Visto que no hacia efecto la dilijencia referida, salió de Arauco don Miguel a hacer la guerra a los de fuera y de vuelta halló alzado lo que dejó de paz y aun le defendieron la entrada, y habiéndolo desbaratado se volvieron a reducir; de donde se verá cuan poco imprime en ellos persuacion, ni buen tratamiento, pues se alzaron estos sin ningun jénero de agravios, ni opresion, tributo, ni servicio personal, mas de acudir al reparo del fuerte y dar yerba para los caballos. Luego entró el doctor Sarávia y tambien quiso justificar su causa y para ello envió dos relijiosos de San Francisco que hablasen y enviasen mensajes a los de guerra, persuadiéndoles lo proprio que los oidores ofreciéndoles de parte de S. M. lo que en tal caso debia. Quiso así mismo aprovecharse de un cacique que trajo de Lima, que no debiera, llamado don Juan natural de Arauco que habia dias que estaba desterrado, pareciéndo-

les a todos que estaba ya mui convertido y desengañado de la mucha fuerza y jente que habia visto. Este fué el mayor cuchillo para el reino, porque en lugar de meter paz encendió nueva guerra, diciéndoles a los demas que aunque habia mucha jente en Lima, que nadie queria venir acá, que peleasen, y el mismo daño hizo otro llamado Loble, que Pedro de Villagra prendió en una de las victorias que tuvo y le desterró a Coquimbo que con una hipocrecía y santidad finjida bautizándose engañó a todos hasta verse en su tierra, de donde salió con jente y mató un español que iba con ganado y con él y la cabeza hizo llamamiento para el fuerte de Catiray.

Sabido por Sarávia le envió a llamar de paz y en señal de perdon le envió un anillo, de que él hizo poco caso y juntos en el cerro de Catiray, un poco mas arriba de donde rompieron al hijo de Francisco de Villagra, hicieron otro fuerte y por acometerle sin tanto recato como convenia los españoles fueron vencidos y muertos muchos; con esto se volvió a alzar todo lo reducido y se despobló Arauco y Tucapel, cuyo pueblo estaba en Lebo que todo es una comarca y se comenzó la guerra de manera que aunque don Francisco de Toledo, virei del Perú envió doscientos soldados de socorro, se convirtieron en sustentar la tierra por las desgracias que sucedieron así a don Miguel que se metió en Puren con poca jente como a otros capitanes, hasta que S. M. volvió el gobierno a Rodrigo de Quiroga y le envió trescientos soldados.

Llegado este socorro que fué mui lucido con él y los del reino, Rodrigo de Quiroga juntó quinientos españoles, y dos mil amigos con que entró en la costa rompiendo de camino el fuerte de Gualqui sobre Bio-bio, cuatro leguas de la Concepcion, con que se redujo gran parte de sus términos, y todo Arauco y Tucapel, cuyas reducciones siempre han sido con doblez; porque con esta traza evitan la guerra y se conservan hasta ver deshechas nuestras fuerzas, o rotas por los demas rebeldes, ayudando ellos debajo de paz, como lo intentaron en esta ocasion; y por esto o porque ellos o con su consentimiento, otros forasteros le hurtaron dos mil caballos, vendió casi quinientos y los destinó a Coquimbo y se declaró la guerra. Taló toda la tierra un año, y al segundar acometieron al campo dos veces, la una de noche llegando hasta la tienda del gobernador, y si entrara tropa de caballos por otro cuartel como ahora traen, no dudo sino que nos llevaran: llegó un ingles al puerto de Valparaiso de que se asombraron tanto los que tenian sus casas en Santiago, que movidos de sus clamores y de su vejez bajaron ellos, y se envió un navío en su seguimiento sin que hubiese efecto. Con su ausencia comenzaron las fugas de los soldados y por esto y no poder volver el gobernador por su enfermedad vino a deshacerse el campo, con que se cortó el hilo a la conquista; envió la mayor parte a las ciudades de arriba porque concluyesen la guerra que se habia comenzado en la sierra dos años ántes cuando el terremoto por mal tratamiento de dos hombres y el resto echó en las demas fronteras y primero que se deshiciese, dieron otra noche en él teniéndole a cargo su maestre de campo Bernal,

estuvo a pique de perderse, porque ganaron el cuerpo de guardia y la mayor parte; dentro de pocos dias murió Quiroga y dejó nombrado al mariscal Martin Ruiz de Gamboa, su yerno, que tuvo harto que hacer en la guerra que se acabó de encender arriba por ver disuelta nuestra machina sin efecto y sin que fuese parte el meterla allá para evitarlo. Pobló a San Bartolomé en Chillan, tasó el reino y prohibió el entrar los encomenderos en sus repartimientos y moderó el servicio de las casas e hizo grandes ofertas de libertad y justicia a los naturales, esperando sacar algun fruto, y al fin salió todo en vano.

Luego vino don Alonso de Sotomayor con cuatrocientos hombres y cédulas para que del Perú le socorriesen con tropas y municiones como se hizo y aunque fué notado de remiso, acabó la guerra de arriba y un pedazo de la de acá. Entre otros encuentros de este tiempo le dieron una noche en el campo luego como entró no con tanto ímpetu, como a Bernal; rebatiólos y entre los muertos parecieron algunos caudillos y corsarios señalados.

Reducida la tierra de arriba la tasó de tributo justificado con parecer de los obispos frai Antonio de San Miguel y don Agustin de Cisneros y otras personas de consideracion cristiana.

Llegó al Perú don García de Mendoza por virei y subordinado a él este gobierno respecto de haberle él tenido y ofrecido, segun dicen, que lo allanaria desde Lima; llegado a ella envió socorro de jente exhortando a don Alonso a la conquista pareciéndole no la apretaba, y escribió a algunos caciques señalados de guerra, ofreciéndoles en nombre de S. M. que no les pedirian oro ni plata ni servicio personal alguno, que solo querian depusiesen las armas y estuviesen quietos con algun reconocimiento lijero de lo que tuviesen en sus tierras; pero fué predicar en desierto. Entró don Alonso en Arauco como se le ordenó y en llegando hicieron lo que otras veces, habiendo primero defendido la entrada luego se rebelaron y como al verano siguiente llegó el maestre de campo con nuevo socorro, tornaron a dar la paz dejóle allí don Alonso con cien hombres porque los demas sacó consigo y llegado a Santiago se fué al Perú y en partiéndose se tornaron a rebelar.

Llegó Loyola, y aunque halló mucha jente ménos por haberse ido con licencia y sin ella y él no trajo alguna, ni moneda con su industria y trabajo sujeto y trajo de paz a Arauco, y Millapoa y ribera de Bio-bio: pobló a Santa Cruz con que rindió los indios de aquella comarca que habia mas de veinte años que estaban de guerra con dos victorias tan señaladas en el fuerte de Catiray; y solo tuvo rebelde a Puren, porque aunque Tucapel no se rindió del todo blandió lo mas de él. Usó de grandes persuasivas, así con los que redujo como con los que pudo haber de los obstinados, soltándolos de la prision y enviándolos mui obligados con mensajes harto atractivos y asegurando los indios que se le mostraron haciendo desviar la jente, llegaban a él y les habló mui en forma; pero no pudo ablandar su dureza, ni con la libertad y buen tratamiento que hizo a los reducidos de su tiempo, no consintiendo que

diesen servicio personal alguno, ni otro tributo, ni que trabajasen en la fábrica de los pueblos, sino por su jornal en cinco años que le duró la vida, hasta que se la quitaron viniendo de la Imperial amenazada seis meses ántes, con la invencion de decir que iban a vaquear.

Con su muerte se fué alzando todo ayudando a ello nuestra confusion y despoblaciones con que creció el alzamiento tanto, que dentro de año y medio poco mas o ménos llegó de aquel cabo de Maule a Chiloé, quedando todos los pueblos cercados de enemigos y asediados de Bio-bio arriba, sin socorrerlos a tiempo y así padecieron grandes desventuras, en que pereció mucha jente española, hombres, mujeres y niños unos de hambre y otros a hierro pasando trances harto lastimosos que por no renovar dolor no se refieren; y el mayor es que se pudieron evitar muchos de ellos: en suma nos dimos tan buena maña, que con justa causa, o sin ella, no quedó casa desde Chillan a Chiloé, que tanto pudo el rebelarse los que habia cuarenta años y mas que estaban de paz con las doctrinas y tasas referidas, sin que bastase lo uno ni lo otro para que estos tasados y doctrinados dejasen de ser los primeros en la asolacion de los pueblos y templos, cometiendo grandes sacrilejios matando sacerdotes, arrastrando imájenes, y el Santo Sacramento del Altar, haciendo muchos vituperios en ellos en opróbio de Cristo y su Iglesia formalmente y no acaso, siendo los principales los mas ladinos y criados entre los españoles y con todo han significado al rei nuestro señor y a su Santidad, que esta guerra no está justificada, siéndolo tanto.

Muerto Loyola, le sucedió el licenciado Vizcarra que era teniente jeneral y se hizo nombrar gobernador, y a él siguió don Francisco de Quiñones, en cuyos gobiernos sucedieron los trabajos, que es notorio, porque aunque tuvieron victorias y don Francisco mui señaladas, ni la de Vizcarra salvó la poblacion de San Cruz, ni las de don Francisco evitaron las que hizo, ni atajaron los daños que despues de sus gobiernos, sucedieron, mandaba con libertad y castigaba con rigor, que para esta jente es mui necesario. Entró Alonso García Ramon con vez de socorrer por tierra la de arriba, pudiéndolo hacer mejor por mar, por la dificultad del riesgo que era y dejar lo de acá, y así ni lo hizo por la una vía, ni por la otra, ántes entretuvo con parecer de algunos hasta ver lo que venia de abajo, que aun evitara parte de los daños que sucedieron.

Llegó Alonso de Rivera y luego entró a socorrer a Arauco y avitualarle por ser fuerza importante y hacer demostracion al enemigo. De vuelta alojó a las compañías en la frontera. La primera envió socorro arriba por mar, no hizo el efecto, que se entendió por haberse alzado lo que restaba de Osorno a Chiloé y por perderse la Galizabra con vituallas fué forzoso despoblarle, y el puerto de Valdivia que se habia fortificado por su órden, reducido a Osorno sobre la bahía de Chiloé, lo demas de por acá donde se hizo la guerra se rindió, que fué lo de Chillan a Bio-bio de este y de aquel cabo, en que entra Millapoa, porque aunque habia guerra mas abajo era de fronteras; a lo último entró en la costa y le dió la paz la mayor parte; esta fué, como queda apuntada, siempre con do-

blez para conservarse hasta ver en qué paran los trabajos, lo que cesa algunas veces si tenemos buenos sucesos, fundó fuertes sobre Bio-bio para estos efectos y en la costa otros dos adelante de Arauco, provincia de Tucapel.

Luego volvió Alonso García Ramon con posibilidad bastante para la conquista, que de su ánimo y talento se podia bien esperar, si el venir con intento de pagar las obligaciones que tenia en el Perú, no la hicieran hacer algunas elecciones y otros yerros; que fueron causa de tan grandes desgracias, que ademas de impedir la conquista y dilatarla si no se hallara con tanta fuerza, cualquiera de ellas bastara para arruinar el resto, pero con ella tornó a reducir lo mas de lo que en su tiempo se alzó en la costa, así por los malos sucesos como por su mala inclinacion.

Tambien rindió algunos indios de acá fuera, como fué Comopille y parte de la Guadaba con lijeras de sus capitanes, en que hicieron el principal efecto los amigos de Bio-bio y Millapoa. Tuvo buenos sucesos en una guazabara que le dieron en Puren, aunque fueron enteros los enemigos y no fué poco por el gran orgullo y bizarría que concibieron de las victorias pasadas de su tiempo.

Luego de allí a poco murió Ramon, dejando nombrado por gobernador al doctor Luis Merlo, oidor de la Real Audiencia.

Muerto Alonso García Ramon y recibido en el gobierno el doctor Merlo acudió con puntualidad a su deber; entró en el estado y degolló algunos caciques e indios que se dijo trataban de alzarse y juntando la mayor fuerza que pudo, entró talando hasta junto a la Imperial en que tuvo dos reencuentros. Luego resolvió hacer alto a las fronteras y cosechas desde Angol, donde se salieron de paz los Quechereguas. En esta coyuntura llegó Juan Jara-Quemada: entró luego en la guerra visitando los presidios y salió a invernar a la Concepcion. Desde allí ordenó algunas jornadas, que hizo el maestre de campo Pedro Cortez y puso solicitud en las sementeras acercándolas a los presidios para escusar el trabajo de llevarlas, venido el verano salió en campaña y entró por la tierra de guerra hasta términos de la Imperial; tuvo dos encuentros en el uno se mató alguna jente, granada de la caballería del enemigo; con esto se resolvió a hacer espaldas a las cosechas, como tan importantes asistiendo a ellas sobre Bio-bio y el maestre de campo con toda la fuerza de los soldados y en la costa otra tanta, alzáronse los indios de ella y todos los de aquel cabo de Bio-bio sin ocasion mas de que dicen que un soldado o dos los inquietaron junto con haberles llevado los enemigos algunas piezas años atras, comenzó a hacerles guerra en que tuvo dos reencuentros y algunos se redujeron: en este paraje se hallaba la guerra cuando esta relacion escribí, y en este punto llegó el gobernador Alonso de Rivera a Santiago. Esta es la ruina de los gobiernos y varios estados que el reino ha tenido sin hacer historia de los encuentros y guazabara, aunque se han tocado algunas, porque fuera mui largo especialmente de los que se han señalado con cargos y sin ellos, siéndole mas anexo para el desengaño del rei nuestro señor la culpa de los que han dilatado la con-

quista y causado sus ruinas y por esto me he abstenido de lo uno y de lo otro, prosiguiendo como soldado y no como riguroso historiador. De lo dicho podrá el rei nuestro señor y su real consejo entender, como estos naturales no pueden pretender ignorancia en las cosas de la fé, con la doctrina que han tenido y como han apostatado los mas. Las justificaciones de sus gobernadores Valdivia, don García, Audiencia, Sarávia, Martin Ruiz Loyola; las tasas jenerales de Santillan, de Martin Ruiz, de don Alonso en la tierra de arriba, como acabaron toda la guerra, Valdivia y don García y en partes muchos como fué Quiroga la costa en su principio o primer gobierno, don Alonso la de arriba y un pedazo de la de abajo; Loyola Arauco y Millapoa y las riberas de Bio-bio, riberas de Chillan a Bio-bio, y de aquel cabo Millapoa, y la mayor parte de la costa; porque en estos intermedios se habia alzado diversas veces Comopille parte de Guadaba y lo mas que se alzó en la costa el doctor Merlo los Quechereguas. Tambien entenderá, como las rebeliones han procedido mas por falta de guarniciones y otras de malos sucesos y algunas por mala inclinacion de los naturales y haber dado la paz con doblez.

De todo lo cual se sigue poderse esta guerra acabar, pues no se puede decir invencible, lo que tantas veces se ha vencido, y para que mejor se entienda, se ha de presuponer, que siempre que de nuestra parte hai fuerza somos señores de la campaña, y talándola se derriban los caciques e indios ricos que hacen el plato a los soldados y son los señores y cabezas no por títulos ni herencia, sino por sola autoridad, adquirida mediante el posible aunque cuando ocurre de linaje ayuda, pero no tanto, porque con la hacienda compran muchas mujeres que hagan la ropa, la chicha y sementeras, a que ayudan todos los parientes de ellos y de ellas, a quien festejan todo el año con perpétuas borracheras, y con esto y el ser hechiceros, son temidos y respetados; y con las talas cesa todo y andan de monte en monte, desamparados de sus mujeres, porque unas les prendemos y otras se les ausentan, porque no las pueden sustentar, y viéndose depuestos de aquella autoridad y vida voluptuosa desean la paz y los soldados y jente belicosa faltándole los pilares que los sustentaban vienen a rendirse al hambre, pero esto ha de durar de dos años arriba; porque al principio con esperanza de rompernos y que nos deshagamos como ha sucedido muchas veces se entretienen y viendo que permanecemos procuran lo primero acometiendo al campo, o alguna parte de él, o en corredurías y así viene la guerra a reducirse en victorias como las demas y el que las consigue queda señor de la tierra porque con ellas nos han echado de ella y consiguiéndolas nosotros a ellos, dan la paz, cuando es con estrago de ellos y sino lo es y se detienen córrese y tálase con mas seguridad y tomando los puestos convenientes y dándoles desde ellos lijeras y trasnochadas se rinden y acaban. Porque aunque algunos dicen que ganado el pueblo no se gana el indio, es opinion falsísima, porque lo uno dispone para lo otro, y se gana no en un instante, sino al tiempo que reconoce su daño de no poder sembrar y cojer, ni estar seguro en el monte, porque del les sacamos

a sus mujeres e hijos que es lo que mas acorta la guerra, ni puede habitar siempre en él, y si dijesen que se irán mas léjos, digo que en tal caso se ha de ir a esa parte o con el campo talándola, o dando allá lijeras, o tomando el tal puesto, porque con esto es cierto el reducirse teniendo por mejor estar de paz en sus tierras, que con peligros en las ajenas, como con éstos haya rigor en el castigo que el no haberle dilata la guerra, y causa sus atrevimientos. Pruébase lo dicho con lo reducido o que se reducen, que cuando Arauco está de paz es porque se ve ocupado y que lo está Tucapel, o Millapoa y lo mismo corre por Millapoa; y si lo está lo de este cabo de Bio-bio es porque se vé ocupado lo de la otra banda; y así se ha de reducir Puren, no solo se ha de poner presidio en su comarca, donde se pueda avituallar, sino que tambien se ha de hacer la guerra en la Imperial con algunas jornadas, si se preguntan que fuerza bastará a él, digo: que por lo ménos ha de tener trescientos soldados mui bien armados y encabalgados, sin la infantería, que ha de guardar el fuerte y han de traer doscientos amigos consigo, y me atrevo a decir, que el que con esta cuadrilla dentro de año y medio no rindiese o asolase cuanto hai de la Imperial abajo, no será buen capitan. Porque en la costa ha de andar otro y si se interpone la dificultad del sustento de los caballos, por el riesgo de las escoltas y falta de servicio, se vencerá con el cuidado que se ha de poner en que se coja paja y cebada junto al fuerte, para que se sustenten a todos los que es fácil, cuanto mas que andar fuera casi todo el año reduciéndose los tres meses al campo con la infantería para hacer la tala, y hecha no han de parar ni dar lugar a que el enemigo haga junta, y el fuerte solo ha de servir para tener el bagaje y reparo de las tempestades y rendido lo uno se pasará a lo otro, porque considerada la conquista toda junta para conducirla en breve tiempo, tuvo razon don Alonso de Sotomayor de dudar y no determinar el gasto, que es menester, especialmente estando ausente, que no dudo, que fuera excesivo, pero considerado por tercios basta el situado, reforzando la jente, por la que falta despues que vino la de España y si se pregunta que tan excesivo fuera, digo resolutamente y creo que nadie me lo contradirá, que era menester acrecentar mil plazas y los soldados habian de desembarcar en Valdivia y venir tomando puestos hasta darle la mano con la caballería de acá, y los habia de avituallar S. M. por la mar dos años, no digo que se haga ni se embaraza la una conquista con la otra, aunque si se hiciese se abreviarian; pero con mucho volúmen de que se evitará gran parte haciéndose cuando la de acá disponga para pasar adelante. Pero todo esto cesa si cuando el enemigo asalta nuestra jente la halla desarmada y con el descuido, que algunos capitanes han mostrado, cuya esperiencia y edad los disculpa, lo que debia ya notar mucho quien los elije, como lo mirará el bien llegado a Dios e intento a lo que se le encarga, porque de venirlo a cosas diferentes nacen las malas elecciones, y de ellas los malos sucesos y ellos dilatan la guerra, como queda probado, por ellos hemos desamparado los puestos que ha sido el mayor inconveniente de esta conquista desde su principio por que espe-

ra el indio que ha de ser lo que fué, y esto digo doliéndome, que por no haber usado los medios convenientes se haya desacreditado la conquista tanto que obliga al rei nuestro señor a desampararla de que se podrán seguir grandes inconvenientes.

Volviendo a las dificultades, que oponen los que hacen esta guerra infinita, la principal de que echan mano contra el haber sido conquistada es, que ahora están los indios mas soldado, contra esta hace el haberse ellos disminuido y nosotros crecido en número tan desigual que casi no tiene proporcion; y si traen mas picas, nosotros mas arcabuces y mosquetes, y si andan armados y a caballo, lo uno y lo otro podemos hacer mejor que ellos, y es razon vergonzosa para nuestra nacion, pues ellos han aprendido y nosotros olvidado. Todas las demas se vencen con saber que la tierra ha sido conquistada, y lo que hoi se guerrea, se conquista lo que no se hiciera si hubiera de por medio alguna dificultad invencible, porque ni les vale el monte, ni el decir que no tienen cabeza, pues queda probado que las tienen y ellas tratan de la paz o guerra conforme al paraje en que se hallan.

LA FAMA Y VOZ QUE CORRIO POR CHILE DE NUEVOS ALZAMIENTOS ÁNTES DE LLEGAR EL GOBERNADOR ALONSO DE RIVERA A LA CONCEPCION, ESTANDO JARA-QUEMADA EN YUMBEL.

Tiempo es ya de salir de tribunales y secretarias de Audiencias reales, donde tantos acuerdos se tomaron en favor de los naturales de Chile, tantas juntas se conformaron con el parecer del padre Valdivia; tantos despachos y provisiones se decretaron por dar fin a la guerra por tantos años continuada; conviene, pues, de aquí adelante digamos en qué estado por febrero y marzo de este año de 1612. Estaban los humores de los chilcanos bien diferentes de lo que para su pacificacion estaba concluido. Sucedió, pues, que segun el licenciado Fernando Talaverano de Santiago, significó a Alonso de Rivera en el camino en que venia. Viérnes por la mañana a dos de marzo, se tuvo nueva por carta de Simon Espino, correjidos de la Concepcion y de don Francisco de Villa-Señor, veedor jeneral de 22 de febrero en la Audiencia Real, como los estados de Arauco y Catiray se habian alzado cojiendo once soldados y entre ellos al capitan Herrera y a un hijo de Góngora. De manera que enviaron por socorro a la Concepcion, quedando recojidos en el fuerte y estando el gobernador Jara-quemada sin aviso de esto, mudando el fuerte de los Lobos a diferente parte y el campo que traia Alvaro Nuñez de Pineda, estaba dividido entre la infanteria en Lebo y Paycaví y la caballería en Arauco; esto dió motivo a temer que por estar los caballos en potrero no los hubiesen cojidos estando descuidados, quisieron decir por nuevas de indios que don Pedro de la Barrera estando por cabo en Chiloé habia entrado la tierra adentro de Osorno a hacer una maloca por tener ocasion de rescatar a su hermano don Francisco y que habiéndola hecho se habian ahogado en

una piragua, resultando de aquí el alzamiento pero todo sin alguna certidumbre. Juan de Ugalde avisa él mismo como se andaba apercibiendo jente que por órden del gobernador a cargo de don Gonzalo de los Rios, correjidor, a tres del mismo mes, y a los mismos les habia el licenciado Machado como están aguardando de Lima al padre Valdivia, y entendian que vendrian al punto que el propio Alonso de Rivera, y como el gobernador Jara-Quemada habia campeado y tenido algunas buenas suertes que se habian tenido en mucho por la ruin obediencia de los soldados y capitanes sabiendo que el gobierno le habia de durar tan poco tiempo; advirtió tambien como el correjidor escribia, que todos los indios de Arauco se habian levantado y que la Audiencia habia luego proveido, que los soldados y capitanes que se hallaban en Santiago acudiesen a la Concepcion. La Audiencia que eran los licenciados Talaverano, Juan Cajal y los doctores Luis Merlo, y Gabriel de Zelada, a 17 de marzo le dieron las mismas nuevas, diciendo: como en aquel punto habian sabido por carta de Diego Simon, correjidor de la Concepcion, fecha a 11 de marzo, como todos los indios de los estados se habian alzado, que solo trescientos indios quedaban de paz, de los de Arauco y Couqueregua; habianse tambien levantando los de Catiray, ya estaba allá el gobernador con su ejército y decíase que trataban de darle la paz cosa de que se podria tener la poca seguridad que otras veces causaba mucha inquietud no hallar pasaje por tierra para la Concepcion, estando todo por aquel distrito mui necesitado de jente, y siendo importantísimo socorrer todo lo de arriba con el camino cerrado, encargábanle al Rivera la brevedad del camino, y como estaban arriba mui necesitados de cuerda, y a esta causa enviaron el navio San Agustin que estaba en el puerto de Valparaiso, y para su despacho fué en persona enviado Jerónimo Zapata, teniente, con fin que hiciese llevar al puerto toda la cuerda hecha y el cáñamo que hubiese para que se hiciese en la Concepcion y para mejor despacho se ordenó que el doctor Merlo se partiese al puerto a solicitarlo, porque sin cuerda seria fuerza el recojerse con disminucion del campo.

En suma la alteracion de la Audiencia era grande, porque por una parte venian nuevas que Tucapel estaba alzado con el daño que se ha dicho; por otra que lo mismo habia hecho Catiray, por otra que se habian llevado los indios todos los caballos del potrero, y llegado hasta los muros del fuerte y a vista de éstos, llevádose cuantos habia al rededor; que Chiloé así mismo se habia alzado, llevándose a don Pedro de la Barrera, aunque lo último siempre se tuvo por incierto; durante esta confusion venia Alonso de Rivera caminando ya a 19 de marzo pasó la cordillera, y estando en los Hornillos para entrar en el reino de Chile, escribió a S. M. como abreviaba su jornada para llegar a Santiago, y comenzar a hacer apercibimiento de armas y caballos y toda suerte de municiones, pidió con toda brevedad al rei mil hombres de socorro llevados de Castilla, trescientos mosque-

tes y quinientos arcabuces con frascos, seiscientas picas con hierros doblados, seiscientos instrumentos por mitad de azada y palas de hierro para hacer los fuertes y poblaciones, doscientas hachas y doscientos machetes u hocinos con alguna buena cantidad de pólvora, que todo esto llevado por el puerto de Buenos-Aires tendria a S. M. mucho ménos costo que por Lima, que todo seria de mayor servicio para la guerra, porque los soldados que van de Castilla no tienen los resabios de los del Perú y son obedientes y para sufrir mayores trabajos de frios, hambre y calor que sufren de ordinario en aquella guerra. Todo esto pasaba sin contar de lo que hacia el gobernador Jara-Quemada, que fué de esta manera: A ocho de febrero le llegaron cartas del maestre de campo Francisco Galdames y capitan Diego Venegas, cabo del fuerte de San Jerónimo, avisando que todos los indios del estado de Arauco y provincias de Talcamávida y Catiray estaban alzados y que este fuego corria jeneralmente; con esto Jara-quemada hizo las prevenciones dando órden a los correjidores y capitanes de fronteras, es tuviesen con todo cuidado recojiendo los españoles y jente que estaba derramada por las estancias a sus presidios; hecho esto despachó al capitan don Pedro de Ibacache con ochenta caballos a Talcamávida y con otros tantos al maestre de campo Pedro Cortez para que se pusiesen enfrente dando valor a una parte y a otra, y él con lo restante del campo fué marchando a aquella provincia, donde llegado y vista la certeza del caso y que todos los indios se habian retirado a las montañas dejando sus casas yermas, acordó de hacerles talar sus sementeras de que todos sus valles estaban abundantísimos, por ser el principal nervio de sus fuerzas, y así como lo puso en ejecucion considerando el daño que les amenazaba si esto se llevase adelante, un cacique llamado Reguesague estando en el veedero de Talcamávida le envió un mensajero pidiéndole que no le talase su valle y que daria la paz. Respondiósele que bajase luego al efecto y que se cumpliria con su peticion; bajó con sesenta personas que tenia en la montaña y sus ganados, a esta causa se le dejaron todas sus sementeras libres y se le hizo buena acojida y los demas por la mayor parte se vinieron con sus caciques de Talcamávida, prometiendo reducirse con mucha brevedad los que restaban. La confusion que causó al principio este alboroto fué por cerrarse los pasos y caminos, de manera que no fué posible poder saber el motivo y oríjen que tuvo hasta que de Arauco avisaron por la mar a Concepcion; por este aviso se supo que aquel motin fué perpetrado por cinco españoles criollos de aquellas partes, que pocos dias ántes se rescataron del enemigo porque como jente de ruin hecho y abandonado nacimiento y ya casi convertidos en la propia naturaleza de los indios donde habian dejado sus mujeres e hijos, les pareció volverse con ellos por gozar de vida mas licenciosa que permite la profesion cristiana, si bien se pudo creer que tenian poco de esto, o que estaban por sus vicios dejados de la mano de Dios, los cuales tomaron por instrumento otros cuatro yanaconas del servicio de los capitanes

Góngora y Herrera y Juan Bautista Seco, a quien indujeron, diciéndoles: que ciertos navios que se esperaban, aunque se habia echado la voz que eran de ingleses los traia el padre Valdivia cargados de negros para dejarlos en la tierra y cargar en ellos todos los indios de paz y que para los que sobrasen se habia de abrir hoyos en cada fuerte donde los habian de echar; y así mismo que la peste de viruelas que habia habido, la habia el gobernador derramado entre ellos para acabarlos. Dióse crédito a estos embuste por muchos caciques del estado, que como la materia estaba dispuesta en su natural inconstancia, fué menester ménos que esto, para que concibiesen en sus ánimos el levantarse y así acordaron entre ellos, que pues los cinco españoles eran la causa principal que matasen ellos algunos de los nuestros para llevar sus cabezas a Puren y con ellas granjear credito a sus designios: esto pusieron por obra matando diez soldados que cojieron, divididos del campo en estancias y potreros con cuyas cabezas fueron a Aynavillo, pidiéndole una gruesa junta, esto entendido por el maestre de campo Francisco Galdames se dió tan buena maña, que prendió aquellos cinco viles hombres, y a tres de los cuatro yanaconas y los arcabuceó con que se fueron aclarando algunos caciques, diciendo: que no eran sabedores del caso, echando la culpa a los indios veluches y a otros yanaconas sueltos del estado, y así le trajeron todos los ganados y caballos que habia en los potreros y doscientos amigos, con los cuales y su tercio el maestre de campo Alvaro Nuñez comenzó luego a talar algunas comidas y mató treinta o cuarenta indios de Laraquete que fueron los mas culpados: el socorrer de bastimentos los presidios de Angol y Cayuguano que estaban con estrema necesidad, fué causa para que Jara-Quemada se retirase de Talcamávida con el campo, porque sin él no se pueden hacer estas facciones, y así envió a ello al maestre de campo jeneral, y él se puso en buen paraje con su compañía sola para ver si estando tan cerca de Talcamávida los indios de aquella provincia cumplan lo prometido, con intento de no haciéndolo a la vuelta del ejército entrar en ellos y procurar obligarlos a que se asentasen en la paz, y poblasen de esta banda de Bio-bio, habia en el ejército mui conocida falta de jente, atento a la cual fué menester que trescientos y treinta soldados que habia en él se dividiesen entre partes y éstas estuviesen en puestos peligrosos, quitando para traer estos pocos en campaña parte de los que asistian en las fronteras de las ciudades de la Concepcion y de San Bartolomé de Gamboa; de modo que cada cosa en particular y todo en jeneral padecia gran detrimento y corria notable riesgo en aquella ocasion: en estas dificultades se hallaban las cosas de Chile por quel tiempo, por una parte aguardando el situado y las nuevas órdenes que traia el padre Valdivia, y por otra esperando por horas el nuevo gobernador que habia de hallar bien flacas las fuerzas de nuestra parte para resistir al orgullo de los indios cada dia mas soberbios y atrevidos, siendo la causa el hacérseles con remision la guerra, que si con bastante poder se ejecutará, estuviera la tierra

en sujecion porque realmente el haberse dilatado tantos años y en ellos haber sucedido tantas desgracias a los nuestros ha procedido de haberse guerreado con pocas fuerzas y menos coraje mudando los gobernadores cuando era conveniente por otros no tales y así mismo por la fantástica vanidad de nuestra jente, presumiéndose siempre temidos de los indios sin serlo y a esta causa viviendo con mas seguridad de la que tenian entre sus enemigos, como diversas veces con su daño lo han esperimentado.

DE COMO EL VIREI DANDO PARTE A S. M. DE LO QUE RESOLVIO ACERCA DE LA GUERRA DE CHILE, DESPACHO AL PADRE VALDIVIA CON ORDEN DE LO QUE SE HABIA DE HACER.

A nueve de abril de 1612 despachó de Lima el marqués de Montes-Claros, virei del Perú a S. M. en razon de haber recibido la comision que se le habia remitido tocante a la guerra de Chile; a 22 de noviembre de 1612 dió principio al negocio que pedia tan apresurado remedio; encomendólo a Nuestro Señor y habiéndose ganado un jubileo que para este intento concedió S. S. hizo junta jeneral de todas las personas de la Audiencia y otras que entendió ser de ciencia y esperiencia y gravedad para tal materia, y habiéndoles leido lo actuado en esta causa desde que se comenzó a tratar para que mejor se enterasen en ella y el papel de puntos y medios conferidos en el consejo como S. M. se lo remitió, les propuso y pidió su parecer libremente de lo que viesen que mas convendria al servicio de Dios y del rei, y al bien y quietud de los moradores de aquel reino, así españoles como naturales de él, no pretendiendo en esto tener con quien partir la culpa de lo que no se acertase que en valde previniera este consuelo quien habia de tomar para sí solo el sentimiento de haber errado, sino para que oyendo a muchos celosos del servicio real fuese mas examinado y seguro el consejo que se habia de seguir; previno tambien que en la calidad de la guerra nadie tocase, porque ademas de estar tan entendidas las causas de su justificacion, tuvo por inconveniente que aun con el semblante se condenase, habiendo de volver a ella como medio forzoso cuando no sucediese bien el que entónces se intentaba; consideraban todos como habia sesenta años que aquella guerra se continuaba a costa de tanta hacienda del rei sin que se hubiese declarado por nuestra parte su término y última victoria, mas entónces que el primer dia que se comenzó; apénas hallaban en su imajinacion motivo razonable que señalar a tal demanda, como seguiamos pues mirando a consideraciones de órden superior, y que en el santo celo de S. M. debian tener primero lugar, como era la introduccion del Evanjelio y conversion de aquellos infieles, cuando no se desacreditase el mismo hecho con la opinion en que le habian puesto de que introduciamos violentamente lo que se ha de admitir con libre y espontánea voluntad; habia sido tan costosa y porfiada la prosecucion de este intento sin haberse

podido conseguir que parecia se pudiera justificar el desistir de ella, aun cuando se tomara por medio de conservar la relijion ya admitida, cuanto mas pretendiendo que la recibiesen los que en tantos años no la habian querido abrazar y humillándose a los motivos que su dircurso comprendia, el de la reputacion a ninguno llevaba por parecerles ser tan desigual el enemigo, que aun en comparacion de menor poder, no admitia semejante consideracion.

El útil no podia moverlos, peleándose contra escuadrones de jente desnuda mantenida con frutas silvestres y raíces del campo, y que consigo mismo llevaban sus casas cuando quiera que se querian mover. Tampoco se podia conseguir mayor estension del imperio, pues las tierras de que los echásemos se las habíamos de dejar, aun cuando ellos desesperasen de recobrarlas, así porque su aspereza y montuosidad las hace inhabitables para los nuestros, como que cualquiera paso de los que adelantamos seria necesario conservarlo con mayor costa de la que se hace en ganarlo, y si finalmente la guerra era de tal condicion que para tolerarse habia de tener por fin la paz no habiendo nacion por bárbara que sea, que la mueva y haga por solo hacerla y aun en el caso de que se habla no habia lugar esta consideracion por ser como era infinita la guerra de Chile, no solo por carecer de fin, que nos moviese a proseguirla, sino por no tenerle tan poco en su duracion, pues los mismos que deseaban continuarla no le señalaban raya imajinable, en que se pudiese esperar verla acabada, y cuando la paz fuese el camino tras que se pretende caminar, teniéndola con solo quererla de que serviria irla buscando a costa de tantas vidas de españoles, siendo este tan precioso caudal y con gastos tan excesivos de la hacienda real.

Por estas razones que le parecieron eficaces y bastantes fueron de conforme parecer los de ella se acortase el progreso de la guerra, y se redujese a defensiva sin dejar facultad al gobernador, ni oficiales de aquel ejército para pasar la raya que se les señalase sin órden espresa del rei o del virei que gobernase. A esta sazon llegó a la Ciudad de los Reyes frai Jerónimo de Hinojosa de la órden de Santo Domingo, a quien el gobernador y ciudades del reino de Chile enviaban por procurador para contradecir esta misma causa, y aunque siempre se habian de oir con recato por ser jente interesada en que aquel ejército no se reformase por ser bien oir el sentimiento de todos, mandó el virei convocar segunda vez a los de la junta para que le oyesen con ánimo de innovar lo que pidiese enmienda y despues de visto lo que por escrito alegaban y las razones que de palabra dijo, tan lejos estuvo este padre de reducir a los demas a su parecer que se conformó en todo y por todo con el que ellos tenian; con esto el marqués declaró por constante la primera resolucion, como se puede ver en la provision real que despachó en que se declaró la paz de que el rei hacia merced a aquel reino. Tercera vez llamó la junta y vistos y leidos en ella los pareceres de palabra y por escrito de diferentes capitanes y otros sol-

dados espertos en aquella guerra y de los que entónces se hallaron en aquella ciudad, resolvió con jeneral sentimiento de todos, que la guerra tuviese por raya así a amigos como a enemigos la frontera del rio Bio-bio, y que los fuertes de Angol y Paycaví que los gobernadores Juan Jara-Quemada y Alonso de Rivera habian levantado en la tierra de guerra solo con fin de adelantarla se desmantelasen y se conservasen los demas en que el ejército real quedase repartido de modo que solo atendiese a defender las tierras que estaban de paz pobladas por españoles y cubriesen debajo de sus armas a los indios que en la dicha frontera estaban y quisiesen estar como amigos, confederados y adherentes al amparo real, como particularmente consta por la provision en que se señaló raya a la guerra de Chile, y el número de presidios y soldados que se habian de conservar.

No ignoraba la junta de cuan mala inclinacion y poca constancia eran los indios y cuan mal se habian aprovechado de la paz las veces que sus gobernadores habian intentado mantenerlos en ella; pero supuesta la nueva órden no estaba atenida a que ellos quisiesen o no conservarla, haciendo cuenta que cuando por su natural inquietud viniesen a buscar y hacer guerra a los nuestros, la harian en su casa, ventajas que no llevaban entónces habiéndolas de ir a buscar a la suya, de manera que nos vendrian a ofrecer cuerpo en que recibir nuestros golpes que hasta allí habian sido en el aire, porque los nuestros iban a buscar en que hacerles ofensa i no lo hallaban; esto se echaria de ver en que si el ejército del rei desmembrado y dividido en partes habia sido poderoso para ofender los enemigos en sus tierras que por tenerla hollada y no ser conocida de los de nuestra parte, habia sido la causa principal de sus victorias, uniéndose al mismo ejército y descansando en tierra propia que ya tenia pasada y conocida mucho mas bastante se podria creer para defenderse si le quisiesen acometer y aun por ser estos indios como otros cualesquiera amigos grandemente de ociosidad que ellos mismos han publicado pelean solo por defenderse debajo el nombre de libertad, sin duda dejándosela gozar vivirian quietos en ella, como tambien lo hubieran hecho; si las veces que en nombre de S. M. se les habia ofrecido la paz la hubieran guardado y con advertencia, que entónces no tuviesen por promesa, que no se habia de cumplir puso en ella las circunstancias y condiciones mas convenientes a su firmeza y seguridad, como en el perdon jeneral ordenado, para que se publicasen en nombre de S. M. se pueden ver.

El servicio personal se calificó siempre, por la mas dura opresion que los indios han tenido y a este los naturales de Chile fueron y son mas opuestos por primera condicion en tanto grado que todos sus protectores disculpan sus traiciones y alzamientos afirmando que solamente por echar de sí yugo tan pesado y como se llevó ánimo de que el buen tratamiento conservase en nuestra amistad los de paz e hiciese amigos a los de guerra, declaró en el mismo perdon que tal servicio se quitaria de todo punto por merced que el rei les hacia, y así mismo e

repartimiento para las minas de oro cuyo fruto se tenia ya por tan poco, que se podia tener el trabajo por ménos bien empleado; y considerando que era preciso que los vasallos del rei, beneméritos en aquel reino de toda merced, como tan a costa de sus haciendas y sangre habian servido con amor y fidelidad, tuviesen el avio conveniente para las chácaras y estancias, suponiendo particular conocimiento de la tierra dió comision al padre Valdivia para que hiciese visita por vista de ojos de las vecindades del reino en número de indios, que en cada una hubiese con instruccion y advertimiento que por su copia se verá, y que brevemente le informase con distincion y puntualidad, para que sin confusion ni duda pudiese deliberar en todo.

Estuvo el virei siempre persuadido que habia declarado el rei por carta de 26 de mayo de 1608 por esclavos a los indios que en aquella guerra se cautivasen, se enderezaban solamente a reducirlos por temor y castigo a la obediencia y sujecion por tantos títulos a S. M. debian despues de haber probado que no lo hacian llevados por bien y como el medio que se vino a tratar, estuviese tan lleno de piedad y clemencia de todo el ensanche que sufria negocio que ya era de justicia por haber adquirido los dueños verdaderos dominios sobre sus esclavos en virtud de la cédula real declaró que todos los cautivos ántes de la publicacion de aquella cédula y despues de la última fuesen dados y habidos por libres, y porque la confirmacion del gobernador era necesaria por particular ordenanza para que se tuviese por lejítima la esclavitud, declaró: que cuando ésta no hubiese intervenido tambien se les diese libertad: y para que la misma obra les persuadiese a esta libertad, mandó pregonar en Lima que declaraba por libres a todos los indios de Chile que en ella se hallasen, y que teniendo voluntad de volver a su tierra daba licencia para que lo pudiesen hacer sin que nadie se lo estorbase, de que resultó irse algunos con el padre Valdivia que le serian de mucha importancia para los tratos de paz; por este tiempo ya el dicho Valdivia era ido por mar a dar principio a su comision y llevaba consigo diez relijiosos de la Compañía que asistiesen en las provincias de guerra con títulos de curas o doctrinantes a quien señaló cuatrocientos y cincuenta pesos a cada uno en la hacienda real; pero considerando que esta mision se enderezaba a beneficio de aquel reino, ordenó (por no introducir nuevos gastos) se librasen en el situado, pues con los sueldos y ventajas que se habian reformado quedaba suma en que pudiesen caber. Puso tambien algunos medios para suplemento de la autoridad eclesiástica que al padre Valdivia faltaban y era importante para el buen espediente y gravedad del nuevo negocio, y con este pretesto escribió el marqués suplicando a S. M. en prosecucion del intento le presentase por obispo de la tierra de guerra, presupuesto que su relijion habia dado principio a admitir semejantes cuidados; que a este blanco tiraron todos los circunloquios de la guerra defensiva.

Y porque la nueva forma que en todo se habia dado pedia tambien nuevo órden y gobierno en la guerra mandó publicar un placarte, en-

viando copia de él a S. M., para que en él se viese qué disposicion quedaba a aquel reino, ejército y gastos que se habian escusado con reformar oficios y sueldos que sobraban en la guerra ofensiva y en la defensiva, no eran menestes y así mismo como las cosas pertenecientes a la paz se fuesen asentando, creceria tambien el ahorro a beneficio de la hacienda real, porque fuera aventurarlo todo, si tan a los principios se esperaba aquella jente, siendo para la ejecucion de lo que se pretendia. los primeros que se debian ganar; en suma la resolucion que se tomó pareció a la junta y al virei tan conforme a prudencia militar que si los malos sucesos que los de contrario parecer pronosticaban, fundados mas en recelos que en razon, como ellos decian sucediesen, volverian a ser del mismo parecer en que estaban resueltos; tan persuadidos estaban de su acierto, principalmente que quedando la fuerza en el estado en que estaba, no se podia decir que se coartaba el hilo de la guerra sino que se cojia y facilmente se podria volver a descojer, cuando las ocasiones de nuevo lo pidiesen o lo mandase con nueva órden la Majestad Real.

DE LO QUE SUCEDIO DESPUES DE LLEGADOS A CHILE EL PADRE VALDIVIA, Y EL GOBERNADOR ALONSO DE RIVERA, ESTANDO GRAN PARTE DE LOS INDIOS NUEVAMENTE REBELADOS.

Despues de sesenta años de guerra con la variedad de suertes tan notoria de ámbas partes, estando ya de paz las provincias de Arauco, Tucapel y Catiray, por la guerra que se les hizo en catorce años atras, últimamente por agravios y opresiones que recibieron de los vecinos encomenderos y de otros que se servian de ellos, juntándose a esto falsas relaciones de algunos yanaconas y españoles mal animados y ciertos malos sucesos que hubo en la guerra de nuestra parte, de que tomaron ocasion para rebelar estas provincias por el mes de febrero del año de 1612, quemando sus casas y matando algunos españoles, se retiraron a lo mas interior de la tierra de guerra, dejando convocados para alzarse a los indios de paz que habia de la parte del norte del rio Biobio, treinta leguas adentro hasta el Maule; pusieron a todo el reino en gran turbacion y a la ciudad de la Concepcion, como mas cercana, mas temor la cual luego se cercó de palizada por todas partes; y a tal sazon llegó de su jornada de Tucuman el presidente Alonso de Rivera a Santiago de Chile, a los últimos de marzo del dicho año, mes y medio despues de la rebelion a gobernar aquel reino.

Procuró luego hacer jente y juntó buen número de personas, y buscó con que socorrer a los soldados, por no haber llegado el situado, que despues llegó en el Galeon San Francisco, a los trece de mayo, y allí vino el padre Luis de Valdivia de la Compañía de Jesus con los despachos de S. M. y del señor virei, y con el nuevo órden que se habia de seguir en aquella guerra, como atras queda referido. Detúvose en aquella ciudad solo siete dias en acomodar a sus compañeros, des-

pues de los cuales se partió a los estados de Arauco con el padre Gaspar Sobrino, su compañero, para ver mas cerca lo que muchos capitanes y soldados le habian dicho de la quietud y poca seguridad de aquellos indios, habiendo primero el padre a los maestres de campo Pedro Cortez y Alonso Nuñez de Pineda el órden que habian de guardar de allí adelante con los naturales, no haciéndoles malocas en sus tierras, en virtud de las provisiones reales que de S. M. tenia para el asiento y pacificacion de estos reinos, y este mismo órden que el padre envió, confirmó el presidente, escribiendo a los maestres de campo y capitanes, siguiesen lo que el padre ordenase por ser así la voluntad de S. M. Salió con esta priesa y dilijencia a 21 de mayo, así por obedecer a lo que el marques de Montes-Claros, virei del Perú, en nombre de S. M. le habia ordenado, como por deshacer algunas falsedades que se habian dicho a los indios para desacreditar los medios que el rei enviaba para la paz de aquel reino, con descrédito tambien de la persona del dicho padre.

Cuatro leguas de la Concepcion y dos del fuerte de San Pedro lo esperaba una compañía de a caballo para que con seguridad pudiese hacer noche en unos ranchos de un cacique principal llamado el Coronel, en donde el dicho padre catequizó y bautizó la noche que allí estuvo ocho personas, los cinco adultos, y tanto que los cuatro de ellos eran mui viejos algunos de mas de ochenta años, y los otros tres eran niños como presájio del fruto que esperaba cojer por sí y por sus compañeros en aquel reino.

La mañana siguiente se partió para el fuerte de Arauco, llevando para su resguardo la compañía de caballos ya dicha por ser bien menester, segun la tierra estaba inquieta, y los indios engolosinados y saboreándose en la sangre que pocos dias ántes habian derramado de los españoles que habian muerto y de otros que habian cautivado. Para mas reguridad fué necesario que el maestre de campo Alvaro Nuñez de Pineda que a la sazon gobernaba los estados de Arauco y Tucapel, saliese con otra compañía de caballos la noche ántes a tomar el paso mas peligroso de aquel camino para que no se emboscase en él alguna tropa de indios; esperó allí al padre adonde llegó el mismo dia que partió de los ranchos del Coronel, como a las doce horas; este mismo dia llegó, donde todos los demas capitanes y soldados que en aquel fuerte estaban, fué con mucho gusto recibido, persuadiéndose todos que con su ida se habian de allanar todas las dificultades que para el buen asiento de la tierra habian hasta allí habido y no fué menor el contento que mostraron los pocos indios que quedaron junto al fuerte sin rebelarse, por persuadirse que el padre les traia su remedio y rescate. Aquí procuró con grande cuidado el padre Valdivia quietar los ánimos de todos los indios rebelados de aquel estado y del de Tucapel y Catiray, que estaban mui irritados con los grandes agrávios que habian recibido de los españoles. Halló el padre que la voz de las mercedes que el rei les hacia a aquellos indios habia corrido entre ellos y estaba dilatada

hasta Puren, por un recado que de este mismo estado se habia enviado a los indios de Elicura, vecinos de los de Puren. Con esta ocasion juntó a todos los maestres de campos y capitanes que a la sazon allí habia y trato que atento que esta vez habia sonado entre los indios; si seria conveniente enviarles recado dándoles a entender sumariamente lo que el rei les ofrecia para su quietud, porque con la verdad de este mensaje, se deshiciesen las mentiras que habian corrido tan contrarias, y la duda era por no haber llegado el presidente de Santiago a la Concepcion, ni saber si habia recibido las provisiones reales que el padre Valdivia habia traido y le habia remitido luego que se desembarcó; aunque se allanaba con que para lo que tocaba a enviar mensajes a los indios de guerra y manifestarles la voluntad de S. M. les daba toda la mano necesaria. Todos los de la consulta juzgaron unánimes y conformes que se hacia un gran servicio a Dios y al rei en despachar luego los dichos mensajes, y aunque el padre no trajera la mano tan plena en esta materia, se debia usar de epicheya en el caso presente, porque el estado de las cosas así lo requeria por todas razones.

Con esta acertada resolucion de los maestres de campo y capitanes envió el padre Luis de Valdivia cuatro caciques principales del estado de Arauco por mensajeros a los indios de Catiray, y en compañía de ellos fué un indio de cinco que habia traido consigo de la ciudad de los Reyes (que valiera mas no haberlos traido ni enviado éste con los demas) para que él les dijese lo que habia visto en Lima, de como allí se dió libertad a todos los indios de Chile y pudiese mejor razonar con los de Catiray y lo que habia oido al padre de las mercedes que el rei de nuevo hacia a los indios, y medios que les ofrecia para su quietud; y aunque es verdad que tuvo gran dificultad en persuadir a los dichos caciques fuesen con este mensaje, porque se recelaban de los indios de Catiray que son mui belicosos y a la sazon estaban retirados en una tierra mui fragosa; pero con las muchas razones que se les dijeron quedaron convencidos y particularmente les aquietó decirles, que estas paces que entónces se ofrecian a los indios de guerra, no eran como las que hasta allí les habian ofrecido; porque éstas se habian ordenado siempre a hacerlas servir y tenerles sujetos y rendidos a españoles; pero que las que ahora se trataban eran unas paces libres y que por darlas tan solamente se les ponia en la corona real, exentos de cualquiera servidumbre a vecinos y que en esto solo se pretendia abrir camino para que se le pudiese entrar a doctrinar y defender de los agrávios que se les hiciesen. Gustaron mucho los mensajeros de entender el mensaje que llevaban y persuadidos que lo habian de recibir mui particular los indios rebelados de Catiray se partieron.

Quedó el padre Valdivia en Arauco mui ocupado en oir y dar razon a los indios que de varias partes, habiendo sabido la llegada del padre, venian a informarse y fueron aquellos tantos que en ello solo habia ocupacion para muchos, porque en ménos de quince dias vinieron los indios de Penguereova, Millarapue, Quido, Quiapo, Lavapié, Lebo, Taulero,

Colcura y Arauco, que eran las nueve reguas que se habian revelado; y en este mismo tiempo fueron tambien los indios de Molhuilli, Lincoya, Pilmaiquen, Tucapel, Paycaví, Angolmo, Tomeluco, Cayocupil y Elicura, que son las nueve reguas del estado de Tucapel, del cual los mas se vinieron y los mas enviaron mensajeros a dar la bien-llegada al padre; de manera que en dicho tiempo se redujeron a paz mas de seiscientos indios de guerra con sus mujeres y chusma a sus tierras asegurados con solo la vista del padre y nueva de lo que habian oido acerca de lo que S. M. les ofrecia. A todos habló el padre Valdivia con celo y deseo de su salvacion, dándoles a entender lo que entrambos reyes les pedian el de la tierra por su quietud y paz, y el del cielo para su salvacion; era cosa notable de ver a lo que parecia cuanto les movia con sus palabras, porque de todo aquel número de indios apénas hubo alguno que mostrase disgusto de oir lo que se les decia, ántes daban a entender que todos deseaban hacerse cristianos y los que poco ántes eran capitales enemigos de los españoles y en sus borracheras se brindaban en las calaveras de ellos en tan breve tiempo, trataban entre ellos como si fueran hermanos.

En estos pocos dias despachó tambien un mensaje a los indios de Puren que jamas hasta allí habian estado de paz; lleváronle doce caciques principales del estado de Arauco y tres de los indios que trajo consigo de Lima; y aunque es verdad que a ellos tambien se les hizo dificultoso, pero facilitólo el padre, de suerte que algunos soldados españoles de aquel tercio se ofrecieron a llevar el mensaje en compañía de los dichos caciques, lo cual puso no poca admiracion por no haber visto jamas en aquel reino y de hecho hubiera ido un sarjento de infantería, si el padre no lo estorbara. Entre tanto que volvian las respuestas, se ocupó el padre en doctrinar los indios que estaban en aquel estado de paz, bautizando muchos que con gran demostracion pidieron el bautismo, y bautizáranse mas, si los muchos negocios dieran lugar, remitiéndolo para adelante a los padres sus compañeros, que despues prosiguieron lo que el padre fué entablando. Gran contento mostraron con la presencia del padre los indios de aquel estado, principalmente cuando salió a visitar sus enfermos, que saliendo los viejos y viejas de sus ranchos daban a veces la bien llegada al padre, llamándole pacificador de sus tierras, y vez hubo que viéndole pasar un pobre indio por delante de su choza, salió a él con una escudilla de cierta frutilla seca, que ellos llaman maque, diciéndole: "Padre, toma esto en agradecimiento del bien que nos has hecho, que estamos todos tan gozosos de él, que los hombres y las mujeres, y los viejos y niños saltan de placer y querrian podértelo agradecer con cosas mayores; yo te doi lo que tengo."

COMO EL GOBERNADOR Y PRESIDENTE ALONSO DE RIVERA AVISO AL PADRE LUIS DE VALDIVIA DE SU LLEGADA A LA CONCEPCION, Y LO QUE MAS SE SIGUIO.

Estando en esta buena ocupacion el padre Valdivia recibió cartas del presidente Alonso de Rivera, en que le avisaba como habia llegado a la Concepcion y deseaba verse con él y entender de raíz la voluntad del rei, de la cual le constaba por las provisiones reales que habia ya recibido; advertíale sin esto que pensaba partirse luego de la concepcion en habiendo descansado un poco del camino tan largo que habia hecho y verse con el dicho padre en Arauco. Holgóse mucho con esta carta y determinó partir luego a besar las manos al presidente, con quien como cabeza de todo aquel reino era justa tal correspondencia, y hubiéralo puesto en ejecucion si Gaspar Sobrino, que le acompañaba, no fuera de contrario parecer, porque en aquella sazon se aguardaban las respuestas de los mensajeros que habian ido a Catiray y Puren, porque si cuando vinieran no se hallara el padre a recibirlos, se diera ocasion de sospechar que su trato era falso; y aunque esto mismo sentia el padre Valdivia, sin embargo era de parecer que convenia cumplir con el gobernador; estando en esto sacóle el señor de tal obligacion con un dolor de hijada que le sobrevino la noche ántes que pensaba partirse, y así le pareció enviar al padre Gaspar Sobrino a visitar de su parte al presidente y darle razon del estado de las cosas por estar de todo el padre Sobrino bien informado.

Lo que resultó del mensaje que se envió a Catiray fué que el mismo dia se partió aquel padre a la Concepcion, que fué el segundo de Pascua de Espíritu Santo, a las cinco de la tarde parecieron seis indios de acaballo de la otra parte del rio de Arauco armados con sus lanzas, que escaramuceando dieron muestras de querer hablar; pero viéndolos los del fuerte, creyeron serian corredores de alguna junta de indios enemigos, y así tomaron arma con priesa y salieron, y el maestre de campo Alvaro Nuñez llego a la orilla del rio y hablando con los indios que estaban de la otra parte le dijeron que no venian de guerra, sino a hablar al padre Valdivia y a saber de su boca lo que habian oido, volvióse Alvaro Nuñez y avisó al padre y aunque con su dolor de hijada se levantó de la cama y fue a ver lo que los seis indios le querian.

Pasó de la otra parte en un barco con solo un indio, un lenguaraz al cual luego que llegó, apeándose de sus caballos los indios y arrojando las lanzas le abrazaron con muestras de mucho contento y le dijeron que ellos venian de parte de los indios de Longonabal, que al presente estaban de guerra a darle la bienvenida y agradecerle mucho lo que por su bien habia trabajado, y sobre esto añadieron una ipérbole a su modo, diciéndole: que le hacian saber que las puentes y los rios, las yerbas y los montes, los niños y los grandes saltaban de placer. Pi-

dieron licencia para bajarse a sus tierras sin recelo de los españoles, pues ya de allí en adelante habian de ser todos unos. Dijéronle tambien que las diez reguas de Catiray le enviaban cuatro mensajeros ulmenes mui principales (que así llaman a sus caciques y cabezas de sus parentelas) y que estaban en Longonabal, que otro dia llegarian sin falta, que le suplicaban que si por ventura le pidiesen que fuese a sus tierras no lo rehusase, ni temiese daño alguno por mas temores que los españoles le pusiesen, aunque es verdad que ellos estaban de guerra y eran enemigos de los españoles; porque las cosas que habian oido eran tales, que apenas las podian creer, y para certificarse de ellas era importante que fuese, que con sola su presencia darian entero crédito a lo que les habian dicho los mensajeros que les habia enviado. Agradeciôles el padre la oferta, y dándoles esperanzas de que les cumpliria su deseo tornándoles a abrazar se despidió de ellos y se vino al fuerte; aquella misma noche llegó un mensajero despachado de los de Catiray que estaban en Longonabal, el cual por haber llegado mui de noche no pudo dar su mensaje hasta el dia siguiente por la mañana; lo que el mensaje contenia, era que las diez reguas de Catiray le pedian encarecidamente fuese allá, porque algunos de ellos estaban divididos y deseaban componerse con su intercesion y presencia, y que no dudase de ir porque la paz universal de aquella provincia pendia de su ida.

En negocio tan árduo como éste, no se quiso resolver por sí solo el padre Valdivia, ni dejarse llevar de su fervor, con el cual no dudara de entrarse por sus enemigos, aunque fuera con riesgo de la vida. Juntó, pues, a los maestres de campo y capitanes vivos y reformados y un relijioso de la Merced, y dos sacerdotes que entónces se hallaban allí y proponiendoles el mensaje y deseo de los indios de Catiray, juzgaron todos en conformidad y como en claustro pleno, que de su ida dependia la paz de aquella provincia. Propúsose lo mismo a los caciques del estado de Arauco y parecióles acertada aquella resolucion, la misma abrazó Valdivia, como si fuera venida del cielo, y con ánimo deseoso de cumplir el mandato real y de hacer servicio a Dios y abrir una puerta tan cerrada para la comunicacion y trato con aquellos indios, aunque aventurase la vida se aprestó para la partida, no con mas aparato que el de una confesion que hizo disponiéndose para lo que en tal viaje podia suceder y dejando ordenado estuviese descubierto el Santísimo Sacramento los dos dias siguientes, y que todas las compañías por sus cuartos hiciesen oracion al instante por el buen suceso de aquel negocio. Partióse con solo dos españoles, el uno intérprete y el otro para que cuidase de su sustento, y un indio ladino cristiano que habia traido consigo de Lima y tres caciques principales del estado de Arauco, de los cuales recibió el ramo de canela, que es señal de paz entre ellos, para que con él entrase entre los indios de guerra, y con su vista les diese a entender venia de paz.

DE LA JORNADA DEL PADRE LUIS DE VALDIVIA A LONGONABAL Y OTRAS PARTES, Y LO QUE PASO CON LOS INDIOS.

El dia primero que salió de Arauco fué a hacer noche a Longonabal donde le salieron a recibir ocho indios a caballo sin armas, que todos les abrazaron, y los que poco ántes aborrecian entráñablemente el nombre y rostro español dijeron al padre tantas palabras afables y de agradecimiento que le causaron particular contento; lleváronle al puesto del parlamento, donde les dió sumariamente cuenta de las mercedes que el rei les habia hecho, y de las provisiones reales y mano que traia para hacérselas cumplir y del deseo grande que todos los españoles tenian que de allí en adelante se tratasen como hermanos. Acabó su razonamiento aconsejándoles con celo de padre lo que les estaba mejor; a esto respondieron ellos que no eran menester nuevas persuaciones para que creyesen todo lo que les decia y que estaban tan agradecidos que no sabian cómo sin ser su pariente, ni haber recibido de ellos ningun bien les habia hecho tanto y tomado tan grandes trabajos por ellos. Díjoles el padre que todas las obras de misericordia que hacian unos hombres por otros, las pagaba Dios en la otra vida, que se holgaba tenerlos por amigos, y que no seria poca paga para sí que ellos tomasen los consejos que les daba porque los queria como a sí mismo, y tanto que vivir en su compañía lo tendria por premio bastante de lo que por ellos habia trabajado. Rogáronle todos los caciques que el dia siguiente por la mañana se fuese a Ñancú, donde estaba la junta de las diez reguas de Catiray, y aunque vendérselo mas caro, les dijo algunas razones por las cuales no convenia, ellos las refutaron con mucha prudencia con el dicho de un cacique que tomó la mano para hablar llamado Huaiquimilla, indio de grande entendimiento y capacidad; finalmente dejándolos en paz se partio con cuatro caciques llamados Peteguelen, Llamamilla, Millachihue, y Relmoante, y volvierónse los dos de Arauco Levipangue y Tarcuan que por ser viejos no pudieron acompañarle, encomendando mucho a los indios que se quedaron, que mirasen mucho por la persona del padre, porque lo era de todos y con quien particularmente se consolaban. En este camino se holgó mucho el padre por haber sido mui trabajoso, y tan áspero, que fué forzoso en muchas ocasiones apearse y subir trepando por entre la maleza, y aspereza abriendo camino. Porque como los indios estaban retirados, y con varios recelos y temores de los españoles, tenian sus bohios o cabañas en las cumbres de los montes para estar mas encubiertos y disimulados. Aumentáronle este contento las voces de los niños y de los viejos que de lo alto de los cerros y saliendo a los caminos le daban, diciendo en su lengua: "Patitu, el mapulu a mil mapuquevoé vuren y emoin," que es padre quietador y asentador de la tierra tennos lástima. Aquel dia llegó a dormir a un puesto, donde muchos indios de guerra caminantes hicieron noche, que iban a los coyuncos, que es una regua de las cinco de Catiray que están

unidas con Puren, distintas de las otras tres reguas que esperaban al padre y se llaman Geuche, Chipimo, Coyuncos, Mayrregue y Peteregue; dióles noticia del bien que iba a publicar y del intento de su jornada, de lo cual mostraron recibir notable gusto y ofrecieron de contarlo en sus tierras para que ellos tambien gozasen de la quietud, y paz que lo restante de la tierra queria recibir. Tambien les trató un rato de la inmortalidad del alma, y de la pena y gloria, y otras cosas a que dió lugar la ocasion.

El dia siguiente llegó el padre a Ñancú donde estaban juntas las diez reguas esperándole, cuyos nombres son Talcamávida, Pirenmahuida, Calunbueno, Quileno, Taslevo, Elicura, Lebo, Arauco, Pilumrehue. Curalevo; habia en esta junta como quinientos indios con sus lanzas y flechas, y esperó a que lo llamasen; y para hablarles hizo llevar un asiento alto en que se sentó, y no se halló en aquel lugar otro mas apropósito que una silla de un caballo, habiéndole así parecido a Carampangui, el mas principal ulmen de todas estas reguas, indio de gran capacidad y singular prudencia. Duró el parlamento ocho horas desde las doce hasta las ocho de la noche; comenzóle Huaiquimilla, que era el mensajero que ellos habian enviado a Valdivia, al cual mandó Carampangui hiciese relacion de la embajada que llevó: hízolo a su modo, diciendo en primer lugar lo que ellos le dijeron que dijese al padre, y en segundo lo que él le envió a decir a Arauco con el mensajero que despachó desde Longonabal, llamado Lancamilla. Tercero, lo que le dijo cuando llegó a Longanabal y lo que el padre le respondió. Cuarto, lo que Tarauvan y Levipangui, caciques de Arauco, le encargaron dijese de su parte; y últimamente refirió todas las pláticas que habia tratado en el discurso del camino con el padre y el trabajo grande que habia padecido por su causa. Hecho esto se levantó Carampangui, y despues de haber agradecido a los mensajeros el buen despacho de su mensaje, enderezó la plática al padre Luis de Valdivia, agradeciéndole tambien con palabras mui tiernas la venida, y lo mucho que habia trabajado por su bien, y volviéndose a toda la junta que estaba en forma de círculo, dijo: que considerasen bien lo que les traia, y advirtiesen lo mucho que les debian y que de la resolucion de aquel dia dependia toda su quietud y paz y el poder gozar de allí adelante de sus tierras y haciendas, y de sus mujeres e hijos. Dicho esto se sentó y dijo al padre se levantase y hablase; él ántes que comenzase su razonamiento, que fué de tres horas, en las cuales habló por sí, dijo: que por dos razones no era justo se levantase a hablarles, sino que lo debia hacer sentado: lo primero, por ser sacerdote del gran Dios, criador de todo el mundo, que decia misa y por esto todos los hombres, y aun los mismos reyes le debian respetar: lo segundo, por ser mensajero del mejor rei del mundo don Felipe nuestro señor rei de Castilla, cuya persona representaba entónces. Respondió Carampangui, que tenia razon, que él ya sabia lo que los españoles respetaban a los padres y veneraban a su rei, y añadió que

por venir cansado en negocios de su bien propio debia tambien hablar con descanso, que se estuviese sentado, que para poderse oir todos mejor se acercarian. Hiciéronlo así, y el padre comenzó su razonamiento. Hízolo en tres puntos, y comenzando el primero, dijo tratándolos de hijos, como ya les constaba que habia veinte años que habia venido a aquel reino, y en todas partes que habia estado habia visto los muchos agravios que los españoles les hacian, los cuales le habian lastimado de manera que no lo sintiera tanto si a su persona se hicieran por lo mucho que tales agrávios ofendian a nuestro Señor que los habia criado para el cielo como a ellos, y murió por los chilcanos como por los españoles, y que para el remedio de esto habia predicado muchas veces a los españoles volviendo siempre por los naturales de Chile; y en esta ocasion refiriendo lo que a los españoles predicaba, les hizo un sermon declarándoles sumariamente lo que debian creer y obrar, y prosiguiendo en su razonamiento les dijo: como viendo que no aprovechaban sus palabras con los españoles para atajar los daños que les hacian, lastimado de ver que no los podia remediar, se fué al virei de Lima y se lo contó todo para que lo remediase y se remediase su servicio personal, y él así lo ordenó y mandó al gobernador que entónces era con quien volvió a Chile de que ponia por testigos a muchos de los que allí se hallaban, como al hijo de Pranecul, en cuya casa habia posado y los hijos de Culacreo y Paillapoco y de Melliguen y Peteguelen y Marihuenu, cuyos padres eran ya difuntos, y el virei tambien lo era ya, que al mejor tiempo le habia faltado, y con él la fuerza de sus mandatos y cartas; viendo pues, esto el padre se volvió a Lima a dar cuenta al nuevo virei de los trabajos de los indios de aquel reino, que viéndolos les tuvo grande compasion, y para que tuviesen mas fuerza sus cartas, y aquellos daños mas cierto remedio, le dijo que era bien que fuese a Castilla el gran rei, cuyas cartas y mandatos nunca se acababan, y aunque el camino era largo y lleno de peligros fué a España y gastó catorce meses en la corte y tres años en el camino de ida y vuelta en trata del remedio de todos. Prosiguió diciendo, como habló al rei, y le contó los grandes agrávios que les hacian y la opresion en que los tenian, el cual se dolió de ellos como de sus lejítimos vasallos, y que tambien habló a la reina que sintió mucho el mal tratamiento que se les hacia de parte de los españoles; para remedio de lo cual tomaron la traza que allí les traia, y el rei la escribia en sus cartas al virei del Perú, y sin aquella les traia allí una mui grande escrita en pergamino para ellos, y otra que les escribia por mano del virei, aquella venia con letras diferentes de las que hasta allí habian venido, que eran de molde, que nunca tenian fin para que entendiesen que lo que allí les decia se les habia de cumplir. Dijo tambien como traia otras muchas cartas que despues verian para todos los capitanes que tampoco venian escritas con plumas, sino en forma de libro, que así mismo habia mandado el rei que viniese por gobernador aquel grande apo Alonso de Rivera que ellos bien conocian por haberle dicho al rei que ninguno cumpliria mejor

sus mandatos, que él y que despues que daban la paz les guardaba la palabra con tanta puntualidad que al soldado que les hurtaba una masorca de maiz lo ahorcaban aquel a quien por ser tan gran capitan le llamaban ellos la peña fuerte, el que iba ganando la tierra sin volver un pié atras, el que dejó ganado todo el rio de Bio-bio, a tal apo tan bueno y valiente mandó el rei volviese; pero que no venia con ánimo de hacer guerra, si quisiesen la paz; y no porque la supiesen hacer, pues les constaba que era el que habia puesto el fuerte de Lebo y el de Paycaví que les tenia tan a raya y el de Nacimiento y el de Yumbel, el de Santa-Fé, el de Nuestra Señora de Ales, que despues tuvo nombre de Monte-Rei, y el de San Pedro y que aquel mismo venia a cumplir aquellas cartas y a quitarles algunos fuertes que les podian dar pena y que otros cinco apoes que estaban en Mapuchu y todos juntos se llamaban Audiencia y representaban la misma persona del rei en las cartas que él traia suyas habian mandado que se cumpliese luego lo que el rei tenia ordenado; concluyó con decirles, que por venir ayudarles habia padecido muchos trabajos en la mar y en la tierra, y que se habia visto en otros tantos peligros de perder la vida, sin haber reparado en cosa alguna por librarlos de tantos males, y que entónces últimamente sus mismos caciques eran testigos de lo que habia padecido por venirnos a ver. Pues los españoles no querian que fuese porque decian que le habian de matar; y dijo mas, que allí le tenian, y en su mano estaba si quisiesen el hacerlo, pues él no tenia armas con que defenderse; pero quien entre ellos seria tan ingrato, que quisiese quitar la vida, a quien les habia hecho obras tan de padre, que se desengañasen que habia de estar entre ellos, que aquel deseo le traia de España para ayudarles toda su vida, y que para que despues del muerto no faltase quien hiciese aquel mismo oficio, les traia de Castilla unos padres como él, que volviesen por ellos, y que sabia que los amaban no ménos que él; representóles que estaba cansado de hablar, y que lo que restaba les diria por su intérprete; en este razonamiento se acomodó el padre al modo que ellos tienen de hablar en sus ayuntamientos con tanta propiedad que mas parecia uno de ellos, que sacerdote de la Compañía nacido en España.

PROSIGUE EL PADRE LUIS DE VALDIVIA LO RESTANTE DE SU RAZONAMIENTO, ESPECIFICANDO LOS PUNTOS DE SU COMISION.

El segundo punto cifró en mostrar las cartas del rei declarándoselas mui por menor en su lengua y las once provisiones que llevaba, haciéndoles capaces de las mercedes que S. M. les ofrecia. El tercero fué aconsejarles como padre, advirtiéndoles que habia hasta aquel dia sesenta años que duraba aquella guerra con innumerables muertes de ámbas partes y que apénas habia valle ni collado que no estuviese bañado en sangre humana y que aunque fuesen justas las causas de su rebelion, no lo eran menos las que les traia para su quietud, que con-

siderasen que a ellos de ninguna parte les podia venir socorro como a los españoles, que cada año les venia de Lima y de España en navios; que volviesen los ojos a los daños grandes que habian recibido estando de guerra, y a los que recibirian sino se quietasen, que con la paz les venia la abundancia de todos los bienes y se les abria puerta para la comunicacion con los españoles y particularmente con los padres, que les venian a enseñar las cosas de Dios de que ellos estaban ignorantes, y si se quitaban las oirian y entendidas las recibirian de mui buena gana, con que remató el padre Valdivia su razonamiento. Fué particular la alegria de todos los indios y el gusto con que le oyeron, unos llorando y otros riendo y todos contentos sin poderse contener de manera que un indio de Laraquete llamado Lepuante, levantando la voz como atónito, dijo: «estas cosas vienen, sin duda, guiadas por Dios, pues los medios que se nos ofrecen son tan buenos.» Entónces el cacique Carampangui en nombre de todos, poniéndose en medio de la junta con nueva mano agradeció mui por menudo todas las mercedes que S. M. le habia hecho, y al padre que tanto habia trabajado por su bien y descanso, y a esto añadió: que a ellos les estaba mui bien la paz, que ya no querian guerra, ni ofenderian a algunos de los españoles de allí adelante, como ellos, no les hiciesen agravio, porque ni hurtarian caballos, ni al que de los suyos faltase en esto dejarian de castigar severamente, que ellos no tenian españoles cautivos, que si los tuvieran, los dieran luego; que a los padres de la Compañia que el rei les enviaba a su costa, por ser ellos pobres, recibirian de mui buena gana, y no permitirian se les hiciese agravio alguno; y que en todo lo que fuese del servicio de S. M. acudirian con mucha puntualidad, y finalmente que como los españoles cumpliesen lo que el rei les ofrecia, ellos tambien cumplirian las condiciones que se les pedian ; pero porque su contento fuese mayor los conas que entre ellos son los soldados, y todos los caciques, les querian pedir tres cosas; la primera, que les quitase el fuerte de San Jerónimo que tenian en sus tierras, porque de él recibian notable daño; porque todo lo que les habia ofrecido de parte del rei, y a ellos se lo tenian, que ni servian, ni tenian encomenderos, ni sacaban oro, ni iban a mitas, y que así era mui justa su peticion, porque en las entradas y salidas que los soldados habian de hacer en él, recibirian grande molestia. La segunda, que mandasen se les volviesen las piezas (así llaman a los cautivos) que poco ántes se les habian tomado, y estaban en el fuerte de Talcamávida. La tercera, que permitiese que unos caciques suyos que estaban violentos en una reduccion, se volviesen a su natural. Estas dos últimas peticiones les parecieron mui justas y así se las concedió luego; pero a los del fuerte les respondió: que era negocio dificultoso, y que con sola su autoridad sin la del gobernador lo podia hacer; que advirtiesen que solo hacia oficio de mensajero de parte del rei, ofreciéndole los medios para su quietud y paz, y que el quitarle o no pedia mas consejo y no podia prendarse. Replicó Carampangui que pues él tenia tanta compasion de ellos, y era tan celoso de lo que era

en su favor, que bien podia quitarles el fuerte, pues en la carta que del rei habia leido, decia que todo lo que el padre Luis de Valdivia para su buen asiento les ofreciese, se les habia de cumplir, y pues el rei les daba tanta mano en esto bien podia ofrecer lo que le pedian, pues el cumplirlo seria facil. Levantóse entónces el padre en pié, y con atrevida resolucion les dijo: que no se cansasen, que lo que le pedian no lo podia hacer y que pedian mal, pues ántes de quietarse querian que los españoles quitasen las fuerzas que tenian, que consistian en los fuertes que tenian levantados; fué esta respuesta demasiadamente confiada y al parecer mui resoluta, porque al punto se levantaron todos los conas, o indios soldados, y tomando sus lanzas y arcos en las manos dieron a entender que lo que no podian acabar por bien se habia de hacer por mal, y uno de sus capitanes mas osados llamado Melillanca en voz en grito dijo: "no os persuadáis, soldados, que las paces que el padre nos ofrece de parte de los españoles son verdaderas, sino se nos quita el fuerte, porque sin duda ninguna son servicios disfrazados;" y dicho esto se salió de la junta y tras él algunos soldados que le siguieron. Causó esto gran turbacion en todos los caciques, y Carampangui vuelto al padre mui mansamente, y riendo le dijo: "advierte que eres nuestro padre, y pues deseas tanto nuestro bien, y quietud; mira que lo que te pedimos está mui puesto en razon, que si no lo estuviera no te instáramos tanto." Entónces el intérprete, que estaba al lado del padre, le dijo en lengua española mui bajo: "padre mio, conceda, porque estamos en evidente peligro de la vida." Y sin duda ninguna que si el padre Valdivia no fuera advertido de esto, no cayera en ello, presumiendo demasiadamente de entero; díjoles sin turbacion: "hijos, sosegaos, que quiero que me digais mas por menudo las razones que teneis para que se quite este fuerte, y si yo viese que son justas, desde luego os doi palabra que se quitará." Oyó los motivos que esponian fundados en que no era necesario ya el fuerte para hacer guerra, no habiéndola de haber, ni para defensa de los nuestros, y a ellos les seria mui dañoso; y el fin para que se fundó era para ampararlos a ellos cuando allí se poblaron, lo cual cesaba, pues se habian de ir a vivir a sus tierras. Oidas sus razones echó de ver de ser justa su peticion, y ofreciéndoles que se les quitaria el fuerte y que el presidente y gobernador lo tendria por bien.' No se puede fácilmente esplicar el contento que les dió esta respuesta, porque con gran alborozo recibieron la merced y la agradecieron. Con esto se remató la junta, resolviéndose de dar la paz y que en nombre de todos fuese Carampangui, y otros caciques a hablar con el gobernador, y dejarlo asentado. Quedó el padre fatigado de tan larga sesion y sus indisposiciones y sereno de la noche, por haber sido este parlamento no en otra sala que un campo llano en lo alto de un monte, se retiró a su toldo a descansar un rato y encomendarse a Dios, y si es verdad que los tres dias ántes no habia comido mas que un poco de pan, aquella noche la cena fué ménos y el trabajo mayor con algun

sobresalto de la muerte porque aquel capitan Melillanca que se salió de la junta enojado con algunos soldados, no pudo saber como ya se les habia concedido lo que pedian acerca de quitar el fuerte, y así temieron no viniesen aquella noche a hacer daño; pero todos los caciques principales que se habian hallado en la junta, como mas reconocidos al bien que se les habia hecho, le velaron toda la noche al rededor del toldo, sin apartarse un punto de él; y el padre recelándose de su fin, no cesó de encomendarse a Nuestro Señor hasta que dos horas ántes de amanecer, entró a hablarle un cacique llamado Relmoante de los que le habian acompañado de Longonabal, diciéndole: que bien sabia que estaba con temor; pero que no temiese, que primero moriria él y todos los que le guardaban, que se le hiciese el menor agravio del mundo, y que se fiase de su palabra, pues debajo de ella le habia traido a Catiray: y esto pasó así como el Relmoante dijo, porque los conas o soldados, luego que supieron se les quitaba el fuerte vinieron a visitarle el dia siguiente por la mañana, y con Carampangui y otros treinta caciques, se bajó al fuerte de los españoles de Talcamávida, que estaba tres leguas de allí, donde lo recibieron con grande admiracion con salva de arcabucería: estuvo cuatro dias entre indios de guerra, sin haber recibido daño alguno, que fué, sin duda, particular providencia del cielo y cosa nunca vista en las provincias de Chile.

Fué equella entrada notable, y que dejó admirado al reino, porque muchos de los que conocian el natural de aquellos indios, y no estaban satisfechos de los medios que el padre Valdivia traia, decian que no entrarian en la tierra rebelada y despues que entró que no saldria, que parecieron anuncios de lo que despues a sus compañeros sucedió; y así es cosa de considerar, que lo que no se habia hecho, si no es con un campo entero de españoles, o con algunas compañías, el padre lo hiciese con tanta seguridad, acompañado de solo dos españoles. Festejóse esto en la ciudad de Santiago, donde residia la Audiencia Real de aquel reino con singular regocijo: donde el obispo, luego que llegaron las cartas del padre Valdivia, en que se referia el feliz suceso, mandó se repicasen las campanas de todas las parroquias y conventos de la ciudad, y el dia siguiente hubo procesion jeneral de la Iglesia mayor a la de los padres de la compañía: hubo misa solemne y sermon que les predicó el padre Juan de Fuenzalida, uno de los compañeros que trajo de España Valdivia, cuando volvió, asistió la a Real Audiencia, el obispo y entrambos cabildos eclesiástico y secular, y todo lo restante de la ciudad.

Llegó, pues, al fuerte de Talcamávida, y en cumplimiento de su palabra les dió las piezas que allí habia suyas, y licencia para pasar a sus tierras los que quisiesen; de allí fué a la Concepcion donde estaba el gobernador, llevando consigo los caciques de Catiray, que iban a tratar de sus paces: allí les trató con mucho regalo; y habiéndoles dado sino muchos presentes, algunos a lo ménos, no poco del gusto de ellos, mui agradecidos se volvieron a sus tierras. Lo que de aquella

entrada resultó, fué la paz de toda aquella provincia: que se bajó a vivir a los llanos, y los que ántes aborrecian como la misma peste la compañía de los españoles, entónces la parecian amar como hermanos, y los que con tanta instancia pidieron se les quitase el fuerte de San Jerónimo, despues pidieron que no se les quitase, hasta ver si la provincia de Puren, que estaba mas adentro, se aquietaba.

Apénas se habian despedido los caciques de Catiray, cuando vinieron mensajeros de la provincia de Puren en busca del padre para informarse de raiz de lo que habian oido de los caciques que desde Arauco les habia enviado: fueron recibidos con mucho gusto del gobernador; dijeron que la voz de las mercedes que el rei les hacia, habian corrido hasta la Imperial, Villa-Rica y Valdivia, y que era grande el contento que habia causado en toda aquella tierra, y lo pensaban tener mucho mayor con la vista del padre Valdivia y que se persuadiese que quien se habia fiado de los Catiray y habia salido libre de ellos, que con mucha mas razon se podia fiar de los Purenes; y añadieron estos mensajeros, que ya se habia sabido en Puren el poco agasajo que le habian hecho en Catiray, y que le daban su palabra, que seria mui diferente el trato en su tierra, sino que a él y a los demas padres que allá fuesen, los regalarian grandemente y tenian con gusto en su tierra; que Aynavillo, capitan jeneral de toda la tierra, le hacia saber que así como el rei mandaba a los españoles, así él mandaba a los indios, y que como habia mandado en su tierra el rei que no hiciesen daño a los de Puren, así él tambien habia ordenado no se desmandase alguno de sus soldado con los españoles, y que si nosotros no quebrantásemos las paces, por ellos no habria quiebra alguna. Uno de estos mensajeros llamado Veychalabquen, se ofreció llevar cartas a Chiloé por tierra, y traer respuesta; y en esta conformidad se le dieron.

COMO EL PADRE VALDIVIA DESPACHÓ MENSAJEROS A LAS PROVINCIAS DE LA CORDILLERA NEVADA; Y OTRAS COSAS QUE SUCEDIERON.

Despachó de esta ciudad de la Concepcion el padre Valdivia mensajeros a la provincia de la Cordillera nevada que eran mui perjudiciales a la ciudad de Chillan y esta de la Concepcion por ser enemigos corsarios y saber las entradas y salidas de aquella tierra. Respondieron al mensajero con obras y palabras, enviando cuatro caciques a dar las gracias de las mercedes que S. M. les hacia y que en testimonio de las veras con que admitian las paces que se les ofrecian, buscarian todas las cautivas que ellos tuviesen y las darian; las obras fueron venir al fuerte de Cayuguano que está para la defensa de los agravios que éstos hacian cincuenta caciques los mas principales a ofrecerse por amigos en nombre de las provincias de Chillaco y Collunco. Causó tanta alegría aquella nueva en la Concepcion, que luego que llegó, se celebró con repicar las campanas y el dia siguiente, que fué domingo, hubo procesion jeneral de la Iglesia mayor a la de San Francisco, donde hubo misa y sermon; y

era tal este bien de quietud que se gozaba desde que el padre Valdivia entró en aquel reino, que apénas se creia, y los que mas lo estrañaban eran los naturales de aquella tierra, porque como habia mas de sesenta años que tenian trabada guerra con estos reinos pareciales cosa soñada, paz tan repentina, con todo muchos daban muestras de apetecerla, porque la provincia de Puren que perpétuamente ha estado en guerra, teniendo para su defensa una ciénaga, en que se hacen inexpugnables en la ocasion presente andaba al parecer tan codiciosa de la paz, que envió tres veces mensajeros el padre Valdivia, pidiéndole no se tardase en ir a su tierra, ni tuviese recelo alguno de enviarles los padres de la Compañía porque lo deseaban ver y tratar, y ofrecieron al gobernador que dajarian a Elulné (que es ciento y cincuenta leguas de camino, todo de guerra) a los españoles que quisiesen y les regalarian y servirian; de esta verdad dieron testimonio con obras, dando dos cautivos, y los que estaban en su poder, escribian mui de ordinario cartas al presidente y gobernador: cosa que nunca se vió en aquel reino; y lo que era mas, que los españoles caminaban solos sin temor, y aunque encontraban indios de guerra, no recibian daño, sino amorosas salutaciones de "Mari marichi" que es lo mismo que, "bésote las manos, señor»; y hubo soldado que siendo enviado del fuerte de Lebo al de Paycaví, que estaba mas adentro y en la misma tierra de guerra con algunas vacas para el sustento de aquel fuerte, fué con tanta seguridad, que no halló en todo el camino quien le enojase en cosa alguna, ántes pasó de la otra parte del rio de Paycaví, donde halló tres caciques principales de Puren, que apeándose, le abrazaron, a los cuales dijo: que habia corrido nueva que hacian junta contra aquel fuerte, y riéndose mucho, respondieron: que los indios de Elicura habian sembrado aquella mala nueva por congraciarse con algunos soldados qué hechos a la guerra y pillaje, sentian mucho que ellos diesen la paz, porque con aquello quedaban atajadas sus codicias; y así que no creyesen a los indios de Elicura, que con la grande hambre que padecian por sacar algo de los fuertes lo que se les antojaba para que así les tuviesen los españoles por amigos; y en ámbas cosas hablaron verdad aquellos indios, porque de los españoles habian así mismo muchos, que como nacidos y criados en la guerra, no se hallaban sin ellas; y los de Elicura habian padecido grande hambre; y así lo habia escrito el padre Horacio, superior de los padres de la Compañía en la casa de Arauco. Fueron partes para facilitar estas paces de que tratamos algunos buenos sucesos que hubo contra ciertos ruines ladrones, indios de guerra que vinieron aquellos dias con intento de hurtar caballos, pues no es de maravillar que entre la paz y la guerra hubiese partes de inquietos, que en España se halla mucho de esto, sin poderlo remediar. Cojiéronseles en diferentes ocasiones mas de sesenta caballos con algunos de aquellos ladrones; y en particular se les cojió a Puren el indio mas valeroso y mejor capitan que tenia, llamado Tureulepi, y con él se cobraron sesenta piezas que se llevaban de los recien pacificados; y fué gran caso prender aquel indio, por haber con esto

mejor y mas segura comunicacion entre los indios de guerra y los españoles, y de los indios de la Cordillera nevada se cojió otro gran corsario llamado Carillanca, que tambien habia ido a hurtar caballos; de modo que siempre que se desmandaron cualesquier inquietos turbadores de la paz fué con daño suyo y perdiendo la jornada. En suma, para entender que los indios tenian deseo de paz, y de olvidar las armas, era considerable y de advertir, que en varias ocasiones enviaron a decir al gobernador que no dejase ninguno a vida de aquellos indios inquietos sino que los hiciese cuartos y los pusiese en un palo en la frontera, para que de aquella suerte tuviesen temor los demas; en confirmacion de estos dos que cojieron los indios de Colcura los trajeron al maestre de campo Alvaro Nuñez que estaba en Arauco, para que los hiciese castigar; lo cual considerado servia de argumento para poder creer que la paz seria indubitable y universal, como se pretendia en aquel reino que tan necesitado estaba de ella, y porque en todo el tiempo que pareció se iban razonando los ánimos de los indios de guerra, cargó la fuerza del invierno y con mas rigor que otros años por las muchas aguas y hallarse el padre Valdivia en la Concepcion, sin poder salir a tratar lo tocante a la guerra, determinó comenzar la visita jeneral de aquel reino que por órden de S. M. habia de hacer; y así dió principio a ella, a primero de agosto de 1612, y en este mes concluyó lo que tocaba a aquella ciudad, y por ser el trabajo no vulgar, el servicio que a Dios le hizo fué de grande relieve, así por la luz que se fué dando a los vecinos de las muchas injusticias que hacian a los indios, como por la que tambien tuvo de los grandes agrávios que habian padecido y padecian, y así mismo el orijinal remedio de ellos. De tal luz y conocimiento nació el que el padre tuvo de las necesidades espirituales de aquellos naturales, en las cuales puso el remedio que adelante se dirá. Estaban tan oprimido aquellos indios que como hasta entónces no habian tenido a quien quejarse, si lo hacian en aquella sazon, lo hacian ante el padre, formaban queja lo españoles, pareciéndoles que a los tales oprimidos aun la licencia que el derecho natural a todos concede para su defensa, les era prohibida; pero sacóles de semejante engaño, oponiéndoles con toda entereza, y aun de esto tuvieron oríjen mil quejas y murmuraciones contra el padre y tan licenciosamente, que hasta en los púlpitos se habló sobre ello con demasía, y si la autoridad suya, que traia mano real, no fuera defendida del presidente y gobernador Alonso de Rivera y de la Real Audiencia de Chile, hubiera padecido no poco, porque con bandos públicos y reprensiones secretas en su acuerdo se atajaron los inconvenientes que se pudieran seguir: Pero no fué poco remedio de esto la paciencia del padre y sus compañeros que atentos a obrar bien, no se curaron de lo que de sí hacian.

Envió el obispo de Santiago de Chile al padre Valdivia títulos de gobernador de aquel obispado de la Imperial, como S. M. por carta particular le tenia ordenado; aceptólo el padre con el cumplimiento de obediencia de su jeneral. Dió tambien a entender sentia mucho aquella

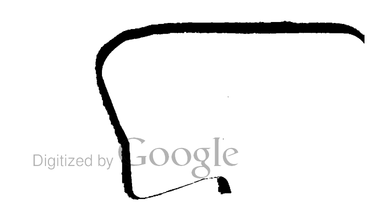
nueva carga, y vino á propósito, porque habia grandes necesidades en el obispado de buen gobierno: lo primero, la catedral de aquella ciudad y obispado amenazaba próxima ruina, y aun hacia tiempo que estaba hecho concierto con unos vecinos de hacerla, procedian en esto friamente, y él hizo que se edificase luego y acudiese a ella con la puntualidad que al Culto Divino se requeria. Halló así mismo, que en aquel distrito, que es el mayor del obispado, habia solamente dos curas, y el uno por no poder acudir a lo mucho que le tocaba, lo habia dejado, de manera que los indios cristianos morian sin confesion, y los infieles sin bautismo, ¡cosa digna de compasion! Remedió esto el gobernador Valdivia, poniendo seis curas sacerdotales honrados en aquel pais; dejando así en parte remediado aquel daño; y como en el obispado de la Imperial no habia obispo, que estaba anexo al de Santiago de Chile, ni de óleo ni crisma estaban provistos los curas. Hallóse el padre Valdivia en aquel tiempo visitador jeneral por S. M. en todo el reino y gobernador del obispado de la Imperial, y vice-provincial de la Compañía; y sin embargo de esto salia todos los dias del domingo con dos compañeros a enseñar la doctrina, cantando por las calles, y despues de esto les predicaba casi una hora, con que le cobraron, segun se dijo, grande aficion los indios a él, y a los demas padres que estaban repartidos por la tierra, bautizando infieles, y casándolos in facie eclesiæ.



FIN.

INDICE.




Digitized by Google

